





HISTORIA  
DEL CONSULADO  
Y DEL IMPERIO.

20

DC201  
T4  
v. 20





1020043517

of. —  
\$ 50.00

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... de este libro se trata de la historia del consulado y del imperio...  
... en el consulado y del imperio...  
... de la historia del consulado y del imperio...  
... de la historia del consulado y del imperio...

# HISTORIA

## DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

En el consulado y del imperio...  
... de la historia del consulado y del imperio...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular.

r. xx. 4



### CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitiran las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

#### EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Principe, número 25.

SE SUSCRIBE.

#### EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab. Tipog. de MELLADO.

# HISTORIA

## DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

TOMO XX.



IMPRESA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO  
A CARGO DE DON JOAQUIN BERNAT  
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

ACERVO GENERAL

111389

DC 201

74



ACERVO GENERAL

111389

## LIBRO SESENTA.

### Waterloo.

Fuerzas reunidas por Napoleon al tiempo de abrir la campaña de 1815.—Ocupadas las plazas, provistas Paris y Lion de guarniciones suficientes, contenida la Vendée, le quedaban ciento veinte y cuatro mil hombres efectivos en las filas para tomar la ofensiva sobre la frontera del Norte.—Dentro de un mes juntara Napoleon otros cien mil hombres.—Asi y todo se decidió por la ofensiva inmediata, en primer lugar para no permitir que por el enemigo fuesen devastadas las más hermosas y más ricas provincias de Francia, y en segundo por que, estando la columna invasora del Este algo retrasada de la del Norte, con darse prisa abrigaba la esperanza de combatir á una des- pues de otra.—Combinacion que imagina para concentrar su ejército de pronto, y lanzarlo entre los ingleses y los prusianos, antes de que su aparicion pueda ser sospechada por ellos.—Napoleon entra en acción el 15 de junio á las tres de la ma- drugada, se apodera de Charteroy, arrulla á los prusianos, y toma posicion entre los dos ejércitos enemigos.—Teniendo su base de operaciones en Lieja los prusianos y en Bruselas los ingleses, no se pueden reunir sino sobre la gran calzada de Namur á Bruselas, que pasa por Sombreffe y los Cuatro Bra- zos.—En su consecuencia Napoleon abraza el partido de mar- char sobre Sombreffe con su derecha y con su centro, para dar batalla á los prusianos, mientras que Ney cuida de con- tener con la izquierda en los Cuatro Brazos á los Ingleses.—Com- bate de Gilly sobre el camino de Fleurus.—Vacilaciones de Ney en los Cuatro Brazos.—A pesar de estas vacilaciones, todo

acontece á gusto de Napoleon durante la tarde del 15 de junio, y se halla colocado entre los dos ejércitos enemigos de manera de poder al día siguiente combatir á los prusianos, antes de que los ingleses acudan en su socorro.—Disposiciones para la jornada del 16 de junio.—Forzado se ve Napoleon á diferir la batalla contra los prusianos hasta la tarde, con el fin de dar tiempo á que entren en línea sus tropas.—Orden á Ney para apoderarse á toda costa de los Cuatro Brazos, y para dirigir en seguida una columna sobre la espalda del ejército prusiano.—A cosa de medio día Napoleon y su ejército desembocan delante de Fleurus.—Anheló de Blücher en aceptar la batalla, y posición que viene á ocupar delante de Sombreffe, y detrás de las aldeas de San Amando y de Ligny.—Batalla de Ligny, dada el 16 de junio desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche.—Violenta resistencia que oponen en San Amando y en Ligny los prusianos.—Orden reiterada á Ney para que se apodere de los Cuatro Brazos, y para que destaque un cuerpo á espaldas de la aldea de San Amando.—Al ver que sus órdenes no son ejecutadas, Napoleon idea una nueva maniobra, y más arriba de Ligny corta con su Guardia la línea prusiana.—Resultado decisivo de esta excelente maniobra. Repellido es el ejército prusiano más allá de Sombreffe, despues de sufrir pérdidas enormes, y Napoleon queda dueño de la gran calzada de Namur á Bruselas por los Cuatro Brazos.—Durante la batalla de Ligny, temeroso Ney de tener que pelear contra el ejército británico entero, deja pasar la ocasión propia, no entra en acción sino cuando ya están reunidos en muy grande número los ingleses, á contenerlos alcanza tan solo, y el general Erion por su parte atraído unas veces á Ligny, y otras á los Cuatro Brazos, en idas y venidas pierde la jornada, lo cual le hace inútil para todos.—Sin embargo de estos incidentes el plan de Napoleon se ha llevado á remate, puesto que ha podido combatir á los prusianos separados de los ingleses, y se halla en aptitud de combatir al día siguiente á los ingleses separados de los prusianos.—Disposiciones para la jornada del 17 de junio.—Queriendo Napoleon vigilar á los prusianos, completar su derrota, y sobre todo mantenerlos á distancia, mientras se las ha con los ingleses, á las órdenes del mariscal Grouchy destaca su ala derecha, no sin recomendarle de un modo expreso que esté en comunicación con él de continuo.—Esta ala se compone de los cuerpos de Vandamme y de Gerard, fatigados de resultas de la batalla de Ligny, y con su centro, formado del cuerpo de Lobau, de la Guardia y de la reserva de caballería, se dirige sobre los Cuatro Brazos, para darse la mano con Ney y acometer á los ingleses.—Tales disposiciones le ocupan una parte de la mañana del 17 de junio, y en seguida emprende la marcha para unirse á sus tropas, que han tomado la delantera.—Sorpresa que le causa ver á Ney inmóvil detrás de los Cuatro Brazos, siendo así que debía formar la cabeza de la columna.—Creído todavía en tener delante el ejército inglés todo, Ney aguardaba la llegada de Napoleon para ponerse en movimien-

to.—Este retraso detiene largo tiempo al ejército en el paso de los Cuatro Brazos.—Tempestad repentina que transforma toda la comarca en un vasto pantano.—Combate de retaguardia en Genappe.—Napoleon persigue al ejército inglés, el cual hace alto sobre la meseta del Monte de San Juan delante del bosque de Soignes.—Descripción de la comarca.—Desiguos del duque de Wellington.—Su intencion consiste en establecerse sobre la meseta del Monte de San Juan, y en aguardar allí á los prusianos, para dar con ellos una batalla decisiva.—Aunque descontento de los ingleses á consecuencia de la jornada del 16 de junio, Blücher les envía á decir que estará el 18 por la mañana sobre su izquierda delante del bosque de Soignes.—Largo reconocimiento ejecutado por Napoleon el 17 por la noche á través de una granizada de balas.—Su viva satisfacción al adquirir el conocimiento de que están decididos á batallar los ingleses.—Su confianza en el resultado.—Orden á Grouchy para que se aproxime sin tardanza, y para que envíe un destacamento, que coja de revés á la izquierda de los ingleses.—Operaciones de Grouchy durante el 17 de junio.—Inútilmente corre por el camino de Namur detrás de los prusianos, y no echa de ver su marcha sobre Wavre hasta la caída de la tarde.—Entonces encamina hácia Gembloux su infantería, que solo hace dos leguas y media de jornada.—Sin embargo, tan cerca se hallan unos de otros, que emprendiendo la marcha el 18 de junio á las cuatro de la mañana, aún puede Grouchy estar encima de los prusianos y adelantarseles en todas direcciones.—Así la noche del 17 de junio escribe á Napoleon que se halla sobre su pista, y que aplicará el más solícito cuidado á mantenerlos separados de los ingleses.—Napoleon se levanta muchas veces en el curso de la noche para observar al enemigo.—Las hogueras del vivaque de los ingleses no dejan la más leve duda sobre su resolución de dar batalla.—No habiendo cesado la lluvia hasta las seis de la mañana Drouot declaró en nombre de la artillería que antes de las diez ó las once no será posible dar principio á las maniobras.—Napoleon se decide á diferir la batalla hasta esa hora.—Su plan para la jornada.—Se propone arrollar la izquierda de los ingleses sobre su centro, y tomarles el camino de Bruselas, única avenida practicable por entre el bosque de Soignes.—Distribucion de sus fuerzas.—Aspecto de las tropas francesas.—Despues de dormir algunos instantes, Napoleon toma una posición sobre un cerro delante de la hacienda de la Bella Alianza.—Antes de dar principio al combate, Napoleon envía un nuevo oficial á Grouchy para entorpecerle de la situación y prescribirle que se venga á situar sobre su derecha.—A las once y media de la mañana dá principio el fuego.—Gran batallería sobre el frente del ejército francés y disparando horriblemente sobre la línea inglesa.—Apenas roto el fuego, se distingue una sombra en lontananza y hácia la derecha.—Caballería ligera enviada de reconocimiento.—Ataque de la izquierda francesa mandada por el general Reille contra el bosque y la quinta de Goumont.—Así el bosque como el jardín son ocupados, á pesar

del tesón del enemigo; pero la quinta no aloja en la resistencia.—Intempestiva tenacidad á fin de ocupar este puesto.—La caballería ligera llega á anunciar que lo que se descubre en lontananza y hácia la derecha son tropas, y que estas tropas son prusianas.—Nuevo oficial enviado á Grouchy.—Al conde de Lobau se fia el cuidado de contener á los prusianos.—Ataque hácia el centro á fin de tomar la Haya-Sainte sobre el camino de Bruselas, y hácia la derecha para expulsar de la meseta del Monte de San Juan á la izquierda de los ingleses. Ney dirige este doble ataque.—Se apoderan los franceses del vergel de la Haya-Sainte, aunque sin poder ganar los caseríos de la hacienda.—Ataque del cuerpo del general Erlon contra la izquierda de los ingleses.—Vigoroso empuje de las tropas.—Tomada es la posición al principio, y se está á punto de desembocar sobre la meseta, cuando las columnas francesas de infantería son acometidas por una furiosa carga de dragones escoceses, y puestas en desórden á causa de no estar apercebidas para resistir á la caballería.—Napoleon lanza sobre los dragones escoceses una brigada de coraceros.—Horrible matanza de los dragones escoceses.—Así el descalabro del general Erlon queda reparado, si bien hay que volver á comenzar la tarea.—En este momento se hace sentir la presencia de los prusianos, y para hacerles frente atraviesa Lobau el campo de batalla.—Napoleon suspende la acción contra los ingleses, y ordena á Ney que tome la Haya-Sainte para asegurarse un punto de apoyo en el centro, y mantenerse allí hasta que se pueda avalorar el empuje del ataque de los prusianos.—El conde de Lobau repele á las primeras divisiones de Bulow.—Ney ataca la Haya-Sainte y se apodera de ella.—Queriendo la caballería inglesa echársele encima, la rechaza y la sigue sobre la meseta.—Entonces descubre la artillería inglesa, que parece abandonada, y juzga llegado el momento de dar un golpe decisivo.—A Napoleon pide de fuerzas, y le fia una brigada de coraceros para que pueda darse la mano con Reille en torno de la quinta de Goumont.—Ney se pone al frente de los coraceros, se lanza sobre los ingleses y arroja la primera línea por completo.—Acrastradas por Ney y sin órdenes del emperador siguen su movimiento al golpe toda la reserva de caballería y toda la caballería de la Guardia.—Combate extraordinario de caballería.—Ney obra prodigios, y pide infantería á Napoleon para consumar la derrota de los ingleses.—Empeñado en un combate encarnizado contra los prusianos, á Ney no puede Napoleon enviar ninguna infantería, por no quedarle más que la de la Guardia.—En respuesta envía á decir á Ney que se mantenga sobre la meseta el más largo tiempo que le sea posible, ofreciéndole ir á dar fin á la batalla contra los ingleses, si logra acabar la que dá á los prusianos en persona.—Batalla horrible que Napoleon dá á los prusianos á la cabeza de su Guardia.—A Boulow arroja con pérdida grande.—Apenas obtenido este resultado, Napoleon traslada la Guardia á la derecha al centro, y la dispone en columnas de ataque para terminar la batalla contra los ingleses. Primer

choque de cuatro batallones de la Guardia contra la infantería británica.—Heroismo de estos batallones.—Cuando con otros seis batallones va Napoleon á darles apoyo, de repente se vé cogido de flanco por el cuerpo prusiano de Zieten, que entra en línea el postrero.—Confusion horrorosa.—Entonces el duque de Wellington toma la ofensiva, y el ejército francés extenuado, acometido por el frente, por el flanco y por la espalda, sin ningun cuerpo de tropas que le sirva de punto de enjace, envuelto en las tinieblas de la noche, y no viendo á Napoleon, durante algunas horas se halla en un estado de verdadera desbandada.—Retirada desordenada sobre Charleroy.—Operaciones de Grouchy durante esta jornada.—Al oír el estampido del cañon de Waterloo, todos sus generales le piden que les conduzca al fuego.—No comprende este consejo y se niega á aceptarlo resueltamente.—Cuán fácil le hubiera sido salvar el ejército.—No se ilustra hasta la caída de la tarde, y entonces concibe amarga pesadumbre.—Carácter de esta última campaña, y causas de la derrota del ejército de los franceses.

A pesar de la actividad acreditada por Napoleon durante los dos meses y medio transcurridos desde el 25 de marzo hasta el 12 de junio, los resultados no habian correspondido ni á sus esfuerzos, ni á sus esperanzas, ni á sus necesidades. Al principio calculó que tendria ciento cincuenta mil hombres para lanzarse por la frontera del Norte sobre los ingleses y los prusianos, luego con ciento treinta mil despues de los sucesos de la Vendée, y por fin solo juntó ciento veinte y cuatro mil combatientes para probar fortuna por vez postrera. Todo el que por el estudio ó la práctica haya podido conocer las dificultades del gobierno, considerará maravilloso tal resultado. Segun se ha visto en el tomo precedente, cuando Napoleon volvió á entrar en posesion de la autoridad suprema el 20 de marzo, halló un efectivo real de ciento ochenta mil hombres, de los cuales descontados treinta y dos mil á que ascendian los gendarmes, los veteranos, los estados mayores de las plazas, los puniciona-



rios, etc., solamente le quedaban ciento cuarenta y ocho mil soldados; y descartados además de estos los depósitos y haciendo las distribuciones indispensables en las diversas partes del territorio, imposible fuera sacar una fuerza activa de treinta mil hombres, para concentrarla sobre un punto cualquiera de las fronteras de Francia. Tal es la verdad positiva, y no causará ningún asombro á los que hayan tenido en sus manos las riendas de un gran Estado.

A fin de salir cuanto antes de tal impotencia, Napoleón había llamado á los cincuenta mil soldados que gozaban licencia temporal de seis meses, lo cual elevó el efectivo total de ciento ochenta mil á doscientos treinta mil hombres, é inmediatamente á los antiguos militares, que solo produjeron setenta mil soldados, en vez de los noventa mil con que echaba cuenta, porque gran número de los antiguos militares habían ingresado en las filas de los guardias nacionales movilizados. Esta última providencia había elevado el efectivo general, no á trescientos mil, sino á doscientos ochenta y ocho mil el 12 de junio, porque en tal fecha, de los setenta mil antiguos militares se hallaban doce mil en camino para incorporarse á las filas. Aun faltaba la conscripción de 1815, que debía producir ciento doce mil hombres, de cuarenta y dos mil de los cuales se podía disponer al punto, y de los otros sesenta y seis mil cuando se diera la ley relativa á este alistamiento, según ya queda explicado. Las contemplaciones que en materia de conscripción debían ser guardadas, fueron causa de que aun no se hubiera demandado á esta tal clase ni un solo individuo. En cuanto á los guardias

nacionales movilizados, que habían respondido muy solícitamente al llamamiento del Estado, ya habían suministrado ciento setenta mil hombres, presentes en las filas, ciento treinta y ocho mil de ellos el 12 de junio, y próximos los treinta y dos mil restantes á agruparse en torno de sus banderas. De estos ciento treinta y ocho mil guardias nacionales ya ingresados, cincuenta mil formados en divisiones activas componían la parte principal de los cuerpos de Rapp á las márgenes del Rhin, de Lecombe en los alrededores de Befort, y de Suchet junto á los Alpes. De guarnición estaban los otros ochenta y ocho mil en las plazas. Por de pronto el ejército de línea y único verdaderamente activo se reducía á doscientos ochenta y ocho mil hombres, y á doscientos cincuenta y seis mil deduciendo los que no se debían contar por valores, como gendarmes, veteranos, y demás de que ya se ha hablado. Distribuido se hallaba de este modo: sesenta mil hombres formaban el depósito de los regimientos; veinte mil constituían el núcleo del cuerpo de Rapp; doce mil el cuerpo de Suchet; cuatro mil el del cuerpo de Lecombe; se acaba de ver cómo completaban estos cuerpos los guardias nacionales movilizados. Cuatro mil hombres se hallaban en Aviñón de reserva; siete ú ocho mil á las órdenes del mariscal Brune en Antibio; cuatro mil á las órdenes del general Clausel en Burdeos; de diez y siete á diez y ocho mil ocupaban la Vendée por entonces. Así quedaban ciento veinte y cuatro mil combatientes destinados á operar bajo el mando directo de Napoleón por la frontera del Norte; pero estos últimos útiles todos, presentes en las filas, sin tener que sufrir ninguna de las reducciones que es

fuerza admitir en los cálculos de un ejército, cuando se aspira á saber la verdad rigorosa.

Bueno es añadir que un dia tras otro se debian aumentar estas fuerzas, pues iban á llegar doce mil antiguos militares actualmente en marcha, de la clase de 1813 hasta cuarenta y seis mil conscritos, de treinta á cuarenta mil guardias nacionales movilizados, esto es, cerca de cien mil hombres, que hubieran permitido sacar de los depósitos de cuarenta á cincuenta mil reclutas para el ejército de línea, y añadir treinta mil hombres á las divisiones activas de las guardias nacionales movilizadas. Un mes fuera bastante para alcanzar tal resultado, y si se suponen dos meses, se obtuviera un nuevo aumento de cien mil hombres, y de esta suerte el ejército activo pudiera subir á cuatrocientos mil combatientes, y á doscientos mil los guardias nacionales movilizados. Estas tropas se hallaban provistas del material necesario. Al ejército de línea se dieron fusiles nuevos, y fusiles reparados á las divisiones activas de guardias nacionales. Obligados se vieron los guardias nacionales de guarnicion en las plazas á contentarse con fusiles viejos, que se habian de reparar sucesivamente. De sobra estaba el material de artillería: solo tiros fueran de desear en mas abundancia. Dos mil caballos para este servicio habia Napoleon hallado el dia 20 de marzo, hasta seis mil sacó de los campesinos, y diez mil tomó, de los cuales ya se habia restituido á los cuerpos una parte. Trescientas bocas de fuego tenia el ejército del Norte con buenos tiros, y era bastante, pues habia tres piezas de artillería por cada mil hombres. Ya contaba la caballería con cuarenta mil caballos, cuyo número se esperaba

elevanto á cincuenta mil de seguida. A la verdad era soberbia, por la buena calidad de los caballos, y por haber servido todos los hombres. Casi estaba completo el vestuario. Sin embargo, algunos hombres del ejército de línea solo tenian la levita y el capote. Los guardias nacionales se quejaban de no haber aun recibido el uniforme adoptado por ellos, es decir, la blusa azul con el cuello de color, cosa que les exponia á ser tratados por el enemigo como paisanos rebelados y no como soldados regulares. Muy atareados los prefectos en estos primeros momentos, y faltos á menudo de los fondos necesarios, no pudieron subvenir á tales gastos, y este fué origen de descontento entre los guardias nacionales, por ser para ellos causa de peligro, lo cual no impedia que estuviesen animados de un espíritu excelente.

Así en el transcurso de dos meses y medio, Napoleon habia sacado á Francia de un estado completo de impotencia, puesto que en ningun punto hubiera podido juntar una fuerza de cierta importancia el 20 de marzo, y ya el 12 de junio tenia sobre la frontera del Norte ciento veinte y cuatro mil hombres provistos de todo, y capaces, si no les hacia traicion la fortuna, de mudar el semblante de las cosas. A las márgenes del Rhin y en el Jura y junto á los Alpes, tenia además núcleos de ejércitos, y tales que, uniéndose á ellos Napoleon, podíalos transformar al punto en cuerpos imponentes y muy presentables al enemigo. Fuertemente ocupadas estaban las plazas, y en cada uno de los siguientes meses se habia de aumentar en no menos de cien mil la masa de los defensores del territorio. Algunos jueces severos han preguntado

porqué en los cuerpos de Rapp, de Lecombe, de Suchet, se hallaban distribuidos unos cuarenta mil hombres, no formando ejércitos verdaderos, al paso que unidos á Napoleon sin duda alguna decidirían de la victoria. Estos críticos no tienen razon alguna. Sin defensa no se podian dejar de ningún modo el Rhin, el Jura y los Alpes; á lo menos se necesitaban cuerpos que, reforzados prontamente, si por aquel lado arrebataba el peligro, se hallaran en aptitud de contener á los invasores. Napoleon los habia compuesto en gran parte de guardias nacionales movilizados; pero éstos necesitaban de un apoyo, y veinte mil soldados de linea añadidos al cuerpo de Rapp, cuatro mil al de Lecombe y doce mil al de Suchet, les debían dar mayor consistencia, suministrándoles además las armas especiales de artillería, de caballería y de ingenieros, de que carecian los guardias nacionales. Asi Rapp tenía de cuarenta á cincuenta mil hombres, Lecombe de doce á quince mil, Suchet de treinta á treinta y dos mil, y si despues de vencer á los ingleses y á los prusianos, se trasladaba Napoleon hacia el Rhin, para hacer frente á los austriacos y á los rusos, que llegaban por la frontera del Este, allí debía encontrar una base de ejército que haría subir á ciento veinte mil combatientes, no llevando mas que setenta ú ochenta mil consigo. Seguramente no podia hacer menos por la defensa del Rhin, del Jura y de los Alpes; mas así hacia to indispensable, á la par que se reservaba medios suficientes para descargar un golpe decisivo á la parte del Norte. Entre los generales antiguos y modernos, solo Napoleon comprendió en grado ógual la distribución de las fuerzas, de modo de

proveer á todo, no haciendo en parte alguna mas que lo indispensable, y reservándose en el punto esencial los medios decisivos. Los desastres de 1815 no invalidan esta verdad en lo mas leve.

La situación que acabamos de pintar con exactitud rigurosa, patentiza cuan insensata fuera la idea de correr sobre el Rhin inmediatamente despues del 20 de marzo, para sacar provecho del grande impulso comunicado á los ánimos por el maravilloso retorno de la isla de Elba. Abrazado este partido, se encontrarán fuerzas triples ó cuádruples de las llevadas al combate; yendo á tanta distancia se hiciera mucho más difícil y casi imposible la reconstitucion de los regimientos franceses; y finalmente, Napoleon hubiera sublevado en su contra á los hombres que anhelaban apurar todos los medios de conservar la paz, y nada dispuestos á perdonarle la guerra, sino en el caso de ser absolutamente inevitable. Si era de indisputable cordara la resolución de esperar á que fueran sacadas las fuerzas francesas del estado de nulidad en que se hallaban el 20 de marzo, y á que resultaran evidentes las disposiciones hostiles de Europa, con todo ocurre una cuestion muy grave, la de averiguar si despues de aguardar hasta mediados de junio, no valia mas diferir las operaciones hasta mediados de julio ó de agosto, con el fin de esperar el momento en que las fuerzas francesas estuviesen completamente organizadas.

Con efecto, habiendo adoptado Blucher y Wellington el partido de permanecer inmóviles á la cabeza de la columna del Norte, hasta que estuviérase en aptitud de obrar la columna del Este á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg, fijamente

debia transcurrir un mes antes de las primeras hostilidades, y un mes debia ser de transcendencia suma para el desarrollo de las fuerzas de los franceses. Asi los antiguos militares, los conscritos de 1815, los guardias nacionales movilizados acabaran de ingresar en las filas, lo cual suministrara otros cien mil hombres, casi todos útiles para el ejército activo, y en lugar de ciento veinte y cuatro mil combatientes, Napoleon hubiera podido juntar doscientos mil bajo su mando. Si se supone que, persistiendo en este plan de expectativa, hubiera dejado como en 1814 avanzar al enemigo hasta el corazon de las provincias francesas, los dos grandes ejércitos contrarios no pudieran estar, el uno en Langres y el otro en Laon antes del 4.º de agosto. Replegándose los depósitos por entonces, de cierto hicieran ingresar mayor número de hombres en los regimientos; Rapp se hubiera incorporado á Napoleon al evacuar la Alsacia, y así éste se hallara á la cabeza de doscientos cincuenta mil combatientes bajo sus órdenes directas. Durante este espacio de tiempo se llenara Paris de marinos, de federados, de las fuerzas de los depósitos, y quizá de este modo contara cien mil defensores. Rodeado Lion de sólidas obras, tambien se llenara con los marinos de Tolon, con los guardias nacionales movilizados del Delfinado, del Franco Condado, de la Auvernia. Suchet, despues de unirle Lecombe, se hallara delante de Lion al frente de cincuenta mil hombres, y entonces, mientras Suchet apoyado sobre Lion hubiera cubierto el Mediodía, Napoleon maniobrando con doscientos cincuenta mil soldados, y teniendo á Paris á la espalda con buena defensa, hubiera cubierto el Norte,

con lo cual no podia ser dudoso el éxito de la campaña, aun cuando ascendieran á quinientos mil los invasores, como se suponía en los cálculos de aquel tiempo, y de ellos cien mil forzosamente serian retenidos á retaguardia. Ahora bien, cuando se recuerda lo que en 1814 hizo Napoleon sin mas que sesenta mil hombres á la mano, no teniendo Paris ni un general, ni un cañon, ni un hombre para su defensa, estando Lion entregado á la inepticia de Angereau, no se puede menos de sentir de la manera mas amarga, que el sistema de la defensiva no prevaleciera ahora en su mente sobre el de la ofensiva. Sin embargo, aun pareciendo este plan defensivo del todo ventajoso, tambien tenia sus inconvenientes graves. Ante todo se necesitaba abandonar sin disparar un tiro las provincias del Este y del Norte, las mas hermosas, mas ricas y mas adictas de Francia, y se necesitaba entregar al enemigo sus recursos, que eran inmensos, y á ellas mismas á una segunda invasion despues de haber sufrido tanto y tanto de resultados de la primera, cuando acababan de suministrar casi la totalidad de los ciento setenta mil guardias nacionales movilizados, que habria que traer á lo interior del territorio, dejando expuestos sus bienes, sus mujeres y sus hijos, á los desmanes de los contrarios. Sobre un gran sacrificio se necesitaba de consiguiente cometer una crueldad, una ingratitude, y además una especie de flaqueza ante Francia devorada de ansiedad y autorizada para creer que, pues se obraba de este modo, el gobierno se hallaba reducido á las últimas extremidades. Contristado y abatido se mostrara fijamente el partido liberal y revolucionario, y el partido realista mas

audaz que nunca. Al mismo tiempo los ánimos, ya muy agitados en París y en las Cámaras, se perturbarian y agriarian y dividirian en mayor grado. Así abandonar al enemigo la Alsacia, el Franco-Condado, la Lorena, la Borgoña, la Champaña, despues de sacar á estas provincias sus brazos mas robustos, poner de manifiesto un estado de extremidad desoladora, exaltar á los enemigos, desalentar á los amigos, dejar al pais en una ansiedad cruel durante dos meses, participar de ella, abandonar á las Cámaras á todas las divagaciones de la zozobra, inconvenientes eran de gravedad suma, y aun sin el ardimiento peculiar del caracter de Napoleón, se comprende que, si habia otro plan, lo prefiriese por completo.

Efectivamente existia uno, sobre el cual habia meditado de continuo con la fuerza mental que le era propia, y sobre cuyo valor no abrigaba ninguna duda. Las dos columnas de invasion se hallaban á cien leguas de distancia una de otra, y además la segunda, la del Este, no podia encontrarse lista para entrar en operaciones hasta mediados de julio, es decir, con un mes de posterioridad á la del Norte, de modo que estaban en la impotencia de sostenerse mutuamente así por la distancia como por el tiempo. Lord Wellington y Blücher acampaban á lo largo de la frontera francesa del Norte, detrás de Charleroy, y aunque muy próximos uno á otro, no estaban tan juntos que no se pudiera penetrar entre ellos para consumir grandes desiguos. En Bruselas tenia el uno su base de operaciones, y en Lieja el otro. Sin duda procuraban darse la mano con el recurso de numerosos puestos, esparcidos á las dos márgenes

del Sambra, que corria entre ambos; pero lo hicieron á la manera de talentos de segundo orden, que mas bien columbran que ven las cosas; y con su golpe de vista, que la naturaleza habia hecho tan rápido y la experiencia tan seguro, desde París descubrió Napoleón el punto por donde se podría introducir en sus cantones harto débilmente unidos, penetrar entre las dos huestes, batir primero á los prusianos, arrollarlos sobre el Meusa, en seguida batir á los ingleses tras de los prusianos, acorralarlos hácia el mar, y al primer golpe producir sobre Europa una conmocion fuerte, que ejercería grande influencia en Londres sobre las divisiones del parlamento británico, y en Viena sobre los recelos del gabinete austriaco. Descargado este primer golpe sobre la columna del Norte, se podia lanzar sobre la columna del Este, y si en combatir y en triunfar habia empleado el mes que le iba á proporcionar otros cien mil hombres, los tendria mas numerosos y mejor dispuestos, y arrojándose con ellos encima del principe de Schwarzenberg, le repelería hácia el Rhin segun todas las verosimilitudes, y de la politica europea desconcertada quizá obtendria la paz, si no se mostraba demasiado exigente. Suponiendo que Napoleón se forjara ilusiones, que el éxito de esta audaz ofensiva no correspondiese á sus esperanzas, nada le impedia pasar de la ofensiva á la defensiva, esto es, á la disputa palmo á palmo del territorio nacional, que en 1814 habia sostenido tan admirablemente, y despues de agotadas las eventualidades del primer plan volver al segundo, sin que la situacion estuviese comprometida. Así no tendrian motivo de queja la Alsacia, el Franco

Condado, la Lorena, la Borgoña, la Champaña; no abandonándolas sino despues de haberlas disputado porfiadamente, y en este sistema que le hiciera pasar por la ofensiva antes de venir á la defensiva, no habria descuidado ni una sola eventualidad venturosa para el país y para sí propio.

A este plan se podia hacer una objecion sola, aunque muy grave. Yendo tan osadamente á probar fortuna en medio de los ingleses y de los prusianos, se podia hallar una gran derrota, y entonces habia riesgo de que todo aquel edificio de recursos tan laboriosamente preparado se desmoronara de repente con el mismo gobierno. Por esta causa habia temido Napoleon que la reunion de las Cámaras se llevase á cabo tan pronto, porque un desastre las podia lanzar en cierta especie de delirio. Pero el paso estaba ya dado, y convenia fortalecer á las Cámaras, al país, y á todo el mundo, aspirando á obtener un éxito decisivo cuanto antes fuese posible. Con su penetracion superior veia Napoleon la posibilidad de obtener este éxito decisivo, y sentia la impaciencia propia de los capitanes inspirados. Por lo comun consiste el génio de la politica en saber esperar, el génio de la guerra consiste en ver al golpe el punto por donde se puede herir y en herir de seguida. Así al paso que los mas eminentes políticos han sido pacientes, los mas insignes capitanes se han hecho notar por lo ejecutivos. Cada génio tiene sus inconvenientes, y fuerza es admitir que obre á su manera. Tanto por razones de situacion como de carácter, Napoleon resolvió lanzarse desde luego sobre los prusianos y los ingleses con los ciento veinte y cuatro mil hombres que á la sazón tenia

á la mano, para caer de seguida, y con los recursos que le llegaran sucesivamente sobre los austriacos y los rusos. Este plan concebido al golpe, lo maduró con una profundidad de cálculo increíble, y presto se verá que sus principios fueron por demás venturosos.

Mientras los prusianos se apoyaban sobre Lieja y los ingleses sobre Bruselas, dándose la mano con puestos á las dos márgenes del Sambre, Napoleon tenia sus ciento veinte y cuatro mil hombres extendidos desde Lila hasta Metz en una larga línea de cantones, conservando dentro de París la retaguardia. Necesario era concentrarlos prontamente, esto es, reunirlos en dos ó tres leguas de terreno, sin sacar al enemigo de su incuria, ó á lo menos sin producirle mas que una media alarma, lo cual no promueve mas que medidas á medias. El primer cuerpo bajo Erlon estaba en Lila, el segundo bajo Reille en Valenciennes, el tercero bajo Vandamme en Mezières, el cuarto á las órdenes de Gerard en Metz, el sexto á las de Lobau en París, de modo que entre el de Erlon á la izquierda y de Gerard á la derecha habia no menos de cien leguas, y sesenta desde la frontera hasta París entre la cabeza y la cola. Por consiguiente no era fácil de operar la concentracion de estas fuerzas. Véase cómo procedió Napoleon para asegurar el buen suceso.

No podia ser muy indicativo de los designios de Napoleon el movimiento desde París hasta la frontera, que se debia operar por Soissons, Laon y Maubeuge, pues era el camino por donde de un mes atrás pasaba todo. Además, hallándose la mayor parte de las masas enemigas en la frontera del

Norte, natural era que hacia este lado fueran tropas, como tambien las habia que hacia Metz, Strasburgo y Lion estaban á la sazón en marcha. Para saber la verdad positiva se necesitaba entrar en cálculos de cuantas pasaban por cada uno de estos caminos; pero nunca el enemigo recibe suficientes informes; ni ejerce bastante vigilancia para entregarse á cálculos de esta especie, ni tiene penetración que alcance á sacar justas deducciones, á no contar un génio superior á su cabeza. Asi Napoleon hizo que sucesivamente emprendieran la marcha las divisiones de Lohan y las de la Guardia con todo el material de artillería, sin otro temor que el de instruir á los generales aliados de que se aprestaba un ejército hacia la frontera del Norte, lo cual nada tenia de extraño, puesto que allí se encontraba el grueso de los prusianos y de los ingleses. El movimiento peligroso por los indicios que suministraria sin duda era el de izquierda á derecha, de Lila á Maubeuge, y el de derecha á izquierda, de Metz á Maubeuge, por la posibilidad de que revelase el proyecto de concentrarse en este último punto, y de marchar sobre Charleroy de resultas. Siendo el cuerpo del general Gerard el que estaba á mayor distancia, se debia poner en movimiento antes que otro alguno; pero por fortuna delante de Metz habia pocos enemigos, y de consiguiente poca vigilancia y pocas comunicaciones que inspirasen recelos. Napoleon previno al general Gerard que partiese el 7 de junio muy de callada, y cerrara las puertas de Metz, y cuidara de que nadie saliera de la plaza, y se encaminara á Filipeville, sin que diera á conocer esta direccion á ningun oficial de su cuerpo. Excepto el

ministro de la Guerra, nadie sabia el plan de campaña, y el mismo general Gerard, á pesar de la confianza de que era digno, solamente sabia una cosa, que marchaba á Filipeville. El general Erlon, el mas distante del centro despues del general Gerard, tenia orden de ponerse en movimiento dos dias mas tarde, esto es, el 9 de junio, y de dirigirse de Lila á Valenciennes, igualmente con gran secreto. El general Reille debia partir de Valenciennes el 11 de junio, cuando Erlon estuviese cerca, y marchar á Maubeuge, á donde Vandamme, que estaba en Mezieres, se trasladaria sin mas que dar un paso. Con todo, los movimientos desde Lila á Valenciennes y de Valenciennes á Maubeuge podian llegar á ser muy significativos. Napoleon ideó un medio ingenioso para enganar al duque de Wellington, al cual suponía mucha mayor penetración que al mariscal Blucher. Muy bien entrevió que, procediendo del mar el general británico y apoyándose en el mar de igual modo, su mayor esmero lo habia de poner en que no se le cortara de esta base de operaciones. Por consiguiente dispuso que de Lila, de Dunkerque y de las plazas vecinas se hicieran salir los guardias nacionales movilizados, y se replegaran las avanzadas enemigas con un aparato militar que pudiese infundir temores de una operacion seria. Este movimiento fué prescripto de modo que fuese ejecutado con todos los visos de efectivo, y sobre todo de visiblemente dirigido sobre las costas, á fin de que, si llegaban noticias de los cuerpos salidos de Metz y de Mezières, se pudiera dar por seguro que la tendencia general de las tropas francesas se manifestaba en el sentido de marchar

hacia Lila, Gante y Amberes. Por otra parte, aun suponiendo al enemigo mas vigilante y mejor servido que lo estaba realmente, estos indicios de marcha no llegarían al cuartel general de Bruselas hasta dos, tres ó cuatro días despues de ser adquiridos, además serían muy contradictorios, y por consiguiente deberían agitar al enemigo en lugar de ilustrarle del todo, y no podían dar margen á determinacion alguna hasta que por completo se hubiera operado la concentracion de los franceses. Asi todos los cuerpos se hallaban en movimiento, cuando Napoleon salió de Paris el 12 de junio.

Partido del palacio del Eliseo á las tres y media de la madrugada, se detuvo algunos instantes en Soissons, donde inspeccionó las obras destinadas á poner esta plaza al abrigo de un golpe de mano, una porcion de órdenes dió segun su costumbre, y á Laon fué á acabar la jornada. A otro dia 13 de junio examinó la posicion donde tuvo lugar la sangrienta batalla del año precedente, dispuso lo que habia que hacer para asegurarse su posicion en el caso de una retirada forzosa, y á Avesnes fué á pasar la noche. Despues de inspeccionar el estado de los almacenes de la plaza, y recoger noticias de sus espías, segun las cuales todo estaba tranquilo en el campo contrario, se fué á dormir á Beaumont el 14 de junio, en medio de un vasto bosque á lo largo de la frontera. Excelentes noticias recibió de todos sus cuerpos de tropas. A través de la Lorena y de los Ardenes se habia operado la marcha del general Gerard sin que ni por asomo se echasen de ver los prusianos. De Lila y de Valenciennes se habian escapado algunos indicios; pero la

vigorosa demostracion hecha delante de Lila impulsaba á conjeturar que los franceses tenían puesta la mira en Gante y probablemente en Amberes. De esta suerte Napoleon se hallaba con todos los cuerpos en rededor suyo, distantes cinco ó seis leguas unos de otros, ocultos por un espeso bosque, y sin que el enemigo supiese nada, si se ha de juzgar por su inmovilidad absoluta. Véase cómo se hallaban situados estos cuerpos el 14 de junio por la noche.

Sobre la izquierda estaba el general conde de Erlon en Solre junto al Sambra con el primer cuerpo fuerte de unos veinte mil infantes, y sobre la misma linea acampaba el general Reille en Leers-Fosteau con el segundo cuerpo fuerte de veinte y tres mil soldados. Estos dos generales estaban destinados á formar la izquierda de la hueste, que por tanto se debia elevar á cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro mil hombres de infantería. A la derecha, si bien á doble distancia por ser de Metz su procedencia, el general Gerard habia ido á pernoctar á Filipeville con el cuarto cuerpo, cuyo efectivo era de quince á diez y seis mil combatientes. Mas tarde habia de formar la derecha del ejército despues de recibir diversas incorporaciones. Finalmente al centro, esto es, en Beaumont mismo, y dentro del radio de una legua, se hallaban Vandamme con el tercer cuerpo, llegado de Mezières y compuesto de diez y siete mil hombres, el conde de Lobau con el sexto cuerpo, formado en Paris y reducido á diez mil hombres por consecuencia de los destacamentos enviados á la Vendée, y últimamente la Guardia fuerte de trece mil infantes, cinco mil jinetes, dos mil artilleros, lo cual sumaba



el total efectivo de veinte mil combatientes. Al modo que en todas sus campañas, no dejando Napoleón a cada cuerpo de tropas más que la caballería necesaria para las descubiertas, en cuatro cuerpos especiales juntó el grueso de esta arma, comprendiendo la caballería ligera bajo Pajol, los dragones bajo Exelmans, los coraceros bajo los generales Kellermann y Milhaud, y formando los cuatro un total de trece mil jinetes aguerridos y de reserva, que Napoleón pensaba conservar á la mano, para servirse de ellos según lo requiriesen las circunstancias. No teniendo para acaudillar la caballería ni á Murat, ni á Bessiéres, ni á Montbrun, ni á Lasalle, heridos unos por la fortuna, y otros por la muerte, eligió á Grouchy, mariscal de reciente fecha, buen general de caballería, mas capaz de ejecutar un movimiento que de concebirlo en su mente, y por tanto, mas idóneo para obedecer que para mandar en los lances belicosos. A estas tropas hay que agregar cuatro ó cinco mil soldados de los parques y de los trenes, completando el efectivo general y todos reunidos en torno de Beaumont por entonces. Nunca se llevó á cabo operación mas difícil de una manera mas venturosa, pues se habian concentrado ciento veinte y cuatro mil hombres y trescientas cincuenta bocas de fuego junto al lindero de un bosque, cuya sola espesura les separaba del enemigo, sin que éste lo sospechara ni por asomo.

Bajo el aspecto de la adhesión y del ardimiento para el combate, á cuanto se ha visto jamás superaba la disposición moral de las tropas. Allí no se contaba ni un solo hombre que no hubiese ya militado. Los mas bisonos habian hecho las dos

últimas campañas. Veteranos eran las dos terceras partes, y procedentes de guarniciones lejanas, ó de las prisiones de Rusia y de Inglaterra. Como autores de la revolución del 20 de marzo, participes se mostraban de su fanatismo (1). ¡Viva el emperador! gritaban así que se presentaba con cierta especie de militar y patriótica furia. Los oficiales sacados de la situación de medio sueldo participaban de los sentimientos de los soldados. Por desgracia los cuadros habian sido reformados muchas veces, primero bajo los Borbones y despues bajo Napoleón, y se hallaba una masa de oficiales nuevos en el regimiento, aun cuando en el ejército fuesen antiguos, y no conocidos por los hombres sobre los cuales debian ejercer el mando. Esta era una de las causas de la desconfianza general que se notaba respecto de los gefes. Entre las filas del ejército la opinion vulgar daba por seguro que, no solamente los mariscales, sino tambien los generales, y muchos oficiales de inferior grado se habian acomodado á los Borbones; que les habia sorprendido muy desagradablemente la vuelta de Napoleón de la isla de Elba, y que por consiguiente su adhesión en la próxima lucha seria cuando menos dudosa. Esta opinion verdadera bajo algunos conceptos, se resentia de falsa en otro, pues los oficiales de graduacion elevada, aun cuando hubiesen visto la vuelta de Napoleón con disgusto,

(1) El general Foy en su diario militar, que ha tenido la bondad de facilitarme su hijo, se expresa de este modo con la fecha del 14 de junio: «Las tropas sienten, no patriotismo, no entusiasmo, sino un verdadero frenesí á favor del emperador y contra sus enemigos. Nadie piensa en poner en duda el triunfo de Francia.»

en su mayor parte eran incapaces de hacerle traición, á lo menos antes que á él se la hiciera la fortuna. Muy cuesta arriba se les hacia sin duda sacrificarse de nuevo por su causa, mas comprendian que les iba en ello su propia gloria, y que tambien se interesaba la de Francia, se hallaban dispuestos á batirse con el mayor arrojo, fuera de que, habiendo contribuido muchos de ellos á la revolucion del 29 de marzo, dispuestos estaban á batirse no solo con denuedo, sino hasta muy apasionadamente. Sin embargo, la confianza de los soldados, que respecto de Napoleon rayaba en el fanatismo, respecto de los gefes era nula. General era la creencia de que algunos se comunicaban con Gante. Cuantos no se expresaban tan vehementemente como los soldados, se hacian de seguida sospechosos. En verdaderos clubs se habian convertido los vivaques, y allí hablaban de política los oficiales y los soldados, y ponian en tela de juicio á sus generales, como se pone en tela de juicio á los hombres políticos por los partidos. No el valor para el combate, sino la disciplina, la union y la calma habian de padecer de resultas. Este ejército heróico é inflamado del todo carecia de cohesion en suma; pero Napoleon formaba su vinculo y tan luego como se mostraba á su vista, la unidad hallaba en su persona. De contento se estremecía ante la idea de encontrar al dia siguiente al enemigo, de vengar las campañas de 1813 y de 1814 sobre sus soldados, y bien se puede afirmar que nunca mas noble y patética victima corrió mas anhelosa á inmolarse sobre el ara, que para el ejército francés era á la sazón el altar de la patria.

Napoleon resolvió satisfacerle al punto, y conducirle aquella misma noche en medio de los vivaques de los ingleses y de los prusianos. Segun lo tenia previsto, aun diciéndose los dos generales aliados que era preciso mantenerse bien arriados uno á otro, con todo habían descuidado el punto de enlace entre sus cantones, y no tomaron las precauciones necesarias para impedir que se penetrara en ellos. Ocupadísimo el duque de Wellington en cubrir el reino de los Países Bajos, y Blücher en interceptar el camino de las provincias rhinianas, se situaron en conformidad de su idea dominante. Sus cantones separaba el Sambre, corriendo de los franceses á ellos, y desaguando cerca de Namur en el Meusa. Blücher con cuatro cuerpos de ejército de cerca de treinta mil hombres cada uno, y formando así un total de ciento veinte mil hombres, ocupaba las márgenes del Sambre y del Meusa. Bulow con el cuarto cuerpo estaba en Lieja, Thielman entre Dinant y Namur con el tercero, Pirch dentro de Namur con el segundo, Ziethen situado con el primero en la misma frontera de Francia, sobre Charleroy tenia dos de sus divisiones, y sus avanzadas mas allá del Sambre, á lo largo del bosque de Beaumont, que ocultaba á los franceses á su vista. Sus otras dos divisiones estaban detras de Charleroy, y se comunicaban por medio de patrullas con el ejército inglés encargado de cubrir el reino de los Países Bajos. De Namur arrancaba un excelente camino empedrado, yendo de las provincias rhinianas á Bélgica, y llevando á Bruselas por Sombresse, los Cuatro Brazos, Genappe, Monte San Juan y Waterloo. Por consiguiente formaba la comunicacion

mas importante para los aliados, puesto que sobre un punto cualquiera de su extension se debian llegar á reunir prusianos é ingleses para ayudarse unos á otros. Con efecto, allí se habian prometido acudir sin tardanza, en el caso de verse amenazados por aquella frontera, pues desde Charleroy solo habia que andar cinco ó seis leguas, para salir á esta gran calzada de Namur á Bruselas; si se echaba hacia la derecha, se salia á la calzada por Sombreffe, y se estaba en la direccion de Namur á Lieja. Si se echaba por la izquierda se salia á los Cuatro Brazos y se estaba en la direccion de Bruselas. Por este motivo tenian los prusianos dos de las divisiones de Ziethen en Charleroy, y las otras dos en Fleurus y en Sombreffe.

De cien mil hombres disponia el duque de Wellington por entonces, y eran ingleses, hanoverianos, holando-belgas, brunswickeses, súbditos de Nassau. Veteranos eran los ingleses, probados por veinte años de guerra, y legítimamente ufanos de sus triunfos en España. Despues de los ingleses lo mejor del ejército británico era la legion alemana, compuesta de las reliquias del antiguo ejército hanoveriano, reclutado con los alemanes y muy aguerrido. Alistados habian sido en 1813 y en 1814 los holando-belgas, los hanoverianos propiamente dichos, los brunswickeses, el cuerpo de Nassau, á consecuencia del levantamiento europeo contra los franceses, los unos organizados en tropas de línea y los otros en milicias voluntarias. Mas solidez tenian las tropas de línea que las milicias, si bien unas y otras se hallaban animadas de vivas pasiones contra Francia, confiadas en el caudillo que tenian á su cabeza, y hábilmente in-

terpoladas con las tropas inglesas, de modo que participasen de su consistencia vigorosa. En esta masa los ingleses contaban treinta y ocho mil hombres, de siete á ocho mil la legion alemana, quince mil los hanoverianos, veinte y cinco mil los holando-belgas, seis mil los brunswickeses, y siete mil los súbditos de Nassau, naturalmente muy adictos á la casa de Nassau-Orange.

Segun se ha visto en el anterior tomo, el duque de Wellington se habia aplicado á persuadir á Blucher de la necesidad de aguardar á que la segunda columna invasora, compuesta de rusos, de austriacos, de wurtembergeses, de bávaros, etc, la cual llegaba por el Este, se hallara á la misma distancia de París que la columna que entraba por el Norte, antes de operar ofensivamente. A fin de matar el tiempo y de satisfacer el ardor de los prusianos, el duque de Wellington consintió en acometer algunos asedios, y con este designio se apresuraron parques de artillería. Pero en la espera no se habian tomado mas que medianas precauciones para ponerse á cubierto contra una súbita aparicion de los franceses. El duque de Wellington, cuya perspicacia falló en esta coyuntura, no habia pensado mas que en preservarse de un ataque á lo largo del mar, lo que no era de temer de ningun modo, pues aun cuando Napoleon le cortara de Amberes, no le interceptaría el camino de Amsterdam de seguro, y por consiguiente no le privara de su base de operaciones, al paso que en separarle de Blucher tenia interés sumo, para lanzarse entre los ingleses y los prusianos, y batir á unos despues de otros. De este último peligro, mas real con mucho, ni el duque de Wellington ni Blu-

cher habian columbrado lo mas leve. Solamente, instruidos por las lecciones de Napoleon en mantenerse bien ligados unos á otros, se prometieron unirse en la calzada de Namur á Bruselas, en caso de ataque hácia la parte de Charleroy, y acudir lo mas rápidamente que fuera posible, los unos desde Bruselas, y los otros desde Namur y Lieja. En tres partes habia dividido el duque de Wellington sus tropas; la una, formando su derecha á las órdenes del general Hill tan entendido como valiente, se extendia de Oudenarde á Ath; la otra bajo el brillante príncipe de Orange de Ath á Nivelles, no lejos de Charleroy y del Sambra; y la última estaba de reserva en Bruselas. Con esta distribucion quiso el duque de Wellington estar en actitud de concentrarse ó sobre su derecha en caso de ataque por mar, ó sobre la izquierda en el caso de que fuera preciso correr en auxilio de los prusianos. Pero, aun con este doble designio, sus cuerpos se hallaban desparramados de sobra, pues se necesitaban cuando menos cinco ó seis dias para que se encontrasen reunidos sobre su derecha ó sobre su izquierda. De todos modos, en caso de un ataque hácia Charleroy contra los ingleses ó los prusianos, el punto de enlace se habia fijado sobre la calzada de Namur á Bruselas, y para asegurar esta calzada estaba distribuido el cuerpo prusiano de Ziethen del modo que acaba de ser indicado, con dos divisiones en Charleroy á orillas del Sambra, y detrás otras dos entre Fleurus y Sombrefe.

Nada ó casi nada se sospechaba el 14 de junio por la noche en los cuarteles generales de Bruselas y de Namur acerca de los designios de los franceses: solamente constaba que habia movimiento

hácia la frontera, aunque sin barruntar el objeto ni la gravedad de tal movimiento. Grande y maravillosa operacion era de consiguiente la de haber juntado de este modo á cuatro ó cinco leguas del enemigo un ejército de ciento veinte y cuatro mil hombres, procedentes de distancias tales como Lila, Metz, Paris, sin que lo echaran de ver los dos generales inglés y prusiano, y la historia de la guerra no presenta que sepamos otro fenómeno de esta clase. Napoleon no era hombre para perder el fruto de este primer suceso, no dándose prisa á aprovecharlo de contado. Asi resolvió entrar en accion la misma noche del 14 al 15 de junio, trasladarse de pronto á Charleroy, tomar de rebato esta plaza verosimilmente mal guardada, cruzar por allí el Sambra, y caer de repente sobre la calzada de Namur á Bruselas, bien seguro de que, por cercanos que estuviesen los prusianos y los ingleses, los hallaria débilmente ligados hácia su punto de enlace, y conseguiria establecerse entre unos y otros con la masa de sus fuerzas. Tomado habia las precauciones mas minuciosas para hacerse lo menos aparentes que fuera posible en los vivaques, para cubrirse con los árboles y los accidentes del terreno muy comunes en aquella frontera del Norte, para ocultar las hogueras, y para estorbar el paso á todo viagero y á todo paisano, á fin de retardar cuanto fuese dado la noticia positiva de la aproximacion de sus tropas. Lo que es la noticia vaga ya estaba divulgada sin duda; pero demuestra la experiencia que en tal caso rara vez se toman disposiciones suficientes por el enemigo amenazado.

Napoleon dió el 14 de junio por la noche las

órdenes siguientes. A las tres y media de la madrugada todas sus cabezas de columna debían estar en marcha, con el fin de hallarse de diez á once de la mañana á orillas del Sambra. Hacia la izquierda el general Reille se había de trasladar con el segundo cuerpo de Leers-Posteau á Marchiennes, tomando el puente de este nombre situado media legua mas arriba de Charleroy, pasando por allí el Sambra, y colocándose en aptitud de ejecutar las instrucciones ulteriores que por el cuartel general le fuesen expedidas. De dos leguas más atrás de Solre junto al Sambra debía partir el conde de Erlon con el primer cuerpo, á fin de entrar dos horas despues que el general Reille en Marchiennes y de tomar posicion á su espalda. En el centro, partiendo el general Vandamme de las cercanías de Beaumont con el tercer cuerpo, tenía orden expresa de hallarse delante de Charleroy entre nueve y diez de la mañana. Con él debía marchar el general Rogniat seguido por tropas de ingenieros y de los marinos de la Guardia, á fin de apoderarse del puente y de la puerta de Charleroy. Encargado estaba el general Pajol de escoltar á Rogniat con la caballería ligera de la reserva. Napoleon se proponía acompañarle á la cabeza de cuatro escuadrones de la Guardia, para verlo y dirigirlo todo en persona. Al conde de Lobau se había prescripto que partiera con el sexto cuerpo una hora despues que el general Vandamme, con el objeto de dejarle tiempo bastante de desfilar por entre los bosques. Una hora despues que el conde de Lobau se debía poner en movimiento la Guardia. Terminantemente prohibiose á los bagajes seguir á los cuerpos de tropas, no

siéndoles licito emprender la marcha hasta despues que hubiesen desfilado por completo. Finalmente hacia la derecha el general Gerard, que aun no estaba mas que en Filipeville, á las tres de la madrugada debía partir de este punto, para caer sobre el Chatelet, dos leguas mas abajo de Charleroy, pasar el Sambra de seguida, establecerse á la orilla izquierda, y esperar los órdenes del cuartel general en tal estado. De esta suerte ciento veinte y cuatro mil hombres iban á caer sobre todos los puntos del Sambra, por mas arriba y por mas abajo de Charleroy, entre nueve y diez de la mañana, y difícil era de todo punto que, asi concentrados en un espacio de dos leguas, no alcanzáran á cortar la linea enemiga, por mucha que fuese su fuerza.

A las tres de la madrugada del 13 de junio todo el ejército emprendió la marcha, excepto Vandamme, sin embargo de que le tocaba iniciar este movimiento. Nadie aventajaba al general Vandamme ni en energia, ni en destreza, ni especialmente en adhesion á la causa, si no del imperio, á lo menos de la revolucion francesa. Pronto estaba á servir muy bien y fielmente; pero no se había corregido de sus defectos, que eran en suma la violencia y el extremado gusto á las comodidades. Se le había obligado á salir de Beaumont, para dar cabida al cuerpo de tropas de Lobau, á la Guardia imperial y al emperador en persona. Tras de dar muestras de grande enojo se fué á establecer á la derecha, y personalmente alojose en una casa de campo bastante oculta á la vista. Para gefe de estado mayor poseia el mariscal Soult la mayor parte de las cualidades, menos la tersu-

ra de espíritu y la experiencia de este servicio, y no había duplicado y aun triplicado la expedición de las órdenes, á semejanza de Berthier, para quedar seguro de que serian transmitidas. El único oficial enviado á Vandamme le buscó largo tiempo, moliose los huesos en su busca, y el mensaje de que era portador no se lo pudo entregar á otro. Nada supo Vandamme de consiguiente, y muy sosegado quedose dormido en sus vivaques. Habiendo llegado el general Rogniat á unirsele muy luego, le manifestó su asombro de hallarle inmóvil, y le dijo que era necesario marchar sobre Charleroy sin tardanza. Desazonadisimo Vandamme del tono con que Rogniat se había expresado, le respondió con aspereza que del cuartel general no se le había dirigido instrucción alguna, y que no estaba acostumbrado á recibir órdenes de un subalterno. Sin embargo de tal respuesta, Vandamme se determinó á emprender la marcha. Pero se necesitaba tiempo á fin de despertar, reunir y poner en movimiento á diez y siete mil hombres, y así el tercer cuerpo no se pudo encaminar hácia Charleroy sino entre cinco y seis de la mañana. Teniendo que desfilar por veredas, por entre espesos bosques y aldeas angostas y largas, Vandamme no podia avanzar muy de prisa, y su dilacion de tres horas naturalmente retrasó otras tantas al cuerpo de Lobau y á la Guardia, que debian seguir el propio camino. Por fortuna el general Rogniat no aguardó á la infantería, y hallandose bastante fuerte con la caballería ligera de Pajol, se lanzó sobre Charleroy sin vacilaciones. Impacientado Napoleon de ver tantas tropas retrasadas en este camino, con los cuatro escuadrones de la Guardia,

que llevaba en su compañía, se decidió á tomar la delantera, y corrió hácia Charleroy á toda rienda.

Entretanto, batiendo el general Pajol la compañía con sus escuadrones, al golpe arrolló las avanzadas prusianas, despues de cogeries de doscientos á trescientos prisioneros. Rogniat le seguia con algunas compañías de infantería y con los marinos de la Guardia, y de súbito se arrojó sobre el puente de Charleroy, lo tomó sin dar lugar á que lo destruyera el enemigo, y voló con petardos las puertas de la ciudad, y penetró en su recinto, y abrió el camino de esta suerte á Pajol, que cruzó por Charleroy al galope, lanzándose en persecucion de los prusianos, los cuales se replegaron á toda prisa.

Como á cien toesas de Charleroy se bifurcaba el camino. Por la izquierda iba á salir á los Cuatro Brazos, y por la derecha á Sombreffe, en la gran calzada de Namur á Bruselas, de que ya hemos hablado repetidamente. Deseosos los prusianos de conservar esta calzada, por donde Blucher y Wellington se podian juntar uno á otro, su retirada efectuaron por los dos ramales que venian á dar á este punto, el de Bruselas y el de Namur, aunque en mayor número por el postrero. Pajol destacó al coronel Clary con el primer regimiento de húsares por el camino de Bruselas, y con toda la demás caballería se lanzó sobre el camino de Namur y seguido por los dragones de Exelmans de cerca.

Mientras en el camino de Beaumont á Charleroy ocurrían tales sucesos, el general Reille, que con el segundo cuerpo había salido de Leers-Fosteau á las tres de la madrugada, junto á la entrada

del bosque de Montigny-le-Tilleul se encontró á los prusianos, y los puso en derrota, y les cogió de trescientos á cuatrocientos prisioneros. Inmediatamente se dirigió sobre Marchiennes, y se apoderó del puente de este nombre, y cruzó el Sambre á eso de las once de la mañana. Despues avanzó hasta Turnel y Gosselies en direccion de Bruselas, y allí hizo allo para dar algún respiro á sus tropas y aguardar las ordenes que del cuartel general le fueran comunicadas. Arrancando de mayor distancia el conde de Erlon con el primer cuerpo, aun no habia podido llegar al Sambre. Sobre la derecha, detenido el general Gerard por una de sus divisiones, de Filipeville no pudo salir sino algo tarde, y ora por este motivo, ora por la distancia que tenian que atravesar sus tropas, no podia llegar al puente del Chatelet con el cuarto cuerpo hasta muy avanzado ya el dia. Pero todos estos retrasos carecian de verdadera importancia, estando ya cruzado el Sambre por dos puntos, Marchiennes y Charleroy, y pudiendo Napoleon situar sesenta mil hombres dentro de algunas horas entre los prusianos y los ingleses, de modo de hacer su reunion imposible.

Siendo Napoleon á los generales Rogniat y Pajol muy de cerca, por Charleroy cruzó entre once y doce de la mañana, allí no se detuvo ni un minuto, y se fué á juntar presurosamente á su caballeria ligera. Así llegó al punto en que, bifurcándose el camino de Charleroy, á Bruselas dirige uno de sus ramales, y á Namur el otro. Temeroso de que el coronel Clary no tuviera bastante con su regimiento de húsares para hacer cara á los puestos enemigos que habian tomado la direccion de Bru-

selas, sin demora prescribió al general Lefebvre Desnoettes, gefe de la caballeria ligera de la Guardia, que fuera á apoyar al coronel Clary con su division, fuerte de dos mil quinientos jinetes, y al general Duhesme, gefe de la infanteria de la Joven Guardia, que destacase un regimiento así que llegara á aquel sitio, para dar apoyo á Clary y á Lefebvre Desnoettes. Al propio tiempo expidió órdenes á su izquierda, compuesta de los generales Reille y conde de Erlon, de acelerar el paso y de avanzar sobre Gosselies, con el fin de acumular de este modo grandes fuerzas en direccion de Bruselas, por donde habian de aparecer los ingleses. Segun queda expresado arriba, habiendo cruzado por Marchiennes el Sambre, ya el general Reille estaba en marcha sobre Turnel y Gosselies, y en tan esencial punto podia juntar veinte y tres mil hombres de infanteria.

Tomadas estas precauciones sobre el camino de Bruselas, Napoleon trasladóse al camino de Namur, donde aun tenia que habérselas con los prusianos, y donde los podia suponer ya muy numerosos, teniendo su cuartel general en Namur, esto es, á siete ú ocho leguas de distancia, á la par que, como establecido en Bruselas, se hallaba á catorce el cuartel general de los ingleses.

De las dos divisiones del cuerpo prusiano de Ziethen que ocupaban á Charleroy, una de ellas, la del mando de Steinmetz, se habia retirado por el camino de Bruselas, y otra, la del mando de Pirsch II, (1) por el camino de Namur que atravie-

(1) Dos generales con el apellido de Pirsch habia en el ejército prusiano, y Pirsch I y Pirsch II se les llamaba de

sa á Fleurus y Sombreffe. Esta hizo alto en la aldea de Gilly, distante una legua de Charleroy y en direccion de Fleurus. Pajol siguióla al frente de la caballería ligera, Exelmans con los dragones, y como gefe de la reserva de caballería el mismo Grouchy llegó á tomar el mando de las tropas reunidas á esta vanguardia. Orden tenía el general Ziethen de disputar el terreno en caso de ataque, de modo de retener la marcha de los franceses, aunque no de comprometerse en formal empeño. Viendo en su persecucion á seis mil jinetes, de seguida evacuó la aldea de Gilly, y establecióse detrás de un arroyo bastante crecido, que derivado de la abadia de Soleilmont va á desaguar cerca del Chatelet en el Sambra. Bajo sus órdenes el general Pirch II habia barreado el puente de este arroyo, y colocado detrás del puente dos batallones, y otros muchos en los bosques de Tricheheve y de Soleilmont, á derecha é izquierda del camino. Sobre tal posicion determinó esperar á los franceses, porque le permitia oponerles una resistencia de duracion bastante. Aun teniendo las dos divisiones de Pajol y de Exelmans bajo su mano, al mariscal Grouchy le pareció conveniente no seguir adelante, porque tropas de á caballo no bastaban para superar el obstaculo que tenia á la vista, y se hubiera expuesto á perder mucha gente sin alcanzar ningun resultado.

En tal situacion halló Napoleon á su llegada á Gilly las cosas. Inmediatamente adoptó su partido con aquella seguridad de criterio, que jamás le resultas: Pirch I mandaba en gefe el segundo cuerpo de ejército de Blucher: Pirch II mandaba una de las divisiones de Ziethen, general en gefe del primer cuerpo.

abandonaba en la guerra. Delante se le presentaba una cordillera de colinas cubiertas de matorrales, y el arroyo de Soleilmont bañaba su falda. Al respaldo se extendia la llanura de Fleurus, ya célebre por la batalla que allí dieron los generales Jourdan y Kleber, y en la cual era muy verosímil un encuentro con los prusianos, puesto que la cruzaba de parte á parte la gran calzada de Namur á Bruselas. Muy deseoso Napoleon de este choque, á fin de batir á los prusianos antes que á los ingleses, se queria asegurar la entrada de la llanura de Fleurus, aunque no con el pensamiento de ocuparla de ningun modo, pues alejara de allí á los prusianos é hiciera fracasar sus designios. Con efecto, hasta ahora pasaba todo segun lo habia previsto y deseado. Su creencia fué que, por mucho interés que los prusianos y los ingleses tuvieran en mantenerse fuertemente unidos, siempre dejarían entre sí algun punto menos sólidamente ocupado, por el cual lograria penetrar victoriosamente, apoyándose en toda la fuerza de su reconcentrada tropa. Este cálculo profundo se habia realizado al pie de la letra; y el Sambra tan felizmente arrebatado al enemigo, descubria á las claras el vacio que separaba á los ingleses de los prusianos. Fácil era de reconocer que se tenia á los ingleses sobre la izquierda en direccion de Bruselas, á cinco ó seis leguas sus avanzadas, á doce ó catorce sus cuerpos de tropas, y á los prusianos sobre la derecha en direccion de Namur, con sus avanzadas á unas dos leguas y á cinco ó seis sus cuerpos de batalla. Siendo el designio de aspirar á meterse entre unos y otros el de encontrarlos separadamente, se necesitaba ejecutar dos cosas, lanzarse de seguida



sobre uno de los dos ejércitos enemigos, y mientras con este se mantenía la lucha, oponer á la marcha del otro un obstáculo que le impidiera llegar en auxilio de la hueste atacada. Estos dos objetos resaltaban á todas luces; ¿pero sobre cuál de los dos ejércitos convenia lanzarse antes? Evidentemente sobre el ejército prusiano, porque estaba mas cerca, y tambien porque si á su derecha se lo dejaran los franceses, muy luego se trasladara á su espalda, y de revés les cogiera de tal modo, ínterin estaban ocupados en luchar contra los ingleses. Tomando además en cuenta el espíritu emprendedor de su caudillo, lo probable era que impaciente ansiara el combate, y que se aprovechara de la proximidad para medirse con los franceses, y que así por la distancia como por su lentitud de costumbre, los ingleses dieran tiempo á Napoleón de abrumar á sus aliados, antes de que les trajeran socorro. Pero de esta necesidad de elegir á los prusianos para el primer combate, se derivaba forzosamente la de facilitarles los medios de llegar á la llanura de Fleurus, en lugar de impedirse de ningun modo, pues así ejecutarán un gran movimiento retrógrado, y por Wavre se fueran á incorporar á los ingleses detras de Bruselas. Ahora bien, si los dos ejércitos aliados iban á operar su reunión mas allá de esta plaza, el plan de Napoleón se venia al suelo, y su posicion resultaba peligrosa hasta lo sumo, porque en Bélgica no se podia internar demasiado, teniendo necesidad de retroceder antes de mucho para hacer cara á la columna invasora del Este, y no se las podia haber contra doscientos veinte mil hombres con ciento veinte y cuatro mil tan solo, sino á condicion de

batirlos separadamente. Si los hallaba juntos, se veia obligado á volver á pasar la frontera con un plan de campaña frustrado del todo, y perdido tambien el ascendiente de su superioridad en las maniobras militares. Así no convenia ir mas allá de Fleurus en direccion de Namur, á la par que por el contrario en direccion de Bruselas era indispensable ocupar la posicion que impidiera á los ingleses llegar al campo de batalla donde se combatiera á los prusianos.

Ya establecido Ziethen detras del puente de Soleilmont y en los bosques de la izquierda y la derecha del camino, segun se ha expresado, necesariamente urgia desalojarle de este punto para señorear el desemboque á la llanura de Fleurus, y no dar un paso mas adelante. De consiguiente Napoleón ordenó á Grouchy que forzara el paso del arroyo tan luego como le llegase infantería, y explorara los bosques, y solo llevara hasta Fleurus sus reconocimientos. Tras de dictar estas providencias, al galope retrocedió camino para vigilar nuevamente lo que pudiera sobrevenir hacia la parte de Bruselas. A Vandamme, que no habia llegado á Charleroy hasta medio dia, y que en atravesar las angostas calles de esta ciudad tardó no menos de dos horas, le envió á decir que se diese prisa, tanto para dejar el paso expedito al conde de Lobau, y á la Guardia, como para ir á apoyar á Grouchy en el ataque. Se estaba á 15 de junio; el calor era sofocante; de las tropas, unas habian andado ya cinco leguas, y seis ó siete otras; pero no habia disminuido su ardimiento, y marchaban presurosamente en cuantas direcciones les eran indicadas. Tras de acelerar la marcha de Vandamme, yendo

Napoleon mas allá del punto donde se bifurca el camino de Charleroy, se adelantó algun tanto por el ramal que conduce á Bruselas. Ya hemos dicho que este ramal desembocaba á la gran calzada en los Cuatro Brazos, donde se formaba la comunicacion de los dos ejércitos aliados. Por consiguiente la posesion de los Cuatro Brazos era de gran monta, por constituir á la par el punto por donde el ejército inglés se podía unir á los prusianos, y donde Napoleon podia operar su concentracion propia. Ya se ha visto efectivamente que, habiendo establecido su reserva el duque de Wellington en Bruselas, delante y en forma de semicírculo situó el grueso de sus tropas, de modo que el general Hill se extendia de Oudenarde á Ath, y el príncipe de Orange de Ath á Nivelles. Así Nivelles era el punto por donde los ingleses podian unir su derecha á su izquierda: además desde Nivelles les conducía un camino empedrado por una traviesa muy corta á los Cuatro Brazos, donde debian encontrar á su reserva procedente de Bruselas, de modo que los Cuatro Brazos, designados con este nombre á causa de los caminos que se cruzan sobre tal sitio, á la par era el punto de reunion de ingleses y de prusianos, y el de los ingleses entre sí propios. Ningun punto de tan vasto teatro de operaciones se le igualaba en importancia. Naturalmente el mismo valor tenia para los aliados que para los franceses, y como esencial condicion de suplan de campaña, Napoleon debia poner el empeño en que los Cuatro Brazos fueran invenciblemente ocupados, para que no se pudieran juntar los ingleses ni á los prusianos ni entre sí propios, sino por largos y difíciles rodeos. No por otro motivo, apenas tomada

Charleroy, se apresuró Napoleon á lanzar en direccion de los Cuatro Brazos, primero al coronel Clary con un regimiento de húsares, despues á Lefebvre Desnoettes con la caballeria ligera de la Guardia, y por último á los cuerpos de Reille y de Erlon, fuertes de mas de euarenta mil hombres de infanteria y de tres mil caballos, todo para contener á los ingleses, mientras peleaba con los prusianos á la cabeza de ochenta mil hombres. Cuando personalmente se hallaba algo mas allá de la bifurcacion del camino, descubrió al mariscal Ney que llegaba á toda rienda y sin mas compañía que la del coronel Heymes, uno de sus ayudantes de campo. Segun se debe hacer memoria, Napoleon le habia dado el 20 de marzo una comision para la frontera, á fin de disminuir, con alejarle de París, su posicion embarazosa, y terminada la comision le dejó en sus tierras, de donde el mariscal no habia vuelto sino para la ceremonia del Campo de Mayo. Tambien se debe recordar que el día de la ceremonia le manifestó Napoleon algun enojo. Sin embargo, contando valerse de su grande energia, al salir de París le envió á decir que se le incorporara cuantos antes, si queria asistir á la primera batalla. Avisado Ney tan á última hora, no tuvo tiempo de tomar en su compañía mas que á Heymes, su ayudante de campo, y encaminóse hácia Manbeuge hasta sin equipage de guerra. Falto aun de caballos, se vió reducido á tomar prestados los del mariscal Mortier, que en Manbeuge quedóse enfermo. Por consiguiente llegaba sin saber nada del estado de las cosas, no conociendo ni el papel que le estaba reservado, ni las tropas que iba á mandar en la campaña, posido de esa agitacion

febril que sigue al descontento de los demás y de sí propio, careciendo por tanto de la tranquilidad de espíritu que es muy de desear en las situaciones difíciles, aun cuando su energía prodigiosa nunca hubiera sido mayor que al presente. Después de dar Napoleón al mariscal Ney la bienvenida, le dijo que le confiaba la izquierda del ejército, formada por los cuerpos primero y segundo, al mando de los generales Erlon y Reille, de las divisiones de caballería agregadas á estos dos cuerpos, de la caballería ligera de la Guardia, que le prestaba para la jornada, con la recomendación de tratarla con miramientos, componiendo en totalidad por lo menos cuarenta y cinco mil hombres de todas armas. Napoleón añadió que con estas fuerzas, trasladadas actualmente al otro lado del Sambre, y ya mucha parte en Gosselies, se necesitaba empujar vivamente al enemigo y arrosarle sin tregua, y establecerse en los Cuatro Brazos, comollave de la posición toda. — ¿Conocéis los Cuatro Brazos? preguntó Napoleón al mariscal de seguida. — ¿Pues no he de conocerlos? respondió el mariscal; aquí hice la guerra de mozo, y recuerdo perfectamente que forman el nudo de todos los caminos. — Partid, pues, replicó Napoleón, y apoderaos de ese puesto, por donde los ingleses se podrían reunir á los prusianos. Y enviad un destacamento hacia Fleurus para ilustrarnos convenientemente (1). — Ney partió lleno de ardimiento, y dispuesto al

(1) Al lector debo advertir que la asercion de Napoleón adoptada en este relato, es una de las que fueron disputadas en la larga y viva polémica á que la campaña de 1815 dió motivo. Dilucidada se verá largamente la verdad de esta asercion en una nota poco mas adelante.

parecer á no perder ni un solo minuto. A la sazón eran las cuatro y media de la tarde.

Tras de despachar Napoleón al mariscal Ney hacia los Cuatro Brazos, se tornó á la aldea de Gihy, donde había dejado á Grouchy, Pajol y Exelmans, en espera de la infantería de Vandamme, para atacar á la retaguardia de los prusianos. Según ya hemos dicho, hacía este lado no tenía otro interés que el de ocupar el desemboque á la llanura de Fleurus, con el objeto de poder allí dar batalla á los prusianos al día siguiente, y se hubiera guardado muy bien de empujarlos á mayor distancia, pues quitandoles el mismo día la gran calzada de Namur á Bruselas, les obligara á ir á buscar detrás de esta plaza el punto de reunion con los ingleses, lo cual diera al traste con todos sus planes. Así no se proponía otra intencion alguna que la de pasar el arroyo de Soleilmont, y ocupar el respaldo de las colinas cubiertas de matorrales, que ciñen la llanura de Fleurus. Al fin llegó Vandamme con su infantería, y se vino á situar detrás de la caballería de Grouchy. Pero ni Vandamme, ni Grouchy, ni Pajol, ni Exelmans querían atacar sin que Napoleón se hallara presente. En dictamen de ellos detrás del arroyo de Soleilmont se hallaba todo el ejército prusiano. Efectivamente, se podia sospechar de este modo, á tenor de las simples apariencias. Reforzado el general Pirch II por algunos batallones de la division de Jagow, había llenado de tropas los bosques de derecha é izquierda del camino, barrreado el puente, y colocado detrás muchos batallones en columnas cerradas. Campo libre quedaba para todas las suposiciones, á causa de la imposibilidad de ver por entre la espesura de los

bosques y mas allá de la cadena de cumbres, y como la imaginacion representa gran papel en la guerra, se podia figurar reunido todo el ejército prusiano detrás de aquella cortina. Pero el potente criterio de Napoleon, mas potente que su imaginacion todavia, le mostraba en cuanto veian sus ojos á un enemigo sorprendido y que no habia tenido tiempo de concentrar sus fuerzas. Al dia siguiente ya seria distinto el caso; pero por de pronto Napoleon se hallaba convencido de no tener delante mas que una ó dos divisiones, y desalojarlas del punto que ocupaban á la vista, le parecia asunto de un golpe de mano. Asi dispuso que se atacara inmediatamente á los prusianos, y se les arrebatará la posicion que se manifestaban dispuestos á defender contra los franceses.

El arroyo que les separaba de ellos, derivado de la abadia de Soleilmont, que se divisaba desde su izquierda, por delante corria bajo un pequeño puente, y hacia su derecha se iba á perder cerca del Chatelet en el Sambra. Hacia la derecha dirigió el mariscal Grouchy los dragones de Exelmans, y les ordenó que vaderan el arroyo, á fin de rebasar la posicion del enemigo. Al mismo tiempo tres columnas de infanteria, una de la Joven Guardia, y dos del cuerpo de Vandamme, se movieron para tomar el puente. Amenazados los prusianos por un doble ataque de frente y de flanco, se apresuraron á emprender la retirada, no siendo sus instrucciones otras que las de tirar á retener á los franceses, aunque evitando todo formal empeño. Por tanto sin dificultad casi ninguna cruzóse el arroyo, pero entonces vió Napoleon despechado pronta á escaparse de las manos la infanteria prusiana. Impacien-

te por darla alcance, se le arrojó encima con los cuatro escuadrones de la Guardia actualmente á su inmediato servicio. Sobre los prusianos lanzó el general Letort á la cabeza de estos cuatro escuadrones, los alcanzó al tiempo en que formaban cuadros sobre un claro del bosque, rompió uno de los cuadros, le acuchilló casi por completo, y se arrojó sobre el segundo, que rompió igualmente. Corriendo sobre el tercero, desgraciadamente cayó bajo las balas enemigas. En manos de los franceses dejaron los prusianos algunos centenares de muertos y de heridos, mas de trescientos ó cuatrocientos prisioneros, si bien con la pérdida del general Letort pagaron muy cara esta ventaja. Letort era uno de los oficiales de caballeria mas entendidos, mas bizarros y mas atrayentes. Napoleon mostró gran pesadumbre, y en Santa Elena dedicó algunas líneas muy propias para inmortalizar su fama.

Al terminar los dragones de Exelmans el rodeo que hubieron de ejecutar sobre la derecha de los franceses, de continuo fueron batiendo á los prusianos de Pirch y de Jagow, sin pararse hasta el lindero de los bosques, no avanzando á Fletrus mas que una vanguardia (1).

Obtenido este resultado, Napoleon tornóse á Charleroy para indagar noticias de lo que pasaba hacia su ala izquierda y por su espalda. Aun no

(1) En uno de sus escritos se queja el mariscal Grouchy de que Vandamme no quiso ir mas lejos á la caída de aquella tarde; pero al dar Napoleon en Santa Elena, y refutando la obra del general Reguier, los motivos de detenerse en aquel límite, por completo ha justificado al general Vandamme.

habia oido el cañon de Ney, y esto le tenia sorprendido. Pronto supo la causa de inaccion semejante.

Al dejarle Ney encontró en las cercanías de Gosselies al general Reille con las cuatro divisiones del segundo cuerpo, que desde que pasaron el Sambra por Marchiennes, no cesaron de andar en direccion de los Cuatro Brazos. Precedidas iban por la caballeria ligera de Piré agregada al segundo cuerpo, y por la de Lefebvre Desnoettes destinada de la Guardia, estas cuatro divisiones, que contaban mas de veinte mil hombres, y se extendian sobre el espacio de una legua. Juntas sus dos divisiones de caballeria formaban un total de cuatro mil quinientos jinetes. Por tanto Ney tenia á la sazón mas de veinte y cinco mil hombres bajo su mano. Temerosa la division de Steinmetz á su vista de ser corlada del ejército prusiano, si persistia en cubrir el camino de Bruselas, por un rodeo volvió á ganar el camino de Namur, y así dejó al descubierto los Cuatro Brazos. Ney, á quien habia Napoleón recomendado que se ilustrara hácia la parte de Fleurus, á la division de Girard destacó para que observara á la division de Steinmetz, y tomando al punto la division de Bachelu de cerca de cuatro mil quinientos hombres, con los cuatro mil quinientos jinetes de Piré y de Lefebvre Desnoettes, al frente de estos nueve mil soldados prosiguió el avance. Dejando á la espalda las divisiones de infanteria de Foy y de Gerónimo y además los veinte mil hombres de Erlon, no tenia por qué abrigar temores. Alrededor de tres leguas métricas hay de Gosselies á los Cuatro Brazos, y se pueden traspasar en menos de dos horas y media, con tal de

andar algo de prisa. Verdad es que los soldados de Reille habian ya caminado siete leguas, pero habiéndose puesto en marcha á las tres de la madrugada, catorce horas tuvieron para hacer esta travesía, y mas de una vez tomaron descanso. Por consiguiente bien podian añadir tres leguas á las fatigas de la jornada, sin que se abusara de sus fuerzas. Así Ney tenia medio de cumplir la palabra empeñada á Napoleón y de apoderarse de los Cuatro Brazos; pero de pronto y ya en marcha oyó el cañon de Vandamme, que retumbaba á lo largo del arroyo de Soleilmont á eso de las seis de la tarde, y le asaltó viva zozobra. Desde luego receló que Napoleón tuviera encima todo el ejército prusiano, en cuyo caso Ney lo debía tener á la espalda; y comenzó á andar en vacilaciones, y á deliberar sin hacer cosa alguna.

A las inquietudes que le inspiró el cañon que acababa de resonar en sus oidos, muy luego se agregaron otras. Aproximándose a Frasnes, que no dista mucho de los Cuatro Brazos, divisó una masa de infanteria y la supuso inglesa, aun cuando no llevaba uniforme, si bien le pareció tal por venir del lado de los ingleses. Cabalmente razonaba como en Gilly acababan de razonar Vandamme, Grouchy, Pajol, Exelmaus, al juzgar que tenian que haberse con todo el ejército prusiano, y se dijo que muy bien podia tener delante á la vanguardia del duque de Wellington, la cual desapareciendo de pronto á la manera de una cortina descorrida, muy bien podria al instante mostrar el ejército inglés entero. No obstante su bravura, Ney se habia hecho vacilante como los mas de los generales franceses, y sintióse acometido por el doble temor de

lo que podía tener al frente y á su espalda. Así se detuvo delante del camino expedito de los Cuatro Brazos, esto es, delante de la fortuna de Francia, que estaba allí á todas luces, y que infaliblemente hubiera asido, tan solo con alargar la mano.

¿Qué era lo que á la sazón tenía delante? Exactamente lo que se veía y no otra cosa. Con efecto, el duque de Wellington estaba en Bruselas, y no llegándole aquella mañana mas que vagos rumores, aun no había prescripto nada. Pero el príncipe de Sajonia-Weimar, perteneciente á la división de Perpotcher, una de las que formaban el cuerpo del príncipe de Orange, supliendo las instrucciones que no le habían llegado y á impulsos de una inspiración de simple buen sentido, con cuatro mil soldados de Nassau trasladóse de Nivelles á los Cuatro Brazos. Por consiguiente el mariscal Ney se acababa de detener delante de cuatro mil hombres de infantería no mas que mediana, teniendo cuatro mil quinientos soldados de infantería excelente, sin contar cuatro mil quinientos de caballería y de la mejor calidad del mundo. Seguramente con dar un paso mas hubiera barrido el destacamento contrario en un abrir y cerrar de ojos.

A la verdad Ney podía recelar que fuesen mas de cuatro mil hombres; pero iba á reunir veinte mil con la llegada de las demás divisiones del general Reille, y se necesitaba calcular pésimamente para tener por seguro que el ejército inglés sorprendido á las diez ó las once de la mañana, ya hubiera recibido órdenes de concentracion de Bruselas, y si las había recibido, que las hubiera ejecutado. ¿Cómo en todo caso no se aseguraba con cuatro mil quinientos jinetes de lo que tenía

delante? Una carga de caballería, aun cuando fuese rechazada, de cierto fuera suficiente para aclarar todo el misterio. Ney, que al día siguiente y al otro aun se debía mostrar el mas heroico de los hombres, no era ya aquel general atrevido que en Jena y en Eylau comprometió á los franceses á sangrientas batallas, de resultas de su temeridad en el avance. ¡Ah que no es raro venir á ser tímido por haber sido antes audaz de sebral! No pasó, pues, Ney de Frasnés, población situada a una legua de los Cuatro Brazos, y dejando allí la división de Bachelu con la caballería de Piré y la de Lefebvre Desnoettes, se tornó á Charleroy para dar parte al emperador de cuanto había acontecido.

Napoleon, que había montado á caballo á las tres de la madrugada sin apearse hasta las nueve de la noche, estando así por consiguiente diez y ocho horas, á pesar de hacersele muy penoso este ejercicio por consecuencia de una indisposición que padecía en este momento, al cabo tomó algunos minutos de reposo, y tendido sobre un lecho despachaba órdenes y oía partes. Nuevamente de pie á media noche recibió á Ney, que llegó á darle noticia de lo que había hecho y á exponer las causas de sus vacilaciones. Napoleon se arrebató á veces, cuando todo iba á maravilla, pero mostrábase con perfecta dulzura en las situaciones graves y delicadas, no queriendo por sí mismo agitar á los hombres, á quienes ya las circunstancias agitaban muy sobradamente. Así no reconvinó al mariscal de ningún modo, aun cuando la inexecucion de las órdenes que le había dado le fuera sensible por extremo (1). Además todo era fácil de enmen-

(1) Esta es la ocasión de examinar las diversas aser-

dar hasta ahora, y la jornada habia resultado bastante feliz en su conjunto. Llevando Napoleon los comunicaciones á que han dado margen las órdenes verbales comunicadas á Ney en la tarde del 15 de junio. Lo haremos tan brevemente como sea posible, para edificación de los que no temen las profundidades de la crítica histórica. Ante todo el coronel Heymes, ayudante de campo de Ney, en una relación sincera, si bien dedicada á demostrar que el mariscal no cometió la falta mas leve durante estas tristes jornadas, ha supuesto que Napoleon no le manifestó aquella noche ningún disgusto, y antes bien le convidó á cenar y le trató muy amistosamente. Exacta creemos esta asercion después de consultar á muchos testigos oculares. Tan reprochable era la falta del mariscal por entonces que, teniendo el emperador gran necesidad de su persona, se guardara muy bien de apartarle sin graves motivos. A otro día fué mucho mas grave el disgusto, y se lo manifestó francamente, según se verá antes de mucho. Por consiguiente nos parece que se han traspuesto los hechos al hablar de reconciliaciones del emperador á Ney, colocándolos en un día lo que solo tuvo lugar al siguiente. Pero hay una cuestion mucho mas importante, y es la de averiguar si en realidad Napoleon tenia fundamento para dirigir á Ney serias reconciliaciones, si con efecto le previno de una manera terminante que ocupara los Cuatro Brazos. Esto se ha negado de lleno, por suponerse que Napoleon no hizo mencion de los Cuatro Brazos, al dar á Ney la orden de empujar vivamente al enemigo, sobre el camino de Bruselas. Yo, creo absolutamente lo contrario, y de esta opinion voy á suministrar pruebas que me parecen decisivas.

Los son los fundamentos de toda buena crítica histórica, los testimonios y las verosimilitudes; y ahora voy á examinar si existen estas dos clases de pruebas, en favor de la opinion que he adoptado.

Relativamente á testimonio directo no hay mas que el de Napoleon, y en contra no hay ninguno.

Napoleon de la campaña de 1815 escribió dos relaciones, una viva, espontánea, anterior á todo debate, dictada

ciento veinte y cuatro mil hombres que componian su ejército desde cien leguas de distancia, ya ha-

al general Gourgaud en Santa Elena, y publicada á nombre de éste; otra estudiada, reflexiva, mas docta, colorida mas vigorosamente, si bien menos verdadera en mi concepto; ambas admirables sin duda, y destinadas á vivir como todas las obras de este genio poderoso.

Tanto en la una como en la otra, al referir su coloquio con Ney, afirma Napoleon como la cosa mas natural del mundo que expresamente designó los Cuatro Brazos, recomendando al mariscal que se trasladara allí á toda prisa. En la primera relacion publicada á nombre del general Gourgaud, tan puntuales pormenores dá de sus palabras y de las respuestas afirmativas del mariscal Ney en punto á tener conocimiento del sitio y de su importancia, que á mi juicio es imposible suponer que Napoleon haya falsificado la verdad de ningún modo. No mienten ante el tribunal de la policia correccional los acusados mas impudentemente, que hubiera mentido Napoleon ante la posteridad, á ser su asercion falsa. Yo no amo de ninguna manera el yugo que Napoleon hizo pesar sobre Francia; pero me siento con la doble fuerza de amar la libertad y de habitar de un despota con justicia. Frecuentemente apeló Napoleon al disimulo durante su reinado; á veces hasta al engaño para la consumacion de sus empresas; pero no ocupándose mas que de historia, entre sus contemporáneos es el que menos ha mentido, porque era el que tenia mayor memoria y mas orgullo, y porque estaba sobradamente seguro de su gloria para fundarla sobre el descrédito de sus lugartenientes. Asi no creo que alterara la verdad en el punto de que se trata ahora, y que en la época en que escribia no era aun materia de disputa. Y respecto del mariscal Ney, cuyas desventuras conocia Napoleon en Santa Elena, siempre le trató con las mas nobles contemplaciones.

¿Por ventura contra este testimonio hay uno solo? Ninguno. ¿Lo negó acaso el mariscal Ney? De ninguna manera. Verdad es que cuando este heroico personaje exhaló el último suspiro al golpe de balas francesas, to-

bia logrado sorprender á los ingleses y á los prusianos, y situarse entre ellos de forma de obligar-

avía no se había suscitado la cuestión respecto de este punto, dando solo márgen á la controversia la famosa carga de caballería ejecutada por el mismo en la jornada de Waterloo. Siempre resulta que del mariscal Ney y en oposición al testimonio de Napoleón no se sabe nada.

Con todo, ha existido el mayor general, el mariscal Soult, como testigo de vista y de oídas. Solo éste lo vió y lo oyó todo, y se halla en aptitud de deponer provechosamente. Durante su vida con frecuencia dijo que en la tarde del 15 de junio oyó á Napoleón prescribir al mariscal Ney que se apoderara de los Cuatro Brazos. El duque de Elchingen, hijo del mariscal Ney, general joven é involudable por su inteligencia elevada y sus sentimientos nobles, muerto posteriormente en la campaña de Crimea, á pechos tomó defender en todo la memoria de su padre, memoria de cierto sobradamente gloriosa, para que haya necesidad de hacer nada en su obsequio. Pero en un hijo era muy natural y muy honroso que aspirara á llevar la defensa aun mas allá de lo verdadero. Así el duque de Elchingen se fué á casa del mariscal Soult, y éste, por un sentimiento bien comprensible delante de un hijo, al parecer no hizo memoria de que Napoleón diera orden á Ney el 15 de junio de trasladarse á los Cuatro Brazos. Luego el duque de Elchingen publicó la conversacion tenida con el mariscal Soult en un escrito á que dió el título de *Documentos inéditos sobre la campaña de 1815*. Pero véase un testimonio no menos respetable y diametralmente contrario. El general Berthézene, jefe de una de las divisiones de Vandamme, refiere en sus *Memorias interesantes y verídicas*, tomo II, página 359, que Napoleón en la tarde del 15 de junio prescribió eficazmente al mariscal Ney la ocupacion bien determinada de los Cuatro Brazos, y que del mariscal Soult, testigo ocular del coloquio entre el emperador y el mariscal había adquirido este detalle. Vivo estaba el mariscal Soult cuando el general Berthézene escribió tales renglones, y hubiera podido desmentir el aserto.

les á combatir separadamente. Este resultado era incontestable, pues tenia sobre su derecha y muy

Así el testimonio del mariscal Soult se halla referido contradictoriamente, y si yo hubiera de escoger entre las dos versiones con que se ha dado á la estampa, mejor daría crédito á la que se remonta al año 1818, esto es, á una época mucho mas cercana de los sucesos, y no influida por la presencia de un hijo, pidiendo en cierto modo á favor de la memoria de su padre.

Prescindiendo, pues, de un testimonio que ha venido á ser inseguro, nos queda solo el testimonio de Napoleón, dado espontáneamente, con antelacion á todo debate, y presentando el carácter de la sencillez y de la veracidad hasta el mas alto grado.

Ahora queda un género de prueba, superior en mi concepto á todos los testimonios humanos, y es la verosimilitud en suma.

Entre todos los generales conocidos se reputa á Napoleón por el que mas profundo estudio hizo del mapa. Lo saben perfectamente cuantos vivieron á su lado, y cuantos han leído sus órdenes y su correspondencia. Su trabajo sobre el mapa era prodigioso, y esto le hizo el primer hombre de guerra en los movimientos generales, á que daba el nombre de la *parte sublime* del arte. Con especialidad en la actual coyuntura, preciso era que hubiese estudiado el mapa bien á fondo, para elegir tan alinadamente aquel punto de Charleroy, por donde se podia meter á través de los cantones enemigos y situarse entre los dos ejércitos aliados. A Charleroy había elegido, á causa de que desde allí caía á plomo sobre la gran cañada de Namur á Bruselas, por donde se debían reunir las dos masas enemigas; y caía sobre dos puntos; hácia Sombreffe, si tomaba la direccion de Namur á la derecha; y hácia los Cuatro Brazos, si tomaba la direccion de Bruselas á la izquierda; en Sombreffe detenía á los prusianos; en los Cuatro Brazos á los ingleses. Mas hácia los Cuatro Brazos, pues, impedía á la porción del ejército británico, que ocupaba el frente de Ath á Nivelles, su reunion á la que formaba la reserva en Bruselas. Siendo así los Cua-



próximos en la dirección de Namur á los prusianos, y sobre su izquierda y mucho mas distantes

tro Brazos mucho mas importantes sin ponderacion que Sombresse, y pensando en trasladarse á Sombresse por Fleurus (no habia de pensar en trasladarse á los Cuatro Brazos por Frasnes! Pero hay mas todavía. Al presente no tenia prisa de detener á los prusianos, por el contrario se hallaba dispuesto á dejarlos, desembocar sin estorbo, para combatirlos de seguida, á la par que á toda costa quería detener á los ingleses, para impedirles que vinieran en auxilio de los prusianos. De tal modo le parecia esta necesidad importante que allí enviaba sus principales fuerzas, ya trasladadas al otro lado del Sambra, esto es, á Reille, á Erlon, á Piré, á Lefebvre Desnoettes, disponiendo en totalidad de cuarenta y cinco mil hombres. Y formara esta masa, y pusiera al vigoroso Ney á su cabeza, solo para empujarlos vagamente hácia adelante! ¡Le diria acaso, *id hasta Frasnes*, Frasnes donde no podia impedir nada, y no *id á los Cuatro Brazos*, distantes una legua de Frasnes, y donde podia impedir que los ingleses se reunieran entre sí y se juntaran á los prusianos! Verdaderamente esto es suponer demasiadas imposibilidades, para demostrar en la presente coyuntura la inepticia de uno de los mas grandes capitanes conocidos. Al dia siguiente por la mañana, y en una orden escrita, precisaba Napoleon los *Cuatro Brazos* de forma de poner de manifiesto la gran importancia que daba á este punto. ¡Y la víspera no se le habia de alcanzar semejante importancia! ¡Se habria arrojado sobre Charleroy con tanto acierto por mero acaso, sin estudiar el mapa del pais hasta por la noche, para hacer al fin el descubrimiento de los Cuatro Brazos! No me cansaré de repetir que estas son imposibilidades sobre imposibilidades, inverosimilitudes sobre inverosimilitudes. Ahora, mientras este ignorante, este indolente, este aturdido, se lanzaba por entre las masas enemigas, sin haber mirado siquiera al mapa, el duque de Wellington, que ciertamente no lo estudiaba como Napoleon, según lo demuestran sus planes, solo pensaba en los Cuatro Brazos. Sus lugartenientes, hasta los menos afama-

en la dirección de Bruselas á los ingleses. Seguro estaba por tanto, luego que sus tropas descansaran toda la noche, de tener al dia siguiente un encuentro con los prusianos, mucho antes de que los ingleses pudieran llegar en su ayuda, y de combatir así á un ejército despues del otro. Mas valiera sin duda que el mariscal Ney hubiera ocupado ya los Cuatro Brazos, para colocar á los ingleses en la imposibilidad absoluta de traer socorros á los prusianos.

Los franceses, se trasladaban allí á toda prisa, como se verá pronto, aun sin recibir órdenes suyas. ¡Y Napoleon solo, ciego ahora, aunque al dia siguiente habia de abrir tanto los ojos, no divisaba los Cuatro Brazos, en situación tan difíel y delicada confiaba al mariscal Ney las dos quintas partes de sus fuerzas actualmente reunidas, y le empujaba hácia adelante, dándole una orden cual no se ha dado nunca, vaga, ambigua, como las dan los generales ineptos: *Mirchad adelante*, sin decir á dónde, cuando los Cuatro Brazos distaban una legua!

Crea el que guste suposicion semejante; yo no violento al lector y le dejo en libertad de adoptar una version u otra, como lo hará sin mi permiso; pero el historiador es un jurado, y en conciencia declaro que hay certidumbre absoluta á favor de la version que me ha parecido preferible. Nadie me aventaja en mirar con interés la memoria de la víctima inmolada en 1815 á deplorables pasiones; pero la gloria de Ney no merma á mis ojos porque se engañara en tal ó cual coyuntura; lo que busco aqui es la verdad tan solo. Ya he dicho muchas veces y repetiré de continuo que la verdad hay que buscar, y hallar, y decir, y dejar luego que habre lo que le sea posible. La verdad es santa, y por ella no puede jamás padecer ninguna causa justa. La gloria militar de Napoleon no hace que su despotismo valga mas y que la libertad valga menos. Se trata de fallar entre él y uno de sus lugartenientes; y cualquiera que sea el fallo, no será Napoleon menos grande, ni tampoco Ney menos heróico. *Quae verum dico ob usum*

sianos; pero lo que no se habia hecho el 15 de junio por la noche, se podia hacer el 16 por la mañana, mientras Napoleón se midiera con los prusianos, y bastante pronto para que Ney se hallara en proporción de auxiliarle con algunos destacamentos, especialmente hallándose espalda con espalda uno y otro, interin cada cual peleaba por su lado. Así, bien se puede afirmar que todo habia salido á maravilla, puesto que, á pesar de las vacilaciones de Ney, en masa estaban los franceses entre los ingleses y los prusianos, éstos sorprendidos y en un estado de concentracion á medias, y los otros distantes y en un estado de dispersion absoluta. A lo sumo faltaba algo á la jornada, por culpa de Ney, que desde las cinco á las ocho se pudo apoderar de los Cuatro Brazos con los veinte mil hombres de Reille, á que los veinte mil de Erlon iban á dar apoyo. Por lo demás, contento Napoleon del total resultado, sin buscar desaciertos, donde no habia gran interés de encontrarlos de ningun modo, al mariscal trató amistosamente, le volvió á despedir para Gosselies á las dos de la madrugada, siempre aplicandose á hacerle sentir la importancia de los Cuatro Brazos, y prometiéndole órdenes terminantes, así que recibiera y comparara los partes de sus lugartenientes. De seguida se tendió sobre el lecho para tomar dos ó tres horas de descanso, á la par que sus tropas tomaban ocho, que les eran indispensables, despues de la travesía que habian ejecutado en la jornada, y antes de los combates que iban á dar al dia siguiente.

A la sazón el ejército francés hallábase distribuido de este modo; sobre la derecha Grouchy con

la caballería ligera de Pajol y los dragones de Exelmans pasaba la noche en los bosques de Lambusart con una simple vanguardia en Fleurus; Vandamme vivaqueaba algo más á la espalda, si bien delante de Gilly, despues de hacer una travesía de siete ú ocho leguas con un calor sofocante. A la extrema derecha se habia apoderado Gerard con el cuarto cuerpo del puente del Chatelet, pero no habia llegado allí hasta muy tarde, por haber necesitado esperar en Filipeville á una de sus divisiones, y por haber tenido que atravesar desde Filipeville á Chatelet una distancia de siete leguas. A caballo estaba sobre el Sambre, con la mitad de su cuerpo á cada orilla.

Hacia el centro ya la Guardia de á pie habia pasado el Sambre; pero la Guardia de á caballo, la gruesa caballería de la reserva, el sexto cuerpo al mando del conde de Lobau, la reserva de artillería, el gran parque, los bagajes, aun no habian tenido tiempo de atravesar los puentes de Charle-roy obstruidos con hombres, caballos y cañones. Sin embargo, mucho era que á pesar del calor ya hubiesen andado unos seis leguas y otros siete, con un inmenso material y por entre angostos desfiladeros. A lo sumo con dos ó tres horas les bastaba á todos para cruzar al dia siguiente el Sambre. Hacia la izquierda sobre el camino de Bruselas el mariscal Ney tenia la division de infantería de Bachelu y la caballería de Piré y de Lefebvre Desnoettes en Frasnes, y algo más á retaguardia, de Mellet á Gosselies el resto del segundo cuerpo, una de cuyas divisiones, la de Girard habia sido conducida á Wagnelée, y por último, entre Gosselies y Marchiennes el conde de Erlon con el pri-

mer cuerpo todo. Habiéndose entregado éste al descanso muy temprano, al día siguiente podía entrar en acción desde la madrugada. En posición semejante, contando Napoleon á la derecha Grouchy, Pajol, Exelmans, Vandamme, Gerard, que tenían cerca de treinta y ocho mil hombres, á la izquierda á Ney, Reille, Erlon, Lefebvre Desnoettes, que tenían cuarenta y cinco mil completos, en el centro á la Guardia, á Lobau, á la gruesa caballería, la reserva de artillería, los parques, unos cuarenta mil hombres entre todos, y no necesitando mas que dos ó tres horas para tener cruzado el Sambre, desde la mañana se podia lanzar sobre los prusianos ó sobre los ingleses, separados unos de otros por la posición que habia tomado, y eligiendo con libertad plena, segun las circunstancias, el adversario á quien preferia atacar en la jornada.

En el cuerpo del general Gerard acaeció un triste caso. El general de Bourmont, con el coronel Clouet su ayudante de campo, se decidió á tomar una resolución fatal para el resto de su vida, la de abandonar al ejército el 15 de junio por la mañana, cuando todas las columnas francesas se ponian en movimiento. Vigoroso en la guerra, apacible, sensato en la vida civil, estimado en el ejército imperial donde habia prestado servicios eminentes, deseado por los realistas, sus antiguos amigos, á quienes hubiera llevado un nombre militar ilustre, y á la par que era solicitado por uno y otro partido, viendo las faltas de ambos, juzgándolos y condenándolos y costándole trabajo decidirse entre ellos, el general de Bourmont rehusó al pronto volver al servicio, á pesar de inclina-

narle sus gustos, y de serle de necesidad á causa de la escasez de su fortuna. Cediendo finalmente al deseo natural de tornar á su carrera, y alcanzando por influencia del general Gerard un mando propio de su grado, muy luego se mostró pesadoso al saber que la Vendée se habia insurreccionado de nuevo, y que se maltrataba rigorosamente á sus deudos y á sus amigos. Acosado por las reconvencciones de los realistas, al golpe tomó la resolución de abandonar el ejército y de dirigirse á Gante. Por la noche del 4 de junio envió á decir al general Hulot como gefe mas antiguo de brigada, que se ausentaria á la mañana siguiente, sin explicarle el motivo, le transmitió las ordenes del general en gefe para que obrase al tenor de ellas, al general Gerard su amigo y su fiador escribió una carta de excusa, y despues cruzó las avanzadas enemigas, diciendo que se iba á unir al rey Luis XVIII. Divulgado este suceso en el cuarto cuerpo de segunda, produjo una exasperacion extraordinaria, si bien lejos de abatir á las tropas, no hizo mas que exaltarlas en mayor grado. Solo que esta fué una nueva causa de desconfianza respecto de los gefes, todos los cuales se hacian sospechosos, si no eran conocidos y amados por los soldados de antiguo. Habiendo partido el general de Bourmont el 15 de junio por la mañana, no llegó al cuartel general prusiano hasta medio dia, cuando la entrada de los franceses en Charleroy habia ya revelado al mariscal Blucher cuanto le interesaba saber por entonces. Por consiguiente, de parte del general de Bourmont fué una gran falta para sí propio, sin utilidad y sin honor para su partido, que debia triunfar por otros medios y por causas mas generales.

No habian empleado tan bien como Napoleon su tiempo los gefes aliados. Durante el 14 de junio, mientras se reunian en Beaumont los franceses, acerca de su aproximacion solo adquirió el mariscal Blucher muy vágos rumores. Sin embargo, por la noche sus noticias tomarón mayor consistencia, y ordenó al cuarto cuerpo establecido á las órdenes de Bulow en Lieja, y al tercero mandado por Thielmann, y situado entre Dinant y Namur, que se trasladasen á este último punto. Al segundo cuerpo bajo el mando de Pirch I le ordenó ir á Sombreffe, y al primero mandado por Ziethen que se concentrara entre Charleroy y Fleurus. A este último punto se replegó Ziethen despues de expulsado de Charleroy el 15 de junio por la mañana, y del puente de Soleimont por la tarde. Pirch I fué á ocupar en Sombreffe la gran calzada que de Namur iba á Bruselas. Thielmann corría hacia el mismo punto. Avisado Bulow ya tarde abandonaba á Lieja para encaminarse á Namur. La intencion del fogoso Blucher era aceptar la batalla al día siguiente 16 de junio, sin aguardar al ejército británico, pero sí con la esperanza de ver llegar una buena parte á los Cuatro Brazos.

Menor habia sido la actividad del lado de los ingleses, ó por efecto del carácter ó de las distancias. Siempre atento el duque de Wellington á sus comunicaciones con el mar, resolvió no dejarse engañar por falsas demostraciones, y esperar para moverse á que los ataques fueran bien determinados en uno ú otro sentido, lo cual le exponia á engañarse á sí propio, de miedo de ser por Napoleon engañado. Aun habiendo adquirido mas de una noticia de la aproximacion de los franceses, y

emanada por desgracia de sus filas, no operó ningún movimiento, siempre en espera de ver mas claro. No obstante, hubiera podido formar sus divisiones, para no tener mas que transmitir una órden de marcha, cuando supiera fijamente la direccion en que debia ser emprendida; pero como acaudillaba soldados que mejor consentian el que se les llevara á la muerte que el que se les abrumase de fatiga, aun no habia prescripto nada. Habiéndole dado parte el general prusiano Ziethen durante el curso del día 15 de junio de nuestra aparicion positiva, ya dispuso la reunion de sus tropas en torno de sus tres cuarteles principales de Ath para su derecha, de Braine-le-Comte para su izquierda, y de Bruselas en fin para su reserva. No por esto dejó de asistir á una fiesta, que la duquesa de Richemont daba en Bruselas. Por la noche y en medio de esta fiesta, que reunia á los gefes del ejército inglés con todos los diplomáticos acreditados en la corte de Gante, al pormenor supo la entrada de los franceses en Charleroy y su marcha al otro lado del Sambre. Sin alteracion alguna se despidió al instante, para ir á dictar las órdenes convenientes.

De seguida mandó á su reserva ponerse en marcha desde Bruselas con direccion á los Cuatro Brazos. Al general Hill y al príncipe de Orange previno que, por un movimiento de derecha á izquierda, se trasladaran el primero de Ath hacia Braine-le-Comte, y el segundo de Ath hacia Nivelles, y especialmente á este último que sobre los Cuatro Brazos dirigiera todo lo que tuviese disponible. Personalmente aprestose á marchar la misma noche de modo de hallarse entre los

Cuatro Brazos y Sombresse á la punta del dia, para ver al mariscal Blucher y concertar sus esfuerzos con los del ejército prusiano.

Mientras el general inglés dictaba estas instrucciones algo tardas, sus lugartenientes ilustrados sin duda por el peligro tomaban disposiciones mejores, y sobre todo mas rápidas que las suyas. Al saber nuestra aparicion delante de Charleroy, el gefe de estado mayor del principe de Orange reonia la tarde del 15 de junio la division de Perponcher, una de cuyas brigadas, la del principe de Sajonia-Weimar, se dirigia espontáneamente á los Cuatro Brazos. Este mismo gefe de estado mayor concentraba á la division de Chassé y á la caballeria de Collaert en los inmediaciones de Nivelles; de modo que, gracias á la prevision de un subordinado, al llegar á su cuartel general el principe de Orange, ya iba á encontrar prescriptas las providencias mas urgentes y hasta ejecutadas en parte.

Asi en esta noche del 15 de junio el ejército inglés se ponía en movimiento sobre todos los puntos, aunque sin tener todavia una division completa en los Cuatro Brazos, mientras que el ejército prusiano mas próximo y mas pronto advertido, en la llanura de Fleurus podia juntar la mitad de su fuerza efectiva, y estaba en aptitud de presentar las tres cuartas partes por lo menos á la siguiente mañana.

Napoleon no se había acostado hasta las dos de la madrugada y ya se encontraba de pie á las cinco. Atacado entonces de una indisposicion bastante molesta, así y todo se mantuvo el dia anterior diez y ocho horas á caballo; y otras tantas iba á

pasar este dia 16 de junio, prueba terminante de que su actividad no habia disminuido lo mas leve (4). Su opinion sobre la conducta que se debió observar en esta jornada, formada la tenia aun antes de recibir los partes de su lugarteniente. Hallándose el cuartel general inglés á catorce leguas sobre la izquierda, y el cuartel general prusiano á ocho leguas sobre la derecha, estando además los cuerpos de las prusianas tropas mas concentrados,

(1) Muy contradictorios están los testimonios contemporáneos en punto á la salud de Napoleon durante estos cuatro dias. Tanto el principe Gerónimo, su hermano, como un cirujano agregado al estado mayor me han afirmado que padecía de la vejiga por entonces. Mr. Marchand, al servicio de su persona, y de veracidad nada sospechosa, me ha manifestado lo contrario. Bien se ve que no es fácil sacar la verdad de tales testimonios, contradictorios aunque sinceros, y respecto de esta misma época podria aducir otras pruebas no menos extrañas de la dificultad de hallar acordes á testigos oculares, todos presentes á los hechos de que dan testimonio, y todos veraces, de intencion por lo menos. Me abstengo de hacerlo deliberadamente, por no sobrecargar con notas fatigosas esta historia. Solo me limitaré á decir de plano que cualquiera que fuese el estado de la salud de Napoleon por entonces, lo que es su actividad no disminuyó mucho ni poco, y por la relacion que va á seguir se podrá juzgar con mayor conocimiento de causa. Por lo que hace á sus movimientos los he comprobado por medio de numerosos y auténticos testimonios, y me he servido especialmente de los del general Gudin, digno hijo del ilustre Gudin muerto en Valoutina, y gefe de la division militar de Ruan ahora. El actual general Gudin, de edad de diez y siete años entonces, como primer paje del emperador le presentaba su caballo. De su lado no se apartó un solo momento, y la fidelidad de su memoria y la sinceridad de su carácter me autorizan para dar fe completa á sus aseveraciones.

á la par que los del ejército inglés se hallaban esparcidos del Escalda al Sambre, seguro estaba de que este día iba á encontrar reunidos en la llanura de Fleurus á los prusianos, y que no tendría que habérselas con los ingleses hasta el día siguiente lo mas pronto. Evidentemente lo que exigía la situacion bien comprendida era torcer á la derecha para dar batalla á los prusianos, y situar á la izquierda un fuerte destacamento para detener á los primeros que llegaran de las tropas inglesas. Pero, aun cuando equivalentes á una incertidumbre, estas conjeturas no debian ser absolutamente determinantes, y necesidad habia de esperar los partes de las avanzadas primero de expedir órdenes definitivas. Si todo el ejército hubiera pasado la víspera el Sambre, y si cupiera en lo posible que empezara inmediatamente las operaciones, sin duda valiera más abrazar desde luego su partido, y sin pérdida de tiempo marchar sobre las dos direcciones indicadas, adaptando las fuerzas en cada una al peligro previsto. Mas por el puente de Charleroy y por las angostas calles de la poblacion aun habia que hacer pasar cuando menos veinte y cinco mil hombres, diez mil de ellos de caballeria, y además el gran parque de artilleria. No se necesitaban menos de tres horas para operacion semejante, y mientras se llevaba á cabo y descansaban de las fatigas de la jornada anterior las tropas ya puestas al otro lado del Sambre, Napoleon se tomaba tiempo á fin de recibir los partes de su caballeria ligera, cosa de suma importancia, situado como estaba entre dos ejércitos enemigos, y lo que era tambien muy embarazoso, con sus generales algo azorados, por creer siempre

que tenían encima á los prusianos y á los ingleses reunidos. Además el 16 de junio se debian tener diez y siete horas de día por lo menos, y no podia ser de gran consideracion un retraso de tres horas.

Tras de recorrer Napoleon muchos puntos y de oír por sí las noticias de sus espías y los partes de su caballeria ligera, se afirmó en las conjeturas del día antes. No debia haber en los Cuatro Brazos mas que las tropas inglesas allegadas de las inmediaciones, á la par que entre Fleurus y Sombreffe se debian hallar reunidos por lo menos los dos tercios del ejército prusiano. Un parte dado por Grouchy á las seis de la mañana anunciaba que el ejército prusiano se desplegaba en frente de Fleurus por completo. Forzoso era irsele encima por dos capitales razones, así la de ser el solo que se hallaba á alcance, como la de que, siguiendo el avance sin pelea, se le dejara sobre el flanco y sobre la espalda. Despues de examinar sus mapas de nuevo, Napoleon dictó sus órdenes á eso de las siete de la mañana, y se las dictó verbalmente al mayor general para que las expidiera por escrito á los gefes de los diversos cuerpos de tropas. Empezando por la derecha, á causa de exigir su concentracion mayor prisa, á los cuerpos tercero y cuarto de Vandamme y de Gerard previno que se trasladaran delante de Fleurus. Como Vandamme habia vivaqueado en los alrededores de Gilly tenía que andar dos leguas y media; para Gerard acampado en el Chatelet era de tres leguas la distancia. Suponiendo que en la expedicion de las órdenes no hubiera retraso, estas tropas no podian llegar sobre el terreno hasta las once de la mañana; lo cual era muy bastante, pues tiempo quedaba para

dar batalla hasta las nueve de la noche. Además prescribió Napoleón que la Guardia acampada en torno de Charleroy se encaminara hacia Fleurus de igual manera. A todo añadió la división de coraceros de Milhaud, que constaba de más de tres mil soberbios jinetes. Pronto se va á ver á que uso destinaba los coraceros de Valmy.

Estas tropas, comprendiendo la caballería de Pajol, los dragones de Exelmans, los cuerpos de infantería de Vandamme y de Gerard, la Guardia, los coraceros de Milhaud, y finalmente la división de Girard, destacada la víspera del cuerpo de Reille para ir hacia Fleurus de exploradora, no sumaban á menos de sesenta y tres á sesenta y cuatro mil soldados y de calidad excelente. Sobrados eran para hacer cara á los prusianos, pues, aun suponiendo que hubieran juntada las tres cuartas partes de sus fuerzas, no podían presentar sobre la llanura de Fleurus más de noventa mil hombres. Aun quedaban los diez mil hombres del sexto cuerpo mandado por el conde de Lobau, tropa también muy buena, que, elevando las fuerzas de la derecha francesa á setenta y cuatro mil combatientes (1), sin duda asegurarían á Napoleón los medios de no temer á los prusianos. Con mucha mayor inferioridad numérica se había ya batido el año de 1814 en su contra. Aunque abrigaba el convencimiento de que no habían tenido tiempo de reunirse los ingleses, no queriendo correr el riesgo de engañarse en ocasión tan decisiva, le pareció oportuno dejar por algunas horas al con-

(1) A fijar las fuerzas he aplicado el mismo esmero que á precisar las horas y los movimientos; y según mi

de de Lobau sobre el empalme de los dos caminos de Fleurus y los Cuatro Brazos, fiando á su sagacidad el cuidado de trasladarse allí donde juzgara más serio el peligro. Debiéndose aclarar la situación en el espacio de tres ó cuatro horas, el conde de Lobau tendría tiempo de acudir adonde se hallara la mayor masa de contrarios.

Respecto del camino de Bruselas y de la importante posición de los Cuatro Brazos, Napoleón creencia los números más próximos á la verdad son los siguientes:

	Pajol.	2,800	hombres.
A los ór-	Exelmans.	3,300	
denes de	Milhaud.	3,500	
Napoleon	Vandamme.	17,000	
y en di-	Gerard.	15,400	
rección	Guardia (infantería).	13,000	
de Fleu-	Guardia (gruesa caballería).	2,500	
rus.	Guardia (artillería).	2,000	
	Girard (división destacada).	4,500	

Total. . . . . 64,000

El cuerpo de Lobau dejado entre uno y otro. . . . . 10,000

A las ór-	Caballería de Piré.	2,000
denes de	Reille (menos Girard).	17,000
Ney en	Erlon.	20,000
los Cua-	Lefebvre-Desnoettes.	2,500
tro Brazos	Valmy.	3,500

Total. . . . . 45,000

Parques, hombres rezagados, heridos ó muertos en los combates de vanguardia del 15 de junio. . . . . 6,000

Total general. . . . . 124,000

ordenó al mariscal Ney que se trasladara allí al punto con los cuerpos de los generales Reille y de Erlon, y la caballería que les estaba agregada, y los coraceros del conde de Valmy. Al mariscal Ney fiaba Napoleón estos coraceros excelentes, á fin de poderle retirar la caballería ligera de la Guardia, que le habia prestado la vispera, recomendándole que la tratase con miramiento. Sin embargo, le permitió que la conservara en una posición intermedia, si ya habia avanzado mucho para que pudiera retroceder fácilmente, y quiso que los coraceros de Valmy se quedaran sobre la calzada llamada *de los Romanos*, viejo camino que atraviesa el país de izquierda á derecha, á fin de que se les pudiera llevar hácia Fleurus, si acaso habia necesidad de ellos. Las tropas fiadas á Ney subían á cerca de cuarenta y cinco mil hombres. Relativamente á su empleo durante la jornada, las instrucciones de Napoleón fueron estas. Ney se debia establecer sólidamente en los Cuatro Brazos, de modo de impedir su acceso á los ingleses, por mucho que se esforzaran para señorear este punto; además debia tener una división algo mas adelante, esto es, en Genappe; y hallarse pronto á formar la columna de los franceses hácia Bruselas, ora evitasen los prusianos el choque para juntarse detrás de esta ciudad á los ingleses, ora fuesen batidos y lanzados sobre Lieja. Desembarazado de ellos, se proponia de positivo Napoleón tomar vivamente por el lado de Ney para darle apoyo en la marcha hácia Bruselas. A estas disposiciones calculadas tan perfectamente para todos los casos, aun añadió Napoleón una providencia eventual y de prevision profunda á todas luces. Contando

Ney bajo su mando á cuarenta y cinco mil franceses, y no teniendo quizá que pelear contra igual número de ingleses, si se daba prisa á ocupar los Cuatro Brazos, su deseo era que enviase un destacamento á Marbais, pequeña aldea situada sobre la calzada de Namur á Bruselas. Esta orden era muy ejecutable, porque en la lucha que Napoleón y Ney iban á sostener de seguida, el primero en Fleurus y el segundo en los Cuatro Brazos, se debian hallar espalda con espalda, y á cualquiera de los dos que acabara antes le seria facil hasta lo sumo soltar en provecho del otro un destacamento de mas ó menos combatientes, que podrian servir de gran socorro, y hasta coger de revés al enemigo. Perfectamente elegida estaba para designio semejante la direccion de Marbais, muy cerca de Sombrefe y en el camino de Namur á Bruselas.

Estas disposiciones dictadas á las siete de la mañana, por el mariscal Soult debieron ser redactadas en estilo de estado mayor y transmitidas inmediatamente á los gefes de todos los cuerpos de tropas.

Por desgracia el mayor general muy novel en el ejercicio de estas delicadas funciones, no tenia la expedición de Berthier ni con mucho, y ni de lejos sabia tampoco abarcar, reproducir y precisar el verdadero pensamiento de Napoleón sin mas que unas cuantas palabras. Asi estas órdenes dictadas á las siete de la mañana, apenas estaban entre ocho y nueve redactadas y expedidas á sus destinos. Aunque muy sensible, tal pérdida de tiempo nada tenia de funesta, acabando las tropas de cruzar entretanto el Sambre, y no pudiéndose



consagrar en ningún caso la jornada mas que á una batalla contra los prusianos, que habia sobrado tiempo de dar en la segunda mitad del día (4). No teniendo Napoleon motivo alguno para

(4) Jueves severos han hecho cargo á Napoleon de las lentitudes de la madrugada del 16 de junio. Unos las han explicado por disminucion de actividad en su persona; otros, no creyendo esta razon fundada, tras la marcha desde Cannas á Paris, las han considerado inexplicables; y solo consiste en que ni unos ni otros han buscado la explicacion verdadera donde la encontraran sin duda, á saber, en el pormenor de estas jornadas, estudiado sobre documentos autenticos y sin pasion de ninguna clase. Ciertamente Napoleon, que habia montado á caballo á las tres de la madrugada del 15 de junio, sin apearse hasta las nueve de la noche, y que tras de tenderse en un lecho se habia vuelto á levantar á media noche y habia platicado con el mariscal Ney hasta las dos de la madrugada, y que dedicando despues solo tres horas al sueño, ya estaba otra vez á caballo el 16 de junio á las cinco de la mañana, no era todavia un príncipe enervado por los años y las grandezas. Colocado entre dos ejércitos enemigos, no pudiendo aventurarse sin peligro de perecer á un falso movimiento, lo esencial para él no era combatir dos horas mas temprano, siendo de diez y siete el día, sino saber fijamente donde estaban las fuerzas que le eran opuestas, antes de mover las suyas en una direccion ó en otra. Del principal reconocimiento ejecutado por Grouchy delante de los prusianos no se dió parte hasta las seis de la mañana, así no pudo llegar antes de las siete la noticia de su despliegue, y de consiguiente ningún tiempo hubo perdido á lo menos por el general en jefe, cuando sin demora fueron dicitadas las órdenes al mayor general, y despachadas por éste entre las ocho y las nueve de la mañana, y especialmente cuando este tiempo lo empleaban las tropas, unas en descansar de la travesía de diez ó doce leguas andadas la víspera, y otras en pasar el Sambre. Ya se verá en el siguiente relato que, estando las

acelerar sus movimientos personales, puesto que ejecutaba á caballo la travesía que andaban á pie sus tropas, antes de partir hacia Fleurus quiso escribir al mariscal una carta de su puño y bien detallada, para exponerle sus intenciones con la tersura y la precision que le eran peculiares.—Al mariscal decia que, por correr mas que los oficiales del mayor general los suyos propios, le despachaba uno con sus definitivas instrucciones. Le anunciaba que iba á partir hacia Fleurus, donde al parecer se desplegaban los prusianos, para darles batalla si aguardaban á pie firme, ó marchar á

tropas sobre el terreno á medio día; no pudo empezar la batalla hasta las dos y media de la tarde, y que dada á esta hora fué completamente ganada, y que por un mero accidente no se acabó mucho antes que espirase el día. Ninguna consecuencia infausa produjeron para la batalla de Ligny las dilaciones forzosas de la madrugada del 16 de junio, ni aun para el combate de los Cuatro Brazos, que sin duda hubiera podido corresponder á su objeto del todo, si las órdenes expedidas se ejecutaran puntualmente. Aquellas dilaciones de la madrugada tuvieron por origen la necesidad de adquirir exactos informes, y de todos modos fueran exigidas por el paso del Sambre, que aun faltaba ejecutar á una parte de las tropas. En cuanto á las dilaciones de la tarde, mucho mas de sentir sin duda alguna, segun se verá mas adelante, ó emanaron de meros accidentes, ó de faltas de los gefes de los cuerpos de tropas, sin intervencion de la voluntad del general en jefe. Siempre repetiremos hasta la saciedad que, si no hay que andarse en repulgos cuando se critica la política de Napoleon, por lo comun tan criticable, menester es tentarse mucho la ropa cuando se critican las operaciones militares de un capitán tan consumado en todas las rancias de su arte, y aplicándose mas que nunca á andar con pulso en circunstancias de tanto empeño, pues iba á decidir de la suerte de Francia y de la suya propia.

Bruselas si emprendían la retirada. Le recomendaba que ocupara sólidamente los Cuatro Brazos, situando una division mas allá de este punto, y otra sobre la derecha de la aldea de Marbais, y por consiguiente en posición de echar hácia Sombreffe. De nuevo le prescribía que no empeñara demasiado la caballería ligera de la Guardia, y que mantuviera los coraceros de Valmy algo á la espalda, con el fin de que tambien pudieran caer sobre Fleurus, en el caso de que se necesitara su ayuda. Además repetía que, batidos ó replegados los prusianos, sin pérdida de tiempo iria sobre la derecha, para apoyar á Ney en el movimiento del ejército hácia Bruselas. Por último, le exponía su plan para el resto de la campaña.— Su deseo era tener dos alas, una á las órdenes del mariscal Ney y compuesta de los cuerpos de Reille y de Erlon con una porción de la caballería, y otra á las órdenes de Grouchy y compuesta de los cuerpos de Vandamme y de Gerard y tambien con su contingente de caballería; y con la Guardia, con el cuerpo de Lobau y la reserva de caballería, que en totalidad montaban á unos cuarenta mil hombres, se proponia ir personalmente ora á una, ora á otra ala, y alternativamente elevarlas á la fuerza y al papel de ejército principal de tal modo.

Estas dobles instrucciones fueron encargadas al conde de Flahault, ayudante de campo del emperador, oficial de confianza, muy conocedor de la lengua inglesa y de los ingleses, y que podia ser al mariscal Ney de gran provecho. Al paso por Gosselies y por los diversos puntos del camino de los Cuatro Brazos, el conde de Flahault debia comunicar las intenciones del emperador á los di-

versos gefes de cuerpos, á fin de que se atuviesen á ellas sin demora, aun antes de que las órdenes expedidas por el mayor general llegaran á sus manos. Mr. de Flahault partió á eso de las nueve de la mañana (1).

Todas las diversas órdenes despachadas, ora á la derecha en direccion de Fleurus, ora á la izquierda en direccion de los Cuatro Brazos, á sus respectivos destinos llegaron á las nueve las unas, y á las diez las otras. Entonces desde todas partes se hallaban las tropas en marcha. Vandamme avanzó de Gilly á Fleurus, y situóse delante de esta pequeña ciudad, cubierto por la caballería ligera de Pajol y por los dragones de Exelmans. Tras de pasar el general Gerard por Chatelet el Sambre, se encaminó á Fleurus sin mas que un movimiento hácia la izquierda. Ya habia pasado de Gilly y se aproximaba á Fleurus la Guardia, fuerte de diez y ocho mil hombres de todas armas, no incluyendo en este número mas que los combatientes, por ir los demás en el parque. Bueno estaba el dia, aunque por extremo caloroso. Ya se veia á los prusianos desplegar sus fuerzas delante de Sombreffe, y al respaldo de las alturas de Saint-Amand y de Ligny, con la intencion evidente de dar batalla.

Por la misma ciudad de Charleroy habia pasado Lobau el Sambre, y detras la gruesa caballería. Dividida esta en dos cuerpos tomó dos direcciones diferentes. Hácia el lado de Fleurus marcharon los

(1) Una carta escrita á las diez de la mañana por el general Reille desde Gosselies habla de haber pasado ya el conde de Flahault por aquel punto, lo cual supone que pudo ser media hora antes.

coraceros de Milhaud para unirse á Vandamme, Gerard y la Guardia; y los coraceros de Valmy declinaron hacia la izquierda en dirección de Gosselies y de los Cuatro Brazos. Sobre este camino de los Cuatro Brazos se hallaba el conde de Erlon con el primer cuerpo, y habiendo llegado ya muy tarde á Marchiennes, allí dejaba descansar á sus tropas, interin recibía las órdenes del mariscal Ney su gefe. Si el servicio del estado mayor estuviera montado como cuando Berthier lo tenía á su cargo, directamente se le comunicaran las instrucciones á Ney destinadas, para que las empezase á ejecutar sin perder un solo momento, poniéndose de seguida en marcha. Con la totalidad del segundo cuerpo habia pernoctado el general Reille en Gosselies. Allí mismo durmieron las divisiones de Foy y del príncipe Gerónimo, algo á la derecha la division de Girard enviada á Wagnelée, y muy cerca de los Cuatro Brazos, esto es, en Frasnes; la division de Bachelo, con la cual el mariscal Ney habia mantenido la vispera al príncipe de Sajonia-Weimar á raya. Allí estaban aun la division de caballería de Piré y la caballería ligera de Lefebvre Desnoettes. Despues de pasar la noche con Reille en Gosselies, Ney le dejó para trasladarse á Frasnes, con el fin de observar los movimientos de los ingleses, no sin encargarle que abriera los despachos del cuartel general para comunicar á todos los gefes de cuerpos las órdenes imperiales, y conseguir de este modo que su ejecución fuera inmediata. Despues se acercó á los Cuatro Brazos, y le impresionó vivamente lo que allí habia acontecido.

A los Cuatro Brazos acababan de llegar el du-

que de Wellington y el príncipe de Orange en persona. Por el general Perponcher, gefe de la division mas cercana y compuesta de las brigadas de Sajonia-Weimar y de Bylandt, habian sido precedidos en este punto. Ya se ha manifestado que la brigada de Sajonia-Weimar acudió allí espontáneamente desde el dia antes, y para unirse á ella estaba ya la brigada de Bylandt en marcha, si bien no podia llegar á los Cuatro Brazos hasta las dos de la tarde. Solo sucesivamente, á las tres, á las cuatro, á las cinco, les era dado llegar allí á las divisiones inglesas, viniendo unas desde Ath y Nivelles, y otras desde Bruselas. Sin embargo, el príncipe de Orange habia prometido al duque de Wellington hacer toda clase de esfuerzos para conservar los Cuatro Brazos, y sacrificar al cumplimiento de este deber esencial su persona y sus soldados. Contando el duque Wellington con la bizarría de este lugarteniente suyo, de seguida se fué á la gran calzada de Namur á Bruselas, para concertar en union del mariscal Blucher sus planes. Le halló delante de Sombreffe desplegado sus tropas, y resueltísimo á dar batalla, ora fuese ó no fuese apoyado. Menos dispuesto le hubiera querido hallar el duque de Wellington al empeño, sin embargo le ofreció acudir con un socorro eficaz hacia la caida de la tarde, ocupando los Cuatro Brazos, y tratando de establecerse sobre la derecha del ejército prusiano. Acordados estos puntos, el duque de Wellington se volvió hacia el camino de Bruselas, para acelerar personalmente la marcha de sus tropas.

Tales eran las disposiciones de los generales enemigos sobre los diversos puntos de este vasto

campo de batalla. Tan valientes como antes aunque menos confiados, los generales franceses miraban con cierta aprension lo que pasaba en torno suyo. Lleno de ardimento, si bien privado de sangre fria, Ney recelaba mucho tener encima al ejército británico todo, sin que faltasen á su lado generales no vacilantes en afirmar que iba á ser forzoso pelear contra cien mil ingleses, á quienes solo se podrian oponer algunos miles de franceses. No le dejaba de hacer fuerza para dar crédito á tales aseveraciones la actitud casi ofensiva del príncipe de Orange, y tan pronto se le queria arrojar encima con los cuatro mil jinetes que tenia á la mano, como daba oídos á lo que se le contaba de las fuerzas del enemigo, suponiéndolas ocultas detrás de los bosques, y á lo que se le decia sobre la imprudencia de atacarlos antes de contar á su disposicion los cuarenta y cinco mil hombres que Napoleon le habia prometido.

Lo mismo pasaba hacia la derecha. Con su division habia sido enviado á Wagnelec el general Girard, uno de los oficiales mas bizarros del ejército y de adhesion mas acrisolada, para tomar lenguas hacia Fleurus, y por disposicion del emperador se quedó en aquel sitio, para servir entre las dos porciones del ejército francés de punto de enlace. Desde su posicion divisaba muy claramente á los prusianos, y los veia desplegarse delante de Sombrefte. Parte dió á su jefe directo el general Reille de este suceso, afirmandole que muy pronto iba á tener encima al emperador entre Sombrefte y Fleurus á todo el ejército prusiano. Dirigido tal parte á Gosselies, en el ánimo del general Reille produjo una impresion muy viva. Este jefe,

cuya conducta habia sido tan brillante en Vitoria, de esta jornada funesta para los franceses conservaba un recuerdo inextinguible, y así pertenecia al número de los que desconfiaban demasiado de la fortuna, para determinarse á obrar con oportunidad y arrojo. Tener entonces á los prusianos delante y á los ingleses á la espalda le parecia una situacion por extremo peligrosa, á la cual era muy posible que Napoleon les hubiera expuesto con su temeridad de costumbre. Al tiempo de pasar por Gosselies el general Flahault para llevar la carta del emperador al mariscal Ney, se hallaba absorbido el general Reille en tales pensamientos. Por el general Flahault le fueron comunicadas las órdenes imperiales, y como el mariscal Ney le habia dejado la recomendacion de que ejecutara al punto las ordenes que le fuesen trasmitidas, el general Reille debió encaminar inmediatamente á Frasnes todo su cuerpo de tropas, que llegara allí á medio dia lo mas tarde, esto es, sobrado oportunamente para desbaratar los pocos batallones del príncipe de Orange. Lejos de obrar de este modo, prevaleciendo de tener con el mariscal Ney crédito sumo, por sí y ante sí adoptó la resolucion de formar su cuerpo de tropas delante de Gosselies, bien que para no moverse nada, hasta que nuevas noticias del general Girard revelasen mas claramente los movimientos de los prusianos. Siempre es aventuradísimo substituir las miras propias á las del general en jefe; pero tomar sobre sí la responsabilidad de modificar ó de diferir la ejecucion de las ordenes de un general en jefe como Napoleon Bonaparte, cuya vasta prevision lo abarcaba todo, á todas luces era una conducta muy temeraria, y

de la que podían resultar las mas graves consecuencias, segun se verá de seguida. Al mariscal Ney participo el general Reille la determinacion que acababa de tomar por sí propio, y apresuróse á trasladar al conde de Erlon situado a la espalda las ordenes del cuartel general, para que se pusiera en marcha y fuera á unirse al segundo cuerpo sobre el camino de los Cuatro Brazos. Ney, á quien hacian vacilar los recelos de sus lugartenientes, añadidos á sus propias aprensiones, sin tardanza despachó á Charleroy un oficial de lanceros, con el fin de anunciar á Napoleon que recelaba tener sobre su frente al ejército inglés y sobre su flanco derecho al ejército prusiano, y que lo ponía en su conocimiento, por no saber si debía empeñarse en la lucha con tan pocas fuerzas como tenia.

Napoleon iba á salir de Charleroy para encaminarse á Fleurus, cuando recibió al oficial que Ney le habia despachado. Verdadero disgusto experimentó al ver que Ney arrojadisimo de costumbre tornaba á caer en las vacilaciones del dia precedente, é hizo que se le respondiera al punto que, estando Blucher todavia la víspera en Namur, no era posible que ahora se hallara en los Cuatro Brazos; que allí no debía tener mas que algunas tropas inglesas procedentes de Bruselas, y sin duda poco numerosas; que por tanto convenia que se apresurara á reunir la infantería de Reille y de Erlon y la gruesa caballería de Valmy, para arrojar cuanto se le pusiera delante. Napoleon encargó al mayor general la redaccion de esta orden expresa, y lo que es ahora el mariscal Soult lo hizo del modo mas puntual y claro. Hacia Fleurus partió Napoleon al instante.

A medio dia llegó á este punto. Apenas le habian tomado alguna delantera sus tropas, y en la Haura de Fleurus hacian el despliegue. Sobre la izquierda del camino real de Charleroy á Namur se hallaba el cuerpo de Vandamme, compuesto de las divisiones de infantería de Lefol, de Berthezoune, de Habert, y de la caballería ligera del general Domon. Todavía mas sobre la izquierda, por orden de Napoleon habia permanecido en la posición intermedia de Wagnelée la division de Girard, perteneciente al cuerpo de Reille. Hacia la derecha y bajo las ordenes del general Gerard se desplegaba el cuarto cuerpo, formado por las divisiones de infantería de Vichery, de Pecheux, de Hulot, y de la caballería de Martin. Mas sobre la derecha, á la caballería ligera de Pajol con los dragones de Exelmans se veía al frente, y á los coraceros de Milhaud á la espalda. Finalmente en segunda línea y de reserva se habia situado la Guardia toda, infantería y caballería, con una artillería soberbia. Estas tropas excelentes presentaban sesenta y cuatro mil hombres de todas armas, segun la cuenta apuntada mas arriba. Establecido tres leguas mas á retaguardia con sus diez mil hombres en el punto de empalme, el conde de Lobau aguardaba la orden de avanzar por el camino de Fleurus ó por el de los Cuatro Brazos. Segun ya se ha dicho, el tiempo estaba hermoso, aunque el calor era sofocante. Poseidas las tropas de singular exaltacion ansiaban una batalla decisiva, la cual no se iba á hacer aguardar mucho, á juzgar por lo que tenían delante de los ojos. De la defeccion del general de Bourmont enteróse todo el ejército á la llegada del cuarto cuerpo de tropas. Esta nueva

produjo una cólera inaudita. Semejante defección fué calificada de traición abominable, sin dejarse de murmurar que muchos oficiales estaban dispuestos á seguir la misma conducta. Al colmo llegó la desconfianza contra cuantos habian servido á la restauracion, ó no participaban de la exaltacion general en estos solemnes instantes. Saliendo de filas un soldado, y yéndose á Napoleon en derecha le dijo estas palabras.— Señor, desconfiad de Soult, que os hace traicion.—No tengas cuidado, replicó Napoleon, yo te respondo de él.—Bueno—repuso el soldado, y se volvió á las filas, sin dar muestras de convencido. Esta sospecha injusta á todas luces, porque á la sazón hacia el mayor general cuanto estaba á su alcance; demuestra el estado moral del ejército adicto hasta el fanatismo, si bien falto de sangre fría por completo. Al pronto cuando el general Gerard llegó á presencia de Napoleon sintió algun embarazo para hablarle de Bourmont, de quien se habia constituido garante. Sin manifestar el mas leve enojo, le dijo Napoleon tirándole de la oreja.— Ya lo veis, mi querido Gerard, los azules son siempre azules; y los blancos son siempre blancos (1).

Desplegándose delante de los franceses se mostraban los prusianos de instante en instante mas numerosos. Imponentísimo aspecto presentaba la desigual llanura de Fleurus, donde se iba á dar una de las batallas mas terribles del siglo.

De la derecha á la izquierda de los franceses,

(1) Esta famosa frase, tan á menudo colocada en ocasiones en que no fué pronunciada, se la dirigió este día al general Gerard, y lo sé de su boca.

y sobre una cinta de terreno bastante elevada, y divisoria de las aguas que van al Sambra y de las que van al Dyle, corria la gran calzada de Namur á Bruselas, de que ya hemos hablado muchas veces, y á la cual vienen á parar los dos ramales del camino de Charleroy, uno por los Cuatro Brazos, y otro por Sombreffe. Allí se trasladaba el ejército prusiano en masa. Segun llegaba á la altura de Sombreffe se gaba á la izquierda, y estableciéndose frente por frente de Fleurus, se daba la mano con las divisiones salidas de Charleroy el día antes. Extremadamente favorable era para la defensiva el terreno que ocupaba sobre el flanco del camino y frente á los franceses.

Desde un pliegue del terreno se derramaba el arroyo de Ligny á lo largo de la calzada de Namur á Bruselas, bastante cerca de Vagnelée, donde estaba en posicion el general Girard desde el día antes, y corria de izquierda á derecha de los franceses, casi paralelamente á la calzada, y despues de dar muchos tortuosos rodeos, cruzaba tres aldeas llamadas Saint-Amand-le Hameau, Saint-Amand-la-Haye, y Saint-Amand el Grande. Llegado á este punto, de golpe torcia el arroyo, y en lugar de seguir paralelamente la calzada de Namur á Bruselas, casi perpendicularmente iba á esta calzada, y atravesaba por la aldea de Ligny, y continuaba hasta cerca de Sombreffe, y enderezando luego su curso como en la direccion primera, y lamiendo la falda de colinas bastante elevadas, al fin iba á desaguar en uno de los afluentes del Sambra. El camino de Charleroy, por donde llegaban los franceses, cruzaba este arroyo con un pequeño puente, y de seguida iba á dar á la gran

calzada de Namur á Bruselas en un sitio llamado *la Punta del Día*, bastante cerca de Sombreffe. Este arroyo de Ligny poco hondo aunque muy fangoso, y con sus márgenes guarnecidas de altos chopos y sauces, naturalmente era el campo de batalla indicado para los enemigos que trataban de impedir que los franceses ocuparan la importante calzada de Namur á Bruselas. Mas allá de su lecho y de las aldeas, por donde llevaba su curso, se elevaba el terreno en escarpa hasta sobre el borde de la calzada, que trataban de defender los prusianos, y formaba un anfiteatro lleno por ochenta mil hombres. Hacia lo alto de esta escarpa se divisaba el molino de Bry y detrás del molino la aldea del mismo nombre, aunque solo se descubría su campanario.

Sobre este campo de batalla estaban distribuidos los prusianos del modo siguiente. Las dos divisiones de Steinmetz y de Henkel, pertenecientes al cuerpo de Ziethen, rechazado de Charleroy el día antes, á la sazón ocupaban las tres aldeas de Saint-Amand la primera, y la de Ligny la segunda. Algunos batallones tenían dentro de las aldeas, y los demás estaban formados en masas cerradas mas atrás y sobre la escarpa. A las tropas destinadas á defender las aldeas de Saint-Amand y de Ligny servían las divisiones de Pirch II y de Jagow de reserva. Allí había cerca de treinta mil hombres. Situado sobre la gran calzada de Namur y en el punto llamado las *Tres Vinageras*, el segundo cuerpo del ejército prusiano al mando de Pirch I formaba con sus cuatro divisiones de Tippleskirchen, de Brauze, de Krafft y de Langen, una segunda línea de cerca de treinta mil hombres

y pronta á apoyar á la primera. En este momento llegaba de Namur á las órdenes de Thielmann el tercer cuerpo del ejército prusiano, y Blucher situólo á su extrema izquierda, delante de la Punta del Día, sobre el mismo sitio en que á la calzada de Namur se une el camino de Charleroy. Así quería defender sus comunicaciones con Namur y Lieja, por donde le debían llegar el cuerpo de Bülow y su material todo. Sin duda la precaucion era prudente; pero así iba á paralizar la mejor parte de sus tropas. Por consiguiente su plan consistía ante todo en defender bien el punto en que el camino de Charleroy cortaba la gran calzada de Namur á Bruselas, es decir, la Punta del Día y Sombreffe, además en sustentar vigorosamente á Ligny y las tres aldeas de Saint-Amand, y finalmente, como su jaectancia siempre corría parejas con su denuedo, en penetrar mas allá de Saint-Amand, y repeler á Napoleon sobre Charleroy, y hasta lanzarle al Sambre, si le ayudaban los ingleses y la fortuna. Pero se mecía en una ilusion vana, pues esta campaña de 1815 que para él había de tener un fin venturoso, no iba á serle tan feliz al principio, porque á lo menos en esta jornada del 16 de junio, aun iba la victoria á dulcificar los descalabros de los franceses.

Sin duda les debía ser bastantemente visible el terreno de Saint-Amand á Ligny como en forma de anfiteatro: no obstante los embarazaban mucho la vista los espesos árboles de las márgenes del arroyo, y á lo sumo podían por entre algunos claros divisar las acumuladas masas del ejército prusiano. En medio de la llanura de Fleurus y algo á la derecha de los franceses se alzaba un molino, cu-

yo dueño había ido allí poseído de sobresalto y á velar por su hacienda. Con el gorro en la mano y turbadísimo de hallarse delante de Napoleón, le hizo subir por movedizas y mal seguras escalas al tejado de su molino, desde donde podía examinar cómodamente el campo de batalla elegido por los prusianos. De lo alto de este observatorio divisó Napoleón muy á las claras á los treinta mil hombres de Ziethen situados, unos en las aldeas de Saint-Amand y de Ligny, y otros detrás sobre la escarpa, y mas arriba, sobre el camino de Namur á Bruselas, al cuerpo de Pirch I igual al de Ziethen en número de tropas, y por último á las de Thielmann, que venían de Namur y empezaban á coronar las colinas, situadas frente por frente de la extrema derecha de los franceses. Segun su cálculo ascenderia en totalidad el ejército enemigo á noventa mil hombres, y no se equivocaba lo mas leve, pues ochenta y ocho mil eran de positivo, á consecuencia de las ligeras pérdidas de la anterior jornada. Al golpe comprendió Napoleón que ante sus ojos tenía apenas reunido el ejército prusiano, sin que aun se hubiera podido juntar á los ingleses, puesto que acababa de llegar entonces, aun cuando de la aparición de los franceses fué el primero que tuvo noticia, á la par que los ingleses no la supieron hasta doce horas mas tarde, y teniendo que atravesar doble distancia por lo menos, todavía no les era dado acudir al punto de reunion de ninguna modo. Así concibió el proyecto de atacar de seguida, y procediendo en esta forma. Sobre su extrema derecha, á lo largo de las colinas, cuya falda baña el arroyo de Ligny al correr hácia el Sambra, se decidió á no pasar de demostracio-

nes aparentes y poco formales, con el fin de retener sobre este punto una parte de las fuerzas de Blücher, causándole zozobra respecto de sus comunicaciones con Namur, y á acometer vigorosamente con su derecha propiamente dicha y compuesta de la infantería de Gerard á Ligny, y atacar no menos vigorosamente con su izquierda, compuesta de Vandamme y de la division de Girard á las tres aldeas de Saint-Amand, y finalmente á tener de reserva á la Guardia, para conducirla adonde apareciese mas obstinada la resistencia. Pero para asegurar mayores resultados á esta batalla, que no seria muy ventajosa, si se limitaba á tomar una posicion con arrojo, le ocurrió que á ella cooperaran las tropas del mariscal Ney de un modo que debia ser decisivo. Si la configuracion del pais ha sido bien trazada por nuestra pluma, el lector debe comprender que el conjunto del campo de batalla formaba un triángulo prolongado, cuya cúspide estaba en Charleroy, y cuyos lados iban á parar á la gran calzada de Namur á Bruselas, en los Cuatro Brazos el uno, y en Sombreffe el otro, siendo equivalente este último sitio y la Punta del Dia. Al hacer frente Napoleón á los prusianos y Ney á los ingleses, sobre uno de los lados del triángulo estaba cada cual de ellos, y hallábanse, por decirlo así, espalda con espalda, y como á la distancia de tres leguas. No teniendo aun Ney que pelear con mucha gente, le era fácil destacar unos doce ó quince mil hombres, de los cuarenta y cinco mil con que contaba á la mano, los cuales, dando media vuelta, cogieran de revés las posiciones de Ligny y de Saint-Amand, y envolverian á la mayor parte del ejército prusiano. Si esta maniobra se ejecutaba



oportunamente, mas trascendentales consecuencias que las batallas de Marengo, de Austerlitz y de Friedland tuviera la batalla que se preparaba ahora, y gran necesidad de que sucediera asi tenían los franceses.

No faltaban caminos para operar la maniobra proyectada, pues además de que de Frasnes á Saint-Amand iban á dar muchos senderos, con retroceder un poco sobre el camino de los Cuatro Brazos, fácil era de ganar la calzada antigua denominada de los Romanos, la cual corta el triángulo que acaba de ser descrito, y pasa cerca de Saint-Amand para unirse á la calzada de Namur á Bruselas.

Bajando Napoleon del molino, desde donde habia juzgado la situación tan perfectamente, al punto dió las órdenes de ataque. Preocupadísimo al modo que el dia antecedente se hallaban los gefes de los cuerpos de tropas formados en rededor suyo de lo que tenían delante de los ojos. Al paso que Ney imaginaba tener á la vista á todo el ejército inglés en los Cuatro Brazos, ellos creían tener que pelear con los ingleses y los prusianos juntos. Sin embargo, el ejército inglés no podia estar al mismo tiempo en los Cuatro Brazos y en Saint-Amand y su contorno. Pero no dejaba de tener visos de fundamento el raciocinio de los generales franceses, no habiendo abarcado mentalmente el conjunto de las cosas. Segun ellos, Blucher ya establecido sobre la gran calzada de Namur á Bruselas, se habia dado la mano con los ingleses, que les iban á ayudar con sus fuerzas, pues á no ser de esta suerte, su derecha en Saint-Amand se hallaria sin ningun apoyo, y expuesta al mas grave peligro. No admitiendo que hubiese cometido se-

mejante falta, por seguro daban que Blucher debia tener el apoyo del ejército inglés, ora á su espalda, ora sobre su derecha. Napoleon les respondió que Blucher, tan bizarro como irreflexivo, no procedia con tanto pulso; que avanzaba aun antes de que le pudieran apoyar los ingleses, con la esperanza de unirse á ellos; que probablemente le costaria caro, siendo absolutamente imposible la llegada del ejército inglés sobre la prolongacion de Saint-Amand por entonces. Les ordenó que inmediatamente fueran á ocupar su posicion de ataque, y que aguardaran la señal para romper el fuego. Al general Gerard, á quien tenia afecto profundo, le dijo que si la fortuna le ayudaba algun tanto en esta jornada, de fijo contaba con resultados que decidieran la suerte de la guerra. Sus lugartenientes partieron de seguida para tomar la posicion que les estaba designada.

A tenor de sus órdenes tomó Vandamme con sus tres divisiones á la izquierda del camino de Charleroy, por donde habian desembocado los franceses, y se fué á desplegar delante de Saint-Amand, teniendo á su extrema izquierda á la division de Girard bajo su mando en esta jornada, y á la caballería del general Domon un poco mas lejos. Siguiendo el general Gerard delante y rectamente el gran camino avanzó el espacio de media legua, y girando luego sobre su izquierda con la derecha hácia adelante, se fué á establecer en frente de la aldea de Ligny, y de modo de formar con Vandamme un ángulo casi recto. Grouchy con la caballería ligera de Pajol y los dragones de Exelmans persiguió al trote largo á los tiradores hasta el pie de las colinas, que baña el arroyo de

Ligny al resbalar hacia el Sambre. Finalmente la Guardia toda se estableció delante de Fleurus entre Vandamme y Gerard y formada en columnas cerradas. A la reserva de artillería tenía sobre su frente, á su propia caballería sobre uno de sus flancos, y á los soberbios coraceros de Milhaud sobre el otro.

Aguardando el estampido del cañon de Ney permaneció inmóvil mas de una hora esta masa de sesenta y cuatro mil hombres en línea de batalla. Napoleón hubiera querido que antes de comenzar la acción sobre la llanura de Fleurus, se empezara en los Cuatro Brazos, á fin de que Ney tuviera tiempo de recaer sobre los prusianos. A las dos de la tarde le envió un despacho, para anunciarle que se iba á atacar al ejército prusiano establecido delante de Sombreffe, y que por su parte debía arrollar á cuantas fuerzas hubiese en los Cuatro Brazos, y ejecutar en seguida un movimiento de retaguardia, con el objeto de coger de revés á los prusianos. Fácil le fuera destacar de doce á quince mil hombres, á causa de las pocas fuerzas que tenía en contra, y de esta suerte se lograrán resultados inmensos.

Tras de enviar el último despacho, y de aguardar aun hasta las dos y media, no sin extrañeza y sin enojo, Napoleón dió la señal de ataque, y la respuesta no se hizo esperar mucho.

Vandamme lanzó sobre Saint-Amand el Grande, á la división de Lefol que formaba su derecha. No bien roto el fuego, este general formó á su división en cuadro, y la dirigió una calorosa arenga, á la cual respondieron con apasionadas vivas al emperador sus soldados. Despues distribuyóla en

muchas columnas, y la condujo directamente al enemigo. Cerca de Saint-Amand el Grande estaba en cuesta el terreno: vallados, tapias, huertas, se encontraban delante de la aldea construida de cal y canto. Mas allá estaba el lecho del arroyo, señalado por una hilera de árboles muy espesa, dividiéndose por entre algunos claros las reservas prusianas, dotadas con numerosa artillería. Apenas se pusieron los franceses en movimiento, así la metralla lanzada desde las cercanías de la aldea, como las balas disparadas por las baterías de mas arriba, hicieron en sus filas crueles destrozos. Una sola bala se llevó ocho hombres de una de las columnas; pero el entusiasmo era muy grande para que se amilanasen los soldados. Adelante se precipitaron casi sin disparar un tiro, y saltando los vallados y penetrando en los huertos, á la bayoneta expulsaron de allí á los prusianos, aunque no sin encontrar muy viva resistencia. De seguida entraron en la aldea, á pesar de los obstaculos con que estaban obstruidas las calles y á pesar del fuego que se les hacia desde las ventanas, y obligaron al enemigo á pasar al otro lado del arroyo. Eavalentados por este primer triunfo, que no les dejó de costar caro, su deseo era lanzarse en persecucion de los fugitivos, cuando mas allá del arroyo divisaron de súbito los seis batallones de la división de Steinmetz de reserva, que hicieron llover sobre ellos balas y metralla, y obligados se vieron á retroceder, no por la violencia del fuego, sino por la imposibilidad de triunfar de masas de infantería alineadas sobre la escarpa de encima del molino de Bry en anfiteatro.

A su turno quiso el general Steinmetz recon-

quistar la aldea perdida, y añadiendo nuevos batallones á los que acababan de ser rechazados de Saint-Amand el Grande, se esforzó por penetrar en su recinto. Pero si los soldados franceses no habian podido pasar de la aldea conquistada, tampoco eran hombres para dejar que se les expulsara de ella. A pie firme aguardaron á los prusianos, luego los recibieron con un terrible fuego á quemarropa, y les obligaron á replegarse sobre sus reservas. Entonces el general Steinmetz volvió á la carga con su division toda, soltando algunos batallones hacia su derecha, para tratar de rodear á Saint-Amand el Grande.

Atentamente seguia Vandamme las fases de este combate, y envió una brigada de la division de Berthezene para hacer cara á las tropas encargadas de rodear á Saint-Amand el Grande, y dirigió la division de Girard sobre las dos aldeas de mas arriba, Saint-Amand-la-Haye y Saint-Amand-le-Hameau. Mientras la division de Lefoi hacia caer bajo sus balas á los que aspiraban á cruzar el arroyo, la brigada de Berthezene contuvo á cuantos intentaban rodear á Saint-Amand el Grande, y participando el bizarro general Girard del ardimiento de sus soldados, avanzó sobre Saint-Amand-la-Haye, con la brigada de Villiers á la derecha y la brigada de Piat á la izquierda. En la aldea penetró á pesar de lo espantoso del fuego, y aun estableciöse en su recinto. De las tres aldeas de Saint-Amand quedaron así dueños los franceses, aunque sin posibilidad de desembocar mas lejos, en presencia de las masas del ejército prusiano, pues detrás de la division de Steinmetz se hallaban los restos del cuerpo de Ziethen, y todo el cuerpo de

Pirch I, esto es, unos cincuenta mil hombres.

Algo mas tarde habia comenzado la accion á la parte de Ligny, aunque no menos vivamente. Despues de ejecutar el general Gerard á lo largo del arroyo de Ligny un reconocimiento, en que estuvo á punto de ser cogido, se le alcanzó que delante de la caballeria prusiana del cuerpo de tropas de Thielmann aglomerados junto á la Punta del Dia necesitaba grandes precauciones hacia su flanco derecho y su espalda. Con efecto, podia acontecer que, mientras por medio de un movimiento de conversion marchara sobre Ligny, bajando la infanteria de Thielmann de la Punta del Dia le cogiera de flanco, y que pasando la caballeria prusiana el arroyo de Ligny por todas partes, se le corriera á la espalda. A la vista de este doble peligro, de Tronquelle á Balatre formó en batalla á la division de Bourmont, mandada por el general Hulot al presente, y le previno que defendiera con teson los márgenes del arroyo de Ligny. Situada así esta division en figura de horca sobre su derecha, y apoyada además por la caballeria del cuarto cuerpo á las órdenes del general Mamin y por los numerosos escuadrones de Pajol y de Exelmans, le debia poner á cubierto contra un ataque de flanco y contra correrias á su espalda. Ya tomadas estas precauciones, el general Gerard avanzó sobre la aldea de Ligny con las divisiones de Viehery y de Pechoux, describiendo segun hemos dicho un ángulo casi recto con la linea de batalla del general Vandamme.

En tres columnas distribuyó estas tropas con el fin de llegar sucesivamente á la aldea de Ligny, extendida á las dos márgenes del arroyo. Antes de

arribar allí se necesitaba atravesar un pequeño llano, y apoderarse de huertas y cercados que precedían á la misma aldea. Al acercarse las tres columnas fueron asaltadas por un fuego tan horrible, que hubieron de retroceder sin embargo de su denuedo. Entonces el general Gerard hizo avanzar una numerosa artillería, que acribilló la aldea de Ligny con tantas balas y bombas, que hizo imposible á los batallones destacados de las divisiones de Henkel y de Jagow la permanencia en aquel punto. Aprovechándose de la confusión de los prusianos, lanzó sus tres columnas, y acaudillandolas en persona, tomó primeramente las huertas, despues las casas, y llegó hasta la calle mayor de la aldea, que estaba paralela al arroyo, no obstante lo violento del fuego. Allí trabóse una série de combates furiosos, que al decir de un testigo ocular tenian la ferocidad de las guerras civiles, porque el odio conocido de los prusianos contra los franceses excitó en sus soldados una especie de rabia, y no se daban cuartel unos á otros. Por sí mismo condujo el general Gerard su reserva, y llevó la conquista de la calle mayor hasta la línea del arroyo, y aun pasó mas adelante, si bien una súbita acometida de la division de Jagow obligóle á perder terreno. Al paso que la calle mayor se prolongaba de un lado á otro de la aldea paralelamente al arroyo, otra calle, formando cruz con ella y atravesando el arroyo sobre un puentecillo, pasaba por delante de la iglesia, construida sobre una elevada plataforma. Desembocando por esta calle transversal los batallones de la division que volvieron á tomar la ofensiva, se abrieron paso hasta la plaza de la iglesia, y casi á la extremidad de la aldea forzaron á

retroceder á los franceses. Pero Gerard quedó al fin dueño de la calle mayor, conduciendo espada en mano hácia adelante á sus soldados. A la derecha y sobre la plataforma de la iglesia colocó una artillería numerosa, que cubria de metralla á los prusianos así que trataban de asomar por la calle transversal la cabeza, y á la izquierda en un castillo medio arruinado, que ya no existe ahora, puso una guarnicion con buena artillería. De este modo logró sostenerse dentro de la aldea de Ligny, merced á los prodigios de denuedo y de adhesion de su persona. Pero allí como en Saint-Amand, presentaba el mismo caracter la batalla: los franceses habian conquistado las aldeas que les separaban de los prusianos, sin posibilidad de seguir adelante á la vista de sus reservas, alineadas hasta el molino de Bry en anfiteatro.

Esta situacion justificaba la sábia maniobra por Napoleon ideada, pues solo un ataque de revers desde Saint-Amand hasta Ligny sobre la línea de los prusianos podia poner fin á su resistencia, y aun debia producir mayores ventajas, pues colocados entre dos fuegos, la mitad de su ejército quedara en manos de los franceses.

Impaciente Napoleon por ver ejecutada esta maniobra, una nueva orden expidió á Ney, cuyo cañon empezaba á retumbar entonces, bien que, según todas las verosimilitudes, no debia hallarse tan empeñado contra los ingleses, que estuviera en la imposibilidad de destacar sobre la espalda de Blücher de diez á doce mil hombres. Datada esta orden á las tres y cuarto de la tarde, redactada por el mariscal Soult y confiada á Mr. de Forbin-Janson, á Ney decia lo siguiente: «Señor mariscal:

«El empeño que os anuncié antes se halla aquí muy pronunciado. Por mandato del emperador os prevengo que debéis atacar inmediatamente, de modo de envolver por la derecha al enemigo, y de caer con toda fuerza sobre su espalda. Perdido está el ejército prusiano si operais vigorosamente; la suerte de Francia está en vuestras manos.»

Mientras Mr. Forbin-Janson llevaba á toda prisa esta orden á los Cuatro Brazos, la batalla proseguía con igual furia, sin que los prusianos lograsen arrancar el curso del arroyo de Ligny á los franceses, pero también sin que estos se pudieran trasladar á la otra orilla. Adelantándose hácia Napoleón y señalando á las aldeas el anciano general Friant, jefe de los granaderos de á pie de la Guardia, y cuyo golpe de vista era muy experto, á causa de haber pasado en el fuego su vida toda, le dijo estas palabras:—Señor, nunca vendremos á cabo con estas gentes, si no les cogéis de revés por medio de uno de los cuerpos de tropa que teneis á la mano.—Estad tranquilo, respondió Napoleón; tres veces he ordenado ya ese movimiento, y lo voy á ordenar la cuarta.—Con efecto, sabía que el cuerpo de Erion apenas había pasado de Gosselies á tal hora, por haberse puesto en marcha después de todos, y que un oficial despachado á galope le hallaría bastante cerca del campo de batalla, para poderle conducir á Saint-Amand en sazón todavía oportuna. Un billete escrito con lápiz entregó á La Bedoyere, en que se contenía la orden formal al conde de Erlon de retroceder camino, si se hallaba muy avanzado, ó si se hallaba á la conveniente altura, de caer inmediatamente á espaldas del mo-

lino de Bry por la antigua calzada romana. Esta orden, cuya ejecución no semejaba dudosa, debía asegurar un resultado igual á los más insignes triunfos del pasado tiempo. ¿Mas lo consentiría la fortuna?

Entre tanto Blücher, cuyo denuedo y cuyo patriotismo no se desalentaban nunca, sobre Ligny lanzó cuantas fuerzas quedaban de las divisiones de Henkel y de Jagow en masa. Del empuje hasta la calle mayor avanzaron estos batallones de refresco por un instante: redoblando el general Gerard su arte y su bizarría, empleando hasta sus últimas reservas, manteniéndose de continuo á la derecha sobre la plataforma de la iglesia, á la izquierda sobre el viejo castillo, no se dejó arrebatar su conquista, si bien hubo de enviar á decir á Napoleón que se encontraba á la extremidad de sus recursos, y que urgía indispensablemente acudir en su socorro. Cuatro mil cadáveres yacían sobre las calles de Ligny á estas horas.

Hacia la parte de Saint-Amand intentó Blücher de igual modo un violento esfuerzo, con llevar el cuerpo de Pirch I en línea para sostener al de Zieten, esto es, empeñando los sesenta mil hombres que se hallaban desde Bry hasta Saint-Amand, en el lance. Al socorro de la division de Steinmetz envió la de Pirch II, con orden de recuperar á toda costa la aldea de Saint-Amand-la-Haye, y sobre Saint-Amand-le-Hameau dirigió la division de Kippelskirchen con instrucciones no menos vigorosas. A esta masa de infantería agregó la caballería entera del primero y segundo cuerpo á las órdenes del general Jurgas, con el designio de rebasar la izquierda de Vandamme. Al mismo tiempo

hizo avanzar las otras tres divisiones del segundo cuerpo de tropas, bajo el mando de Brauze, de Kraff y de Laugen, á fin de que sobre las alturas de Bry relevaran á las tropas que iban al combate, y previno al general Thielmann que se encaminara hacia Sombreffe, sin desguaracer demasiado la Punta del Dia, por donde habia de desembocar Bulow á la cabeza del cuarto cuerpo. Asimismo recomendó que inquietara á los franceses por su derecha, ejecutando una demostracion sobre el camino de Charleroy.

Marchando Blücher en persona de resultas de estas disposiciones á la cabeza de sus soldados sobre las tres aldeas de Saint Amand intentó un ataque por extremo vigoroso. Con grande impetu se arrojó la division de Pirch II sobre Saint-Amand-la-Haye, y logró penetrar en su recinto. Tras de ser el general Girard rechazado (1), allí volvió á entrar con su brigada de izquierda, la del general Piat, y se pudo nuevamente mantener dentro. Al frente de los rehechos batallones de Pirch II, por segunda vez apareció Blücher en las avenidas de esta aldea cubierta de muertos; pero, haciendo el general Girard un postrer esfuerzo, de nuevo repelió al intrépido auciano, que así prodigaba su inagotable denuedo por su patria. Girard habia anunciado que no sobreviviría á los desastres de Francia, si otra vez habia de ser vencida, y cayó mortalmente herido en esta desesperada lucha. Sus dos

(1) No habrá olvidado el lector que el general Girard, jefe de una division destacada del segundo cuerpo, es distinto del general Gerard jefe del cuarto cuerpo, y que mandaba ahora en el ataque de Ligny.

generales de brigada Villiers y Piat quedaron fuera de combate. Mandando de resultas los coronels en sus puestos respectivos, el bizarro Tibureio Sebastiani, coronel del 1.<sup>o</sup> regimiento de ligeros, á fuerza de prodigios de valor y de presencia de ánimo, logró mantenerse en la aldea de Saint-Amand-la-Haye. De cuatro mil y quinientos hombres ya habia perdido la division de Girard una tercera parte, además de sus tres generales.

Más á la izquierda, esto es, hacia Saint-Amand-le-Mameau, la division de Habert enviada por Vandamme para que á Girard llevara socorro, á la caballeria de Jurgas y á la infanteria de la division de Kippelskirchen detuvo por grande fortuna. Ocultando entre los trigos, ya granados y muy crecidos, una nube de tiradores, sin asomarse el general Habert aguardó á la infanteria y á la caballeria prusianas, y hasta medio tiro de fusil dejólas seguir el avance. Entonces mandó romper de pronto un fuego bien dirigido de fusileria, y produjo tal sorpresa al enemigo, que le obligó á retroceder en desorden completo. Merced á estos esfuerzos combinados, de las tres aldeas de Saint-Amand quedaron dueños los franceses, aunque sin conseguir nunca atravesar el tortuoso curso del arroyo de Ligny. A la extremidad opuesta del campo de batalla, esto es, á la derecha de los franceses, de la Punta del Dia bajó la infanteria de Thielmann sobre el camino de Charleroy; pero una vigorosa carga de los dragones de Exelmans la hizo retroceder al fatal arroyo, y la division de Hulot desplegada en guerrillas la detuvo con un nutrido fuego. Retenidos en la linea tortuosa del arroyo de Ligny de este modo, los franceses destrozaban

á los prusianos, y los prusianos destrozaban á los franceses, lo cual era mas funesto para las tropas imperiales que para las de los aliados, á causa de que aquellas necesitaran de una victoria rápida y completa, á fin de desbaratar los dos ejércitos que tenían encima. Pero Napoleón, á caballo y en observacion de continuo, súbitamente ideó un medio de conseguir que la prolongacion del combate fuera mucho mas mortífera para los prusianos que para los franceses. Ya hemos dicho que, variando de pronto de direccion al salir de Saint-Amand el Grande el arroyo, á cuyas márgenes estaban sitas las aldeas disputadas, así venia á resultar que la aldea de Ligny formara con la de Saint-Amand el Grande un ángulo casi recto. Yendo Napoleón hacia Ligny, esto es, al lado del ángulo entre los apañados árboles de las márgenes del arroyo, vió un claro por donde se divisaban los cuerpos de Ziethen y de Pirch situados hasta el molino de Bry unos detrás de otros. Allí hizo llevar al punto algunas baterías de la Guardia, que cogiendo á aquellas masas en banda, sobre sus filas causaron horribros estragos. Cada descarga se llevaba centenares de hombres, y derribaba los artilleros y los caballos, y hacia saltar en pedazos las curebas de los cañones. Contemplando tal espectáculo con la horrible sangre fria, que desarrolla la guerra hasta en los hombres menos sanguinarios, Napoleón dijo al general Friant, que no se le apartaba un momento — Ya lo veis, el tiempo que nos hacen perder les costará mas caro que á nosotros. — Sin embargo, no bastaba con matar y matar hombres á miles; ya era tarde, y habia necesidad de acabar con el ejército prusiano, para estar en proporcion

de correr sobre el ejército inglés á otro día. Como el general Friant se mostrase desconsolado al ver que no se ejecutaba el movimiento pre-crito á espaldas del ejército prusiano: — No tengas cuidado, le dijo Napoleón de nuevo. ¿No hay mas que una manera de ganar una batalla? — Y con la seguridad de su mente ideó de seguida otra combinacion para dar breve término á tan horrible lucha.

De súbito el efecto de su artillería disparando en banda sobre las masas prusianas, le sugirió la idea de ir aun mas arriba sobre su flanco, y pasar de Ligny, y cruzar el arroyo con toda la Guardia, y coger así de revés á los sesenta mil hombres que atacaban las tres aldeas de Saint Amand con pertinacia. Si salia bien este movimiento, lo cual no era de dudar con la Guardia, fijamente quedaria dividido en dos el ejército prusiano, hallándose Ziethen y Pirch separados de Thielmann y de Bulow, y aun cuando no fuese tan trascendental el resultado, como lo fuera si un destacamento de Ney asomara sobre la espalda de Blucher, grande sería á pesar de todo, muy grande todavia y hasta suficiente para desembarazar á los franceses de los prusianos durante el resto de la campaña.

Apenas ideada la combinacion esta, Napoleón prescribió á Friant que formara la Guardia en columnas de ataque, y se remontara hasta la altura de Ligny, y pasara detrás de esta aldea, para ir á cruzar por mas arriba el siniestro arroyo inundado ya de tanta sangre.

Estas ordenes comenzaban á ser ejecutadas, cuando la atencion de Napoleón fué atraída repentinamente hacia el lado de Vandamme. Con efecto, Blucher para tentar un nuevo esfuerzo habia lle-

vado atrás las extenuadas divisiones de Ziethen, y conducido las de Pirch I al frente, para dar á las tres aldeas de Saint-Amand otro asalto. Vandamme habia agotado sus reservas, y con instancia demandaba socorro. No era posible hacerle aguardar con la esperanza de un movimiento á espaldas del enemigo, no ejecutado ni aun despues de prescribirlo muchas veces. Sin dilaciones envióle Napoleon á las órdenes del general Dachesne una parte de la Jóven Guardia, haciendo que la Vieja continuara en dirección de Ligny con la gruesa caballería. A la vista de la Guardia, que se ponía en movimiento para darles ayuda, las tropas de Vandamme á la izquierda y las de Gerard á la derecha, prorrumpieron en gritos de alborozo, y las aclamaciones de viva el emperador se cruzaron de uno á otro lado. El conde de Lobau, á quien la violencia del cañoneo habia decidido á aproximarse á Fleurus, al punto ocupó el puesto de la Guardia, para formar allí la reserva.

Tiempo era de que le llegase á Vandamme el socorro de la Jóven Guardia, porque la division de Habert, situada en Saint-Amand-le-Hameau para sostener á la division de Girard medio destruida, ya empezaba á ceder el terreno, al ver avanzar nuevas masas prusianas en su contra, y al descubrir que la iban á coger de revés otras columnas. Vandamme corrió al lugar del peligro, y menos asustado de las masas de delante que de las que asomaban por la espalda, no pudo menos de sentir una turbacion repentina. De pronto se le vino á la mente Kulma con todos sus horrores, y tembló de espanto. Efectivamente habia descubierto apinadas columnas con levita semejante á la que usa-

ban los prusianos, y que al parecer maniobraban de manera de envolverle del todo. No queriendo ser cogido entre dos fuegos como en Bohemia, á un oficial encargó que fuese á reconocer la tropa, que avanzaba á espaldas de la division de Habert en tal guisa. Sin observar suficientemente de cerca al supuesto enemigo, este oficial vino muy luego al galope, y en la persuasion de haber divisado una columna prusiana, y afirmandolo así á Vandamme. Entonces este replegó la division de Habert sin tardanza, y situóla en figura de horca sobre su izquierda, para libertarla de los enemigos efectivos que la amenazaban de frente, y de los enemigos imaginarios que la amenazaban por la espalda. Al mismo tiempo á Napoleon despachó oficiales tras oficiales, para darle parte de este nuevo incidente.

Sobremanera sorprendió á Napoleon la tal noticia. No se podía explicar de ningun modo tan singular suceso, puesto que para que una columna inglesa ó prusiana hubiera logrado deslizarse entre el ejército francés que peleaba en los Cuatro Brazos y el que peleaba en las aldeas de Saint-Amand, forzoso habria sido que los diversos cuerpos de caballería, situados á la derecha de Ney y á la izquierda de Vandamme se hubiesen estado todo el dia inmóviles y con los ojos cerrados. Particularmente habria sido forzoso que el cuerpo de Erlon dejado detrás de Ney no hubiese visto nada, y todas estas distintas suposiciones se resentian de inadmisibles. Pero todas las conjeturas no valian tanto como un parte bien dado y sobre el mismo terreno. Napoleon envió á muchos ayudantes de campo al galope, con el fin de asegurarse por sus propios ojos de lo que verdaderamente acontecia



entre Fleurus y los Cuatro Brazos, y de adquirir la explicacion de esta aparicion imprevista sobre su flanco izquierdo de tropas al parecer prusianas. Entre tanto suspendió el movimiento de su Vieja Guardia hacia Ligny, por no ser este el caso de privarse de sus reservas, si un cuerpo considerable habia logrado penetrar sobre su espalda. Pero dejó avanzar á la Joven Guardia sobre las divisiones de Habert y de Girard ya extenuadas, y tambien hizo continuar el horrible cañoneo que, cogiendo de flanco á las masas prusianas, tanto destrozo causaba en sus filas.

Durante este tiempo, Blucher, á quien no detenia cosa alguna, de nuevo habia lanzado los batallones rebechos de Ziethen y de Pirch II sobre las aldeas de Saint-Amand-le-Hameau y Saint-Amand-la-Haye. —Atacada por quinta vez, se hallaba en retirada la linea de Vandamme, coando embistiendo briosamente la Joven Guardia conducida por Duchesne las dos aldeas, al fin arrolló á los prusianos, y de nuevo recuperó la linea del arroyo de Ligny. Mientras aqui se restablecia el combate, los ayudantes de campo enviados de reconocimiento volvieron y disiparon el error funesto, que un oficial falto de sangre fria arababa de engendrar en el espíritu de Vandamme. Aquel supuesto cuerpo de prusianos, que se creyó divisar á lo lejos, no era sino el cuerpo acudillado por el conde de Erlon en persona, que á tenor de las reiteradas ordenes de Napoleon marchaba sobre el molino de Bry, y por consiguiente iba en direccion de coger de revés al enemigo. Asi nada habia que temer por aquel lado, y antes bien se debian concebir legítimas esperanzas, si las ordenes tan-

tas veces expedidas se llegaban á ejecutar finalmente. Napoleon las renovo acto continuo, y así y todo aproximóse á seguir la maniobra interrumpida de resultas de la falsa nueva, á la sazón ya aclarada. De instante en instante se aumentaba su oportunidad á todas luces, porque al acumular Blucher sus fuerzas sobre las aldeas de Saint-Amand dejaba un hueco entre sí y Thielmann, y un vigoroso golpe descargado mas arriba de Ligny en direccion de Sombreffe, debia separar los cuerpos de Ziethen y de Pirch I de los de Thielmann y de Bulow, y ponerlos en gran desorden, y aun hacerlos prisioneros de Erlon, si éste daba remate á su movimiento. De todos modos era oportuna la maniobra, porque descargaba el golpe decisivo y esperado tan largo tiempo. Si Erlon estaba hacia Bry lo hacia desastroso para el ejército prusiano, y aun cuando no estuviese hacia aquel punto, siempre resultaria ganada la batalla, por quedar vencida la tenaz resistencia encontrada mas allá del arroyo de Ligny por los franceses.

Napoleon ordenó pues que la Vieja Guardia prosiguiera su interrumpido movimiento, y por tanto, que desfilara detras de Ligny hasta la extremidad de la infeliz aldea. No era hombre que fuese á lanzar su tropa de preferencia sobre el mismo recinto de Ligny, donde quizá se fuera á estrechar en un monton de cadáveres y de ruinas; y así la traslada algo mas lejos, donde solo hay que atravesar el arroyo y los árboles de sus riberas. Personalmente dirige á sus zapadores, y les hace derribar árboles y setos, de modo de abrir calle á una compañía desplegada sobre la izquierda, coloca tres batallones de la division de Pecheux para que

desemboquen de Ligny y apoyen el movimiento de la Vieja Guardia, al desembocar ésta del barranco. En seguida apresta seis batallones de granaderos en columnas cerradas y cuatro de cazadores para darles apoyo. Cierta especie de silencio de expectativa reina entre estas admirables tropas, ufanas del honor que les está reservado de finalizar la batalla. Poniéndose el sol detrás del molino de Bry en este instante, las copas de los árboles dora con sus últimos rayos, y Napoleón da al fin la señal impacientemente esperada. Entonces la columna de los seis batallones de granaderos se precipita á lo hondo del barranco, y cruza el arroyo, y trepa á la opuesta orilla, mientras desembocan de Ligny los tres batallones de la división de Pecheux. Superado el obstáculo de este modo, alto hacen los granaderos para reformar sus filas y acometer la altura, donde se hallan las reliquias de las divisiones de Krafft y de Langen, apoyadas por toda la caballería prusiana. Interin se alinean para el ataque, sobre ellos lanzan los enemigos una lluvia de balas y de metralla; pero aguantan este fuego sin moverse ni por asomo. Creyéndolos batallones de la guardia nacional movilizada por el traje, la caballería prusiana avanza y trata de entablar parlamentos para que se rindan al punto. De jinetes enemigos cubre la tierra uno de aquellos batallones rápidamente formado en cuadro. Dispuestos los demás en columnas de ataque marchan á bayoneta calada, y arrollan cuanto se les pone por delante. A la carga vuelve la caballería prusiana, bien que en el mismo instante sobre ella caen los coraceros de Milhaud al galope. Allí se traba una sangrienta lucha, que termina al

cabo con ventaja de los franceses, y cortado en dos el ejército prusiano se ve obligado á retroceder á toda prisa.

Después de intentar Blücher contra las tres aldeas de Saint-Amand un último y estéril esfuerzo, á unirse á las tropas dejadas en torno del molino de Bry acudia ahora. Llegado ya muy tarde y encontrado por los coraceros franceses, derribado fué y pisoteado al empuje. Tendido en tierra éste heroico anciano, y acompañado de un ayudante de campo, que se guardó muy bien de hacer seña alguna, por donde se pudiera venir en conocimiento de su persona, desde allí oía el galope de los jinetes franceses acuchillando á sus escuadrones y dando remate á la derrota de sus tropas. Al mismo tiempo desembocaba finalmente Vandamme de Saint-Amand, Gerard desembocaba de Ligny, y penetrando á la derecha el general Hulot con la división de Bourmont por el camino de Charleroy á Namur, á la caballería de Pajol y de Exelmans se lo dejaba expedito del todo. Ya eran mas de las ocho de la noche, la oscuridad empezaba á envolver este horrible campo de batalla, y de derecha á izquierda era completa la victoria. Sin embargo, el ejército prusiano, que se retiraba delante de la Guardia Imperial triunfante, no parecia hostigado por la espalda: no asomaba el conde de Erlon tan requerido por las órdenes de Napoleón y tan esperado, y ya no se contaba con otras ventajas que las que se tenían á la vista. Por todas partes en retirada, el ejército prusiano abandonaba á los franceses el campo de batalla, esto es, la gran calzada de Namur á Bruselas, línea de comunicacion entre los ingleses y los prusianos, y además deja-

ba el campo con diez y ocho mil muertos ó heridos. Algunas bocas de fuego y algunos prisioneros quedaron en manos de los franceses. Verdad es que no se limitaban á esto las pérdidas sufridas. Muchos hombres descorazonados á consecuencia de esta encarnizada lucha se iban á la desbandada. Doce mil nada menos desertaron así de sus banderas, por lo cual esta jornada privó al ejército prusiano de treinta mil hombres, ó sea la cuarta parte de su fuerza efectiva. ¿Mas qué valian tales resultados en comparacion de treinta ó cuarenta mil prisioneros que se cogieran sin duda, si el conde de Erlon asomara oportunamente, lo cual completara la ruina del ejército prusiano, y abandonara al ejército inglés á los golpes de Napoleon sin el mas leve apoyo? De sobra era Napoleon experimentado para que le movieran á asombro los accidentes que en la guerra vienen á desbaratar á menudo las mas sabias combinaciones: sin embargo no comprendia tal inexecucion de sus órdenes terminantes, y aspiraba á indagar la causa muy en vano. Segun sus calculos para esta jornada el ejército inglés no se podia haber hallado entero sobre los Cuatro Brazos, y no se le alcanzaba cómo no le habia podido enviar el mariscal Ney un destacamento, y con especialidad cómo el conde de Erlon no habia llegado á Fleurus, después de vér-elo tan cerca. En la duda se detuvo sobre el campo de batalla, que ya envolvian las sombras de la noche, y permitió á sus soldados languidecidos de fatiga, por haber andado la vispera ocho ó diez leguas, cuatro ó cinco aquella mañana, y batidos toda la tarde, que vivaquearan sobre el terreno donde fué á terminar la batalla. Solo hizo

avanzar y establecerse en torno del molino de Bry al conde de Lobau con el sexto cuerpo, que vino á ser su única reserva. Posible era sin duda enviarle á perseguir á los prusianos, si se tuviera noticia de lo acontecido en los Cuatro Brazos; pero no llegando del mariscal Ney oficial ninguno, y no teniendo ya mas que esta reserva de tropas frescas, por haber empeñado la Guardia toda, Napoleon juzgó indispensable conservarla en torno suyo, porque en caso de tornar el enemigo á la ofensiva, no se le podia oponer otra fuerza. Sin embargo, destacó una de sus divisiones, la de Teste, y se la confió á Pajol tan entendido como vigilante, para seguir la pista á los prusianos y precipitar su retirada, quedándose con el resto á fin de cubrir sus vivasques.

De la disposicion de ánimo de Ney se puede inferir fácilmente lo que Napoleon ignoraba todavía y vislumbraba á lo sumo. No se ha olvidado ciertamente que desde por la mañana andaba el mariscal muy vacilante á la vista de los cuatro mil hombres del principe de Sajonia Weimar, á causa de tomarlos ya que no por el ejército inglés entero, si por una porcion muy considerable, y especialmente al ver á oficiales de alta graduacion ejecutar un reconocimiento que parecia el preliminar de una gran batalla. A las perplejidades del mariscal agregóse la singular resolucion tomada por el general Reille de retardar el movimiento del segundo cuerpo de autoridad propia, y así pasó toda la mañana entre dudas, ora aprestándose para el ataque, ora temiendo exponerse á una peligrosa refriega. Bajo el influjo de estas diversas impresiones envió á Napoleon un oficial de lanceros, para

manifestarle que juzgaba tener encima fuerzas muy superiores á las suyas, á lo cual respondió Napoleon con viveza que no podian ser considerables las tropas establecidas en los Cuatro Brazos; que á lo sumo serian las que hubiesen tenido tiempo de acudir desde Bruselas; que teniendo Blucher su cuartel general en Namur, nada podia haber enviado á los Cuatro Brazos; que por tanto convenia atacar al frente de los cuerpos de Reille y de Erlon y de la caballeria de Valmy, y destruir las pocas fuerzas que tenian delante. Aun cuando Napoleon se hallara en medio del estado mayor enemigo, de cierto no viera mas claro, ni mandara mas oportunamente. Habiendo recibido Ney, además de la carta llevada por Mr. de Flahault, la orden formal expedida del cuartel general á fin de que emprendiera el ataque, se apercibia á ponerlo por obra, mas desgraciadamente el segundo cuerpo no habia llegado al medio dia. Delante de Goselies seguia manteniéndolo el general Reille, fuertemente conmovido por la aparicion de los prusianos, de que el general Girard le dió parte. Con la division de Bachelo tan solo y la caballeria de Piré y de Lefebvre Desnoettes juntaba Ney hasta nueve mil hombres, y sin duda pudieran destruir al príncipe de Sajonia-Weimar, que al medio dia aun no habia recibido mas que dos mil hombres de refuerzo, y solo contaba seis mil entre todos. Acudiendo precipitadamente el príncipe de Orange, no llevó mas que su persona, y con cuatro mil quinientos hombres de infanteria, y otros cuatro mil quinientos de caballeria, Ney le aniquiló de seguro. No obstante, se comprende perfectamente que, descubriéronlo un estado mayor brillan-

te, y recelando tener todo un ejército á la vista, no osara aventurarse á dar principio á la accion con las fuerzas que tenia á su inmediato alcance. Ya apremiado por las reiteradas órdenes de Napoleon, al cabo perdió la paciencia, y á los generales Reille y Erlon despachó órdenes para que avanzasen á toda prisa. Si al tener conocimiento del mensaje, de que el conde de Flahault fué portador entre nové y diez de la mañana, el general Reille marchara con las dos divisiones de Foy y del príncipe Gerónimo de seguida, por lo menos elevara las fuerzas de Ney á veinte y dos mil hombre, y á muy cerca de veinte y seis mil con los coraceros de Valmy, y á medio dia pudiera estar dentro de los Cuatro Brazos. Mas que suficiente habia para dar allí al traste con todo, á medio dia, ó a la una de la tarde. Por desgracia nada de esto puso el general Reille por obra, limitándose á ir personalmente á las dos cerca de los Cuatro Brazos de resultas de las vivas instancias de su gefe. Entonces Ney manifestó el deseo de atacar á las fuerzas que tenía delante, diciendo ser pocas y fácil el triunfo. Bajo la impresion el general Reille de sus recuerdos de España, como Vandamme bajo la de sus recuerdos de Kulm, lejos de excitar el ardimiento de Ney, se aplicó á calmarle por el contrario, respondiendo que no se debía obrar así respecto de los ingleses; que era muy seria cosa haberselas con ellos, y no convenia empeñar el combate hasta que estuvieran juatas las tropas; que á la sazón se veia poca gente, si bien el ejército inglés se hallaba probablemente detrás de los bosques, y aparecería todo así que se viniera á las manos; que por tanto no era prudente atacar sino con todas las fuerzas dis-

ponibles. Excelente era el consejo como principio, bien que funesto en la actual coyuntura, pues dentro de los Cuatro Brazos no estaba mas que la division de Perponcher, llegada en totalidad á las dos de la tarde, y solo ascendiendo á ocho mil hombres. Así Ney resignose á aguardar á las divisiones de Foy y del príncipe Geronimo para emprender la acometida, pues si el general Reille se hallaba allí en persona, aun no habian entrado en línea sus divisiones, puestas en movimiento demasiado tarde. Entretanto el cañoneo de Saint-Amand y de Ligny retumbaba terriblemente; ya eran cerca de las tres de la tarde, y no pudiéndose Ney contener por mas tiempo (1), al cabo tomo el partido de empezar la lucha, con la esperanza de que el estampido de sus cañones aceleraria el paso de

(1) Del Diario militar del general Foy tomo éstos por menores, y como escribo día por día es digno de mayor confianza que la merecida por las relaciones hechas veinte ó treinta años despues de los sucesos. Este Diario con-signa que Ney se quiso lanzar al ataque, y que Reille le disuadió de ello, alegando el carácter particular de las tropas inglesas, y aconsejándole que aguardara la concentración de sus fuerzas, y que esta deliberacion se efectuaba al tiempo de oírse el cañoneo de Ligny. Como esto no empezó hasta las dos y media de la tarde lo mas pronto, claro es que á esta hora no habia aun dado principio el ataque á los Cuatro Brazos; Ney lo hubiera querido emprender un poco antes; pero el consejo del general Reille y la tardía llegada de sus divisiones se lo impidieron de lujo. Tambien de la relacion del coronel Heymes resulta que el mariscal se mostraba impaciente por ver al fin llegar las divisiones del segundo cuerpo, y que rompió el fuego antes de reunir todas sus tropas, con la esperanza de que el ruido del cañon apresurara el paso de las que aun estaban en marcha.

las tropas que estaban en marcha. Consgo tenia la division de Bachelu desde el día antes, la del general Foy se le acababa de incorporar ahora, y seguros contaba diez mil hombres de infanteria. Además tenia la caballeria de Piré y la de Lefebvre Desnoettes, y la de Valmy compuesta de tres mil quinientos coraceros, en totalidad muy cerca de ocho mil jinetes. Verdad es que se le habia recomendado que guardara contemplaciones á la caballeria de Lefebvre Desnoettes y que mantuviera la de Valmy algo á la espalda, pero estas no eran órdenes de ningun modo, sino simples recomendaciones, que la necesidad del momento hacia completamente nulas. Por fin decidiose á empeñar el ataque (1). Ya la division del príncipe Geronimo

(1) Para descargar á Ney de la responsabilidad de los sucesos sobrevenidos en los Cuatro Brazos, y hacerla recaer sobre Napoleon del todo, se ha dicho que atacando á las dos de la tarde, se anticipaba con mucho á la orden expedida desde Fleurus á la misma hora, y que no podia llegar á Frasnes antes de las tres y media. Aqui hay un error doble. Ante todo, puesto que se oia el cañon de Ligny, ya eran las dos y media por lo menos, y quizá las tres cuando Ney se decidió al ataque. Además éste habia recibido el mensaje llevado por Mr. de Fiahaut antes de las once de la mañana, y allí se le prevenia hasta ir mas lejos de los Cuatro Brazos. Finalmente de igual modo habia recibido el mensaje despachado desde Charleroy en contestacion al envio de un oficial de lanceros, y próximo ya Napoleon á marchar hácia Fleures, y respondiendo á las zozobras del mariscal le previno que inmediatamente llegara los cuerpos de Reille y de Erlon, y arrollara cuanto se le pusiera por delante. A las doce y media lo mas tardé hubo Ney de recibir este mensaje, despachado desde Charleroy antes de que Napoleon emprendiera la partida. No se anticipaba de consiguiente á las órdenes imperiales

comenzaba á asomar á lo lejos, del cuerpo de Erlon se sabía que estaba en camino, y contábase con que el estampido de los cañones estimularía su celo y apresuraría su llegada.

Ahora véase cuál era el campo de batalla sobre el cual se iba á trabar esta heroica aunque tardía lucha. Ney ocupaba el camino real de Charleroy á Bruselas, que pasa por Frasnes y los Cuatro Brazos. Actualmente se encontraba algo delante de Frasnes, al borde de una hondonada bastante ancha y en frente de los Cuatro Brazos, compuestos en suma de una posada y algunas casas. Por delante veía el camino de Charleroy á Bruselas, cruzando por medio de la hondonada, y volviendo á subir luego hacia los Cuatro Brazos, donde por uno de sus lados tocaba con el camino de Nivelles, y con la calzada de Namur por el otro. A la izquierda tenía las alturas de Bossu cubiertas de árboles y de arbustos, á cuyo respaldo daba vuelta el camino de Nivelles, oculto por allí á su vista, en el centro la hacienda ó quinta de Gimioncourt sobre el mismo camino, á la izquierda varias que-

puestos que, llegadas á las diez y media, las unas, y á la hora las otras, le intimaban que, sin contar lo que juzgaba tener á la vista, lo destruyera por completo. Verdad es que tan luego como la segunda orden e-tuvo en sus manos, se mostró deseoso de emprender el ataque; pero aguardaba las tropas retenidas por Reille á consecuencia del parte dado por Girard concerniente á la aparición del ejército prusiano. Mas adelante discutiré la parte de cada cual en los sucesos, si bien desde luego se puede decir que hubo una deplorable fatalidad en todos, y especialmente una inmensa influencia de los últimos desastres, operando sobre la imaginación de los generales, é induciéndoles á vacilaciones y debilidades, que no les eran propias.

bradas con árboles y que iban á dar hácia el Dyle, y por último á la estremidad del horizonte la gran calzada de Namur á Bruselas, de donde partía el continuo estruendo del cañon de Ligny. Distintamente se veían las disposiciones tomadas por el enemigo delante de los Cuatro Brazos, pero ocultas estaban á la vista las que pudiera tomar al respaldo, y de aquí nacia la duda de Ney en punto á las fuerzas contra que habria de trabar la lucha. Por de pronto, teniendo el príncipe de Orange los nueve batallones de la division de Perponcher á la mano, cuatro situó en el bosque de Bossu á la izquierda de los franceses, dos en la quinta de Gimioncourt á la parte del centro, uno á la derecha sobre el camino para cubrir su artillería, y dos de reserva delante de los Cuatro Brazos.

Ney resolvió arrollar lo que divisaba delante, no sabiendo lo que habria detrás á punto fijo, si bien contando con la llegada de la division del príncipe Gerónimo ya asomada á lo lejos y con el cuerpo de Erlon que no podia tardar mucho. A la derecha del camino real puso la division de Bachelu, á la izquierda la division de Foy, y la caballería de Piré á derecha é izquierda. Muy luego rechazaron las guerrillas de los franceses á las de los enemigos, y cargando la caballería de Piré á uno de los batallones holandeses apostados delante de la hacienda de Gimioncourt, al galope limpió el terreno todo. Sobre la calzada la artillería francesa, superior en número, en calidad y particularmente en posición á la del enemigo, desmontó muchas de sus piezas ó hizo destrozos en las filas de su infantería. Molestado por su fuego, el

brillante príncipe de Orange tuvo la osadía de querer apoderar de ella. Así trató de comunicar su ardimiento al batallón puesto en custodia de su propia artillería, y conducirlo sobre los cañones franceses á paso de carga. Cuando ya lo llevaba al ataque agitando su sombrero, el general Piré soltó uno de sus regimientos, que cogiendo al batallón de flanco, le puso en fuga, y derribó al príncipe de Orange, que estuvo á punto de caer prisionero.

Entonces tocó el turno á la infantería francesa. Siguiendo el camino real el general Foy atacó la quinta de Gimioncourt con la brigada de Gautier, que llevada por Foy en persona, se apoderó de la quinta, y pasó el barranco donde se hallaba situada. Tomando á la izquierda la brigada de Jamin, segunda de la division de Foy, se adelantó hácia el bosque de Bossu, y obligó á los batallones de Sajonia-Weimar á meterse en su espesura. Crítica era por consiguiente la situacion del príncipe de Orange, pues los dos batallones que tenia de reserva delante de los Cuatro Brazos, no eran capaces de atajar el paso á las divisiones de Foy y de Bachelu victoriosas. Si mas confiado en este momento se lanzara Ney entre los Cuatro Brazos, de fijo tomara esta posicion decisiva, y no pudiéndose juntar las divisiones inglesas, precedentes unas de Nivelles y otras de Bruselas, se vieran obligadas á dar un largo rodeo hácia atrás para combinar sus esfuerzos, lo cual dejara á Ney tiempo suficiente para establecerse en los Cuatro Brazos, y hacerse allí invencible. Pero, siempre incierto en punto á lo que tenia delante, no osando servirse de los coraceros de Valmy, ni de la caballería

de Lefebvre Desnoettes, se fijó Ney en esperar la llegada de la division del príncipe Gerónimo, la mas numerosa del segundo cuerpo, antes de llevar mas allá sus triunfos. Al cabo apareció á las tres y media de la tarde, bien que á la sazón tambien el príncipe de Orange recibia un poderoso refuerzo. De Bruselas llegaba la division de Picton compuesta de ocho batallones ingleses y escoceses, y le traia cerca de ocho mil combatiente; una parte de la caballería de Coallert fuertemente de mil y cien jinetes desembocaba por el camino de Nivelles; poco despues acudia igualmente la tropa de Brunswick desde Villoorde, y de vuelta de sus diversos reconocimientos se presentaba el duque de Wellington en persona, para tomar la direccion del combate. Con la tropa de Brunswick ya presente sobre el terreno se tenia en los Cuatro Brazos un nuevo refuerzo de tres mil infantes y mil jinetes. Así el duque de Wellington al frente de las divisiones de Perponcher, de Picton y de Brunswick rennia bajo su mando como veinte mil hombres, y en fuerzas era casi igual al mariscal Ney, aun despues de llegada la division del príncipe Gerónimo á su campo (1).

Mientras del lado del ejército británico pasaban estas cosas, al borde de la hondonada donde combatian los franceses, la division de Gerónimo llevaba á Ney el socorro de siete mil quinientos infantes superiores. Así juntaba en linea cerca de diez y nueve mil soldados. Realmente pudiera disponer de los tres mil quinientos coraceros de Valmy, porque el último despacho imperial expe-

(1) Véase la cuenta lo mas exacta posible de las fuer-

dido en el momento de salir Napoleón de Charle-roy le decía que tomara los cuerpos de Reille, de Erlon y de Valmy y barriera cuanto hallara delante, y por consiguiente le autorizaba para hacer uso de los cotaceros. Pero había dejado a Valmy á la espalda, y no osaba servirse de Lefebvre Desnoettes. De nuevo previno al conde de Erlon que acelerara el paso, y con la división de Gerónimo volvió á empeñar la pelea y en ánimo de hacerla decisiva. Su derecha ocupaba la división de Bachelu, y la ordenó que, tomando por punto de partida la quinta de Gimioncourt, se adelantara hasta la gran calzada de Namur, si le era posible. Sobre el camino real juntó las dos brigadas de Gautier y de Jamín, pertenecientes á la división de Foy, apoyadas por la caballería de Piré en sus flancos,

respectivas á las tres y media ó cuatro, menos cuarto de la tarde:

El duque de Wellington mandaba las siguientes:

Perponcher.....	7,500	hombres.
Collaert.....	1,100	
Picton (ingleses y hanoverianos).....	8,000	
Brunswick.....	4,000	

Ney tenía en línea:

Bachelu (inclusa la artillería).....	4,500	
Foy.....	5,000	
Gerónimo.....	7,500	
Piré.....	2,000	
<hr/>		
	19,000	25,000

Algo más á la espalda de que pudo y no se atrevió á hacer uso.

Lefebvre Desnoettes (caballería ligera).....	2,500
Valmy (cotaceros).....	3,500

y las mandó que partieran en derechura á los Cuatro Brazos. Hacia la izquierda, á lo largo del bosque de Bossu, en lugar de la brigada de Jamín puso la excelente y numerosa división de Gerónimo, que tenía el general Guillemín por segundo jefe. Así Ney llevó adelante su línea toda de derecha á izquierda, disposición nada plausible porque iba á encontrar formidables obstáculos sobre sus alas, al paso que, si se atavió á simples demostraciones hacia la quinta de Gimioncourt por un lado y hacia el bosque de Bossu por otro, probablemente se apoderara de los Cuatro Brazos, y cortara la línea de los ingleses, lanzando á la parte del bosque de Bossu á una de sus porciones, y á la otra sobre la calzada de Namur, y dejándolas en la imposibilidad de juntarse de nuevo. Efectivamente el duque de Wellington había acumulado las principales fuerzas sobre sus alas. A su izquierda, frente por frente de la derecha de los franceses, á lo largo de la calzada de Namur situó seis de los ocho batallones ingleses de Picton, y en segunda línea los cuatro batallones hanoverianos. De los otros dos batallones de Picton colocó uno en el empalme del pequeño camino de Dart-Dames-Avelines con la gran calzada de Namur y el otro en los Cuatro Brazos. A su derecha replegó así dentro del bosque de Bossu como de los Cuatro Brazos las tropas de Perponcher ya fatigada, y así las de Brunswick como la caballería de Collaert las puso delante. De esta suerte se hallaba poco guardado el centro, es decir, los Cuatro Brazos, posición de la mayor monta. Poseído Ney de turbación febril en nada de esto paró mientes, y marchó sobre el enemigo con



toda su línea á la misma altura, teniendo su derecha hácia la calzada de Namur, su centro hácia los Cuatro Brazos, su izquierda hácia el bosque de Bossu. En el instante en que se ejecutaba este movimiento, al ver el príncipe de Orange avanzar la division de Foy, la quiso atajar el paso, lanzando sobre ella la caballeria de Collaert, compuesta de húsares holandeses y de dragones belgas. Desde luego soltó encima de la infanteria á los primeros dejando en reserva á los segundos. Pero apenas se arrojaron los húsares a la carga conducidos por el coronel Foudas, el 6.º regimiento de cazadores se precipitó sobre ellos, y los arrolló hácia la infanteria situada á la espalda, y hasta acuchilló á los artilleros de una batería. Queriendo apoyar á los húsares holandeses, tambien los dragones belgas fueron arrollados á su turno por los cazadores franceses, y repetidos sobre un batallon inglés, que, tomándolos por enemigos, les hizo fuego, y completó así su derrota.

Después de este incidente, toda la línea francesa entró en acción bajo el amparo de una numerosa artilleria. A la derecha la division de Bachelu compuesta de cuatro regimientos de infanteria avanzó desplegada mas allá de la quinta de Gimioncourt ya conquistada por los franceses. Necesario le era atravesar muchas quebradas con vallados, que fueron derribados por sus zapadores, y resueltamente y sin sufrir grandes pérdidas marchó adelante, siempre apoyada por el fuego de los cañones. Tras de la primera quebrada, halló otra, que atravesó igualmente. Pero ya á tal distancia no pudo ser apoyada por la artilleria, que la destrozaba con sus disparos. Sin embargo tre-

paba el borde de la segunda quebrada, para apoderarse de una meseta, cubierta de trigos ya granados, cuando de pronto sufrió un terrible fuego. Se lo hacian los seis batallones ingleses de Picton, agachados entre aquellos trigos de tres ó cuatro pies de altura, y á la espera con el fin de no disparar hasta que los franceses estuviesen á quemarropa. Bajo este fuego hecho tan encima y con punteria muy certera, en gran número caen los franceses. Entonces con gran presencia de ánimo ordena Picton una carga á la bayoneta. Empujada vivamente la infanteria francesa sobre un terreno en declive no puede sostener el choque, en confusión baja á lo hondo de la quebrada, y se retira al opuesto borde. Pero allí una feliz casualidad la facilita el modo de rehacerse de pronto. De los cuatro regimientos de la division de Bachelu solo tres habian seguido el avance. Mandado el cuarto á la izquierda, que era el 108 de línea por el coronel Bigonet, oficial tan vigoroso como inteligente, se halló detenido por un vallado muy espeso, y aun estaba ocupado en su corte, cuando vió los otros tres regimientos de retirada. Al punto da frente á la derecha, y despliega sus batallones, con la recomendacion de aguardar la señal para hacer fuego. Así que los soldados franceses en retirada se hallan bajo el tiro de sus fusiles, aquel regimiento comienza á disparar sobre los ingleses animados en persecucion de los fugitivos, y cubre la tierra con sus muertos. Luego se les echa encima y hace una espantosa matanza. Ante esta perspectiva el regimiento 72 situado inmediatamente después del regimiento 108 á la derecha, se rehace el primero; su ejemplo siguen los otros, y los ingleses son re-

chazados hasta su punto de partida. La division de Foy, que habia observado este movimiento, lo apoya con avanzar sobre la calzada, y asi contribuye á arrollar hacia atrás á la izquierda inglesa. Cubierto se halla el terreno de tantos uniformes encarnados como azules. Con todo, para forzar la izquierda inglesa, nuevamente se necesitaria arrostrar el fuego de los seis batallones de Piéton de arriba á abajo, y lo mismo de los cuatro batallones hanoverianos, que les daban apoyo. Reconociendo la dificultad de la empresa, Bachelu toma la resolucion muy bien entendida de dirigir su esfuerzo de plano sobre la derecha, hácia la quinta llamada de Piramont, y pegada á la calzada de Namur.

Sobre el camino real avanza lentamente el general Foy con sus dos brigadas, no atreviéndose todavía á intentar un golpe vigoroso contra los Cuatro Brazos, á vista de lo que acaba de acontecer hácia la derecha francesa, y particularmente á vista de los obstáculos que á lo largo del bosque de Bossu halla la izquierda. Dirigida contra este bosque la bizarra division del príncipe Gerónimo se obstina en penetrar por su espesura; pero allí consiguen mantenerse las tropas de Brunswick y de Bylandt á beneficio de la ventaja del terreno. Con todo, apoyada por el movimiento del general Foy sobre el camino real, ya se va apoderar del bosque tan violentamente disputado, y á desembocar mas alla sobre el camio de Nivelles, cuando el duque de Brunswick ensaya una carga de caballería en su contra. A la cabeza de sus uhlanos se precipita sobre la infantería francesa, que le ataja el paso con sus fuegos, y desbaratado es muy pron-

to, y puesto por los lanceros y cazadores de Piré en fuga. Aquel valeroso príncipe cae mortalmente herido de una bala. Ya sobre el camino, los lanceros y los cazadores persiguen á los uhlanos de Brunswick hasta donde se halla la infantería de Piéton, que se apresura á formar sus cuadros. A pesar de esta maniobra, guiados los lanceros por el coronel Galbois rompen el regimiento 42.º en el cual hacen una horrible matanza: tambien penetran en el 40.º, aunque no logran consumar su ruina, porque le protegen los tiros de sus rehechos soldados. Celosos los cazadores por imitar á los lanceros, se arrojan sobre el regimiento 92.º, que no logran romper á pesar de su bizarría, pero avanzando hácia los Cuatro Brazos, hasta la calzada de Namur acuchillan á los fugitivos, y por un instante están á punto de coger al duque de Wellington en persona. Sin embargo, no pudiéndose mantener á tanta distancia, asi los lanceros como los cazadores se ven obligados á batir retirada, con el fin de rebacerse detras de la infantería francesa.

Ya son las seis de la tarde, y los franceses se aproximan á la consecucion de su objeto, porque hácia la izquierda la division de Gerónimo se halla á punto de desembocar mas allá del bosque de Bossu; hácia el centro, apoyada por la artillería, la division de Foy trepa la pendiente que va á parar á los Cuatro Brazos; y finalmente, hácia la derecha, la division de Bachelu está muy cerca de llegar á la gran calzada de Namur por la quinta de Piramont. Un golpe decisivo se necesitara á la parte del centro para dar cima á la victoria con la toma de los Cuatro Brazos. Sobremanera urgen los momentos, porque en torno del duque de Wellin-

ton afluyen refuerzos de todas partes. Sucesivamente le han llegado el contingente de Nassau del general Von-Kruse (1), fuerte de tres mil hombres, y la division de Alton, compuesta de una brigada inglesa y de otra brigada alemana, y formando un total como de seis mil combatientes. Por tanto el general inglés va á reunir cerca de treinta mil hombres contra el general francés que solo tiene diez y nueve mil soldados, ya mermados en tres mil de resultas de los estragos del fuego. No diviso Ney los refuerzos llegados á su contrario, si bien conociendo que sabe de punto la resistencia, se aflige de no poderla superar de ningun modo, y cuando con la llegada de Erlon echa la cuenta para el triunfo, de pronto recibe una noticia, que le sume en desesperacion verdadera. Al galope llega el general Delcambre, jefe de estado mayor del conde de Erlon, y le participa que a consecuencia de una orden imperial escrita con lápiz, y llevada por el general La Bedoyère, aquel cuerpo de tropas tan requerido desde los Cuatro Brazos, se ha trasladado hacia el cañon de Ligny. Ante esta noticia, el mariscal Ney clava que obrar de tal modo es ponerle en una situacion horrorosa; que con la esperanza y hasta con la certidumbre del auxilio de Erlon se ha empeñado contra los ingleses; que encima los tiene á todos, y que va á ser destruido si se le falta a la palabra. En medio de su

(1) El contingente de Nassau no era el mismo que las tropas del príncipe de Sajonia-Weimar, las cuales habian defendido la vispera los Cuatro Brazos. Estas se llamaban de Nassau-Orange, por estar al servicio del príncipe de tal nombre.

agitacion suma, sin pararse en reflexiones, y haciendo uso de la autoridad que sobre Erlon se le ha concedido, al punto despacha por conducto del jefe de estado mayor Delcambre, la orden formal de acudir á los Cuatro Brazos.

En el mismo instante de dar esta orden irreflexiva, Ney recibe la carta escrita en Fleurus á las tres y cuarto de la tarde, y llevada por monsieur de Forbin-Janson, en que Napoleon le ordena que declina sobre las alturas de Bry, expresando para estimularle del todo que, si ejecuta este movimiento, el ejército prusiano quedará destruido, y que por consiguiente *la salvacion de Francia está en sus manos*. Si el mariscal se hallara con su sangre fria de costumbre, al golpe hiciera una reflexion muy sencilla, á saber: que la accion principal no se daba en los Cuatro Brazos, sino en Ligny por entonces, y que, destruido el ejército prusiano, sin ningun género de duda lo seria el ejército inglés al dia siguiente de igual modo; por lo cual se debía atemperar á la voluntad de Napoleon y sin la mas leve demora, desistiendo por tanto de la toma de los Cuatro Brazos, limitándose á la defensiva, muy posible como lo demostró una hora mas tarde, y enviando al conde de Erlon la orden de encaminarse á Fleurus al punto. Un oficial podia llevar esta orden al galope en el término de media hora, y Erlon se hallara al respaldo del molino de Bry una hora despues, á las siete y media, y en actitud de colocar entre dos fuegos al ejército prusiano. Pero no le ocurre á Ney una reflexion tan obvia. Preocupado únicamente de lo que tiene ante los ojos, solo para mientes en que primero urge vencer donde se halla con sus tropas, á fin de

caer luego donde Napoleón sostiene la lucha. No piensa más que en superar como un furioso el obstáculo que se opone á su triunfo. Durante el transcurso del día ha visto operar prodigios á sus jinetes, y cifrando la esperanza en llevarlo todo por delante con ellos, de seguida llama al conde de Valmy, después de atraer á una de sus brigadas, y repitiendo las palabras que el emperador ha escrito en su reciente carta, le dice de este modo: — General, la suerte de Francia está en vuestras manos. Necesario es hacer un grande esfuerzo contra el centro de los ingleses, y romper la masa de infantería que tenéis delante. Salvada esta Francia si alcanzáis el triunfo. Marchad, y yo atenderé á que la caballería de Piré sea en vuestro apoyo. — Aficionado á contradecir el general Kellermann, y opone más de una observación á órden semejante: sin embargo, este cede á las instancias convulsivas del mariscal, y se apresta á ejecutar el ataque desesperado que se aguarda de su denuedo.

Para intentar lo exigido por Ney, se necesitara obrar con las cuatro brigadas del conde de Valmy, que juntas formaban un total de tres mil quinientos coraceros y dragones; se necesitara además hacer uso de Lefebvre Desnoettes con la caballería ligera de la Guardia, y tras de derribarlo todo bajo los pies de los caballos franceses, se necesitara completar este movimiento con una masa de infantes que tomara posesión definitiva del terreno conquistado. En lugar de dejar que la excelente división de Gerónimo, fuerte de ocho mil combatientes, se extendiera contra un bosque, donde ante los obstáculos físicos se iba á estrellar el denuedo de los soldados, lo conveniente fuera no dejar

más que una brigada de infantería para mantener la pelea hácia aquella parte, y con los cuatro mil hombres restantes de la división de Gerónimo, con los cinco mil de la división de Foy, con los coraceros y los dragones de Valmy, con los lanceros y los cazadores de Piré y de Lefebvre Desnoettes, esto es, con nueve mil jinetes y nueve mil infantes, romper el centro de los ingleses, como allí por el año de 1805 rompió Masena en Caldiero el centro de los austriacos. Pero poseído á la par de confusión y de ardimiento, solo piensa Ney en golpes desesperados. Por desgracia ni aun la desesperación puede prescindir del cálculo para llegar al triunfo. A la par que Ney falta á los mandatos esenciales de Napoleón, con llamar al conde de Erlon á su lado, se atiene á la órden ya sin sentido de dejar á Kellermann sobre el ramal de la antigua calzada romana, á la órden todavía más insignificante de tratar con contemplación á la caballería de Lefebvre Desnoettes, y se limita á lanzar una brigada de Valmy sobre los enemigos, dejando que en el bosque de Bossu agote la división del príncipe Gerónimo sus fuerzas.

A pesar de lo poco razonable de la órden que ha recibido, sin tomarse mas tiempo que el indispensable para dar algún respiro á sus caballos, se apresta el conde de Valmy á cargar con el mayor arrojo. Piré se aperece á apoyarle con sus cazadores y sus lanceros. Siguiendo el camino real, trepa Valmy al trote la pendiente que va á dar á los Cuatro Brazos, y torciendo de súbito hácia la izquierda en dirección del bosque de Bossu, sobre la infantería inglesa del general Halkett se lanza con su brigada compuesta de los regimientos 41.º y 41.º de

coraceros. Sobre las corazas y los cascos de los jinetes franceses lueven las balas, sin hacerles vacilar un punto. Se arroja el 8.º de coraceros sobre el regimiento 69.º de ingleses, lo rompe del todo, á estroçadas mata una parte de sus hombres, y el coracero Lami les coge su bandera. Este regimiento inglés se refugia al bosque. Tras de formar nuevamente sus escuadrones, Kellerman se lanza sobre el regimiento 30.º sin que pueda romper su cuadro; pero destruye y acuchilla al 33.º y luego á dos batallones de Brunswick, y así llega á los Cuatro Brazos. Entretanto Piré cae sobre la infantería de Picton á la derecha. Formada ésta en muchas líneas, resiste con violentos y bien dirigidos fuegos á los ataques de la caballería ligera de los franceses. Mas el 6.º regimiento de lanceros, que en esta jornada sobresalió por sus proezas, guiado por su coronel Galbois gana la calzada de Namur, y á espaldas de Picton destruye á un batallón hanoveriano. Solo tiene tiempo el duque de Wellington para saltar á un caballo y huir á escape.

De esta suerte se mantiene la caballería francesa sobre la meseta de los Cuatro Brazos, de que al fin se ha hecho señora. Si á la sazón llegara alguna infantería en su apoyo, si parte de la división de Gerónimo y la división de Foy acudieran á ocupar el terreno conquistado, y particularmente si las otras tres brigadas del conde de Valmy fueran enviadas en su auxilio, asegurado estaba el triunfo. Desgraciadamente, lanzada por un arranque de desesperacion en medio de una nube de enemigos, allí se queda sin apoyo, y de pronto se siente martirizada por fuegos terribles. Refugiada dentro de las casas de los Cuatro Brazos, la infan-

tería inglesa lanza sobre los lanceros franceses una granizada de balas. Sorprendidos por este fuego, y no viéndose sostenidos, al punto emprenden la retirada, despacio al principio, y despues con la precipitacion del espanto. Sin fruto se esfuerza el conde de Valmy por contenerlos en la cuesta, por donde poco antes han trepado victoriosamente: así el declive como el empuje de la retirada precipitan su carrera. Desmontado, sin sombrero, para no verse abandonado, su general no tiene mas recurso que agarrarse á las bridas de dos coraceros, y así vuelve suspendido de dos caballos al galope. Ney acude á la vista de este espectáculo triste, al general Lefebvre Desnoettes manda que barra el camino de contrarios, y así logra contener á los dos regimientos de coraceros fugitivos, despues de dar cima á portentos.

Ney, que en esta coyuntura despliega el incomparable heroísmo, con que la naturaleza le habia dotado, vigoroso allega sus tropas y conserva su línea de batalla. Sobre el camino real mantiene á la división Foy en la altura á que ha llegado, mientras á la derecha la división de Bachelu está próxima á desembocar en la gran calzada de Namur por la quinta de Piraumont; luego corre á la izquierda hacia la división de Gerónimo, para tomar el bosque de Bossu, que no debiera ser blanco de sus esfuerzos. Pero la resistencia crece de minuto en minuto. En lugar de las tropas, que disputaban el bosque de Bossu hasta entonces, sin aspirar á salir de su espesura, de súbito se ven aparecer batallones soberbios y en ademan de rebasar á los franceses. Con efecto, el duque de Wellington, que ya tenia treinta mil hombres, acaba-

ba de recibir los guardias ingleses del general Cooke, el resto de las tropas de Brunswick, nuevos escuadrones de caballería, y ahora contaba cuarenta mil soldados contra Ney, que ya no tenía mas que diez y seis mil á lo sumo. Entonces Ney, hecho un león cual lo fué siempre, con la división de Geronimo se lanza sobre los batallones que desembocan del bosque, y les ataja el paso. Recuperando su presencia de ánimo ante el peligro, que ya es físico del todo, al cabo reconoce que de obstarle en aquel punto se expondría á un gran descalabro. De la ofensiva se decide, pues, á pasar á la defensiva, lo cual debiera hacer mucho antes, ya que no habia aprovechado la mañana para destrozár á los ingleses. Por consecuencia de esta resolución llena de conlura, lentamente replegó su línea toda de derecha á izquierda, permaneciendo á caballo en medio de sus tropas, y tranquilizándolas con su noble continente. Volviendo á subir al borde de la quebrada de donde ha partido, otra vez se halla á su favor la ventaja del terreno. A su turno tienen que trepar los ingleses la cuesta sufriendo mortífero fuego de arriba á abajo. Ney les hace llover encima balas y metralla, y ya deteniéndolas con cargas á la bayoneta, ya con descargas hechas á quema-ropa, dos horas invierte en volver al borde de la hondonada, que se extiende entre Frasnes y los Cuatro Brazos.

Mientras en medio de las balas que caen en torno suyo es objeto de temor para el enemigo y de admiración para sus soldados, se le alcanza lo mucho que su situación tiene de amarga, y exclama con noble y desgarradora pesadumbre:—*Todas esas balas las quisiera tener dentro del vien-*

*trél*—¡Ah, lo que tenía delante de los ojos era una victoria en comparación de lo que había de ver á la vuelta de dos días!

Entonces eran las nueve de la noche; las tinieblas envolvían aquellas funebres llanuras, de Sombreffe á los Cuatro Brazos, de los Cuatro Brazos á Charleroy, y en este triángulo de algunas leguas ya cubrían cuarenta mil cadáveres el suelo. Ney en los Cuatro Brazos había puesto fuera de combate á seis mil enemigos, ora por efecto del fuego, ora por el del sable de sus jinetes, y había perdido cerca de cuatro mil hombres. En Ligny, según hemos dicho, por tierra yacían doce mil franceses y diez y ocho mil prusianos, sin contar la multitud de hombres desbandados. ¡De este modo acababan de ser sacrificados cuarenta mil valientes mas á las formidables pasiones del siglo!

Sin duda se preguntará qué se hizo durante esta jornada el conde de Erlon, no habiéndole visto figurar ni en Ligny para completar la victoria, ni en los Cuatro Brazos para destrozár á los ingleses sobre el camino de Bruselas. ¡Triste es la respuesta! ¡Andando estuvo de continuo, sin llegar á ninguna parte, á pesar de su sin par ardimiento, esterilizado por la fatalidad que á la sazón pesaba sobre los asuntos franceses!

Por la mañana se mantuvo en Gosselies esperando órdenes, que no llegaron hasta las once, por la comunicación que le pasó el general Reille acerca del mensaje de Mr. de Flahaut. Sin pérdida de momento se puso en marcha para Frasnes, y según las instrucciones recibidas encaminó su división de derecha, la del general Dorutte, sobre Marbais. Viéndose á espaldas de los prusianos, los

ofrecia graves inconvenientes dejar vacío el espacio entre Fleurus y Frasnes, porque esto equivalía a abrir á los enemigos una avenida que les permitiera penetrar entre los dos ejércitos franceses; finalmente, en cuanto al valor de las órdenes contrarias, se hallaba entre las de Ney, su gefe inmediato, y las de Napoleón, gefe de los gefes. Después de bien pesadas estas consideraciones diversas, el conde de Erlon tomó la resolución de marchar con tres divisiones á los Cuatro Brazos, y de dejar en el camino de Bry solo á la division de Durutte. Pero al abrazar tal partido recomendó mucho á este general que fuera prudente, y aun hizo que se le recomendara mas de plano, cuando supo en el camino que hacia el lado de Ney iban muy mal las cosas. Así Erlon se puso en camino para los Cuatro Brazos con gran sentimiento de sus soldados, y el general Durutte marchó hacia Bry como á tropezones, lo cual dió margen á decir en torno suyo, que estaba de mala voluntad y hasta que andaba en traiciones, suposición muy injusta, porque este general era tan celoso como sensato, y no cedía mas que á órdenes superiores. Entre nueve y diez de la noche llegó á Bry, donde precipitó la retirada de los prusianos, sin coger un solo prisionero, y por su parte Erlon llegó á Frasnes á espaldas de Ney, cuando ya habia cesado el estampido del cañon, y no le podia ser de utilidad alguna.

Tal fué la sangrienta jornada del 16 de junio de 1815, la segunda de esta campaña, consistente en dos batallas, una ganada en Ligny, otra indecisa en los Cuatro Brazos. Mal se la avaloraría á todas luces, si se juzgara bajo la impresion de los sucesos de los Cuatro Brazos, y de los falsos mo-

vimientos del cuerpo de tropas de Erlon que no le hicieron util en parte alguna. Desde luego en realidad habia salido bien el plan de campaña tan profundamente concebido. Napoleón habia ocupado victoriosamente la gran calzada de Namur á Bruselas, á la verdad no sobre los dos puntos, sino sobre uno solo, el de Sombreffe, y esto bastaba para su designio. Sin duda el duque de Wellington habia conservado el punto de los Cuatro Brazos; pero si le quedaba este puesto indispensable para la reunion del ejército de los ingleses, no por eso se hallaba menos separado de su aliado Blucher, á quien no se podia juntar sino muy á la espalda. Así los ingleses se hallaban condenados ó á pelear sin los prusianos, ó á dar un largo rodeo para ir en su busca. Este primer resultado, el único esencial de veras, se habia conseguido del todo. Además aquel de los dos ejércitos aliados, á quien Napoleón se proponia encontrar primero, se hallaba ya batido, y tan batido, que entre muertos, heridos y desbandados habia perdido la cuarta parte de su fuerza efectiva, y así estaba reducido de ciento veinte á noventa mil hombres. Sin duda hubiera podido ser destrozado de forma que ya no toraara á aparecer en la campaña, lo cual mudara el semblante de las cosas, porque obligado el ejército inglés á dar batalla al dia siguiente sin ser socorrido, de cierto quedara destrozado á su turno. Este resultado decisivo se habia frustrado, y era una desgracia; pero al cabo se estaba entre los dos ejércitos aliados, en proporcion de encontrarlos á uno tras otro, y ya se habia batido al que convenia batir primero. Por consiguiente la parte esencial del plan se hallaba realizada. Ahora, si el inmenso resultado, cuya

consecucion no se llevó á remate y que cambiara la suerte de Francia, se habia frustrado. ¿A quién toca atribuir la culpa? A la historia toca investigarlo, porque, si es una exposicion de hechos, asi mismo debe ser un juicio. Vease, pues, lo que en nuestro dictámen hay que deducir de los sucesos muy sencillamente interpretados.

Acercas del tiempo perdido en la madrugada del 16 de junio es el principal cargo dirigido respecto de las operaciones de esta jornada. Segun ya se ha visto, de ningun modo es fundado tal cargo con relacion á lo acontecido en Ligny, aunque si lo es completamente con relacion á lo acontecido en los Cuatro Brazos. Sobre este punto se ha discurrecido como si durante la mañana del 16 de junio hubiese tenido Napoleon todo el ejército bajo su mano, y no le quedara que hacer mas que ponerlo en movimiento desde la primera luz del alba. Pero no fué asi bajo ningun concepto. Cerca de veinte y cinco mil hombres habrían vivaqueado durante la noche á la orilla derecha del Sambre, y esta mañana tuvieron que desfilar por el puente de Charleroy y por las angostas calles de la ciudad con un material considerable. Tampoco á la parte del Chatelet habian cruzado todas las tropas del general Gerard el Sambre, y además estaban abrumadas de fatiga. Por consecuencia de esta doble circunstancia se necesitaban lo menos tres horas para que los diversos cuerpos del ejército francés se hallasen, no en linea de ninguna manera, sino en actitud de avanzar hácia la linea de batalla, donde se iba á trabar la lucha. A mayor abundamiento, por mas que Napoleon casi no abrigase la menor duda relativamente á la distribucion de las

fuerzas enemigas, siempre en situacion tan grave como la suya, pues estaba entre dos ejércitos cada uno de los cuales igualaba casi en número al de los franceses, natural era que no quisiera obrar sino sobre seguro, y que á adquirir noticias aplicara el tiempo que las tropas invertian en la marcha. Ahora bien, el mismo mariscal Grouchy, que debia practicar reconocimientos desde las cuatro de la mañana, por si mismo ha confesado que hasta las seis no le fué conocido ni participó el despliegue de los prusianos delante de Sombrefe. Este aviso no pudo llegar á Charleroy hasta despues de las siete, y todas las órdenes estaban ya dadas á las ocho, y entre ocho y nueve quedaron expedidas á sus respectivos destinos. Por su presteza en transmitir el pensamiento de Napoleon al golpe, quizá ganara Berthier media hora; pero cuando se trataba de providencias de tanto bulto, no cabe decir que se perdió tiempo. Yendo á pie las tropas, forzosamente necesitaban algunas horas para llegar á Fleurus, á la par que viajando Napoleon á caballo con una hora tenia bastante, y muy bien podia prolongar su permanencia en Charleroy, con el fin de recoger las diversas noticias que le hacian falta, y de despachar una porcion de órdenes indispensables. Asi cuando se pregunta qué es lo que hacia Napoleon en Charleroy hasta las diez ó las once de la mañana, fuerza es tomar en cuenta todos estos pormenores, antes de increpar de inactividad al hombre, que no sintiéndose bien de salud en tal fecha, se estuvo el dia 15 no menos de diez y ocho horas á caballo, no dedicó al sueño mas que tres horas por la noche, y luego se levantó al amanecer para dar principio á la sangrienta y ter-



rible jornada no concluida hasta las once de la noche del 16 de junio, y por tanto se mantuvo otras diez y ocho horas a caballo. Finalmente, hay una postrera consideracion mas concluyente que otra alguna a saber, que á la parte de Fleurus no apremiaba tanto la entrada en accion como á la parte de los Cuatro Brazos, pues si en los Cuatro Brazos convenia darse prisa á interceptar el camino á los ingleses, por el contrario, en Fleurus convenia dejar que desembocasen los prusianos, para obligarles á combatir en el punto mas ventajoso para los franceses, sin duda que la batalla no se debia dar demasiado tarde, si se deseaba tener tiempo bastante con el fin de hacerla decisiva; pero importaba poco darla por la tarde ó por la mañana, como el dia empezaba antes de las cuatro, y no concluia hasta despues de las nueve, para batirse tiempo habia sobrado, y no era cosa de lamentar los instantes dedicados por la mañana á adquirir noticias y á poner en marcha las tropas.

No menos bien empleado fué en Ligny el tiempo. Llegado Napoleon alli antes de medio dia, y encontrando vacilantes á sus generales, por sí no titubeó un momento, y determinó dar batalla. Pero aun no habian llegado las tropas, con especialidad las de la derecha formada por el cuarto cuerpo, y Napoleon hubo de tener paciencia. Ya estaba en aptitud de pelear á las dos de la tarde; pero habiendo ideado la combinacion excelente de atraer á sí una parte de las tropas de Ney, con el fin de coger de revés á los prusianos, al mariscal quiso dejar alguna delantera, y así aguardó á que retumbara el estampido de sus cañones. Impaciente de esperar sin fruto, le despachó una ór-

den tras otra, y á eso de las dos y mediapor fin dió la señal del combate. Aun entonces, tiempo quedaba suficiente para sacar todo el partido apetecible de la victoria, si la falsa alarma concebida por Vandamme á las cinco y media, no hubiera hecho perder instantes muy preciosos; y diferir la carga decisiva que debia ejecutar la Guardia imperial casi hasta las siete de su tarde. Dada esta carga á las cinco y media, positivamente facilitara el modo de perseguir y de abrumar á los prusianos. Así y todo, tiempo hubo para batirlos completamente, puesto que entre muertos, heridos y fugitivos, se les hizo perder mas de la cuarta parte de sus fuerzas.

Quimérico fuera pretender que se empleó tan bien el dia hácia los Cuatro Brazos. Si en Ligny nada importaba el tiempo, á lo menos bajo cierta medida, al revés en los Cuatro Brazos, cada minuto perdido era una desgracia. Allí con efecto, ademas del inmenso interés de poseer lo mas pronto que fuera posible el punto de union entre los ingleses y los prusianos, tambien habia el interés no menos grande de atacar á los ingleses antes de que tuviesen muchas fuerzas. Solo tenian alli el 15 de junio por la noche cuatro mil soldados, de Nassau todos, y no hubo mas tropas hasta el 16 á medio dia. A siete mil llegaron desde esta hora hasta las dos de la tarde, y no contaron ni un solo hombre mas hasta las tres y media. Ney contaba nueve mil combatientes el 15 de junio por la noche, á las once de la mañana siguiente los contaba á su lado, y los pudo aumentar hasta veinte mil á esta hora. Respecto de las órdenes verbales que la tarde anterior habia recibido, necesario fuera admi-

tir las más estupendas inverosimilitudes, para suponer que no contuvieran la indicación de los Cuatro Brazos; pero de todos modos al día siguiente, en órdenes escritas y entregadas por Mr. de Flahault á las diez y media, y reiteradas muchas veces en el curso de la mañana, se contenía la indicación de los Cuatro Brazos, y el mandato formal de tomarlos á toda costa. Ahora bien, desde las diez y media de la mañana hasta las tres y media de la tarde, cinco horas fueron las trascurridas, y durante ellas pudo abrumar con veinte mil hombres á la división de Perponcher fuerte de siete mil tan solo.

A la verdad no anduvo Ney en vacilaciones desde que recibió las órdenes escritas de Napoleon á esode las once, y hasta se decidió á atacar vigorosamente los Cuatro Brazos; pero habiendo tomado por sí y ante sí el general Reille la determinación de retener las tropas, á consecuencia de un parte, por el general Girard mal interpretado, Ney vióse obligado á estar en espera tres horas. Así desde las once no fué suya la culpa, y todavía á las dos de la tarde, cuando se quería lanzar con el mayor ímpetu sobre el enemigo, Reille fué quien le retuvo á causa de tener muy en la memoria los sucesos de España, sin duda obrando con intención muy buena, pero ello es que le retuvo de plano. Al cabo, cuando se emprendió formalmente la acometida, ya era en número igual los ingleses, y muy luego juntaron fuerzas superiores.

Así en los Cuatro Brazos perdióse el tiempo de una manera lastimosa el 45 de junio por la noche y la mitad del día siguiente, y perdióse en el punto donde ganarlo todo lo posible era de la mayor importancia.

Esto es cuanto se puede manifestar acerca del empleo del tiempo, y ahora véase lo que se puede añadir en punto á las operaciones. La primera combinacion de Napoleon en Ligny fué una de las mejores de su carrera militar á todas luces. Al ver como se desplegaban entre Ligny y las tres aldeas de Saint Amand los prusianos, sin cuidarse de su espalda ni de su derecha, cuando tenían detrás á Ney con cuarenta y cinco mil hombres, se le ocurrió el pensamiento feliz de echarles encima una parte de estas tropas, lo cual debía sin duda hacer que la mitad del ejército de Blucher cayera en manos de los franceses. En concepto del general Roguier, juez severo de Napoleon despues de su caída, preferible fuera otra manobra, la de atacar por la extremidad de las tres aldeas de Saint-Amand, es decir por la extrema izquierda de los franceses contra la extrema derecha de los prusianos, para arrollarlos hácia Sombreffe y separarlos de los ingleses. Desde Santa Elena ya rebatió Napoleon críticas de esta laya con la altivez del genio ofendido y respondiendo á la medianía presuntuosa y depigrante. Segun dijo muy á maravilla, no se trataba de separar á los prusianos de los ingleses, lo cual ya se ejecutaba por el mariscal Ney en los Cuatro Brazos, sino de copar es una parte de sus tropas, y declinando Ney sobre su espalda, fijamente se les cogiera una porcion considerable. Finalmente, cuando se vino á frustrar esta combinacion á causa de retardos y de equivocaciones sensibles, adoptando el partido de romper mas arriba de Ligny la línea enemiga, Napoleon demostró una vez mas su inagotable fecundidad de recursos sobre el campo de batalla.

Ni tan bien calculado, ni tan bien invadido fué el terreno de los Cuatro Brazos. Mas heroico que nunca, fúe el de Ney de su habitual sangre fria. Sus fuerzas gastó sobre las alas, á la derecha de la quinta de Gimioncourt, á la izquierda contra el bosque de Bossu. Las prodigiosas cargas de su caballería, esterilizadas por falta de apoyo, patentizaron que hacia el centro, es decir en los Cuatro Brazos, le fuera posible romper la línea enemiga. Con efecto, si en lugar de atenerse á una orden revocada por otra y por los mismos sucesos, á un mismo tiempo lanzara Ney las cuatro brigadas del conde de Valmy y la caballería ligera de Lefebvre Desnoettes, que unidas á la caballería de Piré le suministraran siete mil jinetes; si en lugar de forzar á la excelente division del príncipe Gerónimo, compuesta de cerca de siete mil hombres, á agotar contra el bosque de Bossu sus fuerzas; á una brigada de Foy dejara delante de este bosque, y precipitara siete mil jinetes y ocho mil soldados de infantería sobre los Cuatro Brazos, fijamente destrozara el centro del duque de Wellington y repeliere una parte de sus tropas sobre el camino de Nivelles, otra sobre el camino de Sombrelle, y de la preciosísima posición de los Cuatro Brazos quedara dueño de este modo.

No obstante, este triunfo, deseable sin duda, porque abatiera mucho el orgullo de los ingleses y aniquilara una porción considerable de sus fuerzas, no era lo que mas importaba en esta jornada. Efectivamente, gracias á la admirable firmeza de Ney, al cabo los ingleses se hallaron ocupados y fueron contenidos y retenidos, que era lo esencial á todas luces, y nada hubiera de lamentable si el

cuerpo de tropas del conde de Erlon, tan pronto llamado hacia la derecha como hacia la izquierda, é inútil de consiguiente en todas partes, no dejara que se evadiesen los prusianos, cuando á la mitad podia coger prisioneros. Esta y no otra fué la desgracia de esta jornada, la que en lugar de un triunfo decisivo hizo de la batalla de Ligny una victoria gloriosa sin duda y hasta de trascendencia, pero muy inferior á lo que pudiera ser bajo el aspecto de los resultados. Aqui se dibuja con rasgos siniestros la fatalidad formidabile, que en estos postreros dias hizo fracasar las combinaciones mas profundas y el heroísmo mas extraordinario. Confusion produce y no poca vez cuantas veces el conde de Erlon estuvo á punto de tocar al fin verdadero, y cuantas veces fué desviado de su alcance en el momento de tocarlo ya muy de cerca, no sin gran pesadumbre de los soldados, que á la sazón mostraronse mas perspicaces que sus gefes.

Esta fué y no otra, repetimos, la verdadera desgracia de la jornada. ¿Y tuvo alguien la culpa de tal desgracia, ó fué solo puro rigor de la fortuna? Esto nos falta examinar todavía. Sabiendo Napoleon que en los primeros momentos Ney se hallaba con pocos enemigos encima, de cuarenta y cinco mil hombres bien le podia pedir diez ó doce mil para un objeto decisivo hasta lo sumo, todavia mas decisivo que la ocupacion de los Cuatro Brazos. Asi por su parte la orden expedida al conde de Erlon distaba mucho de ser una falta. En cuanto á Ney, al recibir orden semejante, se debió resignar á mantenerse á la defensiva, muy posible con veinte mil hombres, segun lo acreditó dos horas mas tarde, y á privarse de Er-

lon para que acudiera á donde Napoleon le llamaba urgentemente. Erlon por su parte, no debió obedecer á su gefe inmediato, sino al gefe de los gefes, esto es, al emperador y sin vacilaciones. Con todo, se concibe que, encarnizado en el combate, y viendo crecer á los enemigos en torno suyo, Ney deseara triunfar donde estaba ante todo, sin perjuicio de ir á completar el triunfo de Napoleon de seguida. Tambien se concibe que, al hallarse con malas noticias de los Cuatro Brazos, Erlon se creyera obligado á atender la orden de Ney dada en términos desesperados, y así es que se siente propension á imputar errores tales mas á la fortuna que á los hombres. Y con efecto aquella frase apremiante de *La salvacion de Francia está en vuestras manos*, dicha por Napoleon para exaltar el celo de Ney, é interpretada en el sentido de ser de absoluta necesidad la toma de los Cuatro Brazos, cuando realmente significaba la urgencia de que á la victoria de Ligny se diera completo remate, aquella frase pronunciada para asegurar el triunfo de los designios por Napoleon concebidos, su confusion produjo tan solo; rasgo pasmoso del mal semblante de la fortuna para los franceses; ó por mejor decir prueba patmaria de una situacion forzada, llena de turbaciones, en que, únicamente Napoleon exceptuado, nadie conservaba sus habituales facultades, y situacion creada por el mismo Napoleon al empeñarse en dar nuevo principio á pesar de Europa, á pesar de Francia, á pesar de la razon universal á un reinado ya imposible de todo punto (1).

(1) No terminaré estas largas reflexiones, sin añadir

Cualquiera que fuese el sentimiento experimentado por Napoleon á causa de haber obtenido una victoria incompleta, razon le asistia para estar satisfecho, porque hasta ahora su plan habia

algunas palabras en respuesta á una suposicion gratuita del todo y consistente en dar por seguro que, si despues de muchas idas y venidas, al cabo se decidió el conde de Erlon á dejar la direccion de Bry para tomar la de los Cuatro Brazos, lo hizo en virtud de orden expedida por Napoleon á la postre. En tal caso, los movimientos á un lado y á otro, que todo el día le impidieron ser de utilidad en parte alguna, no sería la culpa de Ney; que absolutamente le quiso tener á su lado, ni tampoco del conde de Erlon, que desobedeció á Napoleon por dar á Ney pronta obediencia, sino de Napoleon que habria renunciado así á la ejecucion de sus órdenes propias. Esta hipótesis ha sido usada por Mr. Charras en su obra acerca de la campaña de 1815, obra sábia, aguda y admirablemente escrita.

Admisib es son las suposiciones en historia cuando son necesarias para explicar un hecho, que de otro modo sería inexplicable, cuando se fundan en la verosimilitud y en las inducciones sacadas del conjunto de los sucesos. Aquí no hay nada semejante. Lejos de ser inexplicables los hechos sin la suposicion de Mr. Charras, lo son por la suposicion misma. Colocado entre la orden de Napoleon y la del mariscal Ney, sin desconocer la gerarquia, el conde de Erlon dió á interpretaciones, siempre aventuradas en la guerra, y creyendo á Ney en gran peligro y á Napoleon no enterado de que su situacion fuese extrema, se decidió á marchar á los Cuatro Brazos. Con tal dato, claro y sencillo aparece todo; lo que no resulta claro ni sencillo es que, mirando Napoleon el movimiento ordenado como inherente á la suerte de la guerra, se decidiera á dar contraorden respecto del tal movimiento, sin tener tiempo de adquirir noticia de lo que pasaba en los Cuatro Brazos, ni de saber que la situacion de Ney fuera allí tan apurada. Por consiguiente, la suposicion de monsieur Charras hace inexplicable lo que se explica de suyo,

salido á maravilla. Con efecto, habia logrado sorprender á los ejércitos inglés y prusiano, situarse entre uno y otro, vencer al ejército prusiano, con- tener al inglés, y lanzarlos en direcciones bastante

y lejos de estar en armonía con la verosimilitud, se resiente de inverosímil á todas luces. No obstante, si reposara en algun testimonio, ya que no fuese admitida, al menos habria que tomar la tal suposicion en cuenta; pero testimonios hay dos tan solos, y ambos son diametralmente contrarios. Del conde de Erlon es el uno, y del general Durutte, gefe de una de las divisiones del primer cuerpo, es el otro. Ciertamente, si en materia de órdenes dadas por Napoleón al conde de Erlon hay algun testimonio decisivo, no puede ser otro que el del mismo conde de Erlon á quien iban dirigidas, y por quien debian ser ejecutadas. Pues bien, preguntado por el duque de Eichingen sobre estos sucesos, le dió la siguiente respuesta incluida por este personaje en su escrito, titulado *Documentos inéditos sobre la campaña de 1815*.

«Mas allá de Frasnes me detuve con los generales de la Guardia, y allí fui alcanzado por el general La Bedoyère, quien me enseñó una Nota escrita con lápiz y dirigida al mariscal Ney, en la cual se le mandaba que hiciera marchar sobre Ligny mi cuerpo de tropas. Me previno el general La Bedoyère que ya habia dado la orden para este movimiento, haciendo cambiar de direccion á mi columna, y me indicó el punto donde la podria dar alcance. Aquella direccion tomé sin demora, y al mariscal envié mi gefe de estado mayor el general Delcambre, para enterarle de mi nuevo destino. El señor Ney me lo volvió á despachar al punto y prescribiéndome imperativamente que volviera sobre los Cuatro Brazos, donde se habia empeñado mucho, contando con la cooperacion de mi cuerpo de tropas. *De consiguiente yo debí suponer que allí habia urgencia, cuando el mariscal tomaba sobre sí la responsabilidad de volverme á llamar á su lado, despues de recibir la Nota de que hablé mas arriba.*»

*Debí suponer, dice el conde de Erlon, que allí habia*

divergentes, para tener tiempo de batir al dia siguiente ó de allí á dos dias al duque de Wellington por separado. Con efecto, habiendo ya perdido Blücher la gran calzada de Namur á los Cuatro

urgencia, cuando el mariscal tomaba sobre sí la responsabilidad de volverme á llamar á su lado, despues de recibir la Nota de que hablé mas arriba....—A la simple lectura de este pasaje resulta á las claras que, si el conde de Erlon hubiera recibido una última orden de Napoleón autorizándole para marchar á los Cuatro Brazos en lugar de ir á Bry, lo dijera sencillamente; porque entonces consignara su justificacion plena una sola palabra, sin que tuviera necesidad de apoyar en la urgencia de la situacion de Ney, ni en la suposicion de que, cuando este mariscal contradecía las órdenes de Napoleón, estaria autorizado para ello. Sin mas que decir lisa y llanamente que Napoleón revocó la orden escrita con lápiz y llevada por La Bedoyère, la explicacion resultara completa y perentoria. Así la forzosa consecuencia es que no recibió la contraorden supuesta, y que le eximiera de responsabilidad del todo, pues no la menciona en la justificacion de su conducta, la cual no tuviera réplica en tal caso. Esta prueba nos parece absoluta é indisputable.

Además existe otro testimonio de no menor bulto, y es el del general Durutte, oficial de gran capacidad y de extensas luces, y gefe de la division del primer cuerpo, que formaba la cabeza de la columna. Tambien redactó una nota, que obra en mi poder, y de la cual cita asimismo el duque de Eichingen un fragmento en la página 71 de su escrito.

Tras de referir el general Durutte cómo en virtud de una orden de Napoleón tomó el conde de Erlon la direccion de Bry para coger de revés á los prusianos, añade lo siguiente: «Estando ya en marcha, muchos ordenanzas del mariscal Ney llegaron á toda prisa, con el objeto de detener al primer cuerpo de tropas, y de hacer que se dirigiera á los Cuatro Brazos. Al traer estas órdenes decían los oficiales que el mariscal Ney se habia encontrado en los Cuatro Brazos con fuerzas superiores, y que de

Brazos, ya no se podía juntar al duque de Wellington por esta vía, la única directa, y se hallaba reducido á separarse definitivamente de los ingleses, yendo por Namur hacia las margenes del Rhin, ó á tratar de ir en su busca al rededor de Bruselas, si quería proseguir la campaña. Entre los ejércitos beligerantes y Bruselas, extendíase una selva anchurosa y de gran espesura, la de Soignes, envolviendo esta ciudad del sudoeste al nordeste, presentando una banda de arboles frondosos en el espacio de tres ó cuatro leguas, larga de diez á doce, y por consiguiente de muy difícil paso para ejércitos numerosos y provistos de material considerable. Si privados los prusianos de su comunicacion directa con los ingleses por la

«alli era repelido. Esta segunda orden puso al conde de Erlon en grande embarazo, porque *al mismo tiempo recibia nuevas instancias de la derecha para marchar hacia Bry.* Con todo se decidió á volver hácia el lado «del mariscal Ney. Pero como echaba de ver, en union del «general Durutte, que el enemigo se hallaba en proporcion de hacer que desembocara una columna en el llano «extendido entre Bry y el bosque de Delhutte, lo cual cortara por completo la parte del ejército mandada por el «emperador de la mandada por el mariscal Ney, se determinó á dejar al general Durutte en esta llanura.»

Este testimonio es tan decisivo como el precedente. Con efecto, por la relacion de un testigo ocular se ve que el conde de Erlon se halló colocado entre dos órdenes contrarias, y que vaciló al pronto, si bien el peligro de Ney le determinó al cabo, y este peligro solo, puesto que añade á renglon seguido que, *al mismo tiempo recibia nuevas instancias de la derecha para marchar hacia Bry.* Ahora bien, las instancias de la derecha no eran otras que las órdenes reiteradas del emperador, y este pasaje demuestra superabundantemente que no fueron revo-

calzada de Namur á los Cuatro Brazos, se querian volver á juntar á ellos, forzoso era que se trasladaran por Gembloux y Wavre al lindero de la selva de Soignes, y efectuasen la reunion delante ó detrás de la misma. Si para mayor seguridad se metian por su espesura para unirse mas lejos, esto es, bajo los muros de Bruselas, no habia motivo alguno de que infundiesen zozobras, pues llegarían demasiado tarde para socorrer á sus aliados. Si por el contrario se les querian unir delante de la selva de Soignes, grave podia ser el peligro, pero hallándose Napoleon actualmente entre los prusianos y los ingleses, y solo á distancia de cinco leguas del lindero de la selva, imposible era que la union se efectuara delante, esto es, á su

«cadas, pues, si lo hubieran sido el general Durutte, testigo y partícipe de aquellas perplejidades, no omitiera decir que una nueva orden del emperador las dispó del todo. De consiguiente resulta, con toda evidencia que la suposicion de una última contraorden del emperador es, no solo gratuita, sino opuesta á los dos únicos testimonios conocidos, posibles y concluyentes. Así los movimientos, que hicieron inútil el cuerpo de tropas de Erlon para todos, obra fueron de Ney, que no se quiso reducir á la defensiva, y que á toda costa llamó á Erlon en su ayuda, y obra tambien de Erlon, que, colocado entre dos órdenes contrarias, se dejó arrastrar por los desesperados gritos que partían de los Cuatro Brazos. Esta fué una desgracia que en su origen se remonta á Napoleon, no directamente y por efecto de una orden mal dada, sino indirectamente y á consecuencia del estado moral de sus lugartenientes, del cual era causa general y suprema. En cuanto á que Napoleon fué muy mal político, para declararle tal no se necesita de pruebas; pero en cuanto á lo de mal general, me parece la suposicion temeraria, y así no me puedo resolver á admitirla por mi parte.»

vista, á no ser que lo permitiera de voluntad propia, ó que sus logartenientes, encargados de impedir que se llevara á cabo dejaran hacer á los enemigos lo que fuera de su antojo. Además, estando frente á frente de los ingleses en los Cuatro Brazos, ya tenía la certidumbre, hasta donde cabe en lo posible, de acometerlos al día siguiente y de batirlos antes que los prusianos pudieran llegar en su ayuda. Por consiguiente, no es dudoso que hasta ahora, aun cuando solo estuviesen batidos los prusianos en lugar de destruidos, su plan se había logrado, pues se hallaba en actitud de encontrar á sus enemigos unos despues de otros. Por otra parte, si los prusianos no estaban destruidos, como lo debían estar sin duda, se hallaban sobremanera maltratados, y á la fracasada maniobra del conde de Erlon se podía suplir con una persecucion activa para la consecucion de los resultados todos. Se trataba de no dejarles al día siguiente el menor respiro, y de picarles la retaguardia sin descanso, con el fin de que los hombres desbandados vinieran á ser hombres perdidos, y de que el ejército prusiano mermara de resultados de la persecucion tanto como pudiera haber mermado en la misma batalla.

De vuelta Napoleon en Fleurus á cosa de las once de la noche, tras de estar en continuo movimiento desde las cinco de la mañana, se puso á dar las ordenes indispensables antes de entregarse al reposo, de que necesitaba tanto. Sin pormenor alguno acababa de saber que, despues de lidiar la jornada toda, Ney solamente había logrado contener á los ingleses. Le envió á decir que desde la primera luz de la aurora estuviera sobre las armas

para marchar hácia Bruselas, sin temor á los ingleses, que despues de la batalla de Ligny ya no se podrian mantener en tal punto, pues marchando sobre ellos por la gran calzada de Sombrefe á los Cuatro Brazos, se les rebasaría del todo, si trataban de oponer resistencia. A Pajol le previno que, despues de tomar algun reposo, se lanzara en pos de la huella de los prusianos, y llevara consigo la division de infantería de Teste, destacada del cuerpo de Lobau, á fin de que le diera apoyo contra las acometidas de la caballería prusiana. De seguida se tendió sobre una cama para reponer sus fuerzas con algunas horas de sueño.

Otra vez estaba ya Napoleon en pie á las cinco de la mañana, listo para continuar sus operaciones, y juzgando llegada ya la hora de bahérselas con los ingleses. Hallándose fuera de juego los prusianos, á lo menos por dos ó tres días, á los ingleses era preciso buscar y dar batalla, y con sus soldados, y bajo su mando supremo, no tenía el resultado por dudoso. Como para esta campaña había adoptado el sistema de dos alas, para reforzarlas alternativamente con su centro, formado por el cuerpo de Lobau, la Guardia y la reserva de caballería, esto es, muy cerca de cuarenta mil hombres, ahora debía abandonar su ala derecha triunfante en Ligny, para trasladarse á su ala izquierda, no vencedora ni vencida en los Cuatro Brazos. Su ala izquierda, ya compuesta de los cuerpos de Reille y de Erlon y de una parte de la gruesa caballería, reforzada al presente por las tropas del centro se elevaría próximamente á setenta y cinco mil soldados, fuerza bastante para hacer cara á los ingleses. Natural era que formase el ala derecha con los

cuerpos que habian combatido en Ligay, y que estaban muy fatigados para dar de seguida una segunda batalla, esto es, del tercer cuerpo á las órdenes de Vandamme, del cuarto á las de Gerard, de la division de Girard, de los cazadores y husares de Pajol, de los dragones de Exelmans, ya puestos bajo el mando del mariscal Grouchy los unos y los otros.

Del todo indicado se hallaba el papel de esta ala derecha, mientras Napoleón estuviera ocupado contra los ingleses, pues no era otro que el de no perder de vista á los prusianos, completar su derrota, ó á lo menos agravar su estado, no permitiéndoles ningún respiro, y contenerlos si trataban de revolver sobre los franceses. Con efecto, incurria de gran tamaño é indigna de un verdadero capitán fuera la de dejar que los prusianos vencidos se hicieran lo que mejor fuese de su agrado, tal vez aspirar á unirse á los ingleses delante de la selva de Soignes, quizá hasta trasladarse á Charleroy, animados por la negligencia de sus vencedores, y amenazar así su espalda, y trastornar sus comunicaciones, y en todos los casos reponerse tranquilamente de su derrota, para llevar el formidable contingente de sus rehechas fuerzas, ora á los ingleses, ora á los rusos y á los austriacos. Por consiguiente, imposible era descuidarlos en tal coyuntura, y como además todos maniobraban á cuatro ó cinco leguas unos de otros, nada mas fácil que tener el destacamento destinado á su persecucion á tal distancia que permitiera siempre atraerlo á sí en la ocasion oportuna. Bueno es añadir que este destacamento debia tener cierta importancia, si se le queria hacer capaz de ocupar, de perseguir y de

contener á los prusianos. No teniendo ya Napoleón mas que ciento diez mil soldados contra ciento noventa mil enemigos, y quizá menos á consecuencia de las pérdidas de las jornadas anteriores, y obligado á reservarse para lidiar contra el duque de Wellington siquiera setenta y cinco mil combatientes, á Grouchy no le podia ceder mas que de treinta y cinco á treinta y seis mil á lo sumo. Pero en manos de un hombre de habilidad y de arrojo eran bastantes contra un ejército batido. Con veinte y seis mil franceses hizo cara el mariscal Davout por el año de 1806 en la memorable jornada de Awers-taedt á setenta mil prusianos. Verdad es que Grouchy no valia lo que Davout, y que entre las disposiciones morales del año de 1815 y las de 1806, se notaba gran diferencia; pero los soldados franceses eran igualmente aguerridos, y además llevaban el valor de la desesperacion á esta campaña.

Napoleón adoptó, pues, el partido indicado por su plan y por la prudencia, de ir con su centro hácia su ala izquierda para lanzarse á combatir á los ingleses, dejando á su derecha el cuidado de perseguir á los prusianos, de agravar su derrota, y de mantenerlos á distancia, mientras con el ejército británico se media en persona. En pie desde las cinco de la mañana, al punto quiso emprender el movimiento, para dar alcance al duque de Wellington en el curso del dia; pero tan corta distancia habia á la selva de Soignes, que era imposible ganar al general inglés en presteza, y solo cabia tener un encuentro con su tropa, si cuadraba á su gusto, pues si se proponia meterse por la espesura, para juntarse detras de la selva de Soignes á los prusianos, toda la prisa que se dedicara á seguir



sus huellas, no haria mas que acelerar su retirada, sin la menor eventualidad de darle alcance. Sin embargo, asi por caracter como por impaciencia de resolver pronto la cuestion pendiente de vida ó muerte entre Europa y su persona, al punto deseaba Napoleon correr detrás de los ingleses. Pero se le opuso la inmensa fatiga de las tropas, que llevaban tres dias de marcha, y dos de ellos de combatir sin reposo. Ciertamente no pensaba hacer uso de los cuerpos tercero y cuarto al mando de Vandamme y de Gerard, cuyos soldados tendidos sobre sangre, en medio de treinta mil cadáveres aun dormian profundo sueño, y no se les podian negar algunas horas para limpiar sus armas, comer el rancho, y gozar, en fin, de algun respiro. Disponiendo del cuerpo de tropas del conde de Lobau, que aun no habia disparado un solo fusilazo, naturalmente queria moverlo antes que otro alguno. Pero era indispensable añadirle tambien la Guardia, que la vispera se habia empeñado vigorosamente en la lucha, y que á pesar de su adhesión grande, sin comer y dormir no se podia pasar de ningun modo. Asi combinó los movimientos para esta jornada, de suerte de conciliar la celeridad de las operaciones y la necesidad de descanso que experimentaban las tropas. Como habia que cruzar por los Cuatro Brazos para marchar sobre los ingleses, á Ney que se hallaba en aquel punto le correspondia desfilarse primero, y como por un solo desemboque tenia que hacer pasar sus cuarenta mil hombres, con llegar Napoleon á los Cuatro Brazos entre nueve y diez de la mañana, seguridad tenía de estar á tiempo de desfilarse de seguida, y como en suma se podia avanzar hasta el lindero de la

selva de Soignes de las dos á las tres de la tarde, aun era posible dar una batalla, como se habia dado la vispera de este dia, siempre que consintieran aceptarla los ingleses. Sin que Napoleon tuviese gran esperanza de este encuentro delante de la selva de Soignes, que deseaba con grande anhelo para creer que los ingleses lo desearan de igual modo, todo lo dispuso para proporcionarlo de ser posible, y en el caso contrario para entrar en Bruselas aquella noche ó á otro dia por la mañana, lo cual podia producir gran efecto moral y lanzar á los ingleses harto lejos de los prusianos. Por tanto dispuso que el conde de Lobau se trasladara delante de todos por la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, de modo de desfilarse inmediatamente despues de Ney por este punto. Ademas determinó que la Guardia siguiera al conde de Lobau, y que la gruesa caballería siguiera á la Guardia.

Esta disposicion proporcionaria á la Guardia y á la gruesa caballería dos horas de descanso. En cuanto á los cuerpos de tropas de Vandamme y de Gerard, muy trabajados en la batalla del dia antecedente, para reponerse tendrían toda la mañana, pues antes de ir en persecucion de los prusianos, se necesitaba que la caballería volviese á encontrar su huella. Sin esta precaucion se corria el riesgo de empeñarse en una via falsa, lo cual no era un inconveniente para la caballería ligera, que tenia alas, y lo habria sido muy grande para la infantería, que no tenia mas que piernas, y que estaba ya muy cansada.

Mientras Napoleon despachaba las ordenes precisas, al cuartel general llegaba como á las seis de la mañana el conde de Flahault, que despues de

presenciar los sucesos de los Cuatro Brazos, se habia despedido de Ney durante la noche. Sin la intencion mas remota de causar perjuicio á Ney, cuyo heroismo conmovia hasta á los que desaprobaban su conducta, no ocultó al emperador cuan mediocres habian sido las providencias del mariscal en el combate de los Cuatro Brazos, y con particularidad cuanto dañaba á la rectitud de su juicio militar la agitacion febril de que parecia atacado, aun haciendo, si era posible, que la energia de su adhesion subiera de punto. Ya lo habia echado de ver Napoleón desde el 20 de marzo, pero fuerza era servirse de este héroe sin par así y todo, tal como le habian transformado los sucesos, superiores á la sazón á todos los caracteres. Solamente calculó Napoleón que seria cuerdo tenerle á su lado, para lanzarle como un león á lo mas recio del peligro. A todos los pormenores dados, el conde de Flahault añadió uno de suma importancia, á saber que, desconfiadísimo de los acontecimientos, aun dudaba Ney del resultado de la batalla de Ligny, y lejos de estar pronto á marchar adelante, al revés se inclinaba á conservar la defensiva en los Cuatro Brazos. Esto contrarió á Napoleón por extremo, pues hubiera querido saber que Ney se hallaba ya en movimiento á la hora en que se le hacia sabedor de sus irresoluciones. Al momento hizo que el mariscal Soult escribiese al mariscal Ney, para enterarle de que la batalla de la tarde anterior estaba completamente ganada; para intimarle que marchara intrépidamente y sin pérdida de tiempo á los Cuatro Brazos, porque los ingleses desalojarían este punto, al ver que por la gran calzada de Namur avanzaban cuarenta mil hombres,

dispuestos á cogerles de flanco si se obstinaban en su resistencia; para aconsejarle que mantuviera sus divisiones juntas, y para dirigirle algunos cargos, si bien muy suavizados en la forma, sobre su manera de obrar el día precedente, la cual habia sido causa de que, en lugar de resultados extraordinarios, solo se hubieran obtenido grandes sin duda, aunque menores de lo que se presentaron en perspectiva y de lo que hacian falta. Al mismo tiempo Napoleón envió oficiales para practicar un reconocimiento sobre la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, y ver si Ney estaba en marcha y el duque de Wellington de retirada. Expedidas estas ordenes á las siete de la mañana, se dirigió á Ligny en coche, y una vez sobre el terreno, montó á caballo para recorrer el campo de batalla, y cuidar de la asistencia de los heridos, y prodigar consuelos y distribuir recompensas á los combatientes del día anterior, mientras los que iban á combatir ahora adelantaban en su marcha.

Estos consuelos y estas recompensas debíanse de derecho á soldados, que el día precedente se habian portado con adhesion ilimitada, y bien se puede afirmar que es un excelente cálculo en semejante coyuntura el agradecimiento. A la sazón se ocupaban los soldados de Gerard y de Vandamme en limpiar sus fusiles, en comer el rancho, y en reponerse algun tanto de las fatigas de la anterior y formidable lucha. Apenas descubrieron á Napoleón se lanzaron á su encuentro, agitando los morriones, blandiendo los sables, y prorumpiendo en gritos de entusiasmo. Su sola vista les arrebató y les resarcía de sus peligros y de sus padecimientos. A la verdad no era tiempo de ninguna

manera perdido, el consagrado á dar satisfaccion y consistencia á sentimientos semejantes. Despues de saludar á los heridos, y de responder con la mano á las aclamaciones de los soldados, Napoleon quiso cruzar sucesivamente las aldeas de Saint-Amand y de Ligny. En lo interior de Saint-Amand casi era igual el número de muertos franceses y prusianos, pero solo se veia un monton de cadáveres de estos últimos á la otra márgen del arroyo. Por recuperar á Saint-Amand se obstinaron los infelices, y así cubrieron con sus cuerpos las inmediaciones de la aldea. Habiendo cogido en banda la artilleria de la Guardia á las reservas prusianas, sobre la escarpa de atrás y hasta el molino de Bry cubrian la tierra cadáveres de hombres, cuerpos de caballos, restos de cañones, y presentaba un espectáculo satisfactorio para los vencedores, pero cruel para la humanidad por extremo. Toda via el espectáculo era en Ligny mas atroz y espantoso. Allí fué el combate dentro de la aldea, y los soldados pelearon cuerpo á cuerpo, y se degollaron unos á otros con todo el furor de las guerras civiles. En la misma proporcion se encontraban allí los muertos franceses y prusianos, y cadáveres se veian tan solo, porque los moradores se habian fugado de sus casas, ó se habian escondido en sus cuevas. Algunos heridos exhalando lastimosos ayes, eran los únicos seres vivos en aquella especie de cementerio. A la salida de Ligny y trepando por el terreno, donde la Guardia imperial habia decidido la victoria, otra vez se veian cadáveres exclusivamente prusianos ó punto menos, y haciendo de aquellos restos humanos una comparacion triste, se podia muy bien decir que en el con-

junto, por cada francés muerto se contaban dos y quizá tres prusianos. Así no hay exageracion en afirmar que si á los franceses les habia costado cerca de nueve mil hombres la batalla, no menos de diez y ocho mil vino á costar á los prusianos, sin incluir la gente desbandada. Prisioneros de los franceses solo quedaron los heridos, y luego mil ó dos mil rezagados, de que se apoderó la caballeria. Además les fueron abandonados treinta cañones.

Tras de hacer Napoleon que se recogieran cuantos heridos franceses fué posible, cuidado á que se prestaron sollicitos los aldeanos belgas, tambien hizo que levantasen á algunos oficiales prusianos, caidos en proporcion mucho mayor que sus soldados. Aquellos valientes oficiales habian pagado con su sangre la violencia de sus pasiones. Napoleon dirigióles una alocucion cortés y generosa, para decirles que Francia, tan aborrecida por los prusianos, no les retribuia odio por odio; que si sobre ellos habia pesado durante las últimas guerras, no fué sino por una justa é inevitable represalia de su agresion de 1792, de la convencion de Pilnitz, del manifiesto de Brunswick y de la guerra de 1806; que á la verdad en 1814 se habian vengado de sobra; que ya era tiempo de poner término á estas sangrientas represalias; que por su parte con la paz mas proxima se aplicaria á tal objeto, y que en testimonio de estas pacificas intenciones iba á empezar por hacer que fueran atendidos como los oficiales de su propia Guardia. Traducida al alemán de contado la alocucion de Napoleon, fue muy bien acogida por aquellos infelices á quienes saludó á la despedida, y que respondieron al saludo con sus desfallecidas manos. Para su publicacion fué en-

viada á los periódicos la relacion de esta escena, con el desiguito de calmar las pasiones alemanas, si la victoria era todavía fiel á los franceses por espacio de veinte y cuatro horas.

Llegado Napoleon á las alturas de Bry, echó pie á tierra para aguardar el resultado de los reconocimientos dirigidos hácia los Cuatro Brazos. Conservando la libertad mental de costumbre, con sus generales platicó de los asuntos mas diversos, de la guerra, de la politica, de los partidos en que estaba dividida Francia, de los realistas y de los jacobinos, mostrandose muy contento de lo ya ejecutado en dos dias, y prometiéndose todavía más para los siguientes (1). Durante esta conversacion

(1) Noblemente inconsolable el mariscal Grouchy de sus faltas militares en 1815, aunque sin quererla: confesar de ningún modo, trató de hacer remontar al dia 17 de junio el origen del tiempo perdido al dia siguiente, y en una relacion inexacta pintó á Napoleon, durante esta mañana, perdiendo el tiempo á la manera de un príncipe conversador y perezoso é irresoluto. Difícil es conocer por este retrato al hombre llegado en veinte dias á París desde la isla de Elba, al hombre que en dos dias solo se había lanzado improvisamente entre los ejércitos inglés y prusiano, aun antes de que se pudieran apercebir de su presencia. A nadie se persuadirá de que se hizo de repente Bojo é irresoluto Napoleon que, pudiendo aguardar la guerra en Champaña, á Bélgica la había llevado atrevidamente, para proporcionarse la coyuntura de sorprender y de batir á los ejércitos enemigos unos despues de otros. Pero el mariscal Grouchy obió á semejanza de muchos testigos oculares, que, no estando en el secreto de las ideas de los personajes que tienen á la vista, á menudo les atribuyen las mas quimericas y pueriles. Al pintar á Napoleon de manera de suponer que en la mañana del 17 de junio obraba á semejanza de un príncipe oriental, aban-

recibió el primer parte de los oficiales enviados sobre la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, y supo que en lugar de encontrar á Ney en este último punto, aun se había encontrado allí á los ingleses. Bajo la impresion de muy vivo disgusto hizo que se despachara á Ney otra nueva orden con la intimacion de que emprendiera el avance, sin hacer caso de los ingleses á quienes se cogeria de flanco, si llegaban á oponer resistencia, y previno al conde de Lobau que apresurara la marcha sobre los Cuatro Brazos, é hizo que se acelerara la partida de la Guardia. Acto continuo se aprestó por sí á la marcha para dirigir el movimiento en persona. A este tiempo mismo recibió un parte del general Pajol, que desde el amanecer se había lanzado tras la huella de los prusianos. Segun este

donando con disgusto su reposo, el mariscal Grouchy demuestra simplemente que no estaba al alcance de la situacion en tales momentos, pues ignoraba ó no comprendia que Napoleon necesitaba aguardar lo siguiente: 1.º que Ney hubiese desfilado por los Cuatro Brazos con cuarenta mil hombres; 2.º que el conde de Lobau se hallase en marcha hácia el mismo punto; 3.º que la Guardia comiese el rancho y dejase sus vivaqueos; 4.º que algunas noticias de la caballeria de Pajol llegasen á dar idea de la direccion tomada por los prusianos. Ya eran entonces muy cerca de las ocho de la mañana, y á la verdad no era mucho tiempo el de dos ó tres horas para que todas estas cosas pudieran quedar realizadas. Mientras se llevaban á cabo, Napoleon platicaba con sus generales de los asuntos mas diversos, y siempre en posesion de una libertad de espíritu que no suelen conservar los hombres, cuando les preocupan asuntos de gran monta, y que dá claro testimonio de que son muy dignos de llevar el peso de estos designios trascendentales, pues aparecen superiores á todo

parte bastante singular se habian cogido fugitivos y particularmente cañones sobre la parte de Namur y por consiguiente en direccion de Lieja. De este primer indicio se debia inferir que se encaminaban hácia las márgenes del Rhu los prusianos, y que, dejando que se apoyaran de continuo en el mar los ingleses, ya iban á hacer la campaña en union de los austriacos y de los rusos. Napoleon no creia de ningun modo que abrazaran este partido. Conociendo á Blücher muy á fondo, por supuesto daba que trataria de juntarse á los ingleses delante ó detrás de la selva de Soignes, y que por consiguiente en direccion de Wavre se necesitaba ir en su busca. No obstante, así en la guerra como en la politica no hay que hacerse esclavo de las verosimilitudes, y sin dejar de darlas en los calculos la preferencia debida, necesario es tener abierto el espíritu á todas las eventualidades. Esto es lo que Napoleon hizo cabalmente. Al lado de su persona tenia al mariscal Grouchy en tales momentos, y verbalmente dióle sus instrucciones, resultantes de la situacion hasta el punto de concebirse sin ser enunciadas. Le recomendó que persiguiera á los prusianos á todo trance, y agravara su derrota cuanto le fuera posible, é impedirles á lo menos que se repusiesen demasiado pronto, y especialmente no perderlos nunca de vista, y maniobrar de manera de estar de continuo en comunicacion con el gran ejército de los franceses, y siempre entre este ejército y los prusianos. Asustado el mariscal Grouchy, fuerza es hacerle esta justicia, de verse abandonado á si propio en circunstancias tan delicadas, á Napoleon expresó su pesar con modestia, é igualmente manifestóse muy

apurado en punto á descubrir el camino que seguirian los prusianos. Napoleon le respondió que para comunicarse con el cuartel general tenia la gran calzada de Namur á Bruselas, y por tanto, en actitud de solicitar y de recibir órdenes se hallaria siempre; que ciertamente el parte enviado por el general Pajol acerca de la marcha de los prusianos podia dar margen á incertidumbres, pero que no tenia que hacer sino lanzar su caballeria hácia Wavre por un lado y hácia Namur por otro, y de esta manera sabria á qué atenerse á la vuelta de algunas horas. Montando entonces á caballo, Napoleon le repitió de viva voz y con insistencia marcada:— *Sobre todo empujad vivamente á los prusianos, y manteneos siempre en comunicacion conmigo por vuestra izquierda* (1). En observancia de las or-

(1) Todos estos pormenores se los debo á un testigo ocular, que me los ha repetido muchas veces, á causa de tenerlos todavía, segun su dicho, como delante de los ojos, y este testigo es el mariscal Gerard, uno de los hombres más rectos y más veraces que he tratado nunca. Me los han confirmado también muchos testigos de vista y de oídas. Por su parte el mariscal Grouchy ha tratado de hacer que nazcan dudas acerca de la índole de las instrucciones que le fueron dadas; sin embargo, sus mismas aserciones y sus cartas á Napoleon ponen de manifiesto los siguientes puntos esenciales: 1.º que debia ir en busca de los prusianos; 2.º acosarlos vivamente; 3.º no perderlos nunca de vista; 4.º mantenerse en comunicacion con el cuartel general; 5.º y último, esforzarse por separar á los prusianos de los ingleses. Para las deducciones que de este gran debate histórico deben ser sacadas, de sobra hay con estar bien sentados tales puntos. En todo caso de los hechos y de la situacion se derivaban de tal modo las instrucciones dadas al mariscal Grouchy que, aun sin tener la prueba y la confesion de ellas, bien cabe afirmar que no recibió otras.

denes de Napoleón partió el mariscal Grouchy de seguida, y su primer movimiento fué el de correr hacia el camino de Namur, donde el general Pajol había ya recogido así fugitivos como cañones. Napoleón dejábale el cuerpo de Vandamme reducido á trece mil hombres, el de Gerard reducido á mil menos, á Pajol y á Exelmans, con mil ochocientos jinetes al primero, y con tres mil doscientos el segundo. Además le dejaba la division de Teste, destacada del cuerpo del conde de Lobau y fuerte de muy cerca de tres mil hombres de infantería. Así juntaba un total de treinta y tres mil combatientes, sin incluir la division de Girard, que había perdido todos sus generales, y ya solo contaba dos mil quinientos soldados. Esta se hubo de quedar atrás para reponerse un poco, y atender á sus heridos, y guardar á Charleroy, lo cual ahorraba á Grouchy de enviar ningun destacamento hacia tal punto.

Napoleón, juntando las tropas de Ney, y las del conde de Lobau, reducidas á dos divisiones, y la Guardia, y los coraceros de Milhaud, y la division de Subervic tomada á Pajol, consigo llevaba al rededor de setenta mil hombres. Bastantes eran para destrozár á los ingleses, atendida la calidad de las tropas, si no tenia que lidiar contra dos ejércitos á consecuencia de una inmensa falta ó de una inmensa desventura. Con los treinta y seis mil hombres dejados á Grouchy, incluida la division de Girard en la cuenta, con los cuatro mil hombres agregados al tren y al gran parque, aun le quedaban ciento diez mil soldados, ya descontados los catorce mil muertos ó heridos, que se perdieron en muchos combates y dos batallas. Ciertamente

de los últimos sucesos mas tenían por qué lamentarse los prusianos y los ingleses, que entre muertos, heridos y desbandados acababan de perder de treinta á cuarenta mil hombres; así hasta ahora el resultado de la campaña se podía considerar en plena ventaja de los franceses. No se necesitaba mas que una jornada feliz para que fuera decisivo de todo punto.

Napoleón dejó las alturas de Bry á eso de las once de la mañana (1), y al galope se trasladó á la

(1) Estas horas cito á tenor de las indicaciones mas seguras. El mariscal Grouchy ha citado otras distintas; pero en materia de horas, segun se verá mas adelante, probado está de lleno que se ha equivocado casi de continuo, y que sus indicaciones son completamente erróneas en este punto. Por lo demás, véanse dos pruebas de la inexactitud con que el mariscal Grouchy ha citado las horas en sus diversas relaciones, inexactitud no imputable á su carácter, sino al sentimiento que experimentaba de haber cometido tan fúnebre falta, y al deseo muy natural de descargarse de ella. Contando los sucesos de la mañana del 18 de junio ha supuesto que á las seis salió de Gembloux. Pues bien, de pruebas irrefragables resulta que la salida tuvo lugar á las ocho para una parte de las tropas, á las nueve para otra parte, y aun á las diez respecto de algunas. Tambien ha supuesto que el consejo de marchar hacia donde retumbaba el cañoneo, se le dió á las tres de la tarde del 18 de junio. Pues bien, demostrado está por testimonios contestes, y cuya exactitud ha reconocido posteriormente, que el consejo se le dió á las once de la mañana. Al citar estos hechos, no es nuestro designio atacar la veracidad del mariscal de ningun modo, sino patentizar que en la turbacion, de que estaba poseido á consecuencia de sus recuerdos, sus aseveraciones no pueden ser admitidas con confianza, sobre todo en lo relativo á las horas, que es lo mas difícil de fijar así en los sucesos militares como en los sucesos civiles.

gran calzada de Namur á los Cuatro Brazos, para observar lo que acontecia en aquel punto. A la Guardia halló pronta á abandonar sus vivaques, al conde de Lobau en plena marcha hácia los Cuatro Brazos, y llegado ya á Marbais por entonces. Desde este último sitio divisó Napoleon á los ingleses guerrilleando sobre la gran calzada, y en ademán de no haber aun evacuado los Cuatro Brazos, lo cual demostraba que no habia Ney operado movimiento alguno. Sin embargo, ya mas cerca se vió que los ingleses se retiraban poco á poco á la vista de la infanteria francesa, que desde el punto culminante de los Cuatro Brazos podian perfectamente descubrir sobre la calzada de Namur en columna cerrada. A la izquierda de los franceses, esto es, hácia la parte de Frasnes, tambien se divisaban uniformes encarnados, lo cual no daba motivo á zozobra, pero sí á muy extrañas incertidumbres. ¿Como Ney, despues de las órdenes recibidas y con la seguridad de ser apoyado no habia marchado todavia, y sobre todo cómo se hallaba rodeado de ingleses? Muy pronto se aclaró el misterio, pues los uniformes pertenecian á los lanceros rojos de la Guardia, á quienes se tomó por ingleses, y que, observados por la caballeria ligera á menor distancia, reconocidos fueron como franceses y tratados como tales. Sin embargo, ninguna porcion de las tropas de Ney habia emprendido el movimiento. Por las inmediaciones se veia al primer cuerpo, que no habiendo peleado la tarde precedente y no estando siquiera trabajado por la fatiga, con su gefe el conde de Erlon habia tomado la posicion mas avanzada hácia los Cuatro Brazos. Napoleon envióle la orden de marchar sin

demora, y en persona corrió sobre los ingleses, que ya iban de retirada. Pero necesitaba hacer que desfilasen por un solo desemboque las tropas, y no eran muchas tres horas para que setenta mil hombres cruzaran el puente de Genappe, situado sobre el camino de Bruselas. Con todo, si el tiempo seguia hermoso, posible era llegar á las cuatro de la tarde á las cercanias de la selva de Soignes, frente á la posicion del Monte de San Juan y en actitud de dar batalla desde aquella hora hasta las nueve de la noche. Por desgracia la atmosfera se cargaba de nubes, y comenzaba una de las tempestades de verano, que por espacio de algunas horas dejan impracticables los caminos. A mayor abundamiento, Napoleon no se habia prometido tampoco dar alcance en el curso del dia á los ingleses, ni habia considerado una batalla delante de la selva de Soignes sino como un efecto de su voluntad plena, en la cual no convenia cifrar las esperanzas. Si realmente se decidian á la pelea, sin duda harian alto, y á otro dia se les tendria de frente, en lugar de tenerlos durante la actual jornada, lo cual no era de sentir por las tropas. Entre Marbais y los Cuatro Brazos, la caballeria ligera soltada á traves de los campos sobre la derecha de los franceses vió trigos derribados por el paso de tropas numerosas, y esto demostraba que un cuerpo prusiano habia echado por el camino de Tilly, que á lo largo del curso del Dyle conduce á Wavre. Semejante indicacion daba absolutamente por tierra con la suposicion de que hácia las margenes del Rhin se hubiesen retirado los prusianos, y no teniendo Napoleon á su lado al mariscal Soult en estos momentos, del gran ma-

risca! Bertrand se valió para dar al mariscal Grouchy una dirección mas positiva que la que le había señalado de viva voz dos horas antes. Le previno que se dirigiera á Gembloux, por estar sobre el camino de Wavre, y tener así la ventaja de mantener por la vieja calzada romana la comunicación con Namur y Lieja. Le recomendó igualmente que adquiriera buenas noticias hacia todos lados, y no olvidara un solo instante que, si podían estar en ánimo de separarse de los ingleses y de volver á los márgenes del Rhin, también podían tener voluntad de juntárseles para dar una segunda batalla en las cercanías de Bruselas, y que en todo caso tuviera siempre reunidas sus divisiones sobre una legua de terreno, y se hallara de continuo detrás de la huella de los enemigos para descubrir sus verdaderas intenciones, y sembrara el camino de puestos de caballería á fin de hallarse en comunicación con el cuartel general á todas horas.

Al recibir Napoleon al mariscal Ney en los Cuatro Brazos, de su propia boca supo sus vacilaciones durante esta mañana. Fuertemente afectado de resultados de los sucesos de la tarde precedente, el mariscal no se había atrevido á emprender el avance, creyendo siempre que á la totalidad del ejército inglés tenia encima, y no dió un paso hácia adelante, hasta que á la vista del conde de Lobau se empezaron á retirar los ingleses. Luego trató de buscar excusas á su lentitud, y Napoleon se limitó á dirigirle algunas observaciones, bien que exentas de toda amargura, por no agitarle mas de lo que estaba realmente. Sin embargo, los soldados, cuya sagacidad estaba muy al cabo de que había

algo de que reconvenir al *valiente de los valientes*, no dejaron de contar entre sí que el *Rougeot*, como llamaban al mariscal ilustre, había llevado una buena reprimenda. Con viva impaciencia aguardó Napoleon el de-file de las tropas á través de los Cuatro Brazos, aun no concluido á las tres de la tarde.

A esta hora poco mas ó menos, del cielo cargado de densas nubes empezaron á caer torrentes de agua, y una lluvia de verano como se ven pocas inundó repentinamente los campos circunvecinos. Algunos instantes despues quedó transformado el pais en un vasto pantano, impracticable así para los hombres como para los caballos. Obligadas se vieron las tropas de los diversos cuerpos de ejército á rennirse al punto sobre las dos calzadas empedradas, la de Namur y la de Charleroy, que se juntaban para no formar sino una en los Cuatro Brazos. Muy luego el atascamiento fué allí extraordinario, y confundidas en tropel espantoso marchaban las tropas de todas armas. Este espectáculo aflictivo eximia de toda pesadumbre por los retrasos de la mañana, pues, aun cuando se emprendiera el movimiento tres horas antes, tal desbordamiento del cielo interrumpiera de igual modo las operaciones militares, y tanto la mañana como la tarde redundaran en provecho de los ingleses, que teniendo intencion de esperar sobre la excelente posicion del Monte de San Juan á pie firme, no podían menos de sacar ventaja de cuanto dificultara el ataque.

Las tropas sacedianse en el órden siguiente: la caballería ligera de Subervic, los coraceros de Milhaud con algunas baterías de artillería montada, la



infantería de Erlon ó primer cuerpo, la de Lobau ó sexto cuerpo, los coraceros de Kellermann, la Guardia, y finalmente la infantería de Reille ó segundo cuerpo, que, muy empeñado en los Cuatro Brazos, á reponerse del rudo combate de la tarde anterior hubo de dedicar toda la mañana. Napoleón marchaba con la vanguardia que dirigia en persona. Forzoso era atravesar por la gran aldea de Genappe, donde se cruza el Thy, que va á desaguar en el Dyle algunas leguas mas abajo. A retaguardia habian puesto los ingleses su infantería para entorpecer la marcha de los franceses por medio de cargas dadas con oportunidad y arrojo, siempre que lo permitiera el terreno. Este descendia en las inmediaciones de Genappe, y despues de pasado el Thy se elevaba de nuevo, de forma que los franceses tenian enfrente á la retaguardia inglesa, vivamente acosada por su vanguardia. Ordenando por sí mismo todos los movimientos bajo una lluvia torrentosa, Napoleon mandó llevar hasta veinte y cuatro bocas de fuego, que sobre las columnas en retirada hacian horriblos disparos. Con prisa por alejarse pronto, los ingleses no se tomaban tiempo de responder con sus cañones, y sin devolverlas por consiguiente recibian balas, que abrian en sus masas vivas agujeros muy hondos. A la salida de Genappe los húsares ingleses cargaron á la caballería francesa, si bien fueron rechazados por los lanceros casi de seguida. Lord Uxbridge á su turno con los Guardias de á caballo se arrojó sobre los lanceros, y obligóles á volver caras. Entonces cayeron los coraceros sobre los Guardias de á caballo, y les forzaron á replegarse de prisa. A la vuelta de algunos minutos

ya estaba el camino cubierto de cadáveres y de heridos, siendo ingleses la mayor parte. Especialmente el cañon francés sembró la tierra de restos humanos repugnantes á la vista. Como dechado de valientes, el coronel Sourd se cubrió de gloria en estos diferentes choques; con el brazo segado á cuchilladas y medio separado del cuerpo obstinóse en permanecer á caballo; no se apeó sino para sufrir una amputacion dolorosa, que no disminuyó ni su ardimiento ni su arrojo, pues, apenas terminada volvió á saltar á la silla, y hasta bajo los muros de Paris se mantuvo al frente de su regimiento.

Durante estas cargas de caballería, ni un solo momento cesó Napoleon de dirigir la vanguardia. Lenta fué la marcha á pesar de todo, porque se rendian á la violencia de la tempestad así los ingleses como los franceses. Algunas horas no bastaron para descargar al cielo de las masas de agua contenidas por las nubes, y las tropas francesas habian caido en un estado lastimoso. No cabiendo todas en la calzada empedrada, menester fué que la infantería cediera el paso á la artillería y á la caballería, y se apartara á derecha é izquierda del camino, con lo cual se hundia en las blandas tierras de la Bélgica hasta media pierna; muy pronto ya no pudieron guardar la formacion los soldados, y cada cual marchó como quiso y le fué posible, siguiendo de lejos á la columna de artillería y de caballería, que se divisaba sobre la calzada empedrada. A la caída de la tarde se aumentaron los padecimientos con la duracion de la lluvia y la proximidad de la noche; así fué que se oprimieron los corazones, como si en aquellos rigores del cielo

vislumbraran un signo precursor de un desastre. Sin duda sirviera de consuelo la esperanza de dar alcance á los ingleses al cabo de esta penosa marcha en un terreno á propósito para la pelea, y para terminar las antiguas enemistades de las dos naciones. Pero se ignoraba de todo punto si iban á desaparecer entre las espesuras de la selva de Soignes, y á juntarse detrás de tan densa cortina á los prusianos.

Entre los heridos ingleses recojióse á un oficial perteneciente á la familia de lord Elphinston, y se le condujo á presencia de Napoleón, que le recibió con grandes contemplaciones, y con maña le hizo varias preguntas, esperanzado en sonsacarle el secreto del duque de Wellington con relacion á las operaciones, que estaba en posiccion de conocer sin duda. Noble y decorosa fué la respuesta de este oficial distinguido, manifestando á Napoleón que, prisionero de los franceses, no haria traicion á su pais en trueque de ser mejor tratado. Respetando Napoleón este sentimiento, á Mr. de Flahault encargó que se le prodigarán las mismas atenciones de que seria objeto el francés de mayor valimiento. Pero nada, ó casi nada supo relativamente á los designios del ejército inglés. A la caída de la tarde, siguiendo el camino de Bruselas por entre una llanura, extendida en numerosas ondulaciones, se llegó á una cumbre desde donde se divisaba todo el pais del contorno. Junto á la falda se estaba de la célebre posiccion del Monte de San Juan, y mas allá se descubria la umbrosa verdura de la selva de Soignes. Como los ingleses habian emprendido muy temprano la marcha, espacio tuvieron para asestarse perfectamente detrás de la posiccion esta,

donde la elevacion del terreno les eximia de parte de los padecimientos, que trabajaban á los franceses, y donde el servicio de viveres caramente pagados, les habia prevenido recursos en abundancia. Establecidos al respaldo de la altura del Monte de San Juan, casi no estaban á alcance de la vista. Además despues de la lluvia, una bruma densa envolvía el campo, anticipando así dos horas las tinieblas nocturnas. De consiguiente no era posible descubrir nada, y Napoleón continuaba en duda penosa, porque si los ingleses se metian por la selva de Soignes para atravesarla durante la noche, de presumir era que se irían á juntar á los prusianos detrás de Bruselas, y que acabaría por fracasar el plan de encontrarlos separadamente, con tanta felicidad realizado hasta ahora. Con efecto, difícil era á todas luces trasladarse mas allá de Bruselas para combatir á doscientos mil enemigos valientes y apasionados, sin mas que cien mil soldados, heróicos sin duda, bien que reducidos á figurar uno contra dos en la batalla, particularmente considerando que á ciento cincuenta leguas y sobre la derecha de los franceses, avanzaba la gran columna de los austriacos y de los rusos. Devorado por la zozobra, que se derivaba de situacion semejante, con el fin de disiparla al golpe, Napoleón dispuso que se desplegaran los coraceros de Milhaud é hicieran fuego con su artillería toda. Habiéndose ejecutado esta maniobra de seguida, los ingleses destaparon unas cincuenta bocas de fuego, y con balas cubrieron de tal modo la hondonda que les separaba de los franceses. Entonces Napoleón apeóse del caballo, y seguido únicamente de dos ó de tres oficiales, se puso á estudiar en per-

sona la posición elegida por el ejército británico según las apariencias. A cada instante oía las balas de cañón sumirse pesadamente en el espeso lodo, que hacían saltar por todos lados. Ante este espectáculo tranquilizóse de parte de sus inquietudes, pues de un cañoncito tan rápido y extendido vino á inferir que no tenía delante una simple retaguardia, establecida á la revuelta de un camino, con el fin de retener á sus perseguidores, sino á todo un ejército en posición y cubriéndose con todos sus fuegos. Ya por tanto casi no dudaba de la batalla, y sobre su corazón tan abrumado de desvelos, solamente quedaba la incertidumbre de sus azares. ¡Sobrado era para el corazón más enterol! Y tal confianza tenía en su habilidad y en el denuedo de sus soldados, que solo pedía á la Providencia una batalla, tomando de su cuenta hacerla parar como otras veces en victoria!

Adquirida esta prueba de la presencia de los ingleses, al punto ordenó al general Mihalud que replegara sus coraceros, á fin de proporcionarles el descanso de que tenían tanta necesidad para la formidable jornada del día siguiente. Luego, dejando su estado mayor á la espalda, se fué á explorar la falda de la altura ocupada por los ingleses. Acompañado del gran mariscal Bertrand y de su primer paje Gudta anduvo largo tiempo, con el fin de enterarse bien de la posición, que muy pronto había de ser regada con tanta sangre. A cada paso hundíase mucho en el lodo, y para salir del atasco se apoyaba alternativamente en el brazo del gran mariscal ó en el del joven paje, y después enfilaba sobre los ingleses el pequeño antejo que llevaba en el bolsillo. No haciendo el menor caso de

las balas que caían alrededor suyo, con todo, por un instante le sacó de sus preocupaciones la vista del mancebo de diez y siete años, que ejercía á su lado las funciones de paje, y cuyo padre, á quien tuvo estimación suma, había sucumbido en Valoutina.—Amigo, le dijo, tú nunca has asistido á fiestas de esta clase. Rudo es el estreno, pero así tu educación será pronta.—Digno hijo de su padre solo atendía á la sazón como el gran mariscal Bertrand, al señor á quien servía celoso; pero delante de Napoleón nadie osara á manifestar cosa parecida á miedo, ni aun por su persona, y así este reconocimiento practicado con los pies dentro de un hondo barrizal y con la cabeza bajo las balas, se prolongó hasta muy cerca de las diez de la noche. Napoleón, que nada hacía en balde, lo prolongó tanto solo con el fin de ver por sus propios ojos á los ingleses establecer sus vivaques. Pronto iluminaron el horizonte mil hogueras encendidas con la leña de la selva de Soignes. No menos mojados los ingleses que los franceses, se aplicaron por la noche á secar sus ropas y á condimentar sus alimentos. Según Napoleón ha escrito con tanta grandeza, *el horizonte semejó un vasto incendio*, y estas llamas, que no le presagiaban á la sazón más que el triunfo, le llenaron de una satisfacción bien ilusoria por su desgracia.

Montando nuevamente á caballo, Napoleón volvió á la hacienda ó quinta llamada *del Caillou*, donde había establecido su cuartel general. Para el día siguiente anunció una batalla decisiva, que á su decir iba á salvar ó perder á Francia. A todos sus generales previno que se apercibiesen á ella. Entre las órdenes distintas, ninguna había más

apremiante que la destinada al mariscal Grouchy, pues nada más inconveniente que dejarle vagar á la aventura en semejantes circunstancias, y como se hallaba distante cuatro ó cinco leguas, sobremano importaba despacharle sus instrucciones de seguida, con el fin de que las recibiese en tiempo oportuno. A eso de las diez de la noche le expidió Napoleón cuantas instrucciones requería la situación examinada bajo todas sus fases.

Grouchy había recibido la comisión de perseguir á los prusianos, para completar su derrota, estar á la mira de sus empresas, y mantenerse de continuo, y cualesquiera que fuesen sus designios, entre ellos y los ingleses como una impenetrable muralla. ¿Qué eventualidades había que prever en situación de tal especie? Según á la vista de los fugitivos y de los cañones cogidos en el camino de Namur, se supuso un instante que los prusianos habrían podido ganar á Lieja, para unirse á las márgenes del Rhin con los otros ejércitos aliados; ó también ganar por Gembloux y Wavre el camino que atraviesa la extremidad oriental de la selva de Soignes, para juntarse á los ingleses más allá de Bruselas; ó tal vez hacer alto dentro de Wavre, á lo largo del Dyle, sin meterse en la espesura, con el designio de incorporarse delante de la selva á los ingleses. Ninguna de estas suposiciones tenía visos de alarmante, ni aun la postrera de todas, si el mariscal Grouchy no perdía el seso, cosa que nunca le había sucedido hasta entonces. A la vista saltaban las instrucciones para estos diversos casos, como nacidas de la naturaleza de las cosas, y Napoleón, que no las sacaba de otros datos, con extrema precisión trazóselas al mariscal Grouchy en

el despacho que le fué dirigido bajo esta forma.— Si los prusianos han tomado el camino del Rhin, ya no tenéis que ocuparos con ellos, y bastará que en su seguimiento dejéis mil caballos, para adquirir la seguridad de que no revolverán sobre nosotros. Si por el camino de Wavre han tomado la dirección de Bruselas, también será suficiente que destaquéis detrás de su huella unos mil caballos, y así en este segundo caso como en el primero, os replegareis con todas las fuerzas hacia nosotros, para coadyuvar á la ruina del ejército inglés. Si finalmente los prusianos han hecho alto delante de la selva de Soignes, en Wavre ó en otro punto, necesario es situarse entre ellos y nosotros, y ocuparlos y contenerlos, y destacar una división de siete mil hombres para coger de revés el ala izquierda de los ingleses.— Estas instrucciones no podían ser otras, aun cuando el genio militar no rayara á tan magna altura ni sobresaliera por lo seguro. Cuanto se sabía de la situación no requería más instrucciones que las de dejar algunos exploradores en seguimiento de los prusianos, ya hubiesen tornado á ganar las márgenes del Rhin ó ya se hubiesen metido por la espesura de la selva de Soignes hacia Bruselas, y en ambos casos unirse á Napoleón con la totalidad del ala derecha, ó bien, si en Wavre habían hecho alto, ocuparlos y mantenerlos á distancia del terrible desafío que entre el ejército francés y el ejército británico se iba á empeñar de seguida, y destacar en tal caso siete mil hombres, para coger el ala izquierda de los ingleses por la espalda. Tampoco era dudoso que estas instrucciones llegarían á su destino de forma que pudieran ser oportunamente ejecuta-

das. A la sazón eran las diez de la noche: aun suponiendo que el oficial portador de ellas no se pusiera en camino hasta las once, cuando mas tarde llegaría á las dos de la madrugada á Gembloux, donde se debia hallar el mariscal Grouchy, segun todas las presunciones. Con efecto, de la quinta del Caillou á Gembloux, siguiendo siempre la calzada empedrada de Namur, y dejándola en Sombrèffe para tomar la de Wavre, no habia mas que siete ú ocho leguas metricas de distancia, á la par que solo cinco se contaban por via recta. Ciertamente un hombre á caballo debia trasponer este espacio en menos de tres horas. Recibiendo las instrucciones á las dos de la madrugada, ya á las cuatro podia el mariscal Grouchy emprender desde Gembloux su movimiento, y hallarse muy cerca de Napoleon al tiempo de comenzar la batalla, pues ya descuidase á los prusianos en camino á las márgenes del Rhin ó hacia Bruselas, ya les siguiera hacia Wavre y enviara al Monte de San Juan un solo destacamento, solo tenia que andar unas cinco ó seis leguas con su cuerpo de tropas (1).

(1) Sobre la existencia de esta orden ha habido gran disputa. El mariscal Grouchy declaró que no llegó á sus manos, y lo admitimos sin réplica alguna, porque lo afirma así ante todo, y además porque es muy verosímil á todas luces, pues viajando de noche entre patrullas enemigas podian ser cogidos los oficiales, y tambien podian llevar á los generales ingleses ó prusianos los partes destinados á los generales franceses, como hubo triste ejemplo en esta campaña. Pero si damos crédito al mariscal Grouchy, mas sospechoso con mucho que Napoleon en tal debate, por la necesidad que tenia de justificar una gran falta, no vemos por qué no se ha de creer tambien á Napoleon, el cual en las dos versiones procedentes de

Así que estas órdenes fueron despachadas, Napoleon tomó á media noche algunos instantes de descanso, como lo tenia de costumbre cuando estaba empeñado en grandes operaciones; y profundamente durmió la vispera del dia mas terrible de su

Santa Elena, ha afirmado la existencia de la orden en cuestion del modo mas terminante, y con detalles minuciosos hasta lo sumo. De ningún modo admitimos que una version llegada de Santa Elena sea necesariamente una verdad, pero tampoco admitimos que sea necesariamente una mentira. Así aceptamos la asercion del mariscal Grouchy, pues si le hemos visto alterar á menudo en esta polémica los hechos, por la necesidad de justificarse, no le creemos á pesar de todo capaz de mentir á sabiendas, ni de negar el hecho material de una orden recibida. Y creemos en la verosimilitud á mayor abundamiento; de suerte que si el mariscal Grouchy hubiera recibido la orden, inmediatamente la hubiese ejecutado, pues se necesitara que fuera un traidor ó un loco para proceder de otra manera, y nunca fue lo uno ni lo otro. Pero si aplicamos estas reglas de moralidad y de verosimilitud al testimonio del mariscal Grouchy, si á pesar de estar alteradas muchas circunstancias en sus relaciones, por error de memoria ó por la apremiante necesidad de crearse excusas, no admitimos que haya podido mentir sobre el hecho material de una orden recibida, si adoptamos la verosimilitud de que naturalmente ejecutara la orden en el caso de haberle llegado, no vemos por qué no se han de aplicar á Napoleon las mismas reglas. Afirmar tan positivamente en Santa Elena, y afirmar con tanta puntualidad y tantos detalles el envío de una orden no enviada, es una mentira tal, que por nuestra parte no la admitimos como posible. Y aqui hay que apelar á la verosimilitud de nuevo; francamente suponer que en aquella noche, Napoleon, que era la misma vigilancia y se hallaba en visperas de la batalla mas decisiva de su vida, no habia de haber dado ninguna orden á su derecha, llamada á representar un papel de tanta monta, no es mas ni menos que suponer lo

existencia y uno de los mas funestos que han lucido jamás sobre Francia.

Tales como las apeteeia Napoleon eran las disposiciones de los generales enemigos, bien que ni por asomo sospechaba cuál iba á ser el resultado de sus deseos al demandar á la Providencia que

imposible. El príncipe mas enervado y mas estúpido de Oriente no incurriera en semejante desecido. ¿Cómo se le ha de atribuir al mas vigilante y al mas activo entre todos los capitanes? Además hay otra prueba moral, y si es posible, mas concluyente. Si Napoleon hubiera inventado esta orden para justificarse en Santa Elena de un desecido tan absolutamente incomprensible, sin duda la inventara de otro modo. En lugar de fundarla sobre la ignorancia en que se hallaba el 17 de junio por la noche del paradero de los prusianos, en lugar de decir que se limitó á pedir á Grouchy un socorro de siete mil hombres, sobre los hechos conocidos posteriormente calcará su orden mentirosa, y se jactará de haber prescripto á Grouchy que pasara el Dyle con todas sus fuerzas, para irse á situar entre los prusianos y los ingleses. La asercion de Napoleon, tan modesta que solo consiste en atribuirse una orden fundada sobre dudas, y que habria derecho de considerar insuficiente, si lo hubiera podido saber todo, á nuestro juicio demuestra de un modo irrefragable, que no menta en Santa Elena, y que tampoco se atribuía sino lo que habia prescripto realmente. Asi no admitimos que no expidiera ordenes á Grouchy durante la tal noche, y suponiéndolas despachadas, nos parecen únicas verdaderas las conocidas por su testimonio y fundadas en sus escusas no ícias de entonces, y pensamos además que, de haber mentido, lo hiciera mas completamente y mas en su ventaja. Por tanto damos crédito á Napoleon y á Grouchy en su doble aserto, muy explicable, de una orden expidida y de una orden interceptada. Ciertamente la sana crítica no consiste en dar por seguro que siempre dicen verdad los actores, pero tampoco estriba en suponer que hablan siempre mentira.

aún le concediera una batalla. Lord Wellington, despues del combate de los Cuatro Brazos, en Genappe habia hecho alto y establecido su cuartel general la noche precedente. No habiendo recibido noticia alguna del mariscal Blucher, ora porque éste se hallara descontento de no haberle llegado mas activos socorros, ora porque su tremenda caída del caballo no le permitiera cumplir con sus deberes, el general británico supuso que habian quedado vencidos los prusianos, y particularmente al divisar centinelas francesas en todas partes, lo mismo hacia los Cuatro Brazos que sobre la calzada de Namur. Con efecto, se debieran haber retirado los franceses, sino hubiesen conseguido una victoria que les permitiera ocupar una posición tan avanzada. De consiguiente el duque de Wellington abrazó el partido de replegarse al Monte de San Juan, sobre el lindero de la selva de Soignes, muy resuelto á batirse en la posición aquella, que habia estudiado bien á fondo, con la prevision de una batalla decisiva y dada bajo los muros de Bruselas, para la conservacion del reino de los Países Bajos. Con todo, no queria dar esta batalla defensiva, por mas que la posición le pareciera excelente, sino á condición de ser apoyado por los prusianos. Asi despachó un oficial á Blucher para saber de fijo si podria contar con su ayuda.

Mientras pasaban estas cosas del lado de los ingleses, el anciano é inflexible Blucher, á pesar de salir maltratado en Ligny, no se daba por vencido de ningún modo, y al dia siguiente ó de allí á dos dias pensaba renovar la lucha, tan luego como hallara un puesto favorable para sus desgenios. Lejos de ocurrirle ni por asomo alejarse del

teatro de las hostilidades, yendo á las márgenes del Rhin á esperar á los austriacos y á los rusos, allí trataba de permanecer á todo trance, sin pasar mas allá de la selva de Soignes, y decididísimo en union de los ingleses ó solamente con sus prusianos á dar batalla, y no detrás, sino delante de Bruselas. Con este proyecto se replegó en dos columnas hácia Wavre, allegando á las órdenes de Bulow su cuarto cuerpo de tropas, que durante la batalla de Ligny estaba en marcha. Ziethen y Pirch I, despues de combatir entre Ligny y Saint-Amand, y de hallarse los mas avanzados sobre la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, se retiraron por Tilly y el Monte de San Guiberto, siguiendo la margen derecha del Dyle, durante la noche del 16 al 17 de junio. Thielmann, no habiendo pasado de Sombreffe, al punto retrocedió por el camino de Gembloux, y dióse la mano con Bulow procedente de Lieja. Mas tarde ó mas temprano, y á uno ú otro lado del Dyle, todos fueron á tomar posicion la noche del 17 de junio en torno de Wavre. Blucher dedicó el resto del dia á proporcionarles algun descanso, á reponer las municiones consumidas, á reunir víveres y á atraer á sí una porcion de fugitivos al amparo de su caballería, y que la francesa aprisionara por miles, si estuviera mejor gobernada. Sabedor de las intenciones del duque de Wellington, le respondió que el 18 de junio estaria en el Monte de San Juan, esperando que, si los franceses no atacaban este dia, se les acometeria al siguiente. Noble y patriótica intrepidez en un viejo de setenta y tres años!

Resueltos estaban, pues, los dos generales enemigos á dar batalla el 18 de junio delante de la

selva de Soignes, despues de juntarse por virtud de un movimiento de flanco, que el mariscal Blucher debia ejecutar á lo largo de la selva, si los franceses le daban lugar y medios de llevarlo á remate.

Naturalmente al mariscal Grouchy incumbia la comision y la facultad de impedirlo á toda costa. Con el mapa del pais á la vista, se comprende que su papel era facil de todo punto, aun teniendo que maniobrar delante de ochenta mil prusianos, sin mas que treinta y cuatro mil franceses. Habiéndose apoderado Napoleon de súbito de la gran calzada de Namur á los Cuatro Brazos, por donde se hubieran podido juntar los ingleses y los prusianos, á retroceder se vieron obligados unos y otros; por el camino del Monte de San Juan los primeros, y por el de Wavre los segundos. Estos dos caminos cruzan la vasta selva de Soignes, que envuelve á Bruselas, segun ya hemos dicho, del suroeste al nordeste, y en la misma ciudad se juntan ambos. Al perseguir Napoleon al duque de Wellington hácia el Monte de San Juan, y al deber Grouchy dar caza á Blucher hácia Wavre, como á cuatro leguas medidas por el aire marchaban uno de otro. No tenia Grouchy que andar mas camino para incorporarse á Napoleon que Blucher para unirse á Wellington. Además, partiendo Grouchy del lado de Napoleon y llevando órden de estar con el cuartel general en comunicacion constante, si no perdia la pista de los prusianos, uno de estos dos resultados habia de lograr por fuerza, ó situarse entre ellos y Napoleon y retardar su llegada, para dar lugar á que fueran batidos los ingleses, ó cogerlos de flanco mientras aspiraban á llevar al

ejército británico su ayuda, si no los había podido obstruir el camino. No dar con ellos, no descubrirlos siquiera en tan agosto espacio, á la verdad sería un milagro, un milagro de desventura, que no se podía suponer de ningún modo. Para cumplir su comision mas indicada, la de situarse entre los ingleses y los prusianos, Grouchy tenia á su favor una circunstancia local de las mas felices. A Napoleon separaba de Grouchy, como á Wellington de Blücher el Dyle, riachuelo de escaso caudal sin duda, bien que sus márgenes son de muy fácil defensa, corriendo de Genappe hacia Wavre. Sin mas que seguir al pie de la letra sus instrucciones, por las cuales se le prescribia estar siempre en comunicacion con el cuartel general por su izquierda, Grouchy podia trasladarse al Dyle, y cruzarlo al punto, y poner así el rio entre sus fuerzas y las de los prusianos, y disputarles el paso, á fin de impedir su llegada al Monte de San Juan en tiempo oportuno; y si le habian precedido en trasportar su corriente, aun le quedaba el arbitrio de sorprenderlos en su marcha de flanco, y atravesárselos de por medio antes de que se unieran al duque de Wellington sus tropas. Con el ascendiente de la victoria de Ligny y con la sorpresa de flanco bastaba para compensar la desigualdad del número, y para proporcionar á Grouchy, ya que no el medio de vencer, á lo menos el de ocupar á los prusianos, y hacerles llegar demasiado tarde á la cita común de Waterloo.

A la verdad, para no perder tiempo y seguir continuo los movimientos de los prusianos, se necesitara conocer ó sospechar á lo menos la direccion que habian preferido, de modo de no correr

tardamente detrás de su huella. Pero tan escasas eran las suposiciones que se podian hacer en tal coyuntura, tanta facilidad habia de comprobarlas con los trece regimientos de caballeria que Grouchy tenia á la mano, y para esto se necesitaba recorrer tan cortas distancias, que sin dificultad alguna se podia volver á ganar el tiempo que se hubiese perdido en falsas investigaciones. Si los prusianos vencidos en Ligny se retiraban por Lieja á las márgenes del Rhin de contado, no habia mas que dejar detrás un destacamento de caballeria, y no pasar ya ninguna zozobra; si marchaban hacia Wavre para combatir delante ó detrás de la selva de Soignes, solo podian tomar dos caminos, por Tilly y el Monte de San Guiberto el uno, y por Sombreffe y Gembloux el otro, y conduciendo á Wavre ambos. Tres reconocimientos practicados por la caballeria, uno sobre Namur y los otros dos hacia Wavre, á la vuelta de algunas horas debian poner al cabo de todo, y Grouchy, que se habia separado de Napoleon á las once de la mañana, bien podia estar enterado de la verdad á las tres de la tarde, y de las cuatro á las nueve hallarse muy cerca de Wavre, si tomaba este rumbo, ó sobre la margen del Dyle, si cruzaba su curso, como era preferible, para mantener con Napoleon una comunicacion mas estrecha.

Nada de esto habia ejecutado el mariscal Grouchy en todo el dia. Con buen golpe de vista, y con vigor sobre el terreno, faltó se mostraba de discernimiento para la direccion general de las operaciones, y particularmente carecia de la sagacidad de un oficial de vanguardia, encargado de explorar los movimientos de un ejército enemigo. Así nó



envió ningun reconocimiento sobre su izquierda, de Tilly al Monte de San Guiberto, por donde Ziethen y Pirch I se habian retirado; tampoco enviólo por su derecha sobre Gembloux, y al separarse de Napoleon en Sombreffe, como un atolondrado corrió hacia la parte de Namur, donde tuvo noticia de que Pajol habia capturado fugitivos y cogido algunos cañones.

Mientras en esta direccion galopaba inconsideradamente, le llegaron á decir que, batiendo su caballeria el campo durante la mañana, en gran número habia divisado á la parte de Gembloux á los prusianos, que al parecer marchaban hacia Wavre. Al mismo tiempo recibió igual noticia con el despacho, que por mano del gran mariscal le habia dirigido Napoleon desde Marbais, y entonces lanzóse á toda carrera sobre Gembloux, mandando que su infanteria le siguiera á paso acelerado. Esta infanteria, compuesta de los cuerpos de Gerard y de Vandamme, no habia emprendido el movimiento sino de tres á cuatro de la tarde. Ciertamente con este retraso habia conseguido reponerse algun tanto de las fatigas de la anterior jornada; pero valiera mas haberla encaminado desde medio dia sobre Gembloux, donde se hallara convenientemente, situada para todas las eventualidades, pues dentro de Gembloux se hallara á la par sobre el camino recto de Wavre, y en comunicacion con Lieja por la antigua calzada romana. Así tuviera la ventaja de llegar á Gembloux antes de estallar la tempestad extendida por todas las llanuras de Bélgica á eso de las dos de la tarde, y á mayor abundamiento en aptitud de aproximarse á Wavre, despues de descansar dos ó tres horas, si

nuevos indicios llegaban á marcar tal direccion como preferible de una manera definitiva.

En Gembloux las gentes del pais señalaron á Wavre como el verdadero punto de retirada del ejército prusiano, y en sus noticias habia tal uniformidad que fijamente decidieran á otro espíritu menos vacilante que el del mariscal Grouchy. Pero como Bulow llegaba por el camino de Lieja, como de resultas habia material sobre este camino, se le aumentaron las perplejidades, y ya no supo qué suposicion tenia visos de mas fundada. Tanto en la guerra como en la política los indicios perturbaban la mente á causa de su multiplicidad misma, si no los sabe combinar y armonizar una razon sagaz á la par que firme. Lo mas obvio de suponer á todas luces era que los prusianos se iban á juntar á los ingleses, para combatir en union de ellos delante ó detrás de la selva de Soignes; lo de que volviesen á las márgenes del Rhin se presentaba menos probable que todo; y bajo ningún aspecto se podría suponer que se dividieran en estas dos direcciones. Sin embargo, esta última suposicion fué la que el mariscal Grouchy tuvo por segura, bajo la influencia del doble rastro observado sobre el camino de Wavre y sobre el camino de Lieja, doble rastro que se explicaba facilmente, pues, teniendo los prusianos hacia Wavre la cabeza y hacia Lieja la cola, por necesidad habian de dejar vestigios de su paso en los dos puntos. Al mariscal debió además decidir en la eleccion suya otra razon muy poderosa. Aun cuando al dirigirse á Wavre padeciera engaño, no resultaba un mal de gran bulto, porque se dejaba á los prusianos ganar las márgenes del Rhin sin ir en su seguimiento, pero tam-

juntarse á los prusianos detrás de Bruselas. A la verdad, tan reconocido estaba por todos los generales europeos el gran peligro de las batallas en su contra, tan evidente resaltaba este peligro para los ingleses, que tenían á su espalda una selva inmensa, por entre cuya espesura sería sumamente difícil la retirada, y por el contrario tan seguro juego ofrecía su reunión á los prusianos detrás de la selva de Soignes, que no concebía cómo los ingleses se determinaban á esperarle á pie firme. Así raciocinaba por no tomar en cuenta dos violentas pasiones, el odio del general prusiano, la ambición del general británico. Efectivamente, el primero estaba pronto á pagar con su vida la ruina de Francia; el segundo aspiraba á terminar por sí la querrela de Europa con los franceses, y á que le cupiera la principal honra. No obstante, Napoleón dudaba siempre, y á pesar de llover de nuevo, otra vez tornó á empezar con dos ó tres oficiales el reconocimiento, que algunas horas antes había prolongado ya tanto. Aun se hallaba mas reblandecida la tierra y había mas hondos barrizales que á primera noche. Por mas que dificultara el ataque de un ejército en posición tan fatal circunstancia, Napoleón se regocijó mucho al divisar las hogueras de los vivaques ingleses. De un extremo á otro resplandecían sobre este campo de batalla, y así daban perenne testimonio de la presencia de los enemigos. Durante un momento perturbó á Napoleón el ruido de un coche sobre su izquierda, en dirección del Monte de San Juan; pero aquel ruido cesó muy luego, y de vuelta del campo inglés los espías no dieron lugar á incertidumbre sobre la resolución del duque de Wellington de dar batalla.

Napoleón mostróse asombrado á la par que muy satisfecho, y ya desde la primera luz del alba no pudo abrigar la mas leve duda, porque, si el general británico tratara de emprender la retirada, no aguardara á que fuera de día para meterse por la espesura de la peligrosa y larga selva de Soignes, teniendo encima á su formidable contrario.

Mientras practicaba este reconocimiento, Napoleón recibió el parte que el mariscal Grouchy le había enviado desde Gembloux á las diez de la noche, y en que le anunciaba la posición tomada entre las dos direcciones de Lieja y de Wavre, si bien con propensión á preferir la postrera, para mantener á los prusianos separados de los ingleses. Aunque tuvo por medíocre la conducta del mariscal, y por mal empleado de todo punto un día de persecución en que se habían andado solo dos leguas y media, no obstante consolose Napoleón al ver que Grouchy propendía á marchar á Wavre, y que estaba al parecer persuadido de que lo esencial de su papel consistía en mantener separados de los ingleses á los prusianos. Se tranquilizó al considerar que, con emprender Grouchy el movimiento entre cuatro y cinco de la mañana, ya á las diez se podría encontrar á su lado, y ejecutar así las instrucciones expedidas desde el cuartel general aque- la noche, y por las que le prevenía que siguiera hacia Wavre á los prusianos, y le destacara una división de siete mil hombres. No haciendo posible el estado del terreno, por donde habían corrido las aguas del cielo durante doce horas consecutivas, que se diera una batalla antes de las diez de la mañana, con que Grouchy apareciera á esta hora ó algo mas tarde con el total ó

una parte de sus tropas sobre la izquierda de los ingleses, lijamente habria de sobra para alcanzar grandes resultados. Para ir mas sobre seguro, Napoleón hizo que se le despachara en el instante, es decir, á las tres de la madrugada, un duplicado de la orden expedida á las diez de la noche. Berthier tenia la costumbre de expedir varias copias de una orden misma por conducto de oficiales diferentes, á fin de que de tres ó cuatro llegara cuando menos uno: como nuevo en este oficio, aun el mariscal Soult no habia tomado precaucion semejante. Pero dos expediciones, hechas una á las diez de la noche y otra á las tres de la madrugada, sin duda se podian tener por suficientes, y en camino muy practicable, dado que el oficial portador de un parte expedido á las diez de la noche por Grouchy, á las dos de la madrugada lo habia entregado á Napoleón en propia mano.

Tranquilizado sin quedar muy satisfecho, solo anhelaba Napoleón una cosa, que mejorase el tiempo de forma que hiciera posibles las maniobras de la artillería. En reconocimientos se pasó el resto de la noche, volviendo á la quinta del Caillon de vez en cuando, para secarse á una gran lumbre. A las cuatro de la mañana ya era de día y empezaba á aclarar el cielo. Muy pronto un rayo de sol iluminó todo el horizonte, traspasando una densa banda de nubes, y la esperanza, la engañadora esperanza, penetra en el corazón agitado de Napoleón al punto. Se lisongeo de que la aparicion del sol desvanecería las nubes, y de que, cesando la lluvia, practicable estaria el terreno para la artillería á la vuelta de algunas horas; dentro de cinco ó seis, segun lo declaró el general Drouot después de

consultar á los oficiales del arma, y gracias á ser la estacion de verano, si no seco del todo, al menos se hallaria el suelo bastante firme para aguantar las piezas de todos calibres. Efectivamente, el cielo comenzó á aparecer mas claro, y Napoleón se hubo de revestir de paciencia, aunque bien ageno de que así, no solo daba lugar á la llegada del sol, sino tambien á la de los prusianos.

No pareciendo que fuese ya de temer la lluvia, á cosa de las ocho llamó á sus generales, los sentó á su mesa, donde le acababan de servir un frugal almuerzo, y con ellos discutió el plan de la batalla que se iba á dar á los ingleses. Desde la cumbre de un cerro elevado habia descubierto perfectamente la configuracion del terreno, así como la distribucion de las fuerzas enemigas, y trazado llevaba ya en su mente el modo de dar el ataque, de forma de manifestarse confiadísimo en el resultado de sus combinaciones. Como habituadísimo el general Reille á pelear contra los ingleses, y conservando de su solidez una impresion que habia dañado mucho á las operaciones en los Cuatro Brazos, ahora contrajo el mérito de hacer á Napoleón oír muy útiles verdades. Así le dijo, que los ingleses, mediocres en la ofensiva, para la defensiva eran superiores á casi todos los ejércitos de Europa, y que por lo tanto convenia vencerlos mas bien con maniobras que por medio de directos ataques.—Ya sé que es muy difícil batir en posicion á los ingleses, respondió Napoleón, *por eso voy á maniobrar*. —Efectivamente pensaba juntar las maniobras al empuje de los ataques, y no conceptuaba que los ingleses pudieran resistir á la manera con que serian acometidos.—A nuestro favor tenemos *noven-*

ta probabilidades de ciento.—Apenas acababa de pronunciar Napoleón estas palabras, cuando entró Ney de pronto, y le dijo que le asistiría razón si los ingleses se mantuviesen en espera, mas que á la sazón emprendían la retirada. Ningun crédito dió Napoleón á la noticia, replicando que, si retirarse fuera su desígnio, de cierto no aguardaran al día. Esta razón no tenía réplica alguna. Sin embargo, Napoleón montó á caballo para enterarse de los sucesos, y tras de reconocer que se mantenían en posición los enemigos, se puso á dictar su plan de ataque, transcrito por los oficiales para ser comunicado al punto á los gefes de todos los cuerpos de tropas.

Llegado es el momento de describir este campo de batalla, teatro de una de las acciones mas sangrientas del siglo, y la mas desastrosa á la par que la mas heroica de la historia de Francia. Alto habian hecho los ingleses encima de la meseta del Monte de San Juan, que extendiéndose como dos leguas de derecha á izquierda, y declinando hacia donde estaban los franceses en pendiente suave, así daba nacimiento á un vallecillo, que separaba las dos huestes. Detrás de aquella planicie y sobre un espacio de muchas leguas ostentaba la selva de Soignes su umbrosa verdura. Para estar á resguardo de la artillería francesa, se mantenían los ingleses al respaldo de la meseta ó planicie, y sobre el mismo borde no asomaban mas que algunas baterías bien montadas y con excelente custodia. A lo largo de la planicie, y por decirlo así, en la misma ladera, un camino de travesía hacía la aldea de Ohain á la derecha de los franceses, y hacia la de Merbe-Braine á su izquierda, con vallados de ar-

bustos en algunos sitios, y muy encajonado en otros, presentaba una especie de fosó, que cubría la posición de los ingleses, y que semejava construido para la presente coyuntura. Pasando sucesivamente por mas abajo de las quintas de Papelotte y de la Haye, y luego al pie de la aldea de Ohain se extendía el valle, por el cual estaban los dos ejércitos separados, y descendiendo venía á ser lecho de un arroyo afluente del Dyle, y se ensanchaba hacia la pequeña aldea de Wavre, que se podía con anteojo divisar como á tres leguas y media de distancia sobre la derecha de los franceses. A su izquierda, y descendiendo el mismo valle en sentido opuesto y rodeando la posición del enemigo, al riachuelo llamado Senne llevaba las aguas de las próximas vertientes. De este modo la distribución de las aguas entre el Senne y el Dyle se efectuaba desde una especie de terraplen, que iba de los franceses á los ingleses, y sobre el cual se desarrollaba la gran calzada de Namur á Bruselas. Después de cruzar la meseta del Monte de San Juan se confundía esta calzada con el camino de Nivelles, que se divisaba guardado de árboles frondosos hacia la izquierda de los franceses, y así el Monte de San Juan era el punto de empalme de las dos principales calzadas empedradas. Con efecto, por estas dos grandes calzadas todas las partes del ejército británico, tanto las que tuvieron tiempo de acudir á los Cuatro Brazos, como las que solo pudieron llegar á Nivelles, se habian juntado para formar á las órdenes del duque de Wellington la masa encargada de disputar á los franceses el camino de Bruselas. Algo mas allá del Monte de San Juan, y á la entrada de la selva de Soignes, se en-

contraba la aldea de Waterlón, que dió su nombre á esta batalla, por escribir y datar allí el general inglés sus despachos.

Establecidos se hallaban los ingleses sobre la planicie del Monte de San Juan y á los dos bordes de la calzada de Bruselas. En campaña habia entrado el duque de Wellington con noventa y ocho mil hombres, de los cuales perdió seis mil en los combates de los dias anteriores. A Hall habia enviado un destacamento, que no bajaba de quince mil hombres, siempre temeroso de ser rebasado por su derecha, esto es, hácia el mar, cuidado que no cesó de desvelar su mente, y no digno de su discernimiento militar segun el semblante ya visible de las cosas. Descontando asimismo otros varios destacamentos, en el Monte de San Juan tenia setenta y cinco mil soldados ingleses, belgas, holandeses, hanoverianos, nassauvianos y brunswickerses. A su derecha, delante de Merbe-Braine, entre las dos calzadas de Nivelles y de Charleroy, habia situado á los Guardias ingleses, y además á la division de Alten, compuesta de soldados británicos y alemanes. Detrás y como apoyo se hallaba la division de Clinton, dispuesta en columna cerrada y profunda. Destacada de la division de Colville, la brigada inglesa de Mitchell ocupaba la extrema derecha. Por consiguiente esta ala se hallaba compuesta fuertemente, á causa de las dos calzadas de Nivelles y de Charleroy, de cuyo punto de interseccion se hallaba en custodia, y además tenia en segunda línea el cuerpo de Brunswick con gran parte de la caballería aliada. Por última y bien inútil precaucion, á tres cuartos de legua de distancia, en la aldea de Braine-l'Allend, habia apos-

tado el duque de Wellington á la division anglo-holandesa de Chassé, siempre con la idea de precaver el peligro de ser rebasado por su derecha. En su centro, es decir, sobre la gran calzada de Charleroy á Bruselas, y en el punto de su desembocadura á la planicie, habia levantado una estacada. Sobre la misma calzada habia puesto muy escasa gente, como que para defenderla bastaban las tropas acumuladas á derecha é izquierda. Solo habia dejado de reserva á la brigada inglesa de Lambert hácia el Monte de San Juan y un poco á la espalda. A su izquierda, frente por frente de la derecha francesa, habia establecido á la division de Picton, compuesta de las brigadas inglesas de Kempt y de Pach, y de las brigadas hanoverianas de Best y de Vincke, parte emboscada en el camino de travesía de Ohain, parte mas atrás y alineada en masa. Finalmente la division de Perponcher formaba su extrema izquierda, y por la aldea de Ohain se daba la mano con las tropas de Nassau. Mas débil habia quedado esta ala izquierda, porque el duque de Wellington contaba con que la llegarían á reforzar los prusianos. Distribuidas se hallaban las masas de caballería al respaldo de la planicie, y casi ocultas á la vista de los franceses.

También delante de su posición habia ocupado el duque de Wellington algunos puestos destacados. A su derecha y enfrente de la izquierda francesa, allí donde la planicie del Monte de San Juan comienza á formar hácia atrás un recodo, se encontraba la finca de Goumont, compuesta de varios edificios, un vergel y un bosque en descenso casi hasta lo hondo del valle. Allí habia puesto el duque de Wellington una guarnición de mil ochocientos

cientos hombres de sus mejores tropas. Al centro, en la calzada de Bruselas é igualmente sobre la ladera, se encontraba la quinta de la Haye-Sainte, compuesta de un vergel y grandes edificios. Su custodia habia coniado el duque de Wellington á unos mil hombres. Por último, á su izquierda y hácia la falda de la planicie habia situado algunos destacamentos de la brigada de Nassau en las quintas de la Haye y de Papelotte.

Así la posición y la distribución del ejército inglés eran tres obras destacadas adelante y vigorosamente ocupadas, á la parte de arriba, sobre el pequeño camino á lo largo de la planicie y por su ladera, numerosos batallones emboscados, y finalmente al respaldo de la planicie, y á derecha é izquierda de la calzada de Bruselas, masas de infantería y de caballería, desplegadas unas y en columnas cerradas otras. De manifiesto se ve que, así por el sitio que habia elegido como por el número y la calidad de los combatientes, presentaban á la audacia de los franceses un obstáculo formidable.

Después de observar la posición con detenimiento, al punto deliberó Napoleón la forma de la acometida. A su ejército resolvió desplegar á la falda de la planicie, con el fin de tomar ante todo las tres obras avanzadas, la línea de Goumont á su izquierda, la hacienda de la Haye-Sainte en su centro, y las quintas de la Haye y de Papelotte á su derecha, llevando luego su ala derecha reforzada con sus reservas todas sobre el ala izquierda de los ingleses, que era la mas débil, así por la situación como por el número de los soldados, para arrollarla sobre el centro, que ocupaba la gran cal-

zada de Bruselas, y apoderarse de esta calzada única avenida practicable por entre la selva de Soignes, y empujar al ejército británico hácia su espesura, ya difícil de cruzar entonces, con lo que, si no la estorbaba absolutamente, á lo menos molestaria mucho la retirada de un enemigo en derrota: Operando por su derecha contra la izquierda de los ingleses, Napoleón tenia la ventaja de dirigir su mayor esfuerzo sobre la parte mas flaca del enemigo, de privarle de su principal desemboque en la espesura de la selva de Soignes, y de separarle de los prusianos, cuya presencia en Wavre era presumible del todo, ya que no segura. Atendida la configuración de los lugares y la distribución de las fuerzas enemigas, sin duda era el mejor y mas eficaz este plan, donde brillaban la rapidez y el aplomo del golpe de vista de Napoleón por vez postrera. Ya tijo en lo que habia de poner por obra, Napoleón dió órdenes para que sus tropas se fuesen á situar en conformidad del papel que les estaba destinado en la jornada. Habiendo cesado de muchas horas atras la lluvia, y comenzando á afirmarse el terreno, se desplegaron con celeridad y precisión admirables. A la izquierda, entre las calzadas de Charleroy y de Nivelles y en frente de la línea de Goumont, se formó el segundo cuerpo á las órdenes del general Reille sobre el borde del valle, que le separaba del enemigo, presentando en dos líneas cada una de sus divisiones, y con la caballería ligera de Piré lanzada á la extrema izquierda, para llevar sus reconocimientos hasta la extrema derecha de los ingleses. En el ala derecha, esto es, al otro lado de la gran calzada de Bruselas, el primer cuerpo á las órdenes del conde

de Erlon, que aún no había peleado y constaba de diez y nueve mil infantes, se fué á situar en frente de la izquierda de los ingleses, con sus cuatro divisiones una á continuación de otra, y formada en dos líneas cada una de ellas. Al frente de su caballería ligera estaba el general Jacqueminot como de centinela á la extrema derecha de los franceses, practicando sus reconocimientos en dirección de Wavre. Con la artillería de estos diferentes cuerpos de tropas se había formado sobre su frente una vasta batería de ochenta bocas de fuego.

Detrás de esta primera línea se hallaba de reserva hacia el centro el cuerpo del conde de Loban, igualmente distribuido á ambos lados del camino de Bruselas. A su izquierda, y por consiguiente detrás del general Reille, se desplegaban los soberbios coraceros de Kellermann, á su derecha, y detrás del general conde de Erlon, los coraceros no menos imponentes de Milhaud. Tal era la segunda línea de los franceses, algo menos extendida que la primera, si bien mas compacta y resplandeciente con las corazas de la gruesa caballería. Finalmente, la Guardia, cuya gallarda infantería se hallaba alineada en masa á las dos márgenes de la calzada de Bruselas, teniendo á su izquierda á los granaderos de á caballo de Guyot, y á su derecha á los cazadores y á los lanceros de Lefebvre Desnoettes, formaba la tercera y última línea de los franceses, aun mas compacta y menos extendida que la segunda, de suerte que el ejército francés figuraba como un enorme abanico, relumbrante con los rayos del sol reflejados sobre sus bayonetas, sobre sus sables y sobre sus corazas. En menos de una hora tomaron posición estas hermo-

sas tropas, y su despliegue produjo un efecto maravilloso. Napoleon experimentó de resultas un movimiento de orgullo y de confianza, de que se vieron muestras en su semblante y en sus palabras. Deseando excitar mas todavía, si era posible, en esta jornada el entusiasmo de sus soldados, de nuevo recorrió el campo de batalla, pasando de izquierda á derecha por delante del frente de las tropas. A su vista los infantes ponían sus morriónes á la punta de las bayonetas, los jinetes sus cascos á la punta de sus sables, y prorumpían en violentos gritos de *viva el emperador!* que se prolongaban hasta mucho después de haberse alejado. Así vió al ejército entero, al cual dejó embriagado de alegría y de esperanza, sin embargo de haber pasado una malísima noche entre el lodo, sin fuego, con víveres escasos, á la par que el ejército inglés había sufrido muy poco, como llegado muchas horas antes que los franceses á sus vivaques, donde encontró alimentos en abundancia. Con todo, los soldados franceses tuvieron las primeras horas de la mañana para hacer el rancho, y además se hallaban en un estado de exaltación que les sobreponía así á los padecimientos como á los peligros.

Como, á tenor del consejo de Drouot, se había Napoleon decidido á dejar que se secara la tierra, ya ningún motivo tenia para apresurar la batalla, y menos desde que veía en resolución de no evitarla á los ingleses. Dos ventajas hallaba en diferir el empeño, la de dar lugar á que se ocrea la tierra, cosa que redundaría únicamente en provechó del ataque, y la de proporcionar la llegada de Grouchy en tiempo oportuno. A la verdad, todo le

daba margen á esperar la próxima aparicion del lugarteniente, á quien habia confiado su ala derecha. Segun se ha visto, á las diez de la noche Grouchy habia dado parte de estar en Gembloux, dispuesto á trasladarse á Lieja ó á Wavre, si bien mas inclinado á todas luces á marchar sobre este último punto, y empezando á comprender que su comision principal estribaba en separar á los prusianos de los ingleses. A las dos de la madrugada habia escrito que definitivamente se dirigiria á Wavre a la primera luz de la aurora. Por consiguiente, en virtud de la orden expedida á las diez de la noche y reiterada á las tres de la madrugada, Napoleon discurreia que, si Grouchy no asomaba con la totalidad de su cuerpo de tropas, á lo menos enviaria un destacamento de siete mil hombres, con lo cual le quedarian veinte y seis mil para contener á los prusianos ó replegarse sobre la derecha del Monte de San Juan peleando en su contra. Napoleon contaba de resultas ó con un destacamento de su ala derecha, ó con su ala derecha toda. Sin embargo, aun despues de las órdenes despachadas por la noche y repetidas por la madrugada, otro oficial quiso enviar á Grouchy, para enterarle de la situacion bien á fondo, y explicarle una vez mas cuál era el auxilio que esperaba de su parte. Asi mandó á llamar al oficial polaco Zenowicz, destinado á ser portador de este nuevo mensaje, le condujo á lo alto de una colina, desde donde se abarcaba todo el horizonte, y señalando hacia la derecha, le dijo las siguientes palabras.— Por este lado aguardo á Grouchy, y le aguardo con impaciencia... id en su busca, traedle y no le dejéis hasta que su cuerpo de ejército desemboque

sobre nuestra línea de batalla.—Napoleon recomendó á este oficial que marchara con la mayor celeridad posible, é hiciera que el mariscal Soult le entregara un despacho escrito, que aun debia especificar mejor las órdenes que le acababa de transmitir verbalmente. Hecho esto, Napoleon, que habia pasado la noche practicando reconocimientos entre el todo, que desde su salida de Ligny el dia anterior á las cinco de la mañana solo habia descansado tres horas, se tendió sobre un lecho de campaña, y dijo á su hermano Gerónimo, que á la sazón estaba á su lado:—Ahora son las diez, voy á dormir hasta las once; me despertaré de seguro, pero llámame en todo caso (y añadió luego, señalando á los oficiales que se hallaban en torno suyo) porque no se atreverian á interrumpir mi sueño.—Despues de pronunciar estas frases reclinó la cabeza sobre la almohada, y á los pocos minutos ya dormia profundamente.

Entretanto á su rededor todo se hallaba en movimiento, y cada cual ocupaba diligentemente la posicion que se le habia señalado. Bien descansados y bien nutridos los ingleses no estaban ocupados mas que en situarse metodicamente sobre el terreno, donde iban á acreditar su tesoro de costumbre. A la par los franceses apenas acababan de comer un flojo rancho, y apenas descansados y no mejor alimentados, con impaciencia aguardaban la señal del combate, que solian recibir de las baterias de la Guardia. Algunas divisiones llegaban á la línea en estos momentos, y particularmente la del general Durutte, que por culpa del estado mayor habia emprendido tarde la marcha, se apresuraba á correr á su puesto, sin haber tenido casi



tiempo de comer el rancho. Pero el ardimiento de que los soldados franceses estaban poseídos, les hacia mirar con indiferencia todo género de privaciones, ora se derivasen de las circunstancias, ora de descuidos de sus gefes.

A lo lejos los movimientos de los diversos ejércitos de igual modo tenían por objeto la acción decisiva que sobre la planicie del Monte de San Juan iba a ser empeñada. Después de juntar Blücher el día anterior a sus cuatro cuerpos de tropas en Wavre y de allegar á una porcion de fugitivos, que no pudo hacer prisioneros la caballería francesa mal dirigida, se aprestaba á cumplir la palabra dada al duque de Wellington y por consiguiente á llevarle el total ó parte de sus fuerzas. Cerca le quedaban de ochenta y ocho mil hombres, muy trabajados por la jornada de dos dias antes, bien que, á vista de su patriótico ejemplo, prontos á pelear nuevamente y con extremadísimo arrojo. A las órdenes de Bulow estaba el cuarto cuerpo y aún no había disparado un solo tiro, por lo cual le destinaba á marchar hacia el Monte de San Juan delante de todos, y así le previno que atravesara el Dyle á la primera luz del alba; mas retenido este cuerpo de tropas de resultas de un incendio á su tránsito por medio de la poblacion de Wavre, no se pudo poner en marcha con direccion al Monte de San Juan hasta las siete de la mañana. Orden tenía de encaminarse á la capilla de San Lamberto, situada sobre el flanco de la posicion donde se iba a trabar la batalla entre los ingleses y los franceses. Allí podía ya estar á cosa de la una de la tarde. Blücher proyectaba que Bulow fuese apoyado por Pirch I con el segundo cuerpo, y que con el primero se dirigie-

ra Zieten por el camino de Ohain á lo largo de la selva de Soignes, en términos de desembocar todavía mas cerca de la izquierda de los ingleses. Reducidos estos dos cuerpos de Pirch I y de Zieten á quince mil hombres cada uno, en union del de Bulow aun intacto á sesenta mil combatientes hacian subir el socorro que al duque de Wellington iban á suministrar los prusianos. Finalmente Blücher resolvió dejar á retaguardia á Thielmann con el tercer cuerpo, que en la batalla de Ligny había padecido poco, y le previno que retuviera al mariscal Grouchy delante de Wavre, disputándole el paso del Dyle.

Ciertamente la aparicion posible de sesenta mil prusianos sobre su flanco derecho, cosa era para Napoleon en extremo grave. Pero quedaban treinta y cuatro mil franceses, victoriosos en Ligny dos dias antes, llenos de confianza en sí propios y de adhesion á su bandera, y en posicion tal que podrían muy bien lograr que sobre la cabeza de los prusianos viniera á recaer el golpe suspendido ahora sobre la suya. Llegados al Monte de San Juan antes que Blücher, á Napoleon harían invulnerable cuando menos durante un dia; llegados despues, colocaban á Blücher entre dos fuegos, y le abrumarian del todo. Así la cuestion se reducía á si llegarían efectivamente, y á la verdad era difícil ponerlo en duda.

Ya se ha visto cómo despues de perder el mariscal Grouchy la mitad del día anterior en vanas exploraciones, al fin acabó por descubrir la marcha de los prusianos hacia Wavre, y por trasladarse á Gembloux con sus tropas. Aunque llegó tarde, como sus soldados no anduvieron mas que dos le-

guas y media, partiendo á las cuatro de la mañana del 18 de junio, bien podían llegar á mitad de ella á los puntos mas distantes de este teatro de operaciones. Por desgracia, aun cuando á la caída de la tarde ya Grouchy no abrigase dudas acerca de la marcha seguida por los prusianos, no dió órdenes de partida á Vandamme hasta las seis de la mañana, ni á Gerard hasta las siete, y como el tiempo indispensable para la distribucion de viveres no se habia contado, hasta las ocho de la mañana no se pudieron poner en camino las tropas del primero, ni hasta las nueve las del segundo (1). Con todo, y á pesar de semejantes lentitudes, no se habia perdido nada, ni aun comprometido siquiera, pues á vuelo de pájaro distaban cuatro leguas más de otros, y cinco á lo sumo por los caminos de trayesia. Pronto el cañon iba á llenar la comarca toda con su estampido, que á la verdad era la orden más clara, y suponiendo que para incorporarse á Napoleón se necesitaran cinco horas, lo cual peca de exagerado, como se verá pronto, tiempo habia de sobra para llevar un peso á la balanza de los destinos de Francia. Por consiguiente, si Blücher marchaba hacia el Monte de San Juan, de igual modo Grouchy debia acudir á este punto, segun todas las probabilidades, y ora se ignorasen, ora se reconociesen los pormenores que acaban de ser referidos, á las once de la mañana se podían concebir por la suerte de Francia no menos esperanzas que temores. ¡Y qué decimos

(1) Tropas hubo que no salieron de Gombloux hasta las diez, y en mi poder obran cartas de algunos vecinos que atestiguan estos pormenores.

de tantas esperanzas como temores! No se podían concebir mas que esperanzas, si el cañon que iba á resonar en los oídos de estos treinta y cuatro mil hombres les abria el espíritu al mismo tiempo. ¡Ah, qué iba á abrir y hasta á llenar de luz el espíritu á todos, excepto á uno, el que los tenia bajo su mando!

Una hora perdió cerca del mariscal Soult el oficial polaco Zenowicz para obtener el despacho escrito que de orden de Napoleón debia llevar al mariscal Grouchy con sus últimas instrucciones. Este despacho vino á resultar ambiguo de tal modo que no valia el tiempo que habia costado. Segun su contenido se iba á dar una gran batalla contra los ingleses, y así convenia apresurarse á marchar hácia Wavre, para mantenerse en comunicacion con el ejército, y ponerse con él en relacion de operaciones. Sin embargo, por vago que fuera este lenguaje, cotejado con las órdenes ya expedidas, é interpretado á tenor de la misma situacion de las cosas, bastantemente expresaba la necesidad de darse prisa, ora para situarse entre los ingleses y los prusianos, ora para atacar á estos, y atacarlos de una manera ó de otra, con tal de que se les ocupara y se les impidiera llevar la victoria á los ingleses.

Al dar las once de la mañana, ya estaba Napoleón en pie sin necesidad de que su hermano le arrancara del sueño. Abandonando la quinta del Caillon se fué á establecer á la de la B-Ha Alianza, desde donde dominaba perfectamente la hondonada ó cuenca sobre que se iba á dar su última batalla. Sobre un cerullo establecióse con sus mapas extendidos encima de una mesa, sus oficiales en

rededor suyo, y sus caballos ensillados á la falda. Inmóviles aguardaban los dos ejércitos la señal del combate. Por su parte los ingleses se hallaban tranquilos, y confiados en su deuedo, en su posición, en su general y en el eficaz auxilio de los prusianos. Entre los franceses, exaltados hasta el último punto así los soldados como los oficiales inferiores, no pensaban ni en los prusianos ni en Grouchy, sino en los ingleses que tentan delante, con deseo de rechárselos encima, y esperando la victoria de sí propios y del genio feruendo que tenían á su cabeza, y que siempre y en oportunidad habia sabido encontrar combinaciones irresistibles.

A las once y media Napoleon dió la señal del combate, y desde luego respondieron los franceses con ciento veinte bocas de fuego. Segun el plan que habia concebido de arrollar la izquierda de los ingleses encima de su centro, para quitarles la calzada de Bruselas, por la derecha de los franceses se debia ejecutar el principal ataque, y allí habian Napoleon acumulado una gran porcion de artilleria. No solo hizo que se llevaran las baterías de á doce del general Erlon encargado de esta manobra, sino tambien las del general Reille encargado del ataque de la izquierda, y además las del conde de Lobau dejado en reserva, y algunas piezas de la Guardia. De esta suerte formó una batería de ochenta bocas de fuego, que, disparando por encima del vallecillo extendido entre los dos ejércitos, alcanzaba con sus balas hasta el respaldo de la planicie. Oblicuando la izquierda de los ingleses un poco hacia atrás para ajustarse á la configuración del terreno, en este movimiento era seguida

por la derecha de los franceses, que formaba un angulo con la línea de batalla, de forma, que muchas de sus balas, cogiendo en banda la gran calzada de Bruselas, sobre el centro del ejército británico hacían destrozos.

A la izquierda de los franceses, con las baterías de sus divisiones y las de la caballería de Piré disparaba el general Reille sobre el bosque y la hacienda de Goumont. Para sostener el fuego de esta ala dispuso Napoleon que se le agregase la artillería montada de Kellermann, establecida detrás del cuerpo de tropas de Reille, y por este lado mas de cuarenta bocas de fuego cubrían la derecha del duque de Wellington con sus proyectiles. Perdidas resultaban muchas balas, bien que otras llevaban la muerte á lo mas compacto de las masas enemigas, y allí abrian hondos agujeros, á pesar de que se tuvo cuidado de situarlas al respaldo de la planicie.

Napoleon ordenó el ataque de la hacienda y del bosque de Goumont á la media hora de este violento cañoneo. Dos razones tuvo para comenzar la acción por su izquierda, una que siendo el puesto de Goumont el mas avanzado se presentaba antes que ninguno, otra que llamando la atención del enemigo sobre su derecha, se le distraia algo de su izquierda, por donde se debia operar el principal esfuerzo de los franceses.

Al vallecillo descendió el segundo cuerpo de tropas, compuesto de las divisiones de Foy, de Gerónimo y de Bachelot, y plegándose en torno del bosque de Goumont, abarcote como en semicírculo. Formada estaba por la division de Foy la extrema izquierda, y flanqueada por la caballería de Piré

se hubo de avanzar algo, para tocar á la línea inglesa, que por este lado torcia hacia atrás en recodo. Pero no era esta division la primera que se debía empeñar en el lance. Encontrando el príncipe Gerónimo prolongado el bosque de Goumont hacia los franceses, allí se arrojó con empuje, mientras á su derecha la division de Bachelu llenaba el espacio comprendido entre Goumont y la calzada de Brusetas. Tras de rechazar las guerrillas francesas á las guerrillas enemigas, la brigada de Bauduin compuesta de los regimientos 1.º de ligeros y 3.º de línea se lanzó al bosque de alto y claro arbolado, y de espesos arhusos y matorrales. Ocupado estaba por un batallon de Nassau y por muchas compañías hanoverianas. Cuatro compañías de guardias ingleses custodiaban los edificios, situados mas alla del bosque, y completaban la ya citada guarnicion de mil ochocientos soldados.

Mortífero fuego sufrió la brigada de Bauduin desde los matorrales que llenaban los claros del arbolado, y por extremo difícil era sin duda responder á fusilazos á un enemigo oculto á la vista. Asi los soldados franceses se apresuraron á penetrar en la maleza, derribando á bayonetazos á los contrarios que les acababan de fusilar á quemarropa. El valiente general Bauduin recibió la muerte en este ataque. Favorecidas por la naturaleza del terreno las tropas de Nassau, defendiéronse tenazmente; pero, conduciendo el príncipe Gerónimo la brigada de Soye, y rodeando el bosque por la derecha, les obligó á la retirada. Apenas conquistado el bosque, se hallaron los franceses delante de un obstáculo mas difícil de vencer todavía. A la

salida del bosque se encontraba un vergel cenido de un vallado, cuyos árboles, muy gruesos y entrelazados fuertemente, presentaban como un impenetrable muro, de donde partía una granizada de balas. Asi cayeron bajo el fuego los primeros soldados que probaron á desembocar del bosque. Pero la intrepidez de los infantes franceses no se detuvo ante el peligro. Allí precipitáronse con arrojo, hecha en mano se abrieron calle por el espesísimo vallado, y á bayonetazos mataron á cuantos no tuvieron tiempo de darse á la fuga. Superado el obstáculo segundo, aun quedaba el tercero. Mas allá del vallado se alzaban los edificios de la hacienda, consistentes á la derecha en un grueso muro almenado, y á la izquierda en un departamento de solidez notable. Ocupados estaban por seiscientos guardias ingleses.

Seguramente no valia la pena de que se perdiesen centenares y sobre todo miles de hombres por superar obstáculo semejante, pues no estaba allí el verdadero punto de ataque, y bastaba la conquista del bosque para asegurarse un apoyo contra las tentativas del enemigo sobre la izquierda de los franceses; sin sacrificar á este objeto secundario á todas luces la excelente infantería del segundo cuerpo de tropas, que constituía la tercera parte de la infantería de toda la hueste. Opinando el general Reille de este modo, ordenes dió á fin de que no se porfiara en la toma de tales edificios; pero no fue á vigilar de cerca la ejecucion de su mandato, y los generales de brigada y de division se obstinaron en conquistar, así el muro almenado como el otro departamento de la quinta, á impulsos de su propio ardimiento y del de sus tro-

pas. Al ver el duque de Wellington el encarnizamiento de los franceses hacia este punto, de seguida envió allí un batallón de Brunswick y nuevos destacamentos de guardias ingleses. De resultas fué violentísima la lucha.

Mientras se empeñaba de tal modo el ala izquierda de los franceses, obligado a fiar a sus lugartenientes el pormenor de los ataques, Napoleón observaba atentamente el conjunto de la batalla, y preparaba la operación principal contra la izquierda y el centro del enemigo. Ney debía ejecutar ante sus ojos esta operación consistente en quitar a los ingleses la cañada de Bruselas, única vía practicable por entre la selva de Soignes, según se ha dicho mas arriba. Desconsoladas las tropas del primer cuerpo de haber sido inútiles durante la jornada del 16 de junio, con impaciencia aguardaban la señal del combate, mientras Napoleón trataba de descubrir con el anteojo, si á consecuencia del ataque á la hacienda de Goumont habia tomado el enemigo algunas nuevas disposiciones. Unicamente se podia notar que desde Braine l'Allend avanzaban diversas tropas. No eran otras que las de la division de Chassé inútilisimamente dejada por el duque de Wellington á su extrema derecha, para darse la mano con las tropas dejadas en Hall todavía mas inútilmente. Mientras el caudillo inglés hacia que avanzase esta division para reforzar su derecha, al parecer mostrabase inactivo hácia su centro y hacia su izquierda, limitandose por este lado á apretar las filas aclaradas por las balas francesas.

Entretanto, siempre atento Napoleón hacia su extrema derecha, por donde Grouchy debía llegar

al campo de batalla, de súbito divisó como una sombra en el horizonte, en la direccion de la capilla de San Lamberto; sin que aun se pudiera determinar su carácter á causa de la gran distancia. Si no se ha olvidado la descripcion que de este campo de batalla hicimos arriba, se debe hacer memoria de que, prolongandose el valle extendido entre los dos ejércitos hacia Wavre, sucesivamente pasaba al pie de las quintas de Papelotte y de la Haye, despues atravesaba espesos bosques, cerca de la capilla de San Lamberto se unia al valle que sirve de lecho al arroyo de Lasne, y mucho mas lejos iba finalmente á parar al valle del Dyle. Sobre las lejanas cumbres de la capilla de San Lamberto aparecia la especie de sombra divisada por Napoleón á la extremidad del horizonte. Al parecer avanzaba la sombra, lo cual podia muy bien dar margen á suponer que eran tropas. Napoleón prestó su anteojo al mariscal Soult, y éste á varios generales del estado mayor, y su parecer emitieron todos. Copas de árboles creyeron unos ser la sombra, otros un objeto movable y que mudaba de sitio. En la duda, Napoleón suspendió sus ordenes de ataque, hasta cerciorarse de lo que podia ser aquella aparicion inquietante. Muy luego con su ejercitado tino descubrió ser tropas en marcha, sin que abrigase ya la mas leve duda. ¿Acaso era el destacamento pedido á Grouchy, ó Grouchy en persona? ¿Quizá serian los prusianos? A tal distancia no habia posibilidad de distinguir el uniforme francés del prusiano, siendo ambos azules. Napoleón llamó á su lado al general Douton, jefe de una division de caballeria ligera, le hizo subir al cerrillo donde se habia colocado, le mostró las tro-

pas que se divisaban en el horizonte, y le encargó que fuera á reconocerlas de seguida, y se les incorporara si eran francesas, ó las contuviera si eran enemigas, y enviara parte del caso todo sin la menor tardanza. Para que le apoyase en la ejecución de este encargo, le dió la division ligera de Subervic, fuerte de mil doscientos á mil trescientos jinetes. Dos mil cuatrocientos eran entre todos, y así estaban en aptitud, no solo de observar, sino hasta de entorpecer la marcha del cuerpo de tropas, que venia de avance, en el caso de ser enemigo.

Todavía no inquietó á Napoleon este incidente. Aun cuando Grouchy hubiera dejado escapar algunas columnas laterales del ejército prusiano, no podia menos de estar en su seguimiento, y asomando detras de ellas al punto, lejos de ser el accidente desgraciado resultaria venturoso, pues cogidas entre dos fuegos, inevitablemente temian que ser destruidas las tales columnas. Con todo, no tardó en aclararse el misterio, con la llegada de un sargento de búscas capturado por la caballeria ligera de los franceses. Portador era de una carta, en que el general Bulow anunciaba al duque de Wellington su aproximacion, y le pedia instrucciones. Este sargento era muy entendido, y declaró que las tropas divisadas eran del cuerpo de Bulow, fuerte de treinta mil hombres, y enviado para juntarse á la izquierda de los ingleses. Esta revelacion era seria, aun cuando sin llegar á alarmante. Si tan cerca estaba el general Bulow, que por Gembloux llegaba de Lieja, y que á la vista de Grouchy debia haber operado el desfile, Grouchy, de quien nó era de imaginar que hubiese cerrado los ojos, tampoco podia estar lejos. Por consiguiente su cuerpo todo

ó el destacamento pedido iba á llegar al mismo tiempo que Bulow, y aun de este accidente cabia en lo posible sacar gran partido. Con efecto, situando sobre la derecha de los franceses, que se replegaria en horea, un fuerte destacamento para contener á Bulow, éste se hallaria cogido entre dos fuegos por los siete mil hombres pedidos á Grouchy ó por los treinta y cuatro mil que trajera consigo. Napoleon envió á llamar al conde de Lobau, y le previno que sobre la ladera de las alturas de cara al Dyle, fuera á elegir un terreno, donde con sus dos divisiones de infanteria y las dos divisiones de caballeria de Domon y de Subervic, se pudiera defender largo espacio. Juntos infantes y jinetes debian formar una masa de diez mil hombres, que en manos del conde de Lobau valdria más que su número de fijs, y muy bien podria aguardar los siete mil hombres enviados por Grouchy en la hipótesis mas desventajosa, si no acudia con la totalidad de sus fuerzas. Así se podrian oponer diez y siete mil combatientes á los treinta mil de Bulow, y de forma de cogelos por la cola á la par que se les detenia por el frente. No habia pues, motivo de alarma. Sin embargo, ya eran diez mil hombres menos que lanzar sobre la izquierda de los ingleses, para arrollarla sobre el centro, y desposeerles de la calzada de Bruselas. Pero la Guardia, á la cual nó se guardaban contemplaciones en estas guerras á muerte, se empeñara toda como reserva, y aunque debiera costar más caro, no sería menos decisivo el triunfo. Así Napoleon nó se perturbó ni por asomo. Realmente, no va á la cabeza de setenta y cinco mil hombres, sino á la de sesenta y ocho mil tan solo iba á acometer á ciento cinco mil

contrarios: sin duda las eventualidades aparecian menores, pero aún eran grandes.

También podía operar el repliegue de sus tropas y renunciar á la pelea, si bien el repliegue después de comenzada la batalla, y á la vista de los ingleses y de los prusianos, resolución era á todas luces que se resentía de muy grave. Esto equivaliera á perder el ascendiente de la victoria de Ligny, á volver á pasar como vencido la frontera que como vencedor habia pasado dos dias antes, con la certidumbre de tener encima quince dias después á otros doscientos cincuenta mil enemigos, con la entrada en línea de los austriacos, de los bávaros y de los rusos. Mas valia proseguir la batalla, pues ganada pondria las cosas definitivamente en la situación esperada por Napoleon y sus parciales, que retroceder al ver que se juntaban las dos columnas invasoras del Norte y del Este, para abrumar con su reunion á los franceses. Según el semblante de los sucesos, de vencer ó morir habia sonado la hora. Napoleon sabia perfectamente, y nada aprendia de nuevo al ver cuán seria se hacia la jornada. Además, forzoso era ponerse en lo peor de lleno, para figurarse que llegarán los prusianos, sin que asomara Grouchy de seguida, suponiendo á la fortuna mas rigorosa que nunca se habia mostrado durante veinte años de guerra. Únicamente se limitó á tomar nuevas precauciones, para que Grouchy entrara en línea de batalla. Al mariscal Soult prescribió que enviara un oficial con un despacho fechado á la una de la tarde, anunciando la aparicion de los prusianos sobre la derecha de los franceses, y conteniendo la órden formal de acudir al punto para reducirlos á la nada. Un

oficial al galope sin duda podia llegar al encuentro de Grouchy en menos de dos horas, y traerle en menos de otras tres ya al alcance de las dos líneas. Así Grouchy se debiera fijamente hacer ya sentir á las seis de la tarde, y á esta hora distaria mucho de estar decidida la batalla. Todo este tiempo se mantendria positivamente el conde de Lobau sobre el flanco derecho de los franceses, auxiliado por su denuedo personal y por la configuracion de los lugares.

Razon de mas era sin duda esta para apresurar el ataque sobre la izquierda de los ingleses, pues fuera de la ventaja de cargar á Bulow con las fuerzas todas, si resultaban arrollados, como obvia se presentaba la de separarlos de los prusianos é impedir que les acudieran con ningun socorro. De consiguiente Napoleon dió al mariscal Ney la señal de ataque.

Esta operacion importante debia comenzar por una vigorosa embestida hácia el centro á la quinta de la Haye-Sainte situada sobre la gran calzada de Bruselas. Acto continuo, desplegada el ala derecha de los franceses debia trepar á la planicie, y señorear el pequeño camino de chain extendido por la ladera, y echarse encima de la izquierda de los ingleses, y aspirar á arrollarla sobre su centro, para desposeerles del Monte de San Juan en el punto de empalme de los dos caminos de Nivelles y de Bruselas. Dispuesta en columna de ataque sobre el camino real y apoyada por una brigada de coraceros de Milhaud, la brigada de Quiot perteneciente á la division de Alix, que era la primera del conde de Erlon, se habia de lanzar á la toma de la quinta de la Haye-Sainte. Desde la derecha del

camino real la brigada de Bousgevis, segunda de Alix, debía formar el primer escalon del ataque de la planicie, á la par que la division de Douzelet habia de formar el segundo, la division de Marcognet el tercero, y la division de Durutte el cuarto. Ney y Erlon habian adoptado para esta jornada, y sin duda con el objeto de dar mayor consistencia á su infantería, una disposicion singular y cuyos inconvenientes se tocaron pronto. Costumbre era del ejército francés que las columnas de ataque se presentaran al enemigo con un batallon desplegado sobre su frente para hacer continuo fuego, y sobre cada flanco otro batallon en columna cerrada á fin de rechazar las cargas de caballería. Ahora por el contrario, Ney y Erlon desplegaron los ocho batallones de las divisiones respectivas, y los colocaron unos detrás de otros á distancia de cinco pasos, y de suerte que entré cada batallon desplegado casi no quedaba sitio para los oficiales, y les era imposible formar en cuadro sobre los flancos para resistir las cargas de los jinetes enemigos. Formando estas cuatro divisiones de este modo cuatro columnas compactas y profundas, avanzaban á la misma altura, dejando un espacio de trescientos pasos entre una y otra. Erlon iba á caballo al frente de sus cuatro escalones; Ney dirigia en persona la brigada de Quiot en la acometida á la Haya-Sainte.

Bajo el mando del general Pictón estaba la izquierda de los ingleses. En primera linea tenia el batallon 95.<sup>o</sup> de la division inglesa de Kempt, emboscado en el camino de Ohain, y á continuación y sobre el mismo camino la brigada de Bylandt, perteneciente á la division de Perponcher. Al bor-

da de la planicie y en segunda linea tenia el resto de la brigada de Kempt, la brigada escocesa de Pack y las brigadas hanoverianas de Wincke y de Best. Ocupadas estaban por la brigada de Sajonia-Weimar, tambien de la division de Perponcher, las quintas de Papelotte y de la Haya. Al mismo tiempo la caballería inglesa de Vivian y de Vandeleur flanqueaba la extrema izquierda en espera de los prusianos. Veinte bocas de fuego cubrian el frente de esta porcion del ejército enemigo.

A eso de la una y media de la tarde, Ney lanza la brigada de Quiot sobre la Haya Sainte, y Erlon desciende con sus cuatro divisiones al valle que le separa de los ingleses. Lo mas sencillo fuera sin duda derribar á cañonazos la Haya-Sainte, y tanto aqui como en la hacienda de Goumont se ahorrara grande efusion de sangre. Pero tal es el ardimiento que no se atiende á los obstaculos para nada. Conducidos por Ney se arrojan primeramente los soldados de Quiot sobre el vergel situado delante de los edificios de la hacienda, y ceñido de un vallado. Allí penetran bajo una granizada de balas, y briosos ahuyentan á la legion de los alemanes. Conquistado el vergel de este modo, se quieren apoderar de los edificios; pero de los atmenados muros arranca un mortifero fuego, que diezma sus filas. Un bizarro oficial, llamado Vieux, y comandante de ingenieros, muerto posteriormente bajo los muros de Constantina, se adelanta con un hacha en la mano para derribar la puerta de la casa, y aunque recibe un balazo, se obstina hasta que no se puede tener en pie de resultas de sus muchas heridas. A la par que resiste la puerta, desde lo alto de los muros siguea lloviendo balas.



Ante este ataque, y conociendo el peligro del batallon aleman que defiende la Haye-Sainte, el príncipe de Orange envia en su auxilio al batallon hanoveriano de Luneburgo. Ney deja que se aproxime esta tropa, y en su contra lanza a uno de los dos regimientos de coraceros que tiene a la mano. Sobre el batallon de Luneburgo caen los coraceros, le desordenan del todo, le huellan con los pies de sus caballos, le arrancan su bandera, y acuchillan a muchos de sus soldados, y persiguen a los demás hasta el borde de la planicie. A su turno los Guardias de a caballo de Somerset acometen a los coraceros, que sorprendidos en desorden, se ven forzados a la retirada. Oponiendo Ney un batallon de Quiot a los Guardias de a caballo, les ataja la carrera con un vivo fuego de fusilería. Mientras se prolonga el combate en torno de la Haye-Sainte, cuyo vergel es el único punto conquistado, Erlon avanza con sus cuatro divisiones al amparo de la gran batería francesa de ochenta cañones, y recorre lo fondo del valle, y luego sube al opuesto borde. Caminando por tierras blandas y mojadas, su infantería cruza lentamente el espacio que la separa del enemigo. No pudiendo ya disparar los cañones franceses sino por encima de su cabeza, la marcha prosigue sin protección alguna, y trepa la planicie con admirable denuedo. Ya cerca de la cumbre un terrible fuego de fusilería del batallon 95.º emboscado en el camino de Ohain recibe al primer escalon de la izquierda francesa, compuesto de la segunda brigada de la division de Alix, estando empeñada, segun se ha dicho, la primera en el ataque de la Haye-Sainte. Para librarse de este fuego

la brigada de Alix, se apoya hacia la derecha, y así acorta la distancia que la separa del segundo escalon, formado por la division de Donzelot. Ambos marchan al camino de Ohain, lo cruzan a pesar de algunas porciones de maleza, y despues de sufrir mortíferas descargas se precipitan sobre el 95.º y sobre los desplegados batallones de la brigada de Bylandt. A muchos soldados del 95.º arrancan la vida, y arróllan a los batallones de Bylandt y de Kempt a la bayoneta. Sobre su derecha el tercer escalon, formado por la division de Marcognet despues de trepar la altura bajo la metralleta, a su vez cruza el camino de Ohain, y repele a los hanoverianos, y a corta distancia de las divisiones de Alix y de Donzelot hace pie sobre la planicie. Ya la victoria se declara por los franceses y la posicion parece tomada, cuando a una señal de Picton se levantan de pronto los escoceses de Pack escondidos entre los trigos y sobre las dos primeras columnas francesas disparan a boca de jarro. Sorprendidas por este fuego se detienen al tiempo de desembarcar ya sobre la planicie. Entonces el general Picton dispone que juntos dos batallones de Pack y de Kempt las ataquen a la bayoneta. Muerto cae este general inglés de un balazo en la frente, y con todo prosigue la carga, y acometidas con empuje las dos columnas francesas ceden terreno. Sin embargo, oponen resistencia, y aun toman algo avance y se mezclan con la infantería contraria, cuando de súbito cae sobre ellas una tempestad imprevista. Llegado el duque de Wellington a estos lugares, contra la infantería francesa habia lanzado los mil doscientos dragones escoceses de Ponsonby, llamados los escoceses grises, por la circuns-

tancia de ser tordillos sus caballos. Formados en dos columnas, y cargando con todo el brío de los caballos ingleses, estos dragones penetran entre la division de Alix y la division de Donzelet por un lado, entre la division de Donzelet, y la division de Marcognet por otro. Acometiendo de flanco á las masas compactas de la infanteria francesa, que no se pueden desplegar para formar en cuadro, se meten por sus filas sin romperlas del todo, ni atrasar por medio al otro lado, á causa de su espesor grande, si bien producen confusion no escasa. A corto rato, cediendo al choque de los caballos y á causa del declive del terreno, las columnas francesas bajan mezcladas con los jinetes enemigos á lo hondo del valle. Por un lado los escoceses grietas cogen la bandera del regimiento 405.º de la division de Alix, y por otro la del 45.º de la division de Marcognet. No limitan á esto sus proezas, pues habiéndose puesto en movimiento dos baterias, de las que formaban parte de la grande de ochenta bocas de fuego, para dar apoyo á la infanteria arrollada, los dragones escoceses dispersan á los artilleros, al valiente coronel Chandon les atraviesan de una estocada, y vuelcan los cañones en el todo, y matan á los caballos, no pudiéndose los llevar consigo.

Por fortuna de los franceses toca á su término el triunfo de los dragones. Napoleon ha visto el desorden de de lo alto del cerro en donde observa la batalla. Saltando sobre un caballo y cruzando el campo al galope, se dirige á la gruesa caballeria de Milháud, y lanza sobre los dragones escoceses la brigada de Travers compuesta de los regimientos 7.º y 42.º de coraceros. Uno de estos regimien-

tos los acomete de frente, y otro los coge por un flanco, mientras por el otro acude el general Jacquinet con el 4.º de lanceros. Sorprendidos los dragones en el desorden de una persecucion á toda rienda, y asaltados por todas partes, en instante quedan desbaratados. Ardiendo los coraceros franceses en sed de venganza la infanteria, los acuchillan con sus enormes sables, y en ellos hacen horrible matanza. No les trata mejor el 4.º de lanceros acudido por el coronel Briot con sus lanzas. Un aposentador de lanceros, llamado Urban, se precipita en lo mas rudo de la refriega, y foga prisionero al valiente Ponsoaby, jefe de los dragones. Estos se esfuerzan por libertar á su caudillo, y Urban le derriba muerto á sus plantas, se va en derechura contra uno de los dragones que le asaltan á una y que tiene la bandera del regimiento 45.º en sus manos, y le desmonta de un bote de lanza, y le mata de otro, y le arranca la bandera, y con darle muerte se libra de otro escocés que le apríeta de cerca, y cubierto de sangre vuelve á presentar á su coronel el trofeo ya reconquistado con tanta gloria. Cruelmente maltratados los dragones escoceses tornan á ganar las líneas de la infanteria de Kempt y de Pak, dejando muertos ó heridos en manos de los franceses setecientos ú ochocientos hombres, de los mil y doscientos de que se componia su brigada.

A la extrema derecha de Erlon el cuarto escalon compuesto por la division de Darout, habia sufrido poco mas ó menos la suerte de los otros. Avanzado habia en el orden prescripto á las cuatro divisiones, es decir, con los batallones desplegados y alibeados uno tras otro y á distancia de cinco

co pasos. No obstante, habiendo visto á la caballería de Vandeleur aperebida á la carga, detrás dejó al regimiento 85.º formado en cuadro para que le sirviera de apoyo. Acometida por los dragones ligeros de Vandeleur no fué rota la division de Durutte, bien que su primera linea cedió un instante bajo el peso de la caballería. Muy luego se desembarazó de ella á fusilazos, y socorrida por el regimiento 3.º de ligeros, se replegó en buen órden sobre el cuadro del 85.º que permaneció inquebrantable.

Tal fué la suerte de este ataque sobre la izquierda de los ingleses, de que Napoleon se prometia grandes resultados. Una falta de táctica imputable á Ney y Erion dejó la infantería francesa de las cuatro columnas expuesta á las cargas de la caballería, y costóle al rededor de tres mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. También los ingleses tenían que lamentar sus dragones, parte de la infantería de Kempt y de Pack, sus generales Picton y Ponsonby, y en totalidad un número de hombres casi igual al perdido por los franceses. Pero conservaron su posicion del todo, y quedaba por comenzar la operacion de nuevo, con la desventaja de haber fracasado la primera tentativa. Sin embargo, aun poseian los franceses una parte de la hacienda de la Haye-Sainte, y sus soldados, cuyo ardimiento no se habia enfriado lo mas leve, ya se juntaban sobre el borde del valle, que les separaba de sus contrarios. Napoleon habia acudido á este punto, y se paseaba despacio por delante de sus filas, entre las balas que rebotaban de una linea á otra, y entre las bombas que llenaban los aires con su estallido. A su lado

acababa de ser muerto el bizarro general Desvaux, gefe de la artillería de la Guardia.

Aunque apesarado hasta lo sumo por este accidente, Napoleon se mostraba tranquilo y confiado ante sus soldados, y hacia que se les dijera que se iba á proceder de otro modo, sin que por esto se dejara de vencer el teson británico al cabo. Pero otro objeto llamaba su atencion en tales instantes. El general Domon, enviado á reconocer las tropas, que al parecer se divisaban sobre las alturas de la capilla de San Lamberto, ahora daba parte de que aquellas tropas eran prusianas, y habia trabado la lucha en su contra, dando repetidas cargas á la vanguardia, y de que necesitaba infantería para atajarles el paso. Ya balas disparadas por ellas venian á caer al camino de Charleroy sobre el flanco derecho de los franceses. Al mismo tiempo llegaba á anunciar un oficial del mariscal Grouchy, tras de cruzar con fortuna la distancia entre el ala derecha y el campo de batalla, que, no á las cuatro, sino á las nueve de la mañana se habia movido de Gembloux y que se encaminaba á Wavre. Si el mariscal Grouchy marchara al Monte de San Juan en derechura, aqui llegara á esta misma hora, es decir, á las tres de la tarde. Pero Napoleon veia claramente que Grouchy no estaba al tanto del terreno, ni de su especial encargo, y ya empezaba á no contar con su llegada. Por consiguiente, á dos ejércitos iba á tener encima. Ya era demasiado tarde para emprender la retirada, pues se viera acometido á la cola y de flanco por ciento treinta mil hombres autorizados para creerse victoriosos, á los cuales solo se podian oponer sesenta mil despues de la batalla empeñada, y

que, de mandárseles un movimiento retrógrado, necesariamente se creerían vencidos. Así Napoleón determinó hacer cara á la tormenta, no desesperando de superar todas las dificultades con los valientes soldados que le quedaban disponibles, y cuya exaltación crecía según las apariencias con el peligro.

Hacia la derecha había ido el conde de Lobau con el fin de reconocer un terreno adecuado para la defensiva. Napoleón le previno que se trasladara allí con su cuerpo de tropas, reducido a dos divisiones desde la partida de la división de Teste, y contando siete mil quinientas bayonetas. Le agregó algunas baterías de la Guardia, para reemplazar su batería de á doce, que fue una de las volcadas por los dragones escoceses. El conde de Lobau se puso en marcha al punto, y abandonando el centro, su cuerpo de tropas cruzó el campo de batalla al paso y con una lentitud imponente. A establecerse fué en horca hacia la derecha, paralelamente al camino de Charleroy, y formando ángulo recto con la línea francesa de batalla.

Perfectamente elegido estaba el terreno, que había resuelto ocupar el conde de Lobau, para resistir con poca gente á fuerzas superiores. Según ya hemos dicho, prolongándose el valleco extendido entre los dos ejércitos venía a servir de lecho al arroyo de Smohain, y mas lejos se juntaba al arroyo de Lasne. Entre ambos se levantaba un promontorio, cuyas laderas estaban cubiertas de matorrales. De través situose el conde de Lobau encima de este promontorio, con la derecha en la quinta de Hanotelet y la izquierda en la hacienda de Fricheimont, dándose la mano con la división

de Durutte hacia la hacienda de Papelotte, obstruyendo así el espacio comprendido entre los dos arroyos, y plantando sobre su frente una batería de treinta bocas de fuego, que aguardaba al enemigo con la mecha en la mano.

De la capilla de San Lamberto había bajado el cuerpo de tropas de Bulow al arroyo de Lasne por un camino sumamente dificultoso, ya marchando sobre movediza arena, ya sobre tierra gredosa y resbaladiza, y costándole gran trabajo lograr que su artillería siguiera adelante. Tras de pasar estos malos terrenos, también hubo de atravesar espesos bosques, donde pudieran detener a un ejército algunas tropas bien apostadas. Por desgracia de los franceses, en la confianza de que solamente Grouchy podía venir por este lado, no se tomó precaucion alguna, á cuya vista el mariscal Blücher, que acababa de alcanzar á Bulow, se estremeció de gozo. A cosa de las tres se aproximaban las dos primeras divisiones de Bulow a la posición del conde de Lobau, hacia el arroyo de Smohain la de Losthin, y hacia el arroyo de Lasne la de Hiller, y precedidas por caballería así la una como la otra. Con ellos andaban los escuadrones de Demou y de Sobervic á sablazos, y de esta suerte retardaban su aproximacion cuanto les era posible. En batalla aguardaba Lobau sobre el borde del promontorio, y dispuesto á cubrir á sus enemigos de metralla.

— No alarmarse aun Napoleón de lo que pudiera acontecer hacia esta parte, su plan modificó á pesar de todo. Habiendo tomado la ofensiva contra los ingleses, de su voluntad dependia suspender la accion en frente de estos, y no comenzarla otra

vez para hacerla decisiva hasta despues de que pudiera avalorar toda la importancia del ataque de los prusianos. Su plan estribaba de consiguiente en recibirlos de una manera tan vigorosa que fuesen detenidos á lo menos una ó dos horas, y volver de seguida contra los ingleses, y con el cuerpo de Erlon y la Guardia y la gruesa caballería trasladarse al Monte de San Juan desde la calzada de Bruselas, y lanzar así sobre el centro del duque de Wellington sus fuerzas todas, para acabar de una vez y por medio de un golpe desesperado. Mas, para caminar sobre seguro, se necesitaba poseer en el centro la hacienda de la Haye-Sainte, á fin de que no avanzaran los ingleses mientras se suspendia la batalla, y de desembocar libremente en la planicie cuando se tratara de descargar el último golpe. A la izquierda convenia poseer la quinta de Goumont en todo ó en parte, cuanto fuera indispensable para mantenerse en su recinto. Así recomendó á Ney que se apoderara de la Haye-Sainte á toda costa, y se estableciera dentro en espera de la señal que le daria oportunamente para una tentativa general y decisiva contra los ingleses. Al mismo tiempo careciendo el general Reille de gruesa artillería para el ataque de la quinta de Goumont, porque su batería de á doce fué llevada á la gran batería de la derecha, Napoleón envióle algunos obuses para incendiar la quinta y sus edificios.

Entretanto ni á la izquierda ni en el centro habia alojado el combate. Encarnizada la division de Geronimo contra el vergel y los edificios de Goumont casi habia matado á los enemigos tantos soldados como llevaba ya perdidos de los suyos. Al

cabo logró trasponer el espeso vallado, que se presentaba á la salida del bosque; no pudiendo luego forzar los muros almenados del jardín, se apoyó á la izquierda, para apoderarse de los edificios de la quinta, mientras la division de Foy la relevaba en el bosque, y á lo largo del vergel andaba con los ingleses á tiros. El coronel Cubiéres, gefe del 1.º de ligeros y que ya en el ataque del bosque de Bois-su se habia distinguido dos dias antes, bajo un fuego espantoso y hecho desde la planicie dió la vuelta á los edificios; y descubriendo una puerta, que daba á un patio de la hacienda, se determinó á disponer que se echara abajo. Apoderandose de un hacha el oficial Legros, bizarro y antiguo subteniente de ingenieros, llamado *el valenton* por sus camaradas, al punto derribó la puerta, y á la cabeza de un poñado de valientes se metió en el patio. Ya el puesto era de los franceses y lo iban á señorear del todo, cuando acudió el teniente coronel Maconell á la cabeza de los Guardias ingleses, y logró repeler á los asaltadores, y volver á cerrar la puerta, y salvar la quinta de Goumont de este modo. Muerto quedó el bizarro Legros sobre el terreno. El coronel Cubiéres, herido en los Cuatro Brazos dos dias antes, alcanzado ahora por varios tiros y derribado de su caballo, ya iba á ser pasado á cuchillo, cuando, conmovidos por su edad y por su denuedo, los ingleses le perdonaron la vida y se le llevaron cubierto de sangre. Forzoso fué por consiguiente volver al lindero del bosque, sin conquistar aquella mole fatal de edificios. Entretanto era llegada allí la batería de obuses, establecida fué en el borde del bosque, y vomitó bombas, que muy luego prendieron fuego á las casas

de la línea. Reforzados los ingleses de continuo en medio de las llamas, se obstinaban en mantener aquella posición por considerarla de importancia suma para la defensa de la planicie. Ya este combate en la hacienda de Groumont había costado dos mil hombres á los ingleses y tres mil á los franceses, sin otro resultado para estos que la conquista del bosque. En rededor de sus arboles y arbustos se agruparon las divisiones de Foy y del príncipe Gerónimo, y allí encontraban algún abrigo; y su ejemplo imitó para ampararse contra los fuegos de la artillería británica la division de Bachelu, reducida á tres mil hombres, á consecuencia de la lucha en los Cuatro Brazos, esperando que se empleara mejor su denuedo. Así quedó casi desocupado el espacio comprendido entre la finca de Groumont y la calzada de Bruselas, donde Ney atacaba á la Haye-Sainte.

Allí se había esforzado este mariscal porfiadamente para señorear un puesto, de que pensaba Napoleón servirse luego para intentar un ataque decisivo contra el centro de los ingleses. En el vergel se había mantenido la brigada de Quiot, y desde allí continuaba sus disparos contra los edificios de la hacienda. Ya se habían rehecho las divisiones del conde de Erlon junto al borde del valle, y Ney las atrajo á su lado, para lanzarlas hacia la planicie desde la calzada de Bruselas, así que llegase la hora oportuna. Ciertamente no tenía necesidad de estímulos este mariscal ilustre, pues su bravura sin par semejaba exceder las fuerzas comunes de la humanidad en esta memorable jornada. Sabiendo que Napoleón quería ser dueño de la Haye-Sainte á toda costa, al frente se puso de dos

batallones de la division de Douzelot por haberse rehecho la primera, y allá precipitose con impetu y en derechura. Arrastrados los soldados por su arrojado derribaron la puerta, y en el recinto penetraron bajo un fuego espantoso, y pasaron á cuchillo al batallon ligero de la legion alemana, que estaba en su custodia. De cerca de quinientos hombres, solo cuarenta se pudieron dar á la fuga con cinco oficiales, perseguidos á sablazos por los coraceros franceses, no habiendo cesado una de sus brigadas de tomar parte en el combate. Al ver la legion alemana, situada á lo largo del camino de Ohain, cómo tornaban estas infelices reliquias de uno de sus batallones, se quiso lanzar en su ayuda. Destacados dos de sus batallones descendieron á la Haye-Sainte con el designio de recuperar este puesto. Así que Ney los dio vista, á la brigada de coraceros saltó en su contra, inmediatamente los batallones alemanes formaron cuadros, mas cayéndoles encima los coraceros muy impetuosamente, al golpe rompieron uno de ellos, y le acuchillaron con furia, y se apoderaron de su bandera. Tiempo tuvo de formarse el otro, y así resistió dos cargas consecutivas, mas quizá iba ya á ser roto, cuando los Guardias á caballo de Somerset, llegaron en su auxilio. A la fuerza se hubieron de replegar los coraceros franceses, dejando escapar á uno de los batallones alemanes, si bien tras de tener la cruel satisfaccion de degollar casi en totalidad al otro.

Dueño Ney de la Haye-Sainte, se creia ya en aptitud de desembocar victoriosamente sobre la planicie por la calzada de Bruselas, y solicitaba los medios de llevar esta operacion á cabo, discurs-

riendo llegada ya la hora de dar al ejército inglés una decisiva acometida. A la sazón tenía á la división de Erlon cerca de la Haye-Sainte, y aun la condujo mas adelante, y sobre su derecha logró ocupar la parte mas próxima al camino de Ohain, que ya no le podían disputar las tropas de Kempt y de Pack, á causa de estar medio destrozadas. Por su izquierda se hubiera querido juntar con las tropas de Reille, cuyas tres divisiones apoltonadas en torno del bosque de Goumont habian dejado un hueco entre esta quinta y la Haye-Sainte. Para llenar este hueco pidió fuerzas á Napoleon una vez y otra, y con el rostro resplandeciente de heroico ardimiento dijo repetidamente al general Drouot que, si se ponian á su disposicion algunas tropas, de fijo iba á acabar con el ejército británico y á alcanzar un triunfo insigne.

Ya eran las cuatro y media de la tarde, y á esta hora sobre la extrema derecha de los franceses replegada en horca, el ataque de Bulow se habia pronunciado vigorosamente. Saliendo las tropas prusianas de las hondonadas llenas de maleza entre el arroyo de Smohain y el de Lasne, al declive treparon del terreno, con la division de Losthin á la derecha y la de Hiller á la izquierda. En espera suya el valiente Lobau con sangre fria imperturbable, al principio acribillólos á cañonazos, aunque sin alcanzar á contenerlos de ningun modo. A los disparos respondieron lo mejor que les fué posible, y cayendo sus proyectiles detras de los franceses sobre los parques y los bagajes, ya daban origen á cierta confusion en la calzada de Charleroy. Descubriendo Lobau con su ejercitado golpe de vista que estas dos divisiones prusianas no iban apoya-

das, oportunamente destacó su primera línea, que las acometió á la bayoneta, y las repelió á las hondonadas llenas de maleza, de donde salieron poco antes. Con todo, este triunfo debido al denuedo y á la presencia de ánimo del caudillo del sexto cuerpo de tropas no era mas que tiempo ganado, pues empezábase á divisar nuevas columnas prusianas, que acudian á dar apoyo á las primeras, y hasta algunas que se aprestaban á envolver á los franceses á beneficio de un rodeo mas grande sobre su flanco derecho. Napoleon no temia semejante empresa, teniendo á su disposicion los veinte y cuatro batallones de la Guardia, si bien la quiso precaver de seguida é imposibilitarla del todo, antes de descargar sobre los ingleses el golpe decisivo, con que se lisongeaba de dar remate á la batalla. De consiguiente ordenó al general Duhesme que se trasladara á la derecha del sexto cuerpo con los ocho batallones de la Joven Guardia, que tenia bajo su mando, y dióle además veinte y cuatro bocas de fuego para acribillar á los prusianos á fuerza de metralla.

Napoleon se quedó en el centro al frente de quince batallones de la media y la Vieja Guardia (1), proponiéndose caer con ellos, y con la caballeria de la Guardia, y con toda la reserva de la gruesa caballeria sobre los ingleses como el rayo, apenas viese la conclusion del ataque de los prusianos. Además Grouchy podia asomar finalmente, despues de hacerse esperar tanto. Ya eran muy cerca de las cinco de la tarde, y no precipitando

(1) Dos de estos batallones se refundieron en uno despues de la batalla de Ligny.

nada, y manteniéndose con firmeza, se le daría tiempo de llegar y de contribuir á un triunfo, que no podía menos de ser brillante, si cogía de revés á los prusianos, mientras se les atacaba de frente. A tenor de esta idea, Napoleón envió á decir al mariscal Ney la imposibilidad de proporcionarle infantería, si bien le enviaba provisionalmente los coraceros de Milhaud para llenar el hueco entre la quinta de Goumont y la Haye-Sainte, y le recomendó además que aguardara sus órdenes para el ataque en que se había de decidir la suerte de la jornada (1).

En observancia de las órdenes de Napoleón, de la retaguardia de las tropas de Erlon donde se hallaban situados, los coraceros de Milhaud emprendieron el movimiento al trote, y atravesaron de derecha á izquierda el campo de batalla, y cruzaron la calzada de Bruselas, y se fueron á colocar detrás de su primera brigada, que ya el mariscal Ney había soltado varias veces contra los enemigos. Posición tomaron entre la línea de Goumont y la Haye-Sainte, para llenar el espacio que, según se ha dicho mas arriba, las divisiones del general Reille dejaron vacío al agruparse en torno del bosque. Viva sensación produjo el movimiento de estos formidables jinetes, divididos en ocho regimientos y cuatro brigadas. Todos creyeron que se iban á lanzar á la carga, y por consiguiente que era llegada la hora suprema. Se les saludó con el grito de *viva el emperador!* al cual respondieron con las mismas aclamaciones. Al pasar el general Mil-

(1) Mas adelante hallará el lector discutida esta providencia de Napoleón.

haud por delante del general Lefebvre Desnoettes, jefe de la caballería ligera de la Guardia, le dijo apretándole la mano: — *Voy á atacar, apóyame.* — Lefebvre Desnoettes, cuyo ardimiento no tenía necesidad de nuevos estímulos, creyó que de orden de Napoleón se le prevenía que apoyara á los coraceros, y siguió su movimiento de contado, y se puso detrás de sus brigadas. Tanto en Wagram como en Fuentes de Oñoro hubo que deplorar la institución de los generales en jefe de la Guardia Imperial, de cuyas resultas quedó paralizada en jornadas tan famosas, muy inoportunamente, ahora hubo que deplorar la carencia de institución semejante, á causa de la enfermedad del mariscal Mortier, pues no había quien atajara arranques inoportunos, y para colmo de desdichas, obligado Napoleón á dejar la posición que ocupaba en el centro, se había trasladado hacia la derecha para dirigir el ataque de los prusianos, de suerte que estos quitaban á la par sus reservas y la persona de Napoleón á los franceses.

Quando el mariscal Ney tuvo á su disposición tan excelente caballería, su confianza y su audacia subieron de punto, y mostróse muy impaciente de justificar lo que á Drouot había ya dicho que, si se le dejaba obrar á sus anchas, con el ejército inglés acabaría por sí solo. Ya el duque de Wellington había introducido algunos cambios en su orden de batalla, á consecuencia de los cambios operados en el de los franceses. Cruelmente había padecido la división de Alten, situada en su centro y á su derecha. Haciendo que avanzaran el cuerpo de Brunswick y las brigadas de Mitchell y de Lambert, la proporcionó oportunos refuerzos. Al general Chassé,



establecido al principio en Braine l'Allend, le previno que fuera a apoyar la extremidad de su ala derecha. También hizo que se le aproximase la division de Clinton, dejada hasta entonces á su espalda; y á la brigada hanoveriana de Wincke llamó de su izquierda, por juzgarla ya fuera de peligro, despues del ataque infructuoso del conde de Erlon y de la aparición de los prusianos. Ya muy maltratado por la artillería de los franceses, expuesto á serlo mas todavía desde que ocuparon la Haye-Sainte, al concentrar sus tropas hacia su derecha, no omitió el cuidado de llevarlas un poco á la espalda, y manteniéndose á caballo en medio de sus filas, allí las preparaba á resistir un rudo asalto, fácil de presentir al ver como relumbraban los cascos de los coraceros franceses y las lanzas de la caballería ligera de la Guardia.

Sola habia quedado la artillería inglesa, junto al borde de la planicie, á consecuencia del movimiento retrógrado operado por su infantería, y también á consecuencia de una táctica que les era propia. Con efecto, siempre que su artillería se veia amenazada por tropas de á caballo, costumbre tenían de encerrar á los artilleros y sus tiros en los cuadros, dejando indefensos los cañones, que los enemigos no se podian llevar sin caballos, y de volver para servirse nuevamente de ellos, así que pasaba la tormenta, contra la caballería en retirada. De consiguiente habia sesenta cañones delante de la línea inglesa, y con muy escaso apoyo, y siendo objeto de viva tentacion para un enemigo de audacia.

Con la sangre hirviente aun de resultas del combate de la Haye-Sainte, y confiadísimo en los cinco

mil jinetes, que le acababan de llegar entonces, y formaban cuatro excelentes líneas de caballería, Ney no era hombre para estarse quieto bajo las descargas de la artillería inglesa. Echando de ver que esta artillería se hallaba sin apoyo, á la par que habia ejecutado un movimiento retrógrado su infantería, al punto resolvió apoderarse de aquella fila de cañones que tenia delante, y poniéndose á la cabeza de la division de Delort compuesta de cuatro regimientos de coraceros, y mandando á la division de Wathier que fuera en su ayuda, al trote arrancó á pesar del másimo estado del piso. No pudiendo desembarcar por la calzada de Bruselas á la sazón obstruida, embarazado por el encajonamiento del camino de Ohain muy hondo en este punto, se lanzó un poco á la izquierda, y con sus cuatro regimientos atravesó el borde de la planicie, y cayó como el rayo sobre la artillería casi indefensa. Despues de rebasar la línea de los cañones, viendo que la infantería de Alten ciaba segun las apariencias, sobre ella soltó á sus coraceros. A pesar de la granizada de balas que les llovia encima, estos briosos jinetes se arrojaron á toda rienda sobre los cuadros de la division de Alten, y rompieron muchos, y cebáronse en acuchillarlos con furia. Con todo, presto repararon sus brechas algunos de estos cuadros, rotos al principio de resultas del choque de los hombres y de los caballos, y se tornaron á cerrar sobre los desmontados jinetes franceses: intactos otros continuaron su mortífero fuego. Al ver tal resistencia, Ney lanza su division segunda, la de Wathier, y ante este esfuerzo terrible de cuatro nuevos regimientos de coraceros, la division de Alten queda arrollada sobre la segunda línea de la infantería

inglesa. Muchos batallones de las legiones alemana y hannoveriana quedan rotos, hollados con las plantas, acuchillados y privados de sus banderas. Aquellos coraceros, los mas veteranos del ejército de Napoleon, entre todos sacian su rabia matando ingleses sin misericordia.

Lo quebrantable en lo mas recio de tan deshecha borrasca, el duque de Wellington hace pasar la brigada de los Guardias de a caballo de Somerset, los carabineros holandeses de Trip y los dragones de Dornberg, por entre los huecos de su infanteria. Aprovechándose estos escuadrones del desorden inevitable de los jinetes franceses, al principio logran la ventaja, y los rechazan de seguida. Pero corriendo Ney hacia Lefebvre. Desnortes, le hace señal de llegar pronto, y sobre la caballeria inglesa y alemana del duque de Wellington le lanza al golpe. Contra los Guardias de a caballo se precipitan los valientes lanceros, y los repelen a su turno, blandiendo habilmente sus lanzas. Durante esta carga se rebacen los coraceros, y a la acometida tornan bizarramente, y unidos a los lanceros y a los cazadores se arrojan de nuevo sobre la caballeria inglesa. Mezclados unos con otros, y sable o lanza en mano se traban mil singulares combates entre los jinetes de ambas naciones. Antes de mucho la ventaja es de los franceses, y tendida queda en el suelo parte de la caballeria contraria. Sus restos se amparan detrás de los cuadros de su infanteria, y una vez mas se ven detenidos los jinetes franceses, con gran daño de la caballeria ligera de la Guardia, que no estando ceñida de coraceras, allí pierde muchos hombres y caballos bajo el terrible fuego.

Ney ya há perdido dos caballos en medio de este espantoso desencadenamiento de las furias humanas. Su traje y su sombrero están agujereados de balazos; pero siempre invulnerable ha jurado destruir al ejército inglés el valiente de los valientes. Más y más se lisonjea de llevarlo á cabo, en vista de lo que lleva hecho hasta entonces, y al descubrir inmóviles hacia el respaldo de la planicie tres mil coraceros y dos mil granaderos de a caballo de la Guardia, que no han lidiado todavía. Anheloso demanda que se le fien aquellos jinetes para dar cima á la victoria. Junto al borde de la planicie allega á los que acaban de pelear, con el fin de darles algun respiro, y hacia los otros galopa desalado para traerlos al combate.

Desde lejos habia divisado todo el ejército esta refriega formidable, y comprendido su buen resultado por el movimiento de los cascos y de las lanzas, que iban y venian de un lado á otro, y sin abandonar la posición ni lo mas leve. Al último soldado le dictaba su instinto la urgencia de continuar tal obra una vez comenzada, pues si habia falta en haberla emprendido, mayor la hubiera en interrumpirla de pronto.

Al golpe comprendió Napoleon la empresa acometida por la impaciencia de Ney, así que atrajo su atención aquel tremendo tumulto de caballeria. Mucho se aplaudió la tal obra en rededor suyo. Pero este capitán consumado, que ya habia dado personalmente mas de cincuenta batallas campales, á la sazón dijo estas palabras.—*Se ha anticipado una hora — ¡Ese hombre siempre es el mismo!* añadió el mariscal Soult aludiendo á Ney; *todo lo va á comprometer, como hizo en Jena y en*

*Eylau.*—Sin embargo, Napoleón discurrió que urgía proseguir lo ya ejecutado, y al general Kellermann envió la orden de apoyar á los coraceros de Milhaud. Detrás de los coraceros de Kellermann estaba la gruesa caballería de la Guardia, fuerte de dos mil granaderos de á caballo y dragones, y ardiendo unos y otros de impaciencia por venir á las manos, pues la caballería se hallaba tan inflamada por lo menos como la infantería en esta famosa jornada.

Kellermann, que acababa de experimentar en los Cuatro Brazos lo que llamaba el loco ardimiento de Ney, reusó el desesperado uso que en este momento se iba á hacer de la caballería. Desconfiando del resultado, se quedó con una de sus brigadas, la de carabineros, para servirse de ella como último recurso, y entregó las demás al mariscal Ney con honda pesadumbre. Llegado este al encuentro de los coraceros de Kellermann, á quienes inflamaron su presencia y sus ademanes, á su cabeza trepó á la planicie, junto á cuyo borde tomaba aliento la caballería antes empeñada. Con sangre fría aguardaba el duque de Wellington esta nueva embestida. Detrás de la división de Alten medio destrozada, situó el cuerpo de Brunswick, los guardias de Maitland y la división de Mitchell, y en tercera línea las divisiones de Chassé y de Clinton. Dificilísimo era sin duda echar abajo estas tres murallas, pues cabía derribar una, y hasta dos acaso, pero no era de esperar que se diera al traste con la tercera. No obstante, el atrevido Ney desemboca sobre la planicie con sus escuadrones cubiertos de hierro, y á una señal suya, y al grito de *¡viva el emperador!* aquellos bizarros pi-

netes arranean al galope blandiendo sus sables. Al decir de los testigos oculares de esta escena espantosa, nunca se vió nada parecido en los anales de la guerra. Llevando generales y oficiales al frente, se precipitan estos veinte escuadrones con todo el empuje de sus caballos, y á pesar de caerles encima una lluvia de fuego acometen á la primera línea inglesa y la rompen del todo. Destruída queda ahora la división de Alten ya tan maltratada, y todo el regimiento 69.º de ingleses queda por tierra y sin vida. Desordenadamente se refugian las reliquias de esta división sobre la calzada de Bruselas. Volviendo Ney á juntar sus escuadrones, los lanza sobre la segunda línea de los ingleses, y la embisten con igual ardimiento, si bien aquí encuentran una resistencia invencible. Rotos son muchos cuadros; pero los mas se mantienen firmes, y algunos jinetes franceses logran penetrar hasta la tercera línea, para espirar ante sus bayonetas, ó para escapar al galope, y rehacerse detrás y tornar á la carga. Entonces el duque de Wellington se decide á sacrificar los restos de su caballería, y la arroja á la retrega, donde sucumbe pronto, pues si la infantería inglesa logra atajar á los coraceros franceses con las puntas de las bayonetas, ninguna caballería es capaz de aguantar su formidable choque. En tal extremidad quiere hacer uso de mil húsares de Cumberland, todavía intactos. Pero á la vista de arena tan ensangrentada, estos húsares se repliegan desordenadamente, arastrando consigo los equipajes, los heridos, los fugitivos que ya se agolpan en tropel sobre el camino de Bruselas.

A pesar de la tenaz resistencia, no desespera

Ney de acabar con el ejército inglés sable en mano. Entonces le llega un refuerzo imprevisto. Mientras da este combate de gigantes, la gruesa caballería de la Guardia acude á su lado, sin que se conozca la causa. Algo atrás se había quedado en un pliegue del terreno; algunos de sus oficiales se adelantaron para presenciar el prodigioso combate de Ney, y creídos ya en su triunfo cantaron victoria, blandiendo sus sables. Al oír este grito se adelantaron otros oficiales, y los escuadrones mas cercanos se figuraron que se les daba la señal de ir á la carga, y se pusieron en movimiento al trote. Detrás siguió la masa, y como cediendo á un involuntario impulso, por entre lodazales treparon los dos mil dragones y granaderos de á caballo á la planicie. Por Napoleon fué enviado Bertrand para prevenirles que hicieran alto, y no les pudo dar alcance, aun esforzándose en acudir de prisa. Ney se apodera de este refuerzo inesperado, y le arroja contra el muro de bronce que ansía echar por tierra. A su turno opera prodigios la gruesa caballería de la Guardia, pero, careciendo de corazas, muchos de sus hombres caen bajo los tiros de fusilería. De nuevo lanza Ney, incapaz de desanimarse por nada, á los coraceros de Milhaud, ya descansados algun tanto, y así ejecuta una especie de continua carga, con el auxilio de los escuadrones que, tras la acometida, se van á rehacer á la espalda para cargar de nuevo. Algunos hasta dan vuelta al bosque de Goumont para tornar á entrar en línea y á empezar el combate. En medio de tal encarnizamiento, viendo Ney la brigada de carabineros, mantenida por Kellermann en reserva, allá va á todo escape, la pregunta qué hace

ociosa, y á pesar de Kellermann se apodera de ella y la conduce al enemigo. Brechas nuevas abre en la segunda línea de la infantería británica, y atropella muchos de sus cuadros, y los acuchilla bajo el fuego de la tercera línea sin reposo, y destruye las tres cuartas partes del segundo muro, sin poder siquiera encantar el tercero. Ney se obstina, de forma que hasta once veces lleva sus diez mil jinetes al combate, y matando siempre, y sin conseguir al cabo triunfar del teson de una infantería, que, atropellada un momento, se repone, y se rehace de seguida, y torna á hacer fuego. Echando espuma por la boca, despues de perder su cuarto caballo, sin sombrero, con la levita taladrada de balas, lleno de contusiones, aunque por fortuna sin una sola herida penetrante, Ney dice al coronel Heymes, que, si se le permite disponer de la infantería de la Guardia, al fin acabará con aquella infantería inglesa extenuada, y que ha llegado ya al último extremo de las fuerzas humanas; y le ordena que corra con esta demanda á Napoleon de contado.

Con esta esperanza, viendo que solo con la caballería no le es posible dar cima al combate, y que es necesario hacer uso de la infantería para acabar á la bayoneta, á sus jinetes junta sobre el borde de la planicie, y allí los mantiene con la firmeza de su continente. Brioso recorre sus filas, les exhorta con calorosas frases, les dice que es forzoso permanecer allí á pesar del fuego de la artillería, y que, teniendo valor para conservar la planicie, bien pronto se librarán del ejército inglés para siempre.—Aquí es, amigos míos, les dijo, donde la suerte de nuestro país va á ser decidida;

aquí es necesario vencer para asegurar nuestra independencia.—Dejando por un momento la caballería, y corriendo sobre la derecha hacia el conde de Erlon, cuya infantería había logrado apoderarse del camino de Obain, y seguía batiéndose a fusilazos con los batallones de Paek y de Kempt medio destruidos, le dijo estas palabras.—*Mantente aquí firme, porque si tú y yo no morimos aquí bajo las balas de los ingleses, no nos está reservada otra suerte que la de caer miserablemente bajo las balas de los emigrados.*—¡Triste y doloroso vaticinio! Este héroe sin par, yendo de sus infantes a sus jinetes, los mantiene bajo el fuego, y está allí en persona, milagro vivo de invulnerabilidad, pues semeja que no le pueden tocar las balas enemigas. Cuatro mil de sus jinetes muerden el polvo, pero en desquite diez mil ingleses entre jinetes é infantes han pagado con la vida su tenaz resistencia. Casi todos los generales ingleses tienen heridas mas menos graves. Socolor de llevarse á los heridos una porcion de fugitivos han escapado con los asistentes, los cantineros y los conductores de bagajes hacia el camino de Bruselas, gritando que todo está acabado y que se ha perdido la batalla. Al revés los soldados que perseveran en las filas, no pierden un palmo de terreno. Eleyendo el duque de Wellington su firmeza á la altura del heroísmo del mariscal Ney, les dice que se aproximan los prusianos, que van á asomar dentro de pocos instantes, y que de todos modos es menester morir en su espera. Mirando el reloj, como medio de salvación invoca á Blucher ó á la noche. Pero le quedan treinta y seis mil hombres sobre la planicie, contra la cual se obsti-

na el mariscal Ney ardoroso, y no desespera todavía. Ney no desespera tampoco, y estos dos grandes corazones mantienen en equilibrio los destinos de ambas naciones. Un extraño fenómeno de lassitud se efectua entonces. Extenuados los combatientes cesan de atacarse por espacio de una hora. Apenas disparan los ingleses algunos cañonazos con los restos de su artillería, á la par que los jinetes franceses permanecen incocontrastables, teniendo detrás sesenta cañones conquistados y miles de cadáveres bajo sus plantas.

Durante este combate sin ejemplo, digo y terrible fin de este sangriento siglo, el coronel Heymes fué á pedir infantería á Napoleon en nombre del mariscal su jefe.—¡Infantería! pronunció Napoleon sin poder reprimir su enojo. ¿Y de dónde quiere que la saque? ¿Quiére que la mande hacer por ventura?... Ved lo que tengo encima, y mirad lo que me queda....—Con efecto, hacia la derecha, el estado de las cosas vino á ser por extremo grave. Al cuerpo de Bulow fuerte de treinta mil hombres, que trataba Napoleon de contener con los diez mil soldados de Lobau, se venian á juntar espesas columnas, que se divisaban en las hondonadas cubiertas de matorrals, de donde salia el ejército prusiano. Evidente era que se iba á hacer cara á todas las fuerzas de Blucher, esto es, á ochenta mil hombres, sin que se les pudiera oponer mas que la infantería de la Guardia, reducida á trece mil combatientes, pues su caballería y las reservas todas, asi coraceros como dragones acababan de ser empleados y gastados por el mariscal Ney en una tentativa prematura (1). Por lo que hace á la lle-

(1) Puestas en cuestion han sido las aserciones de Na-

gada de Grouchy ya no la esperaba Napoleon ni por asomo, pues no tenia la menor noticia del gefe de su ala derecha, y paseando por el horizonte el ojo mas ejercitado y aplicando el oido mas sutil, imposible era divisar la mas leve sombra, ni per-

pleon sobre este punto, y hasta se ha llegado á suponer que mandó el movimiento de caballería ejecutado por el mariscal Ney de una manera tan prematura. Ante todo repetiré que, si toda asercion venida de Santa Elena no es necesariamente verdadera, tampoco es necesariamente falsa. Napoleon ha dicho en la Relacion que lleva el nombre del general Gourgaud, y repetido en la que lleva el soyo propio, que recomendó á Ney establecerse en la Haye-Sainte y esperar sus nuevas órdenes en este sitio; que sintió vivamente la carga de caballería del mariscal, si bien una vez emprendida, se determinó á dárla apoyo. Tan verosímil es la asercion que me inclino á prestarla asenso; y además de su exactitud hay pruebas, que me parecen convincentes. Desde luego Napoleon estaba tan preocupado del ataque de los prusianos que suspendió toda otra accion que la dirigida en su contra, y tanto que hasta despues de contener á Bulow no quiso dedicar á otro objeto ni un solo batallon de la Guardia. ¿Cómo, pues, se ha de admitir que, no queriendo segregar de su derecha ninguna porcion de su infantería de reserva, se acomodara á que se lanzase al ataque su gruesa caballería sin apoyo alguno de infantes? ¿Cómo se ha de admitir que un capitán de tanta pericia cometiese la falta de empujar su caballería, sin poder aun disponer de ninguna porcion de infantería que fuera en su ayuda? Verdaderamente es temeridad grande la de portiar en hacer que mandara una cosa que no le ocurriera al general mas negado. Tal vez se responderá que Ney lo hizo á pesar de todo. Pero, además de que Ney distaba de Napoleon muy mucho, Ney estaba sobre el terreno, y excitado, y fuera de sí, no mandaba en gefe, y no estaba al alcance de lo que Napoleon sabia perfectamente, esto es, que por de pronto no se podía esperar el mas leve auxilio de infantería. Por consiguiente, la falta, concebible en Ney, no lo fuera en Napo-

cibir el mas vago ruido que revelase su presencia, ni su aproximacion siquiera. Asi la infantería de la Guardia demandada á Napoleon era su único recurso contra una catástrofe espantosa. Efectivamente, si cuanto le enviaba á decir Ney acerca

leon de ningun modo. Y aun quedan los testimonios concluyentes.

Testigo ocular y defensor de Ney muy resuelto, el coronel Heymes, al hablar de esta famosa carga de caballería, no se atreve á decir que por Napoleon fuese ordenada. Si existiera esta excusa, la alegara de positivo. Se limita á decir que Ney quiso tomar posesion del terreno y de los cañones, que de resultas del movimiento retrógrado del duque de Wellington parecian abandonados. Evidentemente se patentiza que no existe de ninguna manera tan radical excusa, puesto que no la alegan los mismos que, por justificar al mariscal Ney, han desfigurado los hechos. Finalmente hay otra prueba, que en mi concepto es decisiva. Escribiendo Napoleon en Laon el Boletín detallado de la batalla á la vista del mariscal Ney, que podia muy bien desmentir sus aserciones, y que no omitió efectivamente impugnar este Boletín en la Cámara de pares á los dos dias, no vacila en decir que, cediendo á un *ardimiento irreflexivo*, la caballería atacó sin orden suya. Por testigos presenciales y fidedignos sé que, al redactar en Laon el Boletín, Napoleon dijo estas palabras.—Bien podía imputar á Ney la principal falta de la jornada, pero no lo haré.—Por esto, sin nombrar á Ney, atribuyó con verdad *al ardimiento de la caballería* la falta cometida de gastar las fuerzas todas de la caballería francesa antes del momento oportuno. Ciertamente no aventurara tal especie delante de Brouot y de tantos testigos oculares, si la carga en cuestion hubiera provenido de orden suya. Sobre todo esto hay la circunstancia de que, haciendo Ney á los dos dias en la Cámara de pares, una violenta salida contra la direccion general de las operaciones, contra Napoleon, en una palabra, no se atrevió á aventurar la excusa de que le fué ordenado aquel intempestivo uso de la caballería,

de la situación del ejército británico lo pudiera ver con sus propios ojos, si no arrojando tanto el peligro a su derecha, le fuera dado contener á Bulow con las tropas de Lobau tan solo, se debiera arrojar con la infantería de la Guardia sobre los ingleses, para consumir su ruina, y revolver despues contra los prusianos, para oponerles restos sin duda, aunque restos triunfantes. De tal modo saliera de esta refriega como un valiente que, obligado á luchar contra dos enemigos, al uno vence tras el otro, cayendo punto menos que exánime sobre el cadáver del postrero. Mas dudaba del juicio de Ney,

lo cual diera por tierra con un cargo, que corría á la sazón de boca en boca. Verdadera notoriedad habia adquirido en el ejército por entonces, y mas de una vez se lo he oido así á testigos presenciales, la escena contada en la relación del general Gourgaud y en que pronuncia el mariscal Soult estas palabras: *Este hombre todo lo va á comprometer como en Jena.*

Por tanto, á mi ver consisten las pruebas irrefragables en que, suspendiendo Napoleon la acción por causa de los prusianos, no podia en tal momento prescribir una carga general de su caballería; en que, estando Ney en Laon para desmentirlo, sin titubear estampó al redactar el Boletín que la carga fué obra de un *ardimiento irreflexivo*; y en que, al dirigirle Ney violentas recriminaciones á los dos dias en la Cámara de pares, no hizo de ningún modo valer la excusa tan obvia y tan cabal de que este *ardimiento irreflexivo* fuere obra de Napoleon, por haberlo autorizado con su mandato. Me parece, pues, fuera de duda que Ney se vió arrastrado á la acometida, y que, una vez comenzado el movimiento, Napoleon se resignó á darle apoyo, porque en verdad no podia obrar de otra suerte. Así la segunda orden ha dado margen á suponer la existencia de la primera. Yo no hago aquí papel de apologeta, sino de historiador que busca la verdad ni mas ni menos.

y no le perdonaba su precipitación, y veía al ejército prusiano salir todo entero de aquel abismo, cuya abierta boca vomitaba sin cesar nuevos enemigos. De consiguiente quiso atajar á los prusianos por medio de un ataque á fondo, antes de ir á ver de ganar una batalla dudosa en su centro, mientras dejaba otra, que probablemente seria perdida y mortal á su derecha. No obstante, pasado el primer arrebato, y recuperando su dominio sobre sí propio, al mariscal Ney envió una respuesta menos dura y menos desconsoladora que la dada al coronel Heymes de golpe. Este recibió el encargo de manifestarle que, si sobre la planicie del Monte de San Juan era la situación dificultosa, no lo era menos á las margenes del arroyo de Lasne; que lenia encima á todo el ejército prusiano; que así que lograra rebazarle ó contenerle cuando menos con la Guardia iría á dar remate por medio de un esfuerzo desesperado á la victoria medio alcanzada sobre los ingleses; que hasta entonces convenia mantenerse á toda costa en la planicie, puesto que Ney se habia dado tanta prisa á trepar á su cumbre, y que se le llevaria pronto y eficaz auxilio, con tal de que se mantuviera allí una hora.

Con efecto, mientras el coronel Heymes iba á llevar al mariscal Ney una contestación tan distinta de la que esperaba anheloso, el combate contra los prusianos se hizo no menos terrible que contra los ingleses. Llegado personalmente Blucher al terreno, esto es, á las alturas de las margenes del arroyo de Lasne, en claro distinguia lo que pasaba sobre la planicie del Monte de San Juan por entonces, y aunque no le desazonara ver á los ingleses en apuro, y castigarles así por lo tardío en su sentir del

socorro, con que le acudieron hácia Ligny dos dias antes, no queria de ninguno modo comprometer la causa comun por mezquinos resentimientos. Divisando las formidables acometidas de los coraceros desde tal distancia, á Bulow ordenó que forzara la derecha de los franceses, á Pirch I que le diera apoyo con sus quince mil hombres, á Ziethen que con sus otros quince mil soldados fuera por el camino de Ohain á sostener la izquierda de los ingleses, y á todos que apretaran el paso y se condujeran de forma de terminar la guerra en esta memorable jornada.

Blucher habia transmitido su ardimiento á todas las almas, y excitados los prusianos por el patriotismo y por el odio hacian inauditos esfuerzos por establecerse encima del promontorio alzado entre los arroyos de Smohain y de Lasne. Mientras las divisiones de Losthin y de Hiller pugnaban por apoderarse de las quintas de Fricherfont y de Hanotelet, entre una y otra dejaron un espacio, que ocupó Bulow con los jinetes del principe Guillermo. A caballo el valiente conde de Lobau en medio de sus soldados, cuyas filas dominaba con su elevada estatura, muestras daba de imperturbable sangre fria, y se retiraba lentamente y como en un campo de maniobra, ora lanzando la caballeria de Subervie y de Domon sobre los escuadrones del principe Guillermo, ora conteniendo por medio de cargas a la bayoneta á la infanteria de Losthin á su izquierda, y á la de Hiller á su derecha. Ya eran las seis de la tarde, y dos mil quinientas habia perdido de siete mil quinientas bayonetas, no quedandote de consiguiente mas que cinco mil infantes en contra de treinta mil hombres. Su ma-

yor peligro consistia en ser rebasado hácia su derecha, dado que por envolverlo del todo hacian inmenos esfuerzos los prusianos. Con efecto, remontando el arroyo de Lasne hasta su nacimiento, se llegaba á la aldea de Plancheois, situada detrás de la Bella Alianza, esto es, sobre la derecha y a la espalda de los franceses. Por tanto, si el enemigo seguia por la quebrada y penetraba en aquella aldea, situada en el mismo fondo, rebasados quedaban los franceses del todo, y perdian la calzada de Charleroy, su única linea de retirada. Con este designio dispuso Bulow que la division de Hiller fuese apoyada por la de Ryssel, y de seguida empujó a una y otra por el barranco hácia Plancheois, á la par que cuidaba de que hacia Fricherfont á la division de Hosthin llevara ayuda la de Hacken. A la vista de tal peligro acudió Napoleon al terreno en persona, y de seguida suministró al conde de Lobau cuantos auxilios tenia disponibles. Sobre la izquierda destacó la division de Durutte del cuerpo de tropas de Erlon hacia las quintas de la Haye y de Papelotte, con el fin de establecer un eje solido en el seno del ángulo formado por la linea francesa de batalla. Sobre la derecha de Plancheois envió al general Duhesme con la Joven Guardia y veinte y cuatro bocas de fuego de la reserva, para defender allí un puesto, al cual bien se podia denominar las Termópilas de Francia. En este momento el general Duhesme, oficial consumado y con ocho batallones de la Joven Guardia, que ascenderian á unos cuatro mil hombres, de defensores llenó los dos bordes de la quebrada, á cuya extremidad se hallaba construida la aldea de Plancheois. Mientras hacia que llovieran balas de ca-



ñon y metralla sobre los prusianos, sus jóvenes infantes, apostados unos entre los árboles y la maleza, metidos otros en las casas, se defendían con un mortífero fuego de su fusilería, y no se mostraban dispuestos á dejarse arrancar su posición asolada por más de veinte mil hombres.

Habiendo Blücher dado orden de atacar la aldea de Planchenois, como á las seis y media de la tarde forma Hiller seis batallones en columna, y tras de vomitar sobre la aldea balas de cañon y muchas bombas, á bayoneta calada trata de penetrar en su recinto. Al principio desde las ventanas hacen los franceses un terrible fuego, en seguida el mismo Duhesme se arroja con uno de sus batallones, y arrolla á los prusianos á la bayoneta, y los repele al fondo del barranco, donde su artillería los cubre de metralla. Allí se repliegan en desorden y horribilmente maltratados despues de su tentativa infructuosa. Entonces Blücher reitera la orden absoluta de tomar á Planchenois á toda costa, y á la vista misma de su gefe rebace Hiller sus batallones, tras de consentirles un instante de respiro, les agrega ocho mas al punto, y á la cabeza de catorce vuelve á la carga, muy resuelto ahora á hacerse dueño de la posición tan violentamente disputada. Estos catorce batallones se meten en la hondonada, á cuyos dos bordes se hallan apostados los franceses, y avanzan por entre un verdadero abismo de fuego. Aun cuando caen á centenares, sus filas estrechan de continuo al marchar por encima de los cadáveres de sus camaradas, se empujan unos á otros, y acaban por penetrar en aquella infeliz aldea, á fin de llegar al mismo nacimiento del barranco. Para desembocar en la calzada de

Charleroy les falta solo dar un paso. Conmovidos de haber sufrido esta especie de violencia se repliegan los jóvenes soldados franceses. Pero Napoleón está cerca de ellos, y á la Vieja Guardia le toca repararlo todo. Esta invencible tropa no puede consentir que se le arranque la salvacion del ejército con su única línea de retirada. Napoleón llama al general Morand, y dándole un batallon del 2.º regimiento de granaderos y otro del 2.º de cazadores le manda que repela esta alarmantisima tentativa sobre su derecha. Al frente de los dos batallones, les dice Napoleón estas palabras.—Amigos, hénos llegados al instante supremo; no hay que disparar tiros, sino acometer al enemigo cuerpo á cuerpo, y precipitatele con la punta de vuestras bayonetas á ese barranco, de donde ha salido, y desde donde amenaza al ejército, al imperio y á Francia.— ¡Viva el emperador! es la única respuesta de esta heroica tropa. Roto el cuadro, los dos batallones designados forman en columna, y uno por la derecha y otro por la izquierda van á los bordes de la quebrada, de donde ya desembocan en gran número los prusianos. Con paso firme y robusto brazo los acometen de seguida, y ante su empuje cede todo. Furiosos contra los enemigos que aspiran á rebasarles á toda costa, ó derriban ó pasan á cuchillo á cuantos oponen resistencia, y pronto convierten en un torrente de fugitivos los batallones que acababan de vencer á la Joven Guardia. Ora hieren, ora machucan á sus contrarios, haciendo uso de las bayonetas ó de las culatas de sus fusiles, y tanto es el ardimiento que un tambor mayor mata con el puño de su baston á cuantos logra dar alcance. Arrastrados por el torrente, que es

obra suya, los dos batallones de la Vieja Guardia se precipitan á lo hondo del barranco, y detras de los prusianos trepan á la opuesta pendiente hasta muy cerca de la aldea de Maransart, situada al frente de la de Planchenois. Sin embargo, allí se les detiene con la metralla, y se tienen que replegar de prisa; pero quedan señores de Planchenois y de la calzada de Charleroy, y para esta venganza de la Joven Guardia por la Vieja bastaron solo dos batallones, pudiéndose muy bien calcular que hicieron dos mil victimas en tan espantosa carga.

Al presente, segun las apariencias, se podia ya considerar como repelido el terrible ataque intentado de flanco por los prusianos. Si sobrevenia algun accidente, á juzgar por las probabilidades, no podia ser otro que el de la aparicion de Grouchy que, esperada tan largo tiempo, se efectuaria al cabo, y treria de esta suerte sobre los prusianos un verdadero desastre, porque se ballarian entre dos fuegos. Efectivamente, cañoneo se oia hácia la parte de Wavre, lo cual atestiguaba la presencia sobre este punto del ala derecha de los franceses; pero el destacamento formalmente demandado á Grouchy debia estar en camino, y solo con que asomara á espaldas de Bulow se alcanzarian resultados de monta. Hacia el ángulo de la linea de batalla, Dürutte se mantenía en Papelotte; sobre el centro y á la izquierda la planicie del Monte de San Juan seguia ocupada por la caballeria francesa; á los pies de Napoleon se acababan de traer las seis banderas conquistadas por sus jinetes, á los infantes contrarios. Al parecer se aclaraba la perspectiva de la jornada sombría á los principios. Ya respiraba el corazon de Napoleon oprimido un ins-

tante, y podia contar con una nueva victoria, llevando la infanteria de la Guardia, á la sazón ya libre, detras de su caballeria, para consumir la derrota de los ingleses. Hasta ahora sesenta y ocho mil franceses habian hecho cara á muy cerca de ciento cuarenta mil ingleses, prusianos, holandeses y alemanes, y les habian arrancado la mayor parte del campo de batalla.

Aprovechando rápidamente el momento decisivo, el del ataque rechazado de los prusianos, para lanzar su reserva sobre los ingleses, Napoleon ordena que se junte la Vieja Guardia y se traslade al centro de su linea, esto es, á la planicie del Monte de San Juan, y por entre las filas de los coraceros se arroje sobre la infanteria británica ya extenuada. Aunque tambien lo está la caballeria francesa, al ver empeñada á la Vieja Guardia, no puede menos de recuperar brios para cargar por vez postrera, y dar remate á la horrible lucha. Verdad es que no quedará ninguna reserva para atender á un accidente imprevisto; pero el gran jugador ha llegado á la extremidad suprema en que la desesperacion es cordura.

De los veinte y cuatro batallones de la Guardia, reducidos despues de Ligny á uno menos, aun le quedaban á Napoleon trece sin tomar parte en la pelea. Ocho de la Joven Guardia se habian fatigado sobremanera en Planchenois, y aqui eran todavia indispensables; dos de la Vieja Guardia habian decidido la derrota de los prusianos, y tampoco debian abandonar el puesto. De los trece restantes, uno se ballaba formado en cuadro sobre el empalme del camino de Planchenois con la calzada de Charleroy, y no era mucho para guardar la linea

de comunicacion suya. Aun empleando los últimos recursos, no se podia eximir de dejar en el cuartel general dos batallones, para atender á algun incidente, como por ejemplo, una nueva tentativa que sobre Planchenois ejecutaran los prusianos. Asi Napoleon deja los dos batallones del primer regimiento de granaderos en Rosomme, algo detrás de la quinta de la Bella Alianza, y en persona conduce los otros diez batallones, que sumarian un total de seis mil infantes. Pertenecientes eran á la Vieja y la media Guardia, soldados todos mas ó menos veteranos, experimentados todos, dispuestos á vencer ó morir, y muy capaces de forzar cualquiera linea de infanteria.

Ocupado estaba Napoleon en alinearlos en columnas de ataque al borde del valle, que le separaba de los ingleses, cuando oye algunos tiros de fusil hácia Papelotte, esto es á la parte del ángulo de su linea de batalla. Su corazon siente una especie de estremecimiento. Quizá se efectúa la llegada de Grouchy, quizá un nuevo desbordamiento de prusianos, y en la duda prefiere que no sea nada. Pero se aumentan sus inquietudes, al ver que los soldados de Durotte abandonan la quinta de Papelotte, al grito de *sálvese el que pueda*, proferido por la traicion, ó por los que la temen acaso. Napoleon espolea su caballo hácia los fugitivos, les habla y les conduce á su puesto, y torna á la Haye-Sainte, cuando alzando los ojos hácia la planicie, nota algun movimiento en su caballeria inmóvil hasta entonces. Un siniestro presentimiento cruza por su alma, y comienza á recelar que sus jinetes desde aquella eminencia hayan divisado nuevas tropas prusianas. Al punto, sin dar nada á la pesadum-

bre, y dando á la accion todo, á galope despacha á La Bedoyère para que recorra las filas de los soldados, y les diga que los tiros que se oyen son disparados por Grouchy, y que se aproxima un gran resultado, con tal de que aun se mantengan firmes algunos instantes. Despues de encargar á La Bedoyère la divulgacion de esta útil mentira de derecha á izquierda del campo de batalla, se decide á lanzar á la planicie del Monte de San Juan los diez batallones de la Guardia que ha llevado consigo. Cuatro confia al valiente Friant para ejecutar un ataque furioso, de concierto con Reille que para esta postrera tentativa debe allegar los restos de su cuerpo de tropas, y luego dispone los otros seis diagonalmente de la Haye-Sainte á Planchenois, para enlazar su centro con su derecha, y estar apercebido para los nuevos sucesos que teme de lijo. Si estos sucesos no ofrecen la gravedad que supone en su mente, su intencion es que estos seis batallones sigan á los cuatro primeros, para forzar á toda costa la linea inglesa, y terminar así la jornada.

Conduciendo por la calzada de Bruselas á los cuatro batallones destinados al primer ataque, Napoleon encuentra á Ney en el camino, gritando casi fuera de sí que la caballeria va á abandonar el campo, si no se le acude con un poderoso socorro de infanteria en el mismo instante. Napoleon le dá los cuatro batallones que lleva consigo, otros seis le promete para muy pronto, sin añadir, por no ser necesario, que de la carga que va á ejecutar inmediatamente depende la salvacion de Francia. Ney toma los cuatro batallones y con ellos trepa á la planicie, á la par que Reille, se apresta á des-

embocar del bosque de Goumont con los restos de su cuerpo de tropas.

Mientras Ney y Friant se disponen para el ataque, al ver el duque de Wellington las gorras de pelo de la Guardia, claramente concibe que ha sonado la hora suprema, y que la grandeza de su patria y la suya propia van a ser el galardón de este postrer esfuerzo.—A lo lejos ha divisado nuevas columnas prusianas, y con la esperanza de que le ha de llegar socorro, decididísimo está á mantenerse firme hasta el último extremo, aunque á su espalda va cubren masas de fugitivos la gran calzada de Bruselas. A sus compañeros de armas aspira á infundir el vigor de su alma. Kempt, que ha sucedido en el mando del ala izquierda á Picton, recién muerto, le envía á pedir auxilio, por no quedarle mas que dos ó tres mil hombres.—Que mueran todos, le responde, yo no puedo enviar refuerzos.—Hil, segundo gefe del ejército, le dice estas palabras:—Aquí podeis morir. ¿Qué órdenes me dejais?—La de que muera hasta el último hombre, si es preciso, hasta dar lugar á que lleguen los prusianos.—Tras de pronunciar el duque de Wellington esta noble frase, estrecha su línea y la dobla levemente como un arco, de forma de coger entre fuegos concéntricos á los nuevos asaltadores; luego hace que los Guardias de Maitland se tiendan en el suelo, é inmóvil aguarda á la Guardia imperial en su acometida.

Con efecto, Ney y Friant siguen el avance á la cabeza de sus cuatro batallones, y en escalones los hacen desembocar sobre la planicie, al de la izquierda el primero, y sucesivamente á los otros, cada uno de ellos algo á la derecha del que va de-

lante. Así que asoma firme y alineado el primero, le recibe la metralla, y parte sus filas en cien pedazos. Sin retroceder nada flota la línea de las gorras de pelo, y luego avanza con heroica firmeza. A su turno desembocan los demás batallones, y con la misma serenidad sufren igual fuego. Para disparar sus fusiles hacen alto, y con un fuego terrible devuelven el daño que han recibido: Entonces atraen parte de los golpes del enemigo las divisiones de Foy y de Bachelu del cuerpo de Reille al desembocar por la izquierda. Tras de descargar los batallones de la Guardia sus fusiles, se aprestan á calar bayoneta, para empeñar con la infantería británica un desafío á muerte, cuando á una señal del duque de Wellington se levantan los Guardias de Maitland del suelo, y casi á boca de jarro hacen una horrorosa descarga. Lejos de retroceder los batallones de la Guardia ante esta cruel sorpresa, más y más estrechan sus filas para proseguir el avance. Modelo del antiguo ejército descende el anciano Friant gravemente herido y ensangrentado para anunciar como segura la victoria, si nuevos batallones van en ayuda de los primeros. Al paso encuentra á Napoleon, que, después de formar en cuadro á media ladera un batallón de la Guardia para contener á la caballería enemiga, personalmente conduce los únicos cinco batallones ya disponibles al ataque de la línea inglesa. Mientras á las palabras de Friant da oídos, siempre con los ojos fijos hácia la derecha, de pronto divisa en dirección de Papelotte cerca de tres mil jinetes, que se precipitan al declive del terreno. Pertenecientes son á los escuadrones de Viviea y de Vandeleur; y se arrojan á la carga al

descubrir la aproximacion del cuerpo de tropas de Ziethen por el camino de Ohain, y al conocer de consiguiente que están apoyados. Mientras el cuerpo de Pirch habia ido á sostener á Bulow, siguiendo á lo largo de la selva de Soignes fué el de Ziethen á apoyar al duque de Wellington por su izquierda. Ya eran las ocho de la noche, y su presencia lo iba á decidir todo. En un abrir y cerrar de ojos la caballería de Vivien y de Vandeleur inonda el centro del campo de batalla. Napoleon que, formado en cuadro habia dejado á media ladera del valle uno de sus batallones, á los demás forma presurosamente de igual modo, para impedir que su línea fuese rota entre la Haye-Sainte y Planchenois. Si la caballería de la Guardia estuviese intacta, de los escuadrones de Vivien y de Vandeleur se desembarazaría fácilmente, y una vez limpio el terreno, así podría atraer á su izquierda y su centro empeñados sobre la planicie del Monte de San Juan, retirándose despues en buen orden sobre su derecha, y allegando las reliquias de sus tropas, y durmiendo sobre el campo de batalla. Pero de toda la caballería de la Guardia, á lo sumo conserva cuatrocientos cazadores para oponerlos á tres mil jinetes enemigos. Sin embargo, los lanza en su contra, y precipitándose estos cuatrocientos valientes sobre los escuadrones de Vivien y de Vandeleur, al primer empuje arrojan á los mas cercanos, si bien de seguida se ven forzados á retroceder ante la oleada siempre creciente de la caballería contraria. Una verdadera muchedumbre á caballo y con el uniforme inglés ó prusiano llena en un instante el campo de batalla. Formados como incontrastables ciudadelas, con sus

fuegos la cubren los batallones de la Guardia, si bien no pueden impedir que se extiendan en todas direcciones. Para colmo de desventura de los franceses, la infantería de Ziethen llegada detrás de la caballería prusiana, se arroja sobre la division de Durutte medio destruida, la toma las quintas de la Haye y de Papelotte, y á los franceses arranca de este modo el eje sobre que se apoyaba el ángulo de su línea de batalla. Todo es desorden y confusion desde entonces. Viéndose envuelta la gruesa caballería mantenida sobre la planicie del Monte de San Juan por el teson de Ney, se retira para no verse cortada del resto de las tropas. Este movimiento retrógrado sobre un terreno en declive, se transforma presto en un torrente impetuoso de hombres y de caballos. Se desbandan los restos de Erlon detrás de la caballería. Embriagado de gozo el general inglés, que hasta ahora solo se habia limitado á la defensiva, de pronto pasa á la ofensiva, y avanza con su línea en contra de los batallones de la Guardia ya reducidos á la mitad de su fuerza. De izquierda á derecha los ejércitos inglés y prusiano marchan sobre los franceses, precedidos de sus cañones, que vomitan fuegos destructores. No disimulándose Napoleon el desastre, á lo menos trata de agrupar á los fugitivos sobre los batallones de la Guardia, que se mantienen firmes en los cuadros. Con la desesperacion en el alma, y la tranquilidad en el semblante, allí permanece bajo una lluvia de fuego para sostener á su infantería, y oponer un dique al impetu de dos ejércitos victoriosos. A la sazón montaba un caballo tordo mal amaestrado, y encabritándose al estampido de las balas y de las bombas; á su paje Gudín pide otro,

dispuesto á recibir como un beneficio el golpe que le arranque la vida.

Continuando el avance los ejércitos inglés y prusiano, los cuadros de la Guardia, que á los principios han hecho cara á la caballería, se ven obligados á retroceder á impulsos de la acometida de sus contrarios y del tropel de fugitivos. Tras de acreditar el ejército francés en esta jornada un valor sobrehumano, de súbito cae en el abatimiento, que sigue á las violentas emociones. Desconfiando de sus gefes, y fiando en Napoleon tan solo, y no viéndole para colmo de su desdicha desde que las tinieblas envuelven el campo de batalla, pregunta por él, y le busca, y no le encuentra, y le cree muerto, y se abandona á una desesperación verdadera.—Esta herido, dicen unos, ha muerto, dicen otros.—Y de resultas de esta noticia de invención suya, el desventurado ejército francés huye en todas direcciones, suponiendo que se le ha vendido, ó que muerto Napoleon ya nada tiene que hacer en el mundo. Si detrás hubiese entero un cuerpo de tropas, que le pudiera servir de punto de enlace, y decirle la verdad, y enseñarle a Napoleon vivo, aun hiciera alto, y pronto á pelear y a morir. Pero hasta el último hombre lo ha dado todo, y cuatro ó cinco cuadros de la Guardia en medio de ciento cincuenta mil hombres victoriosos son á semejanza de tres ó cuatro cubres de roca, que el Océano furioso cubre con su espuma. Ni aun siquiera divisa el ejército ya estos cuadros, anegados en medio de las oleadas enemigas, y huye desordenadamente por el camino de Charleroy. Allí encuentran los trenes de la artillería, que llevan sus arcas vacías, despues de agotar las muni-

ciones. Auméntase la confusión de resultas, y muy pronto la calzada de Charleroy se transforma en un verdadero caos, donde dominan el tumulto y el espanto. Ya la historia no tiene que referir más que desesperaciones sublimes, y las debe trazar para honra eterna de los mártires de la gloria de Francia, y para castigo de los que sin razón prodigan la sangre de los hombres.

Empujados los restos de los batallones de la Guardia al fondo del valle, se niegan á la rendición y se baten de continuo. Entonces se oye en boca del general Cambronne según unos, ó del coronel Michel según otros, esta frase, que atravesará los siglos; *La Guardia muere, no se rinde.*—Cambronne, herido casi mortalmente, queda tendido en el suelo, por no querer que para llevarse le abandonen los soldados sus filas. Se obstina en lidiar y en no rendir las armas el segundo batallón del tercer regimiento de granaderos en el fondo del valle, reducido de quinientos á trescientos hombres, teniendo á sus plantas los cadáveres de sus camaradas y delante centenares de jinetes por tierra. Sus filas estrecha á medida que las aclara la muerte, y acometido á la vez por sus cuatro caras, hace una descarga terrible que derriba á cientos de jinetes enemigos. Furiosos los vencedores traen artillería y asestan disparos certeros contra los cuatro ángulos del cuadro. Derrribados los ángulos de esta fortaleza viva, se estrecha el cuadro al punto, y no presenta más que una figura irregular, aunque persistente. Sus filas desdobra con el fin de ocupar mayor espacio y de proteger á los heridos, que buscan amparo en su seno. Cargado nuevamente, aun se mantiene firme, y con sus fuegos echa por tierra á

mas contrarios. Ya muy poco numeroso para permanecer en cuadro, se aprovecha de un respiro á fin de tomar nueva forma, y entonces se reduce á un triángulo vuelto hácia el enemigo, de manera de salvar al retroceder á cuantos se han refugiado en su seno. Pronto sufren otra acometida.— ¡No nos rindamos! gritan aquellos valientes, que ya no son mas que ciento cincuenta.— Todos entonces, despues de disparar por última vez sus fusiles, se arrojan sobre la caballería encarnizada en su seguimiento, y con sus bayonetas matan hombres y caballos, hasta que al fin sucumben en este heroico y postrer esfuerzo. ¡Abnegación sublime, que nada supera en la historia de los siglos!

Terminando Ney dignamente esta jornada en que para expiación de sus faltas le fué concedida por Dios la ocasion de mostrar el mayor heroismo de que haya memoria, al descender de la planicie del Monte de San Juan despues de todos, se halla con los restos de la division de Durntte en retirada. Algunos centenares de hombres, nobles reliquias de esta brillante fuerza, y comprendiendo parte del regimiento 25.º á las órdenes del comandante Ruliere, se decidian á retroceder con sus armas. Algunos pasos habiase adelantado el general Durntte en busca de un camino, cuando Ney, sin sombrero, con su espada rota en la mano, desgarrado el traje, al ver un puñado de hombres armados, hácia ellos corre presuroso, para conducirlos al enemigo.— ¡Venid, amigos, les dice, venid á ver como muere un mariscal de Francia!— Arrastrados por su presencia y su lenguaje, estos bravos dan media vuelta y se arrojan sobre una columna prusiana, que va en su seguimiento. De pronto se ce-

ban en la matanza; pero muy luego son agobiados, y apenas salvan doscientos la vida. El comandante Ruliere rompe el hasta de la insignia de su regimiento, se guarda el águila debajo de la levita, y sigue á Ney, desmontado por quinta vez, y siempre sin una sola herida. A pie se retira el mariscal ilustre, hasta que un sargento de caballería le cede su caballo, para que se pueda incorporar al resto del ejército, salvado al fin por la noche, que cubre al fin como un velo fúnebre este campo de batalla, donde yacen setenta mil hombres muertos ó heridos, unos franceses, otros ingleses y prusianos.

En medio de esta escena horrible, huyendo en desórden los soldados franceses, y buscando al hombre á quien no cesaban de idolatrar á pesar de ser el principal autor de sus desventuras, por Napoleón preguntaban de continuo, y creyéndole muerto, se daban á correr mas de prisa. Verdaderamente como por milagro no habia sucumbido. ¡Pero así á Napoleón como á Ney deparaba la providencia un fin mas fecundo en enseñanzas! Despues de arrostrar mil veces la muerte, se dejó encerrar dentro del cuadro del primer regimiento de granaderos, de que el comandante Martenot era gefe. ¡Allí marchaba revuelto con una porción de heridos, en medio de sus viejos granaderos, ufanos del deposito precioso fiado á su adhesión acrisolada, resueltísimo á no dejársele arrancar de las manos, y en esta jornada de desesperacion sin desesperar de los destinos de la patria, mientras su antiguo general tuviese aliento!

Por su parte, Napoleón no esperaba ya nada. Sobre un caballo seguía el movimiento de retirada

en el centro del cuadro, con el rostro sombrío aun que impasible, profundizando lo porvenir con su mirada penetrante, y descubriendo en el actual suceso otra muy distinta cosa que una batalla perdida. No salía de este abismo de reflexiones mas que para pedir noticias de sus lugartenientes, algunos de los cuales estaban á su lado, entre los heridos que se llevaba en sus filas este cuadro de la Guardia. De Ney se ignoraba el paradero. De Friant, de Cambronne, de Lobau, de Duhesme, de Durutte, se sabía que estaban heridos, y su suerte inspiraba zozobra, porque los prusianos pasaban á cuchillo á cuantos caían en sus manos. Fuerza es hacer á los ingleses la justicia, de que, sin conservar en esta sangrada guerra toda la humanidad que se deben unas á otras las naciones civilizadas, solos ellos respetaban á los heridos. Particularmente levantaron del suelo y atendieron mucho á Cambronne, postrado por las heridas mas graves. A decir verdad, en el cuadro, donde Napoleon se hallaba entonces, reinaba tal estupor que marchaban todos sin hacerse casi una pregunta. Solamente Napoleon dirigia algunas palabras, ora al mayor general, ora á su hermano Gerónimo, que no le abandonó un solo punto. A veces cuando los escuadrones prusianos apretaban de cerca, se hacia alto por un instante para ahuyentarlos á tiros del frente atacado, y luego se volvía á proseguir esta marcha silenciosa, é impelida de vez en cuando por la oleada de fugitivos ó por la de la caballería contraria. Así llegóse á Genappe á cosa de las once de la noche. Sobre el puente de esta pequeña ciudad se habian amontonado los carros de la artillería, y tanto era el atascamiento que no podia

pasar nadie. Dichosamente el Thy, que resbala por Genappe era de facil paso, y todos se metieron en el agua para cruzar á la otra orilla. Hasta vino á ser una proteccion para los fugitivos, que sin la mas leve dificultad cruzaban uno á uno este escaso raudal de agua, á la par que era un obstaculo para el enemigo por marchar en formacion correcta.

En Genappe salióse Napoleon del cuadro donde habia encontrado asilo. Obstruidos por los heridos y los fugitivos acabaron por disolverse los demás cuadros. Desde Genappe cada cual se retiró como estuvo á su alcance. No pudiendo los artilleros conservar sus cañones, que realmente importaban menos que los caballos, se decidieron á cortar los tirantes, y salvaron los tiros. De esta suerte dejaron en manos del enemigo como doscientas bocas de fuego, sin haber perdido una sola durante la batalla. Muy de notar es que no mas de una bandera perdieron los franceses, pues de las dos tomadas al cuerpo de Erlon, rescatada fué la del regimiento 45.º por Urban, sargento de lanceros. Tampoco les dejaron mas prisioneros que los heridos. Esta jornada costóles mas de veinte mil hombres, si bien incluyendo los cinco ó seis mil heridos quedados en poder de los ingleses. Unos veinte generales quedaron fuera de combate mas ó menos gravemente. Casi las mismas pérdidas que los franceses tuvieron los ingleses, á ocho ó diez mil hombres ascendieron las de los prusianos. Por consiguiente, mas de treinta mil hombres habia costado á los ingleses la jornada, aunque no costándoles como á los franceses la victoria. Entre la Bella Alianza y Planchenois se encontraron el duque de Wellington y el mariscal Blucher y se estrecharon



en los brazos, felicitándose del inmenso triunfo, que acababan de alcanzar sus armas. Derecho les asistía sin duda, pues el uno con su firmeza indomable, y el otro con su ardimiento de volver a comenzar la lucha, ambos habian asegurado el triunfo de Europa sobre Francia, y reparado brillantemente la falta de dar batalla delante de la selva de Soignes. Tras de las expansiones de su muy natural alborozo, Blucher, cuyo ejército no habia padecido tanto como el ejército inglés en la jornada, y cuya caballería estaba ileso, se encargó de la persecucion de los fugitivos, que perfectamente cuadraba al odio de los prusianos contra los franceses. Horrores indignos de su nacion cometieron aquella noche, y hasta asesinaron al general Duhesme, que herido cayó en sus manos, si á la tradicion local se ha de dar asenso.

Por fortuna, si no estuvo expuesta la caballería prusiana á la extenuacion moral de la batalla, á la fatiga física de la marcha lo estuvo todo el dia, y así junto á las márgenes del Dyle hizo alto, con lo que los soldados franceses consiguieron llegar á las del Sambre, y cruzar su corriente por el Chatelet y Charleroy los unos, y por Marchiennes-au-Pont los otros. Donde quiera así los heridos como los fugitivos debieron cordial acogida á los belgas, que les trataron con el afecto de antiguos compatriotas, pues el año de 1814 concibieron odio contra los prusianos, y avivóse el sentimiento francés en sus corazones. Participes del dolor de su derrota, asilo dieron á cuantos soldados se refugiaron á sus casas.

Inmenso fué en Charleroy el atascamiento, aunque no tanto como en Genappe; mas la division

de Girard á las órdenes del coronel Matis se quedó atrás y protegió el paso. Napoleon permaneció en Charleroy algunos instantes con el mayor general y su hermano Gerónimo para expedir las órdenes oportunas. Al mariscal Grouchy envió un oficial que le comunicase de viva voz los tristes pormenores de la batalla del 18 de junio, y le prescribiese que emprendiera sobre Namur la retirada. Fian-do á su hermano Gerónimo el mando del ejército y dejándole de mayor general el mariscal Soult, á ambos recomendó que allegaran los restos de las tropas y los condujeran á Laon lo mas pronto que fuera posible. En persona les precedió al sitio designado, para juntar cuantos recursos estuvieran á su alcance despues de una catástrofe de tal monta. Por de pronto encaminóse á Filipeville acompañado de unos veinte jinetes pertenecientes á los diversos cuerpos de tropas.

A la vista de este desastre horroroso tras una insigne victoria alcanzada dos dias antes, se preguntará sin duda qué habia sido del mariscal Grouchy y qué de los treinta y cuatro mil hombres puestos por Napoleon bajo su mando. Ya se ha visto á este mariscal perdiendo la mitad del dia 17 de junio en buscar á los prusianos, donde no estaban de ningun modo, y descuidando asimismo poner en marcha á su infantería, que llegada á Gembloux á buena hora, al dia siguiente pudiera amanecer sobre la huella de los prusianos. Con todo, aun era muy reparable el daño, y hasta redundara en su provecho, si debidamente hubiera sabido emplear el dia 18 de junio. Con efecto, en Gembloux el mariscal Grouchy acabó por entrever la marcha de los prusianos, y por concebir que, en lugar de

pensar en volver á las márgenes del Rhin por Lieja, su designio estribaba en reunirse á los ingleses por Wavre, ora por delante, ora por detrás de la selva de Soignes. No pudo menos de conocer que su comision especial consistia en impedir que los prusianos se repusieran de su derrota, y sobre todo en separarlos de los ingleses. A mayor abundamiento, respecto de esta segunda parte de su encargo, la mas importante á todas luces, no abrigaba la mas remota duda, puesto que, escribiendo á Napoleon por la noche, le empeñaba la promesa de que á mantener á Blücher separado del duque de Wellington aplicaria todo el esmero. Con tal disposicion de animo se debiera poner en camino el 18 de junio al despuntar la aurora, esto es, á las cuatro de la mañana lo mas tarde, lo cual era muy hacedero de seguro, dado que el dia anterior no habia andado su infanteria mas que dos leguas y media. Pero, segun se ha visto de igual modo, sus ordenes de partida fueron dadas para las seis de la mañana al cuerpo de tropas de Vandamme, y al de Gerard para las siete. Hasta ocurrió que, haciendo el postrer sacrificio á sus falsas ideas del dia antes, á Wavre dirigió una parte de su caballeria y á Lieja la otra. De cualquiera suposicion que partiese para sus operaciones, enorme desacierto habia en emprender tan tarde la marcha, cuando tenia que perseguir vivamente á un enemigo vencido, y cuando necesitaba con especialidad no perderle de vista, para estorbar que sobre Napoleon llevara sus fuerzas. Por un descuido aun mas imperdonable, si es posible, no se aseguró de antemano el servicio de raciones, facilísimo en pais tan abundante, y todavia se retrasó mas la marcha

de las tropas. Asi, á pesar de la orden de partida dada para las seis á Vandamme, y á Gerard para las siete, hasta las ocho no pudo salir de Gembloux el primero, ni hasta las nueve el segundo, y solo á las diez se puso en movimiento la cola de la infanteria. Además, yendo los cuerpos de tropas solamente por un camino, sembrado de numerosas aldeas, á cada instante necesitaban desfilas por angosturas, y como tambieu estaba muy blando el piso de resultas de la lluvia y del transito de los prusianos, lentamente siguieron adelante y obligados á hacer larguissimas paradas. A la cabeza iba el cuerpo de Vandamme, y suspendió su marcha diversas veces, y particularmente despues de cruzar por Sart-a-Vilham, se detuvo en Nil-Saint-Vicent largo tiempo. Cuando tenia que hacer alto, naturalmente obligaba al cuerpo del general Gerard á pararse de igual manera, é inmovilizada quedaba toda la columna. Estos retardos no provenian solamente de ir todos juntos por un solo camino, sino tambien de las vacilaciones del mariscal Grouchy que, no pudiendo ya poner en duda la retirada de los prusianos hacia Wavre, aun titubeaba en punto á la direccion que debia seguir á pesar de todo, y se inclinaba á dar por seguro que una parte de ellos habia tomado el camino de Lieja. ¿Y qué importaba en suma los que hubieran podido echar por tal camino? De desear hubiera sido que por allí marcharan todos, y dejarles ir á sus anchas, porque asi no se encontraran por entonces en situacion de influir sobre los sucesos, á lo menos sobre los de la jornada que iba á decidir de la suerte de Francia.

A eso de las once y media de la mañana llegó

el cuerpo de tropas de Vandamme á Nil-Saint-Vi-cent, y el de Gerard á Sart-á-Vilham, lo cual equi- vale á decir que andavo tres leguas métricas en tres horas y media el primero, y dos en dos y me- dia el segundo. ¿Acaso era esto perseguir á un enemigo derrotado? Mientras marchaban las tro- pas, el mariscal Grouchy se detuvo personalmente en Sart-á-Vilham para tomar el desayuno. A su lado se hallaban diversos generales, Vandamme gefe del tercer cuerpo, Gerard del cuarto, Valazé de ingenieros, Valtus de artillería. Subitamente se oyeron fuertes detonaciones hácia la izquierda, en direcion del Monte de San Juan; pronto acrecen- tóse el estruendo; no había que abrigar la mas re- mota duda: Napoleon era, que despues de dar su primera batalla á los prusianos, ahora daba la se- gunda á los ingleses delante de la selva de Soig- nes. Por impulso unánime clamaron los asistentes que urgía correr hácia donde se oía el cañoneo. Entre ellos se puso de pie el mas autorizado de to- dos, así por su carácter como por la gloria adqui- rida en las últimas campañas, cual lo estaba el ge- neral Gerard á todas luces, y dijo con vivacidad al mariscal Grouchy que se desayunaba entonces:— Marchemos al lado del emperador.—Aun siendo de trato fino y aun apacible en sus relaciones pri- vadas, el general Gerard mostrábase fogoso en la guerra, y manifestó su dictámen con un tono de vehemencia nada adecuado á que se le hiciese buena acogida. Dos lugartenientes tenia el maris- cal Grouchy en los generales Vandamme y Gerard, que se le creían superiores, y no desaprovechaban las ocasiones de manifestarlo sin rebozo. Predis- puesto á la susceptibilidad de resultas, nada bien

le seataron consejos dados en tan inconveniente forma. A cada nueva detonacion se animaba mas el general Gerard, cuyo convencimiento y cuyo patriotismo le calentaban la sangre ya hirviendo de suyo, y todos los generales dábanle apoyo, me- nos el que mandaba la artillería. Si al mariscal Grouchy llegara el oficial despachado por Napo- leon á las diez de la noche, toda cuestion desapa- reciera virtualmente. Pero el tal oficial no llegó á su destino, segun el mariscal no cesó de abimar toda su vida, y necesario es darle asenso, pues de otro modo no se comprendiera que hubiese motivo para vacilaciones. ¿Acaso aquel oficial fué captu- rado, ó se pasó al enemigo? No se ha sabido nunca. En todo caso, el mariscal Grouchy hallábase por consiguiente reducido á las instrucciones verbales recibidas de Napoleon el 17 de junio por la mañá- na, las cuales le prescribian que persiguiera á los prusianos, y se hallara con el cuartel general en comunicacion continua, de forma de mantenerlos separados de los ingleses. Tanto se derivaban estas instrucciones de la situacion de las cosas, que aun no habiendo sido comunicadas de pala- bra ni por escrito, se debieran dar por supues- tas, pues no se concebía la posibilidad de señalar otro encargo al ala derecha destacada, que el de vigilar á los prusianos y no permitir que se junta- ran á los ingleses. Así, tan luego como el cañoneo de Napoleon retumbó en la comarca, lo mas segu- ro era correr á su lado para cubrirle y embarazar que los prusianos perturbaran sus operaciones con- tra el ejército de la Gran-Bretaña.

Bizarro era el mariscal Grouchy y cortés á se- mejanza de un caballero antiguo, bien que, punli-

lloso y escaso de alcances, á vueltas de su cortesía era testarudo como pocos. Ofendido á causa del tono usado por sus lugartenientes, les respondió con aspereza que se le proponía una maniobra, bien concebida acaso, pero no contenida en sus verdaderas instrucciones; que estas le encomendaban perseguir á los prusianos, y no ir en busca de los ingleses; que, según todas las probabilidades, se hallaban los prusianos en Wavre, y que allí debía marchar en su seguimiento, sin meterse á averiguar si en el Monte de San Juan serían mas útiles sus tropas; que para todo figuraba Napoleón como capitán á quien no era lícito suplir ni corregir en nada. A esto repuso el general Gerard que no se trataba de ampliar, ni de enmendar las instrucciones de Napoleón, sino de comprenderlas en su verdadero sentido; que, al destacar su derecha para seguir á los prusianos, con orden de mantener la comunicacion con el cuartel general de continuo, su intencion evidente era tener á los prusianos á distancia, y su derecha muy cerca para llamarla á sí en caso necesario; que á la sazón no se sabia el paradero de los prusianos á punto fijo, pero que únicamente les podia animar una de dos intenciones, ó la de marchar hácia Wavre para ir de seguida á Bruselas, ó la de encaminarse por el lindero de la selva de Soignes á efectuar su reunion con los ingleses; que en ambos casos lo mas prudente era sin duda correr hacia donde resonaba el cañoneo, pues si los prusianos se habian engolfado por la espesura hacia Bruselas, se ayudaria á Napoleón á destrozar al ejército británico falto de apoyo; y si al revés los prusianos se le habian unido, de esta suerte se ejecutarían de plano y con oportuni-

dad las instrucciones de Napoleón que preceptuaban ir en su seguimiento. Nada habia que replicar á este dilema, que ponía la notable sagacidad militar del general Gerard muy de bulto. Desgraciadamente no cedió el mariscal Grouchy á consejos tan sanos como inconvenientemente emitidos por la forma. Solo en las dificultades de la ejecucion buscó las respuestas. ¿Qué distancia habia de allí al Monte de San Juan ó á la capilla de San Lamberto, ó á Planchenois?... ¿Cuánto tiempo seria menester para llegar á uno de estos puntos?... ¿Y se podia llevar la artillería?... Tales fueron las objeciones que opuso al consejo sensato de ir al fuego. Según las afirmaciones del dueño de la casa donde el mariscal Grouchy tomaba el desayuno, de tres á cuatro leguas distaba el lugar del combate, y esta distancia se podia trasponer en menos de cuatro horas. Sin emplear mas que tres horas y media ó cuatro á lo sumo, se ofrecía á llevarles al Monte de San Juan un guia, por largo tiempo al servicio de los franceses. Al general Baltus, único á quien hallaba el mariscal Grouchy en su apoyo, le asaltaba cierta zozobra respecto del transporte de la artillería. Por su parte el general Valazé como jefe de ingenieros afirmó que con sus zapadores allanaria todas las dificultades. Aun añadía el general Gerard que, con tal de que se llevaran algunas bocas de fuego y algunas arcas de municiones se tendria muy suficiente; que á todo se supliria con los cartuchos y las bayonetas de los infantes; que á mayor abundamiento bastaba que la cabeza de las tropas asomase aunque fuera á distancia, para atraer allí una parte de las fuerzas prusianas, y para sacar al emperador de apuro, si lo padecía

en efecto, ó para completár su triunfo, si no corría ningún peligro. Durante este debate, que se animaba por momentos, el cañon retumbaba con mayor estampido, y se manifestaba la misma emoción en las filas de los soldados. Solo que entre ellos no se suscitaban contradicciones, pues todos preguntaban por qué no se les conducía al fuego, por qué se dejaba su valor ocioso, mientras que tal vez sucumbían sus camaradas, ó se les escapaba el enemigo por falta de un socorro de algunos miles de hombres. Cada detonacion hacia palpar fuertemente los corazones y arrancaba gritos de impaciencia á aquella inteligente y heroica muchedumbre.

Sin duda conviene desconfiar de los ímpetus del soldado, y según Napoleon ha dicho textualmente, cuando se la ha dado oídos, tantos desaciertos ha hecho cometer la soldadesca á los generales, como la multitud á los gobiernos, lo cual significa á las claras que hay que preservarse de todo género de arrebatos. Pero ahora la razon estaba acorde con el instinto de las masas. A la sazón eran las once y media; con partir á medio día lo mas tarde, según se ha visto por nuestro doloroso relato, aun habia horas para ser de provecho. En Nil-Saint-Vicent se hallaba el cuerpo de tropas de Vandamme por ser el mas avanzado, sin distar de Sart-á-Vilvain, donde el cuerpo de Gerard habia llegado, mas que una legua corta. Los dragones de Exelmans pisaban ya las márgenes del Dyle. Desde Nil-Saint-Vicent se podia muy bien ir al puente de Moustier, que por una imprevision feliz para los franceses, no estaba custodiado por el enemigo, lo cual era natural á todas luces, pues viéndose

perseguido hácia Wavre, no se habia creído en la necesidad de ocupar otros puentes que los mas cercanos á este punto. Cruzando el puente de Moustier y sin mas que tomar el cañoneo por norte, se llegara á Maransart, frente por frente de Planchenois, al borde mismo de la hondonada por donde llevaba su curso el arroyo de Lasne, y donde el conde de Lobau se hallaba con Bulow en lucha. De esta suerte se cayera detrás de los prusianos, é infaliblemente se les precipitara á lo hondo del barranco, y se les destruyera de seguida, como que para salir de aquel atasco necesitaran volver á atravesar los bosques, por cuya espesura habian penetrado tan dificultosamente. Ahora bien, de Nil-Saint-Vicent á Maransart solo se contaban cinco leguas métricas á lo sumo, ó cuatro leguas regulares: fijamente en andar tal distancia no tardaran soldados llenos de ardimiento mas de cuatro ó cinco horas, como lo patentiza el hecho de que de Gembloux á la Barraca, distancia analoga á la de Nil-Saint-Vicent á Maransart, no tardo el cuerpo de Vandamme ni cinco horas, pues salido del primer punto á las ocho de la mañana ya estaba en el segundo á las dos de la tarde, tras de numerosas paradas y de una muy larga en Nil-Saint-Vicent sobre todo, que mas de una hora le retrasaron de positivo. Bueno es añadir además que por los caminos de Gembloux á la Barraca ya habia transitado el ejército prusiano, y por consiguiente estaba malísimo el piso, y que por las vias transversales en direccion de Maransart nadie habia pasado recientemente, y eran caminos vecinales muy espaciosos y en buen estado. Para hacer esta travesía las gentes del pais hablaban de tres horas y

media ó cuatro. Aun contando cinco horas, que eran muchas para tropas animadas de indecible celo, se iraba muy de largo, y con todo, partiendo á medio día, se llegara á las cinco de la tarde. Una hora despues llegara el cuerpo de tropas de Gerard sin duda, esto es, á las seis de la tarde; pero el efecto fuera producido desde la aparicion de Vandamme, y Gerard lo completara del todo. Ahora bien, segun se ha visto mas arriba, á las cinco no habia aun hecho mas Bulow que cruzar algunos sablazos con la caballeria de Dombó y de Subervic. Con el cuerpo de tropas del conde de Lobau no vino hasta las cinco y media á las manos: á las seis lidiaba con la Joven Guardia, y á las siete con la Vieja; y como á las siete y media aun no estaba decidido nada, seis ó siete horas hubieran tenido para llegar en tiempo oportuno. Todavía cabe afirmar que asomando á las seis de la tarde sobre el lugar de la lucha, ciertamente produjera mayor efecto que la aparicion allí una hora antes, pues se hallara á Bulow empeñado, y le destruyera totalmente con precipitarle al abismo del arroyo de Lasne. ¿Por ventura hay quien no conierba el efecto que á los soldados franceses causara espectáculo semejante y el que hiciera sobre los ingleses en sentido contrario, y cuánta fuerza comunicara á los veinte y tres batallones de la Guardia, ya disponibles de resultas, y lanzados sobre el extenuado ejército británico á un mismo tiempo?

A la verdad el mariscal Grouchy no podia adivinar todos los servicios, que estaba llamado á prestar en tal coyuntura, pues habia ejercido sobre los prusianos muy poca vigilancia para estar al

tanto de sus designios; pero el dilema del general Gerard subsistia siempre; ó hácia Napoleon iban los prusianos, y entonces situándose á su derecha se ejecutaban sus instrucciones, consistentes en seguirles sin descanso la pista, y estar con el cuartel general en comunicacion de continuo; ó tomaban la direccion de Bruselas, y entonces lo de descuidarlos á todas luces importaba poco, pues se obtenia el verdadero resultado, que era el de aniquilar al ejército británico por completo.

Pero el mariscal Grouchy sin ventura no quiso dar oidos á ninguna de estas razones, y no obstante el despecho de sus lugartenientes, y á pesar de los arrebatos del general Gerard, se obstinó en proseguir la marcha hácia Wavre.

Precedidas por la caballeria de Exelmaus continuaron las tropas de Gerard y de Vandamme su movimiento, y las del segundo llegaron algo antes de las dos de la tarde al sitio denominado la Barraca. De instante en instante la evidencia subia de punto en el camino: efectivamente por entre los claros de los bosques se divisaba lo que acontecia á los márgenes opuestas del Dyle, viéndose columnas prusianas, que hácia el Monte de San Juan se encaminaban á todas luces. Así lo envió á decir el general Berthezéne, gefe de una de las divisiones de Vandamme, al mariscal Grouchy, que á pesar de tales avisos no mudo de consejo. Sin embargo, indicada estaba la determinacion que se debia tomar al presente, y que tambien tuviera consecuencias felices, aunque no en tanto grado como las de la marcha sobre Maransart en derechura. A los ojos saltaba que, de persistir en continuar el movimiento á Wavre, se iba á encontrar á los prusia-

nos solidamente establecidos detrás del Dyle, y que para venir con ellos á las manos habria que atravesar este rio, de muy difícil paso por aquel punto, por lo qual no se efectuaria sin mucha efusion de sangre, que se debia economizar á toda costa. Nada más obvió de consiguiente que pasar el Dyle por Limal ó por Limelette, cuyos puentes más cercanos, y con escasa defensa, se cruzarian de seguida y sin grande esfuerzo, y ya á la opuesta orilla, se estaria á la vista de los prusianos, sin obstáculo de ninguna especie, y en disposicion de ir en su seguimiento, por donde quiera que emprendiesen la marcha. Indudablemente fuera mejor que desde por la mañana se hubiese efectuado el paso del rio, pues de esta suerte se llenaran á la par todas las instrucciones, que recomendaban lo de mantenerse de continuo tras la huella de los prusianos, y con el cuartel general en comunicacion no interrumpida; pero aun era tiempo á las dos de la tarde, pues se les sorprendiera en la marcha, y se cayera casi perpendicularmente sobre su flanco izquierdo, lo cual compensara la inferioridad del número en gran parte, y cuando menos se consiguiere positivamente detener los cuerpos de tropas de Pich y de Ziethen, únicos que causaron el desastre de los franceses, segun se ha visto antes. Para nada tuvo el mariscal Grouchy tales consideraciones en cuenta, aun cuando se le señalasen cuerpos prusianos en dirección del punto de donde arrancaba el cañoneo, y prosiguió su marcha hácia Wavre, llegando allí á cosa de las cuatro. Nada satisfactorio era el espectáculo que se ofreció á su vista para un militar de algun seso. Delante de los ojos tenia el cuerpo de tropas de Thielmau,

compuesto de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, fuertemente establecido dentro de Wavre, y en proporcion de hacer cara á un ejército doble ó triple durante un dia entero. ¿Y qué hacer á la vista de posicion semejante? atacar á Wavre equivalia á esponerse á perder sin duda muchos hombres, para no tomar aquel puesto, segun todas las probabilidades, interin se daba tiempo suficiente de que al Monte de San Juan llegaran sesenta mil prusianos; no hacer nada era como asistir con los brazos cruzados á la consumacion de sucesos decisivos, sin cumplir ninguna de sus instrucciones. Con todo, de hacer algo, lo mejor era todavia desandar camino, para apoderarse de los puentes de Limal y de Limelette, por delante de los cuales se habia pasado, sin pensar en ocuparlos siquiera, y que de seguro opondrian mucha menor resistencia que el de Wavre. Todas estas observaciones hizo el general Gerard al mariscal Grouchy, que, siempre obcecado en su portia, al ver á los prusianos en Wavre, y al comprender que le estaba mandado ir en su seguimiento, se obstinó en que los debia atacar al punto alli donde los daba alcance. Nunca se vió ejemplo de semejante ceguera mental en la historia.

A la sazón llegó al cabo el oficial polaco Zenowicz, que debió partir á las diez y media de la Bella Alianza, que por culpa del mariscal Soult hasta una hora despues no se puso en camino, que por no caer prisionero hubo de retroceder á los Cuatro Brazos, y de los Cuatro Brazos fué á Sombresse, de Sombresse á Gembloux, de Gembloux á Wavre, y que por consecuencia de las lentitudes del mayor general y de tener que dar rodeos, no se pudo pro-

sentar al mariscal Grouchy hasta las cuatro de la tarde. Portador era del mensaje ya mencionado, y que desgraciadamente aun se resentia de ambiguo.

Tras de consignar que las tropas prusianas iban en direccion de Wavre, el mayor general añadia lo siguiente. —

«El emperador me manda preveniros que en este momento S. M. va á ordenar el ataque del ejército inglés, que ha tomado posicion en Waterloo, cerca de la selva de Soignes. Asi S. M. desea que dirijais vuestros movimientos sobre Wavre, á fin de aproximarnos á nosotros, de ponerlos en relacion de operaciones, y de enlazar las comunicaciones, empujando por delante á los cuerpos del ejército prusiano que hayan tomado esa direccion y se puedan detener en Wavre, á donde deberéis llegar cuanto antes os sea posible. Hareis que algunos cuerpos ligeros sigan á las columnas enemigas, que han echado por vuestra derecha, á fin de observar sus movimientos, y de recoger sus rezagados. Inmediatamente dadme parte de vuestras disposiciones y de vuestra marcha, asi como de las noticias que adquirais sobre el enemigo, y no olvideis lo de ligar vuestras comunicaciones con nosotros. El emperador desea recibir noticias vuestras muy á menudo.»

Interpretado este despacho, de ambigüedad deplorabile en su verdadero sentido, y segun la situacion de las cosas, no significaba mas sino que, en lugar de seguir el camino de Lieja, por donde un momento se habia dividido á los prusianos, ya urgia trasladarse á la carretera de Bruselas, donde se sabia que estaban de positivo, lo cual se expresaba

en su texto por la indicacion general de Wavre. Esto no queria decir de cierto que Wavre fuera precisamente el fin á que se enderezaban las instrucciones, puesto que las palabras, *á fin de aproximarnos á nosotros y de ponerlos en relacion de operaciones*, acompañadas de la recomendacion terminante y enunciativa dos veces de enlazar con el gran cuartel general las comunicaciones, ya revelaban la idea de hacer que el cuerpo de Grouchy concurriera á la accion principal. En todo caso el comentario verbal del oficial Zenowicz no podia dejar ninguna duda. Segun se ha visto, volviéndose Napoleon á la derecha y señalando al horizonte, le dijo éstas ó semejantes palabras: — *Grouchy marcha en esa direccion; por ahí ha de venir; le espero; daos prisa á ir en su busca, y no le dejéis hasta que vaya á desembocar sobre nuestra linea de batalla.* — Eijamente es forzoso estar ciego para resistir á tales indicaciones. En sentido general se mencionaba á Wavre sin duda, significando la direccion de Bruselas en contraposicion á la de Lieja, y lo que es el punto adonde se debia ir á parar en la jornada, de sobre estaba indicado por el estado presente de las cosas, por los ademanes de Napoleon y por sus palabras, y por el envio del oficial Zenowicz con el despacho. Pero en el doble mensaje verbal y escrito, no vió el mariscal Grouchy mas que la orden de caer sobre Wavre sin demora. — Razon tenia yo en querer marchar sobre Wavre, dijo á sus lugartenientes. — Fuera de sí el general Gerard, y con tono y ademán violentos hasta lo sumo, le apostrofó en la siguiente forma: — *Bien te dije yo que, si éramos perdidos, tú solo tendrías la culpa.* — A tal apóstrofe siguieron los



mayores insultos, y el ayudante Zenowicz se retiró de seguida, por no añadir con su presencia mayor gravedad á esta escena. El mariscal Grouchy se mantuvo en su puerca, y como para atenerse mas todavía á sus instrucciones, inmediatamente ordenó un ataque vigorosísimo contra Wavre.

Encargado fué el cuerpo de tropas del general Vandamme de este ataque, y lo comenzó al punto; pero los prusianos estaban apostados de modo de hacer infructuosas todas las tentativas de los franceses. Sobre el puente de Wavre arrojóse la división de Habert y lo cubrió en un instante con sus muertos sin lograr que se moviera ni levemente el enemigo. Algo detrás de Vandamme iba el cuarto cuerpo de tropas: al tiempo de su llegada, el general Gerard su gefe, teniendo el presentimiento de que á la sazón sucumbia el ejército francés por falta de socorro, se lanzó á la desesperada sobre el molino de Bierges, donde habia un puente situado algo mas arriba que el de Wavre, y allí se portó de tal manera que puso de manifiesto en cuanto tenía la vida. Este general ilustre, que salvara á Francia, si se dieran oídos á sus consejos, allí buscaba la muerte, y estuvo á punto de encontrarla al cabo. Al suelo cayó con el cuerpo atravesado por una bala, sin que fuera tomado el puente.

Entretanto oíase cada vez mas terrible el canonéo de Waterloo, y todos estaban convencidos de que se perdía una sangre preciosa delante de posiciones, cuya toma era imposible y sin fruto, despues de dejarse á la izquierda los puentes de Limal y de Limélette, por los cuales se pasara ciertamente con facilidad cuatro horas antes, para llevar al grande ejército un decisivo socorro. Asi

durante el curso del dia por tres veces se pudo salvar á Francia: primera, partiendo á las cuatro de la mañana de Gembloux con el fin de cruzar el Dyle, lo cual obligara á los franceses á ver y á seguir los movimientos de los prusianos; segunda, adoptando á medio dia el partido de marchar de Sartá-Vaubain á Maransart, lo cual les permitiera llegar á las cinco á este punto, y estar á espaldas de Bulow á las seis á lo sumo; tercera, cruzando los puentes de Limal y de Limélette á las dos de la tarde, cuando se divisaban cuerpos de prusianos, que iban de marcha hacia el Monte de San Juan, lo cual les proporcionara la ventaja de retener á Pirch y á Ziethen cuando menos; y cada una de estas tres veces cerró los ojos á la luz el gefe del ala derecha. ¡Evidente era que la Providencia habia condenado á los franceses, eligiendo al mariscal Grouchy por instrumento de su castigo! ¡Y el desdichado, pues no cesaremos de llamarle de este modo, obraba de buena fé sin duda! Su único sentimiento reprehensible era el de juzgar los consejos de sus lugartenientes, de resultar de la disposicion de su espíritu, mas bien por la forma que por la esencia.

Finalmente la venda fatal cayó de sus ojos á las seis de la tarde, con la llegada del oficial enviado del cuartel general á la una, despues de interceptada la carta de Bulow, con un nuevo despacho explicativo del precedente, y demostrando que, no una designacion precisa, sino una designacion general era la de Wavre, y que solo se debia estar á la mira del punto ocupado por el ejército francés y de la situacion en que se hallaba entonces, para unirsele de seguida, y caer á espaldas de los pru-

sianos, que de cierto serian destruidos, si se les cogia entre dos fuegos.

Aclarado el pensamiento del mayor general de esta suerte, al fin penetró en el cerrado espíritu del mariscal Grouchy. Entonces ya no anduvo en vacilaciones, pero ya era pasada la hora de servir de provecho. Napoleon habia sucumbido, y aun delante de Wavre el general Gerard habia caído con muchos valientes, sin ventaja alguna para la salvación del ejército y de Francia.

Inmediatamente el mariscal Grouchy expidió ordenes á fin de que los puentes de Limal y de Limelette fueran ocupados. Detrás tenia al general Pajol, á quien por la mañana habia enviado con su caballería ligera y la division de Teste en direccion de Lieja, para perseguir todavia á los prusianos por este lado, y que habia ya vuelto, despues de haber andado cerca de doce leguas en el curso del dia, prueba evidente de que para andar cinco ó seis bastara de fijo con medio. Encargo le dió el mariscal Grouchy de apoderarse del puente de Limal, y ejecutólo sin dificultad alguna, como que allí no tenian los prusianos mas que débiles retaguardias. Pero á la hora en que fué tomado este puente ya no se oía el estruendo de los cañones, y la calma de la muerte pesaba sobre la comarca toda. Para su consuelo se complació el mariscal Grouchy en dar por supuesto que la batalla de Waterloo se habia ganado; y lo dijo así á sus lugartenientes. Necesidad experimentaba de hacerlo de este modo, necesidad muy concebible, y que honraba á su corazon, ya que no honrase á su talento!

— Pero nadie participaba de esta confianza. Pos-

trado por una herida, que se creyó mortal entonces, el general Gerard no tenia mas pensamiento, resignado á la muerte, que el de que habia sucumbido Francia, y de resultas padecia mas que de su herida. Despues de pasar la mas triste noche, al despuntar la siguiente aurora todos estaban en pie desde el puente de Limal hasta Wavre, con impaciencia de saber los sucesos del dia precedente, pues sobre toda la llanura y especialmente en direccion del Monte de San Juan seguia aun reinando siniestro y pavoroso silencio. Al cabo llegó el oficial salido de Charleroy á las once de la noche, con la noticia del desastre y la orden para emprender sobre Namur la retirada. En el semblante del mariscal Grouchy retratóse la consternación de un hombre de bien que se ha engañado y que aspira á justificarse de lleno, y así dijo á sus generales, que le miraban sobradamente doloridos, para que se mostraran airados:—Señores, cuando conozcais mis instrucciones, os convencereis de que no podia proceder sino como he procedido.—No se le replicó nada, y á la verdad no era ocasion de entrar en disputas. Sobremanera urgía salir de la especie de trampa en que estaban cogidos, como separados de los restos del ejército francés por dos ejércitos victoriosos. Con las fuerzas que tenia á la mano, el gefe del ala derecha tomó el camino del Monte de San Gaiberto y de Namur en seguida, y mandó á los cuerpos de tropas de Vandamme y de Gerard que por Gembloux se dirigieran al mismo punto. ¿Pero qué seria de estos treinta y cuatro mil soldados, si á los ciento cincuenta mil hombres victoriosos y guiados por el duque de Wellington y el mariscal Blucher encontraban en todo ó en parte?

Tales fueron los sucesos en ambos teatros de operaciones durante esta jornada funesta del 18 de junio de 1815, que los ingleses llamaron batalla de Waterloo, porque el boletín fué datado en la aldea de este nombre, que los prusianos llamaron batalla de la Bella Alianza, porque allí fué donde sostuvieron la pelea, que Napoleon llamó finalmente batalla del Monte de San Juan, porque allí fué donde el ejército francés obró prodigios, y que nosotros calificamos de batalla de Waterloo, porque así lo ha establecido el uso, soberano en materia de apelaciones. Fáciles son de avalorar así los desaciertos como los méritos en esta funesta jornada por todo el que exento de prevenciones aplique á juzgarlos las simples luces del buen sentido.

Ya se han visto las razones que tuvo Napoleon para tomar la ofensiva contra Europa nuevamente coaligada, y ciertamente estas razones eran de gran peso. A más de cien leguas marchaban una de otra las dos columnas invasoras, á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg la del Este, y bajo el mando del duque de Wellington y del mariscal Blücher la del Norte, con la circunstancia de estar la primera atrasada un mes relativamente á la segunda. Así estaba muy indicado lo de aprovechar que se hallaran separadas por la distancia y por el tiempo, como que en esperarlas y en dar lugar á que maniobrasen juntas habia el inconveniente de obviar la invasión de las mejores provincias de Francia, después de tomarlas sus ciudadanos más útiles para la formación de las guardias nacionales movilizadas; y también habia el peligro de dejar que se vinieran encima quinientos mil hom-

bres, pues, aun cuando se tuviera á la espalda á París con buena defensa, y se contarán doscientos cincuenta mil hombres para maniobrar en su contra, á la verdad era cosa muy aventurada permitir que se juntase masa tan enorme, cuando se la podía acometer antes de que su formación se llevase á cabo. Además el plan de la ofensiva no excluía posteriormente el de la defensiva de ningún modo. Con efecto, si después de aspirar á repeler la invasión, se hacia forzoso retroceder más acá de la frontera, no tendrían fundamento para quejarse las provincias abandonadas al enemigo, y á no ser que un desastre extraordinario señalara los principios de la campaña, se podría operar el paso de la ofensiva á la defensiva como por capitanes mucho menos hábiles que Napoleon se opera todos los días en la guerra.

Por consiguiente plan muy juicioso y que no merecerá censura de la posteridad, era el de haber querido aprovechar la distancia de lugar y de tiempo, que separaba á las dos columnas invasoras, para ver de destruir á la del Norte antes de la llegada de la del Este. Pensamiento sumamente profundo, y que lejos de merecer la censura de la posteridad, será objeto de su admiración sin duda, era el de concebir que entre los ingleses y los prusianos, á pesar de su interés en mantenerse juntos, por causa de la diversidad de sus puntos de partida, como procedentes de Bruselas los unos, y de Lieja los otros, siempre habria un sitio por donde no estuviese bien trabado el enlace, y por donde habria posibilidad de situarse entre ellos, con el fin de separarlos y de combatirlos á unos después de otros. Adivinando esta circunstancia con la do-

ble sagacidad del genio y de una experiencia sin par en el mundo, y engañando al enemigo por medio de las mas hábiles demostraciones, en el espacio de cinco ó seis dias logró Napoleon concentrar sus cuerpos de tropas, que partian de Metz los unos, de Lila y de París los otros, y de suerte de reunir junto al bosque de Boumont el 14 de junio por la noche hasta ciento veinte y cuatro mil hombres y trescientas bocas de fuego, sin que nada echasen de ver los prusianos, cuyas avanzadas no distaban mas que dos leguas. Luego el 15 de junio por la mañana cruzó Napoleon la banda de árboles y arbustos que le ocultaba al enemigo, y apoderóse de Charleroy á la vista de los prusianos y de los ingleses, y por la noche tomó posicion entre los dos ejércitos aliados, pasmados y confusos ante su aparicion repentina. Nada semejante ofrece la historia de la guerra, como seguridad, precision y fortuna en el resultado.

Solo una cosa fué de sentir en esta jornada, que Ney, el intrépido Ney, careciera de osadía en los Cuatro Brazos, y no se apoderara de este punto, de forma de separar irrevocablemente á los ingleses de los prusianos. Pero bastante separados se encontraban ya virtualmente, porque acometidos los prusianos por Napoleon se iban á ver obligados á dar batalla sin los ingleses, y á otro dia aun seria tiempo de ganar los Cuatro Brazos, y de enmendar la falta por Ney cometida.

Asi hasta ahora el éxito habia correspondido á la grandeza y á la profundidad de las combinaciones. Por atacar á los prusianos, que estaban delante, se debia comenzar el 16 de junio, y ya batidos, de seguida lanzarse sobre los ingleses. ¿E

importaba absolutamente efectuarlo mas bien por la mañana que por la tarde? No cabe la menor duda respecto de que, si en politica siempre conviene ir con pies de plomo, al revés en la guerra poca es toda prisa, dado que cuanto antes se logra el resultado, mas pronto se está á cubierto de los caprichos de la fortuna. Pero en la guerra existen mas que en todo ciertas dificultades materiales, á que hay que obedecer por fuerza. Aqui se tropezaba con una, ante la cual habia que ceder inevitablemente, la de hacer que entraran en línea las tropas, como que á pesar de la velocidad con que el dia anterior se habia andado, ni el sexto cuerpo, ni la Guardia, ni los coraceros, ni los parques habian podido aun cruzar el Sambra, Gerard no habia hecho mas que llegar á su orilla, y Erlon solamente habia avanzado despues de cruzarlo, una legua. Además se necesitaba tiempo con el fin de llevar las tropas al campo de batalla de Fleurus, y mientras marchaban hácia este punto, Napoleon tenia espacio para recibir los partes de sus avanzadas, y para convertir en certidumbre lo que hasta entónces no era mas que adivinación del genio. Por estos motivos perentorios daba por la tarde la batalla de Ligny en vez de darla por la mañana, y con tanto fruto era ganada á una hora como á otra, pues hasta las nueve duraba el dia en junio, y de tres á nueve habia tiempo muy sobrado para desgollarse y alcanzar una gran victoria.

En cuanto al plan y á la ejecucion de la batalla no cabe cuestionar que fueron cual se debia esperar de un capitán consumado. Acabándose de establecer los prusianos en las aldeas de Saint-Amand y de Ligny para cubrir la gran calzada de Namur á

Bruselas, que formaba su punto de enlace con los ingleses, y volviendo así la espalda á las tropas francesas dirigidas sobre los Cuatro Brazos, Napoleon atacó á Saint-Amand y á Ligny con vigor sumo, previniendo á Ney que se apoderara de los Cuatro Brazos cuanto antes, y de seguida enviara un destacamento para coger de revés á los prusianos. Prisionera quedara la mitad del ejército de Blücher si esta orden fuera ejecutada. Pero habiéndose hecho tímido el mariscal Ney á semejanza de todos los generales franceses, no ante el enemigo, sino ante la fortuna, desalentado por los consejos del general Reille á mayor abundamiento, se anduvo todo el día en vacilaciones, perdiendo la mañana, durante la cual pudo arrancar la posición de los Cuatro Brazos á unos cuantos miles de hombres, que á la sazón estaban en su custodia, y después acometiéndolos con denuedo cuando habia pasado el tiempo oportuno, esto es, cuando eran caudroplessos fuerzas, y para enmendar su falta atrajo á sí al conde de Erlon, á la par que Napoleon le llamaba á su lado, y así le hizo inútil en todas partes, y sin vencer á los ingleses impidió que Napoleon destruyera completamente á los prusianos. Privado Napoleon de los cuerpos de tropas que habian de coger al enemigo por la espalda, no se desconcertó á pesar de todo, y antes bien ideando una nueva maniobra, con la Guardia cortó mas arriba de Ligny á la línea prusiana, ya que tomarla de revés se hizo imposible, y al fin alcanzó una victoria brillante y de gran monta. Con efecto, si á causa de pasar la jornada el conde de Erlon en estériles idas y venidas, solo estaban derrotados los prusianos, en lugar de quedar destruidos del

todo, lo bastante quedaba sin duda para que les pudiera hacer cara un fuerte destacamento, mientras el ejército iba en demanda de un choque decisivo con los ingleses. Si Ney con su falta dejó escapar la ocasión propicia de destrozar á los ingleses en los Cuatro Brazos, á lo menos opuso una resistencia heroica á sus esfuerzos por comunicarse con los prusianos, y les embarazó que se estableciesen sobre la calzada de Namur á Bruselas, y obligóles á hacer alto para emprender á otro día la retirada. Por tanto, á pesar de los incidentes siempre frecuentes en la guerra, y aun mas cuando todas las cabezas andaban algo trastornadas, lo mismo el 16 de junio que el día anterior aun lograba el plan de Napoleon muy feliz suceso, pues de una parte los prusianos vencidos en una gran batalla, y de otra los ingleses contenidos en un encarnizado combate, se veian forzados á ejecutar una retirada divergente, entre ellos quedaba el ejército francés situado en masa, y á semejanza de los prusianos se iban á ver los ingleses constreñidos á aceptar una batalla separada al día siguiente ó al otro.

No era posible emprender la marcha el 17 de junio al despuntar la primera luz del alba con tropas que á las nueve de la noche aun andaban á las manos con el enemigo, y que acababan de vivaquear en medio de treinta mil cadáveres y sin comer siquiera el rancho. No obstante, Napoleon perdió el menor tiempo que le fué posible: en movimiento puso al conde de Lobau por no haber lidiado, á la Guardia porque solo habia combatido parte de ella, á los coraceros que no habian dado ni un sablazo: á los cuerpos de Vandamme y de

Gerard, vencedores y no poco abrumados de fatiga, les destinó a vigilar de cerca a los prusianos; y empujó su centro hacia el mariscal Ney para formar con su masa las tropas que se las iban á haber con el ejército británico de seguida. Pero para hacer que avanzaran estas tropas, se necesitaba primeramente que Ney desfilara por los Cuatro Brazos, como que había de componer la cabeza de la columna. Y lleno este mariscal de aprensiones el 17 de junio como el día precedente, no se movió ni un paso, creyendo siempre tener encima á la totalidad de los ingleses. Necesario se hizo que Napoleón fuera con el conde de Lobau, y la Guardia y los coraceros, á sacarle al fin de zozobras, y solo entonces determinóse á emprender el movimiento de avance, esto es, á las once de la mañana. Tras de perderse así toda, parte por la fatiga de las tropas, y parte por los retrasos de Ney, se perdió la tarde á causa de una tempestad horrosa, que dejó á los dos ejércitos paralizados, porque cuando asoma el poder de la naturaleza se desvanece el de los hombres por magna que sea su pujanza. Así los logartamientos de Napoleón por la mañana, y la naturaleza por la tarde, le arrebataron todo el día 17 de junio. ¿Pero acaso era el tiempo la consideración decisiva en esta jornada? No ciertamente. Despues de batir á los prusianos, sin duda conyenia batir á los ingleses, y mejor cuanto más pronto, si bien para batirlos se necesitaba encontrarlos, y de la voluntad del duque de Wellington y no de la de Napoleón dependía que este encuentro se efectuase al cabo. Separando á Napoleón de los ingleses como media jornada, mal podía contar con darles alcance, y si querían bata-

lla, de fijo les encontraría delante de la selva de Soignes sin necesidad de darse prisa, á no ser que pusieran de por medio la tal espesura, en cuyo caso la batalla se hacia imposible de todo punto. ¿Y la querían dar acaso? Napoleón lo deseaba ardentemente, por la imposibilidad de seguirlos mas allá de Bruselas, cuando su presencia iba á urgir muy pronto en Champaña, y porque lo de abandonar su seguimiento, sin haberlos batido, no equivalía á menos que al trastorno de todos sus planes. Pero por grande que fuera su deseo, de ningún modo les podía tomar la delantera á la entrada de la selva de Soignes para obligarles á la batalla. Su único recurso era á todas luces el ardimiento de Blucher, la ambición del duque de Wellington, y no una celeridad de marcha, que el cansancio de las tropas, las vacilaciones de Ney y una horrosa tempestad, hacian imposible, y que la proximidad de la selva de Soignes hubiese hecho tambien infructuosa.

De consiguiente el tiempo no era la consideración importante en el día 17 de junio. ¿Pero si no hubo falta acerca del empleo del tiempo, la hubo acaso relativamente á la distribución de las fuerzas? Con la anterior exposición de los hechos ya se halla el lector en aptitud de juzgarlo por sí propio. ¿No era acaso lo más sencillo, despues de vencidos los prusianos, que se enviara detrás un destacamento bastante fuerte para vigilarlos de cerca, y contenerlos á todo trance, y aislarlos de los ingleses, mientras con estos fuese la lucha? ¿Por ventura habrá hombre de seso, á quien ocurra la especie de que no había para qué cuidarse de los prusianos, sino dejarlos á sus anchas, limitándose á

soltar detrás de sus huellas alguna caballería, para que estuviera a la vista de cuáles eran sus designios, sin imposibilidad de estorbarlos de ningún modo? ¡Ah! fijamente, si se supone en el mando del ala derecha de los franceses, una ceguera sin igual en la historia, una ceguera tal que permitiera á los prusianos en número de ochenta mil hombres operar delante á su antojo, y hasta abrumar á Napoleón, su vencedor, sin oposición alguna de la tropa encargada de ir en su seguimiento, razón habrá para decir que el destacamento del ala derecha fué una falta; pero suponiendo en el que la dirigía nada más que el instinto de que dieron muestras inequívocas los soldados rasos, se comprenderá que al destacarla con tal destino se hizo una cosa, no solo en regla, sino necesaria de todo punto, y que no debía privar al ejército de su ayuda, porque encerrados todos en un ámbito de cuatro ó cinco leguas, donde todos habían de oír el cañón de todos, no era ciertamente de creer que los treinta y cuatro mil hombres del mariscal Grouchy se perdieran hasta el extremo de no volverlos á encontrar sino después de una catástrofe espantosa.

No admite la mas leve duda que el destacamento de Grouchy era necesario, y dictado á tenor de las reglas y de la situación y del mas vulgar buen sentido. Acerca de la significación de las instrucciones recibidas, ciertamente pueden existir pareceres encontrados: sin embargo, hay un orden terminante, y sobre la cual no cabe divergencia, porque les hubiera ocurrido á los soldados de filas, y era la de seguir á los prusianos, sin perderles de vista un solo instante, é impedirles que maniobraran de modo de volverse á juntar con los ingleses, co-

mo que el plan á alcance de todos estribaba en lidiar separadamente con cada uno de los dos ejércitos enemigos. Por muchas hipótesis que se amontonen de intento, semejante orden no la dictaba Napoleón, sino la situación de las cosas, y hay una prueba irrefragable de que la tal orden bien ó mal dada (y dadas malas no lo tenía Napoleón por costumbre), tanto entró en la mente del mariscal Grouchy que, escribiendo á Napoleón el 17 de junio por la noche, le decía estas palabras textuales:—Estoy en persecución de los prusianos, y me dedicaré á mantenerlos alejados de los ingleses.—Así en la mente del jefe del ala derecha no había ni sombra de equivocación ó mala inteligencia respecto del verdadero sentido de sus instrucciones.

Pero desde los principios engañóse el mariscal Grouchy acerca de la dirección de los prusianos, dado que por el camino de Namur los supuso en retirada. Este error era muy excusable, y no tuviera consecuencias, si obrara como aconsejaba la cordura, enviando caballería ligera sobre las tres direcciones posibles del Monte de San Guiberto, de Gembloux y de Namur, y yendo con su infantería por el camino de Gembloux, á causa de estar en medio de los otros. Presto le sacaran de dudas los trigos tronchados al tránsito de los prusianos, y se convenciera de que se retiraban, no hacia las márgenes del Rhin, sino hacia Wavre, esto es, en dirección de donde se hallaban los ingleses. Así lo comprendió al cabo, aunque conservando respecto de Namur una sospecha ya intempestiva, de suerte que el día primero hasta muy tarde no hizo que marchara á Gembloux su infantería. Por tanto, mientras que Napoleón no pudo emplear el 17 de

junio sobre el camino del Monte de San Juan de otra manera, casi lo perdió completamente el mariscal Grouchy sobre el camino de Wavre.

Pero pudiéndose poner en movimiento el 18 de junio desde las cuatro de la mañana, teniendo diez y siete horas de día para trasladarse adonde fuera de su agrado, estando encerrado dentro de un espacio en el cual unos estaban de otros á distancia de cuatro ó cinco leguas, el mariscal Grouchy se hallaba en proporción de repararlo todo. Desgraciadamente no expidió sus órdenes sino entre seis y siete de la mañana, y como no habia provisto á la distribucion de raciones, hasta las ocho, las nueve ó las diez no emprendieron la marcha sus tropas. Sin embargo, nada habia aun perdido, ni siquiera comprometido entonces, puesto que bastaban cinco horas para trasladarse al punto mas extremo de aquel teatro de operaciones, sin mas que tomar por guia el cañoneo.

Mientras el ala derecha destacada era conducida con tan poca actividad y seguridad de miras, Napoleón se apercibía con el ala izquierda y el centro á dar su segunda batalla, que iba á decidir su suerte y la de Francia. Este encuentro, que tanto habia deseado y con tanto fundamento, puesto que le convenia batir á los ingleses despues de haber ya batido á los prusianos, para revolver á toda prisa contra los austriacos y los rusos, así el hirviente patriotismo de Blücher como la noble ambicion del duque de Wellington se lo iban á ofrecer de seguida. A uno y á otro les vino á justificar el resultado, pero, segun lo ha dicho Napoleón con su habitual grandezza de lenguaje, la posteridad se les mostrará menos indulgente, dado

que, si la fortuna no les deparara en la ceguera del mariscal Grouchy un fenómeno verdadero, bien podian ser abrumados en el lindero de la selva de Soignes, de grande espesura, muy difícil de cruzar despues de una derrota, mientras que al contrario, si ponian la selva de Soignes de por medio, con todos los cálculos de Napoleon daban por tierro, y le obligaban á retroceder sin demora con el fin de dar cara á la columna invasora del Este, despues de frustrársele todos sus planes. Así eligieran un juego seguro, en lugar de un juego aventuradísimo y muy peligroso.

De todos modos ya era positiva la batalla, que Napoleon habia deseado tanto, como en prueba de que ni el genio sabe lo que pide á menudo al fatigar á la Provideacia con sus instancias. ¿Y convenia dar la batalla desde la aurora? ¿Se debia preferir en Waterloo como en Ligay obrar por la mañana, y no por la tarde? ¡Ah! sí de fijo, mil veces sí, á ser posible calentar que en lugar de Grouchy á la sazón á tan corta distancia, se daría tiempo á que llegaran sesenta mil prusianos, sin que Grouchy lo notara siquiera, cuando la naturaleza toda veía marchar hombres, caballos y cañones al descubierta. Pero semejante cosa no era de suponer ni por asomo, y entretanto, no pudiendo manobrar la artillería, preciso era dejar que pasaran cuatro ó cinco horas para que el suelo reblandecido se ocreara y volviera á adquirir consistencia. Drouot, el mejor y mas sensato de los hombres, no se consolaba de haber dado el consejo de que se difiriese algunas horas la batalla (1), y aqui su

(1) Notas hallo muy curiosas, y muy interesantes, y es-



virtud erraba en su contra, pues en aquella estación se podía muy bien dar la batalla de Waterloo á las once de la mañana, cuando la batalla de Ligny no se había dado hasta las tres de la tarde, sin que esto obstase para la victoria. Ahora bien, el inconveniente de que se atascara su artillería, y se atollara su caballería, siendo sus dos mejores armas, consideracion era cuya importancia no podía ser desconocida por nadie. Verdad es que el resultado ha condenado al vencido, y que el resultado es un dios de hierro al cual adoran los hombres; pero el argumento de Drouot, al cual hubo

críticas ya hace largo tiempo por el coronel Combes Brassard, jefe de estado mayor del sexto cuerpo de tropas, al mando de Lobau, con el pasaje siguiente, que cito á causa de que pone en relieve la virtud de Drouot, una de las más eminentes de los tiempos modernos: dicho coronel se expresa de este modo.—Pocos dias estuvo el general Drouot en París despoes de su proceso. Yo le visitaba frecuentemente, y á menudo la batalla del Monte de San Juan daba asunto á nuestras conversaciones. Cierto dia me dijo con el tono de un hombre que tiene al parecer necesidad de aliviar su alma oprimida:—Cuanto mas pienso en esa batalla, mas inclinado me siento á creer que fui una de las causas de que se perdiera finalmente.—¡Vos, mi general! A mas no se podría llevar la adhesion generosa de una noble amistad hácia su soberano.—Explíquemonos, mi querido coronel, yo no traté de cargar con culpas ajenas, sino de reclamar lo que me pertenece del todo, por mi cuenta y riesgo.—Y prosiguió de este modo.—

«Desde la primera luz del alba el emperador reconoció la posicion de los enemigos: su plan estaba deliberado, y sus disposiciones se hallaban tomadas para comenzar el ataque lo mas tarde entre siete y ocho de la mañana. Yo le hice observar que la lluvia habia ehado á perder los caminos y reblandecido el terreno de forma

de ceder Napoleon, era decisivo, y la posteridad no le censurará de fijo por haberlo tenido tan en cuenta.

Fijada la hora, siempre subsistia el plan de la batalla. A todas luces era excelente la idea de lanzarse sobre la izquierda de los ingleses, muy débilmente establecida, de arrollarla sobre su centro, de quitarles de este modo la gran calzada de Bruselas, única avenida practicable por entre la selva de Soignes, pues en esta manera de obrar se

que habrían de ser lentísimos los movimientos de la artillería, y yo inconveniente salvarian dos ó tres horas de retraso; y á este retraso acomodóse el emperador en seguida. Si de mi observacion no hiciera caso alguno, Wellington fuera atacado á las siete, y á las diez ya estaría batido, y á medio dia completada la victoria, y como á Blucher no le fué posible desembocar hasta las cinco de la tarde, en manos viniera á caer de un ejército victorioso. Como hasta medio dia no dimos el ataque, todas las eventualidades las pusimos del lado del enemigo.»

Me ha parecido oportuno reproducir este pasaje. A la verdad, cuando vemos á los autores de las mas graves faltas rehuir la responsabilidad que les toca de plano, Drouot, que de nada se debia culpar respecto de la batalla de Waterloo, pues no era una falta que en un dia de diez y siete horas se dedicaran tres ó cuatro á dejar que se creara el terreno, se acusaba de haber contribuido á la pérdida de la batalla, con hacer que se diera mas tarde. Por el resultado, sin duda fué un perjuicio enorme el retraso de tres horas, bien que segun todas las verosimilitudes no se debia tener por una falta, pues circunstancia capital era la consistencia del terreno para los que iban á tomar la ofensiva. Nueva prueba es esta de lo mucho que hay de azar en los sucesos militares, y de la necesidad de juzgar con mucha cautela acerca de las operaciones, en que á menudo el consejo mas sano conduce á los resultados mas lastimosos.

añadía á todas las demás ventajas la de separar á los ingleses de los prusianos. Desgraciadamente para los franceses cometieronse faltas en la ejecución de tal designio. Sin duda se necesitaba atacar la quinta de Goumont á su izquierda, pero conviniera mejor destruirla á cañonazos que pensar en su toma á fuerza de hombres, extenuando así la izquierda del ejército de los franceses. A la vista de Napoleón ocultaba el bosque de Goumont este detalle, y de sentir es que el general Reille no siguiera el combate bastante de cerca para impedir un gasto de hombres tan infructuoso. Evidentemente no se debiera ir mas allá de la conquista del bosque, reservando las bizarras divisiones de Gerónimo, de Foy, de Bachelu, para el ataque á la planicie del Monte de San Juan, que era la operación capital de la jornada.

También el ataque de la Haya-Sainte en el centro y á lo largo del camino de Ohain contra la izquierda de los ingleses, ejecutado por masas compactas, é incapaces de operar contra la caballería, fué otra falta de táctica en un hombre como Ney tan hábil para las maniobras; falta que debió quizá ser sugerida por la idea que se tenía de la solidez de los ingleses, y que Napoleón no tuvo tiempo de impedir, á causa de que cuando la echó de ver ya estaban las tropas en movimiento, y así era tarde para cambiar sus disposiciones de ataque. Semejante falta fué sensible por extremo, pues hizo impotente una tentativa que debiera ser decisiva, y desde los principios engendró en el espíritu de los beligerantes una preocupación favorable para los ingleses y desventajosa para los franceses.

Sin embargo, nada estaba comprometido de resultas, y soltando Napoleón su caballería, de los escoceses grises tomó prontísima venganza. Pero sobre aquel fúnebre campo había levantado la cabeza un espectro espantoso, y éste espectro era el ejército prusiano. Napoleón previó el peligro de esta aparición al golpe, y sin perder instante destacó al conde de Lobau sobre su derecha. ¿Acaso cabía en lo posible obrar mejor ni de otro modo para salir a este nuevo accidente? No, de seguro. Abandonar una batalla empeñadísima ya entonces, renunciar a sus planes, únicos que podían compensar la inferioridad de sus fuerzas, no era sino constituirse de propia voluntad en la condición de vencido, cuando aun había tanta esperanza de quedar victorioso, porque en suma no podía estar expedito para Bulow el camino, sin que para Grouchy lo estuviera de igual suerte, y licito era abrigar la esperanza de que si llegaba el uno, tampoco tardaría en asomar el otro. Así Napoleón continuó la batalla, si bien cuidando de que se prosiguiera mas flojamente. A Ney previno que se apoderara de la Haya-Sainte, lo cual privaba á los ingleses de su punto de apoyo en el centro, y aseguraba á los franceses el des-emboque en la planicie del Monte de San Juan cuando quisieran descargar el golpe decisivo, y le recomendó especialmente que, luego de llevado á cabo, se detuviera hasta que se pudiese avalorar la trascendencia del ataque de los prusianos sobre la derecha. Con evidencia, tomar la Haya-Sainte y aguardar luego, era lo único hacedero en circunstancias de gravedad tanta.

15) Pero cediendo el mariscal á un ímpetu conver-

tido por la pesadumbre de sus vacilaciones del día precedente en furia; se precipitó sobre los ingleses, se apoderó de la Haye-Sainte con sin par denuedo, y después de haber reconocido muchas veces á la caballería enemiga durante este combate, poco á poco empeñóse con ella, y la siguió sobre la planicie, y viendo allí toda una artillería abandonada, le pareció llegada el momento decisivo, sucesivamente arrastró sobre la planicie á la caballería toda, y sostuvo una lucha de gigantes, lucha intempestiva, como que á su disposición no contaba infantería para llevarla á feliz remate, y así gastó las tropas francesas de á caballo, que empleadas oportunamente sirvieran mas tarde para ganar la batalla.

De consiguiente, los prodigios de Ney eran una desgracia, que no pudo impedir Napoleón, por haber llevado, no solo su infantería, sino su atención sobre la derecha.... ¿Y qué hacer en tal caso? No habia otra maniobra imaginable que la adoptada por Napoleón al prescribir á Ney que se mantuviera sobre la planicie cuanto le fuera posible, mientras con la Guardia se iba á dar á los prusianos un terrible choque, para allegar la Guardia, luego que los prusianos fuesen repelidos, y arrojarse con sus batallones sobre el ejército inglés y destruirle del todo. A los prusianos recibió y rechazó con un denuedo, de que solamente los viejos soldados de la Guardia conducidos por Morand eran capaces. Arrollado Bulow y destrozado entre Planchenois y Maransart, no perdió Napoleón un instante, y cumpliendo á Ney su promesa, con la Guardia reunida marchó á la planicie, para jugar allí en una acción desesperada su suerte, la del

imperio y la de Francia. Arrostrando cuatro de sus batallones un fuego horroroso, ya habian hecho pie sobre la planicie, y probablemente los otros iban á terminar la lucha, cuando presentándose el cuerpo prusiano de Zietzen de improviso, en catástrofe hizo parar una batalla, que aun podia ser una victoria, victoria sangrienta, cruelmente comprada, pero victoria al cabo. Segun el punto á que habian llegado las cosas, no podia menos de resultar de todo una derrota sin ejemplo, á causa de que no habia una sola reserva para allegar las tropas, y á causa de que la persona de Napoleón era la única que podia salvar esta falta, y aunque se mantenía de pie en medio de una hornaza de fuegos, las sombras de la noche le ocultaban á la vista de los soldados, y estos le creían muerto, y después de un esfuerzo sobrehumano, ya su abatimiento igualaba á su exaltacion primitiva, y para colmo de desventuras se tenia al enemigo en frente, y de flanco y sobre la espalda. Todo concurría por consiguiente á convertir una batalla perdida en un inaudito desastre. Era el imperio que, después de desmoronado en el año de 1814 y de vuelto á levantar en el año de 1815, se hundía al cabo á semejanza de un edificio gigantesco desplomándose de pronto sobre la cabeza del que se obstina en permanecer dentro hasta el último instante.

Imposible es negar que la desgracia fué inmensa, pero tambien es imposible sostener que no lo hiciera Napoleón todo por conjurarla durante la jornada, porque si retardó la hora de la batalla, fué por una necesidad física; si los generales Weylle y Erlon cometieron faltas de táctica, se esforzó por enmendarlas al punto; si el mariscal Ney anti-

cipó la acción principal á impulsos de su ardimiento, no le pudo impedir de ningún modo, ocupado como estaba hácia su derecha, y esta acción prematuramente empeñada, la suspendió para hacer cara á los prusianos, y tras de haberlos repelido, la comenzó de nuevo, cuando repentinamente le vino á abrumar otro cuerpo de prusianos. No faltó, pues, como capitán en lo más leve, y para ser justo respecto de los vencedores como respecto de los vencidos, ahora añadiremos que el duque de Wellington y el mariscal Blücher merecieron su victoria, el primero con su tesón inquebrantable, y el segundo con su patriotismo inaccesible al desaliento.

Fuerza es decir ya con la sincera pesadumbre de atacar la memoria de un hombre de bien y de un militar bizarro, acometido entonces de una ceguera sin ejemplo, que el mariscal Grouchy fué la verdadera causa de la desventura de los franceses (la causa material por supuesto, como que la moral radicaba en otra parte). Ya hemos expuesto los hechos con exactitud escrupulosa, y nada sería permitir alegar en su abono, aunque de cuarenta años atrás se ha intentado repetidas veces. Después de perder toda la tarde del 17 de junio, y también toda la mañana del día siguiente, aun le quedaba la tarde del mismo para enmendar sus faltas, y bastaba sin duda para convertir en triunfo un inmenso desastro. Efectivamente, en Sart-a-Valhain se oyó el cañoneo á las once y media de la mañana. Con la sagacidad de un verdadero hombre de guerra, con el calor de un francés apasionado por su país, el general Gerard propuso marchar hacia donde se oía el cañoneo de seguida, y odaba por

fundamento que en la duda de cuáles fuesen las intenciones del enemigo, lo conveniente era acudir á Napoleón sin vacilacion de ninguna clase, por qué si los prusianos se le iban á echar encima, se estaría en sus instrucciones, puesto que prescribían no abandonar su seguimiento, y si se retiraban hácia Bruselas ya no habia que hacerles caso, y si darse prisa á llevar á Napoleón muy eficaz socorro para la destruccion definitiva de los ingleses. Gerard, Vandamme, Valazé, todos los soldados proferían el mismo grito; cerrando los ojos á la evidencia, el mariscal Grouchy desechó esta luz que de todos los espíritus brotaba resplandeciente. Una falta de forma en Gerard, un yerro de susceptibilidad en Grouchy, hicieron que fracasara consejo tan sano, y que salvara sin duda al imperio, y lo que importaba mucho más todavía, á la Francia.

En favor del mariscal Grouchy se han hecho valer dos excusas; primera, que para ir desde Sart-a-Valhain á Maransart no habia ya tiempo; segunda, que en el camino se hallara á cuarenta mil prusianos disputando el paso del Dyle, mientras hubieran ido otros cincuenta mil á caer sobre Napoleón en el campo de batalla. Mal fundadas creemos las dos excusas, y aun cuando tuvieran fundamento no disculparían al mariscal Grouchy de ningún modo. Con efecto, si cuando estaba en Sart-a-Valhain le faltaba tiempo ¿de quién era la culpa, sino suya, pues habia perdido cinco ó seis horas la tarde del 17 de junio, y cuatro la mañana siguiente? Si debia hallar á los prusianos defendiendo el Dyle ¿de quién era la culpa, sino suya de igual modo, pues no habia vigilado su curso, ni

apoderábase de sus puentes, casi todos olvidados por el enemigo, ni intentado el paso por donde no ofrecia dificultad alguna? Evidentemente Grouchy aparece responsable, aun admitiendo lo que se alega en su abono. Pero las tales excusas, que no le eximen de ningun cargo, se hallan tambien desprovistas de fundamento.

En cuanto á la distancia, véase la verdad rigurosa. Desde Nil-Saint-Vicent, adonde habia llegado Vandamme á las once y media de la mañana, hasta Maransart, á lo sumo hay cinco leguas métricas, ó sean cuatro leguas antiguas. Cuando mas las gentes del pais hablaban de una travesía de cuatro horas; y es la verdad que se anda cada legua métrica en menos de una. Si se quiere tomar en cuenta el mal estado de los caminos, aunque no tanto por las vias transversales como por las vias directas, fatigadas por el tránsito de los prusianos, se podian echar cinco horas, y era mucho para soldados, á quienes electrizará de seguro el estruendo de los cañones. Aun cuando se supusieran seis horas, calculo extraordinariamente exagerado, se llegará en el instante mas oportuno. Aun cuando se supusieran siete horas, todavia el momento era sumamente propicio, pues cabalmente entonces la Vieja Guardia ahuyentaba de Planchenois á los prusianos, y se les sorprendiera en un desorden espantoso. ¿Se quieren ahora ejemplos de lo que se podia ejecutar en materia de travesías sobre los mismos lugares y cabalmente en las mismas circunstancias? Pues no faltan esos ejemplos. Saliendo de Gembloux el cuerpo de tropas de Vandamme á las ocho de la mañana, ya estaba en la Barraca á las dos de la tarde, despues de detener-

se en el camino mucho mas de una hora, y de andar muy despacio. Y no hay que perder de vista que entre Gembloux y la Barraca y entre Nil-Saint-Vicent y Maransart casi son iguales las distancias. Asi es, que la mencionada travesía se pudiera hacer en cinco horas. ¿Por ventura se quiere todavia otro ejemplo mas concluyente? De Wavre á Gembloux hay mas de cinco leguas, y cuando al dia siguiente 19 de junio, la necesidad de ocultarse á la vista del enemigo victorioso aceleraba el paso de las tropas, todas, Vandamme salia de Wavre á la puesta del sol y estaba ya en Gembloux á las once de la noche (1). Por tanto, bien se podian andar cinco leguas en cinco horas el 18 de junio, cuando se andaban en tres al dia siguiente.

En cuanto á la resistencia que á las márgenes del Dyle pudieran oponer los prusianos, verdadera es la objecion con referencia á Wavre, donde se les iba á atacar en una posicion inexpugnable, pero resulta falsa, si se imagina que el mariscal Grouchy se presentara delante de los fuertes de Moustier y de Ottignies no custodiados. A la verdad, concediendo a los enemigos un discernimiento sobrehumano, de que por desgracia de los franceses carecia el caudillo de su ala derecha, bien pudiera acontecer que, adivinando sus proyectos, Blucher hubiera situado cuarenta mil hombres en los puentes de Moustier y de Ottignies, por donde el general Gerard proponia que se ejecutara el paso del rio, y que desfilándolos con estos cuarenta mil soldados, para agobiar á Napoleon enviara

(1) Testimonio del general Barthezéne en sus Memorias, tomo II, pág. 398.

otros cuarenta y cinco mil de que le era dado entonces disponer á lo sumo. Sin duda las cosas pudieran pasar de este modo; pero cuando solo eran hombres los franceses, no se habian de figurar que sus contrarios fuesen dioses.

Nada parecido sucedió virtualmente. Viéndose Blucher seguido á Wavre, allí dejó á Thielman con veinte y ocho mil hombres para distraer á los franceses, con treinta mil envió á Bulow á la capilla de San Lambert y Planchenois, á Pirch I hizo que fuera detras de Bulow con quince mil combatientes, y con otros tantos destacó a Ziethen á lo largo de la selva de Soignes. Si al consejo del general Gerard diera el mariscal Grouchy oídos, entre una y dos de la tarde llegara á los puentes de Moustier y Ollignies, los cruzara sin dificultad alguna, y nadie le atajara el paso, y hallara el camino de Maransart expedito del todo. Dirigiendo á Wavre á Pajol y á Teste, que sobre Tourlines fueron encaminados por la mañana, y que bastaran para entretener á Thielman durante algunas horas, y marchando hacia Maransart con el resto de su cuerpo de tropas, es decir, con treinta mil hombres, á Bulow hallara empeñado en lo hondo del valle de Lasne y de modo de no ver nada; y á Ziethen y Pirch I verosimilmente muy avanzados en su movimiento para que pudiesen notar su presencia. Aun suponiendo que no lograra mas que desviar á estos últimos de su camino, fijamente alcanzara el objeto esencial en suma, puesto que su llegada hizo que se perdiera todo. Pero aun atrayendo la atención de ambos, sin duda pasara adelante, primero que se pudiesen oponer á su marcha, y operara la doble ventaja de libertar á Napoleon

de su ataque, y de destruir á las tropas de Bulow sin remedio.

Por consiguiente nada puede atenuar la falta del mariscal Grouchy sino sus servicios anteriores, que son muy relevantes, y sus intenciones que eran leales y acrisoladas. Segun lo ha dicho Napoleon, al ejército faltó Grouchy en esta fatal jornada, como si un terremoto le hubiera hecho desaparecer del teatro de las operaciones. Asi el olvido de su papel verdadero y consistente en aislar á los prusianos de los ingleses fué la causa positiva del desastre, la causa material se ha de entender siempre, pues las causas morales hay que buscarlas mas arriba; y á tal altura Napoleon torna á aparecer como el verdadero culpado.

Efectivamente, si se considera esta campaña de solos cuatro dias bajo conceptos mas elevados, se verá de cierto, no las faltas actuales del hombre de guerra, que nunca estuvo mas profundo ni mas activo, ni mas fecundo en recursos, sino las del jefe del Estado que se habia creado á sí propio y á Francia una situación forzada, en que nada pasaba naturalmente, y en que el genio mas poderoso debia fracasar ante imposibilidades morales insuperables. Fijamente, nada mas bello, ni mas habil que la combinacion por cuyo medio juntaba en pocos dias ciento veinte y cuatro mil hombres sobre la frontera sin que lo echara de ver el enemigo, y se hacia dueño de Charleroy al cabo de algunas horas, y se situaba entre los ingleses y los prusianos, y le ponía en actitud de combatirlos separadamente, y despues de vencidos los prusianos y los ingleses, le dejaba espacio para ir á hacer cara á los rusos y á los austriacos al frente de

las fuerzas que se organizarían mientras daba las primeras batallas. Pero las vacilaciones de Ney y de Reille el 15 de junio, renovadas además al día siguiente, incompleto hacían un triunfo que debiera ser decisivo sin duda, pero estas vacilaciones se remontaban asimismo á Napoleon, por ser quien había grabado en su memoria los recuerdos que les conmovían tan fuertemente. Napoleon fué quien inscribió en la mente de Reille los nombres de Salamanca y de Vitoria, en la de Ney los de Dennewitz, Leipzig y Laon, y por último el de Kulm en la de Vandamme. Si inmediatamente después de la batalla de Ligny se perdió todo el 19 de junio, pérdida no muy de lamentar ciertamente, se debió asimismo á las vacilaciones de Ney por la mañana, y á una tempestad por la tarde. Esta tempestad no era de cierto obra de nadie, ni de Napoleon, ni de sus lugartenientes, pero sí era obra suya la de haberse colocado en situación tal, que un accidente físico el más leve se transformaba en grave peligro, en una situación tal, que para no perecer se necesitaba que todas las circunstancias fueran favorables, todas sin excepción alguna, privilegio que no otorga á ningún capitán la naturaleza.

Tampoco era culpa de nadie la pérdida de la madrugada del 18 de junio, porque había necesidad absoluta de dejar que se afirmara el terreno bajo los pies de los caballos, bajo las ruedas de los cañones, y en suma no se debía presumir que el tiempo tomado para que se afirmara el terreno, simplemente fuera para dar lugar á la llegada de los prusianos. Pero si delante de la quinta de Goumont aparecía Reille desalentado, si después de sentirse Ney y Erlon acometidos de la fiebre de

la vacilación el 16 de junio, á los dos días experimentaban la del arrebato, y gastaban las fuerzas francesas más preciosas antes del momento oportuno, preciso es repetir que de igual modo hay que remontar el origen á Napoleon, por haber colocado á todos en posiciones tan extrañas, y por ser causa de su estado moral, y de su heroísmo portentoso aunque ciego. Finalmente, si la atención de Napoleon atraída á la derecha con su persona y su reserva, se echaba de menos hacia el centro para precaver allí graves faltas, por culpa era de la llegada de los prusianos, y la llegada de los prusianos era por culpa, no de la combinación de destacar su ala derecha para tenerlos ocupados, pues no los podía dejar sin vigilancia, sin seguimiento, sin obstáculo opuesto á su vuelta, sino del mariscal Grouchy, solo suya, dígame cuanto se quiera en contra. Pero la culpa de tener á Grouchy, este gran yerro, de Napoleon era tan solo, dado que por premiar un servicio político había elegido un hombre, decidido y leal sin duda, pero incapaz de conducir un ejército en tales circunstancias. Por fin, con veinte ó treinta mil hombres más proveyera Napoleon á todos estos accidentes, pero aquellos veinte ó treinta mil soldados se hallaban en la Vendée, y esta la Vendée formaba parte de la situación extraordinaria, de que era autor exclusivo. Efectivamente, extremada temeridad era la de pelear al frente de ciento veinte mil hombres contra doscientos veinte y dos mil enemigos, formados en parte de los primeros soldados de Europa, acaudillados por generales exasperados y resueltos á vencer ó morir; y en la situación en que Napoleon se encontraba por entonces, tan enorme temeridad

casi figuraba como cordura, pues solo á esta condicion podia ganar la prodigiosa apuesta de vencer á la exasperada Europa con las fuerzas destruidas de Francia, sin haber tenido para rehacerlas mas que dos meses. Y al cabo, por no omitir nada, aquel estado febril de las tropas, caidas en abatimiento imponderable despues de sublime heroismo, obra era á semejanza de todo lo demas del gefe del Estado, que en quince años de reinado habia abusado de todo, de Francia, del ejército, de su genio, de cuanto Dios habia puesto en sus prodigias manos. Buscar en la incapacidad militar de Napoleon las causas de un desastre, que se hallan completas en la situacion, que habia creado en el tiempo de quince años consecutivos, no solo equivalia á sustituir lo falso á lo verdadero, sino lo pequeño á lo grande. Otra cosa habia perdido su actividad, su presencia de ánimo, y envejecido en suma, pues habia un hombre extraordinario, un guerrero incomparable, á quien todo su genio no pudo salvar de las consecuencias de sus faltas políticas, un gigante que, porfiando en luchar contra la fuerza de las cosas, y violentarla y ultrajarla, se veia arrebatado, y vencido como el mas débil é incapaz entre los hombres. El genio, impotente ante la razon menospreciada, ó tardiamente reconocida, espectáculo es, no solamente mas verdadero, sino moral en mayor grado que un capitan que ha envejecido y que comete una falta en su oficio. En vez de ser esa una leccion digna del género humano que la recibe, y de Dios que la da, solo seria un tema bueno para discutido ante algunos alumnos de una escuela militar.

A mayor abundamiento, este hombre extraordinario se iba á volver á encontrar delante de las causas morales que habia suscitado, y en el libro siguiente se le va á ver cual sufre la catástrofe postrera, en que nuevamente las causas morales lo son todo, y las materiales casi nada, porque si de las causas materiales pueden emanar los sucesos de poco bulto, solamente de las causas morales emanan los sucesos de grande monta. Ellas los producen radicalmente, y aun los fuerzan á su consumacion á pesar de las causas materiales. El espíritu gobierna y la materia es gobernada; cuantos observan el mundo y le ven tal como es, no pueden descubrir otra cosa.



cantándosele que el triunfo será de los Borbones, se decide á pactar con ellos.—Escenas en la Cámara de los Pares.—La Beudoyère desearía que se proclamara á Napoleón II sin dilaciones.—Altercado entre Ney y Drouot relativamente á la batalla de Waterloo.—Al ver Napoleón que se trata de eludir la cuestión relativa á la transmisión de la corona á su hijo, se quiza á Mr. Regnaud de haber sido engañado.—Mrs. Regnaud, Boulay de la Meurthe y Deformond le prometen hacer un esfuerzo en favor de Napoleón II al día siguiente.—Acordada sesión el 23 de junio en la Cámara de representantes.—Mr. Boulay de la Meurthe denuncia los manjcos de los realistas, y quiere que se proclame á Napoleón II sin tardanza.—Todá la Asamblea se muestra propicia á la proclamación.—Por medio de un discurso hábil consigue calmarla el diputado Manuel, y hace que se adopte la orden del día.—Diversas medidas tomadas por la Cámara de representantes.—Lo que pasa á la sazón en las fronteras.—Reunión del ejército en Laon, y manera milagrosa con que Grouchy se ve en salvo.—Aun cuando el ejército presenta mil hombres, que al oír el nombre de Napoleón II recuperan todo su armamento.—Grouchy toma el mando de las tropas, y las conduce á París, siguiendo la margen izquierda del Oise.—Sabedores de la abdicación aceleran la marcha sobre París los generales extranjeros, y siempre más fogoso, Bucher toma dos días de delantera á los ingleses.—Agitación creciente dentro de París.—Los realistas piensan en una tentativa de movimiento, pero Mr. Fouché los contiene por medio de Mr. de Vitrolles.—Tanto los bonapartistas como los revolucionarios desearían que Napoleón se colocara á su cabeza, y se desembarazara de las Cámaras.—Afluencia de los federados en la avenida de Marigny, y sus aclamaciones así que divisan á Napoleón de lejos.—Zozobras de Mr. Fouché y su deseo de alejar á Napoleón cuanto antes.—Esta comisión encarga al mariscal Davout, el cual se dirige al palacio del Eliseo para pedir á Napoleón que salga de París en seguida.—Napoleón se traslada á la Malmaison, y desea que se le faciliten dos fragatas, surtas en la rada de Rochefort, actualmente, para dirigirse á América sin demora.—Mr. Fouché envía á pedir salvo-conductos al duque de Wellington.—Napoleón aguarda en la Malmaison la respuesta.—El general Becker es comisionado para velar por su persona.—Mr. de Vitrolles insiste con Mr. Fouché á fin de que se ponga término á la crisis.—Mr. Fouché discurre echar encima la dificultad á los militares, induciéndoles á declarar la imposibilidad de la defensa.—Al mariscal Davout tornan los realistas sus ojos.—El mariscal Oudinot se avista con el mariscal Davout.—Este declara que será el primero en proclamar á Luis XVIII por monarca, si los Borbones consienten en volver sin el acompañamiento de soldados extranjeros, en respetar las personas y en consagrar los derechos de Francia.—En tal sentido el mariscal Davout dá un paso muy franco ante la comisión ejecutiva.—Mr. Fouché no se atreve á darle apoyo.—A la sazón se recibe una memoria de los negociadores,

enviados á los soberanos aliados, según cuyo texto aparece que los potencias europeas no tienen empeño alguno á favor de los Borbones.—Esta memoria sirve de pretexto para aplazar toda resolución.—Se aproximan á París los ejércitos extranjeros.—Nombramiento de nuevos negociadores para alcanzar un armisticio.—Disposiciones particulares del duque de Wellington.—Su perfecta cordura.—Sus consejos á la corte de Gante.—Disposiciones de esta corte.—Ideas de venganza.—Desencadenamiento contra Mr. de Blacas, y gran favor respecto de monsieur Fouché.—Momentáneo predominio de Mr. de Talleyrand.—Llegada de Luis XVIII á Cambrai.—Declaración de este monarca.—El duque de Wellington no quiere que se entre en París á viva fuerza, y antes bien desea que se entre pacíficamente, con el fin de no despopularizar á los Borbones.—Violencia del mariscal Bucher, que piensa en desembarazarse de Napoleón.—Nobles palabras del duque de Wellington.—Con éste se avistan los comisionados para el armisticio.—Sus exigencias estriban en la entrega de París y de la persona de Napoleón.—Mr. Fouché se decide á hacer que este paria de París á toda prijsa.—Sabedor Napoleón de la marcha de los ejércitos enemigos, y de que los prusianos van dos jornadas delante de los ingleses, á la comisión ejecutiva se brinda para tomar el mando del ejército por algunas horas, bajo promesa de ganar una batalla y de dimitir en seguida.—Esta proposición es desechada.—Salida de Napoleón para Rochefort el 28 de junio.—Después de partir Napoleón, ya no puede el duque de Wellington demandar la entrega de su persona, pero dá á entender la necesidad de aceptar á los Borbones, y por su parte promete la más noble conducta.—Entrevista con los negociadores franceses.—Los agentes secretos de Mr. Fouché le envían noticias conformes á las que envían los negociadores, y de las cuales resulta que los Borbones son inevitables.—Mr. Fouché comprende que ya es hora de poner fin á tantas lentitudes, y convoca un gran consejo, al cual son llamados los individuos que componen las mesas de ambas Cámaras y muchos mariscales.—Allí trata de echar sobre el mariscal Davout la responsabilidad de toda, induciéndole á declarar de punto la imposibilidad de la defensa.—Indignado el mariscal de los viles manjcos de Mr. Fouché, se arroja pronto á dar batalla, y responde del triunfo, si no le mata en las dos primeras horas.—Situación embarazosa de Mr. Fouché.—Dictamen de Carnot sosteniendo que la resistencia es imposible.—Se somete la cuestión á un consejo especial de militares.—Mr. Fouché plantea las cuestiones de modo de obtener las respuestas á medida de su deseo.—A favor de las respuestas dadas por este consejo, se reconoce la necesidad absoluta de venir á capitulaciones.—Brillante combate de caballería dado por el general Exelmans á los prusianos.—Sin embargo de este triunfo, la necesidad de tratar es concebida por todos.—Envío de comisionados al mariscal Bucher, que ya está en Saint-Cloud por entouces.—Por el cuartel del mariscal Davout cruzan estos comisionados.—Esce-

mas de que son testigos.—Se trasladan á Saint-Cloud.—Convencion para la capitulacion de Paris.—Sentido de sus diversos articulos.—El ejército francés se debe retirar detrás del Eoira, y la guardia nacional sola hará en la capital el servicio.—Escenas de los federados y del ejército al cruzar por medio de Paris.—Mr. Fouché tiene una entrevista con el duque de Wellington y con Mr. de Talleyrand en Neuilly.—No pudiendo obtener condiciones satisfactorias se resigna y acepta para sí la cartera de la Policía.—Sus colegas se consideran rendidos.—Su vuelta á Neuilly, donde celebra una audiencia de Luis XVIII.—Todo lo dispone para la entrada de este monarca, y hace que el recinto de las dos cámaras se cerrada.—La opinion general es que hizo tracion á los partidos todos.—Resumen y apreciacion de este periodo llamado de los Cien Dias.

Sobre las fronteras francesas del Este y del Mediodia habian sido los sucesos de menor bulto y no tan desagradados como sobre la frontera del Norte. El general Rapp se habia encerrado detrás de los moros de Estrasburgo, el general Leconrbe dentro de Belfort, logrando este último contener al enemigo, despues de combates dignos del tiempo en que se disputaban los Alpes á los austriacos y á los rusos. Hacia la frontera de Suiza y de Saboya, siempre afortunado y con su habilidad de costumbre, sin mas que un ejército de diez y ocho mil hombres, el mariscal Souchet habia logrado imponer respeto á un ejército de sesenta mil contrarios. No teniendo mas que de ocho á nueve mil hombres de tropas de linea y al rededor de otros tantos de guardias nacionales movilizados, á la defensa proveyo del Jura y de los Alpes, desde los Ronsses hasta Briançon, y puso á Lion en estado de defensa, y disputó las cercanias de Chambery con sus tropas activas. Tras de repeler á los austriacos, aprovechandose de sus desaciertos, así que supo la noticia del desastre de Waterloo, se apresuró á propo-

nerles un armisticio. Como exigiesen la entrega de Lion y de Grenoble, indignado el mariscal atacólos vigorosamente, matándoles ó cogiéndoles tres mil hombres. De resultas, desconcertado el general austriaco Frimont aceptó la ofrecida suspension de armas, y consintió en tomar la frontera de 1814 por linea de separacion de los ejércitos beligerantes.

Asimismo en la Vendée habian pasado felizmente las cosas. Ya se ha visto que, despues de la sorpresa de Aizenay, se dispersaron los gefes vendeanos, descontentos así de los ingleses como de monsieur de Larochejaquelain, y á punto de reincidir en sus antiguas discordias. Ascendido á general en jefe de la insurreccion vendeana, Mr. Louis de Larochejaquelain fió la direccion de su estado mayor al general Canuel, antiguo oficial republicano é indispuesto con el imperio. Aunque á monsieurs de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp repugnara no conocer mas que á un solo gefe, por deferencia á la autoridad real y por respeto al ilustre nombre de Larochejaquelain se sometieron al cabo. Pronto, movido Mr. Luis de Larochejaquelain por el general Canuel á centralizar el mando, al modo que en un ejército regular poco mas ó menos, á los diversos gefes ofendió extremadamente con una direccion antipática á las costumbres de los vendeanos, y despues contrarió sus miras á causa de quererlos llevar al Marais, para que de la escuadra inglesa recibiesen allí auxilios, en cuya llegada no creian ni por asomo. Quejas alzaron fundadas primeramente en la ninguna confianza de que les ayudara Inglaterra, y además en el peligro de amontonarse junto al Marais, entre las tropas

del general Travot situadas en Borbon Vendée, y las del general Lamarque situadas en Nantes, en un país abierto del todo, donde siempre habían sido derrotados, y donde se hallaban expuestos á morir de hambre. A la sazón acababan de llegar á la Vendée Mrs. de La Berandière, de Malanuc, de Flavigny, despachados por Mr. Fouché para proponer una suspensión de armas, bajo el concepto de que, yéndose á ventilar la cuestión en Flandes, inútil era la efusión de sangre en la Vendée, donde por otra parte no se resolvería nunca. Habiendo llegado á oídos de Mr. Luis de Larochejaquelein estos parlamentos, por criminales tuvo á Mrs. de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp de resultas, y destituyólos de sus respectivos mandos como desleales á su causa. En la Vendée el pueblo y no el rey era quien daba el mando; así Mrs. de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp siguieron á la cabeza de sus tropas, y dejaron que Mr. Luis de Larochejaquelein se comprometiera en el Marais, donde, aspirando á salir de una mala posición á fuerza de extremada bravura, se hizo matar á la cabeza de una columna de mil quinientos hombres, que fue dispersada muy luego.

Habiéndole sucedido Mr. de Sapinaud en el superior mando, los gefes volvieron á empuñar las armas, y marcharon sobre la Roche-Servien, donde encontraron al general Lamarque, y sufrieron una sangrienta derrota, que les costó mas de tres mil hombres. En esta refriega cayó Mr. de Suzannet atravesado de balas. Ya convencidos de no tener elementos para sustentar la lucha, y de que de otros dependa el restablecimiento de la dinastía de los Borbones, oídos prestaron á las proposicio-

nes de Mr. Fouché los gefes vendeanos, y al cabo firmaron la pacificación de su provincia, trasde verter sin fruto su sangre y la de los valientes soldados, que mejor empleo que en la Vendée tuvieron en Flandes.

Así ni hacía las fronteras ni en lo interior se había perdido definitivamente nada, si en París se sabia soportar el gran desastre de Waterloo.

Al salir Napoleon de Charleroy se había encaminado á Filipeville con escaso número de jinetes de todas armas, y llegado á esta plaza en la mañana del 19 de junio, trabajo le costó que se abriesen las puertas, no pudiendo reconocer el gobernador en tal estado al emperador de los franceses. Recibido muy luego con respeto y dolor en el recinto de la plaza, Napoleon encontró allí á Mr. de Basano y á algunos de sus oficiales, todos consternados, todos privados de bagajes, pues del desastre no se había salvado nada, ni aun los carruajes imperiales. Despues de consagrar algunos momentos á tristes desahogos, se apresuró á expedir órdenes diversas, y escribió á su hermano José para darle parte de su última derrota, é invitarle á convocar á los ministros, y á preparar en union de ellos cuantas providencias exigian las circunstancias, y luego escoltado por su servidumbre, que se le volvió á juntar entónces, y subiendo á los malos coches, que se le pudieron proporcionar de pronto, se encaminó á Laon y previno que allí se fueran á reunir los restos de sus tropas.

Ya en Laon, donde le había precedido el rumor de la derrota, de las autoridades de la ciudad, y de los gefes de la guarnición recibió Napoleon testimonios de pesadumbre, que le llegaron al alma,

tras de lo cual dedicó las primeras horas á reflexionar sobre la conducta que se debía seguir por mas conveniente. De una ojeada penetró el muy próximo porvenir que le estaba deparado, y aun quizá vió harto á las claras, que, cualquiera que fuese su conducta, siempre el resultado sería el mismo. Su fortuna habia jugado á una suerte de dados, y como los dados habian caído mal, su fortuna estaba perdida evidentemente. Este modo de considerar las cosas, le inspiró una resignacion sorprendente; que acaso iba á disminuir su energia, y aun quizá la atencion que dedicara á examinar los diversos partidos adoptables. Una especie de indiferencia, á veces reposada y apacible, y á veces amarga y despreciativa, iba á ser la disposicion constante de su espíritu en momentos, en que con menos penetración y mas deseo de salir á salvo, á lo menos durante algunas horas lograra conjurar el destino. Efectivamente, á su parecer algunas horas eran la sola ganancia que podia sacar de los sucesos, y poco probable se hacia que para tal galardón se dignara tentar un esfuerzo magno.

Lo mas urgente de todo era dar á Francia una relacion puntual de la batalla del 18 de junio. Napoleon tenia á su lado á Mr. de Basano, al gran mariscal Bertrand, á Mrs. de Elbault y La Bedoyere, su ayudante de campo. Por sí mismo redactó el boletín de la batalla, con intencion de exponer la verdad toda, aunque sin acriminar á nadie. Tras de diciar este boletín muy de prisa, se lo leyó á los presentes, manifestando que podria muy bien atribuir al mariscal Ney una parte de la desventura de la jornada, si bien se abstenia de obrar de este modo, porque cada cual habia obrado cuanto

mejor le fué posible, y porque todos cometieron faltas. Efectivamente fuera cruel hacer que la responsabilidad de su derrota pesara sobre un hombre, que para impedirlo á todo trance habia acreditado el mas portentoso heroismo. No pensaba en el mariscal Grouchy, á causa de ignorar su conducta y de atribuir su ausencia á alguna causa extraordinaria. Todo se imputó por consiguiente á las circunstancias y á la impaciencia febril de la caballería. Tras de consultar particularmente á Drouot, como dechado de verdad y de justicia, Napoleon dió el boletín por concluido, y á Paris lo despachó con un correo extraordinario. En seguida con las personas que tenia en torno discutió sobre el partido preferible por mas oportuno.

¿Qué iba á hacer en Laon? ¿Guardaria allí pacientemente la reunion de los restos de las tropas? ¿Y cuales serian estos restos? ¿Por ventura bastarian para hacer cara al enemigo, retardar á lo menos por algunos dias su marcha, de forma de dar espacio á que Paris cerrara sus puertas, y armara sus reducidos, y juntara los cuerpos que habian de componer su guarnicion toda? ¿No valia mas que, mientras el principe Geronimo y el mayor general allegaran en Laon á los dispersos soldados, corriese Napoleon á Paris, y se presentase á las Cámaras, y dijese la verdad entera, y demandase recursos con el fin de reparar el último desastre? ¿Aun quedaban recursos si las Cámaras fuerientemente unidas al gobierno le querian prestar su apoyo. De antemano los habia preparado Napoleon muy considerables, aun en la hipotesis de una gran derrota, para dejar todavía muchas eventualidades de una feliz resistencia. Con su adhesion á la causa comu-

los podian acrecentar las Camaras á todas luces; así de la firmeza y del acuerdo entre los poderes públicos dependeria todo. ¿Y no alcanzaria Napoleon mejor esta firmeza y este acuerdo hallándose presente que siguiendo ausente?

Cuestion era esta grave en extremo, y que por tercera vez se presentaba á Napoleon en su carrera. Como juntaba la doble calidad de general y de jefe de imperio, en varias ocasiones solemnes se habia tenido que consultar si era preferible restituir su motor principal al gobierno, ó conservar al ejército su caudillo. Al interés político habia sacrificado el interés militar en las varias ocasiones citadas, y hasta ahora el cálculo habiale salido á maravilla, si bien á costa de su reputacion propia, suministrando pretexto á sus enemigos para decir que, luego de puesto el ejército en peligro por culpa suya, no cuidaba ya más que de salvar su persona. Semejante cargo no era si no de enemigos, porque en tales coyunturas siempre consiguió un grande objeto. Con efecto, cuando abandonó al ejército de Egipto, para venir á Paris á fundar un gobierno, se vio elevado al consulado y al imperio. Despues de la campaña del año de 1812 contra Rusia, al abandonar su ejército en Smorgoni, y al cruzar la Alemania antes de que se sublevase toda, le fué dado juntar recursos para vencer á Europa en Lutzen y en Bautzen, lo cual bastara para salvar su corona, si á su orgullo supiera imponer sacrificios. Así habia obrado habitualmente, pues conquistó el poder la vez primera, y lo conservó la segunda. ¿Por ventura sucederia lo mismo la tercera? Sumamente arduo se hacia resolver esta cuestion á todas luces. Al volver de Egipto, se presentó

con el crédito de la gloria en contraposicion del descrédito del Directorio, y solamente su presencia proporcionóle el triunfo. Cuando de repente volvió de Rusia, no se habia cesado de creerle invencible, hasta el punto de buscarse en los elementos, y no más que en los elementos, la explicacion de una desgracia considerada como pasajera; además aun no se concebía la idea de otro gobierno que el suyo, y así del patriotismo de Francia obtuvo los medios de hacer una segunda campaña. Actualmente habia cambiado todo. Ya habia costumbre de verle vencido; siempre se creía en su genio, pero ya no se creía en su fortuna; á su despotismo y á su ambicion se imputaban las desdichas de Francia, y con especialidad se atribuyó la nueva crisis en que habia caído á su funesto retorno de la isla de Eba. Habiendo preparado los Borbones este retorno con sus desaciertos, se habia sufrido á Napoleon de manos de las tropas, con la esperanza de que pudiera vencer todavia, mas ya desvanecida la única utilidad que se aguardaba de su persona, la del triunfo, y desvanecida con todos sus demás prestigios, ¿le quedaria algun ascendiente sobre las Camaras, ya tibias antes de su derrota, y probablemente más tibias de resultas? ¿No se las veria denostar al héroe sin ventura, como hacen tan á menudo los hombres? ¿Y no valia más permanecer á la cabeza de un ejército que le ido atraba de continuo, y que solo á la traicion achacaba sus revéses? ¿No se mostraria más imponente en medio de aquel ejército formidable aun despues de vencido, que solo en la barra de una asamblea implacable respecto del déspota sin soldados y sin espada? ¿Y Napoleon tenia el presentimiento secreto de ser

preferible quedarse en Laon para allegar los restos del ejército, á ir á Paris á entregarse en manos de una hostil asamblea, y se inclinaba á tal resolución muy fuertemente. Pero hubo divergencia de pareceres, y por lo general prevaleció el opuesto entre los que estaban á su lado. Unos se hallaban preocupados de resultas de lo propalado á menudo por sus enemigos, acerca de que no sabia mas que dejar su ejército en extremado apuro, y temian que ahora se renovasen tales especies. Otros consideraban de mayor interés que fuera á Paris á vigorizar los corazones, á reprimir á los partidos, á imponer silencio á las disidencias, y á reunir á todos los buenos ciudadanos con el pensamiento único de resistir al extranjero. Habituados los que á tal consideracion daban mayor peso á estar bajo el ascendiente de su soberano, y no echando de ver que este ascendiente aún cabal para ellos, respecto de los demás ya habia disminuido en tres cuartas partes, lo querian eponer á la mala voluntad de los partidos, con la quimérica esperanza de que fuera eficaz como otras veces. De seguro en semejante coyuntura, en medio de todas las agitaciones, que se prevenian facilmente, hasta lo sumo fuera de desear en Paris la existencia de una voluntad poderosa. Pero no seria esta voluntad mas imponente desde lejos que desde cerca, y desde el seno de un ejército siempre fanático por su caudillo que desde el recinto del desierto palacio del Eliseo? Suponiendo que una asamblea arrebatada quisiera atentar con sus decretos á la imperial prerogativa, nada podria contra Napoleon rodeado de sus soldados, á la par que en Paris y solo y sin mas escolta que su derrota, le podria sin duda violentar y

aun arrancar el cetro. No se ocultó á sus ojos este porvenir humillante, aunque no dijo nada á los que deliberaban sobre el asunto. Casi todos vieron únicamente la necesidad de una mano poderosa en el centro del gobierno para contener allí las malas voluntades, y creyendo en la pujanza de esta mano, cuyo vigor sentian aun cotidianamente, á Napoleon instaron para que se encaminase á Paris sin demora. Con todo, persistia en una silenciosa resistencia, cuando le decidieron dos razones á obrar en sentido contrario al de su inclinacion oculta. Por una parte recibió una carta del conde de Lanjuinais, presidente de la Cámara de representantes, escrita á la verdad despues de Ligny y antes de Waterloo, pero impregnada de sentimientos tan afectuosos, que daban margen á presagiar disposiciones favorables en la asamblea. Por otra parte, mirando desde Laon en torno suyo, no debia sentirse tentado á permanecer allí de ningun modo. Si Napoleon tuviera bajo su mano cincuenta ó sesenta mil hombres, para operar entre Paris y la frontera, no se decidiera á abandonarlos por nada, pues con su arte en las maniobras, aun hubiera podido retener á los generales victoriosos, dar tiempo á que se repusieran los ánimos, á que los guardias nacionales movilizados, acudieran á las filas, y á reprimir con su aliivo continente á los enemigos interiores y exteriores. Pero entre Filipeville y Laon á lo sumo habia encontrado tres mil fugitivos, llevados en alas de la derrota, y bien se necesitaban ocho ó diez dias para juntar veinte mil hombres que tuvieran visos de tropas organizadas.—¡Ah! se le decía sobre este punto, si Grouchy figurara como verdadero general, si existiera alguna razon

para esperar que hubiese salvado los treinta y cinco mil hombres puestos bajo su mando, muy luego se allegaron detrás de este apoyo otros veinte y cinco mil soldados siempre adictos al imperio, y con sesenta mil combatientes arrojados, aun se podía caer sobre el enemigo de sorpresa, y ganarle una batalla, y contener su avance, y restaurar la fortuna vacilante de Francia. Pero actualmente Grouchy debía estar prisionero entre los prusianos y los ingleses, y así no se contaba un solo cuerpo entero de tropas. Napoleón no haría en Laon mas que esperar diez ó doce dias á que se juntasen quince ó veinte mil hombres, y consumiría su tiempo en allegar los hombres uno á uno y en reincorporarlos á las filas. Ciertamente valia mas que invirtiera este tiempo en lizar los poderes públicos, yendo á Paris por algunos dias, sin perjuicio de tornar inmediatamente despues á ponerse de nuevo á la cabeza del ejército, que ya el mayor general habria reunido y organizado.—Estas razones eran de hulto, é hicieron que Napoleón se decidiera al cabo, porque no se podía resignar á invertir su tiempo desde Laon en correr detrás de los fugitivos, mientras que en Paris se podía aplicar á contener á los partidos, á reanimar el gobierno y á crear nuevos recursos. En Laon se quedara sin duda, si supiera que Grouchy estaba sano y salvo; pero no habiendo razones sino para creerlo perdido, se determinó á marchar á Paris de contado. Así bien se puede afirmar que Grouchy le perdió dos veces; obrando mal la primera, y haciendo temer que de igual modo habria obrado la segunda, lo cual no era cierto, pues á la sazón lograba salvar milagrosamente su cuerpo de tropas.

Adoptado su partido, Napoleón expidió órdenes para el levantamiento en masa de la guardia nacional de los sitios comarcanos, con el fin de recoger y conducir á Laon á los fugitivos. Al mariscal Soult en calidad de mayor general dejó el mando del ejército, y consigo se llevó á su hermano Gerónimo, herido de un brazo y de una mano. Al mariscal recomendó que reluciera y reorganizara las tropas lo mas pronto que le fuese posible, y le anunció que volvería á tomar el mando, así que despachara los asuntos de mayor urgencia. De seguida subió al carruaje para estar en Paris el dia 20 de julio.

Mientras Napoleón tomaba esta resolución grave, sorprendido Paris por la noticia del desastre de Waterloo, en el estupeor caía al pronto, y muy luego pasaba á la agitacion mas extremada. Cierta confianza habian inspirado las nuevas llegadas una tras otra, de un triunfo decisivo en la Vendée, de un triunfo tranquilizador hácia los Alpes, de un triunfo brillante en Ligny, y se auguraba que con el auxilio de la fortuna y de la moderacion se llegaría á celebrar una paz honrosa. Estas nuevas ocuparon á los animos hasta el 18 de junio; ningun rumor circuló al dia siguiente. Ya el 20 de junio se supo que los ministros habian sido llamados á la morada del príncipe José de pronto, y por la capital empezaron á cundir los rumores mas desconsoladores. Presto se averiguó que el príncipe José habia anunciado un gran desastre á los miembros del gobierno, y no sin recomendarles que aguardaran con calma las órdenes que por Napoleón les iban á ser dirigidas. Mas fácil era de aconsejar que de conservar la calma en semejante co-

yuntera. Vehemente fué la emoción hasta lo sumo, y la opinión de que Waterloo iba á ser la señal de una nueva revolución, se apoderó de todas las cabezas. Electivamente, desde el retorno de la isla de Elba, en todos los espíritus dominaba la idea de que, si por el odio que inspiraba á Europa, Napoleón era para Francia un peligro, también era una seguridad por la prepotencia de su espada. Ya rota esta espada en Waterloo, universalmente se deducía que no era más que un peligro sin compensación de ninguna clase, y que para poner término á tal peligro, fuerza era que volviese á bajar del trono. Pura y simplemente decían los vulgares adoradores del triunfo que había ido á jugar la última partida, y que, habiéndola perdido, no le quedaba más que hacer sino dejar el puesto á otros. Las personas que derivaban de más elevado origen sus razones expresaban que, después de comprometer á Francia con Europa durante su primer reinado, lo mejor fuera que no hubiese pensado en volver nunca; que, vuelto en virtud de una tentativa temeraria de todo punto, ningún otro medio tuviera eficacia para excusar tal tentativa más que una buena política y la victoria; y que, pues la victoria le había faltado, sacrificándose á sí propio, le tocaba poner término á peligros, de que era sola causa sin que ya les pudiese aplicar remedio.

Esta opinión vino á ser general en el instante, y cada cuál manifestóla á su manera. Poseídos los realistas de frenético alborozo proclamaban abiertamente que la destitución inmediata de Napoleón era un sacrificio debido á la salvación de Francia, y que en todos los casos, respecto de su persona sería un simple y justo castigo de sus atentados.

Viendo que había presumido sobradamente, si no de su genio, á lo ménos de su fortuna, los revolucionarios honrados y los jóvenes liberales, que sin desearle de ningún modo, le habían aceptado de manos del ejército como el único hombre capaz de defender á la revolución y á la Francia, se hallaban confusos y desconsolados, y no vacitaban en decir que ya convenia pensar exclusivamente en la patria, y salvarla sin su persona, si no se podía de otra suerte. Los hombres adictos por afecto ó por interés á la dinastía de los Bonapartes y los revolucionarios comprometidos del todo, eran los únicos que se atrevían á sostener que era necesario unirse á Napoleón de una manera decidida, y sepultarse con su persona bajo las ruinas del imperio.

No obstante, algunos espíritus vigorosos, aunque a la verdad muy raros, de igual opinión eran partícipes y la apoyaban en mejores razones. Al decir de ellos, una vez cometida la falta de llamar ó de permitir volver á Napoleón de la isla de Elba, no había otro modo de repararla que el de perseverar y unirse fuertemente á su persona; para continuar la guerra aún quedaban recursos, que puestos en sus manos podrían muy bien ser eficaces; teniéndole por caudillo para oponer resistencia al extranjero, posible era el triunfo, á la par que imposible con cualquier otro jefe; sobre ser deshonrosa, se resentía de quimérica la esperanza de venir á tratos con Europa, sacrificando la persona de Napoleón á sus exigencias; sin duda Europa miraba á Napoleón de mal ojo, mas no tenía mejor disposición respecto de Francia, y después de empeñar por de pronto las más galanas promesas, cuando se tuviera la debilidad de darlas oídos, solo á



alcance de Dios estaba lo que seria del pais, y de su territorio, y de la libertad de los ciudadanos.

Dos hombres eminentes pensaban de este modo, Carnot y Sieyes; Carnot, porque despues de vivir al lado de Napoleon tres meses, al fin se adhirió á su persona, de resultas de verle sencillo, franco, pronto á reconocer sus desaciertos, cuando no se le echaban en cara, y aplicado á la defensa del pais de plano; Sieyes, porque sin amar á Napoleon de ningun modo, ni antes ni ahora, de la situacion juzgaba con su superioridad mental de costumbre, y discurría que no quedaba mas arbitrio que el de resistir con Napoleon á la cabeza, ó el de entregarse inmediatamente á los Borbones; y como esta última solucion era inadmisibile á sus ojos, no titubeaba lo mas leve, y así tenia por mejor unirse á Napoleon de una manera franca y vigorosa, poniendo todas las fuerzas del pais en sus manos. Con términos muy vehementes se lo manifestó á Mr. Lanjuinais, á quien halló muy quebrantado de resultas de la noticia de Waterloo. Efectivamente, este personaje pertenecia al número de los que se habian adherido nuevamente á Napoleon por razon de utilidad pública, y de los que nada hallaban que les ligara á su persona, despues de venida esta razon á tierra. — Meditad bien acerca de vuestra conducta, le dijo Sieyes, porque para salvaros no teneis mas que á este hombre; de un general necesitais, y no de un tribuno; suyo es el ejército, y no hay otro que lo pueda tener bajo su mando. Destruidle cuando os hayais servido de su persona, y yo no me lamentaré de resultas; pero esmeraos en servirlos antes de su pujanza, confiándole todas las fuerzas de la nacion

sin demora y quizá conjurareis así el peligro de que estais amenazados. De otra suerte perdereis infaliblemente á la revolucion, y aun tal vez á Francia. —

Sieyes tenia razon hasta cierto punto. Si se queria hacer que triunfara la libertad por manos de los modernos liberales y de los antiguos revolucionarios, no manchados con exceso alguno, todos sinceramente adictos á esta noble causa, y dignísimos de que triunfara por sus manos, si se queria poner á Francia á cubierto de la humillacion de un gobierno impuesto por el extranjero, si se queria preservar su suelo y su grandeza de los desmanes de un enemigo victorioso, no quedaba mas que un recurso, el de unirse entre sí ante todo, y á Napoleon de seguida. Con efecto, solamente era dado á Napoleon obtener del ejército y de la parte enérgica de la nacion los últimos esfuerzos del patriotismo, solamente Napoleon era capaz de conseguir que estos recursos fuesen eficaces. Lo de imaginar que una asamblea revolucionariamente constituida renovaria los prodigios de energia de la Convencion nacional, no pasaba de ser un delirio de maníacos incorregibles, como los hay en todos los tiempos, y como habia entonces muchos en el partido revolucionario.

Pero necesario es consignar que habia otra solucion distinta de la consistente en salvar por mano de Napoleon, así la libertad como la inviolabilidad del territorio. Muy lejos de quedar la libertad necesariamente perdida con los Borbones, á la fuerza habia de triunfar de ellos, como acababa de triunfar de Napoleon arrancándole el Acta adicional; y respecto de la integridad del territorio de Fran-

cia, tan dudoso era el buen éxito de una lucha desesperada contra los ejércitos enemigo, que la solución mas obvia y de menos peligro, si con honra y habilidad se conducian las cosas, a todas luces era la de aceptar francamente á los Borbones, y entrar en tratos y estipular con ellos ó con Europa que les daba su apoyo. Un buen ciudadano se podia muy bien proponer este objeto con tal de que no pensara en su persona, sino solamente en su patria, con tal de que impasiera condiciones á beneficio de la libertad y del territorio, y no de su ambicion propia, con tal de que en suma fuera de su parte una patriótica empresa, y no una vil é interesada intriga. Pero, aun mostrándose inclinados á sacrificar á Napoleon desde luego, los hombres que llenaban las dos Cámaras se hallaban tan poco propicios á recibir á los Borbones, ya fuese por interés ó por repugnancia, que para llegar á transicion semejante, además de una cabal honradez y de una habilidad profunda, se necesitara un inmenso ascendiente, lo cual suponía un personaje extraordinario, y tal personaje no existía con todos sus requisitos.

Dos hombres, Mr. Fouché y el mariscal Davout, podian mucho á favor de la salvacion de Francia por entonces. Sobre el ejército gozaba el mariscal Davout de un ascendiente merecido. Despues de Napoleon, solo este mariscal tenia la autoridad necesaria para rehacer tropas, y si en París obraba como habia procedido en Hamburgo, por tiempo no corto podia aun detener á la Europa victoriosa: su hombría de bien estaba al abrigo de toda sospecha; pero, si de juicio político no se hallaba falto, de destreza carecia del todo. Solo era capaz de se-

guir una conducta, consistente en reunir á los miembros del gobierno, en proponerles atrevidamente lo que tuviera por mejor en tal coyuntura, hasta el llamamiento de los Borbones, y en hacer pedazos su espada, si al fin no se le daba oídos. Pero no era idóneo de ningún modo para conducir diestramente á los partidos á un objeto arduo, sujeto á disputas, y sobre todo necesitando apelar al disimulo, sin menoscabo de la honradez, por espacio de algunos dias. Mr. Fouché era muy al contrario: si de hombría de bien, y de desinterés, y de ascendiente sobre el ejército carecia del todo, lo que es el arte de engañar á los partidos, y de conducirlos á un objeto, negando con la mayor desfachatez que hacia allí enderezara el rumbo, lo poseia en sumo grado. Por fin, tenia de sobra lo que el mariscal Davout tenia escasamente, y en revolución semejante, cuando se necesitara no pensar mas que en el país, solo era capaz de pensar en sí propio. Tanto para su actividad como para su vanidad y su ambicion fué la noticia del desastre de Waterloo un aguijon extraordinario. Al verse desembarazado de Napoleon se creia indemnizado con usura de las eventualidades casi ciertas que este suceso daba á los Borbones, fuera de que en la confusión actual de las cosas, y ya derribado el gigante, no descubria en tal caos ninguna cabeza que se levantara sobre la suya. Dueño se consideraba de los sucesos, y representando en 1815 el papel que Mr. de Talleyrand habia representado en el año precedente, y con mas poder todavia, porque disponiendo en lo interior de París de los partidos, tratando fuera con los ejércitos enemigos detenidos delante de la capital, se bisonjeaba de figurar como

árbitro de Francia y de Europa, y no discernía en su ridícula obcecación que, si aconsejando con autoridad y decisión de ánimo á los soberanos victoriosos, Mr. de Talleyrand habia logrado la Carta de 1814 por desenlace, ahora él, engañando á todos los partidos, para acabar por ser engañado personalmente, no lograría mas resultado que la entrega de Francia y á la par de las mas ilustres cabezas á las iras de la emigración y de Europa. Con efecto, el año de 1814 fué una reconciliación, y lo de hacerla duradera solo estaba á arbitrio de los Borbones; y el año de 1815 no debia ser mas que una venganza. ¡Tal desenlace no valia la pena de trabajar con tanto abinco!

Inmediatamente despues de llegada la fatal noticia, Mr. Fouché se puso en movimiento para anudar intrigas de todas clases. Por si no preferiera á los Borbones, alcanzándosele perfectamente que entre ellos y su persona siempre mantendria perpétuo embarazo su calidad triste de regicida. A sus secretos deseos correspondiera mejor, ó la regencia de Maria Luisa, que á los bonapartistas y al ejército acomodara sobremañera, ó el mismo duque de Orleans, en quien á la sazón fijaban los ojos muchos amigos de la libertad y muchos gefes militares. Pero si Maria Luisa ó el duque de Orleans se presentaban como transacciones, que se hubieran podido esperar de Europa vencida, ó vencedora á medias, tras de un desastre como el de Waterloo ya no cabia cifrar las esperanzas en transacción alguna, y como solución verdaderamente probable no se hallaba otra que la vuelta de los Borbones, é impuestos ya sin condicion de ninguna especie. Previéndolo Mr. Fouché de este modo, se resigna-

ba al cabo, si esta solución era obra suya, y conseguia que redundara en su provecho. Para caminar mas sobre seguro, y tomar sus precauciones en este sentido, se estrenó por dar un paso muy significativo á todas luces: Mr. de Vitrolles, á quien ya se vió hacer figura, se hallaba encerrado en Vincennes desde su prision en Tolosa, y sin pensar Napoleon en fusilarle ni por asomo, segun supuso Mr. Fouché para atribuirse el mérito de haberle salvado la vida, le habia guardado como en rehenes, sin perjuicio de ver lo que determinaria luego acerca de su persona. Sin sospecharlo ni de lejos, de esta suerte habia preparado á Mr. Fouché un medio poderoso de intriga. Este hizo inmediatamente soltar de Vincennes y conducir á su presencia á Mr. de Vitrolles, le anunció que estaba libre, y le recomendó que no se mostrara en público y estuviera pronto á desempeñar las comisiones que fiara á su celo. En materia de comisiones solamente las podia aceptar Mr. de Vitrolles de una clase, lo cual no habia necesidad de recordar á Mr. Fouché, que no lo ignoraba y lo comprendia perfectamente, si bien, estando aún muy al principio los sucesos, actualmente no era posible avanzar mas en las vias del realismo. Lo de sacar á Mr. de Vitrolles de Vincennes y tenerle pronto á obrar activamente, á la par era un mérito ante los Borbones y un medio habilitísimo para entrar en relaciones con ellos.

Naturalmente á nadie enteró Mr. Fouché de este paso, y de muy distinto aspecto mostróse á las personas con quienes se proponia trabajar á favor de una revolución nueva. Principio habia de dar por salvarse de Napoleon, al cual no cesaba de te-

mer en las convulsiones de una agonía sobre todo, agonía que podía ser violenta, y aun cuando todo propendia á la destitucion del vencido de Waterloo, todavía se necesitaban contemplaciones respecto de los que la habían de pronunciar con sus votos. Apenas salió de la junta celebrada en la morada del príncipe José por los ministros, Mr. Fouché apresuróse á llamar á los miembros de las dos Cámaras á su lado, y en estas diversas entrevistas invirtió el día y la noche del 20 de junio.—Y bien, les preguntaba á todos, ¿no os tenia yo dicho que ese hombre nos perderia con su obstinacion loca? Si no hubiera vuelto de la isla de Elba, ya nos íbamos á librar de los Borbones casi de acuerdo con las potencias, que á María Luisa ó al duque de Orleans aceptarían sin duda, y en lugar de una revolución violenta y de una guerra á muerte con Europa, solo tuviéramos un cambio pacífico y casi universalmente consentido. Recientemente ofrecíase una propicia coyuntura, al tiempo de la solemnidad del Campo de Mayo. Al cabo estábamos por una secreta comunicacion llegada de Viena (monsieur Fouché aludia á la mision de Mr. Werner á Basilea) de que habia disposicion favorable á un ajuste, bajo la condicion esencial del alejamiento de Napoleon, y de que concedido este punto se admitiria todo, á María Luisa ó al duque de Orleans, ó lo que mas conviniere en suma, y que á tal precio la paz seria mantenida. A Napoleon propuse que abdicara en el Campo de Mayo á favor de su hijo, y que de este modo pusiera en la precision de acreditar su sinceridad á las potencias. Así Napoleon alcanzara un retiro honroso, y con tal sacrificio ganara la mas bella gloria. Pero á nada quiso

dar oídos, y ya lo veis con vuestros mismos ojos, ese jugador desenfrenado, ni aun siquiera sabe ganar al juego. ¿Y qué hemos de hacer con un jugador que sabe perder solamente?—

Mr. Fouché no se franqueaba en los mismos términos con sus diferentes interlocutores: más decía á sus allegados, algo menos á los que no eran de su habitual confianza; si bien ante todos se mostraba espantado de lo que Napoleon era capaz de poner por obra á su vuelta á Paris, y les decía de este modo:—Ya vereis cómo viene hecho una furia; os propondrá medidas extraordinarias; os pedirá que pongais en sus manos todos los recursos de la nacion para hacer un uso desesperado de ellos. Ya estaba dispuesto á destruir á Paris el año pasado, con que ya podeis calcular á lo que el actual estará dispuesto, ahora que se halla colocado entre la muerte y un estrecho calabozo; y podeis estar muy seguros, de que si lo que os pida le negais con vuestros votos, fijamente disolverá las Cámaras, á fin de quedar en posesion de todos los poderes.—Ya Mr. Fouché habia usado de la amenaza de la disolucion de las Cámaras apenas se hallaban reunidas, y experimentado tenia el gran efecto de tal recurso. Ciertamente, aquellos representantes, revestidos con su mandato apenas hacia tres semanas, conociendo que venian á ser dueños del país á medida que la influencia de Napoleon iba en decaimiento, se estremecian ante la idea de verse despedidos y echados á sus casas, para dejar la Francia en manos de un furioso, como decía monsieur Fouché, que el año anterior estaba pronto á volar el polvorin de Grenelle, y que este año no se atreveria á menos de fiar. Con presentar á las

dos Cámaras la idea de su disolución inmediata, con seguridad se las inclinaba á perder toda sangre fría, y efectivamente Mr. Fouché se la daba como definitivamente deliberada por Napoleón en su mente. Propension había á prestarle asenso, dado que para conocer el pensamiento imperial se hallaba en mejor situación que nadie. Pero no bastaba con estar sobre aviso en punto á una resolución de tal monta, sino que convenia hallar los medios de preservarse de ella, y esto distaba mucho de ser obvio; pues el Acta adicional concedia la prerogativa de disolver o de prorogar las Camaras al monarca.

Respecto del Acta adicional manifestaba monsieur Fouché un desden absoluto, y al parecer no le embarazaba de ningun modo. En su concepto, singular debilidad fuera dejarse coger por una constitucion sin valor alguno, que Napoleón no tenia en nada y que violaria sin el mas leve escrúpulo asi que lo requirieran sus intereses. Solo habia que hacer una cosa, y era dar un decreto por el cual declararan las Cámaras que no se prestarian á ser prorogadas ni disueltas en circunstancias tan graves como las actuales de Francia. Al decir de monsieur Fouché no se atentaba así contra la corona, aun cuando se restringieran sus prerogativas, pues no se hacia mas que atajarle y contenerle en el uso que se sintiera tentado á hacer del imperial cetro, sin quitárselo de las manos. A estos ratiocinios añadia Mr. Fouché muchas semi-confidencias, propendentes á insinuar que habia tenido comunicaciones secretas con las diversas córtes de Europa, y particularmente con Viena; que no habia ningun proposito deliberado contra Francia, sino contra

Napoleón tan solo, y que, descartada su persona, se tenia la certidumbre de salvar al mismo tiempo la libertad, el territorio y la dignidad de Francia. No se trataba, pues, de destronarle de ninguna manera, sino simplemente de evitar que hiciera locuras, si le aguijaba tal designio, porque en suma no se podian abandonar los destinos de Francia á merced de un furioso, que preferia perderla con su persona á salvarla sin mas que sacrificarse á sí propio.

Dentro de estos límites á las miras de Mr. Fouché adhirieronse todos, y ofreció á los representantes, á quienes vió en esta coyuntura, tenerles al corriente de los proyectos de Napoleón á medida que llegaran á su noticia. Entre estos diversos representantes, uno habia sobre todo, en quien monsieur Fouché tuvo arte para despertar recelos, y era Mr. de Lafayette. Ya se ha visto cual fué el papel de este ilustre personaje en el curso de los Cien Dias. Ora por Mr. Benjamin Constant, ora por medio del principe José, llegó á ejercer una verdadera influencia, dándoles ó negándoles su aprobacion segun se prestaban mas ó menos á sus deseos, y así habia obtenido la convocatoria de las Cámaras, á pesar de la repugnancia profunda de Napoleón á tomar tal providencia. Mayor empeño habia puesto Mr. de Lafayette en la convocatoria que en las cláusulas del Acta adicional más esenciales, manifestando que, una vez reunidos los representantes, ya se veria de contener á Napoleón, si trataba de toroar á ejercer su antiguo despotismo. Por consiguiente, de todos los hombres de entonces, á ninguno se podia excitar con mas facilidad que á Mr. de Lafayette, sin mas que hablarle

de la disolución de las Cámaras como cierta, ó solamente como posible. Mr. Fouché hizo que se le dijera que Napoleón había perdido su huésped; que iba á volver con el fin de tratar de reunir otras; que desembarazarse de las Cámaras sería su primer cuidado; que se debía contar con este golpe, y mantenerse muy sobre aviso, y estar en aptitud de conservar á despecho suyo sobre los destinos del país una influencia saludable. No se necesitaba tanto para exaltar hasta el último punto la desconfianza, el celo y la osadía emprendedora de Mr. de Lafayette.

En la Cámara de representantes había dos jóvenes diputados, honradísimos ambos, Mtes. Jay y Manuel, bien distantes entonces de la situación de Mr. de Lafayette, si bien muy próximo á hacer figura importante el segundo, cuya probidad había sido engañada por Mr. Fouché del todo, á causa de que su capacidad le valiera de mucho en las presentes circunstancias. Mr. Jay, hombre de letras, conocido por sus triunfos académicos, de espíritu dulce, fino y cultivado, de carácter tímido aunque independiente, diestro con la pluma, no hábil en la palabra, si bien capaz de hallar en coyuntura importante algunas frases oportunas y briosas, tras de ser preceptor de los hijos de Mr. Fouché, ahora figuraba como representante de Burdeos. Mr. Manuel, abogado del colegio de Aix, ignorante en el arte de escribir, y poseedor en grado sumo del de hablar, dotado de gran presencia de ánimo, de un valor á toda prueba y de un sincero patriotismo, en relaciones había entrado con Mr. Fouché, cuando éste sufrió una especie de destierro en Provenza, y ahora el distrito de Aix

le había elegido por su representante. Agenes á la política hasta entonces, ambos pusieron su confianza en Mr. Fouché, que tuvo cuidado de mostrarse bajo el mejor aspecto á sus ojos. A los dos presentóse como extraño á todos los partidos, como indiferente respecto de los Bonapartes y respecto de los Borbones, como desprendido enteramente de las personas á fuerza de adherirse á las cosas, no tratando de derribar á Napoleón del trono, si bien hallándose dispuesto á hacer este sacrificio á Francia, si para salvarla se hacia indispensable separarse de su persona. No se podía mostrar con mejor apariencia, pues entre los hombres políticos pensaban todos los jóvenes y honrados y patriotas de igual modo, y así no fué difícil á Mr. Fouché apoderarse de estos jóvenes representantes, no ligados con ningún partido, y no atentos á otros intereses que á los de su patria. Les dijo lo que había encargado que se dijera á Mr. de Lafayette; que Napoleón iba á llegar dentro de pocas horas; que convenia darle apoyo, si bien no dejándose arrastrar la justa participacion que se tenía en el gobierno, no dejándose disolver en suma. Por este sendero había seguridad de encontrárse no solamente á los dos jóvenes citados, sino á las dos Cámaras enteras.

Aun cuando la sesión no se abriera hasta medio día, los mas de los representantes acudieron á la asamblea en la mañana del 21 de junio, y con la animacion de espíritu promovida por las circunstancias se preguntaban pormenores acerca de los sucesos de tres dias antes, se aligian de buena fé por el desastre, y le buscaban remedio, y cada cual lo discurría á su modo, y contestes expresaban la

idea de no ser conveniente que Francia siguiera sometida por mas tiempo, y sacrificada á un hombre, y de que urgia salvarla sin su persona, si no se la podia salvar de otra suerte. En espíritu así dispuestos, el rumor de que Napoleon venia con la resolución de alejar las Cámaras, á fin de sostener un desafío á muerte con Europa, sin inquietarse de los azares á que expusiera á Francia, por fuerza habia de provocar una especie de rebeldía. Así estaba condenado á ser desfavorablemente oido todo razonamiento, hasta justo, consistente en afirmar que solo Napoleon podia aun dirigir la resistencia contra el extranjero. Muchos buenos y sensatos representantes habia allí que sintieron ver puesta de nuevo á Francia en manos de Napoleon el 20 de marzo, si bien, consumados los sucesos de este dia, se adhrieron francamente á su persona, y aun ahora mismo se inclinaban á mirarle como el único hombre capaz de combatir con éxito á la Europa armada, y temian singularmente la vuelta de los Borbones rodeados de la emigracion triunfante; pero no osaban responder nada cuando se les decia que Napoleon iba á volver como un frenético, resuelto á arriesgar la existencia del pais en una desesperada lucha, á la par que, si abdicaba la corona, satisfecho se detendria el enemigo, y dejaria á los franceses en libertad de elegir su propio gobierno. Embarazados enmudecian cuando se les hablaba con tal lenguaje, y los promovedores de la idea en boga, al sostener que convenia sacrificar la persona de Napoleon á la Francia, y al apoyarse en las aseveraciones de Mr. Fouché relativas á supuestas comunicaciones con Viena, ó no hallaban contradictores, ó los hallaban intimidados y silen-

ciosos. Pensamiento era, pues, que sublevaba á todos, sin que nadie hallara composicion alguna, el de dejarse prorogar ó disolver, y desde entonces quedar en la imposibilidad de velar sobre lo que Napoleon iba á poner por obra, así que en París estuviese de vuelta. Tal era la agitacion el 24 de junio por la mañana, agitacion á la vez natural y fomentada por los rumores que Mr. Fouché habia divulgado pérfidamente.

Todavía mas lejos se extendió su trabajo, pues atrajo á sus miras á algunos miembros del gobierno. Sobre Carnot no trató de ejercer influencia, pues á la par de Sieyès opinaba que convenia defender la causa de la revolucion y de Francia por Napoleon solo, y además le consideraba como un maniático de quien no habia que hacer caso; pero sí influyó sobre Mr. Caulaincourt, siempre móroso, confirmando en la idea de que todo estaba perdido, y que no habia más que hacer sino preservar la persona de Napoleon de un trato cruel é ignominioso. Otro tanto dijo al principe de Cambacéres, que no lo habia dudado nunca, y al mariscal Davout, que lo empezaba á temer entonces; de ciegos calificaba á los que al parecer pensaban de distinto modo, y finalmente apoderose por completo de Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, hombre animoso y de talento, adicto al emperador, si bien extremadamente impresionable, y á quien ganó la voluntad, diciéndole que con su elocuencia debia manejar á la Cámara de representantes, y facilitandole además los medios de conseguir este resultado. A todos repitió que la situacion era de esperada; que la abdicacion de Napoleon se presentaba como el único arbitrio imaginable; que bajo esta condicion se de-

tendría Europa; que hasta quizá se obtendría la re-  
gencia de María Luisa, y sobre esto parecía hacerse  
fuerte, apoyándose en comunicaciones misteriosas,  
de las cuales no hablaba muy á las claras, si bien  
dejaba traslucir lo bastante para que se creyera en  
ellas y se las diera grande importancia.

Tal había sido el fruto de los esfuerzos de mon-  
sieur Fouché durante las veinte y cuatro horas  
transcurridas desde la hoga de la fatal nueva,  
cuando Napoleón entró en los patios del Eliseo el  
24 de junio por la mañana. Al pisar los escalones  
del palacio, á Mr. Caulaincourt fué el personaje á  
quien halló antes que otro alguno, y le cogió la  
mano y estrechóla fuertemente. Apeandose Drouot  
en seguida del coche, y no pudiendo dejar de decir  
á una de las personas presentes que todo se había  
perdido, añadió Napoleón al golpe: — *Menos el ho-  
nor*, — siendo la única palabra que desde Laon ha-  
bia salido de sus labios. Con el color mas pálido  
que de costumbre, el rostro firme, los ojos secos, si  
bien el corazón oprimido, se apoyó en el brazo  
de Mr. de Caulaincourt, y pidió un baño y un cal-  
do, porque espiraba de fatiga, no habiéndose casi  
apeado en seis dias de su caballo. Después de ten-  
derse en una cama, dijo que la victoria del 16 au-  
guraba otra para el 18 de junio mas decisiva; que  
el buen éxito de esta batalla parecia seguro, cuan-  
do la convirtieron en derrota dos causas principa-  
les, la ausencia de Grouchy y la precipitación de  
Ney, éste mas heroico que nunca, si bien poseido  
de una agitación febril que perturbaba sus facul-  
des todas; pero que en suma no se trataba de  
buscar las faltas de los unos ó de los otros, y solo  
convenia ver de repararlas cuanto antes. Entonces

preguntó á Mr. de Caulaincourt qué se podía espe-  
rar de las Camaras y de sus miembros de mas in-  
flujo, y en fin, de los principales personajes del Es-  
tado. Mr. de Caulaincourt, cuyo defecto mas bien  
consistia en exagerar la verdad que en guardar si-  
lencio sobre ella, no disimuló que las Camaras en-  
gañadas estaban en ánimo de procurar la salva-  
cion pública por medio de su alejamiento del tro-  
no, y que hallaria muy malas disposiciones en to-  
do el mundo. — Ya lo tenia yo previsto, respondió  
Napoleón de seguida. Seguro estaba de que ven-  
drian las divisiones, y que se perderian de esta  
suerte las eventualidades favorables que nos que-  
dan todavia. Nuestro desastro es grande sin duda;  
pero podriamos repararlo unidos; lo que es desu-  
nidos antes de mucho seremos presa del extranje-  
ro. Hoy se juzga que solo se trata de descartar mi  
persona. Y luego de descartarla se desembaraza-  
rán de todos los hombres de la revolucion, y se os  
restituirán los Borbones con la emigracion victorio-  
sa. ¡Pase por los Borbones! pero no hay que  
forjarse ilusiones en punto á lo que se lleva á cabo.  
— Napoleón no apareció ni sorprendido ni afectado,  
de tal modo esperaba lo que se acababa de poner  
en su noticia. Inmediatamente dispuso que se reu-  
nieran sus ministros y los principales miembros del  
gobierno, y luego se durmió profundamente, por-  
que sucumbia á la fatiga, y preparada su alma para  
todo, no era ya susceptible de aquellas sacudidas  
que quitan el sueño.

Pronto y sucesivamente vióse llegar á cuantos  
tenian la curiosidad y el derecho de introducirse  
en el Eliseo. Su primer cuidado fué el de enterar-  
se por boca de los oficiales de la comitiva de Napo-



leon del pormenor de los últimos sucesos militares. Solo el aspecto de estos oficiales era ya el testimonio de mas hulto. Sus trajes, que no habian tenido tiempo de mudarse, agujereados por las balas, ó manchados por la sangre y el polvo del campo de batalla, su rostro encendido, sus ojos enrojecidos por el llanto, harto revelaban lo que habian presenciado y sufrido. Segun costumbre de las almas oprimidas, su dolor exhalóse muy luego en relaciones infaustas; y hasta en exageraciones, si exageraciones cabian en semejante coyuntura. Ni sobre la funesta batalla, ni sobre la magnitud de las pérdidas podian á la verdad expresar demasiado; pero despues de darles oídos, se debía creer que el ejército habia acabado del todo, que en ninguna parte se podrian juntar mil hombres, cuando habia un ejército igual en número y superior en calidad al del año precedente. De resultas de tan tristes relaciones se propago más y más la especie de que no quedaba otro arbitrio que el de capitular con el enemigo victorioso, y de boca en boca voló hasta la asamblea de representantes, dispuestisima á acogerla de plano. Malos elementos eran estos para calmar los ánimos, alentar los corazones y uniformar las voluntades. ¡Ah, cuando la Providencia prepara grandes sucesos parece que no descuida ninguna de las circunstancias accesorias que pueden contribuir á realizarlos!

Despues de un breve sueño, se metió Napoleon en el baño. Avisado de que le aguardaban los ministros reunidos en consejo, el mariscal Davout fué quien llegó en su busca. Aun Napoleon no le habia visto. Al fijar los ojos en este mariscal dejó

caer los brazos en el agua, exclamando.—¡Qué desastre!—El mariscal cedia difícilmente á la emociion comun á causa de su carácter rudo, y opinaba por hacer cara á la tormenta, y suplicó á Napoleon que no tardara en acudir al consejo. Como Napoleon todo lo tenia previsto y aceptado, y nada esperaba de sus deliberaciones, al mariscal dijo que podrian empezar sin su asistencia, y que allí iria dentro de cortos instantes. Sin embargo, se hizo esperar bastante. De resultas de nuevas instancias del mariscal se presentó al cabo, y recibido fué con respeto, y escuchado con impaciente curiosidad cuando en terminos breves á la par que expresivos, puso de manifiesto lo acontecido, y bosquejó las grandes esperanzas de victoria, á las cuales sucedió tan rápidamente la desconsoladora realidad de una terrible derrota. Despues de este relato dijo á sus ministros que aun quedaban recursos; que se mantenía firme en buscarlos y hacer uso de ellos; que para un militar conoecedor de su oficio, aun habia que hacer mucho; que no estaba desanimado, ni abatido, si bien necesitaba adhesiones por parte de las Cámaras y no resistencias; que el punto esencial era este y no otro; que mediante la union se salvaria muy probablemente, pero sin la union de ninguna manera. Por consiguiente hizo que se fijara la cuestion toda en la conducta que ante las Cámaras debía ser seguida, para obtener esta union indispensable, de la cual dependia la salvacion del Estado. Este modo de ver la cuestion era el de todos los asistentes al consejo, y así no hubo oposicion ninguna. Napoleon dejó usar de la palabra á cuantos lo tuvieron por conveniente. Nadie mostraba grande prisa, excep-

to los hombres adictos, que mas atendian á la situacion que á sí propios. Bajo este aspecto, monsieur de Caulaincourt debia hablar antes que otro alguno, pero la desesperacion se habia apoderado de su alma, cayendo de resultas en un estado pasivo de que ya no salió en todo el curso de estas circunstancias dolorosas.

Conmovido Carnot hasta derramar llanto, imaginando que todos los corazones sentian como su corazon excelente, allí sostuvo que convenia á semejanza del año de 1793 crear una dictadura revolucionaria, y confiarla, no á una comision como entonces, sino á Napoleon, que á sus ojos figuraba ya como la revolucion personificada. Bajo la influencia de su celo por la cosa pública y de la confianza en Napoleon que juzgaba generalizada, por supuesto dió que las Cámaras pensarían, obrarían y votarían en tal sentido, y propuso que para el emperador se les pidiera la dictadura.

No fué este el dictámen del mariscal Davout. No amante de las asambleas, que solo conocia por la Convencion y por los Quinientos, dijo que en las Cámaras no se hallarian mas que contrariedades y paralizaciones; que era lo conveniente darse prisa á librarse por la prorogacion ó la disolucion de ellas; que en virtud del Acta adicional se podia hacer uso de esta prerogativa, y que urgia ponerlo por obra para juntar los medios de combatir y de vencer al extrangero. Vigorosamente fué apoyada la opinion del mariscal Davout por el principe Luciano, pues los hermanos de Napoleon asistian á este consejo. Segun se ha visto, al lado de su hermano habia ya vuelto desde el 20 de marzo, y no arecia sino que su celo presente se esforzaba por

resarcirle de su oposicion pasada. La indocilidad acreditada antes, le servia actualmente, y la circunstancia de no ceñir corona era mérito que se le tenia muy en cuenta. Lleno de los recuerdos del 18 de brumario, é inclinadísimo á prescindir de las Cámaras por completo, opinó lo que el mariscal Davout, aunque sin encontrar apoyo. Siempre dispuesta la mayoría en las reuniones de hombres, numerosas ó no numerosas á los términos medios, la de ahora, aun admitiendo la necesidad de una especie de dictadura, se manifestó propensa á la conveniencia de pedirla á las Cámaras, que la otorgarian probablemente, siendo cosa que habia que ensayar en todo caso.

Pesimista penetrante el almirante Decrès, dijo que estas eran puras ilusiones; que las Cámaras se hubieran sometido á Napoleon victorioso, pero se rebelarian contra Napoleon vencido; que pidiéndoselo no se obtendria nada, y que tomar algo sin pedirlo, se resentiria de peligroso hasta lo sumo. A todas luces este ministro desesperaba de la situacion presente y en proporcion de su misma sagacidad de gran tamaño. Mr. Fouché, que no habia pronunciado una sola palabra, y cuyo silencio acababa por ser acusador sin duda, al fin soltó algunas frases, únicamente por decir algo, manifestando por la desgracia de Napoleon una afliccion que no sentia realmente, y respecto de las Cámaras una confianza que no abrigaba de ningun modo y que no quisiera abrigar tampoco. Deseoso de armonizar su papel secreto y su papel público en lo posible, añadió que convenia abstenerse de chocar con las Cámaras, y sobre todo de darlas á entender el designio de prescindir de ellas, pues se

las sublevaría con obrar de esta suerte, y por el contrario, sabiendo proceder con mesura, quizá se lograra que votasen recursos para salvar el país y la dinastía.

Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, convertido de muy buena fé en juguete de Mr. Fouché, por adhesión creyóse en el deber de ir mas allá que ninguno de los asistentes. Prótestando de su amor á la dinastía imperial, sobre lo cual no tenia necesidad de alegar pruebas, habló del estado de las Cámaras y particularmente de las disposiciones de la de representantes, en su concepto imbuida toda entera en la fatal persuasion de que las potencias europeas no querian á Napoleon de ningun modo, y de que se detendrian así que Napoleon quedara descartado, y aceptarían al rey de Roma bajo la regencia de María Luisa. Además dijo que esta persuasion habia ganado á los espíritus de mejor temple y menos favorables á los Borbones, y así tendria pocas probabilidades de buen suceso toda medida no concebida en tal sentido. No se podia indicar mas á las claras que el único medio de salir de embrazos era que Napoleon abdicase la corona, y se sacrificase personalmente para salvar el trono de su hijo, y la situacion de cuantos se habian ligado á su fortuna. Napoleon, místico y silencioso hasta entonces, al ver cómo germinaba el pensamiento de Fouché hasta en el espíritu de los que le debian ser mas adictos, se despertó de pronto, y lanzando sobre Mr. Regnaud su mirada penetrante, se expresó de esta suerte:—Explicaos, hablad, no disimuleis nada.... No se trata de mi persona, que estoy pronto á sacrificar desde luego, y de que tres dias atrás hice por librarne cuán-

to me fué posible, sino del Estado y de su salvacion completa. ¿Quién puede ahora salvar el Estado? ¿Por ventura la Cámara de representantes? ¿Acaso yo todavía? ¿Pues qué, Francia conoce á un solo individuo de esa Cámara, nombrada ayer, y donde no hay ni un hombre de Estado ni un militar? ¿Me podriais señalar en su seno ó en alguna otra parte un brazo bastante robusto para empuñar las riendas del gobierno? Francia ni conoce ni dá importancia mas que á mi persona. ¿Acaso imaginais que obedezca á otra voz que á la mia el ejército, cuyos restos allegados, aun pueden ser imponentes? Si, como hice en Saint-Cloud, arrojara por la ventana á todos esos charladores, el ejército aplaudiria y Francia dejaria hacer de seguro. Sin embargo, no pienso en eso, y avaloro la diferencia de los tiempos y de las circunstancias; pero no conviene con falsas nociones sobre el estado de las cosas romper la union, que es actualmente nuestro último recurso. A la verdad, como yo solo puedo salvar al Estado, tambien soy el único objeto aparente del odio del extranjero, y se puede creer que, descartada mi persona, se satisfaria el extranjero del todo. Ahora se os dice que seria admitido el rey de Roma bajo la regencia de su madre. Esa es una fábula pérdida inventada en Viena para desunirnos y propagada en París con el fin de perderlo todo. Yo bien sé lo que pasa en Viena, y que á ningun precio se aceptaria á mi mujer y á mi hijo; allí se quiere á los Borbones, únicamente á los Borbones, y muy natural es sin duda. Descartada mi persona, se marchará sobre París, se entrará en su recinto, y se proclamará á los Borbones. ¿Acaso los queis vosotros? Por mí no sé realmente si valdrian

mas que lo que ven mis ojos. ¿Pero los querian el ejército, y los campesinos, y los compradores de bienes nacionales, y cuantos aplaudieron mi vuelta? ¿Y á vosotros, todos servidores de la familia imperial, os puede convenir que se deje volver á la emigracion triunfante? Personalmente, ningun interés tengo yo en nada de eso; mi papel ha terminado, suceda lo que sucediere, y apenas lo prolongaria algunos dias una dictadura, aun ejercida felizmente. Os repito que no se trata de mi persona, sino de Francia, de la revolucion, de los intereses que ha creado, y que aun se pueden salvar con union y perseverancia. Terrible es el golpe que hemos recibido, si bien de ser mortal dista mucho. Actualmente el ejército que lidió el 18 de junio, solo presenta fugitivos; pero si Grouchy, á quien verosimilmente habrá descuidado el enemigo por seguir á las tropas derrotadas, al fin ha conseguido escape, los fugitivos se reharán á su amparo. Grouchy tenia treinta y cinco mil hombres; no seria de extrañar que allegara igual número de fugitivos, atolondrados ahora, aunque prontos á tornar á figurar á mi voz como heroicos soldados. Asi formarian setenta mil combatientes. Replegándose Rapp y Lecourbe, me traerán cuarenta mil hombres en tropas de linea ó guardias nacionales movilizados, mientras que Suchet y Brune prosiguen custodiando los Alpes. De consiguiente reuniré bajo mis órdenes mas de cien mil soldados: diez mil me va á restituir la Vendée: desde 1814 jamás reuní tales fuerzas, teniendo por lo menos que combatir á tanto número de enemigos como ahora. Actualmente Blucher y Wellington no tienen mas de ciento veinte mil hombres, y antes de la reunion

de los austriacos y de los rusos, muy bien podia hacer yo expiar á mis vencedores su victoria. Paris se halla al abrigo de un golpe de mano con los federados, los depositos, la guardia nacional y los marinos, y sera invencible luego de terminadas las obras de la orilla izquierda del rio. ¿Y creéis que, maniobrando entre el Marne y el Sena, y delante de una capital sin posibilidad de ser forzada, no tendria aun en mi favor gran número de probabilidades? Finalmente, segun las apariencias, Francia no nos dejaria pelear solos. Dos meses me han bastado para alistar ciento ochenta mil guardias nacionales de preferencia. ¿No puedo hallar otros cien mil acaso? ¿No se me pueden conceder cien mil conscritos? De consiguiente detras de nosotros quedaran buenos patriotas, que acudirian á llenar los huecos de nuestras filas, y al cabo de algunos meses de esta lucha se cansaria la paciencia de los coaligados, que mantenidos los tratados de Paris y de Viena, solo sostienen una lucha de amor propio. ¿Qué se necesita por tanto para evitar nuestra ruina? Union, perseverancia y voluntad...—

Estas palabras, de las cuales solo reproducimos la sustancia, impregnadas del vigor mental y del lenguaje peculiar de Napoleon reanimaron los espíritus en el seno del consejo, y los reanimaran fuera de alli de igual modo, si pudieran traspasar las paredes del Eliseo. Pero Napoleon no se podia presentar en las Cámaras, ni ser alli oido, ni tenia quien le representara en ellas, y á la sazón estaban entregadas á una agitacion extraordinaria. Reunida desde por la mañana la de representantes, segun se ha visto, y ocupada no mas que en indagar noticias á impulsos de febril impacien-

cia, de pronto en su seno divulgóse el rumor siniestro de que en el palacio del Eliseo se discutía á la sazón el proyecto de prorogarla ó disolverla, y aun de que ya se había adoptado este partido, y de que el decreto en su contra se iba á dar á conocer dentro de muy pocos instantes. Aprovechándose de las prolijidades de la deliberacion en el Eliseo, Mr. Fouché fué quien hizo llegar tan pérfido aviso. Especialmente se lo trasmitió á Mr. de Lafayette, el mas convencido y el mas resuelto de cuantos creían indispensable sacrificar á Napoleon para salvar á Francia. Sin contar con ninguno de sus colegas, y fiando en la disposicion general de la Cámara de representantes, Mr. de Lafayette pidió la palabra. Todo le aseguraba una atencion profunda, su persona, la gravedad de las circunstancias, y la indole de la proposicion esperada por todos.—Señores, dijo, cuando al cabo de tantos años hago oír una voz, que los antiguos amigos de la libertad reconoceran sin duda, me siento llamado á hablaros de los peligros de la patria, que solamente vosotros teneis poder de salvar al presente. Rumores siniestros habian cundido, y por desgracia se han confirmado. Llegada es la hora de agruparnos en torno del viejo estandarte tricolor, el de 1789, el de la libertad, de la igualdad y del orden público. Este es el único que nos toca defender contra las pretensiones extrangeras y contra las tentativas interiores. Permitid, señores, que un veterano de esta causa sagrada, ageno al espíritu de faccion de continuo, os presente algunas resoluciones preliminares, cuya necesidad avalorais de si jo.—Tras de estas pocas frases, pronunciadas con la sencillez que llevaba hasta la tribu-

na, Mr. de Lafayette por una resolucion en cinco artículos propuso declarar la patria en peligro, las Cámaras en permanencia, y reo de traicion á todo el que quisiera disolverlas ó prorogarlás. A esto añadió la demanda de que los ministros de la Guerra, de Relaciones Exteriores, de lo Interior y de la Policia, se presentaran al instante, para dar cuenta á la asamblea del estado de las cosas. Finalmente, propuso levantar en masa á las guardias nacionales de todo el imperio.

Mr. de Lafayette bajó de la tribuna en medio de una emocion general, emocion emanada de la unanimidad, y no de la divergencia de pareceres. Adoptar su proposicion equivalia á infringir de varios modos el Acta adicional, que conferia al emperador la prerogativa de disolver las Cámaras, y que sin duda permitia interpelar á los ministros sobre un hecho, si bien no dando facultad para llamarlos á la barra, ni intimarles orden alguna. Esto simplemente equivalia á constituirse en estado de revolucion, pero como se conocia que ya se encontraban en tal estado, á declararse algo mas no se oponia la dificultad mas leve. Así el argumento de que se infringia el Acta adicional no salió de ninguna boca, ni aun bonapartista. Solo fué pedida la palabra por esos importunos, que en las grandes ocasiones aspiran con discursos inútiles á hacer constar su presencia, de que no se cuida nadie, y retardan así resoluciones, que muestran todos impaciencia de adoptar al punto. Lacoste, diputado por la Gironda, uno de los que de Mr. Fouché recibian sus inspiraciones, con viveza apoyó la proposicion de Mr. de Lafayette. Otro quiso que se convirtiera en orden formal la

invitación dirigida á los cuatro ministros para comparecer ante la asamblea. Otro presentó algunas observaciones relativas al artículo que hablaba de la organización de las guardias nacionales en todo el imperio, y que podía conducir á la idea de hacer á Mr. de Lafayette general en jefe. Sin explicarse la asamblea desechó este artículo, aprobando los demás de la proposición por una inmensa mayoría. Se decidió que se comunicara á la Cámara de los pares, con el fin de que la admitiera de igual modo, si lo estimaba conveniente. Este capital acto, principio y casi fin de una revolución en los espíritus ya consumada, objeto fué de unanimidad verdadera, porque, si la asamblea no quería á los Borbones, si deseaba la dinastía imperial representada por el rey de Roma, se hallaba imbuida en la idea de la necesidad de separar la causa de Napoleon de la de Francia, y se creía en el derecho de obrar de esta suerte respecto de un hombre, que á su juicio había perdido á Francia por su ambición tan solo. Sin duda tenía este derecho, y particularmente en época en que á la legalidad no se daba importancia, si bien no acreditaba sagacidad al figurarse que, arrojado Napoleon al mar, sobrenadaria el navío. Fuerza era también arrojar la dinastía, y los intereses de la revolución con ella, aunque afortunadamente no sus principios, que no podían perecer á causa de ser eternos.

Después de adoptar su partido tan de pronto, mientras la Cámara de representantes aguardaba la respuesta que se daría á su plebiscito, ésta era comunicado por una parte á la Cámara de los pares, y por otra al palacio del Eliseo. En la Cámara

de los pares dió margen á algun embarazo, pero no á la mas leve idea de resistencia. Mas antigua en sus funciones, mas ejercitada en su papel moderador, la Cámara de los pares hubiera podido oponer algun temperamento á la precipitación de la Cámara de representantes, bien que en el Senado imperial, de donde era oriunda casi toda, mal habia podido aprender la Cámara de los pares el papel de la pairía inglesa. Compuesta se hallaba de hombres cansados de revoluciones, disgustados de todos los gobiernos, de hombres que vieron y dejaron pasar á Napoleon como á Luis XVIII, que, aun juzgándolos á ambos, así adularon al uno como al otro, convencidísimos de haber merecido su caída, y determinados, á pesar de algunos sentimientos recónditos en ciertos corazones, á dejar que se cumplieran sin obstáculo alguno los decretos de la Providencia. Así la proposición de la Cámara de representantes fué adoptada sin resistencia por la Cámara de los pares. En el palacio del Eliseo no fué el espectáculo ni debía ser de igual modo. El dardo preparado por Mr. Fouché en secreto y disparado en público por Mr. de Lafayette halló al harido leon dormido, mas no acabado, y al sentirlo se estremeció todo. Sacudiendo la especie de somnolencia en que se había sumido, y de la que no salió mas que un instante para dar á Mr. Regnaud la ya citada respuesta, Napoleon se puso á andar muy de prisa por el salon del consejo, segun lo tenia de costumbre cuando se hallaba muy agitado.—Entonces repitió con desprecio y con ira que ante los quinientos mil hombres, que avanzaban sobre Francia, su persona era todo, y los demás no eran nada; que lo que acababa de acontecer en Flandes

cosa era de guerra, y de consiguiente muy reparable; que solo el ejército y su persona tenían importancia; que iba á enviar unas cuantas compañías de su Guardia para disolver á aquella asamblea insolente; que el ejército aplaudiría de resultas, y el pueblo le dejaría obrar á sus anchas, y que, apoderándose de la dictadura, para la salvacion comun se serviría de ella. — Se le escuchó sin interrumpirle nadie, y se aspiró á calmarle sin fruto, cuando vino el segundo golpe, con la noticia de la adopcion por la Cámara de los pares del decreto de la Cámara de representantes. Esta adhesion inmediata y silenciosa de mas de cien pares, á quienes quince dias atrás habia nombrado de voluntad propia, le hirió vivamente, á pesar de no enseñarle nada que ya no supiera del corazon humano, y le condujo nuevamente á la idea, que ya habia asaltado su mente la misma noche del 18 de junio, y consistente en que su cetro se habia roto con su espada. Entonces, mirando á Regnaud de Saint-Jean d'Angely con menos severidad que antes, pronunció estas singulares palabras. — Quizá Regnaud tiene razon en querer que yo abdique (de los labios de Mr. Regnaud aun no habia salido la palabra abdicacion, y Napoleon era quien la aplicaba á la cosa, por virtud de la rapidez de su mente)... Pues bien, yo abdicaré si es necesario; no se trata de mi persona, sino de Francia; no resisto por mí, sino por ella; si ya no ha menester de mi persona, yo abdicaré. — Esta especie pronunciada tan de pronto sorprendió á los asistentes, afligió á tres ó cuatro, halagó á siete ú ocho, llenó á Mr. Fouché de alegría secreta, y ensanchó el corazon de Mr. Regnaud que, al abandonar á su soberano, no entendia

hacerle traicion de ningun modo. Volando la tal especie de boca en boca, más y más obvió la desercion general ya fácil en demasia.

Pronto Napoleon á ceder el terreno á los que, sin embargo de rechazar á los Borbones, hacian cuanto se necesitaba para asegurar su vuelta, se sintió ofendido de resultas de las formas arrogantes de que se hizo uso, y vedó á sus ministros obedecer á la intimacion de la asamblea. — Que hagan lo que les acomode, se le oyó decir irritado; y si de resultas de una medida farrucosa (ya se hablaba de destitucion por entonces) me acosan hasta el extremo, los arrojaré al Sena, sin mas que ponerme al frente de algunas compañías de veteranos. — Luciano era de dictámen de no andar en vacilaciones; pues cuanto mas tiempo se perdiese mas se envalentonaria la asamblea y se haria mas emprendedora, y lo mejor era hacer uso al momento para disolverla de los poderes constitucionales de la corona. Tan resuelto el mariscal Davout poco antes, despues de la declaracion de las dos Cámaras no lo estaba tanto. En su juicio hubiera convenido sorprender á la Cámara de representantes, y descargar el golpe primero que adoptara resolucion alguna; pero, ya que se la habia dado tiempo de pronunciarse á las claras y de amotinar gente en rededor suyo, un nuevo 18 de brumario habia que intentar nada menos, y la situacion no era favorable para semejante golpe de Estado. Napoleon apareció perplejo y hasta salto de carácter en medio de tan distintas opiniones. Con todo, el hombre no habia cambiado, y sobradamente lo acababan de probar su vuelta de la isla de Elba y su última entrada en campaña. Pero de su misma perspicacia

se derivaba su debilidad en la presente coyuntura. Viendo que políticamente estaba perdido todo, aunque militarmente de ninguna manera, pronto estaba á rendirse al cabo, y si resistía acaso no era sino porque aun obraba su naturaleza. Este postrer combate entre la perspicacia y la personalidad le hacían aparecer lo que no fué nunca, á saber, irresoluto. —Atreveos, le dijo Luciano. —Ah, respondió, que ya me he atrevido de sobra! —Frase memorable y que honraba á su buen seso, al condenar su conducta pasada. Hablando así Napoleón y Luciano se trasladaron al jardín del Eliseo. En conversacion viva y animada demostró el primero á su hermano cuan escasas probabilidades de buen suceso habia en el golpe de Estado, que se le proponía como indispensable, y se expresó en esta forma: —Para empresas de tal clase es forzoso consultar la disposicion de los ánimos en el momento en que se van á poner por obra. Cuando el 18 de brumario, que de continuo me traeis á la memoria, se hallaban en disfavor las asambleas, á las cuales se imputaban diez años de calamidades, y el favor se dispensaba á los hombres de accion y á mi especialmente, reputado por el primero de todos. Contra los Quinientos y conmigo estaba el público entero; hoy los espíritus se han vuelto en sentido contrario. Actualmente la idea dominante es que se tiene la guerra solo por mi causa, y en una asamblea se ve el freno contra mis ambiciones y mi despotismo. Ambicion ya no tengo ninguna. ¿Y despotismo de dónde lo sacaría ahora? Pero tal es la preocupacion de los ánimos en suma. Yo bien creo que podría arrojar á esos representantes al Sena, aun cuando me expusiera á encontrar en la

guardia nacional mas resistencia que suponéis sin duda. Pero estos representantes se irían á correr las provincias, á sublevarlas en mi contra, y á decir que yo habia violado la representacion nacional únicamente en interés propio, y para sostener una lucha á muerte contra Europa, que no pide mas que mi alejamiento para hacer alto, y restituir la paz á Francia. Por supuesto doy que no me arrebatarían el país todo, pero sembrarían divisiones, yo no conservaría mas que la denominada porcion violenta, y entonces pareceria el emperador de los jacobinos, luchando contra Europa y los hombres honrados no mas que por no perder su corona. Ese es un papel nada honroso é imposible, porque el país quiza bastaria para su defensa hallándose unido bajo mi mando, y desunido es incapaz de resistencia. —

En este momento la avenida de Marigny estaba llena de numerosa muchedumbre, atraida por la fatal noticia del desastre de Waterloo. Naturalmente en aquella afluencia se hallaban las gentes mas animadas, las que habian corrido á alistarse en las filas de los federados, y que sin ser anarquistas, lo parecían por la traza. Hombres eran del pueblo, antiguos militares, que no pensaban en trastornar la sociedad de ningún modo, pero á quienes encendía la sangre solamente la idea de ver otra vez en París al enemigo. La tapia, que separaba al jardín del Eliseo de la avenida de Marigny era mucho mas baja que ahora. A la sazón se ejecutaban allí algunas obras, que la habian rebajado mas todavía, y la multitud no estaba separada de Napoleón mas que por un obstáculo casi nulo. Tan luego como divisó su persona, prorumpió en frenéticas



aclamaciones de viva el emperador! Muchos individuos se acercaban a la tapia del jardín, y le alargaban la mano, y le pedían que les condujera sobre el enemigo. Napoleón saludándolos con el gesto les dirigió una mirada triste y afectuosa, luego les hizo señal de aquietarse, y prosiguió su paseo con Luetano, que de tal escena sacaba un argumento en apoyo de su dictamen; pero Napoleón dijo a su hermano:—Si toda Francia estuviera unánime como esos hombres, razón os asistiría sin duda; mas sucede lo contrario. Evidentemente los miembros de las dos Cámaras, que se acaban de insurreccionar contra mi autoridad, y que tal vez piden mi destitución dentro de un par de horas, son órgano de cierto número de gentes en Francia, pues representan a cuantos creen que en esta disputa con Europa, se trata de mí solo, y esas gentes son numerosas, bastante numerosas para que la división resulte profunda. Ahora bien, sin unión nada es posible.—Todo esto rebosaba de cordura, y vista muy penetrante se necesitaba para descubrirlo por entre la espesa nube del interés propio. ¿Pero de quién era la culpa de que Francia en este inmenso conflicto se obstinara en no ver mas que la ambición de Napoleón en pugna con Europa, y de que no quisiera estar mas largo tiempo comprometida por un solo hombre? Se engañaba sin duda, porque despues de haberse comprometido al cabo, necesario era sostener la demanda con su persona, sin perjuicio de deshacerse despues de ella, como querria Sieyès; pero en este mundo las faltas de los unos engendran las de los otros, y se perezca por las que se han cometido, y por las que se han provocado.

Mientras se perdía así el tiempo en disertaciones inevitables, y como acontece a menudo, se llenaba el intervalo de los sucesos con palabras ociosas, impaciente la asamblea de tener una respuesta a su mensaje, agitada por el orgullo de ser obedida y por el temor de ser violentada, se desahogaba con discursos vanos y provocativos. En dar un gefe a la guardia nacional de París sin demora habia pensado, pretension enteramente contraria a las leyes, pues solo el emperador tenia derecho para nombrar un oficial de esta clase, y a la sazón el general Durosnel mandaba la guardia nacional de París como segundo gefe, siendo Napoleón el primero en su mando. Así esta proposición no fué admitida. Cosa era por demás ardua poseer el poder ejecutivo, cuando el monarca, su legal depositario se hallaba en el Eliseo, a la verdad vencido, pero así y todo el mas imponente de los hombres. Además impidieron que la proposición fuera aceptada el crédito del general Durosnel y la poca inclinación a nombrar a Mr. de Lafayette, candidato el mas indicado de todos, pero no conveniente ni para los revolucionarios, ni para los bonapartistas, ni aun para muchos moderados. Todo se limitó, pues, a demandar al actual gefe que velara por la seguridad de la asamblea. Durante este tiempo, siempre impacientes los representantes por obtener una respuesta, amenazaron con enviar a los ministros, no ya una invitación, sino una orden, y muchos amigos de la dinastía imperial se presentaron en el Eliseo para decir que se pronunciaría la destitución, si a la invitación de los ministros no seguía un acto inmediato de deferencia, Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely y

Mr. de Basano estrecharon á Napoleon á abrazar un partido, y pareció dispuesto á asentir hasta cierto punto á los deseos de la Cámara de representantes. Sin embargo, antes de enviar á los ministros á la barra de la asamblea, menester era acordar lo que dirían á sus miembros, cosa de que no se habia tratado hasta entonces, no habiéndose discutido mas que sobre la posibilidad de una disolución en el consejo. Para esto se necesitaban algunos instantes, y pareciendo llegada á colmo la impaciencia de los representantes, al decir de los portadores de las noticias que se sucedían en el Eliseo, Napoleon con disgusto, casi con desprecio, sin ninguna esperanza de formal resultado, consentió en que Mr. Regnaud corriese á la asamblea para inclinarla á tener paciencia anunciándola un mensaje imperial para dentro de breves minutos.

La asamblea oyó á Mr. Regnaud con esa curiosidad ardiente, ardiente y pueril de los tiempos de revolucion, quedó satisfecha al saber que su resolución reciente no se consideraba como un atentado, y que el tiempo perdido no se dedicaba á preparar la resistencia, sino el asentimiento á sus voluntades. Se tranquilizó algun tanto, si bien mostrando con su agitación que su paciencia no sería larga. Entonces los confidentes de Mr. Fouché, transformados en auxiliares de Mr. Regnaud, sin que éste sospechara ni por asomo la intriga á que servía de instrumento, le dijeron que el camino recorrido por los espíritus era inmenso; que no habia la mas leve divergencia de opiniones; que se anhelaba la abdicación pura y simplemente; que se princiaba á Napoleon el honor de deponer el cetro; pero que se le arrancaría de las manos, si se nega-

ba á deponerlo de seguida. En vano trató de aplacarles Mr. Regnaud, porque, siempre adicto al imperio, no abandonaba al padre sino para salvar al hijo, y porque le horrorizaba la destitución que se llevaría al hijo y al padre, esto es, á la dinastía. Sin embargo, le prometieron espera, aunque á condición de la abdicación positiva é inmediata, porque la fábula de Mr. Fouché consistente en suponer que habia tenido comunicaciones secretas con la corte de Viena, de resultas de las cuales habia adquirido la certidumbre del asentimiento de las potencias de Europa á la regencia de María Luisa, ya se hallaba esparcida por todos los bancos de la asamblea, y la conocian los representantes menos al corriente de las cosas, y se consideraba como verdad auténtica por ellos.

Mr. Regnaud tornó al Eliseo, donde se adoptó al cabo un partido, el de dirigir á las Cámaras un mensaje que sería llevado por los ministros, de quienes se habia requerido la presencia. Este mensaje tenia por objeto enterarlas de la desgracia sufrida por el ejército, reduciendo no obstante á la realidad la tal desgracia, manifestar que aun quedaban recursos, y proponer el nombramiento de una comisión para buscarlos, elegirlos y fijarlos de acuerdo con el gobierno. Carnot, ministro de lo Interior, llevó el mensaje á la Cámara de los pares, y el príncipe Luciano á la Cámara de representantes en compañía de los demás ministros. A tenor del Acta adicional el emperador tenia derecho de hacerse representar ante las Cámaras por comisarios de su elección, y bajo este título designó al príncipe Luciano, célebre entre los príncipes de la familia de resultas de la firmeza de que habia he-

cho alarde el 18 de brumario. Napoleon ya no esperaba ni deseaba nada, pero queria un hombre seguro y fuerte en la oratoria que supiera rechazar los ultrajes con que contaba de seguro, y no le causaba embarazo probar á sus ministros que no estaba contento de su celo en las presentes circunstancias. De esta regla exceptuaba á Carnot, á quien Mr. Fouché habia hecho ya sospechoso, pintándole como juguete de Napoleon, y á Mr. de Caulaincourt, que solo podia ser útil en un congreso ó sobre un campo de batalla.

Primeramente se dirigieron á la Cámara de los pares, que escuchó el mensaje sin pronunciar palabra, no queriendo hablar hasta que la otra Cámara lo hubiese hecho. Poco tiempo se perdió en esta travestía, si bien mas del que era capaz de conceder la impaciencia de los representantes. A las seis de la tarde llegaron al palacio donde celebraba sus sesiones, y en momentos en que para contener el ímpetu de los ánimos no habia palabra que fuera suficiente. Anunciado fué el imperial mensaje, y aun se hubo de perder tiempo hasta lograr que se restableciera la calma, y se guardara silencio, y se prestaran oídos. Debiendo la comunicacion tan ardientemente deseada ser objeto de debates, y aun quizá de graves deliberaciones, se decidió que la sesión fuera secreta. De consiguiente se hizo que el público despejara el salon de las sesiones, y como á las siete de la tarde el príncipe Luciano subió á la tribuna, y tras de alagar el título de comisario imperial expuso el contenido del mensaje. — Francia, según sus palabras, habia sufrido una desgracia, grande sin duda, pero no irreparable. Con la union de los poderes públicos y

con firmeza en los caracteres aun podia hacer cara al enemigo, pues le quedaban muy vastos recursos. Deseoso el emperador de buscarlos y de hacer uso de ellos de acuerdo con los representantes del país les pedia el auxilio de cinco miembros de cada Cámara para inquirir los medios de salvacion, hacer que fuesen votados y ponerlos inmediatamente en planta.

No fué el príncipe mal recibido, pues sabia mantenerse en la tribuna, y además, como ya hemos indicado, no habiéndose ceñido corona, tampoco representaba los excesos de ambicion bajo los cuales habia sucumbido Francia. Por estos diversos méritos fué escuchado con benevolencia. Sin embargo, nada enseñó que fuese nuevo, pues se sabia que el ejército estuvo valiente y desgraciado en el Monte de San Juan, despues de estar valiente y feliz en Ligny, y se sabia que aun quedaban recursos, y que buscarlos, descubrirlos y emplearlos en union de las Cámaras, constituia el mayor deseo del gobierno. Pero nada de esto respondia al pensamiento que llenaba los ánimos al presente, que era la abdicacion, la retirada de un hombre á quien se miraba como causa única de la guerra, retirada tras de la cual se detendrian los coaligados, aceptando á su hijo. Sin duda si el capitán hubiese quedado victorioso, se tuviera así la compensacion del odio que inspiraba á Europa, pero no siendo el capitán ya prenda de triunfo, solo quedaba el odio de que era blanco, y que atraia á los ejércitos europeos sobre Francia. A mayor abundamiento, como de resultas de los excesos de su ambicion habia provocado este odio, no habia que andar con escrúpulos respecto de su persona, fuera de

que, sacrificándole, se aseguraria probablemente la corona á su hijo. Tal era el raciocinio que se habia formado en todos los ánimos de una manera natural é invencible. No se tomaba en cuenta que solo con Napoleón existian probabilidades de resistencia, ni que despues de privarse de su persona habia que rendirse y aceptar á los Borbones (muy aceptables en nuestro concepto, si bien para la asamblea deliberante eran odiosos) todos iban á cual mas de prisa y muy creídos de que descartando á Napoleón, se apartaba el peligro mas inminente, y se adoptaba el medio mas seguro de restablecer la paz con Europa.

Mr. Jay, impulsado por el duque de Otranto y digno de mejor guia, resueltamente pidió la palabra. A su vista hubo gran silencio, sabiendo lo que iba á proponer y deseando todos que su proposición tuviera buen resultado.

Con algunas consideraciones harto ociosas empezó sobre la gravedad del peligro á que se exponia al tomar la palabra en tal coyuntura, como si aun hubiera mucho que temer del vencido de Waterloo. Sin embargo, este principio fué escuchado con cierta especie de estremecimiento, y se alentó al orador á que prosiguiera su discurso con la misma profundidad de la atencion prestada por todos. Entonces, dirigiéndose Mr. Jay á los ministros, les dirigió dos preguntas formales, y ambas tan directas como embarazosas. En primer lugar pidióles que declararan con la mano sobre el corazón y en conciencia, si creian que, aun desplegando el mayor denuedo, Francia podría resistir á los ejércitos de Europa, y si por tanto la paz no era indispensable, y en segundo, si la presencia de Napo-

león al frente del gobierno no hacia esta paz imposible. Tras de expresarse de este modo, Mr. Jay interrumpió su discurso, y por largo tiempo miró á los ministros esperando su respuesta. A semejanza suya, toda la asamblea fijó en ellos al punto los ojos, como exigiendo con sus miradas una respuesta pronta. Así continuó el silencio; mas bien pronto le fué imposible callar á un ministro, dado que por su conducto, por sus pérdidas insinuaciones, se habia creído saber que, Napoleón descartado, se detendria Europa y aceptaria á su hijo. Con efecto, de tal modo se hicieron interrogantes las miradas, que Mr. Fouché no pudo ya guardar silencio. Subiendo á la tribuna con su rostro pálido, bizco, falso, se limitó á manifestar que, habiendo consignado los ministros en el mensaje imperial el dictamen del gobierno, no tenian que añadir nada. Semejante respuesta ridiculamente evasiva, no satisfizo á nadie, y patentizaba que Mr. Jay, juguete de Mr. Fouché, no era cómplice suyo. Poco satisfecho de la respuesta que habia arrancado, Mr. Jay continuó su discurso, y describiendo la situación de las cosas, de ella trazó un cuadro alarmante y desgraciadamente verdadero. De la situación interior habló primeramente, y aplicóse á demostrar que Napoleón habia indispuerto sucesivamente á todos los partidos en su contra, á los realistas que de origen eran enemigos suyos, y á los liberales á quienes habia obligado á serlo con su despotismo. Hablando del 20 de marzo, de las esperanzas concebidas al principio, y de resultados del Acta adicional defraudadas, se expresó á tenor de las preocupaciones de entonces, y declaró que, habiendo perdido Napoleón la confianza de

los amigos de la libertad, y no habiendo tenido nunca la de los realistas, en adelante no podía ya reunir á Francia en torno suyo, ni dirigir su energía contra el extranjero. Tratando de la situación exterior en seguida, Mr. Jay bosquejó la pintura de las pasiones que Napoleon habia excitado en Europa, citó los manifiestos de las potencias que declaraban cómo hacian la guerra á Napoleon y no á Francia; se aplicó á demostrar que, aun suponiéndole mas feliz que el 18 de junio, Europa implegable renovaría sin cesar sus esfuerzos; que sin duda el ejército se cubriría de nueva gloria, aun que para sucumbir al cabo, y preguntó si ante esta doble situación de Francia, á la cual Napoleon dividia por completo, y de Europa, á la cual unia toda, no estaba en la obligacion de ofrecer su retirada, y si las Cámaras no tenían el deber de aceptarla y aun de promoverla asimismo.—Alentado por una aprobacion uniforme, aun sin tener el calor ni la accion de un orador verdadero, Mr. Jay llegó poco á poco á la verdadera elocuencia. Entonces dijo que á Napoleon apelaba de plano, á su génio, á su patriotismo, para que sacara á Francia del abismo en que la habia sumido. Dirigiéndose al príncipe Luciano, y encomendándole en cierto modo que fuese órgano de la Francia desconsolada, se expresó en esta forma:—A vos, príncipe, á vos cuyo desinterés y cuyo carácter independiente son bien conocidos, á vos á quien nunca tentaron los atractivos del trono, á vos toca ilustrar y aconsejar á nuestro glorioso hermano, y hacerle comprender que de sus mil victorias, cuyo brillo inmortal no ha oscurecido una reciente desgracia, ninguna será tan gloriosa como la que alcance sobre sí propio, al ve-

nir á entregar á esta asamblea un cetro, que prefiere recibir de sus manos á arrancarlo de ellas, para asegurárselo á su hijo, si es posible, y conjurar las desventuras de una segunda invasion, cien veces mas fatal que la primera.—La situación habia engrandecido el espíritu y el carácter del orador, que en esta ocasion ejerció una influencia que no habia ejercido nunca, ni debia ejercer mas en toda su vida, aun no cesando de inspirar y de merecer una estimacion bien sentada. Al instante le respondió el príncipe Luciano, que sostenido por la situación de igual modo, y por la piedad fraternal y por su talento, se expresó muy elocuentemente. Privilegio es de las grandes situaciones elevar los oradores, forzándoles á prescindir de las consideraciones accesorias, para atenerse á las consideraciones verdaderas y fundamentales. Por otra parte, á favor de Napoleon habia mas de una razón valedera. Sin duda el príncipe Luciano se hallara embarazadísimo ante un realista sincero, perspicaz y valeroso, que le hubiera dicho lo siguiente.—Vencidos los Bonapartes no son posibles, y los Borbones son inevitables. Bajo los Borbones puede ser conquistada la libertad con perseverancia mucho más fácilmente que bajo los Bonapartes, como que por el génio de su gelfo no representan mas que la fuerza. Seguramente es una gran desdicha que por el extranjero se consume revolucion semejante; pero esta intervencion del extranjero dos veces operada en quince meses, obra es vuestra, consecuencia de vuestras faltas; retiraos y dejadnos negociar con Europa, ya que en suma nos habeis reducido á tal extremo, y que las esperanzas de vencer son harto débiles para probar una vez

más la suerte de las armas.—Pero no existía en la asamblea el realista previsor y valeroso que pudiera usar tal lenguaje. Allí no había mas que revolucionarios y liberales, no queriendo á ningún precio los Borbones, y teniendo la debilidad de creer que sin Napoleon se podrian defender y tratar con el extranjero. A estos se podian oponer réplicas poderosas. Luciano las halló y se sirvió de ellas. Primeramente aplicóse á pintar la situacion de distinto modo que Mr. Jay la habia trazado, y á demostrar que tanto en lo de fuera como en lo de dentro, el mal se habia exagerado mucho. Armándose con los pormenores suministrados por el emperador, expuso que el ejército del Norte estaba lejos de hallarse destruido, aun despues de derrotado; que de los que en el monte de San Juan habian combatido se volverian á reunir por lo menos treinta mil hombres, y probablemente el cuerpo de Grouchy se encontraba intacto, lo cual suministraría un ejército de mas de sesenta mil hombres, superior en calidad á cuanto poseia el enemigo; que lo elevarian á cien mil soldados los generales Rapp, Lecombe y Lamarque, éste ya libre en la Vendée; que detrás de este ejército vigoroso, París cubierto de obras, armado con seis-cientas bocas de fuego, defendido por mas de sesenta mil hombres de los depósitos, de los marinos, de los federados y de la guardia nacional, estaria al abrigo de todo ataque; que en esta situacion para reconocerse y crear nuevos recursos habria tiempo; que la conscripcion de 1815 y la aplicacion á toda Francia de la movilizacion de las guardias nacionales de preferencia proporcionarian doscientos ó trescientos mil hombres; que estos medios en ma-

nos de un capitan como Napoleon, permitian no desesperar de ningún modo, y no soportar las condiciones impuestas por un vencedor insolente; que, si fuera no era la situacion tan grave como se trataba de presentar ni por asomo, dentro se habia exagerado mas todavía; que Francia rechazaba casi uniformemente el gobierno de los emigrados; que á favor de este gobierno solo existia una minoría mas arrogante que peligrosa, pues al fin se acababa de quitar la máscara en la Vendée, y el general Lamarque la habia destrozado á los pocos dias; que á excepcion de estos partidarios de la emigracion, todo el mundo queria sustancialmente la misma cosa, esto es, la independencia nacional y la libertad constitucional bajo el príncipe que Francia habia vuelto á ver con júbilo el 20 de marzo; que á esta masa de la nacion podian acaso dividir algunas equivocaciones, si bien de la asamblea dependia que cesaran del todo, con agruparse detrás del hombre que la habia convocado, siendo el solo capaz de hacer frente al enemigo; que tan luego como se pronunciase la asamblea, la seguiria el pais entero; que separarse de Napoleon bajo pretexto de aplacar el odio del extranjero, no pasaba de ser una ilusion ridicula á la par que funesta; que en 1814 el extranjero habia usado este lenguaje, y el Senado se habia dejado coger en el lazo, y segregado Napoleon y restablecidos los Borbones, se despojó á Francia de sus plazas, de su material de guerra y de sus fronteras; que las promesas galanas de hacer alto inmediatamente despues del alejamiento de Napoleon, eran ardidés de guerra para separar á la nacion de su caudillo; que los podia usar el enemigo para sus fines, si bien equivalia á

hacerse escarnio de los contemporáneos y de la posteridad, ser juguete de ardidés tales. Siempre avanzando en la parte mas delicada del asunto, el príncipe Luciano añadió estas palabras:—Pensad también, mis queridos conciudadanos, en la dignidad y en la consideración de Francia: ¿Qué diría de ella el mundo civilizado, qué diría la posteridad si despues de recibir con entusiasmo a Napoleón el 20 de marzo, despues de proclamarle héroe libertador, despues de prestarle un nuevo juramento en la solemnidad del campo de Mayo, á la vuelta de veinte y cinco dias, y de resultas de una batalla perdida, de resultas de una amenaza estrangera, ahora le declarara causa única de sus males, y le excluyera del trono adonde recientemente le ha llamado? ¿No expondríais á Francia á una grave acusación de inconstancia y de ligereza, si abandonase á Napoleón en las presentes circunstancias?—Esta consideración justa, si bien solo revelaba lo desgraciado de la situación, al golpe hizo que se agitase la asamblea y produjo una réplica pesada, porque en las asambleas cuando se toca á ciertas verdades, que están en todos los corazones, sin haber salido á los labios, una sola palabra es bastante para hacer que salten de pronto. Levantándose enfrente de Luciano, é interrumpiéndole con una oportunidad irresistible monsieur de Lafayette le dijo en tono frío, si bien cortante como el acero:—Príncipe, calumnias á la nación. ¡Ah, que la posteridad no podrá acusar á Francia de haber abandonado á Napoleón, sino de haberle seguido demasiado! Le ha seguido á los campos de Italia, á las arenas abrasadoras de Egipto, á los campos devorantes de España, á las in-

mensas llanuras de Alemania, á los helados desiertos de Rusia. Seiscientos mil franceses yacen á las márgenes del Ebro y del Tajo. ¿Nos podréis revelar acaso cuántos sucumbieron á las márgenes del Danubio, del Elba, del Niemen, del Moskowa? ¡Ah, con menos constancia la nación hubiera salvado á dos millones de hijos suyos! ¡Y hubiera salvado á vuestro hermano, á vuestra familia, y á todos nosotros del abismo, donde forcejeamos ahora, sin saber si podremos salir al cabo!—Estas frases cayeron sobre el príncipe Luciano, bien inocente á todas luces de los desaciertos que se le traían á la memoria, como el juicio de la posteridad sobre su hermano, y quitaron toda fuerza al conjunto de su discurso. Con todo, habia conseguido moderar algo los ímpetus de la asamblea, no tanto por virtud de sus palabras, que no carecian de elocuencia, como á causa del espectáculo del grande hombre vencido, de quien era viva imagen, y á quien se trataba de arrojar á la sima, sin certidumbre de que así quedara cegada. A Mr. Jay y al príncipe Luciano sucedieron algunos oradores: Mr. Enrique Lacoste y Manuel prolongaron el debate, y sin que tal fuera su ánimo amortiguaron de este modo la violencia primitiva. Dar á entender el deseo de una abdicación voluntaria por parte de Napoleón era cuanto se podía hacer en suma. Pronunciar su destitución fuera un insulto á la desgracia, de que actualmente no era capaz nadie. Dos comisiones elegidas por las Cámaras pedía el gobierno, para arbitrar los medios de salvación en union suya. Negociando estas dos comisiones podían obtener decorosamente lo que la asamblea hubiera arrancado sin dignidad para sí propia ni para Napoleón

con una intervencion directa. Se conoció de este modo, y por consentimiento casi unánime adoptóse lo propuesto por el gobierno. Para su comision designó la Cámara de representantes á su propia mesa, compuesta del presidente Mr. Lanjuinais y de los cuatro vice-presidentes Mrs. de Flaugergues, de Lafayett, Dupont de l'Eure y Grenier. Por su parte la Cámara de pares nombró á su presidente el archicanciller Cambacéres y Mrs. Boissy d'Anglas, Thibaudeau, Drouot, Andreossy y Dejean para la comision suya. Esta y la de la Cámara de representantes se debian reunir dentro del palacio de las Tullerías y en el salon de sesiones del Consejo de Estado á los ministros con y sin cartera para deliberar sobre los graves asuntos sometidos á su exámen. Convocadas fueron para la misma noche, con el fin de que al día siguiente se pudiera presentar á las Cámaras una resolucion definitiva.

Sin interrupcion se habian sucedido los yentes y vinientes en el palacio del Eliseo durante este tiempo. Allá fueron el duque de Rovigo, Mr. de Lafayette, Mr. Benjamin Constant, el principe Luciano, y acerca de la disposicion de los espíritus no ocultaron á Napoleon cosa alguna. Luciano le repitió que no habia que andar en deliberaciones, pues se necesitaba optar entre un golpe vigoroso ó la abdicacion hecha al punto, á fin de precaver una resolucion ofensiva de la Cámara de representantes. Tal era la verdad exacta, y Napoleon no se la disimulaba de ningun modo. En cólera montaba á veces al ver la poca generosidad con que era tratado, y al considerar los medios que le quedaban todavia de apoderarse de la dictadura, si queria llamar á sí á los federados, que no cesaban de

alfluir delante de sus balcones, y lanzar los gritos del patriotismo desesperado. Pero despues de cortos instantes de exaltacion decaía de nuevo, y vuelto al fastidio de todo daba á entender que iba á abdicar de seguida, bien que vengándose con ardientes sarcasmos de los que imaginaban que la salvacion dependia del sacrificio de su persona.—Dejad á esas gentes, le dijo con su familiaridad verídica el duque de Rovigo. Unos han perdido la cabeza, y otros son juguete de las intrigas de Fouché. Puesto que no comprenden que vos únicamente les podeis salvar todavia, abandonadlos á sí propios, y que se compongan como puedan. Dentro de ocho dias llegarán los extrangeros, mandarán que sean fusilados algunos, desterrarán á otros, les volverán los Borbones, que han merecido, y darán fin á esta miserable comedia. Vos, señor, venfos á América á gozar con algunos servidores fieles el reposo que os hace y nos hace á todos tanta falta.—Mr. Lavallette dió los mismos consejos con su lenguaje grave, dulce y triste. Napoleon tomó cuanto le dijeron en buena parte, y no ocultó que sustancialmente pensaba como ellos, y obraria en este sentido. Con Mr. Benjamin Constant tuvo una conversacion de tudole diversa y que se prolongó bastante. En union suya examinó la cuestion de la abdicacion bajo los puntos de vista mas elevados, y como si respecto de ella no tuviera interés alguno. Con relacion á su persona, evidentemente su pesar dominante consistia en verse vencido una vez mas por Europa; en el estado actual de los ánimos no le parecia que reinar fuese un placer digno de envidia; sobre la ambicion flotaba en su mente el desprecio á los hombres y á las cosas; y para lo por-



venir cifraba la única felicidad deseable en un retiro sosegado y libre y en medio de hombres dignos de su trato. Pero la confusión de abandonar una partida no perdida del todo, le traía nuevamente y á pesar suyo á deliberar acerca de la sumisión ó la resistencia al sacrificio demandado. Con efecto, le parecía que, si aun quedaban eventualidades de vencer á Europa, ó á lo menos de reducir á entrar en ajustes, á la vez sería torpeza, insensatez y debilidad rendirse, y que algun día se le condenaría en el tribunal de los verdaderos políticos á consecuencia de haber cedido tan fácilmente. Como padre se inmolara de buen grado á trueque de asegurar el trono á su hijo; pero después de saber la verdad respecto de su esposa, ya no dudaba que su hijo sería un niño anticipadamente sacrificado á los recelos de Europa, un niño destinado á morir cautivo en las manos del extranjero. Desdeñosamente se sonreía cuando se le afirmaba que al precio de su abdicacion aceptaría Europa al rey de Roma y á Maria Luisa. Con la penetracion del genio veía á las claras, que, segregada su persona, á los ocho dias se hallarian restablecidos los Borbones, dispersos ó castigados la mayor parte de los que le arrancaban su espada, destinado el mismo Fouché á un castigo, quizá aplazado, bien que seguro, y mirando algo hondamente á lo porvenir se creía vengado de todos los enemigos de dentro. Pero le ocupaba sobre todo examinar si, cuando aun habia tantas eventualidades contra los enemigos de fuera, se podía juzgar convenientemente que al duque de Wellington y al mariscal Blucher rindiera su espada, y se consultaba sino era un necio ó un cobarde al no poner

por obra lo que se necesitaba para eximirse de tan cruel extremidad. Largo tiempo trató con Mr. Benjamin Constant de este asunto, acreditando en la misma proporcion el talento y la sangre fria, repitiéndole que ni Francia ni el ejército conocian mas que á su persona; que si fuera su voluntad dispersaria aquellos representantes, á quienes acababa de abrir la liza, sin mas que pronunciar una palabra, bien que para esto se tendria que poner á la cabeza de un partido, del que vocaba debajo de sus balcones, y lanzarle sobre las gentes honradas, y ser una especie de *emperador revolucionario*, y combatir con Francia agarrotada detrás de su persona á la Europa coaligada, papel que le repugnaba en extremo; y concluía por decir que con Francia unida le fuera grato sostener contra Europa una lucha desesperada, pero que no le podia convenir de ningun modo acometer la empresa con Francia desunida, y siguiéndole como forzada, y que en situacion tal preferia con mucho ir á vivir como plantador en los bosques vírgenes de América.

Mientras duraba esta plática en el Eliseo, se habian dirigido las comisiones de las dos Camaras al palacio de las Tullerías, y juntándose á los ministros en el salon de sesiones del consejo de Estado, desierto, mal alumbrado, y ofreciendo un contraste lúgubre con el espectáculo que presentaba en otro tiempo, cuando Napoleon en la cúspide de su gloria presidia allí á las secciones reunidas, y las dominaba con el vigor de su talento no menos que con el prestigio de su autoridad omnipotente por entonces. El príncipe Cambacéres abrió la sesion puntualizando el objeto de las deliberaciones.

Todos se contuvieron al principio, si bien los espíritus fogosos, y no faltaban en las dos comisiones, se mostraban impacientes por suscitar la cuestión verdadera, la única del día, la de la abdicación, en suma. Por protestas de adhesión á la cosa pública empezaron desde luego, y hasta quisieron asentar como base que estaban prontos á todos los sacrificios, menos el de las libertades nacionales y el de la integridad del territorio. Estas declaraciones redactadas en proposición formal y sometidas al voto de las comisiones eran ridículas ó capciosas, pues decidían implícitamente lo que no se osaba articular por lo claro, la caducidad de la autoridad imperial. Esto fué lo que se dió por respuesta, y solo en el concepto de declaración general de adhesión á la cosa pública quedó la proposición admitida. A continuación se hizo reseña de los diferentes recursos que aun se podían considerar existentes en la desesperada situación de los negocios del Estado. Se habló del ejército y de la hacienda, y finalmente de los medios de mantener el orden en el imperio con la represión de los partidos hostiles. Respecto del ejército se trató ante todo de reclutarlo inmediatamente, llamando á la conscripción de 1815, sobre la cual se habia suscitado una cuestión de legalidad. Nadie se opuso á esta providencia, que debia suministrar mas de cien mil hombres, algunos de los cuales habian ya servido. Acto continuo se trató de hacienda, y acogióse el pensamiento de una emisión de rentas que pudiera producir al golpe de 30 á 40.000.000 de francos. Por último, se vino á la cuestión de una ley preventiva, que al poder ejecutivo diera armas contra los partidos hostiles, y en esta reunion de

hombres, casi todos adictos á la causa de la libertad por extremo, no se opuso la objecion mas leve. Se concedia todo, con tal de llegar cuanto antes á la abdicación, única providencia que interesaba á los ánimos todos.

Tras de proveer á los medios de sostener la guerra, se dijo que era necesario pensar en los medios de conseguir la paz; que este segundo objeto era de urgencia suma, porque el éxito de la guerra se presentaba harto dudoso para no ver de terminarla de seguida. Cabalmente esta cuestión contenia la que se deseaba suscitar con tanta impaciencia. Mas resuelto Mr. de Lafayette que todos en la prosecucion del objeto á que se deseaba llegar pronto, preguntó si no era cosa demostrada que toda paz y aun toda negociacion se hacia imposible, mientras Napoleon se hallara á la cabeza del gobierno.

Esta pregunta, soltada ante los ministros de Napoleon y ante las comisiones en que se contaban algunos miembros adictos á la imperial dinastía, suscitó vivos murmullos. Los ministros respondieron que si tuvieran por verdadero lo que acababa de aventurar Mr. de Lafayette, lo hubieran manifestado á Napoleon de tal modo, y sobre ello presentarían una proposición terminante en la actual conferencia. Mr. de Lafayette repuso que aceptaba la cuestión así planteada, y puesto que hicieran la proposición si la juzgaran provechosa, por si la iba á hacer de seguida, á causa de considerarla indispensable. Así pidió que los miembros presentes en la junta declararan lo que creían verdadero por su parte, que la presencia de Napoleon al frente del gobierno hacia la paz imposible, y la conti-

nuacion de la guerra indispensable, y por consiguiente problemática la salvacion del Estado en la misma proporcion que el éxito de la guerra. Esto equivalia á pronunciar la destitucion no deseada por nadie, á la par que á la abdicacion se inclinaban todos. El príncipe Cambacères, presidente de esta junta, manifestó que no pondria á votacion lo propuesto por Mr. de Lafayette. De esta suerte quedó su pensamiento desechado, si bien admitiéndose que era menester negociar á la par que se peleaba en los campos de batalla, y que para negociar se necesitaba hallar una fórmula que permitiese restablecer las relaciones diplomáticas con las potencias europeas, habiéndose negado éstas hasta entonces, no solo á responder á las comunicaciones del gobierno imperial, sino tambien á recibir las. Por tanto, ideóse como término medio enviar al campo de los coaligados una comision de negociadores, que en lugar de presentarse en nombre de Napoleon, se presentara en nombre de la Cámara de los pares y de la de representantes. Difícil fuera contentarse con una proposicion de tal especie, implicando la abdicacion de Napoleon ni más ni menos, puesto que se ejercia sin intervencion suya y prescindiendo de su persona la prerogativa mas importante del poder ejecutivo, la de tratar con las potencias extranjeras. Además era una ilegalidad fragante; pero con las últimas resoluciones de las Cámaras se habia salido ya de la legalidad tan por extremo, que no merecia atencion alguna. Adoptada fué la proposicion por consiguiente, y se convino en que las diversas medidas acordadas en esta junta se someterian al emperador por sus ministros, y á las Cámaras por los in-

dividuos que designara cada una de las dos comisiones. Al general Grenier, oficial distinguido de la república, hombre prudente y desinteresado, se encargó dar cuenta de lo acordado á la Cámara de representantes. Pero como las resoluciones que habian prevalecido no correspondian á la impaciencia que se notaba en los ánimos todos, los ministros rogaron al general y á sus colegas que tuvieran paciencia todavia por algunas horas, prometiendo, que no bien se diera cuenta de lo convenido, un mensaje imperial llegaria á calmar los deseos de la mayoría de las Cámaras, que en la abdicacion de Napoleon vinculaban la salvacion del Estado.

Esta junta habia durado gran parte de la noche, y en el Eliseo comenzó muy temprano el dia 22 de junio: desde la madrugada fué allí cada cual á aconsejar á Napoleon, como nadie se atrevia antes á ponerlo por obra, y menos sobre tales asuntos. Su sacrificio estaba consumado, puesto que desde la sesion de aquella noche, ya no cabia en lo posible que se prolongara situacion semejante. ¿Cómo consentir efectivamente en que se negociara con el extranjero sin intervencion suya, fuera de su autoridad, y que se gobernara así con exclusion de su persona? Esto fuera una verdadera deshonra, y si la queria evitar del todo, no le quedaba otro arbitrio que el de aniquilar á aquella asamblea, apoyándose en el populacho, y aspirando á sostener la lucha contra la unida Europa sin tener detrás mas que á Francia dividida. Como se ha visto, ya Napoleon tenia su resolucion tomada. Sin embargo, aun resistian en su interior dos cosas, la naturaleza y la repugnancia á abandonar una partida, que á su parecer no estaba perdida

por completo. Efectivamente le costaba mucho bajar del trono, porque esto equivalía a caer en una prision estrecha; y le costaba mucho renunciar a una lucha, que segun su inteligencia militar aun ofrecia muchas probabilidades de buen suceso. Pero ante la evidencia de la discordia, segura si permanecia en su puesto, y verosimil aun despues de abandonarlo del todo, a rendirse estaba resuelto. Sin embargo, se sublevaba de que le llegasen a hostigar de continuo, sin darle casi tiempo de entrar en reflexiones. Esta agonía de su voluntad pujante era laboriosa y dolorosísima a la vista, porque el génio y el infortunio perdian algun tanto de la dignidad con que se desearia verlos siempre, y especialmente en los momentos supremos. Asi Napoleon mostrábase alternativamente reposado, afaible, irónico a lo sumo, y solo irritado cuando se le metia demasiada prisa. Oidos prestaba a los consejos de los que, a semejanza del duque de Rovigo, de Mr. de Lavallette y de Mr. de Basano, le instaban a que abandonase a gentes que no merecian ser salvadas, y que fuera con su imperecedera gloria a la vasta y libre naturaleza de América, para acabar alli su vida en profundo reposo, y admirado por el mundo que le haria justicia despues de su caída; pero estos mismos consejos sonábanle mal en boca de los que segun las apariencias esperaban algo para sí ó para la cosa pública de su sacrificio; a tales sujetos consideraba como juguetes de Mr. Fouché ó de su interés propio. Asi recibia desabridamente a Mr. Regnaud y a los que semejan pertenecer a esta categoría, cuando llegaban a hablarle del asunto sobre que hablaban todos en aquellos tristes instantes.

Estas dolorosas perplejidades duraron una parte de la mañana en el palacio y en el jardin del Eliseo. A este tiempo del ejército llegaron noticias menos desconsoladoras que las traídas de Laon por Napoleon y sus oficiales. Grouchy, a quien se creyó perdido, por Rocroy acababa de entrar sano y salvo, a la cabeza de treinta mil hombres llenos de ardimiento, y detrás de los cuales se iban a rehacer los restos de Waterloo. Llegando al punto de reunion de Laon desde todas partes, ya aquellos restos ascendian como a veinte mil hombres, y a treinta ó cuarenta mil subirian cuando se les armara de nuevo y se les proveyera de artillería. Fácil era por consiguiente juntar dentro de pocos dias un ejército de sesenta mil hombres, que aumentarian mas todavía los depósitos, los federados, las tropas del Oeste, y allegar de este modo para cubrir a París mas de cien mil combatientes. Aun cuando esta situacion fuese muy aflictiva, harto distaba de lo que se habia imaginado, y en virtud de la cual París se hallara completamente al descubierto, y en la necesidad de rendirse sin condiciones. Inmediatamente fué enviado el ministro de la Guerra a la Cámara de representantes, por ver si estas noticias daban alli margen a útiles reflexiones, y promovian el deseo de conservar a estos cien mil hombres el jefe que en el año anterior habia equilibrado los destinos con fuerzas muy inferiores.

Reunida estaba la asamblea desde las nueve de la mañana, y en su seno se habia manifestado una impaciencia aun mas viva que la de los dias precedentes. Se quiso diferir la lectura del informe del general Grenier para ganar tiempo, si bien

la asamblea no se pudo interesar en ninguno de los objetos accesorios, que se habia procurado substituir al objeto primordial de sus preocupaciones. Y hubo que satisfacerla al cabo: como á las diez de la mañana subió el general Grenier á la tribuna, y fué el solo que obtuvo un silencio negado á los demás oradores. Brevemente enumeró las diferentes providencias adoptadas la noche anterior en el palacio de las Tullerías, y acabó por una exposicion mas detallada de la principal y consistente en despachar negociadores encargados de tratar en nombre de las Cámaras al campo de los aliados. Esto equivalia á la mitad de la abdicacion por lo menos, con la certidumbre de obtener la otra mitad al cabo de cortos instantes. Así y todo, el desengaño, la impaciencia y hasta la ira se pintaron en todos los semblantes, y estallaron en voces confusas. Poco habituado el general Grenier á este género de agitaciones, no hizo mas que balbucir algunas palabras en demanda de que se tuviera á bien esperar un poco, pues los ministros le habian prometido que muy luego se presentaria un mensaje imperial para completar la comunicacion presente. Tal indicacion no satisfizo á los ánimos conmovidos, y una multitud de oradores asaltaron la tribuna para presentar proposiciones, todas enderezadas á precipitar el acontecimiento deseado. Pero como no eran personajes de nota ni dignos de ser oídos los que se lanzaban á este tumulto, la asamblea no les prestaba atencion ninguna, y se sucedian inútilmente en medio de un desorden indescriptible. De pronto los confidentes del duque de Otranto llegaron á decir que la victima se defendia y que era forzoso apelar á

la violencia, para no venir á ser víctimas suyas, porque enterado el ejército de lo acontecido, por alargar el reinado de Napoleon se aprestaba á consumir los últimos excesos, y se habian recibido noticias de Grouchy, que estaba en salvo y marchaba sobre Laon con sesenta mil hombres. La perspectiva de tales recursos bien podia restituir á Napoleon la resolucion que al parecer le habia abandonado, y no habia que perder momento. Semjante version hallóse muy luego confirmada por las noticias que el ministro de la Guerra se presentó á dar sobre los asuntos militares. Se le escuchó con mucha mayor impaciencia, por la circunstancia de ser muy sério lo que salia de sus labios. Lejos de mudar de dictámen despues de darle oídos, en el ya abrazado, persistió más y más la asamblea. Cuando los ánimos anhelan impacientemente una cosa, todo les empuja hácia ella, hasta lo que al parecer les debia apartar mas de plano. Unos suponian que aquellos sesenta mil hombres serian un pretexto para que Napoleon retuviera el poder, y que de ellos se valdria contra la asamblea en caso necesario: otros instaban á servirse de tales fuerzas para tratar de ajustes, sin el hombre que hacia toda paz imposible. Excitándose continuamente de tal modo, se llegó á decir que habia necesidad de proponer la destitucion y aun de votarla de seguida. General se hizo la idea de votar la destitucion muy pronto. Sin embargo, un representante, el general Solignac, caído en la desgracia imperial ya hacia tiempo, espíritu desordenado, si bien generoso, por un momento contuvo á la asamblea, diciendo que el hombre, á quien se iba á violentar de tal suerte, ya habia reinado

quince años, recientemente habia recibido los juramentos de Francia, y durante veinte años habia regido los ejércitos franceses con una incomparable gloria; que por tanto merecia respeto, y que no era pedir mucho reclamar solamente una hora, á fin de darle tiempo de que depusiera por sí mismo el cetro, que se le quería arrancar de las manos. — ¡Una hora! ¡Una hora, buenol respondieron centenares de voces, y apoderándose cierta especie de pudor de aquella asamblea, que seguia aun deseando fuertemente el mantenimiento de la imperial dinastía, se otorgó este fatal plazo. ¡Una hora concedida para abdicar al hombre que habia dominado el mundo, y á quien tres meses atras se habia recibido con entusiasmo! ¡Triste y terrible lección para la ambición desapoderada!

Espontáneamente corrió el general Solignac al Eliseo, aun cuando de muy atrás no pisaba sus salones. Honda conmoción le produjo la vista de aquel poderoso emperador tan temido en otro tiempo, y caído ahora en un abismo de miseria. Napoleón, que tan mala acogida habia hecho á sus mas favorecidos servidores empeñados en arrancarle su abdicacion con singular prisa, afectuosamente recibió al que estaba en su desgracia, y habia sollicitado y obtenido una hora de respiro para su persona. Con afabilidad le dijo que no habia razon para irritacion tanta, que su abdicacion estaba lista y la iba á firmar al punto. Llevándole de seguida al jardín donde su presencia hacia estallar nuevos gritos de *viva el emperador!* entre la muchedumbre, le hizo conocer cuanto poder le quedaba todavía, si usarlo fuera de su agrado. Luego preguntó al general si en su juicio podria crear un gobierno

la tumultuosa asamblea de donde venia entonces y adonde iba á volver acto continuo, y si el tal gobierno opondria una resistencia formal á los coagilados, y si la abdicacion que exigia no era como el advenimiento inmediato de los Borbones escoltados por quinientos mil extrangeros. A la verdad era difícil no verlo así en claro, y el general Solignac estuvo de acuerdo, y cogiendo los manos á Napoleón se las humedeció con sus lágrimas, y conmovido Napoleón de la emoción de este militar brioso, y satisfecho de haberle patentizado la consecuencia de los que en su abdicacion ponian empeño, le despidió afablemente, estrechándole las manos, y prometiéndole que el mensaje imperial se remitiria de seguida al palacio de los representantes. Una pluma cogió para escribir de su puño la minuta del acta, por no fiar á nadie el cuidado de redactar tales documentos, é hizo perfectamente á causa de que no habia otro capaz de hallar expresiones bastante grandes para tan extraordinarias circunstancias.

Vuelto á su despacho, donde estaban reunidos sus hermanos y sus ministros, ya habia Napoleón estampado sobre el papel algunas palabras, cuando Luciano, José y el ministro Regnaud le dijeron que á su abdicacion debia poner una condicion expresa, la de la trasmision de la corona á su hijo. Entonces dirigió á Mr. Regnaud una mirada en que se pintaba el desprecio mas amargo respecto de la política de Mr. Fouché ya triunfante. — ¡Mi hijo... repitió dos ó tres veces... mi hijo!... ¡Qué quimeral... no, no abdicó en favor de mi hijo, sino de los Borbones... á lo menos estos no se hallan prisioneros en Viena.—Trás de estas palabras

dignas de su genio, extendió la declaración siguiente:

«Franceses:

»Al comenzar la guerra para sostener la independencia nacional, yo contaba con la reunión de todos los esfuerzos, de todas las voluntades, y el concurso de todas las autoridades nacionales; con fundamento esperaba así el triunfo, y arrostré las declaraciones de las potencias en mi contra.

»Ahora las circunstancias me parecen cambiadas, y me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de Francia. ¡Ojala sean sinceros en sus declaraciones, y no tengan realmente mala voluntad mas que hacia mi persona! Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo bajo el título de Napoleón II emperador de los franceses.

»Los ministros actuales formaran interinamente el consejo de gobierno. Por lo mucho que me interesa mi hijo recomiendo á las Cámaras que organicen la regencia por una ley sin demora.

»Unios todos para la salvacion pública y para permanecer nacion independiente.

»NAPOLEON.»

Firmada esta acta á las doce y media, la debieron llevar el ministro Carnot á la Cámara de los pares, y el duque de Otranto á la de los representantes. Para este último era el boletín de su victoria, y apenas disimulaba el contento que experimentaba de resultas. A cosa de la una llegó á la Cámara de representantes, donde le habian precedido muchos oficiosos. Ya la hora concedida al ge-

neral Solignac habia pasado con mucho, y sin la aparición del conspirador triunfante, que iba á satisfacer la general impaciencia, probablemente se olvidara todo miramiento y respeto al vencido de Waterloo. Al anunciarse al duque de Otranto y el mensaje de que era portador, corrieron en tropel los representantes á ocupar los puestos vacíos, y de pie y en silencio escucharon la declaración arriba copiada, y de la cual dió lectura el presidente con voz conmovida. ¿Quién habia de creerlo? Después de manifestar impaciencia tanta, ora fuese de resultas de la nobleza del lenguaje, ora de la grandeza del hombre y de su infortunio, ora de alojamiento de los ánimos al cabo del triunfo obtenido, por de pronto la asamblea quedó muda, y después sintióse poseida de profundo y universal enternecimiento. Algunos instantes se pasaron en cruzar expresiones de compasión, de gratitud, de sentimiento, y en mas de una mente brotó la idea de que si la salvación era con Napoleón casi imposible, sin su persona se hacia imposible de todo punto. Por decirlo de este modo, se habia sentido irresistible impulso para llegar á lo ya consumado, y se empezaba á comprender confusamente que no se acababa de asegurar el triunfo de la revolución y de la imperial dinastía, sino el de los Borbones. No era á la verdad una calamidad para Francia, ni para la libertad, pero si una obra singular como realizada por mano de los representantes, cómplices todos ó parciales de la revolución del 20 de marzo.

Entonces el duque de Otranto fué á asomar su pálido rostro á la tribuna con el objeto de pedir hipócritamente contemplaciones para el infortunio,

reclamando que al estipular Francia en favor suyo, tambien estipulara á favor de Napoleon, esto es, que asegurara su vida, su libertad, el sosiego de su retiro, y proponiendo finalmente el nombramiento de la comision que habia de ir á tratar al campo de los coaligados. Esta aparicion harto ociosa era un modo de presentar á la pobre asamblea, cuyo turno de abdicacion iba á venir muy pronto, el ridiculo dictador que por espacio de quince dias debia reinar sobre Francia. Oidas fueron las palabras de Mr. Fouché sin que se las diera valor grande, pues despues del triunfo alcanzado, nadie pensaba en faltar al respeto al génio sin ventura, ni en diferir siquiera una hora el gran negocio de la paz, negocio tan importante en apariencia, y en realidad tan vano, como se verá de seguida. Pero se trataba de un asunto mas grave y sujeto á mayor disputa, como lo era el de reemplazar la autoridad ejecutiva, que por virtud de la abdicacion del emperador habia desaparecido del todo. Desde este momento se hallaba abierto el campo á los cálculos de los partidos, y á las divagaciones de aquellos espíritus agitados, que se desviven por moverse mucho y por revolver y hacer figura en las grandes circunstancias. Casi toda la asamblea era bonapartista y revolucionaria, esto es, queria los principios de la revolucion aplicados por mano de los Bonapartes, si bien con excepcion del único Bonaparte capaz de conseguir que prevaleciera lo que deseaba de plano. Sus votos colmaran el Acta adicional de la que se habian dicho tantas pestes, Napoleon II, cuando se acababa de destronar á su padre, y la paz sobre todo. Pero ya el duque de Otranto, despues de prometer Napoleon II, dudaba

de lo que habia prometido, y en su rededor esparcia sus propias dudas, ahora que las certidumbres de que se habia servido para dertocar á Napoleon ya no eran necesarias. Por donde quiera iban manifestando los hombres que recibian sus inspiraciones que se debia desear y procurar el advenimiento de Napoleon II, pero que para llegar al cabo no convenia que se impusiera como condicion absoluta, que ofenderia quizá á los soberanos extrangeros, é impediria la abertura de las negociaciones. Aun prefiriendo á Napoleon II, además añadian que no seria cuerdo comprometer la suerte de Francia por un niño prisionero, confiado á manos austriacas, condenado verosimilmente á no salir de ellas; y que si, por ejemplo, se podia obtener la monarquia constitucional con un principe ilustrado, liberal, que á favor de la revolucion hubiera soltado prendas, é indispuesto con la emigracion para siempre, no se le debia desechar por fidelidad á un principe casi extrangero, pues la salvacion de Francia y su libertad convenia asegurar ante todo. Al duque de Orleans se referian todas estas insinuaciones, á causa de que ya pensaban muchos en su persona, aun cuando á nadie hubiera dado mision de procurar que se opinase en tal sentido. Sus luces, su oposicion visible aunque discreta á la politica de cuyas resultas Luis XVIII habia tenido que dirigirse á Gante, sus servicios militares durante la república y hasta la memoria de su padre, á los ojos de los revolucionarios, de los modernos liberales y de los militares le hacian principe deseable y deseado, sin que por sí ni por nadie se propagara su candidatura. Aunque pronunciada á favor de Napoleon II, de no poseerle



por monarca se consolaba la asamblea, si en cambio se le daba el jefe de la rama segunda de los Borbones. Menos sacrificado se considerara el ejército bajo este príncipe reputado por militar, y ya se ha visto que, entre los monarcas reunidos en Viena, descontento el emperador Alejandro de la emigración había propuesto el duque de Orleans al congreso, sin detenerse más que ante la oposición de Inglaterra y de Austria. Ciertamente se acomodara Mr. Fouché con el reinado de este príncipe, si bien no se lisongeaba de que le aceptasen las potencias aliadas, y si alentaba las tendencias hacía su persona, solo era como transición de Napoleón II, que había prometido sin certidumbre, á los Borbones de la rama primogénita, cuyo triunfo daba por seguro, sin desearlo de ningún modo. Su táctica estribaba sustancialmente en suscitar á un mismo tiempo las ideas todas, sin perjuicio de procurar que no triunfase á última hora mas que la de su mayor conveniencia, y de esta táctica no hablaba á Mr. Regnaud, bonapartista sincero, ni á monsieur Manuel, Jay, Lacoste, exclusivamente liberales, y que temían la rama primogénita de resultas. A unos y á otros limitábase á decir que se necesitaba de extremada prudencia, absteniéndose mucho de presentar á las potencias condiciones absolutas, con proclamar á príncipe determinado, pues obrando de tal suerte se imposibilitaria la abertura de las negociaciones.

Tan luego como la abdicación de Napoleón fué leída á la asamblea, en monton se sucedieron las proposiciones. Los hombres no amantes de la imperial dinastía, unos por realismo, si bien estos eran muy contados, otros por amor á la libertad y

á la paz, se apresuraron á proponer que se aceptara primero la abdicación á fin de hacerla inevitable, no siendo un contrato definitivo hasta la aceptación reciproca, y en seguida se dieran gracias á Napoleón por su sacrificio, y despues se declarara nacional la asamblea de representantes, y se posesionara de todos los poderes, y enviara negociadores al campo de los aliados, y nombrara, en fin, una comisión encargada de desempeñar las funciones del poder ejecutivo. Diversos representantes apoyaron estas proposiciones, y con particularidad Mr. Moorgnes, que fué mas allá que ninguno. Su deseo era que se añadiese á estas providencias la de nombrar á Mr. de Lafayette general en jefe de los guardias nacionales de Francia y al mariscal Macdonald generalísimo de las tropas. Sin duda se hace memoria de que este mariscal se negó á servir á las órdenes de Napoleón de nuevo, tras de acompañar á Luis XVIII hasta la frontera. Ante estas últimas proposiciones, cuya intencion se veia harto á las claras, un representante llamado monsieur Garreau pidió que se leyera el artículo 67 del Acta adicional. Esforzándose el presidente Lanjuinais por impedir su lectura, calificándola de ociosa, pues de sobra lo conocian todos, gritos de *que se lea* y de *que no se lea* resonaron en todas partes. Pero dominando las voces que pedían la lectura á las que clamaban por lo contrario, Mr. Garreau leyó el artículo concebido en la siguiente forma.

«El pueblo francés declara que en la delegación que ha hecho y hace de sus poderes no ha entendido ni entiende dar el derecho de proponer el establecimiento de los Borbones ni de ningún príncipe de esta familia sobre el trono, ni aun en el

« caso de extinguirse la dinastía imperial, ni el derecho de restablecer, ora la antigua nobleza feudal, ora los derechos feudales y señoriales, ora los diezmos, ora ningún culto privilegiado y dominante, ni la facultad de atender bajo ningún concepto á la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales; prohibe formalmente al gobierno, á las Cámaras y á los ciudadanos toda proposición en tal sentido. »—Sin decir más creo que se me habrá comprendido, se oyó al autor de la cita.—Si, si, clamaron muchas voces, y se reclamó que se pasara á la orden del día. Para apoyarla y motivarla se lanzó Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely á la tribuna. Ante todo preguntó qué sería de la Cámara de los pares si se constituía en asamblea nacional la cámara de representantes, y qué sería de la Constitución si las dos Cámaras se refundían en una sola. Luego pasó de manifiesto la ventaja de conservar una Constitución ya hecha, que solo necesitaba de algunas modificaciones para figurar como excelente, en la que el monarca eslababa irrevocablemente designado, lo cual atajaba de raíz todas las competencias, y no faltando para mantenerla vigente mas que una medida transitoria y consistente en determinar quien habia de ocupar el puesto del monarca ausente y morir por corto espacio. No atreviéndose á proponer a pesar de todo un consejo de regencia, que zanjara positivamente la cuestión de dinastía, de las proposiciones desechadas sacó la idea de hacer que se nombrara una comisión ejecutiva de cinco miembros, tres por la Cámara de representantes y dos por la de pares. Finalmente respecto de Napoleón apeló á los sentimientos de generosidad, de decoro y de

gratitud á la asamblea.—Es un hombre, dijo, á quien llamásteis grande, y á quien la posteridad juzgará mejor que nosotros. Recientemente le elevásteis por segunda vez á vuestro jefe, y aun no hace cuatro semanas que le prestásteis nuevo juramento. Desgraciado ha sido ahora, lo cual en su carrera militar acontecióle por rareza; le habeis perdido su abdicacion y se ha apresurado á hacerla con una magnanimidad de que he sido testigo, como que ayer osá hablarle de ella antes que otro alguno. La ha hecho, pero en favor de su hijo. ¿Acaso pagareis esa magnanima abnegacion no aceptándole ahora? ¿Anularéis la tan desusada acta de abdicacion desechando la condicion esencial de la misma? De consiguiente propongo la orden del día sobre las mociones que habeis oido, para no anular la Constitución ni los derechos de Napoleón II, y os propongo además que se envíe una diputacion al que era vuestro emperador hace pocas horas, para darle gracias por el noble sacrificio que en interés del pais ha consumado.

Bajo la impresion del sacrificio inmenso de Napoleón obtenido y conmovida además por las palabras de Mr. Regnaud, unánimemente adoptó la asamblea cuanto habia propuesto como orden del día. Mr. Regnaud se lisonjeó de haber salvado así el trono de Napoleón II, pero Mr. Fouché no lo creyó así ni por asombro, pues la cuestión solamente se hubiera zanjado con la creacion de un consejo de regencia, y no se habia hecho mas que eludir la con la creacion de una simple comision ejecutiva. Esta ambigüedad convenia á Mr. Fouché, el cual deseaba que todo fuera posible, menos la vuelta de Napoleón mismo. Inmediatamente procedióse á la

votacion para elegir tres miembros que á la comision ejecutiva habia de suministrar la Cámara de representantes. Considerándose Mr. Fouché necesariamente designado, no trabajó para sí propio, sino á favor de los otros dos individuos, con el deseo de proporcionarse colegas, que no pudieran contrariar sus designios. Imposible le era de todo punto segregarse á Carnot, de cuya buena fé se prometia abusar desde luego, si bien pugnaba con ahinco por no tener á su lado á Mr. de Lafayette, y á los unos describióle como un fanático por las desacreditadísimas instituciones del año de 1794, y á los otros como indispensable en la comision que para tratar de la paz se debía encaminar al campo de los soberanos. Especialmente recomendó el nombre del general Grenier, estimado por todos los partidos, y poco idóneo para desbaratar una intriga, por ser incapaz de fraguarla de ninguna especie. Permaneciendo Mr. Fouché en los pasillos de la asamblea, logró producir los siguientes resultados. Carnot, elegido por la estimacion universal, obtuvo trescientos veinte y cuatro votos: no mas que doscientos noventa y tres obtuvo Mr. Fouché, elegido por la opinion que se tenia de su influencia así fuera como dentro: Mr. Grenier reunió doscientos cuatro votos, y solo ciento cuarenta y dos fueron dados á Mr. de Lafayette. Necesidad hubo de segundo escrutinio para el tercer miembro, y al cabo resultó elegido Mr. Grenier por una inmensa mayoría. Esta resolucion fué comunicada inmediatamente á la Cámara de los pares con el fin de que se adhiciese á ella.

Á la sazón hallábase la Cámara de los pares muy vivamente agitada. Allí habia ido el ministro

de la Guerra á comunicar las noticias militares ya dadas á la Cámara de representantes, debiendo ser el trato exterior respecto de las dos Cámaras enteramente semejante, aun cuando la influencia no fuese la misma. A consecuencia de las comunicaciones sobrevino una escena triste y violenta. Agitadísimo todavía el mariscal Ney de resultados de la batalla de Waterloo, en que habia acreditado tanto heroismo, mas agitado aun por los rumores que circulaban de boca en boca y le atribuian graves faltas, excitado por Mr. Fouché á quien habia tomado por confidente de sus penas, se apresuró á pedir la palabra, y atrayendo vivamente la atencion por su enérgica figura, no menos que por la importancia de una relacion salida de su boca, contradijo las aseeraciones del ministro, afirmó que ya no quedaba ningun recurso, que se habia perdido todo, que el ejército habia cumplido con sus deberes, que se habian cometido grandes faltas (sin nombrar á nadie, aunque designando á Napoleon como autor de ellas bien á las claras), que estas faltas habian originado un desastre irreparable, y que no habia mas que tratar bajo toda clase de condiciones, salvando las vidas á lo sumo. Al obrar de este modo, no se le alcanzaba á la gloriosa víctima que hacia inevitable una capitulacion, tras de la cual no todas las vidas quedarian á salvo por desgracia. Inexplicable es el tumulto que produjo tal escena. Algunos malévolos experimentaron una alegría casi visible á la vista de ese caos, pero la gran mayoría de los pares, sincera aunque débil, se afligió al ver el desaliento propagado por un hombre de tan portentoso denuedo. Entrando Drouot en el salon á tiempo en que el mariscal

Ney acababa de usar de la palabra, y sabedor de lo que habia dicho, con las formas graves y dulces de que no se apartaba nunca, fue á reconvenirle por sus aseveraciones, y á anunciarle que las rectificara al punto. Ney se defendió malamente, descubriendo el desorden aflictivo de un alma desesperada y ya sin imperio sobre sí propia, y mereció que respecto de su persona ya nada se tuviera en cuenta mas que sus imponderables servicios.

Bajo la impresion de tan triste escena hallábase la Cámara de los pares cuando llegó el mensaje de la Cámara de representantes. No existia duda en punto á la adhesion de la patria á las medidas propuestas, pero los miembros fogosos del partido imperial, como el príncipe Luciano y los generales La Bedoyère y Flahault, se manifestaron irritadísimos al ver eludida la soberania de Napoleón II con el nombramiento equivoco de una comision ejecutiva, y expresaron muy claramente su disgusto. En la idea tan general por entonces de buscar en la abdicacion del emperador una salvacion pronta habia entrado el conde de Thibaudeau, revolucionario moroso, aborrecedor de los Borbones, mas propenso á los Bonapartes, aunque sin amarlos, á causa de que no amaba á nadie, y menospreciador de Mr. Fouché aunque se dejaba conducir por su influjo. Así expresó el dictamen de autorizar pura y simplemente la decision de la Cámara de representantes, lo cual á la verdad era inevitable, segun el punto á que habian llegado las cosas. Esta proposicion excitó vehemente ira en los partidarios de la dinastia imperial. Recordando el príncipe Luciano á la Cámara de los pares, nombrada por Napoleón, el agradecimiento y la fide-

lidad de que le era deudora, dando á entender que, aun cuando el respeto á las leyes se hubiera extinguido en todas partes, allí debia estar subsistente, invocando la constitucion que, despues de Napoleón I, conferia la corona á Napoleón II, apoyandose finalmente en el acta de abdicacion que estableció como condicion esencial su advenimiento al trono, demandó que se proclamara á este jóven príncipe de seguida, con el fin de precaver la guerra civil y el caos.—Agrupémonos en rededor de Napoleón II, exclamó el príncipe Luciano, y por mi parte doy ejemplo antes que otro alguno, y le juro fidelidad.—Asustados muchos pares de semejante tumulto, y aprobando la forma evasiva adoptada para reemplazar al poder ejecutivo, se manifestaron visiblemente importunados de resultados de la vivacidad con que se queria zanjar una cuestion tan grave. Mr. de Pontecoulant, par de Napoleón y de Luis XVIII, y por consiguiente deudor respecto de ambos, se contaba entre el número de los que no querian que se dificultase mas que lo era de suyo la transicion de un régimen desfalliciente á un régimen inevitable. Tras de declarar cuanto debia á Napoleón, manifestó que creia deber mas á su patria, y que juzgaba como imprudente en demasia la proposicion del príncipe Luciano. Recordando á este su calidad de príncipe romano, le tachó de no ser francés y por consiguiente de inhabil para emitir una opinion valdiera sobre tamaño asunto.—Si para vos no soy francés, respondió el príncipe Luciano, lo soy para la nacion entera; é insistió sobre la nulidad de la abdicacion de Napoleón I en el caso de que no se reconocieran en el mismo instante los derechos de Na-

poleon II al trono. Entonces el generoso é imprudente La Bedoyère, tan poco dueño de su razon como Ney, tomó la palabra y dijo con violencia increíble:—Aqui hay gentes que se postraban á las plantas de Napoleon venturoso, y que ya se alejan de Napoleon desventurado: Dejadles obrar á su gusto, y cumplamos nuestros deberes. Napoleon ha abdicado en favor de su hijo; si su hijo no queda proclamado, la abdicacion es nula, y la debe retirar de seguida. ¡Qué vuelva á empuñar su espada, y todos iremos á morir á su lado! Quizá los traidores que ya le han abandonado á estas horas, le abandonarán nuevamente, y anudarán las intrigas con el extrangero, como lo hicieron antes. . . . Á algunos veo que se sientan en estos bancos. . . .—Al pronunciar tales palabras, demostrativas de que este joven brioso ya no era dueño de sí mismo, le interrumpió un espantoso tumulto. Se le impuso silencio: muchos de sus amigos acudieron á contenerle, sin que lograran aplacarle. Despues la discusion continuó desordenadamente, sin resultado para los que deseaban la proclamacion inmediata de Napoleon II, y la prudente asamblea adoptando la politica evasiva confirmó pura y simplemente la decision que habia prevalecido en la Cámara de representantes. Para completar la comision ejecutiva nombró á Mr. de Caulaincourt como el varon mas digno de representar los intereses de Francia sin descuidar los de Napoleon, y á Mr. Quinette como antiguo convencional y representante honrado de la revolucion.

Llevadas á Napoleon estas noticias no le sorprendieron lo mas leve, ni le afligieron en mayor grado, por no haberse forjado ilusion alguna en

punto á la suerte de su hijo, no creyendo jamás que caida la corona de su robusta cabeza se pudiera sostener sobre la de un débil niño, á la par ausente y prisionero. Por la tarde llegó una diputacion de los representantes á tributarle el homenaje de la asamblea y la expresion de su agradecimiento. En pie recibíola y en la actitud misma que tomaba en la cúspide de su poderío, con una gravedad triste, y con la altivez de lenguaje que da el desprendimiento de todas las cosas. Despues de manifestarse sensible á los testimonios de la diputacion de representantes, les dijo que el sacrificio por el cual le daban gracias lo habia hecho por Francia, bien que sin ninguna esperanza de que la fuera de provecho, y únicamente por no estar en desacuerdo con sus representantes, pues no podia luchar con buen suceso, sino á condicion de permanecer todos unidos. Les recomendó la union como principal medio de salvacion, y despues de la union la actividad en los preparativos de defensa, dado que para conseguir la paz se necesitaba tener en las manos todos los medios de hacer la guerra, y les dijo estas palabras:—El tiempo que se ha perdido en derrocar la monarquia imperial se empleara mejor en preparar medios de resistencia. Pero todavía hay tiempo al cabo, daos prisa, porque se acerca el enemigo, y os engaña al decir que hará alto así que os desembaraceis de mi persona. Solo quieren imponeros los Borbones y todo lo que traen consigo. Os recomiendo mi hijo, porque no he abdicado sino en favor suyo, y solamente ligados de un modo vigoroso á ese niño evitareis el conflicto de las pretensiones contrarias, y os atraereis al ejército, y tendreis probabilidades de salvar

la independencia nacional. En lo que me toca personalmente, mi papel ha terminado, y aun quiza mi vida. Donde quiera que esté en adelante, formaré votos por Francia, por su dignidad y por su ventura. Yo la queria servir como soldado; no pudiendo ya como gefe, pero vosotros habeis juzgado que debo renunciar á serle útil. No se trata de mí por consiguiente, sino de mi hijo y de Francia. Creedme, estad unidos. — Tras de pronunciar estas palabras, Napoleón saludó dignamente á los miembros de la diputacion y despidiólos profundamente conmovidos.

Repetamos que Napoleón no se forjaba ilusion alguna; no discurria que la causa de su hijo fuera más fácil de ganar que la suya propia, y aun creia menos que la asamblea agitada y vendida por Mr. Fouché se hallara capaz de defensa. Pero cumplia un deber de padre, al recomendar la causa de Napoleón II, y además estaba en la persuasion de que ofrecia un medio á la sazón para unir los partidos y avivar la adhesion del ejército al mantenimiento de la corona sobre las sienes de aquel niño. Así quiso probar el último esfuerzo en favor suyo. El enjudo con que se habia evitado pronunciarse en tal sentido, le parecia una falta de palabra respecto de su persona. Vivamente se explicó con Mr. Regnaud sobre este asunto; le reconvino por haberle asegurado para inducirle á la abdicacion que haria triunfar la causa de Napoleón II, y lamentóse de lo muy poco que para este fin se habia trabajado, y de lo muy poco que se habia conseguido. Mr. Regnaud no merecia tales reconvenciones, pues engañado por sus deseos y por Mr. Fouché habia creído que la proclamacion inmediata

del hijo seria el galardón de la abdicacion del padre. Tras de excusarse mucho, respecto de Napoleón contrajo el empeño de no omitir nada para que á otro dia tuviera cumplimiento la palabra. Napoleón hizo que fueran citados al Eliseo los dos ministros de Estado Mres. Defermont y Boulay de la Meurthe, con cuya adhesion contaba de seguro, y les pidió que usaran de toda su influencia en la Cámara de representantes, á fin de conseguir que fuera proclamado Napoleón II de una manera formal y que no diera lugar á ambigüedad ninguna. Dispuestos se manifestaron á obrar de tal modo, y habituado á vivir en el seno de las asambleas, donde antes habia figurado honrosamente, monsieur Boulay de la Meurthe, revolucionario honrado, amigo de Sieyès, partcipe de sus miras, y abrigando en el corazón muy vivo odio contra los Borbones, prometió no dejar nada por hacer en esta nueva tentativa.

Mr. Regnaud fué á ver á Mr. Fouché, le dió á conocer el apuro en que ante Napoleón se le habia puesto, el peligro de faltarle á la palabra, de inducirle quiza á retroceder de su sacrificio, y la consiguiente necesidad de satisfacerle de algun modo. Mr. Fouché aparentó ser del propio dictamen, y con los jóvenes diputados Mres. Jay y Manuel, á quienes engañaba al servirles de guia, insistió para que se hiciera algo que satisficiera á Napoleón, sin dar ocasion á imprudentes compromisos respecto de la dinastia imperial. No les reveló sus verdaderas razones que eran muy distintas, como se verá pronto, si bien alegó el doble motivo muy sostenible de no exasperar á Napoleón defraudando sus últimas esperanzas, y de hacer que prevaleciera

ra á ser posible la soberanía del niño imperial, bajo la cual la libertad no tendría que temer nada y estarían plenamente garantidos los intereses del partido revolucionario. Se le prometió de este modo, y se convino en salir algo de la ambigüedad presente, aunque sin lanzarse á irrevocables empeños.

Con efecto, á otro día 23 de junio, Mr. Berenger suscitó la cuestión, aspirando á determinar la índole de los poderes otorgados á la comisión ejecutiva. ¿Se asemejaría á los ministros responsables, ó acaso á la misma soberanía, participando de su inviolabilidad por consiguiente? Con plantear cuestión semejante bastaba para conmover los ánimos con viveza. Muchos oradores alluyeron á la tribuna: unos querían que la comisión ejecutiva constituyera un poder responsable, otros que fuese una verdadera regencia, en nombre del príncipe menor y ausente, y con el goce de sus prerogativas. Tomando entonces Mr. Defermont la palabra dijo que aquello era lanzarse á una especie de caos, por no atenerse á principios fijos y estables. Nada sería mas obvio que determinar el papel de la comisión ejecutiva, ateniéndose á la constitución vigente, sin aspirar á salir de sus prescripciones. Según estos principios, que eran los de la monarquía constitucional á todas luces, se tenía un soberano, Napoleón II, heredero necesario y legítimo de Napoleón I, que debía suceder á su padre como antes el rey vivo al rey muerto.—¿Creeis, añadió Mr. Defermont, que Napoleón II es vuestro soberano?... Si, sí, respondieron poniéndose en pie la mayor parte de los miembros de la asamblea... ¡Viva Napoleón III!—Pues bien, si lo creéis así, prosiguió Mr. Defermont, la comisión ejecutiva debe tener pura y simplemente los poderes de una regencia, obrando por Napoleón II y en su nombre, tras de prestarle juramento. Pero antes hay que declararlo formalmente, y así os atraeréis al ejército, que es adicto á la dinastía, y regiréis el espíritu de la guardia nacional, á la cual se dice que esperáis á Luis XVIII, y hacéis saber al extranjero que existen condiciones sobre las cuales os habeis fijado irrevocablemente...—Aguardad, interrumpió un representante, á que se conozca el resultado de las negociaciones.—No, no, replicaron muchas voces, observemos la constitución, y proclamemos á Napoleón II.—En pie la asamblea y gritando *viva el emperador!* se hallaba dispuesta á ceder al general impulso, cuando algunos miembros trataron de calmarla y la hicieron sentir la necesidad de proceder algo mas reflexivamente. No queriendo Mr. Boulay de la Meurthe dar lugar á que se resfriara el entusiasmo, volvió á la tésis de Mr. Defermont, y sostuvo la indivisibilidad del acta de abdicación, y la nulidad del sacrificio, si el sacrificio quedaba sin premio; luego con extremada vehemencia puntualizó las intrigas enderezadas á promover la vuelta de los Borbones, y cuyo resultado era dividir la asamblea, enflaquecer al país y abrir sus puertas al extranjero. Allí denunció dos partidos, uno que deseaba la vuelta de Luis XVIII, otro la elevación del duque de Orleans, y especialmente cargó la mano sobre este último cual si hubiera existido, no siendo mas que una mera pensión de los ánimos en suma, le pintó con los falsos colores que inspira el miedo, y tras de exhalar así las postreras iras del bonapartismo expi-

guió Mr. Defermont, la comisión ejecutiva debe tener pura y simplemente los poderes de una regencia, obrando por Napoleón II y en su nombre, tras de prestarle juramento. Pero antes hay que declararlo formalmente, y así os atraeréis al ejército, que es adicto á la dinastía, y regiréis el espíritu de la guardia nacional, á la cual se dice que esperáis á Luis XVIII, y hacéis saber al extranjero que existen condiciones sobre las cuales os habeis fijado irrevocablemente...—Aguardad, interrumpió un representante, á que se conozca el resultado de las negociaciones.—No, no, replicaron muchas voces, observemos la constitución, y proclamemos á Napoleón II.—En pie la asamblea y gritando *viva el emperador!* se hallaba dispuesta á ceder al general impulso, cuando algunos miembros trataron de calmarla y la hicieron sentir la necesidad de proceder algo mas reflexivamente. No queriendo Mr. Boulay de la Meurthe dar lugar á que se resfriara el entusiasmo, volvió á la tésis de Mr. Defermont, y sostuvo la indivisibilidad del acta de abdicación, y la nulidad del sacrificio, si el sacrificio quedaba sin premio; luego con extremada vehemencia puntualizó las intrigas enderezadas á promover la vuelta de los Borbones, y cuyo resultado era dividir la asamblea, enflaquecer al país y abrir sus puertas al extranjero. Allí denunció dos partidos, uno que deseaba la vuelta de Luis XVIII, otro la elevación del duque de Orleans, y especialmente cargó la mano sobre este último cual si hubiera existido, no siendo mas que una mera pensión de los ánimos en suma, le pintó con los falsos colores que inspira el miedo, y tras de exhalar así las postreras iras del bonapartismo expi-

rante dejó á la asamblea por extremo agitada. Al cabo de réplicas inútiles de varios oradores, monsieur Manuel obtuvo la palabra. Inmediatamente le atrajeron la atención su figura juvenil y gallarda, su actitud serena y resuelta, una facilidad de expresión muy notable, y la falsa reputación de ser principal agente de Mr. Fouché, y partícipe de sus opiniones ostensibles, aunque no de sus miras secretas. En medio de la turbación de la asamblea tomó un tono tan vigoroso y tan hábil al mismo tiempo que desde los principios impuso su opinión al auditorio. No titubeó en censurar á los que deseando la proclamación de Napoleón II habian suscitado una cuestión tan grave como inoportuna, y no temió decir que era una solemne imprudencia plantearla y resolverla en el instante. Pero concedió que, una vez suscitada, dificultoso era eludirla, y que el mejor modo de resolverla no era otro que el de declarar de una manera terminante que se entendía observar la constitución vigente, donde se comprendía por necesidad la soberanía de Napoleón II. Despues de hacer esta concesión á las disposiciones de la asamblea, trazó un cuadro atrevido y fiel de los partidos que dividian á Francia, de sus esperanzas, de sus aspiraciones, de sus manejos, á las claras expuso que su preferencia personal no se dirigía á los Borbones, si bien significó fuertely sagazmente que el único modo de esquivar la necesidad de pronunciarse entre estos diversos partidos consistía en atenerse al texto de la constitución vigente, aunque sin añadir una declaración nueva, de la cual resultasen mas dificultades que lo eran de suyo las negociaciones con Europa. Este discurso, el mas hábil y eficaz de todos los pro-

nunciados por este orador legitimamente famoso, obtuvo un éxito muy grande, á causa de satisfacer el doble deseo de la asamblea de tener á Napoleón II y la paz, y de brindar con un término medio que respondía á este doble designio. A Mr. Manuel encargó la asamblea que redactara su voto, consistente en decir que se pasaba á la orden del día, á causa de que, según el Acta adicional, Napoleón II era el verdadero emperador de los franceses, y de que en virtud de la resolución del día antes habia entendido nombrar una comisión de gobierno, que en circunstancias de tanta gravedad como las actuales pudiera asegurar la defensa del pais, y garantir sus derechos, su libertad y su independencia. La asamblea levantóse en masa, votó que se imprimiera el discurso de Mr. Manuel, y se separó á los gritos de *viva el emperador*. Sin quebrantar mas los títulos ya de sobra amenazados á todas luces de Napoleón II, Mr. Manuel la habia prestado el servicio de ahorrarla una declaración nueva, que aumentara las dificultades de la paz ya no escasas. Por algunos momentos fué el idolo del día. Mr. Fouché atribuyose cuanto pudo la honra de haber descubierto al orador, é inspirado el discurso, y dotado con un gran talento á la Francia. Así con un triunfo de sagacidad comenzó su carrera política este orador insignis, que se debia ilustrar posteriormente por la firmeza de sus opiniones.

Todo creia haberlo salvado la asamblea, teniendo á Napoleón II y la paz. En su situación aflictiva necesitaba nutrir esperanzas, y se pagó de ilusiones, ya que no se podia pagar de realidades.



Inmediatamente entró la comision ejecutiva en el ejercicio de sus funciones, y constituirse fué su primer cuidado. Desde luego necesitaba un presidente. Como adictos á la causa de la revolucion Mrs. Quinette y Grenier votaron por Carnot: éste era demasiado cándido para darse á si mismo el voto, y se lo dió al duque de Otranto. Hallando Mr. de Caulaincourt á Carnot recto, si bien muy poco hábil, y esperando que ya satisfecho Mr. Fouché le ayudaria á salvar los intereses de Napoleon, á Mr. Fouché dió su voto: dos reunió de esta suerte; á ellos añadió el suyo propio, y así vino á ser presidente de la comision ejecutiva, y verdadero gefe del gobierno provisional.

Urgentes eran algunos nombramientos, pues Mr. de Cambacères envió su dimision de ministro de Justicia, y Mrs. Carnot y Caulaincourt no podian ser ministros y miembros de la comision ejecutiva al mismo tiempo. Mr. Boulay de la Meurthe recibió en calidad de interino la cartera de Justicia, el hermano de Carnot la de lo Interior, y Mr. Bignon la de Negocios extrangeros. A la sazón tenía mayor importancia que todos los nombramientos el de gefe de la guardia nacional parisiense. Mr. Fouché no pensaba dejar esta posicion al general Durosnel, sin darle á lo ménos un superior que no inspirase temores por su adhesion al emperador caído. No queria á Mr. de Lafayette á quien desacreditaba despues de haberse servido de su influjo, y bajo el pretesto ya empleado de que Mr. de Lafayette era necesario para tratar con las potencias, hizo que fuera el elegido el mariscal Masena, cuyo nombre ilustre hacia desaparecer todas las rivalidades, y que mas has-

tiado que nunca de los hombres y de las cosas, no esperando ya nada para el pais, no queriendo cosa alguna para si propio, se hallaba dispuestisimo á no oponer obstáculo al torrente de los sucesos.

Tras de encontrar un gefe para la guardia nacional, se necesitaba otro para la ciudad de París y para las tropas destinadas á su defensa. Napoleon habia designado para este papel al mariscal Davout; nó cabia hacer eleccion mas acertada, y se confirmó de consiguiente. Esto equivalia á elevar al mariscal Davout á la dignidad de generalísimo, pues necesariamente se habian de replegar sobre París todas las tropas disponibles, tanto las que habian tomado parte en las campañas de Flandes y de los Alpes, como las que iban á ser inútiles en la Vendée. Convenido quedó que el mariscal defendiera la ciudad á la parte de fuera con las tropas de línea y todas las que lo solicitaran voluntariamente, y que la guardia nacional se destinaria á conservar dentro el público reposo. Al general Drouot, cuyas virtudes eran prenda infalible de amor al orden y de patriotismo, se encargó el mando de los restos de la Guardia Imperial. No se dudaba que bajo tal gefe esta tropa heroica se sacrificaría de nuevo por el pais, aun estando privada de Napoleon. En seguida vinieron las medidas para las cuales el concurso de las Cámaras se hacia necesario.

Tres resoluciones presentó la comision ejecutiva al punto de las ya propuestas en la junta celebrada de noche en el palacio de las Tuillerías, el alistamiento de la conscripcion de 1815, la autorizacion para hacer requisiciones á tenor de ciertas reglas, y la suspension de la libertad indivi-

dual. Votadas fueron sin dificultad las dos primeras resoluciones, pero halló bastante oposición la tercera. Honrada era la asamblea, y tenía horror á las medidas arbitrarias, calificadas de revolucionarias desde la primera revolucion de los franceses, y no las queria autorizar á ningún precio. Los realistas (y entonces se calificaba de este modo á los parciales de los Borbones) muy numerosos en el público, si bien tan escasos en la asamblea que se contarían cinco ó seis á lo sumo, se mostraban recelosos de que la suspension de la libertad individual se dirigiera contra su partido, y á la verdad acertaban en temer que iba particularmente en su contra. Con efecto, se pedia facultad para prender arbitrariamente á cuantos enarbolaran otros colores que los colores nacionales, ó profirieran gritos sediciosos, ó tomaran parte en la guerra civil, ó excitaran á la desercion á los soldados, ó mantuvieran correspondencia con los enemigos exteriores. Todos estos eran indudablemente delitos; pero las personas honradas, las que tenían vivo anhelo de ver establecido en Francia un sistema de legalidad sin intermitencias, deseaban que no se pudiera castigar á nadie sino despues de probados estos delitos ante los tribunales, y de ningún modo por meras sospechas. Desgraciadamente al régimen legal habia escasa costumbre por entonces, y además se podia invocar un ejemplo imponente, el de la suspension del *habeas corpus* en Inglaterra, y el principio de la ley quedó admitido. Sin embargo, la asamblea quiso limitar su duracion al término de dos meses, y someter al juicio de una comision de individuos de las dos Cámaras sus aplicaciones. A pesar de precauciones tales, de

trecientos cincuenta y nueve votos sesenta fueron contrarios. Tras de emitir estos votos diversos, la asamblea decidió que sin levantar mano se ocuparia en redactar una constitucion nueva, como si se pudiera hacer nada mejor que el Acta adicional, y como si olvidara la inmensa ridiculez de deliberacion semejante á la vista de los ejércitos extranjeros, ya amenazando los muros de la capital.

Mientras se tomaban con urgencia estas medidas, se designaron los negociadores encargados de ir á tratar al campo de los aliados. Ahora no era ocasion de prescindir de Mr. de Lafayette, despues de alejarle de todas las demás funciones, aparentando que el papel de negociador le estaba señalado. Elegido fue por consiguiente, nombrándose además al general Sebastiani por su doble calidad de militar y de diplomático, á Mr. de Argenson por su nombre y su independencia en el famoso proceso de Amberes, á Mr. de Pontecoulant por haber sido par de Napoleon y de Lois XVIII, y particularmente por haber negado el título de francés al príncipe Luciano, y á Mr. de Laforest por su consumada experiencia en asuntos de diplomacia. Agregado fué Mr. Benjamin Constant en calidad de secretario de legacion, á causa de su talento, y de las relaciones que con los soberanos extranjeros habia contraido durante su destierro. Se les encargó que estipulasen la integridad del territorio, la independencia de la nacion, esto es, la facultad de elegir su gobierno, la soberania de Napoleon II, el olvido de todos los actos recientes y anteriores, y por último, el respeto á las personas y á las propiedades. Subentendido estaba que de estas condiciones obtendria la legacion lo que le fuese posible, sacrifican-

do las que presentarían el riesgo de hacer la paz imposible. La condición relativa á Napoleon II era simplemente nominal y mencionada por pura contemplación á la asamblea. Se convino en que la legación se dirigiera primeramente á Laon, no por que allí hubiera de encontrar á los soberanos, que venían con la columna invasora del Este, sino por que así podrían obtener del duque de Wellington y del mariscal Blücher, gefes de la columna del Norte, y actualmente sobre París en marcha, un armisticio, durante el cual se iría de seguida á negociar con los soberanos en persona.

Efectivamente, entonces Laon era el punto de reunión del ejército de los franceses, y el de los enemigos que venían en su seguimiento. Después de retirarse confusamente por espacio de dos días, oyendo los soldados fugitivos que en Laon se operaba la reunión de las tropas, allá acudieron en masa. El mariscal Soult había fundido unos regimientos, cuando exigía tal fusión lo muy reducido de sus efectivos. Habiéndose salvado los tiros de la artillería, cañones tomó en la Fère, y acabó por dar una verdadera organización militar á los treinta mil hombres escapados de Waterloo, y deseosísimos de hacer nuevos esfuerzos de adhesión para tomar venganza de su desgracia.

Entretanto el mariscal Grouchy, á quien daban todos por perdido sin remedio, se ocultó á la vista del enemigo por el mas feliz é imprevisto acaso. Habiendo recibido el 19 de junio por la mañana la fatal nueva, á que tanto trabajo le costaba prestar asenso, se retiró sobre Namur, dirección que á mayor abundamiento le fué indicada por el oficial que Napoleon le habia despachado. Allá fué por

el camino mas recto, el del Monte de San Guiberto y de Tilly, y á Vandamme ordenó que por el de Wavre y Geublonx se dirigiera al mismo punto. Gran peligro corria de ser envuelto y abrumado durante esta travesía, pero felizmente los ingleses extenuados se ocupaban en reponerse de sus fatigas, y corriendo Blücher como un furioso en persecución de los vencidos de Waterloo, no pensaba en Grouchy ni remotamente. Por Namur cruzaron las diferentes divisiones del mariscal francés el 20 de junio, recibiendo de los belgas continuos testimonios del interés mas vivo. A retaguardia marchaba la division de Teste, y tras de sostener en Namur un brillante combate, por el camino de Dinant, Rocroy y Rethel se unió sana y salva al cuerpo de tropas.

De consiguiente en Laon habia una parte de los soldados de Grouchy además de las reliquias de los combatientes en Waterloo, y dentro de uno ó dos días se habian de juntar allí mas de sesenta mil hombres, provistos de material nuevo, y dispuestos á pelear á las ordenes de Napoleon con el arrojo de la desesperación. Pero la noticia de que el emperador habia abdicado les llegó á indignar ó consternar de repente. Segun su costumbre no vieron aquí mas que una serie de traiciones, y propalaban que ya nada tenían que hacer bajo sus banderas, puesto que el único hombre capaz de guiarles contra el enemigo acababa de ser indignamente destronado por traidores. Al saber la comisión ejecutiva esta disposición de ánimo de las tropas, les envió dos representantes, para hacerles presente que, después de haber Napoleon desaparecido, aun quedaba que servir á algo mas sagra-

do con mucho, y era á Francia. Uno de aquellos representantes era el bizarro Mouton Duvernet, destinado como el mariscal Ney, y como el general La Bedoyère á ser víctima de las pasiones del tiempo.

Mientras entre la frontera y París ocurrían estos sucesos, dentro de la misma ciudad de París la agitación iba en aumento, por aguardar todos con la mayor angustia el fin de esta crisis extraordinaria. Habiendo permanecido Napoleón en el Eliseo después de abdicar la corona, al modo que en Fontainebleau veía formarse la soledad en torno suyo. Por consuelo no tenía mas que las visitas de algunos amigos fieles, como Mrs. de Basano, de Rovigo, de Lavallette, y las manifestaciones de los federados, de los militares escapados de las filas, llenando la avenida de Marigny, y lanzando gritos vehementes de *viva el emperador* así que divisaban su persona. Mr. Fouché le fué á visitar por vez postrera, aspirando á ocultar el embarazo que le causaban sus traiciones bajo su rostro descolorido. Napoleón recibíole con frialdad y cortesía, y se limitó á decirle estas palabras:—Aprestaos á pelear porque el enemigo nada quiere de lo que deseáis vosotros; no quiere mas que á los Borbones, y si los rechazais acaso, tened por segura bajo los muros de París una ruda batalla.—Mr. Fouché respondió á las palabras de Napoleón con cierta especie de asentimiento respetuoso, y luego se retiró de aquel palacio, donde todo le reconvenia por su conducta, y donde la altivez de Napoleón le dejaba mal parado, aun sin dirigirle cargo alguno. Mas á sus anchas se hallaba en las Tullerías, donde figuraba como soberano, y donde dominaba sin con-

traste la inercia de Quinette, el candor de Carnot, la inexperiencia de Grenier y el desahiento de Caulaincourt. Suponiéndole inconciliable con los Borbones, á causa del regicidio y de su prision antes del 20 de marzo, le dejaban obrar sus colegas, remitiéndose á su actividad, á su fácil manejo y á su capacidad para todo. Por su parte, mientras el ejército se replegaba sobre París, y los comisarios despachados cerca de los soberanos iban á ensayar una negociacion imposible, y la asamblea creía útil y honrosa discutir una constitucion nueva en semejantes circunstancias, Mr. Fouché empleaba el tiempo en procurar que redundara en provecho suyo el desenlace de esta triste y burlesca comedia. Aun cuando por miramientos hacia la asamblea hablara y dejara hablar de Napoleón II, monsieur Fouché no creía tal cosa ni por asomo. Convencido estaba de que los soberanos aliados no querían mas al hijo que al padre, y que el antagonista obligado de Napoleón vencido no podía ser otro que Luis XVIII: sin embargo, no su preferencia, sino su prevision constituían los Borbones. Considerándolos inevitables, decidido se hallaba á trabajar por su restablecimiento, para sacar ventajas de su logro. Prever este restablecimiento y hasta darlo apoyo no era un delito, ni mucho menos, sino perspicacia, y nunca la perspicacia puede ser objeto de censura. Pero al prever una segunda restauracion como hombre de talento convenia trabajar por ella como hombre de bien y buen ciudadano, es decir, hablar ingenuamente á aquellos de sus colegas capaces de comprender la verdad, como por ejemplo, Mr. de Caulaincourt y el mariscal Davout, contemplar á los otros sin ven-

derlos, y luego establecer condiciones no personales sino á favor de Francia, de su territorio, de su libertad, y particularmente de la seguridad de los individuos comprometidos. Tal debió ser el plan de Mr. Fouché, y no lo fué de ningún modo. Su manera de obrar iba á ser, como se vera de seguida, á tenor de su corazón y de su talento, no consistiendo más que en trabajar por la restauracion de los Borbones ya que se hacia inevitable, y atribuirse el mérito de su logro para conseguir las ventajas, y con tal designio no franquearse respecto de nadie, á riesgo de hacer traicion á todo el mundo, y salvar á los individuos que le fuera posible, porque salvo su interés no era malo, y entregar á aquellos cuya salvacion no estuviera en su mano, y en suma convertir en una intriga lo que debiera ser una negociacion dirigida hábil y honradamente.

Sin duda se hace memoria de que Mr. Fouché habia saltado espontáneamente de su encierro á Mr. de Vitrolles. Le envió á llamar el 23 de junio por la mañana, esto es, al dia siguiente de la abdicacion, para anudar inmediatamente una intriga con el partido realista. Mr. de Vitrolles deseaba ante todo correr á la corte de Gante, á fin de entenderse con ella acerca de los arbitrios para asegurar su vuelta, y de tener allí la parte que le gustaba tomar en los sucesos. Mr. Fouché le hizo renunciar á tal propósito de seguida, y le retuvo con la especie de que en Paris y en union suya habia que trabajar por tal obra, y no en Gante con los príncipes emigrados, que solo habrian de recibir los servicios que les fuesen prestados. Le pintó la tarea como muy árdua, su situacion como infinitamente de-

licada, entre Carnot á quien calificaba de fanático imbécil, y Quinette y Grenier á quienes suponía llenos de las más necias preocupaciones revolucionarias, y Caulaincourt á quien representaba como atento exclusivamente á los intereses de su antiguo soberano. Realmente Mr. de Caulaincourt le inquietaba poco, pues ya juzgaba perdida la causa de la imperial dinastia, y seria facil de contentar si se ponía la persona de Napoleon á resguardo. Monsieur Fouché repitió á Mr. Vitrolles que no trabajaba más que á favor de Luis XVIII; que se encaminaria únicamente hácia este objeto, aun cuando al parecer no marchara siempre en derechura; que de Napoleon I ya se habia desembarazado; que aun encontraría á Napoleon II en su camino, y hasta al duque de Orleans acaso, pero que sin detenerse los *atravesaria* á ambos, con tal de que de resultas de una impaciencia excesiva no se crearan dificultades de gran bulto. Despues de obtener estas explicaciones y estas seguridades, Mr. de Vitrolles prometió quedarse en Paris en lugar de ir á Gante. Sin embargo, al consentir en no abandonar á Paris, monsieur de Vitrolles pidió al presidente de la comision ejecutiva que le asegurara ante todo su cabeza, despues frecuentes entrevistas, y por último los necesarios pasaportes para los agentes que á Gante fueran despachados. —Vuestra cabeza, les respondió únicamente el duque de Otranto, *será colgada en el mismo garfio que la mia*; en cuanto á las comunicaciones, me vereis, dos, tres y cuatro veces al dia, si es de vuestro agrado; y respecto de pasaportes, los voy á dar ciento, si os hacen falta. —Concluidos estos acuerdos, Mr. Fouché aconsejó á Mr. de Vitrolles que se mostrara poco, y aún que

se recatara hasta el día en que se pudieran guardar menores miramientos.

Habiendo establecido activas relaciones con Luis XVIII por conducto del agente mas acreditado del realismo, Mr. Fouché prosiguió manifestándose ante Carnot, Quinette y Grenier como ir-reconciliable con los Borbones y la emigracion, y ante Mr. de Caulaincourt como parcial de Napoleón II, bieu que sin esperanzas, y como resuelto á procurar para Napoleón I el trato mas digno de su grandeza y de su gloria pasadas. En cuanto á los numerosos representantes, por cuyo medio se comunicaba Mr. Fouché con la segunda Cámara y trataba de dirigir sus deliberaciones, les dejaba entrever serias dificultades respecto de Napoleón II, por vez primera hablaba de la casi imposibilidad de sacarle de manos de las potencias, de la escasa adhesion de Maria Luisa á la grandeza de su hijo, é indicaba que de cualquier modo no se perdería en el cambio, si de la casa de los Borbones se elegia un principe adieto á la causa de la revolucion, tal como el duque de Orleans, por ejemplo, cuyas luces, cuyas opiniones y cuya conducta eran conocidas de todo el mundo. Al hablar de este modo el duque de Otranto hallaba general asentimiento, salvo en los bonapartistas decididos, pues los revolucionarios y los liberales se acomodaran de buena voluntad al reinado de la segunda rama de los Borbones, prefiriendo un hombre hecho, ilustrado y libre, á un niño prisionero del extranjero y difícil de sacar de sus manos. Pero al usar de tal lenguaje, Mr. Fouché no pensaba mas que en *atravesar* á Napoleón II, como lo habia dicho á Mr. de Vitrolles, y al parecer se aproximaba

al duque de Orleans, para *atravesarle* á su turno, á fin de ir á parar á los Borbones, que llegada la hora, le debian tratar á la manera que Mr. Fouché habia tratado á todo el mundo.

Durante este tiempo la agitacion de los ánimos seguia extremada, y la abdicacion de Napoleón que la debió calmar en la apariencia, no era mas que un paso, y no el término de la crisis. Mientras este objeto se tuvo delante, no se miró mas lejos; pero ya conseguido y superado, hacía otro fin se dirigian los ojos. Poseidos los bonapartistas y los revolucionarios de la mas viva zozobra, se consultaban acerca de si verdaderamente se estaria en proporcion de negociar con el extranjero, de obtener á Napoleón II en recompensa del sacrificio de Napoleón I, y de si se estaria en aptitud de lanzarse á la lucha, en el caso de fracasar las negociaciones; pero aun pensando en esto, no lo esperaban de ninguna manera, pues ahora conocian que privado el ejército de Napoleón, se hallaria sin confianza y sin caudillo. Mientras comenzaban los bonapartistas y los revolucionarios á experimentar todas las torturas de la desesperacion, ya confundidos ahora, por el contrario los realistas sentian ya todos los martirios de la impaciencia. No se podian resignar á espera larga, viendo que en su favor refluía todo. Disponiendo de muchos hombres de mano, vueltos unos de la Vendée pacificada, salidos otros de la casa militar y anhelosos de tornar á ella, se hallaban prontos á las empresas mas temerarias. Así Mr. Dubouchage, viejo realista de adhesion acrisolada, en rededor del cual se juntaban muchos, no pedia mas que una señal de los principales miembros del parti-

do, para arriesgar un golpe de mano contra la Cámara de representantes. El general Dessoles, antiguo jefe de la guardia nacional, mantenía inteligencias en sus filas, y aspiraba á despertar un celo, que no habían podido extinguir los tres meses ya transcurridos. A estos personajes se habían agregado tres mariscales, desde antes adictos á la causa de los Borbones, los mariscales Macdonald, Saint-Cir y Oudinot. Se quería que se pusieran á la cabeza de los realistas para intentar un movimiento, pero no eran personas que se prestasen á hacer una calaverada por exceso de realismo, y además bajo la direccion de Mr. Fouché les decia Mr. de Vitrolles que era demasiado pronto, y que era fuerza dejar que se presentase ocasion mas propicia. Entretanto los realistas rodeaban el Eliseo para observar lo que pasaba en su contorno, y ofuscados se hallaban de resoltas del espectáculo que diariamente se ofrecia allí á su vista.

A lo largo del palacio la avenida de Marigny estaba cada vez mas atestada de ociosos tan agitados como amenazadores. Segun ya hemos dicho, los más eran federados, y se componian de hombres del pueblo y antiguos militares, á quienes Napoleon había diferido dar armas hasta que se presentara bajo los muros de París el enemigo, y que Mr. Fouché había resuelto no armar de ningún modo. Algunos de los mas quietos habían obtenido el título de tiradores de la guardia nacional y ser destinados á la defensa exterior de París con la tropa de línea y á las órdenes del general Darricau. Pero ascendian á número escaso: los que aun estaban sin armas, y á quienes se agregaban algunos miles de militares de todas graduaciones, que ha-

bían abandonado las filas por despecho, se agrupaban en los alrededores del Eliseo, con la esperanza de ver á Napoleon de lejos, y de saludarle con sus aclamaciones. A unos y á otros les animaba la idea de que existia una gran traicion, ó en el poder, ó en las Cámaras, que la tal traicion tenia por objeto entregar la Francia al extranjero, y que si Napoleon se quería volver á poner á su cabeza, aun seria posible repeler á los ejércitos enemigos, y dispersar á los realistas. Así lo decian en grupos ruidosos y alborotadores, y amenazaban con poner manos á la obra, y siempre que divisaban á Napoleon en el jardín lanzaban gritos en que se mezclaba el furor al entusiasmo. Aun sin hacer nada por excitarlos á tales extremos, Napoleon no podia resistir al impulso de presentarse algunas veces, y de recibir estos últimos homenajes del pueblo y del ejército, de los cuales pronto se iba á despedir para siempre.

No obstante, aun cuando en aquella multitud viera medios de derribar al gobierno provisional y á las Cámaras, y de volverse á apoderar del mando militar por algunos días, y quizá de intentar contra Wellington y Blucher una postrera lucha, fijando los ojos mas allá de un triunfo del momento, para ceder á tal tentacion no descubria sino muy escasas eventualidades de formal resultado, y virtualmente no pensaba mas que en el lugar de su retiro, mirando como próximo el día en que se habría de poner á cubierto, ora de las pérdidas de dentro, ora de las violencias de fuera. Pero los que recelaban su presencia, le atribuian proyectos que no abrigaba su mente, y suponian que con la mayor actividad trabajaba por asir el poder de

nuevo, y alarmaron á Mr. Fouché en gran manera: Particularmente los realistas le enviaron á decir, que si se dormía sobre el peligro, ya muy tarde le despertaría un golpe de mano de los federados con Napoleon á la cabeza. Trás de hacérselo saber á Mr. Fouché, se divulgó por todos los bancos de la Camara de representantes.

Mr. Fouché era harto solapado en su conducta, para que no atribuyera igual doblez á la conducta ajena. De sus sospechas dió cuenta á sus colegas de la comision ejecutiva, y aspirando á alarmarlos con desarrollar ante sus ojos lo que Napoleon era capaz de poner por obra á la desesperada, con autorizacion ó sin ella, se determinó á hacerte abandonar el Eliseo. Para esto se necesitaba hablarle, y decidirle por la persuasion, ya que fuera muy arduo por la violencia. Temeroso de ser mal recibido, y vacilante en volverse á presentar delante del hombre á quien habia hecho traicion, encargó esta comision al mariscal Davout, cuya aspereza era bien conocida, y á quien habian resfriado algun tanto respecto de Napoleon los ajes de que habia sido blanco en los últimos tiempos.

El mariscal se dirigió al Eliseo, y en el patio halló á una multitud de oficiales, que sin licencia habian abandonado las filas, clamando como los demás contra la traicion, y diciendo que Napoleon se debia poner á su cabeza para ataquilar á los traidores. Con varios de estos oficiales sostuvo muy vivos altercados, entre ellos encontro algunos que le igualaban en rudeza, y tras de dirigirles inútiles reconvencciones, fué introducido á presencia de Napoleon. Le manifestó el objeto de su comision de seguida, y se aplicó á demostrarle que se debia

alejarse por su interés propio, y el de su hijo, y el del país, á fin de disipar las inquietudes de que era causa, y de dejar al gobierno toda la libertad de accion necesaria en tan grave y difícil coyuntura. Napoleon recibióle friamente, no le disimuló que de otro cualquiera que del mariscal Davout esperara semejante paso, sin dignarse descender á justificaciones afirmó que no tenia proyecto alguno de los que se le atribuian de tal modo, y se manifestó dispuesto á salir de Paris con tal de que se le proporcionaran los medios de ganar sin obstáculo un retiro seguro. Acto continuo despidióse el mariscal mortificado de tal recibimiento, aunque de su comision habia salido airoso. Este soldado probe, sensato, si bien duro, y nada idóneo para los matices delicados, no se daba cuenta del efecto que habia debido producir sobre el hombre que dos dias antes era aun su soberano, y así retiróse afligido. Napoleon resolvió pasar en la Malmaison los contados dias que le quedaban ya de vivir en Francia. Este agradable retiro, donde habia comenzado y donde iba á terminar su carrera, á sus ojos era á la par una mansion dolorosa y llena de encanto, y no sentia realmente beber allí ó grandes sorbos sus negros pesares. A la reina Hortensia rogó que le hiciera allí compañía, y esta hija cariñosa apresuróse á darle gusto, para prodigarle sus últimas atenciones. Napoleon habia meditado largamente sobre el punto donde iria á acabar la vida. Mr. de Caulaincourt le aconsejó que fuese en Rusia, pero preferia á Inglaterra.—Rusia, decia, es un hombre; Inglaterra es una nacion y una nacion libre. La batagara ver que le pido asilo, porque debe ser generosa, y allí saborearé las únicas delicias per-



mitidas á un hombre que ha gobernado al mundo, el trato de las personas ilustradas. — Pero ante las observaciones de Mr. de Caulaincourt, el cual le puso de manifiesto que las pasiones del pueblo británico eran aun demasiado vivas para que pudiesen ser generosas, al cabo se decidió á renunciar á Inglaterra y á elegir á América. — Puesto que se me niega la sociedad de los hombres, añadió, me refugiaré en el seno de la naturaleza, y allí viviré en la soledad adecuada á mis últimos pensamientos. — Así quería que se le aprestaran dos fragatas armadas actualmente en la rada de Rochefort, y á bordo de las cuales se podría trasladar á las playas americanas. Además pidió libros y caballos, y toda su mente consagró á los preparativos de viaje.

Su abdicacion fué el 22 de junio; del Eliseo salió el 23 á medio dia, subiendo en lo interior del jardín al coche, para ser menos visto de la muchedumbre. Esta le reconoció á pesar de todo, y le acompañó con los gritos de *viva el emperador*, no sospechando lo que se iba á hacer con su persona. Despues de saludarla tristemente, Napoleon salió de aquel París que ya no habia de ver nunca, y se alejó con el corazón hondamente enternecido, cual si asistiera á sus propios funerales. Llegado á la Malmaison, allí encontró á la reina Hortensia, que acudió diligentemente, y aprovechando el tiempo, que era hermoso, se paseó mientras se le permitieron las fuerzas por aquella morada, á la que estaban ligadas las mas brillantes memorias de su vida. Sin cesar habló de Josefina, y nuevamente expresó á la reina Hortensia el deseo de poseer un buen retrato que representara fielmente esta inolvidable esposa á sus ojos.

Su partida llenó de satisfacción á Mr. Fouché, que se creyó casi emperador, al ver expulsado de París al que lo habia sido tan largo tiempo. Ya partido Napoleon y dispuesto al parecer á abandonar, no solo á París, sino á Francia, no habia mas que prestarse á sus deseos. Con todo, Mr. Fouché experimentaba dos cuidados, de que fácilmente hizo participar á sus colegas, á saber: que en el aislamiento de la Malmaison se hallara Napoleon expuesto á alguna intentona, ora de los realistas, ora de los bonapartistas, unos queriendo librar de su persona á su partido para siempre, otros, por el contrario, queriendo ponerle á la cabeza del ejército que se iba acercando, para probar fortuna por vez postrera. Mr. Fouché no queria entregarle en manos de asesinos, ni restituírle á los desesperados parciales de la causa imperial. Idea suya fué ponerle bajo la custodia del general Beker, soldado no menos distinguido por sus prendas morales que por sus prendas militares, de lealtad á toda prueba, é incapaz de conservar memoria de haber caído el año de 1809 en desgracia. No se necesitaba menos que tal hombre para comision tan delicada, pues se sublevara á todos los hombres de honra con las apariencias de dar á Napoleon un carcelero. Durante la mañana del 26 de junio el mariscal Davout envió á buscar al general Beker y le comunicó la comision á que estaba destinado, señalándole dos objetos, el primero proteger á Napoleon, y el segundo impedir que los alborotadores movieran disturbios al amparo de un nombre glorioso. Aclo continuo le ordenó que se trasladara á la Malmaison sin tardanza. Sometióse el general Beker al mandato muy á despecho suyo, y sin em-

bargo aceptó el papel que se le imponía, por ser honroso velar junto á la persona del grande hombre caído, y patriótico precaver los desórdenes que se pudieran suscitar en su nombre. Se le declaró que las dos fragatas designadas estarían á disposicion de Napoleon, pero que para asegurarse de su navegacion libre, al duque de Wellington se habian enviado á pedir salvo-conductos, y que, si Napoleon consentia en salir para Rochefort al punto, los podria aguardar en la rada. Posteriormente se ha acusado á Mr. Fouché de haber querido entregar á Napoleon á los ingleses, avisándole de su partida con esta fingida demanda de salvo-conductos. Completamente errónea es suposicion semejante, aun autorizándola sin duda la muy equívoca conducta de Mr. Fouché en aquellas circunstancias. Al campo de los ingleses fué enviado el general Tromelin, breton y realista de corazon, para obtener pasaportes que permitieran á Napoleon retirarse sano y salvo á América, y por el mismo conducto se aspiró á conocer las miras del generalísimo inglés con relacion al gobierno de Francia. De este modo obró Mr. Fouché por haberse figurado erradamente que dándose los ingleses por contentos de haberse desembarazado de Napoleon, se apresurarian á conceder los salvo-conductos. Se engañaba sobremanera, como se verá pronto, y la precaucion que tomaba para librar á Napoleon de cautiverio, y para eximirse á sí propio de la sospecha de una horrorosa perfidia, destinada estaba á fracasar doblemente, pues respecto de la partida de Napoleon, todo lo iba á poner de manifiesto, exponiendo á la par á Mr. Fouché á la sospecha de haber entregado al que trata-

ba de salvar con todas veras. Desconfiando mucho de las precauciones de Mr. Fouché, creyó el almirante Deerés que á bordo de buques mercantes desconocidos, se hallaria Napoleon mas seguro que á bordo de buques de guerra que ostensiblemente abrigaran al ilustre fugitivo. Por esto se puso en comunicacion con buques mercantes americanos surtos en la rada del Havre, y de dos de ellos obtuvo la oferta de transportar clandestina y seguramente á Napoleon á Nueva York. A Napoleon hizo llegar estas proposiciones al mismo tiempo que las del gobierno provisional.

Quando en la Malmaison fué anunciada la llegada del general Beker, allí produjo una sorpresa dolorosa. Al principio creyóse que con este general no enviaba Mr. Fouché mas que un carcelero. Algunos servidores fieles, unos militares, otros civiles, jóvenes los mas y capaces de los actos mas atrevidos, habian acompañado á Napoleon á esta residencia, y dispuestos se hallaban á no reconocer la autoridad del general Beker á la menor palabra que saliese de sus labios. Napoleon aplacóles deliberadamente, y ante todo quiso recibir al general enviado, para que mediaran las debidas explicaciones. Con reserva le acogió y cortesía, bien que, al verle conmovido, muy luego le reconoció por hombre leal á toda prueba, y tratóle como amigo, y se le explicó francamente. Napoleon consentia en partir al punto y hasta lo deseaba de veras, aunque desconfiaba del envío de los salvo-conductos, y además temia ser retenido como prisionero en la rada, y entregado luego á los ingleses por una perfidia del duque de Otranto. Tambien pudiera aceptar la proposicion de los americanos

del Havre, pero lo de escaparse de una manera clandestina á bordo de un buque mercante, le parecia indigno de su grandeza. Al general Beker encargó que volviera á París á declarar cómo estaba pronto para la partida, á condicion de que se le permitiera hacer inmediato uso de las fragatas, prefiriendo estar en la Malmaison á ir á Rochefort, si habia de aguardar órdenes para hacerse á la vela. Inmediatamente corrió á París el general Beker á desempeñar la comision de que estaba encargado; pero Mr. Fouché insistió en decir que no se cuidaba de que se le acusara de entregar á Napoleon á los ingleses, con hacerle embarcar sin salvo-conductos, que á mayor abundamiento estos salvo-conductos estaban ya solicitados, y que no podia tardar la respuesta. Menester fué aguardar por consiguiente, y en la Malmaison debió permanecer Napoleon entretanto.

Grande alivio fué para los realistas verse libres de la presencia de Napoleon en París, y no lo fué menor para Mr. Fouché, que siempre recelaba una tentativa del pueblo de los arrabales y de los militares, tomando á Napoleon por caudillo, deshaciéndose de las Cámaras y del gobierno provisional y ensayando una lucha desesperada contra los ejércitos aliados. Ya lograda la salida de Napoleon de la capital, no mostraba Mr. Fouché tanta prisa de que la crisis llegara á desenlace, pues aun cuando juzgara inevitables los Borbones, no mirara con disgusto que de los sucesos surgieran nuevos candidatos á la soberanía. Tal era el primer motivo para proceder con pausa, bien que existia otro mas sensato y mas positivo, pues aun resignándose Mr. Fouché á los Borbones, le era necesario indu-

cir á la comision ejecutiva y á las Cámaras á lo mismo y poco á poco, y hacer que palparan la necesidad de tal resultado, y tomarse tiempo á fin de sacar para sí propio el mayor provecho que le fuera posible. Tres de los cinco miembros de la comision ejecutiva, Carnot, Quinette, Grenier, creian con toda sencillez que, entre resistencia armada y negociaciones, se podria al cabo eludir la terrible necesidad de aceptar una vez mas á los Borbones. Solo Mr. de Caulaincourt veia esta necesidad en claro, y dejaba que Mr. Fouché obrara á sus anchas, no queriendo sacar de estas tristes convulsiones mas que mejor trato para Napoleon. Obligado se veia Mr. Fouché á contemporizar, pues de cinco tenia tres votos en contra, y ademas la aversion de las Camaras hácia los Borbones. Pero no convenia contemporizar á los realistas, mas impacientes que nunca, y que decian ser quince mil y muy resueltos, procedentes de la Vendée los unos, de la casa militar los otros, y que eran tres ó cuatro mil á lo sumo. Estos apretaban al viejo Mr. Dubouchage al movimiento, y á su turno apretaba éste á los mariscales Oudinot, Macdonald y Saint-Cir á dar la señal cuanto antes. Mr. de Vitrolles les exhortaba á no cometer imprudencias, porque se podian echar encima á los federados, poniendo además á las Cámaras al tanto de sus ocultos designios, y dando quizá margen á una reaccion favorable á Napoleon, y comprometiendo así el resultado por quererlo precipitar á todo trance. Mientras Mr. de Vitrolles recomendaba la paciencia á sus amigos, acerca de Mr. Fouché hacia naturalmente lo contrario, y le estrechaba á proclamar á Luis XVIII, por la razon muy aparente de anti-

ciparse en esta segunda restauracion al extranjero y de tener el mérito de ella, y de evitar á los Borbones la fatal apariencia de ser restablecidos por manos enemigas. Estas razones eran buenas sin duda, pero si contenian motivos sobrados para obrar al punto, no proporcionaban los medios. Al decir de Mr. Fouché no era posible hacer una abertura tan grave á la comision ejecutiva, sino apoyandose en la imposibilidad demostrada de resistir á los ejercitos aliados. Y solo habia un hombre que con autoridad pudiese declarar imposibilidad semejante, y era el mariscal Davout, ministro de la Guerra. Sus funciones, su gran reputacion militar, su teson recientemente acreditado en Hamburgo, su proscripcion bajo los Borbones, le hacian personaje unico en las actuales circunstancias, y no habia otro capaz de decidirlo todo, sin mas que proclamar la imposibilidad de la defensa. Por su entereza y su sinceridad era capazísimo de decir la verdad así que la descubrieran sus ojos. Además existia una razon de gran bulto para decirlo sin rodeos, y estribaba en la responsabilidad que se echara encima, declarando posible una resistencia que no lo fuera de ningun modo, y que se pondría á su cargo. De consiguiente Mr. Fouché designóle como el personaje, cuya conquista se hacia indispensable. Pero este ilustre mariscal era tan poco dado á las intrigas, que ofrecia grave dificultad acercarsele con tal objeto. No obstante el acaso, siempre complaciente de sobra para las cosas necesarias, al dia siguiente de la partida de Napoleon deparó la coyuntura apetecida. Al mariscal Oudinot habia señalado la policia como destinado á ponerse al frente de un movimiento realista. No se

habia negado este mariscal á relaciones ostensibles con Napoleon, sin embargo de no volver al servicio despues del 20 de marzo. Así á Napoleon vió algunas veces y tambien al mariscal ministro de la Guerra. Este envióle á llamar ahora, le dirigió algunas reconvencciones, y para poner á prueba sus sentimientos, le ofreció un mando. El mariscal Oudinot se excusó al punto, y estrechado por el ministro, le puso de manifiesto que servia á una causa perdida; que los Bonapartes eran ya imposibles; que los Borbones eran inevitables y deseables; que, si no se les proclamaba de voluntad propia, muy luego habria que recibirlos de manos del extranjero, y bajo malas condiciones así para ellos como para el país; que seria mas prudente tomar una iniciativa valerosa, y que de tan sensata como patriótica habria que calificar esta conducta. Finalmente redujo la cuestion á una cuestion militar, y preguntó al mariscal Davout si creia posible resistir á Europa, cuando Napoleon habia fracasado en la empresa. Sobre esto añadió que el rey Luis XVIII siempre habia querido ser justo respecto de su persona, si bien se lo habian estorbado; pero que apreciaba en todo su valor las insignes prendas del vencedor de Awerstaedt, y tomaria en cuenta los servicios que en la presente ocasion prestara á Francia.

El mariscal Davout respondió que bajo el abrumante peso con que se le habia cargado, de relevar á Napoleon en el mando, no pensaba en mercedes personales, sino en la enorme responsabilidad que tenia acuestas, y que convenia en que en el actual estado de las cosas la resistencia á Europa se le figuraba casi imposible. Despues de esta con-

fesion era difícil no admitir á los Borbones, por no querer Europa otros soberanos para Francia. Como hombre de gran seso reconoció el mariscal Davout esta necesidad al golpe, y añadió que por sí no tendria inconveniente en superar sus repugnancias, si los Borbones fueran capaces de observar una conducta razonable. Como le preguntara, el mariscal Oudinot qué se necesitaria para que juzgase razonable su conducta, el mariscal Davout respondió con las condiciones siguientes. Entrada del rey en Paris sin los ejércitos extranjeros, dejados á treinta leguas de distancia de la capital, adopcion de la bandera tricolor, olvido de todos los actos y de todas las opiniones, así para los militares como para los hombres civiles, mantenimiento de las dos Cámaras actuales, conservacion del ejército en su estado presente, etc. El mariscal Oudinot despidióse para dar cuenta de esta conversacion á personajes mas autorizados. En busca fué de Mr. de Vitrolles, que halló tales condiciones muy admisibles, y quiso hablar con el mariscal Davout cuanto antes. Este consintió en la entrevista, y á Mr. de Vitrolles recibió aquella misma noche. Mr. de Vitrolles manifestó que no tenia instruccion alguna respecto de las condiciones propuestas, si bien estaba convencido de que por el rey serian aceptadas, especialmente si se le proclamaba antes de que en Paris entraran los extranjeros. A los ojos del mariscal Davout pareció lo mas ventajoso del mundo proclamar inmediatamente á los Borbones, si se evitaba que por segunda vez pisaran los extranjeros la capital á este precio, y determinóse á hacer al dia siguiente una proposicion formal en tal sentido á la comision ejecutiva. Hombre el mariscal

Davout de grande entereza, y poco entendido en las contemplaciones de la politica, si una cosa le parecia razonable, no comprendia que se vacitara en adoptarla sin demora.

Reunida al dia siguiente 27 de junio la comision ejecutiva en el palacio de las Tullerías, y asistiendo los presidentes de las dos Camaras y la mayor parte de los individuos de sus respectivas mesas, ya sabedor el duque de Otranto de lo acontecido la noche anterior entre el mariscal y Mr. de Vitrolles, dirigió la conferencia sobre el estado de las cosas, bajo el aspecto militar muy especialmente. El mariscal Davout dió cuenta de las últimas noticias, á la verdad poco satisfactorias. De dos dias atrás marchaban con la mayor celeridad los ingleses y los prusianos, y de temer era que aparecieran delante de Paris primero que el ejército que se habia empezado á allegar en Laon. Nada amigo por su caracter de circunloquios, el mariscal dijo rotundamente, que una resistencia formal se le figuraba imposible; que, aun suponiendo que se alcanzara alguna ventaja sobre los ingleses y los prusianos, procedentes del Norte, aun quedaban los austriacos, los bávaros y los rusos, procedentes del Este, bajo cuyo esfuerzo se sucumbiria un poco mas tarde; que en semejante situacion no convenia negarse á reconocer la realidad de las cosas, sino manifestarla con lisura, y ohrar en consecuencia; que los Borbones eran inevitables, y valia mas aceptarlos y proclamarlos de voluntad propia, á fin de que entraran solos y bajo las condiciones que al mariscal Oudinot habia propuesto. No haciendo á semejanza de Mr. Fouché las cosas por mil cálculos y rodeos, el mariscal Davout refi-

rió con toda ingenuidad lo que en su entrevista con el mariscal Oudinot había pasado, expuso las condiciones que había exigido, las esperanzas que se le habían dado de que serian aceptadas, y finalmente declaró que su dictamen era el de explicarse con las Camaras de plano y presentarlas una proposicion formal y fundada sobre el motivo capital de ser preferible entregarse á los Borbones de voluntad propia y bajo buenas condiciones, á recibirlos sin condicion alguna y de manos del extranjero.

Dichas todas estas cosas con el tono del convencimiento, casi no excitaron la oposicion mas leve por parte de Grenier y Quinette, ni por la de Carnot, que en la lealtad del mariscal Davout tenia plena confianza, y que á pesar de sus preocupaciones era sensible á las ventajas de recibir á los Borbones sin acompañamiento de extranjeros. Mr. de Caulaincourt guardó silencio cual lo había hecho de continuo en las actuales circunstancias. Si monsieur Fouché tuviera la franqueza del mariscal Davout, asociándosele resueltamente ahora, sin duda pudiera sacar de la proposicion hecha un gran partido para obtener una solucion patriótica é inmediata. Mas ora fuese por disgusto de que se le tomara la delantera, ora por temor de que el mariscal Davout fuese demasiado de prisa, sin calor aprobó sus ideas, y segun el hábito que había tomado de hacerlo todo por sí propio, sin consultar casi á sus colegas, se adelantó á decir á los dos presidentes el principe Cambacères y Mr. Lanjuinais, que convenia preparar á las Camaras para un fin al parecer inevitable. Nadie pensaba en oponer objecion alguna, cuando Mr. Bignon, encargado

interinamente de las Relaciones exteriores, se presentó de súbito con un documento importante. Cabelmente era el primer despacho de los negociadores enviados al campo de los aliados, y allí decian lo que se sabrá ahora.

Mrs. de Lafayette, de Pontecoulant, Sebastiani, de Argenson, Laforest y Benjamin Constant, se habían dirigido primeramente á Laon, creyendo encontrar allí á los ejércitos inglés y prusiano. Su objeto al tomar este camino se enderezaba á obtener un armisticio de los ejércitos mas próximos á la capital de Francia, é ir en seguida á tratar de lo substancial de las cosas con los soberanos aliados. Mejor enterados sobre la marcha que seguian los enemigos al aproximarse, sin demora se dirigieron á San Quintin, donde hallaron las avanzadas prusianas, y solicitaron una entrevista con los generales contrarios. Blucher, que precedia al ejército inglés en dos jornadas, se la comunicó al duque de Wellington al punto, y considerando el caudillo británico ser la abdicacion de Napoleon una ficcion inventada no mas que para ganar tiempo, fué de dictamen que no se otorgara el armisticio. Entonces, no necesitando Blucher de estímulos para mostrarse intratable, se negó á toda suspension de armas, salvo si se le entregaban las principales plazas de la frontera y hasta la persona de Napoleon mismo. Estas condiciones eran inadmisibles á todas luces. Sin embargo, los oficiales encargados de parlamentar en nombre de los generales enemigos declararon que no venian á Francia por los Borbones; que estos principes les importaban poco, y que, descartados Napoleon y su familia, prontas estaban las potencias á asentir á las condicio-

nes mas ventajosas para Francia. Trás de estos parlamentos los negociadores recibieron autorizacion para dirigirse a Alsacia, donde debian encontrar a los soberanos aliados. Asi emprendieron la marcha para este nuevo destino, si bien creyeron oportuno enviar antes este primer despacho á la comision ejecutiva. En resumen, decian que los coaligados no mostraban absolutamente ningun empeño por los Borbones, que su esencial deseo, del cual no se les haria retroceder en ningun caso, se reducía á la exclusion del trono de Francia de Napoleón y de su familia; que, convenido este punto, se les hallaria en los demas condescendientes hasta lo sumo; pero que se les indispondria de positivo favoreciendo la evasion de Napoleón, y que de esta suerte se haria la celebracion de la paz mas dificultosa. Al terminar su despacho, la comision aconsejaba el envio de nuevos negociadores, con el encargo de ir al encuentro de los generales Blucher y Wellington y la autorizacion de hacer concesiones indispensablemente necesarias para alcanzar un armisticio.

Evidentemente los negociadores se habian dejado enganar por los dichos un tanto ligeros de los oficiales prusianos, todos imbuidos en los sentimientos revolucionarios, y que de fijo no usaran tal lenguaje respecto de los Borbones, si se hubieran tenido que explicar oficialmente acerca del futuro gobierno de Francia. No obstante, su despacho produjo en el seno de la comision ejecutiva una importuna variacion de rumbo. Tres miembros de esta comision habianse rendido ante la necesidad de soportar á los Borbones, alegada antes, pero no hallándose demostrada esta necesidad, segun el

documento de que se acababa de dar cuenta, les pareció conveniente no ir tan de prisa, y mostrarse menos dispuestos a sufrir un sacrificio, que no parecia inevitable. Con mayor sagacidad debió conocer Mr. Fouché que se enganaban los negociadores; que muy ligeramente habrian tomado en sério las especies soltadas por los oficiales prusianos; que por consiguiente no se debía perder el fruto de la valerosa iniciativa tomada por el mariscal Davout; pero, ya fuese por error de entendimiento, ya por miedo de comprometerse demasiado, tambien estuvo de acuerdo en que no se debía adoptar una resolcion grave tan atropelladamente. Asi revocó la comision dada á los presidentes Cambacérés y Lanjuinais de preparar á las dos Cámaras en el sentido de la vuelta de los Borbones, y siempre obrando por autoridad propia, entre los miembros presentes eligió nuevos negociadores, para ir á tratar con los generales enemigos y casi llegados á las puertas de París, de una suspension de armas. Esta comision encargó á Mrs. de Flauggues, Andreossy, Boisy d'Anglas, de Valence, de la Besnardière, allí presentes como individuos de las mesas de las Cámaras los mas de ellos. No les dió mas instrucciones que las de obrar á tenor de lo que habian oido, y en interés de la capital de Francia, que era necesario librar á toda costa de la presencia de los extrangeros. Además les dió una carta para el duque de Wellington, con el fin de acreditarles cerca de este caudillo como tales negociadores. En esta carta falta de dignidad y llena de lisonjas á los vencedores de los franceses, repitiendo las vulgaridades en boga por entonces. Mr. Fouché decia que, descartado ya el hombre

causa única de la guerra, sin duda los ejércitos europeos harían alto, y dejarían á Francia la libre elección de su gobierno, y que el duque de Wellington, glorioso representante de una nación libre, no quería que fuera menos libre Francia, siendo tan civilizada como Inglaterra. Con esta carta Mr. Fouché casi ponía á Francia á los pies del caudillo británico, y aun cuando lo estuviera de hecho, se pudiera muy bien ahorrar de consignarlo por escrito. Pero hasta tal punto le aguijaba la comezon de hacer figura, que mejor quería aparecer mal en los sucesos que no aparecer de ningún modo. Por mas que generalmente á cuanto se hacia opusiera Mr. de Caulaincourt muy escasas objeciones, alguna resistencia hizo á la elección de Mr. de Besnardière, á quien conocia y estimaba personalmente, pero que pocos dias antes habia regresado del congreso de Viena, y á Mr. de Talleyrand pertenecia en cuerpo y alma, y estaba reputado como perfecto realista.—Será realista, repuso Mr. Fouché, pero sabe muy bien su oficio, y menester es alguno que lo sepa á fondo.—Nadie replicó nada, y confirmadas quedaron las elecciones por el silencio de los asistentes.

Separáronse, pues, sin adoptar la propuesta del mariscal Davout, y se dejaron las cosas en su estado de incertidumbre, abandonando al enemigo la comision de sacarlas de tal estado. Al salir de esta conferencia, Mr. Fouché adoptó una providencia sumamente grave. Primeramente habia pedido de muy buena fé los salvo-conductos para Napoleon, á fin de asegurar su libre paso á los Estados-Unidos; á instancias del general Beker hasta habia renunciado á aguardar la llegada de los salvo-conductos,

para dejar que se hicieran á la vela las fragatas, lo cual quitaba á Napoleon todo pretexto de diferir su partida. Pero de repente mudó de consejo en vista del despacho de los negociadores, y temeroso de perjudicar los tratos, al ministro de Marina prescribió que, teniendo listas las fragatas, y hasta admitiendo á Napoleon á su bordo, no les permitiera levar anclas hasta que se recibieran los salvo-conductos. Desde este instante y por vez primera sacrificaba así la seguridad de Napoleon al interés de las negociaciones. Este interés era grande sin duda, pero aun importaba mas el honor de Francia, y se comprometia este honor con entregar la persona de Napoleon al enemigo, que era lo que se arriesgaba al retenerle en Rochefort (1).

No habiendo aceptado la solucion vigorosa que el mariscal Davout habia indicado, Mr. Fouché

(1) Por no haber comprobado con bastante puntualidad el asunto de los salvo-conductos, se ha acusado á Mr. Fouché de haber querido entregar la persona de Napoleon á los ingleses, y se le ha calumniado de ese modo, lo cual no ha acontecido á menudo á los que han hablado de este personage. Sin embargo, es la verdad que monsieur Fouché no quiso entregar á Napoleon, y hasta es verdad que luego se expuso á las iras de los Borbones y de los extranjeros por haber dado con posterioridad la orden de dejarle partir de Rochefort. Pero tambien es cierto que ahora, por miedo de dañar á las negociaciones, reiteró la orden de aguardar los salvo-conductos, lo cual podia originar un grave peligro, siendo la esperanza de adquirir tales salvo-conductos, quimérica del todo. Esta circunstancia, mal explicada y mal interpretada, es la que ha dado margen al cargo que aqui refutamos por un puro sentimiento de imparcialidad. Luego se verá que monsieur Fouché revocó por sí la prohibicion de que se trata, y que lo hizo de buena fé y sin ningún género de perfidia.



iba á flotar algunos días á merced de los sucesos, y todo el gobierno en union suya. Confusamente concedora de su propia debilidad la desgraciada Cámara de representantes, ya empezaba á creer que no habia medio entre resistir con Napoleon ó rendirse á los Borbones bajo condiciones honrosas, discutiendo un plan de constitucion aspiraban á eximirse de sus temores y de sus pesares.—¿A qué bueno, decian algunos hombres sensatos, á qué bueno meterse en el dedalo de una discusion semejante? ¿Por ventura no tenemos una Constitucion á la cual basta cambiar algunos artículos, y que nos salva al mismo tiempo de las teorías y de las competencias de los partidos, determinando á la par la forma del gobierno y la eleccion del soberano? ¿No tenemos además con esta Constitucion y el soberano proclamado en ella, la ventaja de atraernos las tropas?—Tal era el sentimiento de la mayoría; pero una vez abierta á los espiritus la carrera de las teorías vanas, no era fácil ya cerrársela de ningun modo, y unos proponian la Constitucion del año de 1791, y otros algo que de la república estuviese mas cerca. Por lo demás estas discusiones pueriles no alcanzaban á cautivar á los representantes, ni á distraerlos de los peligros de la situacion presente, y despues de prestar oidos por un instante, cuando ofrecian alguna singularidad, abandonaban sus asientos y salian á recoger los mas mínimos rumores que circulaban por los salones contiguos. Habiendo asistido los miembros de sus mesas á la última sesion de la comision ejecutiva, imposible era que no trasluciesen algo de las discusiones suscitadas en su seno. Efectivamente, supieron que allí se habia debatido el res-

tablecimiento de los Borbones, y en particular atribuyeron á Mr. Fouché la intencion de volver á traer á estos príncipes á Francia. Grados habia en el celo de los bonapartistas, como acontece á menudo entre los partidos. Sin Napoleon I acomodábase á Napoleon II la masa; pero una fiel minoría consideraba como una traicion haber abandonado á Napoleon I, y á Mr. Fouché se la atribuía del todo. Mr. Felix Desportes, que de esta minoría formaba parte, se dirigió el lunes 28 de junio por la mañana á la comision ejecutiva, acompañado de Mr. Durbach, que tenia mucho menos empeño en conservar á los Bonapartes que en segregar á los Borbones impuestos por el extranjero. Uno y otro interpelaron al duque de Otranto y le dijeron en términos amargos, que despues de haber solicitado y obtenido la confianza de las Cámaras, con tender la mano á los Borbones hacia traicion á esta confianza. Apurado al pronto, Mr. Fouché se repuso muy luego, y respondió á estos señores.—No soy yo quien ha hecho traicion á la causa comun, sino la batalla de Waterloo. A grandes pasos avanzan los ejércitos inglés y prusiano, sin que haya medio de oponerles resistencia. No quieren á ningun precio á Napoleon ni á miembro alguno de su familia. ¿Qué puedo yo hacer en tal caso? Si deseais averiguar cómo y de qué se trata con sus generales, aquí teneis mi carta al duque de Wellington, leedla toda.—Efectivamente, el duque de Otranto les entregó dicha carta. Estos señores tuvieron la simplicidad de creer que toda la negociacion se encerraba en su contenido, se dieron por satisfechos, y solicitaron y obtuvieron autorizacion para comunicarla á la asamblea. Acto con-

tinuo se dirigieron á la Cámara de representantes, allí leyeron la carta de Mr. Fouché, que no fué ni censurada ni aprobada, si bien aplacó algun tanto las imaginaciones, fáciles de excitar y de sosegar en tiempos de crisis, y por algunos instantes desvaneció la idea de una negra traicion ya muy divulgada.

En este momento los representantes enviados al encuentro del ejército francés por el camino de Laon, acababan de desempeñar su encargo, y presentaban su informe. El general Mouton Duvernet lo tenia á su cuidado, y träs de pintar el desórden que en este ejército reinó al principio, dió cuenta de que detrás del cuerpo del mariscal Grouchy se acababa de juntar al punto, de que estaba en la inteligencia de habérsele hecho traicion, si bien la idea de combatir por Napoleon II le restituia su ardimiento; añadió que se reanimaba ante este nombre, y estaba dispuesto á cumplir sus deberes, pero que se necesitaba enviarle además del socorro en material, que le hacia suma falta, los estímulos de la nacion toda, realzando, en una palabra, sus fuerzas físicas y morales. A este discurso clamóse de todas partes, que despues de Napoleon I quedaba Francia, la cual importaba mucho mas que un hombre, por grandes que fueran sus cualidades; que convenia retardar una proclama á las tropas en que se les dieran gracias por lo que habian trabajado, si bien excitándolas á proseguir sus esfuerzos en favor del pais, que debia ser la primera de sus afecciones, y finalmente que fueran á pelear una vez mas por la independendia y la libertad nacionales bajo los muros de Paris, donde hablarían á los representantes dispuestos a morir por tan sagrados

bienes. A tenor de estos datos fué redactado por Mr. Jay un informe, votado el mismo dia, y entregado á cinco representantes, con el fin de que lo llevaran al ejército sin tardanza. De esta suerte hacia la asamblea cuanto estaba á su alcance, si bien era poco. Con toda su buena voluntad le era imposible reemplazar el nombre, y particularmente la direccion que al ejército habia quitado, substituyendo Napoleon II á Napoleon I, esto es, un niño á un grande hombre.

No tenian mucho camino que andar para baxarse con el ejército los representantes encargados de esta proclama, pues se le veia aparecer bajo los muros de la capital en los dias 28 y 29 de junio, vivamente acosado por los ejércitos inglés y prusiano, y hasta amenazado por un instante de ser cortado de la capital antes de su llegada. Al principio el duque de Wellington y el mariscal Blücher vacilaron en sus movimientos, y primero de penetrar en Francia pensaron apoderarse de algunas plazas para asegurar su marcha, y dar tiempo á que entrase en línea la columna invasora del Este. Pero estas vacilaciones cesaron de pronto al tener noticia de la abdicacion de Napoleon y de la turbacion profunda que tuvo por consecuencia. Aun recelando que la tal abdicacion no fuera mas que un trampaño, se les aleanzó la confusion que debia reinar en el seno del gobierno, y resolvieron marchar sobre Paris. Se convinieron en seguir la orilla derecha del Oise, y en adelantarse, si les era posible, al ejército francés que seguia la orilla izquierda, para desembocar en Paris antes. Tomando el mariscal Blücher la delantera debia marchar á la cabeza, y seguir el curso del Oise, y

ver de apoderarse de sus puentes, mientras que, yendo de prisa á incorporarse al ejército de los ingleses, le daría apoyo tan luego como le fuera posible. El duque de Wellington, que ejercía sobre la corte de Gante una grande autoridad, debida á su triple cualidad de inglés, de general victorioso y de espíritu eminentemente político, le envió á decir que abandonara la Bélgica y se trasladara hácia Cambrai, cuyas puertas iba á procurar que se le abriesen por medio de un golpe de mano. Detenido por su material enorme, y en particularidad por su tren de puente, de transporte difícil por extremo, se habia quedado muy atrás del mariscal Blucher, que en su impaciencia no esperaba á nadie.

A la par que el mariscal Blucher se hallaba en San Quintin el día 23 de junio, el duque de Wellington partía de Cateau, encargando á un destacamento que se apoderase de Cambrai y de Peronna. Continuando su movimiento, el ejército prusiano llegaba á Chauny, Compiègne y Creil el día 26 de junio; y una de sus divisiones pasaba el Oise por Compiègne, con ánimo de interceptar el camino de Laon á Paris al ejército de los franceses.

Rehechos los restos de éste en Laon y replegados sobre Soissons, el mariscal Grouchy lo tenia bajo su mando, porque el mariscal Soult habia pedido licencia para regresar á Paris. Al mariscal Grouchy relevó el general Vandamme en el mando de la derecha, la que bien á pesar suyo habia faltado á la cita de Waterloo, y se encaminaba por Namur, Rocroy y Rethel sobre Laon en las mejores disposiciones. Noticioso Grouchy así que llegó á Laon en persona, de que su línea de retirada so-

bre Paris estaba amenazada por los prusianos, se apresuró á ganar á Compiègne, donde hizo que le precedieran el conde de Erlon con los restos del primer cuerpo de tropas, y el conde de Valmy con lo que le quedaba de sus coraceros. Llegado á Compiègne, el conde de Erlon halló delante de sí á los prusianos, los contuvo lo mejor que le fué posible, y despues replegóse hácia Senlis, avisando á su general en jefe de la presencia de los prusianos sobre la orilla izquierda del Oise, con el fin de que pudiera tomar una direccion á su espalda, y llegar á Paris sin ningun mal encuentro. Obrando entonces el mariscal Grouchy con una actividad, que desplegada diez dias antes salvara al ejército frances de seguro, envió al general Vandamme sobre la Ferté Milon, á fin de que llegara á Paris siguiendo el curso del Marne, y personalmente encaminóse á Cotterets, donde contuvo á los prusianos por medio de un ataque vigoroso, y finalmente replegóse hácia el camino de Dammartin muy de prisa. A otro día, 28 de junio, sus cabezas de columnas desembocaban sobre Paris por todos los caminos del Este, y el 29 ocupaban la posicion de la Willette, despues de evitar al enemigo con tanta destreza como energia. A este tiempo el mariscal Blucher llegaba á Gonesse. Habiendo tomado el duque de Wellington á Cambrai por medio de un cuerpo destacado, y abierto esta ciudad á Luis XVIII, se hallaba entre Saint-Just y Courtray, teniendo su retaguardia en Roye, y su cuartel general en Orvillers, y por consiguiente á dos marchas de Blucher. Así la impaciencia del uno y la lentitud del otro les colocaron á una distancia capaz de comprometerles por extremo, si la sabian aprovechar los franceses.

Ya se hacía oír el cañon del enemigo en la llanura de San Dionisio, y esta era la segunda vez que ruido tan siniestro retumbaba á las puertas de la capital en el transcurso de quince meses. Allí despertaba todas las agitaciones de los dias anteriores, dándolas aun mas viveza. Destrozadas de cansancio por tres marchas, cada una de diez ó doce leguas, las tropas llegaban con poco orden y presentaban un aspecto nada satisfactorio. Turbado por la activa persecucion del enemigo, y temeroso de ser encontado por alguna acometida antes de llegar á la capital de Francia, el mariscal Grouchy escribia alarmantes despachos. Recibiendo el mariscal Davout todas estas impresiones de rechazo, desesperaba de la posibilidad de oponer formal resistencia al enemigo, y siempre entero en sus miras y en su lenguaje, no omitió la diligencia de manifestárselo al duque de Otranto de tal modo. Su cuartel general estableció en la Villette, para estar en aptitud de velar mejor por la defensa de la capital; y desde allí envió á decir al duque de Otranto que no encontraba mas que un recurso, y era el de seguir el consejo que habia dado el dia precedente, proclamando á los Borbones, con el fin de alejar á este precio á los ejércitos aliados; que para venir á parar á tales conclusiones habia necesitado vencer grandes repugnancias, pero que ya las habia vencido y persistia en creer que mas valia pro amar á los Borbones por un acto de alta razon y de voluntad propia que recibirlos de manos del extranjero victorioso.

Mr. Fouché opinaba lo mismo que el mariscal Davout al pie de la letra; pero Mr. de Vitrolles, con quien se hallaba en comunicacion continua, no

tenia poderes, y solamente le hacia promesas vagas, así respecto de los bombres como de las cosas, y se limitaba á decirle que nunca olvidaria los inmensos servicios que habia prestado en tal coyuntura. Alcanzándosele de sobra cual era el valor de tales seguridades, Mr. Fouché hubiera querido mas sólidas prendas tanto para sí como para el partido revolucionario. De vuelta de la comision que al cuartel general inglés habia llevado, tampoco monsieur de Tromelin traia mas que palabras muy generales, consistentes en decir que el duque de Wellington no estaba autorizado para expedir los salvo-conductos pedidos, á fin de que Napoleon se dirigiera á América sin estorbo; que absolutamente era necesario recibir á los Borbones, y en vez de imponerles condicion alguna, fiarse en la cordura de Luis XVIII, que otorgaria cuanto era de desear razonablemente. Además el general Tromelin habia traído expresiones sumamente lisonjeras del duque de Wellington para Mr. Fouché, y la manifestacion de un vivo deseo de avistarse con su persona. Movido ante los peligros señalados por los gefes militares, inquieto á causa de las vagas declaraciones de los agentes realistas, y continuando en tomarlo todo sobre sí propio, Mr. Fouché respondió al mariscal Davout, que convenia darse prisa á negociar un armisticio, pero sin contraer empeño formal respecto de los Borbones; pues aceptándolos demasiado pronto, se corria el riesgo de tenerlos sin condiciones, y sin dispensarse tampoco de abrir las puertas á los ejércitos enemigos, cuya abstencion y enyo alejamiento no garantizaria nadie. Sin embargo, de no admitir inmediatamente á los Borbones, se necesitaba un sacrificio

cualquiera, si se quería obtener una suspensión de armas. En su primera entrevista con los generales prusianos les habían oído decir los primeros negociadores, que para hacer alto exigirían la entrega de las plazas de la frontera y de la persona de Napoleón. Mr. Fouché comprendió que había necesidad de sacrificar las plazas de la frontera para salvar á París, porque París era la Francia y el gobierno. Esta opinión tenía mucho de cuestionable, porque entregar á París solo era restituir el trono á los Borbones, á la par que entregar plazas como Estrasburgo, Metz y Lila, era poner en manos del extranjero las llaves del territorio, que no querria tal vez restituir ni á los mismos Borbones. Pero mas preocupado Mr. Fouché entonces de la cuestión del gobierno que de la seguridad del territorio, al mariscal Davout autorizó para ceder las plazas fronterizas, á trueque de obtener un armisticio que detuviera á las puertas de la capital á los ingleses y á los prusianos. Esta autorización debía ser remitida al mariscal Grouchy, gefe de las tropas en retirada, para que la hiciera llegar á manos de los negociadores del armisticio, donde quiera que se encontrasen por entonces.

Nada se habia hablado de la persona de Napoleón en estas diversas respuestas. Mr. Fouché propuso el expediente de hacer que partiera á Rochefort de seguida, concediéndole la condicion en que al parecer ponía muy especial empeño, la de hacerse á la vela sin aguardar los salvo-conductos. Esta resolución era la mas honrosa á todas luces, puesto que el enemigo no podría pedir la persona de Napoleón al gobierno provisional, cuando ya no estuviese en sus manos. Para obrar de tal modo,

además de la razon de honor habia la razon de prudencia. Muchos militares hablaban de ir á la Malmaison en busca de Napoleón, para ponerle al frente de las tropas y dar bajo los muros de París una postrera batalla. Haciéndole partir al punto, se le arrebatava asi á sus enemigos sañudos como á sus enemigos imprudentes. Al almirante Decrés y á Mr. Merlin se encargó que fuesen á la Malmaison para instar á Napoleón á que se alejara de seguida, con autorizacion para levar el ancla asi que estuviera en Rochefort á bordo de las fragatas, y haciendo valer para decidirle á la partida, las exigencias del enemigo que demandaba su persona, y la imposibilidad de responder de su seguridad en la Malmaison, donde una partida de caballería le podia llegar á sorprender á toda hora. Expedidas estas ordenes, se fué á participar á la Cámara de representantes hasta qué punto la situacion se habia agravado, y á proponer que París se declarara en estado de sitio, continuando existentes las autoridades civiles y conservando sus poderes, á diferencia del régimen de las plazas fuertes, donde solo la autoridad militar subsiste despues de declarado el estado de sitio. Casi por unanimidad votó el estado de sitio la asamblea, muy agitada desde que oyó el estampido del cañon, y á la cual no se le enseñó nada nuevo, al llevarla tales comunicaciones.

Como á los habitantes de la capital habia conmovido á los de la Malmaison el estruendo del cañon en la llanura de San Dionisio, excepto á Napoleón, que no se alarmaba de ningun modo, por conocer la trascendencia de los peligros mas que ningun hombre en el mundo. Ora para poner á cu-

bierto la Malmaison, ora para impedir que el enemigo pasara á la orilla izquierda del Sena, el mariscal Davout habia mandado barrear los puentes de Neuilly, de Saint-Cloud, de Sèvres, y destruir los de San Dionisio, de Besons, de Chaton, del Pecq. Sin embargo, estas precauciones no ponian á la Malmaison al abrigo de una sorpresa, y el coronel Brack, oficial de caballeria, corrió allí para avisar que los escuadrones prusianos batian la llanura, y que por consiguiente habia riesgo de una sorpresa, si no se estaba muy sobre aviso. Más viva alarma se experimentara de seguro, si se estuviera al tanto de los proyectos de Blucher, que tendremos ocasion de dar á conocer muy pronto. Con trescientos ó cuatrocientos hombres, el general Beker estaba decidido á defender á Napoleon hasta el último extremo. Una veintena de jóvenes tales como Mrs. de Flahault, de La Bedoyère, Gourgand, Fleury de Chaboulon, se hallaban prontos á hacerse matar para proteger á la gloriosa víctima confiada á su adhesion acrisolada. Napoleon sonreia á la vista de tanto celo, manifestando que el enemigo apenas acababa de desembocar en la llanura de San Dionisio; que, aunque bajo el Sena, no era de facil paso, y que las cosas no se hallaban en el punto en que suponía la imaginacion alarmada de sus fieles servidores. Dentro de la Malmaison estaban casi solos, excepto Mrs. de Basano, Lavallette, de Rovigo, Bertrand, que no salian de allí ni un instante; excepto la madre de Napoleon y sus hermanos, excepto la reina Hortensia, no se veian allí otros visitantes que algunos oficiales huidos de las filas con los vestidos hechos pedazos, y aun cubiertos con el polvo del campo de batalla, á

informar á Napoleon de la marcha del enemigo, y á suplicarle que se pusiera á su cabeza. Napoleon escuchabales con sangre fria, los calmaba y les daba gracias, y sacaba frutos de sus informes. Sin saber á punto fijo la posicion de los aliados, de estas diversas noticias infirió que segun su costumbre, el fogoso Blucher iba delante del prudente Wellington y se habia puesto á dos marchas de los ingleses. De seguida y con la prontitud de su golpe de vista militar, columbró que se podia sorprender á los coaligados, distantes unos de otros, y hallar por una casualidad venturosa junto á Paris la ocasion que en Waterloo habia buscado sin fruto, de batirlos separadamente, y de restablecer asi la fortuna de las armas francesas. Con efecto, debian tornar de Soissons por lo menos sesenta mil hombres, dentro de Paris se encontrarian diez mil de fijo, y con setenta mil combatientes habia de sobra para destrozar á Blucher, que no podia reunir mas de sesenta mil á lo sumo, y destrozado Blucher, ya habia probabilidad de lograr que el duque de Wellington sufriera una suerte desastrosa. Despues de semejante triunfo no se adivinaba cuanto calor comunicaria á las almas, ni qué empuje promoveria por parte de la nacion el buen suceso, y dejándose Napoleon llevar á un postrer sueño de ventura, imaginó que seria maguifico prestar á Francia un servicio de tal monta, sin querer para sí ningun fruto, y volver á emprender el camino del destierro, tras de hacer posible un buen tratado de paz de tal modo. Quiza salvar la corona de su hijo era lo que únicamente se prometia de este postrer hecho de armas.

Tal proyecto rumiaba en su mente durante la

noche del 28 al 29 de junio, pues entonces acababa de adquirir los datos sobre los cuales fundaba esta combinacion nueva, cuando le interrumpió la llegada de Mrs. Deérés y Boulay de la Meurthe (no habiendo podido ser hallado Mr. Merlin para este encargo) que iban á manifestarle las intenciones de la comision ejecutiva respecto de su partida. A la sazón era media noche, y recibióllos al punto, y cuando le entregaron la orden expedida á los capitanes de las dos fragatas para que levasen anclas, sin aguardar á recibir los salvoconductos, se manifestó pronto á partir desde luego, si bien iba antes á despachar un mensaje á la comision ejecutiva. Acto continuo despidió con el corazón oprimido á estos dos antiguos servidores, á quien ya no habia de tornar á ver nunca.

Desde el amanecer del 29 de junio mandó aprestar sus caballos de silla, se puso su uniforme, y enviando á buscar al general Beker de seguida, y con una singular animacion que no se le notaba desde el dia de la jornada de Waterloo se apresuró á revelarles sus intenciones. Sustancialmente estas fueron sus palabras.—El enemigo acaba de cometer una falta enorme, aunque fácil de prevenir atendido el carácter de los dos generales aliados. Su avance siguen en dos masas de sesenta mil hombres cada una de ellas, dejando entre si distancia suficiente para que sea acometida la una, antes de que tenga tiempo de acudir la otra. Esta es la ocasion única deparada por la Providencia, y que la desaprovecháramos ahora se resentiría de muy criminal ó de muy insensato. De consiguiente, ofrezco ponerme á la cabeza de las tropas, que á mi vista recobrarán todo su empuje, y caer so-

bre el enemigo á la desesperada, y despues de castigar su temeridad, resignar otra vez en el gobierno provisional el mando... Yo empeño mi palabra de soldado, de general y de ciudadano, de no conservar el mando una hora mas despues de la victoria segura y brillante que prometo alcanzar sobre el enemigo, y no para mí, sino para Francia.

Conmovido mostróse el general Beker ante la bella expresion del rostro de Napoleon en tal instante. No era sino la confianza del genio despertándose en el seno del infortunio, y disipando momentáneamente las sombras. A pesar de su repugnancia á encargarse de una comision á que no esperaba resultado satisfactorio, estrechado por Napoleon á no perder tiempo, el general marchó presuroso al palacio de las Tullerías. Mucho le costó cruzar el puente de Neuilly, obstruido por completo, y halló en sesion á la comision ejecutiva, despues de estar reunida casi toda la noche. Mr. Fouché figuraba como presidente, y segun costumbre semejava que la compaña por si solo.

Tan luego como le vió Mr. Fouché alli dentro, al general Beker preguntó con el tono mas apremiante, si llevaba noticia de haber Napoleon ya partido, á lo cual respondió el general que Napoleon estaba pronto á marchar desde luego, bien que antes se habia creído en el deber de dirigir una postrera comunicacion al gobierno provisional. Con helado silencio oyó Mr. Fouché cuanto expuso el general Beker, y como callasen todos así que hubo concluido, Mr. Fouché tomó la palabra. Algunos instantes, muy pocos, empleó en preparar la respuesta, dado que, aun teniendo la certidumbre

de la salvación de Francia, no quisiera que se alcanzara por manos de Napoleón á ningún precio. Bueno es añadir para ser justos, que contando muy poco ó nada con el éxito de los proyectos militares de Napoleón en esta coyuntura, por no estar su mérito á su alcance, y creyendo ver en ellos un nuevo rasgo de lo que llamaba su mala cabeza, se manifestaba receloso de que, si fracasaban estos proyectos, se justificaran del todo las sospechas de los generales enemigos, á cuyos ojos la abdicación de Napoleón no era más que fingida, y que, viendo realizadas sus desconfianzas, sobre París se vengarian quizá de la nueva batalla que se les hubiese dado. — ¿Por qué, dijo damente al general Beker, os habeis encargado de tal mensaje? ¿Acaso ignorais el punto en que se hallan las cosas? Leed los partes de los generales, (y al decir esto soltó sobre la mesa un legajo de cartas), leedlos y vereis que nos llegan tropas desordenadas é incapaces de hacer frente en parte ninguna, y que nos queda por único recurso el de obtener un armisticio á toda costa. Napoleón no podría ya enmendar nada. Su nueva aparición á la cabeza del ejército nos valdria un desastre mas y la ruina de París. Que parta de seguida, puesto que nos piden su persona, y no podemos responder de su seguridad si deja correr muy contadas horas. — Ninguno de los colegas de Mr. Fouché añadió á lo dicho una sola palabra. Habiendo preguntado además al general Beker qué personas habia en la Malmaison por entonces, y sabiendo que Mr. de Basano se encontraba entre ellas, no vaciló en decir que ya se le alcanzaba de donde venia el golpe, y escribió un billete destinado para Mr. de Basano, en el que le

expresaba la imposibilidad de retener á Napoleón ni siquiera una hora.

A toda prisa volvió el general Beker á la Malmaison, donde halló á Napoleón siempre de uniforme, con sus ayudantes de campo listos, y no aguardando mas que la contestación á su mensaje para montar de seguida á caballo. Sin que la contestación le causara sorpresa, no obstante manifestó pesadumbre y hasta ira, aun cuando se resignó muy pronto, al ver que ya no se queria ningún servicio de su persona, por grande que pudiese ser y seguro, y se acordó de la oposición de sus mariscales cuando el año precedente aun podia abrumar á los aliados dispersos en París. Durante el transcurso de quince meses, esta era la segunda vez en que, burlándole la fortuna una postrera ocasión de destruir al enemigo, se negaban á seguirle por duda, ó por desconfianza, ó por irritación contra su persona; esta era la segunda vez que recogia el triste fruto de haber cansado y aburrido, por decirlo así, al mundo con su genio.

Desde entonces ya no pensó mas que en alejarse. Sus compañeros de destierro ya estaban elegidos, y eran el general Bertrand, el duque de Rovigo y el general Gourgard. También Drouot debió ser del número de ellos, pero considerándosele como el único capaz de estar al frente de la Guardia imperial, despues de que Napoleón hubiese partido, se vió obligado á aceptar este mando. Napoleón mismo se lo habia prescripto de esta suerte. A Drouot echaba de menos por ser el corazón mas noble y el mejor talento de cuantos habia conocido; pero no desesperaba de verle en América, así como al conde de Lavallete y á otros con que



nes contaba de seguro. Allí se le debían ir á juntar su madre, sus hermanos y la reina Hortensia. Terminados todos los preparativos, se decidió á partir á la caída de la tarde. En recursos pecuniarios habia pensado poco, y á Mr. Lafite confió 4.000.000 de francos en oro y encontrados en un suigon del ejército por acaso. La reina Hortensia quiso que aceptara un collar de diamantes, á fin de que siempre tuviera un recurso disponible y fácil de disimular á la mano. Despues de rehusarlo al principio, como insistiese la reina Hortensia con llanto, al fin la permitió que escondiera los diamantes entre sus vestidos; y abrazando á su madre, á sus hermanos, á la reina Hortensia, á sus generales, de seguida subió al coche á las cinco de la tarde del 29 de junio, derramando lagrimas todos y basta los soldados de guardia. Hacia Rambouillet se dirigió acto continuo, evitando á Paris, á Paris donde no habia de volver sino al cabo de veinte y cinco años sobre un carro fúnebre, traído cadáver al cuartel de inválidos por un monarca de la casa de Orleans, que tampoco está en las Tullerías al tiempo en que doy remate á la presente historia. ¡Tan rápidamente se suceden en el tempestuoso siglo en que vivimos los moradores de ese fatídico palaciot!

Mientras iba camino de abandonar aquella Francia, donde acababa de hacer aparición tan corta y honesta, un mensaje anunciaba á la comision ejecutiva y á las Cámaras su partida. No abrigándose la menor duda en la Cámara de representantes acerca de lo que se podia esperar de la abdicacion, á la lectura del mensaje siguió un sobrecogimiento doloroso, y se conoció á las claras que Napoleon partia para siempre, y que muy pronto

serian partícipes de su suerte adversa, unos destinados al olvido ó al destierro, otros al último suplicio.

Ya libre Mr. Fouché de tan molesto vecino, mas activamente que nunca anudó las comunicaciones de que hacia meras intrigas, en lugar de una negociacion leal y grande, primeramente para Francia y luego para los hombres comprometidos en las diversas revoluciones. Le animaba el doble objeto de tratar con Luis XVIII y los gefes de los aliados bajo las mejores condiciones que fuera posible, y de obtener un armisticio á fin de lograr el tiempo que le hacia falta para combinar los ajustes. No contentándose con Mr. de Vitrolles, encargado de negociar con los realistas, ni con el general Tromelin, encargado de entablar relaciones con el duque de Wellington, á un nuevo agente eligió para que se avistase con el generalísimo británico de igual modo; un italiano era muy bullicioso, llamado Macirone, que de romano se hizo napolitano, y despues inglés, y que sirvió de medianero á Murat, cuando éste se entregó á los coaligados. Residente en Paris desde la catastrofe de Murat y conocido de Mr. Fouché, un agente constituia muy cómodo para enviado por entre las avanzadas enemigas hasta el campo de los ingleses. Mr. Fouché despachóle en efecto para saber á punto fijo lo que el duque de Wellington queria bajo el doble aspecto del gobierno de Francia y del armisticio. A la par comunicó por todas vias la partida de Napoleon á los diversos negociadores de la suspension de armas, con el fin de patentizar que la abdicacion no era un trampaño, y de precaver que se hiciera depender el éxito de las negociacio-

nes de la entrega de su persona á los ejércitos enemigos.

Antes se ha visto que, despues de conferenciar los primeros negociadores en el camino de Laon con los oficiales prusianos, se encaminaron hácia el Rhin para tratar con los soberanos en persona. Al cuartel general de los caudillos inglés y prusiano se dirigieron los segundos negociadores con el fin de solicitar el armisticio. Encargados se hallaban estos últimos de la comision esencial por entonces, y consistente en que hicieran alto los enemigos de marcha sobre Paris. De consiguiente al campo del duque de Wellington se hallaba así trasladada la cuestion toda. Efectivamente, el mariscal Blucher, patriota sincero y fogoso, guerrero heroico, bien que violento con desmesura, no poseia el secreto ni la confianza de la coalicion, y aun cuando con su infatigable adhesion á la causa comun habia decidido la victoria de Waterloo, no tenia la importancia que se rinde generalmente al buen seso mas que á la misma gloria. No era, pues, á Blucher á quien habia que dirigirse para los tratos, aun estando más cerca, sino al duque de Wellington. Primeramente Mrs. Boissy d'Anglas, de Flaugergues, de la Besnardière, y los generales Andreossy y Valence, encargados de negociar el armisticio, se dirigieron hácia las avanzadas exclusivamente prusianas, á causa de estar el ejército inglés aun lejos, y fueron acogidos por Mr. de Nostiz muy cortesmente, y llevados de puesto en puesto, sin que se les lograra ver al mariscal Blucher, ora porque no estuviera dispuesto á admitirlos á su presencia, ora porque no fuera fácil dar con su persona. Despues de varias idas y venidas, el mis-

mo Mr. de Nostiz les aconsejó que vieran al duque de Wellington, pues les podia dar oídos mas provechosamente que el general prusiano. A la sazón hallábase el caudillo británico en Gonesse, y allí fueron los comisionados á avistarse con su persona. Y obraron con cordura, porque solo allí estaba la cabeza capaz de dirigir una revolucion, que desgraciadamente para los franceses iba á ser la segunda consumada por manos del extranjero.

Por fortuna, si hay posibilidad de usar de esta palabra cuando un país se halla á merced del enemigo, por fortuna si el duque de Wellington carecia de genio, lo que es buen sentido poseialo penetrante y vigoroso hasta el punto de que bajo este aspecto el caudillo británico no tiene por qué temer el parangon con ningun personage de la historia. A no ser por cierta dosis de vanidad, bien perdonable por cierto en la situacion suya, se podia afirmar que se hallaba exento de debilidades. A su gloria militar, acrecentada singularmente despues de estas últimas jornadas, añadia la reputacion de un espíritu político al cual se le podia fiar todo. Habiendo aparecido por algunos dias en Viena, se captó la general confianza, y figurando despues como embajador en Paris por espacio de medio año, sobre Luis XVIII y sobre el partido realista adquirió todo el ascendiente que es posible adquirir sobre gentes de escasas luces y de muchas pasiones. Favorablemente juzgaba á Luis XVIII, y así era de dictámen de convenir que se le repusiera en el trono para reposo de Francia y de Europa, dándole mejores lados y haciéndole oír útiles consejos. Al avalorar desde el punto de vista de un inglés lo que el año de 1814 habia pasado en Fran-

cia, pensó y dijo que con la Carta de Luis XVIII se podía hacer á un país libre y floreciente, no habiendo saltado á la tal Carta mas que ser convenientemente practicada. Para el duque de Wellington, ilustrado por la experiencia de su patria, no consistiera la práctica sino en un ministerio homogéneo y bien dirigido, independiente del rey y de los príncipes, recibiendo la influencia de las Cámaras y sabiéndolas dirigir á su turno. Nada semejante habia observado en el ministerio de 1814, compuesto de un gran señor, hombre de talento, perezoso, ausente, pues Mr. de Talleyrand se hallaba á la sazón en Viena, de un favorito, Mr. de Blacas, personaje frío, tirante, no saliendo de la intimidad del monarca, y finalmente de algunos hombres especiales, sin relaciones unos con otros, y todos dominados por un consejo real donde se agitaban príncipes rivales y poco acordes. Así no cesó de escribir, tanto á Londres como á Viena, que lo que faltaba á Luis XVIII era un ministerio que tuviera la unidad necesaria para ejercer el gobierno. Establecido cerca de Gante por los meses de abril y de mayo, iguales criticas hizo oír de continuo á la corte desterrada. Solo un argumento cabia oponer á este modo de juzgar la situación de las cosas, á saber: que si el remedio propuesto era bueno, se necesitaba que consistiesen en su aplicación oportuna aquellos á quienes estaba destinado. Ahora bien, Luis XVIII quizá hubiera aguantado un verdadero ministerio para desembarazarse de los príncipes y de los emigrados, pero estos príncipes y estos emigrados no lo quisieran á ningún precio. Sin embargo, no era posible desechar rotundamente los consejos de un hombre tal como

el duque de Wellington, y queriendo deferir á ellos, á lo menos en la apariencia, los hombres que rodeaban á Luis XVIII en Gante convinieron en que *habia carecido de unidad* el ministerio. ¿Y á quién se debía imputar la culpa? A todo el mundo, para obrar con justicia; pero en cada época se necesita una víctima sobre quien echar las culpas de todos, y á menudo mas las ajenas que las propias. Tal víctima estaba designada por la situación y de plano, y no era otra que Mr. Blacas. Este personaje, de quien hemos hablado antes de ahora, no estaba falto ni de talento, ni de juicio, y además su rectitud era perfecta. Pero tenia la desgracia de pasar por favorito del monarca, y de ser un favorito seco y altanero. Aunque en su corazón nutriera realmente las pasiones de un emigrado, muy lejos estaba de haber inspirado ni estimulado las pasiones de la emigración, pues no hacia mas que seguir la voluntad de Luis XVIII, poco inclinado á los desaciertos derivados de ella. Hasta habia resistido á los príncipes á menudo, y al conde de Artois muy particularmente, y si se buscaba un río que expiara con justicia los errores de los emigrados, no se debiera elegir á Mr. Blacas de seguro. No obstante, odioso al partido liberal por sus formas y sus opiniones conocidas, odioso al partido de los príncipes como representante particular de Luis XVIII, por todos fué tomado como víctima expiatoria, y desde la salida de Paris en su contra se desencadenaron de todas partes. Asintiendo á la máxima del duque de Wellington de convenir un ministerio que tuviera unidad, se añadía que no podía existir de ninguna manera con el favorito que dominaba al rey y al ministerio, y en Gante

o decían así los amigos exaltados del conde de Artois, como los que deseaban una dirección mas liberal en el gobierno á impulsos de su espíritu moderado, de suerte que por motivos diametralmente opuestos, por todos se veía condenado Mr. de Blacas al odio de todos. A tal punto habian llegado las cosas, que en la misma ciudad de Gante, en medio del comun destierro, se escribieron folletos violentísimos en su contra. Nombres hay en ciertos momentos que la muchedumbre persigue maquinalmente con un odio de que le sería muy difícil expresar las causas. Y tal era entonces la situación de Mr. de Blacas en el seno del partido realista.

Estas injusticias redundaban á favor de un hombre que, sin ser partícipe de ellas, destinado estaba á sacar el fruto, y Mr. de Talleyrand era en suma. Cerca de la corte de Gante atribuyóse el mérito de cuanto se hizo en Viena, esto es, de las prontísimas resoluciones contra Napoleon allí tomadas y causantes de su segunda y última caída. Mas que á la influencia de Mr. de Talleyrand eran debidas tales resoluciones á las pasiones reinantes en Viena; pero ignorando los emigrados de Gante lo que pasaba dentro del congreso, no conociendo mas que los efectos exteriores, habiendo visto partir el rayo de Viena, y hallándose Mr. de Talleyrand en este punto, le atribuyeron el mérito de haberlo fulminado. Nadie le disputaba esta importancia, y como á la sazón pesaba el odio, no sobre su persona, pues estuvo ausente todo el año, sino sobre Mr. de Blacas, que no habia cesado de estar al lado del monarca, á Mr. de Talleyrand se le reputaba por haber salvado cuanto Mr. de Blacas ha-

bia perdido. Mr. de Talleyrand, que veía con desagrado entre su persona y la del monarca un sugeto, cuya mediación habia que sufrir siempre, y que no sentía desembarazarse de ella, su voz unió á cuantas se alzaban contra Mr. de Blacas, y gozosos los mismos emigrados de su asentimiento, se lo recompensaron con glorificar sus servicios. Así establecióse un extraño concurso de influencias contra Mr. de Blacas, como si fuese causa única de todos los males, aunque ninguno era obra suya. Al mismo tiempo formóse un conjunto de ideas, al que ayudó cada uno por su parte. Mientras raciocinando como inglés decia el duque de Wellington que se habia carecido de un ministerio homogéneo, lo cual era verdad á todas luces, los hombres sensatos de la emigración de Gante, como por ejemplo, Mrs. Louis, de Jaucourt, etc., decían que en esto no estribaba todo, pues si habia necesidad de segregar á los favoritos, igualmente convenia segregar á los príncipes, tranquilizar á los compradores de bienes nacionales, fuertemente alarmados, tranquilizar á los campesinos contra el restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales, y tratar de separar cuanto fuera posible, la causa de los Borbones de la causa de los extrangeros. A esto los emigrados no oponían objeción alguna; pero añadían que tambien se necesitaba restituir la seguridad á las gentes honradas, y para conseguir este resultado castigar de una manera ejemplar á los que con sus tramas habian producido la segunda caída de la monarquía, en lo que estaba tan interesada la seguridad como la dignidad del trono. Con efecto, jamas se les pudiera quitar de la mente que habia existido una conspira-

cion inmensa, en la que á la par de los gefes del ejército habian entrado muchos personajes civiles, puestos en comunicacion con la isla de Elba, y preparadores de la catástrofe del 20 de marzo. Lejos de reconocer en catástrofe semejante sus desaciertos propios, no veian mas que el crimen de aquellos á quienes dedicaban su odio, y tanto mas difícil era convencerles de lo contrario, es decir, de lo verdadero, cuanto que en este error incurrian los hombres mas sensatos de la corte de Gante, y los políticos mas eminentes de la coalicion, tales como el príncipe de Metternich, los condes de Nesselrode y de Pozzo di Borgo, y el duque de Wellington. De este conjunto de ideas, exactas unas, falsas otras, resultaba una especie de programa consistente en necesitarse volver á Francia con un ministerio uniforme, tranquilizar los intereses alarmados, separarse cuanto fuera posible del extranjero, y castigar á algunos delinquentes de viso. Casi todas estas condiciones parecian contenidas implicitamente en el alejamiento de Mr. de Blacas, y en el advenimiento de Mr. de Talleyrand al papel de principal ministro.

No se daría á conocer por completo el estado del espíritu de la corte desterrada, si no se añadiera que allí estaba muy en favor el duque de Otranto. A la par que á Mr. de Talleyrand se atribuía el mérito de haberlo dirigido todo en Viena, á Mr. Fouché se atribuía el de haberlo dirigido todo en París. En Viena se había reanudado la coalicion que había vencido á Napoleon sobre los campos de Waterloo; pero en París se había anudado la intriga que, arrancando á Napoleon su abdicacion segunda, había consumado su ruina. Asi las

cartas de Mr. de Vitrolles como en general los informes de los diversos agentes realistas estaban contestes en atribuir exclusivamente á Mr. Fouché el mérito de esta intriga, y los realistas fozosos, que ya le habian visto de buen ojo antes del 20 de marzo, ahora decian que razon tuvieron para mirarle entonces como al hombre que lo pudiera salvar todo, pues era el mismo que todo lo acababa de salvar actualmente. A esto los espíritus moderados no objetaban nada, y sonaba un coro universal de alabanzas al regicida que acababa de hacer traicion á Napoleon, á quien detestaba profundamente, en interés de los Borbones, á quienes tampoco tenia afecto, si bien temialos poco, figurábase con su ordinaria fatuidad que los manejaría como á viejos niños. Si se hubiera pedido á aquellos emigrados que aceptaran á tal ó cual hombre de bien, conocido por un amor prudente y templado á la libertad, se les sublevara de seguro, á la par que les parecía el colmo de la habilidad adherirse á un intrigante que por hábil era reputado. Viendo en la revolucion francesa, no ideas grandes y sanas que entresacar de un caos de ideas locas, sino un verdadero desencadenamiento de las potestades infernales, que habia que reprimir á toda costa, no les hacia falta un hombre de luces que supiera separar las ideas buenas de las malas, sino una especie de mágico infernal, aunque estuviese teñido de sangre de reyes, que pudiera contener á aquellas potestades desencadenadas. En realidad no era mas que un intrigante ligero, presuntuoso, inquieto, y no les hubiera convenido menos, aun cuando fuera un facineroso. Y eran personas honradas las que raciocinaban de tal modo. ¡Tanto

arrastra la falta de luces á las cercanías del mal á almas, que, si lo vieran distintamente, se alejaran de allí con horror!

Sin embargo, el tranquilo Luis XVIII por nada entraba en estas agitaciones, en estas injusticias, en estas mantas. Ni le parecía que Mr. de Blacas fuera el hombre que le había perdido, ni se le figuraba que Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché fueran los hombres que le habían salvado. De ningún modo creía deber su restablecimiento en el trono, ya seguro á sus ojos, ni á las declaraciones de Viena, ni á las intrigas de París, ni aun siquiera á la batalla de Waterloo, sino á su descendencia de Enrique IV y de Luis XIV. No obstante, con su buen sentido habitual otorgaba algún mérito al que había vencido á Napoleón en Waterloo, y así hacia caso de su persona, y miraba con agrado sus benévolas disposiciones, y en cierta medida se hallaba inclinado á seguir sus consejos. Se los había dado el duque de Wellington muy al alma sobre componer un ministerio homogéneo, uno, como se decía entonces, y rebuir la influencia de los príncipes y de los emigrados, y confiar á Mr. de Talleyrand la autoridad principal en el gobierno, y alejar á Mr. de Blacas, no porque fuese delincuente, sino porque era objeto de repulsión universal. Luis XVIII había hallado estos consejos muy sanos, pero el referente al alejamiento de Mr. de Blacas le desagradaba hasta el último punto. Para Luis XVIII el *favoritismo* se reducía á cosa de costumbre: habituado estaba á ver á Mr. de Blacas á su lado, estimaba sus principios, su rectitud, su talento, no le conocía ningún desacierto positivo, y tenía la sagacidad de comprender que los ami-

gos del conde de Artois perseguían en el supuesto favorito al amigo adicto del monarca. Esta era una razón para que se aficionase más á Mr. de Blacas, y para que no se privase de buen grado de sus servicios. Así al parecer se obstinaba en mantenerle cerca de su persona.

Mr. de Talleyrand había dejado á Viena para dirigirse á Bruselas, por la época en que los soberanos abandonaban el congreso con sus ministros, para ponerse á la cabeza de sus huestes. Al partir de Viena había Mr. de Talleyrand ostentado suma desafición al mando, hasta el extremo de declarar en alta voz que, si no se le libertaba de los emigrados, ya no aceptaría el puesto de ministro de Luis XVIII; propósito que la coalición le había aprobado en gran manera, como que á la emigración se mostraba muy poco inclinada, y antes bien propendía á condenar sus hechos. Así los más de los coaligados de viso escribieron á la corte de Gante sobre la necesidad de que á Mr. de Talleyrand se guardaran contemplaciones y de seguir estrictamente sus consejos. Llegado Mr. de Talleyrand á Bruselas, no paso de este punto, y antes de ir al lado del monarca especificó las condiciones bajo las cuales al parecer se estaba generalmente de acuerdo; ministerio uno, alejamiento de las influencias de corte, declaraciones tranquilizadoras á favor de los intereses alarmados, castigo de los reos de la supuesta conspiración honapartista, y gran cuidado en separar la causa real de la del extranjero. Respecto de este último punto, Mr. de Talleyrand había ideado una combinación extraña y consistente en que Luis XVIII abandonara á Gante con su corte, y se dirigiera á Suiza y entrara en Francia por

el Este, mientras que los soberanos victoriosos entrarán allí por el Norte. Indicadas estas condiciones, Mr. de Talleyrand permaneció en Bruselas, donde al parecer aguardaba á que fuesen admitidas.

Tal era la situación de las cosas en el momento en que, sabedor el duque de Wellington de la abdicación de Napoleón, precipitó su marcha sobre París en pos de los prusianos. Con su gran seso inmediatamente vió lo que convenia poner por obra. Aquella lucha entre Luis XVIII y Mr. de Talleyrand parecióle muy intempestiva; y al monarca aconsejó que cediera á lo insinuado por Mr. de Talleyrand en todo, menos en lo de la entrada en Francia por la frontera del Este. Al revés se le figuraba que Luis XVIII debía llegar cuanto antes, á fin de hacer que cesaran en París las divagaciones de los ánimos, y promulgar al mismo tiempo una declaración sumamente clara y positiva, en la que, consignando cómo la última guerra era obra de Napoleón y no de los Borbones, anunciara que por segunda vez se iba á colocar entre Francia y Europa con el fin de pacificarlas de nuevo, en la que tranquilizara á los compradores de bienes nacionales, y prometiera la formación de un ministerio homogéneo é independiente, la próxima reunión de las Cámaras, y finalmente el castigo de los culpados, reducido á los verdaderos autores de la conspiración que habia producido la vuelta de Napoleón á Francia. Por otra parte el duque de Wellington envió á decir á Mr. de Talleyrand que se diera por satisfecho con estas concesiones, y se juntara cuanto antes á Luis XVIII, y penetrara en Francia por la frontera mas cercana, por la del

Norte, y no por la del Este, situada á demasiada distancia.

Dados estos consejos con toda la autoridad del vencedor de Waterloo, el duque de Wellington partió inmediatamente para ponerse á la cabeza de sus tropas. Llegado cerca de París aspiró á hacer que entrara la razón en la cabeza de Blucher, como acababa de aspirar á hacer que entrara en la cabeza de los Borbones y de los emigrados. Se le habia referido que el mariscal Blucher trataba de apoderarse de la persona de Napoleón, y de *desembarazar de ella al mundo*, según se decia por entonces. Acto continuo el duque de Wellington dirigióle una carta, que ante la posteridad será uno de sus principales títulos de gloria, y cuyo texto decia en sustancia:—La persona de Napoleón no pertenece á vos, ni á mí, sino á nuestros soberanos, que de ella dispondrán en nombre de Europa. Si por acaso necesitaren un verdugo, yo les suplicaré que no fijen en mí sus ojos, y en obsequio de vuestra fama os exhorto á que imiteis mi ejemplo.—Por lo demás la partida de Napoleón, de que aun no tenia noticia, ya iba á disipar todas las dificultades sobre este punto. En seguida ocupóse el duque de Wellington en fijar con Blucher el sistema de operaciones militares que bajo los muros de París debía ser ejecutado. Consigo no habian podido llevar los ejércitos inglés y prusiano mas que alrededor de ciento veinte mil hombres, aun cuando con doscientos veinte mil habian abierto la campaña, lo cual demostraba que no les habia costado poco triunfar de los franceses. Ambos formaban una larga columna, cuya cabeza estaba cerca de París y tenia la cola en la frontera. No

estando Napoleon alli para sacar provecho de esta imprudente marcha, á la verdad no era el peligro de gran monta; á mayor abundamiento esta mala disposicion corrigiase de hora en hora por el esfuerzo de los ingleses para juntarse á los prusianos. Pero ciento veinte mil hombres para forzar al ejército francés bajo Paris eran pocos. La orilla derecha del Sena, que se les presentaba antes, se hallaba fuertemente atrincherada; no lo estaba mas que medianamente la orilla izquierda; pero habia que atravesar el rio para ir á intentar al otro lado una operacion dificultosa. No se podian calcular los defensores de la capital en menos de noventa mil hombres, sesenta mil de ellos y aun mas procedentes de Flandes, y los otros consistentes en depósitos, marinos, federados y alumnos de las escuelas. De consiguiente singular temeridad era aspirar á tomar á Paris á viva fuerza, y bajo el aspecto militar y político negociar valia mas á todas luces. De esta suerte se lograria la doble ventaja de no comprometer el triunfo de Waterloo y de no acrecentar la profunda irritacion de los franceses. A la primera vista de las cosas el duque de Wellington no pudo menos de pensar de este modo; pero el mariscal Blucher era de opinion diferente. A la manera que en 1814 queria en 1815 tener el honor de entrar en Paris el primero, y la ventaja de imponer gruesas contribuciones para sus tropas, y aun quizá ir mas lejos, si habia combate. Por fortuna la autoridad del caudillo prusiano no igualaba á la del caudillo británico ni con mucho.

Tales eran las disposiciones de los ánimos asi en Gante como en el cuartel general de los alia-

dos, cuando los comisionados franceses se avistaron con el duque de Wellington á pocas leguas de Paris el 29 de junio por la mañana. Los recibió con suma cortesía, bien que revelando propósitos completamente deliberados. Al pronto parecia dudar de la sinceridad de la abdicacion de Napoleon, y demandaba su persona, de la cual dispondria únicamente Europa, cosa que significaba la imposibilidad de cometer un acto de barbarie, deliberando en comun las potencias. Habiéndole dicho los negociadores que ya debia haber marchado á Rochefort les contestó el duque de Wellington que detrás quedaba su partido, partido de violencia, con el cual ni Europa ni Francia podian vivir en reposo. Sin dejar de poner grande esmero en repetir que Europa no pensaba mezclarse en el gobierno interior de Francia, bajo la forma de consejo amistoso, bien que positivo, les exhortó á que volvieran á llamar á los Borbones. Por su parte los representantes de la comision ejecutiva, conmemorando que Europa habia prometido no violentar á Francia en la eleccion de su gobierno, se mostraron poco opuestos á la vuelta de los Borbones, y algunos hasta favorables del todo; pero, admitido el principio de su vuelta, á la larga se extendieron acerca de las condiciones. Sobre este punto el duque de Wellington respondió que no convenia hacer pasar al rey por la humillacion de condiciones impuestas; que se debia tener confianza en la Carta de 1814; que con esta Carta se podia ser libre, sabiendo hacer buen uso de ella; que lo que el año anterior habia hecho falta no fué mas que un ministerio uniforme é independiente; que de la manera mas formal habia prometido Luis XVIII for-



mar uno de esta clase, y que sobre esta materia como sobre todas las demás, se obtendrían las satisfacciones razonablemente deseables.

Mr. de Flaugergues, hombre de talento y de opiniones liberales muy pronunciadas, replicó que dudaba mucho de que se pudiera inducir á las Cámaras á aceptar á los Borbones sin condiciones de ninguna especie, é insistió en la necesidad de introducir un cambio en la Carta, cambio relativo á la iniciativa de las Cámaras y muy deseado por entonces. La Carta de 1814 habia rodeado esta iniciativa de grandísimas precauciones, y se creía por aquel tiempo que la influencia de las Cámaras estribaba en la participacion de la iniciativa legislativa con la corona, porque aun no se habia aprendido por experiencia que la tal influencia se ejerce por medio de un ministerio sacado del seno de la mayoría, y que cuando tienen las Cámaras verdaderamente la facultad de conseguir que suba al poder un ministerio semejante, no solo han conquistado la iniciativa legislativa, sino el gobierno todo, á lo menos en la proporcion en que lo pueden ejercer sin peligro. Ignorándose á la sazón esta verdad de bulto, se pugnaba á favor de la iniciativa con una obstinacion pueril, si bien universal. Lord Wellington prometió solicitar esta concesion de Luis XVIII, y aplazó los parlamentos para el siguiente dia. Antes de separarse de la primera conferencia, se le preguntó si un príncipe de la casa de los Borbones que no fuera Luis XVIII, tendría probabilidades de ser acogido por los soberanos aliados, con lo cual se indicaba claramente al duque de Orleans, sin hacer mencion de su nombre. El duque de Wellington respondió que lo pen-

saría despacio, y que sobre este punto se explicaría en la próxima entrevista.

Todo el resto del dia empleó el duque en disponer sus tropas, en ver y hablar al mariscal Blucher con el fin de inculcarle sus ideas, y tanto por la noche como al dia siguiente, platicó una vez y otra con los enviados de la comision ejecutiva. En el intermedio supieron estos señores la partida de Napoleon de una manera segura, y por su parte el duque de Wellington recibió importantísimas noticias de la corte de Gante. Habiendo sorprendido los guardias ingleses á la plaza de Cambrai, allí habia entrado Luis XVIII acompañado de Mr. de Talleyrand, y con fecha del 28 de junio habia publicado la declaracion llamada *de Cambrai*, y que venia á ser como la declaracion de *Saint-Ouen* de la segunda restauracion de los Borbones. En este documento decia Luis XVIII que, *hallando abierta delante una puerta de su reino, allí acudia presurosamente, para colocarse por segunda vez entre Europa y Francia, que era el único modo con que deseaba tomar parte en la guerra, pues habia prohibido á los príncipes de su familia aparecer entre las filas de los extranjeros; que á su primera entrada en Francia halló vivamente excitadas las pasiones; que á moderarlas habia aspirado, tomando la posicion de mediador y de árbitro entre ellas; que en medio de dificultades de toda especie, su gobierno habia debido cometer faltas, pero que la experiencia no resultaria perdida; que habia otorgado la Carta, y mantenerla era su designio, y hasta añadir todas las garantías capaces de asegurar su beneficio; que la mas fuerte que podía ofrecer era la unidad del minis-*

terio; que se habia hablado del proyecto de restablecer el diezmo y los derechos feudales, y aun de atentar contra la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales, pero que estas eran calumnias forjadas por *el enemigo comun*, con el fin de aprovecharse de ellas, pues bastaba leer la Carta para adquirir la certidumbre de que nunca se podia temer tal cosa; que finalmente, al volver entre sus súbditos, de quienes tantas pruebas de amor y de fidelidad habia recibido, formado traia el propósito de olvidar todos los actos cometidos durante la revolución postrera; que sin embargo, *se habia consumado una traición de que no habia ejemplo en los anales del mundo*; que esta traición habia hecho correr sangre de franceses, y traído por segunda vez al corazon del país á los extrangeros; que *la dignidad del trono, el interés de Francia y el reposo de Europa*, no permitian que se dejase impune; que los reos de esta horrible trama *serian designados por las Cámaras á la vindicta de las leyes*, y que la justicia pronunciaria el fallo.

Esta declaración estaba firmada por Luis XVIII y refrendada por Mr. de Talleyrand. Segun se ha visto, allí se hallaban contenidas todas las ideas, que circulaban entonces con boga. En su texto consignaron los moderados la declaración de las faltas cometidas, el mantenimiento y el desarrollo de la Carta, y las garantías á los compradores de bienes nacionales; prudente Wellington introdujo la unidad del ministerio, y los emigrados puros anunciaron los propósitos de venganza contra los supuestos autores de la conspiracion de la isla de Elba, que no habia consistido más que en las faltas del gobierno de los Borbones y en la ha-

bilidad de Napoleon para aprovecharse de ellas.

Estos dos hechos de la partida de Napoleon y de la llegada de Luis XVIII con su manifiesto debia simplificar mucho la tarea del duque de Wellington y de los negociadores del armisticio. Estos anunciaron al duque de Wellington la partida de Napoleon, y ya no habia que tratar de que se efectuase la entrega de su persona. De seguida abordó el duque de Wellington la cuestion referente á la dinastía que se habia de substituir á la de los Bonapartes. No le pareció que se debiera tratar seriamente de la transmision de la corona de Francia á Napoleon II, y únicamente se ocupó de la especie sellada y referente á otro príncipe de la casa de los Borbones que no fuese Luis XVIII. Sin designar á ningun individuo sostuvo que, para el reposo de Francia y de Europa, un monarca cuyos derechos no fuesen disputados valia infinitamente más que un príncipe llamado de fuera de la sucesion regular á la corona; que de lijo este príncipe se mostraria inquieto; emprendedor é inclinado á las acciones de brillo; y que semejante disposicion no era apetecible ni aun para Francia, cuya política no tendria de este modo la calma y la prudencia necesarias. A mayor abundamiento declaró que semejante combinacion no seria admitida, si bien especificando plenamente que ninguna instruccion precisa tenia sobre este asunto, y que solo hablaba á tenor de su convencimiento. Luego añadió que en todo caso, si Francia queria absolutamente á Napoleon II, ó á otro miembro de la familia de los Borbones que no fuese Luis XVIII, Europa se veria obligada á exigir garantías mayores, por ejemplo la ocupacion de algunas plazas fuer-

tes. Esto equivalía á excluir de una manera indirecta, si bien positiva, toda otra eleccion que la de Luis XVIII. En seguida el duque de Wellington mostró el manifiesto de Cambrai, é hizo valer cuanto contenia de ventajoso, como lo pudiera hacer el inglés más versado en el sistema de la monarquía constitucional. Solo opusieron los representantes del gobierno provisional dos objeciones, una relativa á la restriccion puesta al olvido general de los actos y de la opiniones, otra á la convocacion de las Cámaras. En cuanto á la restriccion puesta al general olvido daban muestras de temer que se aplicase á los regicidas, y como á semejanza de todo el mundo estaban persuadidos de la existencia de una conjuracion para traer á Napoleón de la isla de Elba, ni aun siquiera les ocurría sostener que los autores de la tal conjuracion hubiesen de quedar impunes. Bien lejos estaban de sospechar que socolor de perseguir una conspiracion que no habia existido más que en la imaginacion exaltada de los realistas, se vertería la más ilustre y más heroica sangre y se contentaron con la explicacion dada por el duque de Wellington de que tan lejos se hallaban de estar amenazados los regicidas que Luis XVIII habia querido y aun queria elegir á Mr. Fouché por ministro. En esta cuestion llevaba el general inglés una segunda intencion poco digna de su caracter leal y sensato. Hasta cierto punto habia entrado en las ideas de venganza de los realistas, no á semejanza de ellos por saña loca, sino por cálculo generalizadísimo entonces entre los gefes de los coaligados. Efectivamente estos miraban al ejército francés de muy mal ojo, le creían culpable de conspiracion en lo

pasado, no le consideraban incapaz de serlo de igual modo en lo venidero, y juzgaban útil intimidarle con algunos ejemplos de bulto.

Relativa á la convocacion de las Cámaras era la segunda objecion de los comisionados. Al decir el manifiesto de Cambrai que se les sometiera la designacion de los reos, que del olvido general debieran ser exceptuados, al parecer se anunciaba la convocacion de Cámaras nuevas, y ellos desearian la conservacion de las Cámaras actuales, como en el año de 1844 se habia efectuado, lo cual en su concepto seria un modo de disponerlas favorablemente. Por dignas de atencion tuvo el duque de Wellington las dos objeciones de los comisionados, y contrajo el empeño de escribir á Mr. de Talleyrand para obtener una redaccion nueva, donde se especificase mejor lo que se entendia por reos en esta coyuntura, y que al hablar de la convocacion de las Cámaras se expresara de modo de no excluir la posibilidad de que continuasen abiertas las actuales.

Discutidos estos puntos, el duque de Wellington declaró que no se celebraría armisticio, sino á condicion de alejar al ejército francés de París, de recibir á los ejércitos inglés y prusiano cuando ménos en los puestos exteriores, y de confiar el servicio interior de la ciudad á la guardia nacional, bajo cuya proteccion se consumarían posteriormente los sucesos deseados. Sin explicarse á las claras sobre el modo con que se podría operar la mutacion del gobierno, el duque de Wellington queria que las tropas extranjeras tuvieran la menor parte que fuese posible, y una vez trasladado el ejército francés más allá del Loira, no admitia mas

intervencion que la de la guardia nacional parisiense. Efectivamente con toda la autoridad de su carácter y de su posicion dijo al fogoso Blucher que era menester dar de mano á la vanagloria de entrar como triunfadores en la capital enemiga, y preferir el resultado útil al resultado balagüeno; que tomar á París á viva fuerza se resentia de dudoso; que además esto equivaldria á humillar á Francia, y á comprometer el porvenir de un gobierno, cuya duracion interesaba á todo el mundo, y que valia cien veces más asistir desde fuera de París á una revolucion pacífica operada por la guardia nacional parisiense, que consumir esta revolucion por sí propios y á continuacion de un asalto.

Así el alejamiento del ejército francés, París confiado á la guardia nacional, un silencio absoluto con relacion al futuro gobierno de Francia, siempre subentendido el restablecimiento de los Borbones, tales eran las principales bases sobre las cuales pensaba el duque de Wellington que se podia celebrar un armisticio. Así encargó á los comisionados que lo manifestaran al gobierno provisional, quitándole toda esperanza de alcanzar otras condiciones. Relativamente á este punto, les enseñó una carta de Mrs. de Metternich y de Nesselrodé, de fecha de 26 de junio, y escrita despues de tener conocimiento de la abdicacion de Napoleon, por la cual estos ministros recomendaban á los generales aliados que no reconocieran á ninguna de las autoridades aparentes ó verdaderas, que hubieran sucedido al emperador caído, y no interrumpieran las operaciones militares hasta hallarse dentro de París y ser dueños de admitir el único

gobierno aceptable por las potencias. De consiguiendo no ofrecia ninguna ventaja aguardar la llegada de los soberanos. Ocioso es añadir que ante semejantes declaraciones era imposible hallar un medio de ajuste en el abandono de las plazas de la frontera. Ni una palabra se dijo sobre tal abandono, por no querer el general inglés á Metz ni á Estrasburgo, sino á París, con el objeto de establecer allí á los Borbones. Lo que acababa de decir á los comisionados, se lo repitió al enviado Macirone y á todos los agentes secretos del duque de Oranto. Sus deseos se cifraban en el restablecimiento de los Borbones con la menor apariencia posible de fuerza extranjera, y con un verdadero régimen constitucional, segun le parecia bueno para Inglaterra. Respecto de lo concerniente á Mr. Fouché en persona, el duque de Wellington repetia que nada mejor deseaban los Borbones que estarle obligados, y darle testimonio de su gratitud de una manera positiva. Mr. de Tayllerand habia sido el hombre de fuera, Mr. Fouché seria el hombre de dentro, y ambos serian tratados como salvadores de la monarquía.

Mientras en el cuartel general del duque de Wellington pasaban estas cosas, descontento el mariscal Blucher de negociaciones de las cuales se hallaba excluido en cierto modo, y que además le habian de privar de entrar en París como triunfante, cuanto le era posible entorpecia las comunicaciones de los comisionados franceses, hasta el punto de costar á estos el mayor trabajo dar parte á monsieur Fouché de sus entrevistas con el duque de Wellington y pedirle nuevas instrucciones. Ni se paraba el mariscal en esto, pues, mientras embara-

zaba las negociaciones cuanto estaba á su alcance, se aplicaba á ver de cortar el nudo con la espada prusiana, trasladándose á la orilla izquierda del Sena. Por este motivo soltó su caballería toda á batir la campaña para posesionarse de los puentes. Los de Sévres, de Saint-Cloud, de Neuilly se hallaban provistos de obras defensivas, y los de Besons y Chatou incendiados. Desgraciadamente el de Peeq no se habia destruido, á pesar de las órdenes despachadas por el mariscal Davout con este objeto, á causa de la resistencia de algunos vecinos de San German, unos preocupados del interés puramente local, otros de un culpable interés de partido. Así la caballería prusiana cruzó á San German, y de seguida trasladóse á Versailles. Peligros corría sin duda, como se verá pronto, pero conquistado estaba el paso del Sena, y amenazado Paris por la margen izquierda, esto es por su parte más flaca.

Dentro de Paris se aguardaba impacientemente el resultado de las negociaciones entabladas para conseguir un armisticio, y no conocerlo de plano causaba irritacion profunda. Mr. Fouché no lo podia ignorar ciertamente, pues, habiendo logrado el general Tromelin y el agente Macirone cruzar las avanzadas, le llegaron á comunicar lo que el general británico exigia á toda prisa. Pero aun no habian podido penetrar en Paris los correos de los negociadores, y oficialmente no sabia nada, y de aqui sacaba provecho para no decir á las Cámaras ni lo más leve. Solo se limitó á repetir en torno suyo, que de apuros no se saldria sino admitiendo á los Borbones, sin perjuicio de exigirles condiciones buenas y tranquilizadoras. Tal lenguaje habia ir-

ritado vivamente á los revolucionarios, mucho menos á los liberales, que deseaban la libertad de cualesquiera manos, bien que así en unos como en otros suscitó universales desconfianzas. Como sospechoso, Mr. Fouché se mostraba cada vez mas vacilante, y aunque no veia otro desenlace que los Borbones, no osaba decidirse y aspiraba á valerse del mariscal Davout, que, avalorando mejor que nadie en su calidad de general en jefe la dificultad de hacer frente al enemigo, é impeliéndole su carácter á no ocultar nada, muy capaz era sin duda, y ya lo habia acreditado, de venir á parar atrevidamente en el restablecimiento de los Borbones. Pero en lugar de tratar al mariscal de la manera conveniente, esto es, por la vía franca y honrada, Mr. Fouché asediábale con manejos de todas clases y de continuo le enviaba á Mr. de Vitrolles, para excitarle bajo mano á hacer la declaracion deseada. No era esto portarse de manera propia á salir airoso, y hasta era exponerse á incidentes que todo lo podian comprometer en un puuto. Con efecto, la frecuente presencia de Mr. de Vitrolles al lado del mariscal excitó un incidente que pudo tener las más fatales consecuencias.

Segun se ha visto, la asamblea habia enviado representantes para visitar á las tropas y llevar las proclamas, y consolarlas de la partida de Napoleon I, asegurándoles que se trabajaba á favor de Napoleon II. Dirigiéndose estos representantes al cuartel general del mariscal Davout, establecido en la Villette, allí encontraron á Mr. de Vitrolles, y mostráronse muy sorprendidos de ver en lugar semejante á tan conocido realista, á quién todavia se creia en Vincennes, y con él trabaron

una conversacion degenerada muy pronto en altercado violento, y al mariscal expresaron su asombro, y éste les hizo mal recibimiento, y visitaron á las tropas, que les aplaudieron al oírles hablar de Napoleón II, y luego tornaron á las dos Cámaras, á las cuales comunicaron sus noticias y llenaron de desconfianzas. Al pronto pensaron en denunciar á la comision ejecutiva como en estado de traicion fragante, pero no se atrevieron á dar escándalo de tanto bullo, y se limitaron á señalar una *mano invisible*, que paralizaba la defensa y amenazaba la seguridad de la capital y de los poderes establecidos. Como decian que el ejército extenuado de fatiga no se despertaba sino al nombre de Napoleón II, se oyó decir á muchos representantes:

—Sigamos su ejemplo, y gritemos; viva Napoleón II. — Toda la asamblea levantose en masa, y así renovó sus empeños con la dinastia imperial en la persona del niño prisionero. Mas á las claras se expresaron en el seno de la comision ejecutiva, donde el incidente de la Villette fué asunto de una vivísima escena. Muy agitado Carnot por las circunstancias, y ya dispuesto, por causa de la agitacion misma, á sufrir á los Borbones, ya viendo una traicion en cuanto propendia á su vuelta, se quejó amargamente á Mr. Fouché, de lo que en el cuartel general de Villette habia acontecido. Desde luego preguntó qué hacia Mr. de Vitrolles en lugar semejante, quién le habia restituido la libertad, y con qué objeto se le habia restituido. Mr. Fouché, cuya sangre no bullia á menudo, al fin acabó por arrebatarse á su turno. — ¿A quien dirigis vuestras lamentaciones? preguntó á Carnot. ¿Por qué os quejais á todo el mundo de la dificultad de las cir-

cunstancias? Puesto que no sabeis conservar vues-  
tra sangre fria, y necesitais pegarla con alguno,  
id á atacar al mariscal Davout al frente de sus tro-  
pas, y allí encontrareis con quien hablar probable-  
mente. Si es á mí á quien mirais de mal ojo, acu-  
sadme ante las Cámaras, y allí os daré cumplida  
respuesta. — Esta viva réplica no satisfizo á Carnot,  
pero le anonadó del todo, porque á semejanza de  
sus demás colegas sucumbia bajo lo violento y fal-  
so de la situacion de las cosas. No querer ni á Na-  
poleón ni á los Borbones era una doble negacion que  
venia á parar en la nada. Carnot no tenia por que  
acusarse de la primera, si bien obstinarse en la se-  
gunda no era digno de su talento ni de su patrio-  
tismo.

Ya era menester acabar de todas maneras, y vacilante y todo, conociendo Mr. Fouché mejor que nadie la necesidad de salir de esta situacion peli-  
grosa, entre los ejércitos enemigos por una parte,  
prontos á atacar á Paris, y la Cámara de represen-  
tantes por otra, pronta á pasar del abatimiento á  
las mas locas determinaciones, se resolvió á pro-  
mover una conferencia formal con los gefes milita-  
res para obligarles á que se explicaran sobre la  
cuestion esencial del momento. ¿Se podia ó no se  
podia defender á Paris? Si era posible la defensa,  
necesario se hacia pelear á todo trance; si era im-  
posible, la rendicion se hacia forzosa. Efectiva-  
mente, este era el único modo de salir de tal labe-  
rinto, y así bien concebido estaba el paso; pero  
faltaba la franqueza que se deberia emplear sin du-  
da, y que, abreviando esta dolorosa agonía, á la  
par salvara la dignidad de todos, muy comprome-  
tida á causa de estas largas tergiversaciones.

Sin embargo, habiendo mejorado las circunstancias bajo ciertos aspectos, la solución imaginada por Mr. Fouché se hizo menos obvia. Realmente, según los partes demasiado alarmantes del mariscal Grouchy, se había creído al ejército que se replegaba sobre París, en derrota é incapaz de cubrir la capital por tanto; y á su vista ya se concibió mejor idea. Intacto se hallaba en su personal y en su material el cuerpo de tropas de Vandamme, bajo las órdenes de Grouchy al principio, é inconsolable de haber estado ausente de Waterloo, nada anhelaba más vivamente que derramar su sangre bajo los muros de la capital de Francia. Aun hallándose menos bien armadas las tropas vueltas de Waterloo, su conjunto habían recuperado y su ardimiento; y descontadas algunas pérdidas sufridas durante la retirada de Laon á París, las dos masas reunidas se elevaban á cincuenta y ocho mil hombres, y nada les igualaba ciertamente en denuedo y en moral energía. Al oír el nombre de Napoleón II entraban en efervescencia, pero cualquiera que fuese el soberano que se les deparara en adelante, se sentían poseídas de cierta especie de rabia á la vista de los prusianos y de los ingleses. En los depósitos replegados sobre París se habían hallado cerca de doce mil hombres, lo cual hacía salir á setenta mil combatientes las tropas de línea disponibles. Bajo el título de tiradores de la guardia nacional se había armado á unos seis mil federados, y si no retuviera al gobierno una desconfianza injusta, bien se hubiera podido armar á otros quince mil por lo menos. Para el servicio de la artillería se contaba con algunos miles de artilleros de marina, con veteranos y con

los alumnos de las escuelas. No era, pues, imposible juntar delante de la capital noventa mil hombres, setenta mil de los cuales estaban acostumbrados al servicio, y á voluntad podían ser conducidos á uno ú otro lado del Sena. Sobre la orilla derecha, esto es, la primera que se presentaba al enemigo, ya estaban terminadas las obras y armadas completamente: por el contrario, sobre la orilla izquierda apenas estaban comenzadas; pero á falta de obras, hacía esta parte había un medio de defensa muy de bulto, el paso del Sena. Con efecto, para que el enemigo operara sobre la orilla izquierda, se necesitaba que empezase por cruzar el río, y de consiguiente se viera obligado á dividirse en dos masas, posición por extremo peligrosa, y de la que ciertamente el general francés no dejara de sacar partido. Maniobrando Napoleón al frente de setenta mil hombres sobre las dos márgenes del Sena, de seguro hiciera sufrir muy mala suerte á uno de los dos ejércitos enemigos, y probablemente á ambos. Y aun sin Napoleón, un hombre tan experimentado y de tanta firmeza como el mariscal Davout, todavía se hallaba en proporción de oponer una fuerte resistencia, á lo menos durante el tiempo todo que solo á los ejércitos del duque de Wellington y del mariscal Blücher tuviera encima.

Sobre la orilla derecha del Sena había dejado el mariscal Davout á las tropas llegadas de Waterloo, estableciendo á Vandamme con el antiguo cuerpo de Grouchy sobre la orilla izquierda, y situando á la Guardia imperial de reserva en el Campo de Marte, con un puente de barcas junto al puente de Jena, para facilitar los movimientos de una orilla á otra. También había asestado una ar-

tillería de grueso calibre sobre las alturas de Anteuil para barrer la llanura de Grenelle, para el caso en que, operando por la orilla izquierda, el enemigo atacara á Vaugirard con fuerza.

Segun se ha visto, del puente de San German se habian apoderado los prusianos, y sobre la orilla izquierda del Sena querian operar con sesenta mil hombres, mientras con cincuenta mil amenazaban los ingleses la orilla derecha. Rápidas marchas, algunos combates, y la ocupacion de muchos puntos á la espalda, ya habian reducido los dos ejércitos invasores á ciento y diez mil combatientes.

¿Y habia probabilidades de defender victoriosamente á Paris en semejante estado de cosas? Con miras mas determinadas en el gobierno, con algunas precauciones militares añadidas á las ya tomadas, fijamente se detuviera á los ejércitos inglés y prusiano, y aun por su temeridad se les castigara muy gravemente. Tanto las alturas de Montmartre como las de Belleville y Charonne se hallaban en completo estado de defensa; pero debieran tener mejor resguardo las avenidas de la Villette y de la Chapelle, y con especialidad las del canal de San Dionisio. De haberse cuidado mas esta parte de la defensa se biciera impracticable de todo punto un ataque sobre la orilla derecha, de forma de no inspirar ningun sobresalto, con tal de dejar en su custodia á los depósitos, á los tiradores y á los federados. En este caso todos los cincuenta y ocho mil hombres del ejército de Flandes hubieran podido ser trasladados á la orilla izquierda, para oponerse allí al ejército prusiano. Como era indispensable maniostrar sobre este lado, con el fin

de empujar al enemigo hácia el Sena, se necesitaba que fuera posible alejar de Vaugirard y de Montrouge una ó dos leguas, y por tanto que cubrieran á Paris algunas obras construidas en este punto. Asi es indudable que con algunos complementos de obras fortificadas sobre la orilla derecha, y algunos principios de obras sobre la orilla izquierda, armando además á mayor número de federados, se pudieran dejar á la orilla derecha veinte y cinco mil hombres, y conducir setenta mil á la orilla izquierda para agobiar allí á los prusianos. Derrotados estos al golpe, sin duda los ingleses quedaran expuestos á un desastre.

¿Pero aun asi habia eventualidades de un triunfo sério y verdaderamente saludable para el pais? Doscientos mil enemigos llegaban por el Este, cincuenta mil de ellos á las órdenes del mariscal de Wréde, y que solo distaban ya de Paris cuatro ó cinco jornadas. ¿Aun tentando un golpe de desesperacion con fortuna, por tomar una señaladísima venganza del desastre de Waterloo, no se corria el riesgo de sucumbir unos cuantos dias mas tarde y todavia mas desastrosamente? Sin duda, si despues de un insigne triunfo se tuviera á Napoleon para sacar fruto del impulso comunicado á las almas, acaso hubiera posibilidad de hacer frente á los coaligados. Pero ya en marcha Napoleon hácia Rochefort, un triunfo bajo los muros de Paris verosimilmente no produjera otro resultado que irritar mas á la coalicion y empeorar la situacion de los franceses.

Sin embargo, en situacion como la suya por entonces, se concibe la inclinacion á una lucha desesperada, se concibe el anhelo de exponerse á



los mayores peligros, á trueque de descargar sobre los prusianos y los ingleses un golpe mortal que consolará á los franceses del desastre de Waterloo aun cuando á otro día se hubieran de someter á una suerte mas dura.

Tal era el conflicto con que luchaba el alma del inflexible defensor de Hamburgo, al figurar como defensor de París ahora. Acusar á un hombre de su temple de debilidad ó de cobardía no pasa de ser una locura del espíritu de partido. Perfectamente veía el pró y el contra de la situación presente, se le alcanzaba la ventaja de tener que habérselas con enemigos divididos entre las dos márgenes del Sena, y no pudiéndose comunicar sino muy difícilmente de una orilla á otra para prestarse mútua ayuda, á la par que, dueño de todos los pasos, el ejército encargado de defender á París siempre se podia lanzar sobre la porcion del ejército aliado que se aventurara á operar sobre la orilla izquierda, y hacerle sufrir un cruel descalabro. Como general sentíase tentado á dar una batalla, que tales eventualidades ofrecia de buen suceso: como ciudadano veía en el caso de una derrota el peligro de París expuesto al furor de la soldadesca prusiana, y aun en el caso de una insigne victoria, su escasísimo resultado para la prosecucion de la resistencia, debiendo llegar sucesivamente doscientos mil coaligados en el espacio de quince ó veinte días. Así hallábase perplejo bajo las impresiones del soldado en oposicion de las del ciudadano. Además se encontraba poseido de desconfianza y de enojo respecto de Mr. Fouché, á quien habia ofrecido un medio franco y recto de poner término á la crisis, con hacer á las Cámaras una decla-

racion sincera, y proponerlas el restablecimiento puro y simple de los Borbones bajo condiciones honrosas y tranquilizadoras. Ya es sabido cómo despues de acoger Mr. Fouché tal medio habia dejado que se malograra bajo los mas frivolos pretextos, y á la par que en secreto otorgaba á los agentes realistas todas sus peticiones, públicamente se esforzaba por hacer que sobre el gefe militar cayera la responsabilidad de los sucesos, obligándole á declarar la imposibilidad de la resistencia. De consiguiente el mariscal se hallaba combatido el mismo tiempo en cuanto á la resolucion que debia adoptar por mas conveniente, é irritado de que, en lugar de aceptar el medio sencillo y honroso de hablar á las Cámaras con todas veras, se metia por caminos tortuosos sin cuento, y que, mientras se hacia valer ante los realistas bajo mano, á los ojos de los revolucionarios, de los bonapartistas queria cargar sobre el gefe del ejército de París la negativa á la lucha y la sumision á la voluntad del enemigo.

En semejante disposicion de ánimo se hallaba el mariscal Davout cuando el 1.º de julio por la mañana recibió la invitacion de Mr. Fouché para asistir al seno de la comision ejecutiva, y deliberar allí sobre la grave cuestion relativa á si convenia resistir vigorosamente ó ceder á la voluntad de los generales contrarios. Tratando el mariscal Davout á Mr. Fouché al modo que Mr. Fouché trataba á sus compañeros de comision á menudo, con cierto desden altanero, no se dió mucha prisa á acudir á una sesion en la cual preveia poca formalidad y franqueza. Además, habiendo establecido su cuartel general en Montrouge, se hallaba apli-

cado á situar sus tropas, á velar por que ocuparan los puestos donde habian de sostener la pelea, y así dedicó la mañana á desempeñar sus funciones de general en jefe mas que las de miembro del gobierno, mirando estas por sí como accesorias. Al notar la comision ejecutiva cuan poco se apresuraba el mariscal Davout á responder al llamamiento de Mr. Fouché, le dirigió en su nombre colectivo la invitacion de presentarse lo mas pronto que le fuera posible, y allá acudió inmediatamente, si bien ya era por la tarde. Además de la comision ejecutiva, se habia citado á los ministros, á los individuos de las mesas de ambas Cámaras, al mariscal Masena, jefe de la guardia nacional de París, al mariscal Soult, al mariscal Lefebvre, á los generales Evain, Decaux, de Ponthon, estos últimos encargados de los servicios de la artilleria y de ingenieros. No se habia convocado al mariscal Ney, á causa de haber comprometido mucho su autoridad las palabras que dias atrás habia pronunciado en la Cámara de los pares.

Reunidos ya todos, el duque de Otranto expuso el objeto de la junta, y sin revelar enteramente el resultado de las negociaciones entabladas por Mrs. Boulay de la Meurthe, Andreossy, de Valence, de Flaugergues y de la Besnardiere en el cuartel general del duque de Wellington, no disimuló que los dos generales enemigos se hacian cada vez mas amenazadores; que no mostraban disposicion alguna á celebrar un armisticio, á no ser que se les entregara la ciudad de París, residencia del gobierno, para hacer allí cuanto fuera de su agrado. No se necesitaba de muchos alcances ni de grandes explicaciones para comprender que no se trataba

de entrar á París á sangre y fuego, sino de operar una revolucion en su recinto.

Tras de exponer la cuestion en términos breves, Mr. Fouché aguardó á que se hiciera uso de la palabra, y no atreviéndose nadie á emitir un parecer sobre tan grave materia, se callaron todos. Entonces Mr. Fouché provocó por sí la manifestacion de las opiniones, é interpeló con preferencia á los miembros de la junta, pertenecientes á la Cámara de representantes, por importar mucho comprometerles mas que á todos. Particularmente interpeló á Mr. Clement-des-Doübs, individuo de la mesa de la segunda Cámara, y hombre sincero y considerado (1). Mr. Clement respondió que, siendo militar la cuestion presente, á los jefes de las tropas tocaba dar explicaciones, y al parecer excitó á emitir su dictamen al ilustre Masena. Habiendo visto volver el insigne defensor de Génova con sentimiento el año de 1814 á los Borbones, y el año de 1815 á Napoleon con sentimiento aun mas profundo, muy bien conocia las miserias de la situacion presente, y si todavía deseara tomar alguna parte en los sucesos, sin duda aconsejara ir por la via mas corta y mas recta al resultado que le parecia inevitable, esto es, al restablecimiento de los

(1) La generacion actual ha visto, conocido y respetado, á Mr. Clement, miembro de las Cámaras por espacio de cuarenta años. Con el auxilio de los recuerdos, que habia conservado de esta escena, y que tuvo la bondad de escribir para mi uso, me ha sido posible rectificar la mayor parte de las relaciones contemporáneas. Como se hallaba presente y era veraz hasta lo sumo, y ninguna razon tenia para alterar los hechos, me parece que esta relacion es rigurosamente exacta, y lo mas próxima que es posible á la verdad absoluta.

Borbones. Con voz debilitada, mas por el desaliento que por falta de salud, respondió que por experiencia propia sabia cuanto tiempo se podia mantener una gran ciudad contra un enemigo poderoso: pero que ignoraba los recursos allegados en torno de la capital, y asi no podia fallar sobre la cuestion pendiente con pleno conocimiento de causa.

Esta respuesta apremiaba forzosamente á explicarse al mariscal Davout, ministro de la Guerra y general en jefe del ejército encargado de defender á Paris. Duramente se expresó y con enojo, y de forma de poner de manifiesto que iba dirigido contra el político tortuoso, que en lugar de desenlazar la situacion de una manera sencilla, al parecer se esmeraba en complicarla por gusto.—¿Qué se le preguntaba en tal coyuntura? ¿Se queria saber si cabia dar en torno de Paris una batalla? Pues afirmaba que era posible, y por su parte veia gran probabilidad de triunfo y se hallaba pronto á pelear con energia y confianza. Entonces alegó sus razones como hombre del oficio, que sin estar acostumbrado á hacer uso de la palabra, convenientemente expresaba lo que sabia á fondo. su discurso hizo grande efecto sobre el ánimo de los circunstantes.—Así, añadió, si se hace reposar únicamente la cuestion sobre la posibilidad de dar y de ganar una batalla, pronto me declaró á darla, y espero ganarla asimismo. Formalmente desmiento á cuantos afirman que yo me niego á combatir por creerlo imposible. Aquí declaro lo contrario, y pido que de mi declaracion se tome nota.—

Aunque Mr. Fouché cambiaba muy poco de color, ahora su rostro se puso más pálido que de costumbre, y embarazado por las frases visible-

mente dirigidas á su persona replicó en tono amargo:—Ofreceis pelear ¿pero podeis acaso responder de vencer?—Sí, repuso el intrépido mariscal, sí, respondo de vencer como no me maten en las dos primeras horas.

Esta mera réplica apuró todavía más á Mr. Fouché, que, no obstante, si estuviera dotado de un talento perspicuo y de un carácter leal, sin vacilaciones llevara la cuestion al terreno en que el mariscal Davout la queria plantear á todas luces. Con efecto, la victoria siempre dudosa, á pesar de las apariencias más favorables, no zanjaba nada, pues llegaban doscientos mil enemigos para conseguir que se volvieran á juntar los restos de los ejércitos inglés y prusiano. Cuando Napoleon el año de 1814 queria en Fontainebleau dar un combate de esperanza, de fijo acabara si venia á los soberanos encerrados en Paris por entonces, á lo menos acabara por mucho tiempo, dado que apenas quedaba nada detrás de los enemigos, á quienes dentro de Paris hubiera abrumado, y en pie se mantuviera y prodigiosamente engrandecido por la victoria. Pero al presente, despues de que Blucher y Wellington fuesen repelidos, á la vuelta de ocho dias fuerza seria pelear con triple número de enemigos, sin tener á Napoleon para dirigir las maniobras. Por consiguiente la batalla no decidia cosa alguna: discutido este punto en las filas del ejército y bajo los muros de Paris y por soldados, una desesperacion noble hiciera que se resolviese la batalla; discutido por ciudadanos, por estadistas, en un consejo de gobierno, se debia desechar como una resolucion generosa sin duda, pero que podia traer las más fatales consecuencias.

No sabiendo el duque de Otranto ó no osando plantear la cuestion como debia ser planteada se hallaba en el mayor apuro, cuando recibió un imprevisto socorro del hombre que de cotidiano estaba á punto de lanzarle el epíteto de traidor en rostro, de Carnot en suma. Este excelente ciudadano se apeaba del caballo, todo cubierto de polvo, tras de recorrer los alrededores de París y de practicar un reconocimiento general como ingeniero, y declaró que en su concepto no se podia arrostrar un ataque de los ejércitos aliados, sin exponer á la ciudad y al vecindario de París al más horroroso desastre. Sobre la orilla derecha del rio no eran las obras tales que se las pudiera abandonar á su sola fuerza, para llevar á la orilla izquierda á todas las tropas. Sobre la orilla izquierda eran las obras absolutamente nulas, y alejándose de la ciudad sus guardadores, se podia recelar que al golpe cayera en manos del enemigo. Ahora bien, para desalojar de las alturas de Meudon á los prusianos, se necesitaba maniobrar y dejar á Montrouge y á Vaugirard al descubierto, y comprometer la seguridad de París de este modo. Por otra parte no era exacto que los ejércitos inglés y prusiano se hallasen en la imposibilidad de darse ayuda. Tanto la estacion como lo bajo de las aguas hacia casi vadeable el Sena por muchos sitios; hacia Chatou y Argenteuil se aplicaban á comunicarse entre sí los ejércitos aliados, y en lo posible cabia que á la orilla izquierda se necesitara combatir á la mitad del ejército inglés y á todo el prusiano; es decir á ochenta mil hombres, con cincuenta ó sesenta mil á lo sumo. De consiguiente las probabilidades se resentian de dudosas, y de dudosas en mayor grado que al parecer creia

el mariscal Davout, general en jefe; y Carnot, nada sospechoso, pues su cabeza no estaria segura al volver de nuevo los Borbones, no se atrevia á aconsejar que bajo los muros de París se diera una batalla desesperada.

Naturalmente la opinion de un patriota y oficial de ingenieros como Carnot produjo y debia producir grande efecto sobre los presentes. El mariscal Soult apoyó el dictámen de Carnot, y dijo que despues de examinar las obras de la orilla derecha del Sena, no las hallaba tranquilizadoras del todo; que lejos de ofrecer el canal de San Dionisio un obstáculo insuperable á los asaltadores, detrás nada habia prevenido para oponer una segunda resistencia; y que los enemigos que forzaran el paso del canal muy bien podian entrar por los arrabales de París revueltos con los soldados franceses rechazados, mientras se peleara á la orilla izquierda con mejor ó peor fortuna.

Sin embargo, este dictámen fué combatido por el mariscal Lefebvre, antiguo revolucionario poco idóneo para producir desaliento ó la vuelta de los Borbones. En su concepto breves dias bastaban para completar las obras de la orilla derecha del rio, de forma de hacerlas invencibles, para comenzar las de la orilla izquierda, de forma de darles una fuerza relativa y que permitiera alejarse de allí durante algunas horas; en París quedaban por armar no pocos brazos, bastantes para que se pudiesen presentar fuera setenta mil hombres de tropas activas, con las cuales casi habia seguridad de ganar una batalla, y ganada una batalla mudaria el semblante de las cosas.

Esta manera de ver era muy sostenible; pero ni

Mr. Fouché ni otro alguno llevaba la cuestión más lejos, esto es, no abarcaba el conjunto de la situación de modo de patentizar que un triunfo junto á París no resolvía nada, y dejaba poco mejoradas las cosas, ó empeoradas acaso. Manteniéndose técnica la cuestión de este modo, y limitándose á la mayor ó menor probabilidad de un triunfo bajo los muros de París, los militares parecían los solos competentes. Allí los personajes del orden civil eran más numerosos, y hallando en el sesgo que había tomado el debate un medio de eludir la responsabilidad de lo que fuese resuelto, no dijeron sino que, siendo militar la cuestión del todo, su resolución incumbía no mas que á militares, y por tanto convenia someterla á un consejo especial y compuesto exclusivamente de hombres del oficio.

Inmediatamente fué adoptado este consejo muy cómodo para la mayor parte de los asistentes, y se determinó convocar para aquella misma noche un consejo de guerra, y formado por generales que fallaran sobre la materia. Esto equivalía á eludir y no á zanjar la dificultad de ningun modo, pues remitiéndola á los militares, aun cuando estos declararan la defensa de París como posible, siempre quedaba por examinar si operada la defensa de París con buen suceso, se hallaría verdaderamente resuelta la cuestión de resistencia á Europa.

Mr. Fouché, que pudiera hacer que se determinara de seguida esta cuestión tremenda, sin más que plantearla francamente, se ingenió de nuevo para conseguir el doble designio de promover la solución que deseaba en el fondo, y de hacer que la responsabilidad pesara sobre los militares. De

consiguiente extendió por escrito las preguntas dirigidas al consejo de guerra, y de modo de forzar, por decirlo así, la respuesta á cada una de ellas. Estas preguntas fueron las siguientes: ¿Cuál es la situación de París bajo el aspecto de las obras de fortificación y de su armamento y de las municiones? ¿Se puede resistir en el caso de un ataque simultáneo sobre las dos márgenes del Sena? ¿Se puede responder en el caso de un desastre de sus consecuencias para la ciudad y para su vecindario? ¿Cuánto se podía prolongar la resistencia en todo caso?

Mientras por la noche se juntaba el consejo de guerra en la Villette, se supo la noticia de un brillante combate dado aquella mañana en Versailles por la caballería francesa á la caballería prusiana. Avisado por el general Grenier, que acababa de inspeccionar las posiciones francesas, de que la caballería prusiana se había trasladado á Versailles, el mariscal Davout dispuso que el general Exelmans fuera á su encuentro y la rechazara vigoroso. Figurando entre los más decididos á pelear hasta la última hora, el general Exelmans apresuróse á ejecutar la orden recibida, corriendo sobre el enemigo. Al general Piré puso de emboscada en Roquencourt con los regimientos 44.º de línea y 4.º y 6.º de cazadores y á la cabeza de los dragones marchó personalmente por Velizy sobre Versailles. De dos regimientos de húsares de Brandeburgo y de Pomerania se componia la caballería enemiga, á las órdenes del coronel de Sohr y en número de unos mil quinientos jinetes. Habiéndolos descubierto el general Exelmans delante de Versailles, los cargó de muerte con los regimientos 5.º y 15.º

de dragones, mientras que el bizarro coronel Bri- queville con el 6.º de húsares y el 20.º de dragones los cogía de flanco. Empujados vivamente sobre Roquencourt y recibidos por el fuego del regimiento 44.º de línea y por las cargas de los regimientos 4.º y 6.º de cazadores, desordenados quedaron los húsares y destruidos por completo. Apenas pudieron algunos fugitivos llevar al cuartel general prusiano la noticia de su desventura. Entonces la infantería prusiana establecida en San German emprendió la marcha, aunque tarde, para acudir en socorro de su caballería.

Este brillante hecho de armas, el último después de veinte y dos años de sangrientas luchas, un leve consuelo era para las desdichas de los franceses, bien que sin alterar nada el fondo de las cosas. En situación expedita del todo hallóse el consejo de guerra convocado aquella noche en la Villette, de resultados del modo con que la cuestión se hallaba planteada, reduciéndola á un número de puntos determinados, sobre los cuales había que explicarse exclusivamente. Con efecto, acerca de estos puntos las respuestas no podían menos de estar en armonía con los deseos del duque de Otranto.

Respecto de las obras de fortificación de París el consejo dió por suficientes y bien armadas las de la orilla derecha, y las de la orilla izquierda por nulas. Además reconoció que las municiones eran abundantes. Poco probable, aunque imposible de sostener si era simultáneo, juzgó un ataque doble y ejecutado sobre las dos márgenes del Sena por los ejércitos inglés y prusiano. Mucho había que decir sobre este punto, por la probabilidad de que

el ataque sobre la orilla derecha no fuese más que accesorio, y el principal fuera sobre la orilla izquierda. No dejando en tal caso á la orilla derecha sino la menor parte de las fuerzas de los franceses, sesenta mil hombres sobre la orilla izquierda harían cara á todo, y á lo menos contendrían al enemigo, sino alcanzaban á batirle de lleno. Así la respuesta sobre este punto era muy cuestionable. Acerca de las resultas para el vecindario de un ataque á viva fuerza no rechazado victoriosamente, el consejo de guerra dijo con razón sobrada que ningun general podía responder de las consecuencias de una batalla perdida. Finalmente, en cuanto á la duración de la resistencia que sería posible oponer al enemigo, el consejo declaró que aún era más difícil explicarse de una manera satisfactoria, porque no se podía prever absolutamente.

Nada de esto resolvía la cuestión verdadera consistente en averiguar si, haciendo sufrir delante de París un sangriento descalabro á los prusianos y á los ingleses, mejoraría lo bastante la posición de los franceses respecto de los rusos, de los austriacos y de los alemanes, para no arrepentirse de haber empeñado la batalla. Pero interrogado el consejo acerca de puntos determinados, les dió las convenientes respuestas, y menos una, todas verdaderas de plano. Por lo demás al sutil presidente del gobierno provisional le bastaban tales respuestas. Ya que los hombres competentes declaraban que sobre la orilla izquierda del río se hallaba París completamente al descubierto; que si el ataque sobre las dos orillas era simultáneo no podía ser repelido; que eran imposibles de

prever así las consecuencias para el vecindario, y que en todos los casos no sería más que muy pasajera la duración de la resistencia, necesariamente la deducción estaba al común alcance. No quedaba más arbitrio que el de venir a tratos. Carnot, verdadero adversario en el seno del gobierno provisional de Mr. Fouché, no tenía derecho para impugnar deducción semejante, puesto que contra el mariscal Davout había sostenido el dictamen de ser la resistencia imposible. Grenier habíale apoyado: Quinette no era militar, y Mr. de Caulaincourt, quinto miembro de la comisión ejecutiva, pensaba que, segregado Napoleon, ya no quedaba otro arbitrio que recibir á los Borbones bajo las condiciones menos malas. Habiendo logrado Mr. Fouché su deseo de cargar principalmente sobre los militares la responsabilidad de la solución de las dificultades, declaró no quedar más recurso que el de anudar la negociación del armisticio. Independientemente de las nuevas instrucciones que se debían enviar á los comisionados, que desde el cuartel general las habían pedido por escrito, fácil era entenderse directamente con Blücher, puesto que se le tenía á la orilla izquierda del Sena. Un parlamentario despachado á las avanzadas, entre Vaugirard é Issy, podía dar margen á una transacción del modo más natural y conforme á los usos de la guerra. En proceder de tal modo había la ventaja de halagar á Blücher, de quien se sabía que estaba celoso del duque de Wellington, y como sobre la templanza de éste no se abrigaba ninguna duda, pues siempre estaba dispuesto á propender al parecer más razonable, con halagar al general prusiano, el menos tratable de

los dos caudillos, por medio de un trámite militar sumamente motivado, se observaba una conducta bien entendida, y que en la situación actual no era más humillante que cualquiera otra. Pero antes de despachar un parlamentario á las avanzadas prusianas, siempre aficionado á las comunicaciones clandestinas Mr. Fouché quiso volver á enviar al coronel Macirone cerca del duque de Wellington, y al general Tromelin cerca del mariscal Blücher, para conocer confidencialmente y á punto fijo las condiciones bajo las cuales sería posible obtener una suspensión de armas. Por medio de este nuevo paso deseaba además saber si definitivamente había que resignarse á los Borbones, y disponerlos en tal caso á otorgar las condiciones necesarias para hacer ménos difícil su restablecimiento. Asimismo aconsejaba al duque de Wellington, por ser el único de los dos caudillos enemigos capaz de comprender estas condiciones políticas, que no se diera prisa para entrar en París; que diera tiempo á que se calmasen las pasiones; que guardara contemplaciones al ejército y le conservara la bandera tricolor sobre todo; que también diera á las Cámaras ciertas satisfacciones; que las concediera la iniciativa, y mantuviera á las dos en el ejercicio de sus funciones; y finalmente que proclamara el completo olvido sobre todo lo pasado antes y después del 20 de marzo. Con estos miramientos decía monsieur Fouché que se vencerían las dificultades de entonces, y se tendría por instrumento del llamamiento de los Borbones hasta á los que al parecer se oponían más á tal desenlace. Por el coronel Macirone se debían transmitir al duque de Wellington estas comunicaciones. Mr. Tromelin no había

de entrar con el mariscal Blucher en tantos detalles, pues su comision reduciase á saber á punto fijo bajo que condiciones se podria tratar con este implacable prusiano.

Cuando el consejo de guerra tomó la decision ya referida era el 1.º de julio por la noche, y el gobierno provisional abrazó su partido el 2 de julio por la mañana. Ambos enviados, Mres. de Macirone y de Tromelin, se pusieron por la tarde en camino, hácia Gonesse el primero, y hácia Saint-Cloud el segundo. Detenido fué el coronel Macirone en las avanzadas inglesas, sin que se le dejara partir hasta el dia siguiente. Por su parte el general Tromelin consiguió cruzar las avanzadas prusianas, y fué introducido á presencia del mariscal Blucher, el cual vió con grande satisfaccion que al fin se pensaba en tratar con su persona. Desde que el general prusiano avaloró la dificultad de su situacion á la orilla izquierda del Sena, donde aun no estaban los ingleses en aptitud de darle apoyo, nada anhelaba mas que venir á tratos, y resolver la cuestion por sí mismo, quitando así á los bávaros, á los austriacos y á los rusos, ya cercanos, toda participacion en la gloria de esta campaña. Decorosamente recibió al general Tromelin, si bien expresó la voluntad muy deliberada de que de Paris se le hiciese entrega. Bajo el aspecto politico afirmaba que nada se habia estipulado, si bien dando á entender lo que harian los coaligados así que fueran señores de la capital de Francia. Para que en la mente del general Tromelin no quedara la mas leve duda acerca de las intenciones de las potencias, el mariscal Blucher le enseñó la carta de Mres. de Nesselrode y de Metternich del 26 de ju-

nio, de la cual ya el duque de Wellington habia dicho algo á los comisionados franceses, y basta se la dió á leer toda. Terminante era su contenido, y prescribia á los dos generales aliados que hasta hallarse dentro de Paris no suspendieran sus operaciones, ni reconocieran á ninguna de las autoridades establecidas despues del 20 de marzo, y que trataran de apoderarse de la persona de Napoleon. Verdad es que esta carta no mentaba á los Borbones, y aun quedaba la libertad de forjarse ilusiones, y de esperar que los rusos y los austriacos no los sostuvieran con tanto empeño como los ingleses; pero era indisputable la voluntad de entrar en Paris y de no reconocer las autoridades existentes. Despues de estas comunicaciones preliminares, el general Tromelin se despidió del mariscal Blucher y de las noticias adquiridas fué á dar cuenta al duque de Otranto. Nada se sabia del enviado Macirone, porque no habia podido llegar á presencia del duque de Wellington hasta ahora.

Ya el instante de decidirse era llegado, porque los ejércitos estaban á la vista sobre las dos márgenes del Sena. Cruzado estaba ya el rio por todos los prusianos, situados ya sobre las alturas de Sevres y de Meudon, con su izquierda hácia Saint-Cloud, y su derecha á la espalda hácia el riachuelo llamado Bievre. Los ingleses habianse ocupado en echar en Argenteuil un puente, y se aproximaban á Saint-Cloud por Courbevoie y Suresnes, á fin de apoyar á Blucher con parte de sus fuerzas. El grueso de su ejército se hallaba en la llanura de San Dionisio.

Por su parte el mariscal Davout habia tomado posicion como hombre de guerra muy experimen-



tado. Tras de terminar el aumento de las obras de fortificación de la orilla derecha, allí situó á los tiradores de la guardia nacional parisiense, á los depósitos y á una parte de las tropas de Waterloo; sobre la orilla izquierda estableció el grueso de estas tropas, así como todo el cuerpo de Vandamme. Según va hemos dicho, la Guardia imperial estaba de reserva en el Campo de Marte, con numerosos puentes sobre el Sena, para trasladarse en caso de necesidad á una ú otra orilla. Una formidable artillería de grueso calibre apuntada sobre las alturas de Anteuil estaba en disposición de barrer la llanura de Grenelle, disparando por encima del río. A eso de las cuatro de la mañana del día 3 de julio practicó un fuerte reconocimiento hacia Issy, punto ocupado por los prusianos, y después de empujarlos vivamente, allí hizo alto, para no empeñarse formalmente hasta recibir órdenes de dar batalla. Pero sobre todos los puntos estaba en aptitud de batirse á muerte, en el caso de que fueran intolerables las exigencias del enemigo. A colmo llegaba la exaltación de los soldados, y á voces pedían la batalla. Ochenta mil eran entre todos, y así tenían muchas probabilidades de triunfo, por tenérselas que haber con ciento veinte mil contrarios divididos á las dos márgenes del Sena. Bríosamente palpitaba el viejo corazón de Davout al oír sus gritos, y tentado se hallaba á emprender la lucha, para vencer ó morir á vista de la capital; pero aguardaba las últimas órdenes de la comisión ejecutiva, no llegando su temeridad al extremo de decidir de la suerte de Francia sin la voluntad del mismo gobierno.

Después de hallarse el general Tromelin de

vuelta, la comisión ejecutiva adoptó el partido de enviar á las avanzadas prusianas tres plenipotenciarios, que fueron Mr. Bignon, ministro interino de Negocios Extranjeros, el general Guilleminot, jefe de estado mayor del mariscal Davout, y Mr. de Bondy, prefecto del Sena. Así los intereses de la política, del ejército y de la capital, se hallaban representados en esta legación é un mismo tiempo. A Mr. de Caulaincourt se había encargado preparar tres proyectos de ajuste, que los negociadores franceses tenían autorización para proponer sucesivamente, replegándose de uno en otro.

Según estos proyectos debían ser inviolables las personas, así por sus actos como por sus opiniones, las propiedades públicas ó privadas, los objetos de arte y los museos; mantenidas y respetadas habían de ser las autoridades existentes. Sobre la ocupación de París y sobre su forma versaba la variación de los tres proyectos indicados. A tenor del primero, se declararía neutral á París, de su recinto saldría el ejército francés y se mantendría á cierta distancia, igual á la que eligiera para sí el ejército enemigo. A tenor del segundo todo se acomodaría al primero, no siendo ocupada la ciudad de París hasta que se recibiesen noticias de los negociadores enviados cerca de los soberanos. (Aun no se sabía nada de estos primeros negociadores, y se acariciaba la idea de que habrían obtenido algo del emperador Alejandro). Finalmente, en el último extremo, París sería cedida, el ejército francés se retiraría detrás del Loira, dentro de un plazo que se fijaría lo mas ventajosamente que fuera posible, y el servicio de París se confiaría á la guardia nacional, que mantendría el orden por sí

sola y haria que se respetase á las autoridades existentes.

Con trémula mano firmaron Carnot y Grenier estas condiciones, por sentir su alma trausida de pena. Consternado mostróse hasta Mr. Fouché, que atento ante todo á salvar su persona, tambien hubiera querido salvar su pais del comun desastre. Sin embargo, estampó su firma, y á los negociadores encomendó que pasaran por el cuartel general del mariscal Davout para tomar sus últimas instrucciones, y no le abandonaran hasta que el mariscal reconociera definitivamente que no habia mejor cosa que hacer en las actuales circunstancias.

Mrs. Bignon, Guilleminot y de Bondy partieron de consiguiente, y se encaminaron al cuartel general de Montrouge. Allí la emociion era extraordinaria, y en torno del mariscal Davout todo era agitacion y amenazas y clamar contra la traicion á voz en grito. Sobre su semblante habitualmente impasible, se retrataba la pesadumbre, y lo singular era que este inflexible mariscal no imponia el silencio que tenia costumbre de exigir en rededor suyo. Los generales Flahault y Exelmans expresaban que mas valia morir bajo los muros de la capital que ir á capitular al campo de los aliados. Ante espectáculo semejante los negociadores vacilaban en cruzar por medio de las avanzadas. Drouot, el hombre mejor de aquel tiempo, viéndose interrogado por Mr. Bignon, le respondió que era cruel no poder morir como soldado sobre la llanura que se dilatava delante de los ojos, si bien como ciudadano debia reconocer que lo mas prudente era venir á tratos. Estas palabras del hombre de bien,

consolaron algo á los tres negociadores de haber admitido una comision tan dolorosa. Cediendo á un movimiento involuntario, Davout pidió á los negociadores que aguardaran algunos instantes, y al galope salió seguido por muchos oficiales para dirigir la última ojeada sobre la posicion del enemigo. De vuelta estuvo al cabo de un breve reconocimiento. Por fin le habian hablado esas voces secretas, que influyen sobre los hombres en las circunstancias solemnes, y le habian dicho que ahora al ciudadano se debia oír mejor que al soldado.— Ya he enviado un parlamentario, dijo á Mr. Bignon, con que podeis partir de seguida.—

Con efecto, partieron los tres negociadores y se encaminaron á las avanzadas prusianas. Al pronto sufrieron algunos malos tratamientos del general Zietzen, si bien muy luego fueron admitidos y llevados al palacio de Saint-Cloud, donde el mariscal Blucher tenia establecido su cuartel general por entonces.

Siendo áspero y todo, lisongeadó ahora de tener en su cuartel general á los plenipotenciarios franceses, y de no ser considerado solamente como segundo del duque de Wellington cual siempre, Blucher recibió perfectamente á los tres enviados, y les hizo ver la imposibilidad de que ninguno de los dos caudillos se satisficiera con menos que la entrega de Paris y el alejamiento de las tropas francesas. Posible era la discusion acerca de los demás puntos, pero sobre estos dos no cabia la réplica mas leve. Apenas se habian cruzado las primeras palabras, enterado por los prusianos de la apertura de estos parlamentos, se presentó el duque de Wellington en persona, y ya la conferen-

cia fué del todo formal y precisa y limitada á los puntos esenciales. Dos condiciones fundamentales fueron la retirada del ejército francés y la ocupación de París, sobre las cuales no se admitió discusión alguna. Solo se abrió debate acerca del momento en que la ocupación de París se debía poner por obra, y acerca del número de días que habían de emplear en alejarse las tropas francesas, y del punto en que harían alto. No tuvieron inconveniente los dos generales aliados en conceder que, ya dentro de París, no se mezclarían en política para nada, y que solamente la guardia nacional daría el servicio. Ya no disimularon que su objeto esencial se cifraba en el restablecimiento de los Borbones; pero no les convenía confesar que habían ido para tal objeto, y mucho menos consignarlo por escrito, y seguros como estaban de que luego que se hallasen en París por sí misma se consumaría la obra, se contentaron con expresar que la guardia nacional tendría á cargo el mantenimiento del orden establecido. Lo singular era que el duque de Wellington más empeñado en la restauración de los Borbones, y después de trabajar más que nadie en este sentido, lo quería aun confesar menos, á causa del parlamento británico, ante el cual se hubiera negado siempre que se abrigara el designio de un cambio de gobierno en Francia. Relativamente á las personas y á las propiedades, afectando no mezclarse en política para nada, los caudillos inglés y prusiano declararon que estaban dispuestos á respetarlas por sí y á hacer que las respetaran sus tropas.

Tras de estas generalidades, como espíritu siempre positivo, el duque de Wellington dijo que

respecto de convenios en la redacción estribaba todo, y preguntó á los negociadores franceses si llevaban algún proyecto redactado. Mr. Bignon le entregó el tercero de los que Mr. de Caulaincourt había prevenido, á causa de no haber discusión acerca de los dos primeros. Entonces el duque de Wellington quiso hablar con el mariscal Blücher á solas, y á la media hora de hablar juntos, se presentó con el proyecto modificado, estando apunadas al margen con lápiz las variaciones introducidas. Después de un nuevo debate sobre los puntos disputados, se convino en las condiciones siguientes.

Se había reclamado que la retirada del ejército francés fuera inmediata, y ahora para evacuar á París se le concedieron tres días, y ocho para situarse detrás del Loira, límite definitivamente adoptado.

Al día siguiente, 4 de julio, se debía hacer entrega de San Dionisio, de Saint-Ouen, de Neuilly, de Clichy; al otro de Montmartre; y al tercero de las barreras todas.

Consigno debía llevar el ejército cuanto era de su pertenencia, armas, artillería, cajas de registros, bagajes. Formando parte de la guardia nacional parisiense, no se debía entender la obligación de alejarse de la capital con los oficiales de los federados; pero asimilados fueron muy especialmente al ejército por voluntad de los generales enemigos, sobremanera temerosos de su influencia sobre el pueblo.

Regulados estos puntos, se trataba de determinar la conducta que dentro de París observarían los ejércitos extranjeros. Por su parte los negocia-

dores franceses deseaban que el texto fuera en esta forma... *Los generales en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y á hacer respetar el gobierno, las autoridades nacionales, las administraciones dependientes de ellas, y á no mezclarse para nada en los asuntos interiores del gobierno y de la administración de Francia.*

A todas luces no cabia en lo posible obtener una redaccion semejante de los generales enemigos, con sus resoluciones formalmente declaradas, aunque no escritas; y solo aceptaron el texto siguiente, que rayaba en lo ridiculo por su hipocresia... *Los jefes de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y hacer respetar las autoridades, mientras se hallen existentes.* Además estipulóse que dentro de París solamente la guardia nacional daria el servicio.

Aun faltaba regular dos puntos de grande importancia, el respeto á las propiedades y el respeto á las personas. Los comisionados franceses habian incluido entre las propiedades, que se habian de obligar á respetar los enemigos, así los monumentos públicos como los museos. Llevando los generales aliados á este ajuste más segunda intencion que los militares tienen costumbre de aplicar á sus transacciones, se negaron á las frases propuestas de una manera absoluta. Memoria hacian de que un año antes sus soberanos habian pensado en llevarse de París los objetos de arte, que le daban el carácter de centro de la civilizacion moderna, y que hubieron de renunciar á este designio por no deseargar tantos golpes á un mismo tiempo sobre Francia. Ahora negáronse á contraer tal empeño, y admitieron en términos generales el respeto á las

propiedades públicas y privadas, *excepto las que tenían relacion con la guerra.* Bajo la creencia de que se trataba únicamente de la artilleria, no se pasó mas adelante. Pocos dias despues se debia comprender cuanto habia de astucia en tales expresiones, insignificantes segun la apariencia.

Finalmente en cuanto á las personas, el artículo 42 relativo á ellas, y que vino á ser famoso por haber dado lugar á que se vertiera nobilísima sangre, adoptado fué tal como lo propusieron los comisionados franceses, y su contenido estaba en la siguiente forma.—«Igualmente serán respetadas las personas y las propiedades particulares. Tanto los vecinos como en general todos los individuos residentes en la capital continuarán en el goce de sus derechos y libertades, sin poder ser molestados ni requeridos en nada relativamente á las funciones que desempeñen ó hayan desempeñado, á sus opiniones políticas y á su conducta.»

Al parecer, artículo semejante debía poner á resguardo á todos, personajes civiles y militares, revolucionarios antiguos y modernos, regicidas que hubieran condenado á Luis XVI y mariscales que hubieran abandonado á Luis XVIII, y nunca se hubiese podido imaginar que diera cabida á las mas odiosas venganzas. Ni una sola objecion alegaron los enemigos, como si estipulacion tal se derivara por sí tan naturalmente que no habia lugar á disputas. Inclinacion se siente á la persuasion de que los dos personajes que por su pais habian acreditado el mas noble patriotismo, el duque de Wellington y el mariscal Blücher procedian con la mejor fé del mundo, y que ninguna reserva mental ocultaba su silencio. Desgraciadamente motivos

dores franceses deseaban que el texto fuera en esta forma... *Los generales en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y á hacer respetar el gobierno, las autoridades nacionales, las administraciones dependientes de ellas, y á no mezclarse para nada en los asuntos interiores del gobierno y de la administracion de Francia.*

A todas luces no cabia en lo posible obtener una redaccion semejante de los generales enemigos, con sus resoluciones formalmente declaradas, aunque no escritas; y solo aceptaron el texto siguiente, que rayaba en lo ridiculo por su hipocresia... *Los jefes de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y hacer respetar las autoridades, mientras se hallen existentes.* Además estipulóse que dentro de París solamente la guardia nacional daría el servicio.

Aun faltaba regular dos puntos de grande importancia, el respeto á las propiedades y el respeto á las personas. Los comisionados franceses habian incluido entre las propiedades, que se habian de obligar á respetar los enemigos, así los monumentos públicos como los museos. Llevando los generales aliados á este ajuste más segunda intencion que los militares tienen costumbre de aplicar á sus transacciones, se negaron á las frases propuestas de una manera absoluta. Memoria hacian de que un año antes sus soberanos habian pensado en llevarse de París los objetos de arte, que le daban el carácter de centro de la civilizacion moderna, y que hubieron de renunciar á este designio por no descargar tantos golpes á un mismo tiempo sobre Francia. Ahora negáronse á contraer tal empeño, y admitieron en términos generales el respeto á las

propiedades públicas y privadas, *excepto las que tenían relacion con la guerra.* Bajo la creencia de que se trataba únicamente de la artillería, no se pasó mas adelante. Pocos dias despues se debia comprender cuanto habia de astucia en tales expresiones, insignificantes segun la apariencia.

Finalmente en cuanto á las personas, el artículo 42 relativo á ellas, y que vino á ser famoso por haber dado lugar á que se vertiera nobilísima sangre, adoptado fué tal como lo propusieron los comisionados franceses, y su contenido estaba en la siguiente forma.—«Igualmente serán respetadas las personas y las propiedades particulares. Tanto los vecinos como en general todos los individuos residentes en la capital continuarán en el goce de sus derechos y libertades, sin poder ser molestados ni requeridos en nada relativamente á las funciones que desempeñen ó hayan desempeñado, á sus opiniones políticas y á su conducta.»

Al parecer, artículo semejante debia poner á resguardo á todos, personajes civiles y militares, revolucionarios antiguos y modernos, regicidas que hubieran condenado á Luis XVI y mariscales que hubieran abandonado á Luis XVIII, y nunca se hubiese podido imaginar que diera cabida á las más odiosas venganzas. Ni una sola objecion alegaron los enemigos, como si estipulacion tal se derivara por sí tan naturalmente que no habia lugar á disputas. Inclinacion se siente á la persuasion de que los dos personajes que por su pais habian acreditado el más noble patriotismo, el duque de Wellington y el mariscal Blucher procedian con la mejor fé del mundo, y que ninguna reserva mental ocultaba su silencio. Desgraciadamente motivos

hubo luego para sospechar que este silencio no significaba más que el propósito de no entrar en explicaciones. Con efecto, se obligaban por sí como generales de los ejércitos inglés y prusiano á respetar las personas; pero no pretendían imponer la misma obligación al gobierno de Luis XVIII, que luego de restablecido tendría á su exclusivo cargo la administración de justicia en Francia. Imposibilitando hasta el más leve asomo de ambigüedades la menor explicación sobre este punto, verosímilmente dió al traste con todo. Así permanecieron mudos, y este silencio costó á Francia el sacrificio de las más nobles vidas.

Después de hacer cuanto estuvo á su alcance por defender los intereses de su país en una situación desesperada, los tres negociadores abandonaron á Saint-Cloud, y ante el gobierno provisional llegaron al palacio de las Tuillerías el 4 de julio por la mañana. Solo había que darles muy expresivas gracias, pues en el estado actual de las cosas, nadie alcanzara á sacar mejor partido. A no correr el riesgo de una batalla, evidentemente había que someterse á las condiciones ya convenidas.

De consiguiente la capitulación quedó aceptada. Por su texto se prestaba á una comedia, que convenía á los generales enemigos, y también á la comisión ejecutiva. Con efecto, al parecer no contenía más que estipulaciones militares, consecuencia forzosa de la posición de los ejércitos contrarios, y libre se dejaba á Francia de darse el gobierno que fuera de su agrado, puesto que el servicio interior de la capital se ponía al exclusivo cargo de la guardia nacional parisiense. Así los generales enemigos aparecían fieles á las solemnes declara-

ciones, por las cuales habían prometido no imponer un gobierno á Francia, y por su parte la comisión ejecutiva semejaba haber puesto la independencia nacional á resguardo, aun cediendo á una necesidad física á todas luces. De este modo apareció que la comisión ejecutiva tomaba la cosa, y bajo tal aspecto presentóla á la Cámara de representantes y á la de pares.

Como los representantes eran los que únicamente daban señales de vida en estas circunstancias, pues los pares permanecían mudos, se habían lamentado del silencio que se guardaba acerca de las negociaciones. Con la necesidad del secreto, siempre de rigor en estas materias, se podía explicar silencio semejante. Al cabo se rompió el 4 de julio por la mañana, dando conocimiento á las Cámaras de los artículos convenidos en Saint-Cloud la noche antecedente. Al equivoco por cuyo medio se había eludido la determinación del gobierno futuro de Francia, se prestaron las Cámaras de buen grado, por convenirles del mismo modo que al gobierno provisional y á los generales enemigos. ¿Y á la verdad cómo desear la claridad en este punto? Decir que lo subentendido en la capitulación estipulada implicaba la facultad de restablecer á los Borbones, no fuera más que anunciar una verdad harto evidente y al alcance de todos, menos de ciertos idiotas, que no ven las cosas hasta que se les anuncian con todas sus letras. Pero desgarrar este cómodo velo después de las solemnes declaraciones hechas contra los Borbones, ya era ponerse en el caso de rechazar la capitulación toda, de derribar al gobierno provisional y de empeñarse en una lucha, cuya imposibilidad se había

ya sentido. No osando acometer una resistencia tan temeraria, y que ya habia perdido con ser diferida las probabilidades de buen suceso, lo mas cómodo para la asamblea era dejar subsistente el velo que cubria su confusion al presente, hasta el dia poco lejano en que fuera de alli expulsada por las bayonetas enemigas. Asi la Cámara de representantes aceptó la capitulacion del 3 de julio tal como le fué presentada, y dió gracias al ejército muy merecidas, pues con su actitud vigorosa habia arrancado las últimas contemplaciones guardadas todavia á Francia.

Sin embargo, si placia á todos los poderes prestarse á esta especie de disimulo, no se prestó el ejército de ningun modo, á pesar de rendirsele homenaje. Cuando la capitulacion le fué anunciada, á las claras vió que se le obligaba á abandonar á Paris para cederlo á los enemigos, que á su turno lo cederian á los Borbones, y su exasperacion llegó á lo sumo. Varios soldados abandonaban las filas, tirando sus armas, y se iban á juntar á los federados, que vociferaban por las calles. Otros decian que de la rendicion no se tratara de ningun modo, y que habia que negarse á la obediencia y que despojar del mando á los generales pérfidos ó cobardes. Ya se imputaba la culpa á uno, ya á otro, si bien por todos al duque de Otranto, á quien se llamaba traidor á boca llena, cual si fuera único autor de la situacion presente.

El severo Davout hizo oír la voz del deber al ejército irritado, y con el auxilio de algunos generales, y particularmente del respetable y siempre respetado Drouot, al cabo logró ser escuchado. Despues de mostrar su desesperacion de pronto,

el ejército se puso á desfilar por entre las calles de la capital, que dolorosamente entregaban en manos del enemigo. Algunos cuerpos no habian recibido paga, lo habian perdido todo, y pasaban por el doble sufrimiento de la capitulacion y de la miseria. Habiendo anticipado generosamente monsieur Laffite algunos millones de francos al Tesoro, ya recibieron alivio los cuerpos mas infelices, y emprendieron el camino del Loira. Asi empezóse á operar en buen orden la retirada. No queriendo el mariscal Davout permanecer en Paris, sin embargo de que la proposicion suya para admitir á los Borbones sin los extrangeros, le debiera prometer mejor trato que el año precedente, por preferible tuvo cumplir su deber respecto del ejército y del pais hasta el último instante, y presentó su dimision de ministro de la Guerra, para quedar únicamente de general en jefe del ejército llamado del Loira, y que por efecto de su actitud y su disciplina, en medio de los ultrajes de que era blanco, aun hizo respetar á Francia durante muchos meses, y hasta sirvió de apoyo á los Borbones, á quienes no amaba de ningun modo, y por quienes tampoco era amado, si bien habian llegado á ser el gobierno de Francia, y mas de una vez tuvieron que resistir á las intolerables exigencias de vencedores implacables. Dignamente ejerció el mariscal Davout el mando de estas tropas, y habiendo querido los austriacos traspasar el limite señalado hacia el alto Loira, les amenazó con ir en contra suya, y les hizo retroceder en momentos en que seiscientos mil enemigos cubrian el territorio de Francia.

Mientras la capitulacion de Paris se ponía en

planta, ya era forzoso que ante la realidad despareciese la sombra, y que las autoridades precedentes del 20 de marzo cedieran el puesto a los Borbones, que ya estaban cerca. Retenido el coronel Macirone en las avanzadas, no pudo ver al duque de Wellington hasta el 4 de julio por la mañana, en el instante en que éste volvía de Saint-Cloud á Gonesse, despues de quedar la capitulacion ya firmada. El duque de Wellington recibióle rodeado de Mr. de Talleyrand, representante de Luis XVIII, de sir Carlos Stuart, representante de Inglaterra, del conde Pozzo di Borgo, representante de Rusia, y de Mr. de Goltz, representante de Prusia. Hablando ahora sin ambages, el generalísimo británico dijo al agente del duque de Otranto, que ya era tiempo de acabar con un orden de cosas que se resentiria de ridiculo en adelante, y que convenia que el gobierno provisional y las Cámaras hicieran dimision pura y simplemente, despues de lo cual Luis XVIII se trasladaria desde Roye á París, donde entraria con las resoluciones que eran de esperar de su espíritu excelente y de los sanos consejos que se le habian dado. Hechas estas declaraciones, el duque de Wellington dejó la palabra á Mr. de Talleyrand, el cual enunció verbalmente, y despues consignó por escrito las nuevas promesas de Luis XVIII. Véase aqui el resumen de ellas, entregado por el mismo Mr. de Talleyrand. — « Toda la antigua Carta, inclusa la abolicion de la confiscacion; la no renovacion de la ley del año último acerca de la libertad de imprenta; el llamamiento inmediato de los colegios electorales para la formacion de una nueva Cámara; la unidad del ministerio; la iniciativa reciproca de las

leyes, por mensaje de parte del rey, y por proposicion de parte de las Cámaras; el derecho hereditario de la Cámara de los pares. »

Mr. de Talleyrand añadió en seguida las mas formales seguridades de una conducta prudente y distinta del todo de la que el año anterior se habia observado. Acto continuo tomó el duque de Wellington la palabra, y dijo al intermediario de estos mensajes. — Que el duque de Otranto obre con sinceridad, y con sinceridad obraremos nosotros. Debidamente apreciamos los servicios que ha prestado, y el rey se los tendrá muy en cuenta. Si necesita auxilio se lo vamos á llevar dentro de algunas horas. — Se convino en que al dia siguiente el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand esperarian en Neuilly al duque de Otranto, para arreglar en union suya cuanto faltaba por hacer todavia para producir la entrada de Luis XVIII en París sin violencia. Al punto el coronel Macirone salió de Gonesse para ir á comunicar al duque de Otranto el mensaje que se le habia confiado. Mal se podia negar este personaje á la entrevista propuesta, cuando en suma conducia al logro de sus deseos, consistentes en atribuirse el mérito de la vuelta de los Borbones, que no podia impedir de ningun modo. No obstante, resolvió enterar á sus colegas de lo que iba á poner por obra, si bien esmerándose en aparecer á sus ojos con los visos de un hombre que aspiraba á salvar los restos del comun naufragio, y á poner condiciones al restablecimiento de Luis XVIII sobre el trono. Nada habia que decir en contra, pues resultando evidentemente la restauracion de los Borbones de la imposibilidad de prolongar la resistencia, imposibilidad reconocida



por todos los miembros de la comision ejecutiva, no quedaba mas arbitrio que someterse de contado, aunque procurando obtener algunas garantías para las personas y las cosas.

De pronto un incidente vino á crear dificultades imprevistas al duque de Otranto, y fué la llegada de los primeros negociadores, Mrs. de Lafayette, Sebastiani, de Pontecoulant, de Laforest, Argenson y Benjamin Constant. Segun se debe hacer memoria, al salir de Laon estos negociadores se encaminaron adonde se hallaban los soberanos, y les encontraron en Haguenau, sin conseguir que se les admitiese á su presencia. Solo pudieron ver á sus ministros, que prosiguiendo el sistema de disimulo adoptado, de igual modo aparentaron no tener voluntad de imponer un gobierno á Francia. Despedidos los comisionados despues de una corta entrevista, á Paris tornaron llenos de las mismas ilusiones, y persistiendo todavia en creer que los Borbones no eran inevitables. Este error privaba á Mr. Fouché de su principal argumento, la necesidad de soportar á los Borbones, argumento que para avistarse con el duque de Wellington le servia de excusa. Grandes esfuerzos hizo á fin de poner esta necesidad de manifesto, apoyándose en los numerosos datos que obraban en su poder ya entonces, y además anunció que se ilustraria mas completamente por la noche en el campo de los aliados. Al cabo se le autorizó para ir á la entrevista, si bien Mr. de Lafayette le declaró que todo particular ajuste, cuyo objeto no se cifrara en poner á resguardo los intereses generales, solo seria un acto de traicion que mereceria y llevaria consigo la infamia.

Mr. Fouché no hizo caso de declaracion semejante, y se fué á avistar con el duque de Wellington en Neuilly el 3 de julio por la noche. Además del generalísimo británico encontró allí á sir Carlos Stuart y á Mrs. de Goltz y Pozzo di Borgo. Ante todo quiso el duque de Wellington saber si el ejército francés se habia alejado, si se aprestaban á hacer dimision todas las autoridades actuales, y finalmente si era posible obtener que se entregara la persona de Napoleon á las potencias, condicion en que persistian los aliados con verdadero encarnizamiento. El duque de Otranto respondió que el ejército se retiraba poco á poco, si bien á costa de sumo trabajo; que la poblacion de la capital estaba desesperada; que la misma guardia nacional parisiense, contada por segura, se hallaba muy lejos de quererse prestar á cuanto se esperaba de ella; que por consiguiente se necesitaban grandes precauciones para arrancar una tras otra las dimisiones apetecidas, y para introducir en Paris al monarca. Respecto de la persona de Napoleon contestó que no se podia efectuar la entrega, porque á la sazón ya se habia embarcado con rumbo á los Estados Unidos. Mucho disgusto causó esta declaracion postrera, persistiéndose en ver aqui una picardía del duque de Otranto, reputado como traidor á Napoleon para los bonapartistas, y acusado por los realistas de haberle dado escape. Acto continuo se le preguntó qué entendia por aquellas precauciones, á que al parecer daba tanta importancia. Entonces Mr. Fouché explicóse á las claras, y como hombre mas sensato y mas practico que los negociadores enviados al duque de Wellington al principio, los cuales no pensaron mas que en recla-

mar para las dos Cámaras la iniciativa, de plano enunció dos condiciones esenciales, la adopción de la bandera tricolor, y una nueva declaración real que amparara sin excepción alguna á todas las personas comprometidas antes, en el acto y después de la revolución del 20 de marzo. A sus ojos, sin estas condiciones, no era posible la entrada en París del monarca, á no emplear la fuerza, cosa en que al parecer no pensaba nadie. Hasta las cuatro de la mañana duró la discusión acerca de este punto y sin resultado, por aspirar el interlocutor principal Mr. de Talleyrand, á cludir con la holgura de un gran señor, lo que Mr. Fouché se obstinaba en exigir con la tenacidad de un hombre del vulgo, si bien positivo. Respecto de las personas se hablaba de la clemencia del monarca, y respecto de los colores nacionales se hacia mención de los diez ó quince departamentos que se habian insurreccionado, ostentando todos los habitantes la escarapela blanca. Mucho insistió el duque de Wellington á fin de que se entendieran al cabo, aunque sin el menor fruto de una parte ni de otra, y como en este debate no hubo tiempo de tratar de intereses individuales, nada se dijo á Mr. Fouché de lo que personalmente le estaba reservado. Así, tanto por lo general como por lo particular, se retiró muy descontento y á los representantes de Europa y de los Borbones dejó tan disgustados de su persona, como disgustado iba de ellos. Sin embargo, el duque de Wellington dióle otra cita para el día siguiente, y separáronse sin quedar acordes, aunque á la par sin haber roto.

De vuelta en París, Mr. Fouché dió cuenta á su modo de lo que en Neuilly habia pasado, pero de-

claró todavía mas afirmativamente que los Borbones eran inevitables; que sobre este punto no se podía resistir á la voluntad formal de Europa; que personalmente no debía parecer sospechoso, como antiguo revolucionario regicida, cuando se resignaba á necesidad semejante; que ya se reducía la tarea á alcanzar condiciones suficientemente tranquilizadoras, y que bajo este aspecto no habia omitido cosa alguna. Se le creyó menos que merecía ahora, pues se le acusaba de traidor por todas partes, y se dió por seguro que no habria pensado mas que en sí propio. Sus colegas solamente le opusieron un silencio absoluto, no roto sino por Carnot que soltó algunos lamentos, y formuló algunos cargos, á los cuales tenia Mr. Fouché una respuesta muy obvia, la de preguntarle de plano qué era lo que se debia hacer en su concepto. A la verdad Carnot habia juzgado imposible la defensa, y así recibir á los Borbones era forzoso resultado de la impotencia que habia proclamado por sí mismo. A mayor abundamiento, comenzando Mr. Fouché á no cuidarse de la opinion de sus colegas, y aun á tratarlos muy ligeramente, solo se ocupó en prevenirlo todo para que en París entrara el monarca, con el menor perjuicio para su partido, y con la mayor ventaja para su persona. A apresurar la partida de Napoleon de Rochefort aplicó el primer cuidado, por haber comprendido que mientras Napoleon se mantuviera en Francia, se mostraba en el campo de los aliados mucha desconfianza sobre la sinceridad de su abdicacion, y mucha insistencia en exigir la entrega de su persona. Ahora bien, Mr. Fouché queria suprimir esta causa de desconfianza y no ser ya responsable del cautiverio de Napoleon, da-

do caso de que éste cayera en poder del enemigo, pues si le había querido arrancar del trono, lo de privarle de la vida y la libertad no había entrado en la mente de nadie. Según queda manifestado, ya se había eximido á las fragatas de aguardar los salvo-conductos. Aunque fué Mr. Fouché mas leñoso, y de nuevo apremió al general Beker para que hiciera partir al ilustre fugitivo, enviándole todas las autorizaciones necesarias, salvo la de comunicarse con el crucero británico de miedo de que Napoleón por consecuencia de una extraña confianza se pusiera en manos de los ingleses. Mr. Fouché hizo que la comision ejecutiva expidiera el 6 de julio un postrer decreto, intimando al general Beker que obligara á Napoleón al embarque, y le hiciera conocer que así era indispensable para la seguridad de su persona, y le ofreciera todos los buques ligeros disponibles, si las fragatas estaban demasiado observadas, y hasta consintiera con el crucero inglés las comunicaciones, en contra de las ordenes anteriormente dadas, si bien por demanda escrita de su puño, á fin de no cargar con la responsabilidad de las resultas.

Tras de atender á la seguridad de Napoleón de este modo, Mr. Fouché aplicóse á reunir argumentos para la nueva conferencia que en Neuilly iba á ser celebrada. No había otro mejor que la actitud de la guardia nacional parisiense. Después de ver la vuelta de Napoleón con disgusto, esta guardia que hasta deseaba á los Borbones, aunque sin las rancias ideas, y las pasiones, y la arrogancia de los emigrados, no cesaba de llevar la escarpela tricolor ni de echar abajo la bandera blanca, donde quiera que aspiraban á enarbolarla los rea-

listas. Merced á las relaciones que mantenía con los principales gefes de la guardia nacional parisiense, Mr. Fouché promovió una declaracion de su parte, reducida á expresar respecto de la bandera tricolor una adhesion perseverante y fundada en la gloria y en la significacion política de la tal bandera. Esta declaracion fué autorizada con las firmas de los hombres de más distincion entre el vecindario.

No se atuvo Mr. Fouché á esta demostracion tan solo. Auxiliado por Mrs. Jay, Manuel y los numerosos representantes, que seguian sus consejos, de la Camara obtuvo una declaracion de otra clase, aunque todavía más significativa. La constitucion que se había empezado á redactar por los representantes, sobre ser larga y difusa, no tenía probabilidades de ser aceptada por los Borbones. De mucha mayor monta que su trivial texto eran á todas luces los principios adoptados para su formacion definitiva. A instigacion de Mr. Fouché en forma de artículos se segregaron las bases esenciales de todas las constituciones, las que se deberían exigir de todo gobierno, cualquiera que fuese este, y con ellas se hizo una declaracion terminante, la cual había de ser aceptada por el monarca, aún no designado, que subiera al trono. Este monarca no designado, sin duda alguna era Luis XVIII, si suscribia á los principios enunciados. Ocioso se hace puntualizar aqui tales principios, habiéndose expresado sin brillantez entonces, y siendo los mismos que con una perseverancia muy honrosa, Francia no ha cesado de proclamar desde el año de 1789, siempre que no se la ha arrebatado la libertad, socolor de restituirla el órden.

Mientras Mr. Fouché se aplicaba á estos cuidados, por desgracia ya muy tardios é infructuosos, la corte de Luis XVIII, trasladada primero de Gante á Cambrai, y despues de Cambrai al palacio de Arnouville, se ocupaba en lo que tan luego como se hallase en París habia de poner en planta. Los principales personajes de esta corte, rey, príncipes, cortesanos, ministros, embajadores, generales extranjeros, acrecidos con muchedumbre de adoradores de la fortuna renaciente, confusamente discutian sobre las resoluciones que deberian ser tomadas, pues las revoluciones, otorgando la palabra á todos, hasta las cortes transforman en república por un momento. Segun la mayoría de aquellos charladores, sacrificar la bandera blanca á la bandera tricolor era como sacrificar la legitimidad á la rebeldía. Modificar, amplificar la Carta era aumentar el mal, lejos de disminuirlo. Ya hay de sobra, decian, con el mantenimiento de la Carta, sin añadirla nuevos ensanches. Para ellos los principios llamados *de ochenta y nueve*, no eran más que una parte de las heregias revolucionarias, á que hubo la debilidad de dar fomento; y así como á sus ojos la primera revolucion se explicaba por algunas faltas individuales, y de ningun modo por causas generales, la última revolucion del 20 de marzo se explicaba por una conspiracion á cuyos principales autores habia que imponer castigo, y por otros accidentes, como la obstinacion en conservar á Mr. de Blacas, y la repugnancia á servirse de Mr. Fouché. Segun dijimos no hace mucho, el emigrado Mr. de Blacas y el regicida Mr. Fouché, blanco eran entonces de una censura universal el primero y de un favor general el segundo. Al

decir de estos realistas, Mr. de Blacas lo habia perdido todo, al revés Mr. Fouché todo lo hubiera salvado si se aceptaran sus servicios, y si se aceptaban al cabo, aun lo podria salvar todo. Sin duda que era regicida, pero esta razon era más en su abono, pues habia salido de aquella caverna infernal llamada revolucion, la conocia perfectamente y haria que se volvieran á meter allí los demonios escapados de su seno. Solo habia que tomar una precaucion respecto de su persona, y estribaba en exigir que renegara de su origen del todo. Luego que esta completa traicion á su origen estuviera consumada, y á atestiguarlo así llegaron Mr. de Vitrolles y otros muchos. Con admiracion se relataban sus profecías, que se acoplaban despues de los sucesos. Mr. Fouché habia dicho á Mr. Dambray la vispera del 20 de marzo: — Ya es demasiado tarde; Napoleón entrará en París, reinará algun tiempo, no mucho; será derrocado, y volveremos á traer al monarca. — Solo el hombre que habia penetrado cosas tan profundas, se hallaba en el caso de completar la profecía. De consiguiente convenia tomarle de las mismas manos de Napoleón, á quien habia derrocado, y nombrarle ministro de Luis XVIII, de quien seria el más sólido apoyo.

Mr. de Talleyrand fomentaba esta pasion extrema, á pesar de que no le gustaba tener rivales. Sin embargo se conocia poco idóneo para velar por lo interior del reino, y bajo este concepto cedia á monsieur Fouché la palma. Además creyendo la tarea de expionar, de pagar, de dispensar, de encerrar, de desterrar, y de hacer fusilar á los hombres ilustres ú oscuros de los partidos, muy inferior á la

de tratar con las potencias de Europa, no tenia celos de Mr. Fouché ni por asomo, y consideraba que apoyado fuera, donde á la sazón estaba la fuerza, sirviéndose de Mr. Fouché para depurar lo de dentro, por sí gobernaria sobradamente á Francia. Asi propuso al rey que nombrara á Mr. Fouché ministro de la Policia. Tambien el duque de Wellington apoyábase en igual sentido, y sobre los motivos enumerados, otro existia favorable á monsieur Fouché por extremo: Se necesitaba entrar en Paris y restablecer allí á los Borbones, pero se necesitaba entrar conforme al programa simulado de las potencias, programa especialmente necesario á lord Castlereagh, y consistente en no imponer ostensiblemente un gobierno á Francia. Sin esta precaucion obligada, no habia más que dejar obrar al impetuoso Blucher á sus anchas, y todo quedaria acabado en el término de dos horas. Solo Mr. Fouché sabia llevar la cosa á remate sin el auxilio de las bayonetas, y por obra de la guardia nacional parisiense. Asi á Mr. Fouché preconizaron la corte por cierta especie de supersticion, Mr. de Talleyrand por la necesidad de una mano hábil para regir lo interior del reino, el duque de Wellington por tener un introductor de los Borbones sin apelar á la violencia, y vencieron la repugnancia de Luis XVIII á nombrarle ministro. Ya se habia ejercido respecto de este principe la primera violencia, arrancándole á Mr. de Blacas, ahora se le hizo la segunda, obligándole á aceptar uno de los jueces de su hermano. Se le hizo muy cuesta arriba, porque era orgulloso, no amaba á los intrigantes, y menos á los que habian andado con el conde de Artois en mancojes, y Mr. Fouché tenia todos estos in-

convenientes á sus ojos; pero cuando se insistia mucho y con firmeza, se rendia al cabo. De consiguiente se avino á dejar á Mr. Fouché el ramo de la policia, si bien negándose á hacer una nueva declaracion de principios, y á que la bandera tricolor quedara subsistente.

Tal era en la corte la situacion de las cosas, cuando Mr. Fouché volvió á Neuilly el 6 de julio por la noche. Allí empezó nuevamente su clamoreo sobre el estado interior de la capital, muy agravado á su decir de resultas de la vuelta de los plenipotenciarios, trayendo de Haguenau la falsa idea de que ningún empeño tenian los soberanos por los Borbones, á consecuencia de la resolucion de la guardia nacional de Paris de conservar la escarapela tricolor, y de la declaracion de principios de la Camara de representantes. No se dieron muestras de tomar las aprensiones de Mr. Fouché en serio. A mayor abundamiento le respondia el duque de Wellington que en todo caso allí estaban para lo que fuera preciso los ingleses y los prusianos, aun cuando se deseara no emplearlos sino lo menos posible. En cuanto á los informes de los plenipotenciarios, el duque de Wellington dijo que les habian engañado ó se habian engañado á sí propios, y enseñó las cartas de lord Stewart, presente á la entrevista de Haguenau y que no consentian la más leve duda acerca de los sentimientos de los soberanos. Respecto de una nueva declaracion de Luis XVIII, con la de Cambrai habia suficiente y exigir otra seria hacer que anduviera en divagaciones la corona. Acerca de amnistia, el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand hicieron al fin resonar en los oidos de Mr. Fouché la palabra esencial á todas luces, diciéndole de este

modo:—La amnistía sois vos en el ministerio de la Policía. ¿Qué hombre de la revolución podrá temblar cuando esteis al frente del ministerio de los rigores?—Con efecto parecía que, estando al lado del monarca un regicida, nadie podía abrigar zozobras. Pero si había disposición á perdonar á los inmoladores de Luis XVI del todo, no se perdonaba á los supuestos autores de la revolución del 20 de marzo. Mr. Fouché conocíalo vagamente, y á estos no les cubría su presencia en el ministerio de la Policía, pero se le habló con tono tan absoluto, y además se le hizo tal presente, que no se determinó á la insistencia. Respecto de los tres colores se le puso de manifiesto que de esta suerte se inferiría un ultraje á Luis XVIII, y sometióse al cabo, no logrando otra concesion que la de ejercer en persona el más temible ministerio.

Juntos sentáronse á la misma mesa, y despues se encaminaron á Arnouville para la presentacion de Mr. Fouché á Luis XVIII. No anhelaba monsieur Fouché otra cosa, y no lo había podido conseguir durante la restauracion primera. Niva satisfaccion experimentó de resultas, y al aspecto del monarca, que no le recibió sino con extremada violencia, ya figuróse que la nota de regicida se había borrado de su frente. Su papel había estudiado el monarca, segun solia en las ocasiones graves, y acogió á Mr. Fouché muy cortesmente, y cual si no conociera mas que una parte de su vida. —Me habeis prestado muchos servicios, le dijo, y aun me prestareis otros. Mucho deseaba agregaros á mi gobierno, al fin se me logra ahora, y espero que me servireis útil y fielmente.—Mr. Fouché inclinóse con la humildad de un perdonado, y en

este momento mereció las exageraciones de sus enemigos, al dejarse dar gracias por traiciones que no había cometido, en su totalidad á lo menos. Lleno de alborozo salió de esta entrevista, y cruzó por entre oleadas de cortesanos, curiosos de ver á un personaje, que para ellos era una especie de monstruo, si bien un monstruo provechoso, de quien se decía que debía servirse el rey, porque le pondria á cubierto de nuevas catástrofes. Los espíritus sensatos de aquella corte se dolieron de que no se hubiese preferido otorgar algo mas de libertad á valerse de hombre semejante. Aprobando mucho el duque de Wellington el nombramiento de monsieur Fouché, bien que insistiendo vivamente por la adopcion de la bandera tricolor, para no dejar una bandera tan popular á los enemigos de los Borbones, no pudo menos de exclamar con despecho:—¡Qué gentes! ¡Mas fácil es hacerles admitir un regicida que una idea razonable!—

De vuelta en Paris el duque de Otranto sintióse en no poco apuro de revelar á sus colegas cuanto había de poner en su conocimiento. Les confesó sus entrevistas con los gefes de los aliados, tomando por pretexto su deseo de evitar una segunda restauracion ó á lo menos admitirla bajo buenas condiciones. Pero difícil era por extremo anunciarles definitivamente que debian ser admitidos los Borbones, que mas allá de la declaracion de Cambrai no había obtenido nada, ni amnistia general, ni bandera tricolor, ni mantenimiento de las Cámaras actuales, y que todas las garantías otorgadas se reducian á una cartera para su persona. Sin embargo, como al fin tenia que venir al remate, les declaró que los plenipotenciarios vuel-

tos de Haguenau se habian engañado; que nunca se habia pensado en dejar libertad á Francia para elegir otra dinastia que la de los Borbones; que no habia sido mas que fingimiento la reserva guardada sobre este punto; que era menester recibir á Luis XVIII sin tardanza; que por otra parte se tendria cuanto Mr. de Talleyrand habia prometido, esto es, abandono de la ley sobre imprenta; ciertas modificaciones de la Carta; unidad del ministerio; olvido de lo pasado, y en testimonio de la sinceridad de este olvido, su propio nombramiento para ministro de la Policia. ¡Singular declaracion sin duda para espetada á sus colegas todos! Mr. Fouché la hizo, no sin protestar que habia aceptado este papel solo por pura adhesion á los hombres de la revolucion, del imperio y del 20 de marzo, y que por salvarlos únicamente habia consentido en ser ministro de Luis XVIII. Con mas verdad hablaba de lo que daba muestras, en cuanto al resultado, ya que no en cuanto al designio, pues entre las cabezas actualmente amenazadas, solo monsieur Fouché podia salvar á las que no estaban irrevocablemente condenadas á la venganza de los emigrados; y si ante todo queria permanecer en las regiones del mando, tambien es indubitable que descaba justificarse del desdoro de su conducta, evitando todo el mal que estuviera á su alcance.

Esta excusa, verdadera pero villana, pues no es lícito consumir por sí la mitad del daño, para impedir que la otra mitad sea consumada por otros, no podia tener buen éxito en el seno de la comision ejecutiva. Mrs. Quinette y Grenier, personajes inactivos, y Mr. de Caulaincourt, personaje desalentado, guardaron silencio; pero Carnot,

impetuoso, inconsecuente por generosidad, no acordándose á soportar á los Borbones, despues de hacer lo que era necesario para producir su vuelta, se arrebató por extremo, y habló de traiciones, y casi estuvo insultante respecto de Mr. Fouché, aunque sin alterar la impasibilidad de su colega, á cuyo rostro jamás hizo subir la sangre el orgullo del alma. Descreido, indignidad, aunque sin maldad en el fondo, el duque de Otranto habia sido elegido por la Providencia para servir en esta nueva revolucion de intermediario entre gentes que deseaban imponer los Borbones y gentes que consentian en someterse á su restablecimiento, pero unos y otros sin que apareciese de tal modo. ¡Triste comedia en que nadie triunfaba mas que la naturaleza de las cosas, siempre lógica y siempre invencible!

Despues de lo que acahaba de acontecer ni una hora mas podian estar juntos Mr. Fouché y sus colegas. Asi convinieron en presentar su dimision á las dos Cámaras, y la enviaron de seguida. Sin decir palabra separóse la Cámara de los pares, y para no reunirse ya de nuevo. Al recibir la dimision de la comision ejecutiva, igualmente guardó silencio la Cámara de representantes, si bien persistió en la triste comedia de discutir una constitucion que, mas efimera todavia que coantas se resienten de instables, no habia de durar ni veinte y cuatro horas. De acuerdo con el general Dessoles, nuevamente gefe de la guardia nacional parisiense, monsieur Fouché habia elegido hombres, cuyas opiniones realistas garantizasen su conducta, y á los cuales se encargó ocupar las avenidas del palacio legislativo, para impedir su acceso á los representa-

tantes. En el *Monitor* publicóse una decision que declaraba las Cámaras disueltas, y anunciaba la entrada de Luis XVIII para la tarde del 8 de julio. Por la noche fué Mr. Fouché á ver de nuevo al monarca para anunciarle que todo estaba ya corriendo para su recibimiento. Se le acogió como al hombre á quien los Borbones debian mas que al vencedor de Waterloo.

Acabemos esta relacion triste, y añadamos que así como la Cámara de representantes apenas habia sobrevivido á Napoleon unos quince dias, Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché no sobrevivieron á esta Cámara mas que algunos meses, y uno revestido con un alto cargo de córte y otro condenado á un destierro disimulado, los dos fueron á incorporarse en la inaccion ó en la desgracia á todos los grandes actores de la revolucion y del imperio. Tales el fruto que recogieron unos y otros de esta posterior tentativa del 20 de marzo, tan deplorablemente terminada el 8 de julio, y conocida bajo la designacion generalmente admitida de los *Cien Dias*. De ella sacó Napoleon una posicion cruel y una derrota como no habia sufrido ninguna; las Cámaras, que le derribaron del trono, solo sacaron dos semanas de la mas humillante figura; Mr. Fouché quedó mancillado; Ney y La Bedoyère solo alcanzaron una trágica muerte; Francia no mas que una segunda invasion, la pérdida de Saboya y de muchas plazas importantes, la privacion de las obras maestras del arte, una contribucion de 2.000.000.000 de francos, una larga ocupacion extranjera, el desbordamiento de tristes pasiones, y nadie, en fin, ganó un ápice de pura gloria, nadie sino el ejército que expió sus culpas con un heroismo incompa-

table. De toda su severidad se debe armar la historia contra una tentativa tan desastrosa, pero para juzgarla bien, preciso es considerarla en su conjunto, esto es, en sus causas y en sus efectos, lo cual vamos á tratar de hacer al concluir este libro.

Al quitar las potencias aliadas á Napoleon el imperio francés en el año de 1814, le dejaron la posibilidad de tornar á poseerlo, y bien pronto le inspiraron tentacion semejante con su conducta. ¡Imposible que asistiese tan de cerca á las escenas de codicia de Viena, á las escenas de reaccion de París, sin aspirar á sacar fruto de tales faltas! Para esto se necesitara que la ambicion no extinguida por cierto á la sazón en ninguna parte, se hallara desvanecida en el corazon mas ambicioso y mas audaz del mundo. De consiguiente Napoleon abandonó la isla de Elba y desembarcó en Francia, y á su vista el ejército y los funcionarios públicos y los compradores de bienes nacionales corrieron á su encuentro, y respecto de ellos con superior habilidad hizo uso de cuantas ventajas se le habian proporcionado. Su marcha desde Cannes hasta Lion fué un prodigio; pero al pedirle cuenta de una tentativa, que tan funesta debia resultar para Francia, tambien hay que pedírsela de igual modo á los que con su torpeza y con sus pasiones le inspiraron la idea y le facilitaron los medios de ponerla por obra.

Llegado á París se detuvo al instante, en lugar de continuar hasta las márgenes del Rhin su triunfal marcha. Desde allí propuso la paz, y la propuso de buena fé y con cierta especie de humildad que convenia á su gloria. No se le dió mas respuesta que un silencio ofensivo. A pesar de todo per-



sistió en la propuesta, sin que á la par dejara de hacer aprestos de bulto. Eligiendo con gran tino en los restos del estado militar francés los elementos buenos todavía para empleados, con los soldados vueltos del extranjero y con los oficiales dejados á media paga formó un ejército activo de trescientos mil combatientes, y para que se hallara disponible del todo, á las plazas llamó cerca de doscientos mil guardias nacionales movilizados, elegidos en las provincias fronterizas entre los hombres que ya habían empuñado las armas, y que por su adhesión y su edad y su fuerza física aun eran aptos para prestar á su país este último servicio. Al mismo tiempo cubrió á Paris con quinientas bocas de fuego, allí juntó los depositos, los marinos, los veteranos, y resolvió hacer cara al enemigo, apoyándose en la capital fortificada y maniobrar fuera con doscientos mil hombres. Vuelto allí el 20 de marzo, y habiendo concebido y ordenado del 25 al 27 estos planes, al principio dispuso que á las calladas los ejecutaran las oficinas, si bien los publicó luego, cuando las manifestaciones de Europa no dejaron ninguna duda, y en lugar de hacer que Francia se durmiera al borde de los peligros, se los dio á conocer por completo, llamándola toda entera á las armas.

No se podia obrar mejor, ni ir mas allá ni con mas presteza.

No menos lisa y hábilmente obró en lo interior, aunque sin mejor suceso. Fuera, en lugar de la guerra, que se esperaba de su persona, habia ofrecido la paz, sin ser oido, porque no inspiraba ninguna confianza. Dentro, en lugar del despotismo que se aguardaba de igual modo, ofreció la liber-

lad, sin que tampoco se le diera asenso. De no hallarse de buena fé, un medio sencillo tenia de salir de estas dificultades, y estribaba en convocar una asamblea constituyente, y entregarla á la confusion de los sistemas, con lo que la cubriera de ridiculo, y en seguida quedara por amo de todo. Por el contrario envió á buscar sin tardanza al escritor mas afamado del partido liberal, á Mr. Benjamin Constant, su enemigo declarado, y sin trabar disputa sobre ninguno de los principios esenciales que forman la verdadera monarquía constitucional, le dejó que en el *Acta adicional* la incluyera por completo. No era el título oportuno, pues recordaba demasiado el primer imperio, bien que bastaba con leer el *Acta adicional* para persuadirse de que no era el primer imperio ni por asomo, sino simplemente la verdadera monarquía constitucional, la que de dos siglos atrás asegura la libertad y el poderio de Inglaterra. Pero tan general era la desconfianza, que el *Acta adicional* fué condenada por su título solo, y se creyo tener de nuevo al despota de 1811 en toda la plenitud de su poder arbitrario. No obstante convenia aspirar á vencer la incredulidad universal, al modo que muy luego se iba á aspirar á vencer á la Europa coaligada. Entonces habia un hombre que gozaba de gran credito entre los amigos de la libertad, Mr. de Lafayette, el cual, haciendo justicia al *Acta adicional*, decia que creeria en ella, si al punto se ponía en planta, esto es, si se convocaba á las Cámaras de seguida. Napoleon resistió ahora, manifestando que Cámaras nuevas y no habituadas á las situaciones extremas de ningún modo, se hallarian mal adecuadas para asistir á los horrores de la guerra,

y que en lugar de apoyar al gobierno, de hijo sería causa de su pérdida; si no se conservaban en calma. Se insistió nuevamente, y para que á su sinceridad se diera asenso, Napoleón convocó las Cámaras sin demora, y así cometió una falta exigida imperiosamente por lo falso de su situación presente. Por supuesto se ha dado que todo esto era fingido, y que no cedía Napoleón sino para lograr un momentáneo apoyo, sin perjuicio de romper muy luego el instrumento de que se había servido. Seguramente difíciles son de penetrar las profundidades de alma semejante, y cada cual es dueño de ver en lo íntimo de ella cuanto sea de su agrado. Por nuestra parte creemos en el genio de Napoleón de plano, y su genio le decía que en el estado de las sociedades modernas, se necesitaba dejar que se gobernasen por sí mismas únicamente á tenor de su prudencia, y que un hombre por magna que fuera su alma, á otro día de grandes trastornos podía tener la pretension de avasallarlas un momento, si bien un momento solo, y que este momento habia pasado para su persona, habiendo acortado la duracion con sus faltas. A mayor abundamiento, ocupadísimo en vencer á Europa y habiendo concentrado toda la pasion de su alma en tal desiguito, se cuidaba muy poco del poder que se le dejaria despues de la guerra, diciéndose que en todo caso tendria bastante para su hijo. Si se insiste á pesar de todo, y se pregunta acerca de lo que hubiese hecho triunfante, nosotros responderemos que estas cuestiones fundadas en lo que un hombre hubiera hecho en tal ó cual circunstancia no realizada, siempre se resienten de pueriles, porque la resolucion es puramente de conjeturas; que en mate-

ria de libertad bueno es tomarla de cualquier mano, sin perjuicio de usar de ella lo mejor posible; que con los espíritus eminentes se disputa menos que con los espíritus limitados, porque las cuestiones se reducen á los puntos esenciales; y finalmente que si la fogosa índole de Napoleón se hubiera amontonado á impulsos del agudo aguijon de la libertad no le pasara ni más ni ménos que á todos los príncipes que la ensayaron en Francia, y sucumbieron á causa de no haberla aceptado en todas sus consecuencias.

Por lo demás todos estos son problemas insolubles. Lo cierto es que Napoleón otorgó la monarquía constitucional completa, que no fué creído, castigo justo de su pasado, y que para que se le diera asenso, se vió obligado á poner en accion sin tardanza esta monarquía, y así convocó las Cámaras de resultas. Estas Cámaras se compusieron de hombres francamente adictos á la dinastía imperial y á la libertad, si bien llegaron plenamente poseídas del sentimiento público de la desconfianza, y sobre todo temieron aparecer juguete del despota á quien se suponía ya enmendado. Alarde hicieron de una singular susceptibilidad en todas las ocasiones, y lejos de mostrarse unidas al poder ante Europa, se las vió con prisa en crearle obstáculos más bien que en prestarle su apoyo. Los ministros, elegidos entre los varones de más nota y mas dignos de estimacion por entonces, Davout, Caulaincourt, Carnot, Cambacères, habian aprendido á someterse á la voluntad de un señor absoluto, no á persuadir á hombres congregados, y tan torpes se mostraron como las Cámaras dificultosas. Al ver Napoleón surgir la discordia, cuando necesita-

ra de la union para salvar á Francia, se apresuró á ir á buscar en los campos de batalla el ascendiente, que para dominar los ánimos le faltaba ahora. Su eleccion podia hacer entre dos planes; uno defensivo consistente en aguardar al enemigo bajo Paris fortificado, y en maniobrar fuera con doscientos cincuenta mil combatientes; otro ofensivo consistente en anticiparse á las dos columnas invasoras, en caer sobre la que estaba á su alcance, y batirla al punto, y en lanzarse despues sobre la otra con todo el prestigio de la victoria. Ciertamente el primer plan era mas seguro, bien que lento y doloroso, pues dejaba que fuesen invadidas las más hermosas provincias francesas; por el contrario se resentia de aventurado el segundo, si bien era pronto, decisivo en el caso de salir con fortuna, y el gran jugador quiso tirar de seguida los dados.

Sabido es lo que aconteció en esta campaña de tres dias. Tras de juntar ciento veinte y cuatro mil hombres y trescientas cincuenta bocas de fuego, sin que lo echara de ver el enemigo, distante sólo dos leguas, en accion entró el 15 de junio por la mañana, sorprendió á Charleroy, cruzó el Sambra, y hallando descuidado un hueco entre los ingleses y los prusianos, segun lo tenia previsto, por allí metióse al punto, y logró batir en Ligny á los prusianos separadamente, y mientras oponia el mariscal Ney á los ingleses en los Cuatro Brazos. Si menos agitado por las pruebas á que se vió sometido este año, Ney tuviera su arrojo de costumbre, repelidos quedaran los ingleses de los Cuatro Brazos y la victoria de Ligny tuviera fijamente por resultas la destruccion completa del ejército prusiano. Desgra-

ciadamente, aun heróico siempre, Ney anduvo en vacilaciones, y la victoria de Ligny no produjo consecuencias tan grandes como debió producir sin duda. No obstante, en su parte esencial el plan de Napoleon habia salido á maravilla, pues batidos quedaban los prusianos y separados de los ingleses. Dejando Napoleon al mariscal Grouchy el cuidado de ir en su seguimiento, al punto marchó en persona detrás de los ingleses, y les dió alcance. Una tempestad espantosa retardó la batalla del 18 de junio, no comenzando hasta cerca de medio dia. Todo auguraba el triunfo, así el plan del caudillo como el ardimiento de las tropas, si bien desde los principios asomó hácia la derecha el espectro del ejército prusiano, al cual debia seguir el mariscal Grouchy y no siguió de ningun modo. Entonces Napoleon vióse en la necesidad de dividir su ejército y su espíritu para hacer frente á dos enemigos á un mismo tiempo. Mientras con prudencia profunda y con firmeza imperturbable se aplicaba á economizar sus fuerzas, para desembarazarse primeramente de los prusianos, sin perjuicio de volver de seguida sobre los ingleses, no pudiéndose ya Ney ir á la mano, prematuramente prodigó la caballería, que era el más precioso recurso de los franceses, y cuando, tras de triunfar de las dos terceras partes del ejército prusiano, Napoleon se iba á juntar á Ney para acabar con el ejército inglés al golpe, se vió súbitamente acometido por el resto de los prusianos, que Grouchy habia dejado pasar á pesar del grito de sus soldados, y despues de hacer prodigios de tenacidad perdió una verdadera batalla de Zama. Su espada quedó allí rota para siempre.

¿Acaso hubo aquí faltas? Falta militar no hubo ninguna, faltas políticas ó morales todas las del reinado. Aquellos generales turbados sin ser menos valerosos, aquellos soldados fanáticos peleando ordenadamente, y cayendo en una confusion espantosa despues de un sublime esfuerzo de heroismo, aquellos enemigos queriendo morir hasta el postrero antes que ceder lo más leve; obra era de Napoleon por completo, su obra de quince años, pero no su obra de tres dias, pues capitán insigne siguió durante ellos.

Replegado sobre Laon, allí pudo allegar las reliquias de las tropas, y dejar que las Camaras anduvieran en divagaciones, pues no le despojaron de su caballo de batalla. Pero Grouchy no habia dado señales de vida; sano estaba y salvo, pero aún se ignoraba entonces, y Napoleon debió juzgar que en Laon no tendria que correr más que detrás de fugitivos. Si supiera que á la vuelta de tres dias se le lograra juntar sesenta mil hombres, allí aguardara de cierto, como que volvian reanimados hasta el extremo de la furia. Al verse en Laon sin soldados, se vino á Paris con el objeto de pedirse los á las Cámaras sin demora, aun cuando con escasísimas esperanzas de que le fuesen concedidos, porque á la siniestra luz del sol poniente de Waterloo habia leído su destino todo. Llegado á Paris, su presencia hizo brotar de todos los espíritus una idea, muy natural á todas luces. Este hombre habia comprometido á Francia con Europa, y aun la comprometia gravemente. Cuando la podia dar apoyo, no era tanto el peligro, pero no pudiendo ó no sabiendo ya vencer ahora, su presencia era un peligro sin compensacion alguna. Sentimiento ge-

neral se hizo el de separar de Napoleon á Francia, y se le pidió la abdicacion de la corona, teniendo suspendida la destitucion sobre su cabeza.

Napoleon podia disolver la Cámara de representantes; le asistia este derecho, y hasta era deber suyo, si esperaba salvar al pais de este modo. Pero apenas lograra resistir al enemigo ni aun teniendo detrás de sí á las Cámaras y á Francia estrechamente unidas; reducido á tentar una especie de golpe de Estado contra las Cámaras, donde se hallaba su propio partido, el partido liberal y revolucionario, no quedándole más luego que la porcion enérgica y violenta de la poblacion y obligado á servirse de ella para sujetar á las clases elevadas, no pareciera sino un soldado furioso, defendiendo su vieja tiranía con los restos espirantes del bonapartismo y de la demagogia. Con tales recursos no le era posible salvar á Francia, y dudando del suceso, y teniendo repugnancia á este arbitrio, al fin renunció á toda tentativa de tal clase. A la sazón un hombre, no malvado, si bien descreído, Mr. Fouché, no amando á los Borbones, que le tenian odio, amando todavía ménos á Napoleon, que le ponía freno, deseando hacer figura en todo, hasta en medio del caos, así que para deshacerse de Napoleon halló favorable coyuntura, la aprovechó al golpe y desencadenó el patriotismo de Mr. de Lafayette, transmitiéndole el aviso, falso por completo, de que iba á ser disuelta la Cámara de representantes. Mr. de Lafayette denunció este proyecto, y poseida la Cámara de representantes de la idea de ser necesario arrancar de manos de Napoleon á Francia toda ensangrentada, por traidor declaró á todo el que la disolviera, y colocó a Na-

poleon en la alternativa de abdicar ó de ser destituido; y por segunda y última vez abdicó de resultas.

Nada había en esto de culpa respecto de la Cámara de representantes, bajo una condición sin embargo, la de reconocer el verdadero estado de las cosas, la de tomar en cuenta que una vez descartado Napoleón, toda resistencia era imposible; que había necesidad de celebrar la paz cuanto antes, llamando á los Borbones y procurando obtener condiciones en beneficio de la libertad y de ilustres cabezas comprometidas. Con el simple buen sentido de un soldado, el mariscal Davout comprendió la dificultad de la guerra sin Napoleón, y propuso la vuelta de los Borbones, no por medio de intrigas, sino haciendo á las Cámaras una declaración franca. A Mr. Fouché no convenia esta manera de conducir las cosas. Aun tratando secretamente con los realistas, por todas partes aspiró con ahínco á buscar otra solución que la de ellos, y no encontrándola de ningún modo, al fin vino á parar á los Borbones, bien que alargando todavía secretamente la mano para que allí se depositara el precio de sus equívocos servicios. Mas al prolongar la crisis de esta suerte, solo consiguió hacerla humillante para todos, porque, una vez Napoleón humillado, la asamblea fué ridícula creyendo sobrevivirle y no haciendo más para defenderse que proclamar los derechos del hombre; al mismo ridículo expusieron Carnot y Mr. de Lafayette su noble vida, proclamando el primero la imposibilidad de defender á París y no queriendo á pesar de todo aceptar á los Borbones, y creyendo posible el segundo que fueran admitidas la república ú otra dinastía por los

soberanos aliados; finalmente al ridículo añadió lo odioso Mr. Fouché, el habil por excelencia, con apariencias de burlarse de todos, de Napoleón, de las Cámaras, de sus colegas, y burlado á su turno tres meses más tarde, despedido de mala manera, desterrado y acabando tristemente su carrera, sin poder presentar ante el tribunal de la historia más que una sola excusa, la de haber hecho uso de la cartera de la Policía, tan indignamente aceptada de los Borbones, en el sentido de no cometer otro daño que el que no pudo evitar bajo ningún concepto, triste excusa, porque para un hombre de bien es repugnante producir mal y mucho, para impedir que hagan más otros. ¡Afflictivas y deplorables escenas estas, que para los Borbones y los realistas eran un cruel desquite del 20 de marzo! Al contemplar espectáculo semejante, se concibe que mejor valiera cien veces, que en tal fecha no fueran expulsados los Borbones, pues Napoleón no contara en su vida la jornada de Waterloo, ni las Cámaras vieran su recinto cerrado por las bayonetas enemigas, ni segunda vez sufriera Francia la presencia del extranjero dentro de sus muros, haciéndola presa de exacciones, de despojos y humillaciones. Mas para que sucediera de este modo, se necesitara que Napoleón permaneciera en la isla de Elba, y que muriese allí escribiendo sus altos hechos; que, en lugar de pensar los revolucionarios en derrocar á los Borbones, solo hubieran pensado en obtener de ellos la libertad á fuerza de prolijos y pacientes afanes; que los mismos Borbones no hubieran tratado de ultrajar á los revolucionarios, de engañar á los liberales, de alarmar todos los intereses, de descontenten-

tar al ejército, lo cual equivale á decir que se necesitara que hubiese prudencia en todos ¡Pueril quimera! se exclamará acaso; pueril sin duda hasta el extremo de desesperar á cuantos de la experiencia quieren sacar útiles enseñanzas. No hay que desalentarse á pesar de todo. Sin duda queda poco de las lecciones de la experiencia, si, muy poco, menos de lo que se ha derramado de sangre, y de lo que se ha sentido de dolores. Pero esto poco acumulado de generacion en generacion acaba por componer lo que se denomina la prudencia de los siglos, y hace que los hombres, sin llegar á ser prudentes, pues no lo serán nunca, de hijo vayan siendo sucesivamente menos ciegos, menos injustos, menos violentos unos respecto de otros. Fuerza es perseverar de consiguiente, y buscar hasta en los sucesos más dolorosos nuevos motivos para inducir á los hombres á la razon, á la templanza, á la justicia, y aconsejárselas también á los partidos. Con evitar una falta, nada más que una, se debería dar por bien empleada la tarea. Y nosotros que pudimos temer el año de 1848 ver el de 1793 reproducido, y que no presenciámos nada semejante por fortuna, no perdamos la confianza en las lecciones de la historia, y démoslas siempre, á fin de que alguna vez á lo menos resulten fructuosas.

## LIBRO SESENTA Y DOS Y ULTIMO.

### Santa Elena.

Irritacion de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, acusado de haber hecho que Napoleón logre escapar.—Viaje de Napoleón á Rochefort.—Acogida que se le hace en el camino y á su llegada á dicho punto.—Prolongacion de su permanencia en la costa, con la esperanza de algun suceso imprevisto.—Por un momento le ocurre lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira.—De seguida renuncia á tal pensamiento.—Diversos medios que se le proponen de embarque.—Napoleón acaba por desecharlos todos, y al crucero inglés envía un mensaje.—El capitán Maitland, que manda el *Belerofonte*, al mensaje da por respuesta que carece de instrucciones, si bien supone que Inglaterra le concederá una hospitalidad digna de aquella nacion y de su persona.—Napoleón abraza el partido de pasar á bordo del *Belerofonte*.—Acogida de que allí es objeto.—Viaje á las costas de Inglaterra.—Curiosidad extraordinaria que excita Napoleón en el ánimo de los ingleses.—Decisiones del ministerio británico respecto de su persona.—Para su detencion queda elegida la isla de Santa Elena.—Como simple general será considerado, con centinelas de vista, y sin permitirsele más que tres compañeros de destierro.—Napoleón es trasladado al *Northumberland* desde el *Belerofonte*.—Su despedida de Francia y de los amigos que no pueden ir en su compañía.—Viaje por el Atlántico.—Solicitas atenciones que á Napoleón dedican los marinos ingleses.—Sus ocupaciones durante la travesía.—Allí refiere su vida, y la empieza á dictar para escribirla toda, á instancias de sus compañeros.—Navegacion larga.—Llegada á Santa Elena á los setenta dias de viaje.—Aspecto de la isla.—Su configuracion, su su-

tar al ejército, lo cual equivale á decir que se necesitara que hubiese prudencia en todos ¡Pueril quimera! se exclamará acaso; pueril sin duda hasta el extremo de desesperar á cuantos de la experiencia quieren sacar útiles enseñanzas. No hay que desalentarse á pesar de todo. Sin duda queda poco de las lecciones de la experiencia, si, muy poco, menos de lo que se ha derramado de sangre, y de lo que se ha sentido de dolores. Pero esto poco acumulado de generacion en generacion acaba por componer lo que se denomina la prudencia de los siglos, y hace que los hombres, sin llegar á ser prudentes, pues no lo serán nunca, de hijo vayan siendo sucesivamente menos ciegos, menos injustos, menos violentos unos respecto de otros. Fuerza es perseverar de consiguiente, y buscar hasta en los sucesos más dolorosos nuevos motivos para inducir á los hombres á la razon, á la templanza, á la justicia, y aconsejárselas tambien á los partidos. Con evitar una falta, nada más que una, se debería dar por bien empleada la tarea. Y nosotros que pudimos temer el año de 1848 ver el de 1793 reproducido, y que no presenciámos nada semejante por fortuna, no perdamos la confianza en las lecciones de la historia, y démoslas siempre, á fin de que alguna vez á lo menos resulten fructuosas.

## LIBRO SESENTA Y DOS Y ULTIMO.

### Santa Elena.

Irritacion de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, acusado de haber hecho que Napoleón logre escape.—Viaje de Napoleón á Rochefort.—Acogida que se le hace en el camino y á su llegada á dicho punto.—Prolongacion de su permanencia en la costa, con la esperanza de algun suceso imprevisto.—Por un momento le ocurre lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira.—De seguida renuncia á tal pensamiento.—Diversos medios que se le proponen de embarque.—Napoleón acaba por desecharlos todos, y al crucero inglés envía un mensaje.—El capitán Maitland, que manda el *Belerofonte*, al mensaje da por respuesta que carece de instrucciones, si bien supone que Inglaterra le concederá una hospitalidad digna de aquella nacion y de su persona.—Napoleón abraza el partido de pasar á bordo del *Belerofonte*.—Acogida de que allí es objeto.—Viaje á las costas de Inglaterra.—Curiosidad extraordinaria que excita Napoleón en el ánimo de los ingleses.—Decisiones del ministerio británico respecto de su persona.—Para su detencion queda elegida la isla de Santa Elena.—Como simple general será considerado, con centinelas de vista, y sin permitirsele más que tres compañeros de destierro.—Napoleón es trasladado al *Northumberland* desde el *Belerofonte*.—Su despedida de Francia y de los amigos que no pueden ir en su compañía.—Viaje por el Atlántico.—Solicitas atenciones que á Napoleón dedican los marinos ingleses.—Sus ocupaciones durante la travesía.—Allí refiere su vida, y la empieza á dictar para escribirla toda, á instancias de sus compañeros.—Navegacion larga.—Llegada á Santa Elena á los setenta dias de viaje.—Aspecto de la isla.—Su configuracion, su su-

lo y su clima. — Desembarque de Napoleón. — Su primer establecimiento en *Briars*. — Ya en tierra, por primera vez se le somete á una vigilancia personal y continua. — Desagrado que siente de resultas. — Primeras noticias de Europa. — Vivo interés que experimenta por Ney, La Bedoyère, Lavallette y Drouot. — Napoleón es trasladado á *Longwood*, al cabo de dos meses. — Alojamiento que ocupa en este punto. — Precauciones empleadas para su custodia. — Su vida en *Longwood* y sus ocupaciones. — Muy pronto se aburre Napoleón de esta morada, y no aprecia bastante la solitud del almirante Cockburn respecto de su persona. — A principios del año de 1816 es enviado sir Hudson Lowe en calidad de gobernador á Santa Elena. — Carácter de este gobernador y disposiciones de ánimo con que llega á la isla. — Su primera entrevista con Napoleón respecto de incidentes desagradables. — Sir Hudson Lowe recela medecer la nota en que ha caído el almirante Cockburn de ceder á la influencia del prisionero. — Con todo rigor hace que los reglamentos sean ejecutados. — Diversas causas de incomodidades. — Indigna disputa sobre los gastos en *Longwood*. — Napoleón hace que se venda su plata. — Partida del almirante Cockburn, y llegada de sir Pulteney Malcolm en calidad de nuevo almirante. — Excelente carácter de este marino. — Sus inútiles esfuerzos por avenir á Napoleón y á sir Hudson Lowe. — Napoleón monta en cólera é insulta á este personaje. — Rompimiento definitivo. — Amargura de la vida de Napoleón. — Sus ocupaciones. — Sus explicaciones acerca de su reinado. — Sus trabajos históricos. — Fin del año de 1816. — Mr. de las Cases es expulsado de Santa Elena. — Tristeza que Napoleón experimenta de resultas. — Entrada de año en Santa Elena. — Año de 1817. — No queriendo que se le siga cuando monta á caballo, Napoleón deja de hacer ejercicio, con daño de su salud á todas luces. — Noticias que recibe de Europa. — Su familia le ofrece su fortuna y su presencia. — Napoleón rehusa ambas cosas. — Visitas de algunos ingleses, y sus conversaciones con Napoleón. — Inquieto sir Hudson Lowe por la salud de Napoleón, en lugar de brindarle con la morada de *Plantation House*, se decide á mandar que se le construya una casa nueva. — Año de 1818. — Conversaciones de Napoleón sobre materias literarias y religiosas. — Partida del general Gourgaud. — Se ve Napoleón privado sucesivamente del almirante Malcolm y del doctor O'Meara. — Motivos de la partida de este último personaje. — Napoleón se halla sin médico de resultas. — Inútiles instancias de sir Hudson Lowe para inducirle á que acepte un médico inglés. — Año de 1819. — La salud de Napoleón se deteriora por falta de ejercicio. — Se le hinchan las piernas, y una enfermedad del estómago revelan sus vómitos frecuentes. — Al fin se logra que se preste á dar algunos paseos á caballo. — Su salud mejora un poco. — Napoleón olvida su propia historia, para ocuparse en la de los grandes capitanes. — Sus trabajos acerca de César, de Turena, y de Federico el Grande. — Muy pronto empieza la salud de Napoleón á declinar de nuevo. — Dificultad de verte y de dar testi-

monio de su presencia. — Indigna tentativa de sir Hudson Lowe para forzar su puerta. — Año de 1820. — Llegada de un médico y dos sacerdotes enviados por el cardenal Fesch á Santa Elena. — Napoleón hallalos muy insuficientes, y se vale de los dos sacerdotes para que digan misa en *Longwood* todos los domingos. — Satisfacción moral de que se halla poseído. — A instancias del doctor Antomarchi, y no pudiéndose decidir á montar á caballo por no ser seguido como antes, Napoleón se dedica á la jardinería. — Trabajos que en su jardín hace personalmente, y con ayuda de sus compañeros de destierro. — Esta ocupación llena parte del año de 1820. — Con ella se repone su salud algun tanto. — Esta mejoría es transitoria. — Poco después vuelve á sentir gran dolor de estómago, se le hinchan las piernas, sus fuerzas se debilitan mucho y decae rápidamente. — Satisfacción que experimenta al ver que se acerca al sepulcro. — Su testamento, su agonía, su muerte el 5 de mayo de 1821. — Sus funerales. — Apreciación del carácter y del genio de Napoleón. — Su carácter natural y su carácter adquirido bajo la influencia de los sucesos. — Sus cualidades privadas. — Su genio como legislador, como administrador, como capitán. — Lugar que ocupa entre los grandes hombres de guerra. — Progresos del arte militar desde los antiguos hasta la revolución francesa. — Alejandro, Anibal, César, Carlomagno, los Nassaus, Gustavo Adolfo, Condé, Turena, Vauban, Federico el Grande. — Hasta qué punto elevó Napoleón el arte militar. — Paralelo entre Napoleón y los principales hombres de guerra de todos los siglos, bajo el aspecto del conjunto de los talentos y de los destinos. — Enseñanza que resulta de su vida. — Fin de esta historia.

A vueltas del júbilo que experimentaban de resultas de su entrada en la capital de Francia, así los Borbones como los representantes de las cortes extranjeras sintieron de pronto un pesar vivo al saber que Napoleón había logrado escape. Ni unos ni otros se creían seguros si el gran perturbador de la tierra quedaba libre, y turbados como estaban aun, no sabían si tendría que ser un sacrificio debido á la seguridad general el de su muerte. A Mr. Fouché se imputaba el contratiempo de evasión semejante, y ya se daba al olvido que acababa de entregar las puertas de París, para reconvenirle amargamente por no haber entregado la



persona de Napoleon de igual modo, lo cual daba margen á decir que hacia traicion á todos los partidos. Asi los Borbones y los aliados pasaron de una predileccion extremada á un violentísimo desenfreno contra su favorito de estos últimos dias. Solamente el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand se atrevieron á salir á su defensa, diciendo que les habia abierto las puertas de Paris al cabo, y que si la evasion de Napoleon era la condicion de este servicio, no habia por qué lamentarse en gran manera. A pesar de sus reflexiones sensatas, se mostró grande cólera en el palacio de las Tullerías, y llamado Mr. Fouché á presencia del rey la misma noche de su entrada, esto es, el 5 de julio, no se atrevió á sostener la buena accion á que habia dado cima dos dias antes, reiterando la orden de que se obligara á Napoleon á salir de Rochefort sin demora. Al revés, defendióse humildemente, y á instancias de Luis XVIII prometió hacer cuanto estuviera á su alcance para tornar á prender por tierra ó por mar al formidable fugitivo. Sin embargo, lejos de cumplir su palabra, al volver al ministerio de la Policia, no despachó ningun correo, dejando asi en todo vigor sus órdenes anteriores. Cuando se tiene valor para obrar bien se debería mostrar orgullo. Con todo, siempre vale mejor proceder en tal sentido, aun cuando por debilidad ó por interés no existan fuerzas para tenerlo á gala.

Napoleon habia salido de la Malmaison el dia 29 de junio. Se sentia un calor sofocante, y taciturnos y sumidos en honda tristeza los compañeros de Napoleon respetaban su silencio. Llegado á Rambouillet quiso pasar allí la noche, para tomar

descanso, segun sus palabras, si bien en realidad para alejarse lentamente de aquel trono, de que acababa de bajar para sufrir el mas horroroso cautiverio. Un sentimiento, una simple reflexion de aquellos hombres que ante los ejércitos enemigos se habian privado de su espada, le podian restituir el mando, y lo tenia en mayor estima que el mismo trono. Despues de esperar la noche, y la mañana del 30 de junio, se volvió á poner en camino á medio dia, por Tours pasó al dia siguiente 1.º de julio, y tras de hablar algunos instantes con el prefecto, se dirigió hacia Poitiers, fuera de la ciudad estuvo durante las horas de gran calor, al cruzar por Saint-Maixens vióse expuesto á algun peligro entre el populacho vendéano, y á Niort llegó por la noche, sin pronunciar una sola palabra en tan larga travesia. Reconocido en esta ciudad fué objeto de interés muy ardiente, pues, segun el lenguaje del pais, la poblacion era azul por odio á los blancos de que estaba rodeada. En Niort habia tropas imperiales de las enviadas al terreno para contener á los insurgentes, y por tanto Napoleon se hallaba allí en seguridad completa. Pronto la pequeña hosteria, donde se apeó del carruaje, se vió rodeada de soldados, de gentes del pueblo y de campesinos, gritando viva el emperador! y pidiendo verle con instancia. A pesar de su poca aficion á ponerse de manifiesto, al cabo hubo de consentir en asomarse á una ventana, y su presencia excitó aclamaciones, que por un instante dilataron su corazon profundamente comprimido. —(Quedaos con nosotros! se gritaba por todas partes, no sin añadir á estos gritos la promesa de defenderle cumplidamente.— En persona fué el pre-

fecto á suplicarle que se hospedara en la prefectura, y se tuvo que rendir á tales testimonios, bien desinteresados á todas luces. Así pasó en Niort el día 2 de julio, en medio de una emoción inexplicable, de que participaba su alma, y de que no tenía deseos de eximirse de ningún modo. Sin embargo, siempre respetuoso y deferente el general Beker hasta lo sumo, á la mañana del 3 de julio le hizo comprender el peligro de aquellas lentitudes, puesto que la rada de Rochefort podía ser bloqueada de un momento á otro, y entonces le sería imposible trasladarse á los Estados Unidos. Por fin decidióse á la partida, no obstante la pena que sentía de abandonar una ciudad tan amigable y hospitalaria. De allí se alejó triste, y ocultando entre las manos su rostro vivamente conmovido, y con escolta de la caballería, que le siguió tan lejos como lo permitieron las fuerzas de sus caballos. A Rochefort llegó el 3 de julio por la noche.

Mr. de Bonnefoux, prefecto marítimo, comprendía como el general Beker sus deberes. Al gobierno quería prestar obediencia, si bien conservando á la par todos los respetos debidos al grande hombre á quien la fortuna acababa de poner á su merced por espacio de algunos días. De los mismos sentimientos que la población de Niort participaba la de Rochefort hacia su persona. Verdaderamente estaba obligada respecto de Napoleon, que había mandado ejecutar vastas obras en su territorio, y en su seno encerraba una multitud de marinos recién salidos de las cárceles de Inglaterra. Además había en Rochefort un batallón de marina, sobre la isla de Aix acuartelado, una guarnición numerosa, mil quinientos guardias nacionales de preferencia, mucha

gendarmería para reprimir á los realistas, y por consiguiente los medios todos de proteger al emperador caído, y hasta de darle apoyo en una temeridad postrera. Divulgada la noticia de la llegada de Napoleon el 4 de julio por la mañana, se agruparon los habitantes debajo de sus balcones, y pidieron verle con porfía, y tan luego como se asomó por satisfacer sus deseos, le saludaron con frenéticos gritos de *viva el emperador!* Enternecido por extremo de tal acogida, les dió gracias con las manos, y sosegado por el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, seguro de que entre gentes con tan buenas disposiciones de ánimo no corría ningún peligro, se determinó á permanecer allí algunos días, mientras reflexionaba acerca del partido que debía adoptar con madurez y detenimiento. Sacrificio cruel por extremo le parecía abandonar definitivamente el suelo de Francia, y ahora ya para siempre. No concebía que á la vista de la Europa en armas, hasta con el título de simple general hubiesen rehusado su ayuda los hombres que tenían á cargo el gobierno. Interiormente se decía que al último instante quizá razonaría el ejército de distinto modo, y á semejanza del reo de muerte se asta á las menores y hasta á las más inverosímiles esperanzas. Semejante disposición de ánimo le debía inducir á perder tiempo, como que lo perdido sobre la costa de Francia podía ser ganado, originando un accidente imprevisto, tal como ese acto de desesperación de las tropas, que le llamaban nuevamente á su cabeza.

No obstante si el transcurso del tiempo suministraba alguna eventualidad en favor suyo, cosa muy poco probable, en cambio le quitaba todas

las de eludir la vigilancia de los ingleses, y de librarse de un duro cautiverio. Efectivamente era imposible que los numerosos emisarios en comunicacion continua con la escuadra inglesa no dieran á conocer la llegada de Napoleon á Rochefort y no hicieran que se estrechara el bloqueo de la costa. Hasta el dia 29 de junio apareció el crucero poco numeroso y aun bastante lejano, pero desde tal fecha se acercó más á los dos canalizos, el Breton y el de Antioquia, por los cuales se comunica Rochefort con el mar. En la rada y listas para hacerse á la primera señal á la vela se hallaban las fragatas *Saale* y *Medusa*, de construccion reciente, reputadas por ser las de mejor marcha entre la marina francesa, y montadas por tripulaciones excelentes y adictas del todo. Por las ordenes del gobierno provisional últimamente renovadas se mandaba obedecer á Napoleon, y trasladarle á donde fuera de su agrado, menos á las costas de Francia. Marino experto y fiel á sus deberes era el capitán Philibert, jefe de la fragata *Saale*, y que tambien tenia bajo sus ordenes la otra, si bien menos osado que su segundo el capitán Ponée, jefe de la *Medusa*, y resuelto á intentarlo todo por llevar á Napoleon á tierra libre. Como deber exigido por la desgracia y la gloria de Francia lo consideraba este oficial bizarro, que en Napoleon veíalas simbolizadas, no pareciéndole menos glorioso por ser actualmente el vencido de Waterloo.

Inmediatamente de llegado, Napoleon quiso que por un consejo de marina se examinaran los diversos partidos adoptables para evitar el crucero inglés y salir á alta mar. A este consejo citó el prefecto marítimo á los marinos más experimenta-

dos del país, y entre otros al almirante Martin, veterano oficial de la guerra de América, muy descuidado bajo el imperio, si bien se portaba en esta coyuntura como si le hubiera colmado siempre de favores. A pesar de la aproximacion del crucero inglés, por muy veleras estaban reputadas las dos fragatas, y una vez traspuestos los canalizos, no se dudaba de que burlarian toda persecucion del enemigo. Mas para tal empresa necesitaranse vientos favorables, y por desgracia los vientos soplaban obstinadamente contrarios. Cierta capitán de un buque danés, que, siendo francés de nacimiento, se habia visto en la necesidad de entrar al servicio de Dinamarca, por falta de empleo en su patria, se ofrecia á llevar á Napoleon á América, y á ocultarle de forma que no le pudieran descubrir los ingleses. Solo demandaba que se indemnizara á sus armadores de los perjuicios que les pudiesen resultar de expedicion semejante. Todo anunciaba la completa buena fé de este valiente, si bien repugnaba á Napoleon meterse en la cala de un buque neutral, y arriesgarse á ser sorprendido en una posicion poco digna de su persona. Al almirante Martin ocurrióle otra combinacion distinta. En las bocas del Gironde habia una corbeta bien armada, y montada por un oficial de nada comun osadía, el capitán Bandin, despues almirante, que ya habia perdido un brazo en el fuego, y era capaz de los actos más temerarios. Fácil era sin duda remontar del Charente al Sendre en una canoa bien armada, y hacer luego por tierra una travesía de pocas leguas, y llegar á Royan, donde Napoleon podia efectuar su embarque. Atrayendo entonces el Gironde mucho menos la atencion de los ingleses

que el Charente, gran probabilidad habia de salir á alta mar, y de que á las playas de América arribara Napoleon sano y salvo.

Esta combinacion ingeniosa pareció del gusto de Napoleon, y sin adoptarla definitivamente, se convino en examinar si era practicable. Entretanto podian soplar vientos propicios, y tampoco era imposible que del duque de Wellington se recibieran los salvo-conductos demandados. Pretextos especiosos eran todos para perder tiempo, y pretextos que halagaban á Napoleon mucho más de lo que se figuraba personalmente. A la sazón acababa de llegar á Rochefort su hermano José tras de correr varios peligros. De paso habia hallado las columnas del ejército francés en marcha hácia el Loira, y oido los discursos de la mayor parte de los gefes, cuya mayoría solicitaba con instancia que Napoleon se volviera á poner á su cabeza, y que profongando la guerra tratara de apelar del desastre de Waterloo á algun suceso venturoso, posible siempre bajo su mando.

Fuertemente agitaron á Napoleon tales nuevas, y con fundamento sin duda. Cierto estaba de que, aproximándose á las provincias del Oeste, reunido el ejército francés á las tropas aquí enviadas, se debia elevar á ochenta mil hombres; de que situado detrás del Loira tendria sobrados medios de disputar esta linea á los enemigos, que se debilitarian á medida que se internaran en Francia, y de que, peleando con la desesperacion del año precedente, aun podia alcanzar alguna victoria fecunda en resultados. Perdidos por perdidos, teniendo á Napoleon á su cabeza los más comprometidos gefes militares, nada mejor podian hacer que aventurar

este postrer esfuerzo, que á sus ojos y á los de la nacion tendria por excusa el deseo de arrancar á Francia de manos del extranjero.

Napoleon se puso á contrapesar las diversas eventualidades que se presentaban todavia, y aun cuando, siempre que emprendia este asunto, le animaba muy vivo ardimiento, con la reflexion se le desvanecia muy pronto. Para lanzarse á tal aventura, lo debiera hacer en Paris, cuando aun tenia en sus manos el poder y á su disposicion todos los recursos de Francia. Pero ahora que habia ya abdicado, y abandonado el poder legal, y que enfrente de los Borbones vueltos á Paris no seria más que un rebelde, y que retirado detrás del Loira hallaria dividida á Francia, no solo moralmente como antes de abdicar la corona, sino tambien materialmente, nulas habian ya venido á ser las probabilidades de buen suceso. Ciertamente haria que durase la lucha, si bien cubriendo el país de ruinas, y extendiendo los horrores de la guerra desde las provincias del Norte, únicas trabajadas hasta el presente por sus destrozos, á las del centro y el Mediodia, que solo por la conservacion los habian experimentado. Asi Napoleon se dijo interiormente que ya era sobrado tarde, y que para tentar un golpe á la desesperada, al tiempo de su llegada á Paris lo debió poner por obra, disolviendo el mismo dia la Cámara de representantes. Sin embargo, Napoleon no podia arrancar de raíz de su mente la idea de una postrera tentativa. No bien la descartaba por algunos momentos, se reproducia más animada por el mismo abandono, y por el horror de la situacion que vislumbraba en perspectiva no lejana. De esta suerte dejó trascur-

rir los días 5, 6 y 7 de julio como en traza de examinar los diversos medios propuestos para su embarque, y de aguardar que soplaran vientos propicios, y realmente no empleando el tiempo sino en desechar y volver á persistir sucesivamente en la resolución de pasar á las filas del ejército del Loira, resolución que, de ser llevada á cabo, se resentiría de funesta en mayor grado que la que le trajo de la isla de Elba, y que, según todas las verosimilitudes, no diera otro resultado que el de añadir un nuevo y más horroroso desastre al desastre inmenso de Waterloo.

Apesarado contemplaba el digno general Beker á Napoleon dar largas al tiempo, no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de echar por decirlo así fuera del territorio al hombre que, á pesar de sus muchos desaciertos, tantos títulos tenía á los ojos de todo francés ilustrado y patriota. Con todo, no eran ya posibles las dilaciones, pues dictaba la razón que la seguridad de Napoleon se comprometía más y más al transcurso de cada hora, fuera de que las órdenes procedentes de Paris no permitían la elección en punto á seguir esta ó la otra conducta. Efectivamente, lo mismo el gobierno provisional en cuerpo que el ministro de Marina Deerés, perseverante en la fidelidad respecto de su antiguo soberano, al general Beker repetían que era forzoso hacer partir á Napoleon y no menos por su propio interés que por el del Estado, y que la prolongación de su presencia sobre las costas francesas hacia las negociaciones de paz más dificultosas, y á los ingleses daba espacio para estrechar más el bloqueo. Al instar el ministro de Marina al general Beker sobre que apresurase la

partida de Napoleon, le autorizaba para hacer uso, no solo de las fragatas, sino de todos los buques disponibles en Rochefort y sin cuidarse del interés de sus dueños para nada. Lo que no decía el ministro, y el general Beker adivinaba perfectamente, era que el gobierno provisional ya no tenía más que muy contadas horas de vida, y que el gobierno que le sucediera en el mando, sin duda expediría nuevas órdenes y probablemente más rigurosas para la persona del emperador caído.

En la mañana del 8 de julio á Napoleon dió cuenta el general Beker de las instancias del gobierno provisional, instancias sinceras é inspiradas por los motivos más honrosos. Le hizo notar hasta qué punto se aumentaba la dificultad de salvar el crucero inglés de día en día, y por último no le disimuló su más grave recelo de que llegaran nuevas órdenes antes de mucho, porque, según todos los visos, el gobierno provisional iba á ser derrocado en provecho de la emigración victoriosa. De tanto peso eran estas razones que Napoleon no opuso la objeción más leve, y dispuso que se apresurara todo para trasladarse á la isla de Aix en el curso del mismo día.

Con efecto, por la tarde subió al carruaje, para dirigirse á Fouras, en la rada de la isla de Aix y junto al desagüe del Charente. Noticiosa la población de su partida, se agrupó al paso, y acompañóle con los gritos de *viva el emperador!* Todos los corazones estaban muy vivamente conmovidos, y lágrimas corrieron de los ojos de muchos ancianos, cuyos rostros aparecían curtidos por el mar y la guerra. Participando Napoleon de la emoción con que saludaban su infortunio, con la mano les

dirigió muy expresivos adioses, y partió al cabo. Tras de su coche iban muchos con sus compañeros de viaje, y á orillas del mar llegaron todos á la caída de la tarde. No soplabá el viento deseado, y sin embargo, en lugar de trasladarse á la isla de Aix, prefirió Napoleón dormir á bordo de la fragata *Saale*, con el objeto de poder aprovechar la primera brisa favorable. Allá fué con las lanchas de las fragatas, y á bordo de la *Saale* se le recibió con profundo respeto. Nada estaba aun prevenido para su persona, y se acomodó como le fué posible dentro de este buque, destinado al parecer á conducirle á las playas americanas.

Napoleón visitó la isla de Aix al día siguiente, á causa de perseverar los mismos vientos. Allí fué con su comitiva y á bordo de las lanchas de las fragatas. Todos los moradores acudieron al sitio del desembarque, y le acogieron con sentidas aclamaciones. Revista pasó al regimiento de marina, compuesto de mil quinientos hombres, con los cuales se podía contar de seguro. A Napoleón hicieron oír los gritos calorosamente repetidos de *viva el emperador!* con el grito aún más significativo de *¡al ejército del Loira!* Napoleón dióles gracias por estas muestras de adhesion á su persona, y fué á visitar las inmensas obras ejecutadas bajo su reinado para la seguridad de esta gran rada. Siempre seguido por la poblacion y las tropas se volvió al muelle del embarcadero, y se fué á dormir á bordo de las fragatas.

Al día siguiente era forzoso decidirse en fin por uno ú otro partido. El prefecto marítimo se presentó con nuevos despachos dirigidos al general Beker desde Paris y llegados recientemente. Estos eran

más formales que los anteriores, pues quitaban toda esperanza de obtener los salvo-conductos solicitados, y prescribían la partida inmediata, y autorizaban nuevamente la expedición de las fragatas á todo riesgo, ó en el caso de parecer las fragatas demasiado visibles para engañar la vigilancia del enemigo, de un aviso de buena marcha, que trasladara á Napoleón adonde fuera de su agrado, menos á parte alguna de las playas francesas. En un solo punto modificaban estos despachos el contenido de los anteriores. Hasta lo presente, concibiendo la posibilidad de que Napoleón se sintiera inclinado á confiarse á los ingleses, por miedo de que se le acusara de traición, el gobierno provisional habia vedado que se le diese ayuda. Ahora, empezando á creer el mismo gobierno, de resultas de las pasiones efervescentes ante sus ojos, que Napoleón correría menos peligro en poder de Inglaterra que en manos de la emigracion victoriosa, se autorizaba para entrar con el crucero inglés en comunicaciones, previa instancia de Napoleón y escrita de su puño, de forma que á nadie pudiera imputar mas que á sí propio las consecuencias de su determinacion en tal sentido.

Ya no habia que titubear á la vista de estas instrucciones, y se necesitaba adoptar una resolucion cualquiera. El capitán francés Besson, jefe del buque danés neutral y ya citado, aun persistía en su oferta, seguro de esconder á Napoleón de modo que no le pudieran descubrir los ingleses; pero á Napoleón repugnábale de continuo tal forma de escape. No se habia facilitado mas la partida con las fragatas, aun cuando el viento soprase menos contrario, y en la duda se envió una em-

barcacion á fin de reconocer los diversos pasos y la posicion que alli ocupaban los ingleses. Asimismo volvi6se á tratar de la proposicion ingeniosisima del veterano almirante Martin y consistente en remontar el Sendre con botes, en atravesar á caballo la lengua de tierra, que separa el Charente del Gironda, y en trasladarse á bordo de la corbeta del capitan Baudin de seguida. A este último fué despachado un oficial para que adquiriese los datos necesarios; y por no descuidar ninguno de los arbitrios propios á salir de situacion tan embarazosa, á Napoleon ocurri6le enviar al crucero inglés uno de los amigos que iban en su compania, para saber si por casualidad le habian llegado los salvo-conductos de Paris aun no remitidos, y especialmente si se abrigaban disposiciones á acogerle de un modo decoroso y tranquilizador al propio tiempo. En lo íntimo de su alma Napoleon propeodia mas á acabar por medio de un acto de confianza respecto de la nacion británica que por virtud de una temeridad de éxito poco probable y procurado de manera muy poco en armonia con su gloria. Si se le descubria escondido en la cala de un buque, sus enemigos tendrian el doble gozo de capturarle y de sorprenderle en una posicion tan poco digna de su persona. Si se le prendia despues de un combate de fragatas, se diria que tras de hacer que por su ambicion se derramara tanta sangre, de nuevo la hacia verter con el fin de ponerse en salvo, y tanto de un modo como de otro se tendrian sobre su persona los derechos de la guerra. Bajo la suposicion de que al fin ganara las playas de América sin contratiempo alguno, seguro estaba de ser recibido cordialmente, porque go-

zaba alli de popularidad suma, pero no lo estaba tanto de que se le sabria defender contra las reivindicaciones de Europa, que no dejaria de reclamar la entrega de su persona con amenazas, y hasta de exigirla en caso de necesidad por la fuerza. ¿Y despues de llenar el Viejo Mundo con los horrores de la guerra, los habia de llevar al Nuevo? Aun cuando soñara con una vida tranquila y libre en el seno de la vasta naturaleza americana, sagacidad tenia de sobra para fiar en que el Viejo Mundo le dejara este asilo, sin ir á buscarle alli á todo trance. Por consiguiente preferia dirigirse á los ingleses, y probar á tocarles en el honor por virtud de un gran acto de confianza, entregándose á ellos sin verse forzado á dar este paso, y aspirando á obtener de su generosidad un asilo apacible y respetado. Habiéndoselo dado á Luis XVIII y á cuantos principes lo habian pedido. ¿Le habian de negar á él únicamente lo otorgado á tantos varones ilustres caidos en desgracia? A la verdad no era un refugiado inofensivo como Luis XVIII; pero contrayendo en nombre de su honor y de su gloria el empeño de no perturbar ya el reposo del mundo, ¿no se podria obtener que se diera fé á su palabra? Además, sin constituirle precisamente cautivo, precauciones se podian adoptar en su contra y con su asentimiento que calmaran las inquietudes de Europa. Si salia con la demanda, á colmo llegarian sus deseos, al menos los que le era licito abrigar en su angustia, pues aunque le agradase la libertad en el fondo de las soledades americanas, más de su gusto era la vida privada en el seno de una de las naciones más civilizadas del mundo y con el trato de los hombres

ilustrados. Actualmente le halagaba el pensamiento de renunciar á la vida agitada, y de terminar su carrera en el seno del reposo, de la amistad, del estudio. De todos modos, semejante eventualidad tan halagueña á su mente, bien valia la pena de una tentativa, y así encargó á Mr. de las Cases, que hablaba inglés, y al duque de Rovigo, que poseia toda su confianza, ir á bordo del *Belerofonte*, sobre el cual flotaba la insignia del gefe de la estacion inglesa, con el fin de que allí recogieran los informes necesarios.

En la noche del 9 al 10 de julio, Mr. las Cases y el duque de Rovigo se trasladaron sobre un buque ligero á bordo del *Belerofonte*. Allí fueron recibidos por el capitán Maitland, gefe del crucero, con suma cortesía, á la par que con una reserva nada propia á ilustrarles en punto á las intenciones del gobierno británico relativamente á su demanda. De los últimos sucesos nada sabia el capitán Maitland mas que el éxito de la batalla de Waterloo; y así la partida de Napoleon como su presencia en Rochefort le cogieron absolutamente de nuevas. No habia recibido salvo-conductos, y de aqui resultaba naturalmente que detendria á todo buque de guerra, que tratara de forzar el bloqueo, y que sobre todo buque neutral que aspirara á eludirlo de un modo ó de otro, se apresuraria á ejercer el derecho de visita. En cuanto á la persona de Napoleon no tenia orden ni prohibicion de recibirle á bordo, por no hallarse previsto este caso. Pero que era cosa muy sencilla recibirle en su buque, pues siempre se recibe á un enemigo rendido, y no dudaba que la nacion inglesa trataria al antiguo emperador de los franceses con los mira-

mientos debidos á su gloria y á su grandeza pasada. Sin embargo, sobre este punto, no podia contraer ningun empeño, por carecer absolutamente de instrucciones para caso tan extraordinario y de prevision tan dificultosa. Por lo demás el capitán Maitland ofrecia consultar á su gefe el almirante Hotham, que cruzaba sobre la rada de Quiberon por entonces. Los dos enviados de Napoleon accedieron á tal propuesta, y se retiraron satisfechísimos de la cortesía del comandante de la estacion de los ingleses, aunque muy poco enterados acerca de lo que se podia esperar de la generosidad de su gobierno. Les siguió el capitán Maitland con el *Belerofonte*, y fué á recalar en la rada de los Bascos, segun su dicho, para estar mas en actitud de proseguir las comunicaciones entabladas.

Napoleon oyó la relacion del duque de Rovigo y de Mr. de las Cases el 11 de julio, relacion muy vaga, segun se ha visto, no alarmante sin duda, pero tampoco muy tranquilizadora en punto á las resultas de un acto de confianza respecto de Inglaterra. El oficial enviado á reconocer los canales declaró que estaban mas cerca los ingleses y mas vigilantes que nunca, y que lo de pasar por entre sus cruceros sin ser vistos al golpe, casi rayaba en lo imposible. Por tanto ya no quedaba otro arbitrio que el paso á viva fuerza, y para llevarlo á cabo la dificultad verdadera estaba en el *Belerofonte*, que habia ido á tomar posicion sobre la rada de los Bascos. Este era un navio viejo de setenta y cuatro cañones y de mediana marcha, y así no ofrecia un obstáculo insuperable á dos fragatas nuevas del todo, bien armadas, montadas por tripulaciones muy adictas, y veleras hasta lo



sumo. No habia para qué hacer caso de los demás buques de la estacion inglesa por su debilísima traza. Además en la rada habia una corbeta y varios barcos pequeños de que se podia hacer uso, y no perdiendo instante, y obrando con audacia, verosimilmente se lograria traspasar el bloqueo á viva fuerza.

A los dos capitanes, que mandaban las fragatas *Saale* y *Medusa*, se dirigió Napoleon para saber lo que pensaban de tentativa semejante. Variables se habian hecho los vientos, y así la dificultad del tiempo no era ya de tanto bulto. Esta situacion apurada dió margen á una proposicion heroica del capitan Ponée, jefe de la *Medusa*. Firmemente sostuvo que se lograria salir á alta mar con un acto de abnegacion á que estaba pronto, y respondiendo del buen suceso. Segun su dicho, á la puesta del sol levaria anclas, por ser hora en que generalmente sopla una brisa favorable para la salida: se iria á acoderar con el *Belerosfonte*, le daria un encarnizado combate, y sacrificando la *Medusa*, se mantendria sobre su costado hasta dejarle de modo que le fuera imposible todo movimiento. Entretanto saldria á alta mar la fragata *Saale*, dejando tras sí ó poniendo fuera de combate á los demás débiles buques, si trataban de impedir su marcha.

Tan atrevido proyecto presentaba eventualidades casi seguras de éxito venturoso, y Napoleon reconociólo de esta suerte; pero el capitan Philibert, encargado de la parte menos peligrosa de la obra, y que por consiguiente estaba mas en aptitud de prestar oídos á las consideraciones de la prudencia, se mostró receloso de cargar con la

responsabilidad de lanzar á una pérdida casi positiva uno de los dos buques puestos bajo su mando. Solo una adhesion igual por parte de los dos capitanes hubiera podido decidir á Napoleon á aceptar el sacrificio propuesto. Cogiendo la mano al capitan Ponée, y estrechándosela afectuosamente, rehusó al fin su oferta, no sin decirle que no queria que hombres de su arrojo se sacrificaran por la salvacion de su persona, sino por el contrario que se conservasen para Francia.

Desde este momento ya no habia que pensar en las fragatas, y solo quedaba el proyecto de irse á embarcar al Gironde. De vuelta estaba el oficial enviado al capitan Baudin, y con datos favorabilísimos bajo algunos conceptos. Por declaracion del capitan Baudin, su corbeta era excelente, y respondia de salir con ella y de llevar á Napoleon adonde fuera de su agrado. Desgraciadamente la travestía por tierra casi era impracticable, pues habia que ejecutarla por entre campos, donde los realistas dominaban casi del todo. Allí los animos estaban alerta, y se corria el peligro de que Napoleon cayera prisionero, si iba con escasa compañía, ó de poner sobre aviso á los ingleses, si iba en compañía bastante para la defensa. Así tambien esta salida se hallaba casi cerrada, cuando la de las dos fragatas se acababa de cerrar por completo.

Al día siguiente 12 de julio, Napoleon recibió la visita de su hermano y los despachos de Paris con la relacion de los últimos sucesos. Derribado estaba el gobierno provisional, Mr. Fouché figuraba como dueño de Paris por cuenta de Luis XVIII, y eran de temer nuevas órdenes muy hostiles. De consiguiente ya era fuerza alejarse de las playas de

Francia, sin reparar de qué manera, porque para Napoleón menos eran de temer los mismos ingleses que los emigrados victoriosos. Napoleón abandonó, pues, la *Saale*, no pudiendo ser las fragatas el medio de transporte que le condujera á otro hemisferio, y tras de recibir las calorosas despedidas de las tripulaciones, se fué á desembarcar á la isla de Aix, donde la población le acogió como los días precedentes. Al cabo se necesitaba adoptar un partido, y adoptarlo sin dilaciones. Según las últimas noticias llegadas de París, se había hecho definitivamente imposible el proyecto de remontar el Senna en botes, y de cruzar á caballo la lengua de tierra, que separa el Charente del Gironda, pues ya la bandera blanca ondeaba en los campos. Allí estaban triunfantes los realistas, y no había esperanza de lograr escape. Sin embargo, otra proposición se hizo no menos plausible y heroica que la del capitán de la *Medusa*. Habiendo cundido el rumor de que no tendrían el honor de salvar á Napoleón las fragatas, á causa de la extremada prudencia manifestada por uno de los dos capitanes, irritados los jóvenes oficiales idearon otro medio para burlar al enemigo, apoderándose de dos quechamarines, montándolos con cuarenta ó cincuenta hombres arrojados, conduciéndolos fuera de los pasos al remo ó á la vela, y abandonándose de seguida á la fortuna de los vientos, que muy bien les podría llevar donde encontraran un buque mercante, de que se apoderarían al punto, para obligarle á hacer rumbo á las playas americanas. Fuera de duda estaba que pasarían sin ser vistos al remo y á favor de la noche: sin embargo, contra esta nueva combinación ocurría una objeción gra-

ve, pues si en aquellas playas no se encontraba inmediatamente un buque mercante empujados serían los quechamarines hácia las playas españolas, donde se correrían los mayores peligros.

Sin embargo, acogido fué el proyecto y se autorizó á estos valientes oficiales para prevenirlo todo con el fin de ponerlo en planta. De ellos eligieron á los mas robustos y audaces, les agregaron algunos marinos escogidos, y durante la noche del 43 de julio llevaron á la cala de la isla de Aix sus dos embarcaciones. Napoleón tenía tomado su partido, é iba á tentar esta manera de escape, cuando se movió una confusión indecible en torno suyo. Allí había muchas personas, y entre ellas figuraban las familias de varios de sus compañeros de destierro. Cuantos se quedaban á la sazón sentían el dolor de la separación, y los demás el terror de una tentativa que les iba á exponer al espantoso mar del golfo de Gascuña en débiles lanchas.—A las mugeres todo se les volvía sollozos. Ante espectáculo tan aflictivo sufrió gran trastorno el alma de Napoleón, habitualmente de tan enérgico temple. Cerca de su persona se hicieron valer las diversas razones en que no se había fijado al principio, tales como la posibilidad de ser impelidos á la costa de España, donde se perecería miserablemente, si de seguida no se encontraba un buque mercante, y asimismo la grandísima probabilidad de ser descubiertos por los ingleses, que no dejarían de perseguir y apretar las dos lanchas. —Ea, dijo bajo la impresión de las lágrimas que corrían á su vista, acabemos de una vez, y entreguémonos á los ingleses, puesto que de todos modos tan escasas probabilidades tenemos de evadir-

nos de ellos. — Expresivas gracias dió á los valientes jóvenes que se brindaban á salvarle á riesgo de su vida, y determinó entregarse por sí á la marina británica al día siguiente.

Con efecto, el 11 de julio nuevamente envió comisionados á bordo del *Belerofonte* para saber qué respuesta habia recibido el capitán Maitland del almirante Hotham, su jefe, que, según dijimos, en la rada de Quiberon se hallaba de crucero por entonces. Esta comision fué asimismo á desempeñar Mr. de las Cases, bien que acompañado del general Lallemand ahora. El capitán Maitland repitió que estaba dispuesto á recibir al emperador Napoleon á bordo, aunque sin contraer ningun formal empeño, á causa de no haber habido espacio para pedir instrucciones á Londres. Nuevamente dió por seguro, bajo su opinion personal siempre, que el emperador hallaría en Inglaterra la hospitalidad que los fugitivos más ilustres habian encontrado en todos los tiempos. Al hablar así el capitán Maitland no preveía la suerte que le aguardaba á Napoleon en Inglaterra; pero á todas luces el deseo de atraer á bordo de su navío al antiguo soberano del mundo, y de estar en aptitud de conducirlo á sus compatriotas maravillados de tal captura, le impulsaba á prometer algo más de lo que esperaba realmente, pues no podía imaginar que el gobierno inglés dejara á Napoleon tan libre como á Luis XVIII. Prometiéndole de este modo más de lo que esperaba á infelices propensos á creer más de lo que se les prometía de cierto, naturalmente contribuía á producir una ilusion que distaba poco de equivaler á una mentira. Como condenado á muerte, el general

Lallemand preguntó si cabria en lo posible que Inglaterra le entregase al gobierno francés en union de otros compañeros de infortunio, que se hallaban en el mismo caso, y el capitán Maitland rechazó tal recelo como una ofensa, y sobre este punto manifestose afirmativo de plano, lo cual demostraba que establecía alguna diferencia entre la situacion del general Lallemand y la de Napoleon, y que no se le ocultaba del todo el riesgo á que se exponia éste, al pasar á bordo del *Belerofonte*. Por lo demás, respecto de la persona del emperador caido, siempre repitió que no tenia facultades para contraer ningun empeño, y que solo se limitaba á decir como ciudadano inglés lo que presumia de la magnanimidad de su patria.

Tranquilizados por este lenguaje más de lo debido, Mr. de las Cases y el general Lallemand tornaron á la isla de Aix para comunicar á Napoleon el resultado de la comision puesta á su cargo. Les oyó atentamente, y obligado como estaba á confiarse á los ingleses, en lo que le daban por noticia, vió una razon para esperar tratamientos á lo menos soportables, únicos que se podía lisonjear de obtener á lo sumo en su situacion extremada. Sin embargo, antes de determinarse del todo, por vez postrera deliberó con el escaso número de amigos, que tenia en torno, sobre la resolucion que se iba á poner por obra. Todos los medios de evasion habian sido propuestos, examinados, y abandonados; no quedaba más arbitrio que optar entre un acto de confianza respecto de Inglaterra, ó un acto de desesperacion en Francia, dirigiéndose al ejército del Loira. De este ejército se tenían puntuales noticias; de su amarga pesadum-

bre y de su exaltacion se estaba muy al cabo, y se sabia que aún le moveria Napoleon á heróicos esfuerzos. No faltaba modo de ir á sus cantones; se tenia al regimiento de marina de la isla de Aix, compuesto de mil quinientos hombres y que habia hecho resonar el grito significativo de *Al ejército del Loira!* se tenia la guarnicion de Rochefort no menos bien dispuesta, y se contaba además con cuatro batallones de federados, que ofrecian su ayuda para cuanto Napoleon intentara poner por obra. Estos diversos destacamentos formaban una fuerza de cinco á seis mil hombres, con los cuales podia Napoleon atravesar en plena seguridad la Vendée para unirse en seguida al ejército del Loira, que de esta suerte se hallara reforzado con un grueso contingente y además con la presencia de su caudillo. Pero estas facilidades no podian hacer que se echasen en olvido la gravedad de la empresa y las nuevas desventuras que se iban á acumular sobre Francia. Con efecto no existia otra probabilidad que la de prolongar estérilmente las calamidades de la guerra, para venir á parar en la misma catástrofe al cabo, con mayor efusion de sangre, y mayor agravacion de desgracia para los vencidos. Todo esto saltaba tan evidentemente á los ojos, que tras de cometer Napoleon respecto de Francia la culpa de tornar á ella, no quiso cometer la de aparecer allí por tercera vez para arruinarla del todo. De consiguiente por su cuenta y riesgo abrazó el partido de rendirse á los ingleses, y resolvió hacerlo con la grandeza adecuada á su persona, escribiendo al príncipe regente la siguiente carta, que el general Gourgaud le debia llevar á Inglaterra para ponerla en su propia mano.—

«Alteza Real: Blanco de las facciones que dividen á mi país, y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he acabado mi carrera política. A semejanza de Temístocles, voy á sentarme en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes que reclamo de Vuestra Alteza Real, como la del más poderoso, del más constante y del más generoso entre mis enemigos.»

Fijamente esta carta hiciera fuerza al honor inglés en cualquier otro tiempo. Bajo la impresion de los odios y de los rencores por Napoleon inspirados, no era mas que una apelacion inútil á una magnanimidad á la sazón completamente sorda. Napoleon encargó á Mr. de las Cases y Gourgaud que volvieran al *Belerosonte* y anunciaran para el día siguiente su ida á bordo, y pidieran pasaje para el general Gourgaud, portador de la carta al príncipe regente. Llegados á bordo del *Belerosonte*, estos señores produjeron allí la más viva alegría al anunciar la resolucion de Napoleon, y fueron acogidos en conformidad del sentimiento que habian excitado. Se les prometió recibir al *emperador*, pues le llamaban aún de este modo, con los honores correspondientes, y trasladarle sin demora á Inglaterra en compañía de las personas que deseara llevar consigo. Al general Gourgaud se le facilitó un buque ligero, para que desempeñara su comision cerca del príncipe regente.

Llegado era para Napoleon el momento de abandonar por siempre la tierra de Francia. De la isla de Aix se dispuso á partir el 1.º de julio por la mañana, y dirigió al general Beker la más tier-

na despedida.—General, le dijo, gracias os doy por vuestra conducta noble y delicada. ¿Por qué os he conocido tan tarde? Jamás os hubierais apartado de mi persona. Sed dichoso, y transmitid á Francia la expresion de los votos que hago por ella.—Al terminar estas palabras, Napoleon estrechó al general en sus brazos con la emociion mas profunda. Le quiso acompañar el general Beker hasta dejarle á bordo del *Belerosfonte*, y Napoleon se opuso á ello, diciéndole de este modo:—No sé lo que me deparan los ingleses, pero, si no corresponden á mi confianza, se supondria que me habeis entregado á Inglaterra.—Esta frase, barto significativa de que al entregarse á los ingleses, no se forjaba Napoleon muchas ilusiones, seguida fué de nuevos testimonios de afecto al general Beker, el cual no podia contener el llanto. De seguida bajó á la playa en medio de los gritos y de las despedidas dolorosas de la muchedumbre, y se embarcó á la par que sus compañeros de destierro en varios botes para dirigirse á bordo del bergantin *Gavilan*. Bajo vela aguardábale el capitan Maitland, que hasta el postrer momento manifestó la ansiedad mas viva, siempre receloso de ver que se le escapase de las manos el trofeo que deseaba ofrecer á sus compatriotas. Cuando divisó al cabo el bergantin *Gavilan* haciendo rumbo hacia el navío *Belerosfonte*, no disimuló su alborozo, é hizo que la tripulacion se pusiera sobre las armas, para recibir al gran vencido, que allí le iba á llevar su gloria y sus desventuras. A lo último de la escala del navío descendió para dar la mano á Napoleon, á quien calificó de *emperador*. Cuando estuvo sobre el puente le presentó su estado mayor, cual lo hubie-

ra hecho al mismo soberano de Francia. Napoleon respondió con tranquila dignidad á la cortesia del capitan Maitland, y le dijo que á solicitar la proteccion de las leyes británicas iba lleno de confianza. Por su parte repitió el capitan que nadie tendria que arrepentirse jamás de haber confiado en la generosa Inglaterra. A Napoleon estableció lo mejor que le fué posible á bordo del *Belerosfonte*, y le anunció la visita del almirante Hotham para muy pronto. Con efecto, antes de mucho llegó el almirante en el *Soberbio*, y presentóse á Napoleon con las más respetuosas formas. Le rogó que se dignara visitar el *Soberbio* y comer á bordo. Napoleon admitió el convite, y á bordo del *Soberbio* fué tratado como verdadero soberano. Despues de permanecer allí algunas horas, se tornó al *Belerosfonte*, á pesar del deseo manifestado por el almirante de conservarle á bordo de su navío. A bordo del *Soberbio* hallara Napoleon más cómoda cabida, pero temió ofligr al capitan Maitland, que le habia dispensado las mayores atenciones, y al parecer se mostraba muy celoso de poseerle en su buque. De consiguiente se mantuvo en el *Belerosfonte*, que hizo rumbo á Inglaterra.

Flojos eran los vientos, y trabajo costó ganar el canal de la Mancha, remontando las costas de Francia. Napoleon aparecia afable y sosegado, y se paseaba de continuo por el puente del *Belerosfonte*, observando las maniobras y haciendo preguntas, á que los marinos ingleses respondian con suma deferencia y conservándole sus titulos todos. A la vista de su calma, y del acatamiento de que era objeto su persona, nadie hubiera podido creer

que habia caído del más elevado de los tronos al más profundo de los abismos.

Lenta fué la navegacion: se dió vista á Ouessant el 23 de julio, de manera de divisarse perfectamente las costas de Francia, y el 24 de julio por la mañana se recaló en la rada de Torbay, para tomar las órdenes del almirante Keith, gefe de los diferentes cruceros del Océano. Estas órdenes no se hicieron aguardar mucho, é invitado fué el *Belerofonte* á ir á echar el ancla en la bahía de Plymouth. Apenas estuvo en aquella rada, se plantaron dos fragatas armadas fuertemente á sus costados, para tenerle bajo la custodia de sus cañones. Se vio á muchos funcionarios públicos ingleses llegar sucesivamente á bordo, recibir comunicaciones del capitán Maitland y transmitirselas á su turno, sin que se transpirase lo más mínimo de tales idas y venidas. A bordo del *Belerofonte*, pasó el almirante Keith para hacer á Napoleon una visita de cumplimento, visita que fué corta, y durante la cual no pronunció una sola palabra referente á las intenciones del gobierno británico. Mientras reinaba este silencio de siniestro augurio alrededor del ilustre prisionero, en todos los rostros que habia costumbre de ver á bordo del *Belerofonte*, y especialmente en el del capitán Maitland, se notaba el embarazo de gentes que tienen que ocultar una mala noticia, ó que retroceden de promesas; aun inspiraba mayores zozobras que, achelantes por ser respetuosas, no se atrevian ya estas mismas gentes á mostrarse tales. En este momento vino el general Goorgaud á anunciar que no habia podido poner la carta de Napoleon en manos del príncipe regente, y que se ha-

bia visto en la necesidad de entregarla al almirante Keith de resultas. Nuevos indicios eran estos nada tranquilizadores.

Al dirigirse á bordo del *Belerofonte*, no se habia Napoleon forjado ilusiones más que á medias, pero colocado entre el riesgo de caer en manos de los ingleses como prisionero de derecho, y el riesgo de confiarse á su honor de voluntad propia, al fin abrazó este último partido, y sin pesadumbre aguardaba que se le diera á conocer su suerte. Entretanto, por lo que pasaba en la rada de Torbay, dado le era formar idea del efecto que aún hacia sobre el mundo. Si no fuera más que un Erostrato de grandes proporciones, no amando de la gloria más que el ruido que hace entre los hombres, razon tenia para estar satisfecho de sobra. Efectivamente, apenas penetró en lo interior la noticia de su llegada, y de uno á otro punto en Londres, una curiosidad frenética se apoderó de Inglaterra toda, impaciente por ver con sus propios ojos al personaje célebre que de veinte años atras habia dado tanto que decir á la fama. Siempre se habian figurado los ingleses á Napoleon como un odioso monstruo, que por el terror habia dominado á los hombres; pero la curiosidad no es escrupulosa, y detestándole y todo le querian ver absolutamente. Celebrando los periódicos británicos su cautiverio con feroz alegría, á la par criticaban la curiosidad demente, que impelia así á sus compatriotas, y aspiraban á desalentarla con su censura. Pero no conseguian más que estimularla en mayor grado, y cuantos caballos habia en el camino de Londres á Plymouth se hallaban ocupados en transportar á la muchedumbre de curiosos. Miles de botes rodea-

ban de continuo el *Belerofonte*, y se pasaban allí horas y horas, chocando unos con otros, y aun exponiéndose á graves peligros. Efectivamente, de cotidiano habia ahogados, sin que la porfia alojase por eso. Se sabia que Napoleon subia todas las mañanas á respirar el aire al puente del navío que le habia conducido á Inglaterra; y se esperaba este momento, y así que aparecía su persona, todo era silencio en torno suyo y cediendo á un involuntario impulso de respeto, se descubria la muchedumbre, sin lanzar aclamacion alguna hostil ni amistosa. Echando de ver los ministros ingleses que la compasion por el infortunio y la simpatia hacía la gloria acababan por atenuar el odio, dispusieron apartar á la muchedumbre de visitantes, no permitiéndoles circular en torno del *Belerofonte* sino á una distancia que diera con su curiosidad al traste. Prisa tenían de acabar pronto y resueltos se mostraban á que las cuestiones concernientes á Napoleon no estuvieran indecisas por más largo tiempo.

Tanto asombro experimentaron como el capitan Maitland al ver á Napoleon entregarse por sí en manos de Inglaterra. Enterados de su evasion por las noticias de París, del mismo disgusto participaron que las potencias europeas todas respecto de Mr. Fouché, y al gran perturbador creyeron completamente fuera de alcance, y siempre libre de trastornar á Europa á la primera coyuntura. Su alegría igualó á su sorpresa al saber que el emperador caído estaba en la rada de Plymouth y á bordo de uno de los navíos de la marina real inglesa. Lejos de que el acto de confianza de Napoleon les conmoviera de ningún modo, en ciertos espíritus

engendró la idea bárbara de entregarle á Luis XVIII, que ante la historia cargaria con la responsabilidad de librar á la tierra de su persona. Pero tan odiosa resolusion no podia prevalecer en un país, donde públicamente se discuten todos los asuntos de trascendencia. Sin embargo, aun descartada toda resolusion de esta clase, sin salir del derecho estricto surgian graves dificultades relativamente al modo de considerar la situacion del fugitivo ilustrado. Si se le hubiera cogido en el mar y aspirando á la fuga, prisionero fuera de pleno derecho, sin perjuicio de resolver posteriormente la cuestion de si, terminada ya la guerra, se podia tener por lícito detener al que de ella fué causa. Y antes de abordar cuestion semejante, se presentaba otra mucho más delicada, pues consistía en decidir si se debía considerar como prisionero de guerra á un enemigo que se habia entregado de voluntad propia.

Consultados en la ocasion presente los más sabios juriscónsultos de Inglaterra, se hallaron en gravísimo apuro. No obstante, atendiendo al reposo universal siempre amenazado por Napoleon, este apuro no debía ser de duracion larga. Nuestra cualidad de franceses, conservando naturalísima simpatía al antiguo compañero de nuestra gloria, no nos debe inducir á desconocer una verdad evidente, á saber, que Europa trastornada durante veinte años, y recientísimamente arrancada de nuevo del reposo, y reducida á derramar torrentes de sangre, no podia renunciar á ponerse á cubierto contra las nuevas empresas del genio más osado, empresas que eran de temer siempre. Si fuera un soberano caído de comun esfera como Luis XVIII,

los deberes de la hospitalidad hubiesen exigido que en la libre Inglaterra se le dejara elegir un punto, adonde fuese a terminar tranquilamente su carrera. Pero imposible era permitir que se paseara a sus anchas por las calles de Londres, el hombre, que acababa de evadirse de la isla de Elba, y de obligar á los ejércitos de Europa á acudir al palenque de Ligny y de Waterloo. Si los Estados deben respetar la vida agena, tambien tienen el derecho de defender la propia, y con fundamento recurrieron los ingleses al principio de la legitima defensa, que autoriza á cada cual á proveer á su seguridad cuando se halla visiblemente amenazada. Todas las sociedades encadenan á los seres reputados como peligrosos, y habiendo experimentado sobradisimamente la Europa toda, inclusa Francia, hasta qué punto Napoleon era peligroso para ella, sin duda tenia derecho para privarle de los medios de hacer daño. Despues de lo de 1814 le habia quitado el trono, dejándole la isla de Elba; en 1815, despues de haberse evadido de la isla de Elba, derecho tenia para quitarle la libertad. Negar esta verdad, es cerrar los ojos á la luz. Pero el derecho de la defensa legitima no va más allá del peligro; y donde el peligro cesa, tambien cesa el derecho. Al detener á Napoleon, que así expiaria su actividad terrible, no asistia derecho para atormentarle, ni para acortar su vida, ni para humillarle mucho menos. Respetar su genio era un deber igual al derecho de encadenarle. Así todo lo que no fuera indispensable con el fin de precaver una nueva evasion seria una crueldad gratuita, destinada á pesar eternamente sobre la memoria de los que se hiciesen culpados de ella. Bajo este úl-

timo aspecto las resoluciones británicas no fueron tan sostenibles como bajo el primero, y el triste fin de nuestra narracion va á demostrar que, no respetando la gloria de Napoleon, Inglaterra comprometió la suya propia.

Ante todo se trató del lugar que se designaria para su residencia, y desde luego el Mediterraneo quedó completamente descartado, á causa del ensayo que ya se habia hecho. Absolutamente se necesitaba un mar no tan cercano. El Océano Indico se hallaba demasiado lejos, porque la seguridad general se hallaba interesada en saber noticias frecuentes del terrible cautivo. Por otra parte la isla de Francia, único punto que se podia elegir en el mar de las Indias, se hallaba harto poblada y frecuentada, para que se pensara en transformarla en lugar de aprisionamiento. Con efecto, allí se necesitara tener á Napoleon bajo cerrojos, para que se hallara en segura guarda, y esta era una indignidad de que nadie se quisiera hacer reo ni aun entonces. En medio del mismo Atlántico y en el hemisferio del Sur, á igual distancia de los continentes de Africa y de América, habia una isla volcánica, de difícil acceso, cuya esterilidad siempre habia repellido á los colonos, y cuya soledad era tal que se podia allí detener á un preso, de cualquiera clase, sin necesidad de encerrarle dentro de los muros de una fortaleza. Esta isla era la de Santa Elena, y á causa de las ventajas que ofrecia como lugar de aprisionamiento, ya habia fijado la atencion de los hombres de Estado, que aspiraban á alejar á Napoleon de los mares de Europa. Unánimemente fué designada como el lugar más adecuado para el caso, y la Compañia de las Indias cedióela al Estado por todo



el tiempo que durase el aprisionamiento á que habia de ser destinada. No se reputaba el clima por insalubre: poco más ó menos, era como el de todas las islas intertropicales, y si podia ser peligroso para algun habitante de las zonas templadas, únicamente era para aquel á quien apenas habia sido bastante el viejo mundo para desplegar su actividad prodigiosa. Pero seamos justos, si se tratara de hallar una prision proporcionada á actividad semejante, necesario fuera restituírle el mundo, y ya Napoleón le habia atormentado muy de sobra, para que no se tuviera el derecho de vedarle su acceso por siempre.

Adoptada quedó Santa Elena. Se convino en buscar hácia el centro de la isla y lejos de la parte habitada un sitio bastante espacioso, para que Napoleón se pudiera allí mover á sus anchas, y pasear á pié y hasta á caballo, sin echar de ver que estaba prisionero. Hasta aqui todo se encerraba dentro de los límites de la necesidad; pero no era menester añadir ni inútiles molestias, ni menos humillaciones, que para el cautivo ilustre debían ser tan crueles como el cautiverio mismo. Sin embargo, doblándose á las malas pasiones del tiempo, el gabinete británico declaró que Napoleón, á quien siempre se habia calificado con el título de emperador hasta en la isla de Elba, no sería llamado en lo sucesivo más que el general Bonaparte. Ciertamente este título era glorioso hasta lo sumo, y bien se pudieran consolar los mayores potentados de la tierra de no tener otro. Pero negar á Napoleón el título que habia llevado durante quince años, que le habia reconocido el mundo entero, que la misma Inglaterra le habia

dado en 1806 al tratar en París por conducto del ministerio de lord Lauderdale, en 1814 al tratar en Chatillon por conducto del ministerio de lord Castlereagh, á todas luces era una resolución falta de dignidad, y según se verá despues hasta de verdadera prudencia. En este siglo que á tantos príncipes hemos visto pasar del trono al destierro, del destierro al trono, cualquiera que al hablar de Luis XVIII ó de Carlos X despojados de la corona, se atreviera á negarles el título real, sin duda fuera acusado de ultrajar á augustos infortunios. Verdad es que estos príncipes herederos legítimos de una larga serie de reyes figuraban como representantes de lo más respetable que hay en el mundo, la posesión antigua y aun secular muchas veces. Pero el genio, por supuesto á la altura á que en Napoleón se habia manifestado, era un título no menos respetable, y los soberanos que de este título habian sacado la excusa de su humildad ante el emperador de los franceses, del anhelo por conseguir su alianza, por mezclar la sangre de ellos á la suya, en mala situacion se hallaban para negar su valor moral ahora, y no queriendo reconocer en Napoleón más que la fuerza brutal y afortunada por un instante, á los pueblos autorizaban para decir que tampoco ellos habian hecho más que doblarse bajamente á esta fuerza. Al negar el título de emperador al vencido de Waterloo no hacían á Luis XVIII más legítimo ni más sólido sobre el trono, al revés mermaban el prestigio inherente al carácter de la soberanía, demostrando que era cosa de azar y que se daba ó se quitaba según los caprichos de la fortuna. Sin duda se alegrará que con negar á Napoleón sus títulos no se hacia sino cas-

tigarle con meros sufrimientos de amor propio, que no tienen derecho de interesar á la posteridad, y acaso de los cuales fuera digno de su persona manifestarse indiferente. A la verdad, si la intencion de humillarle no hubiera sido notoria, bien se pudiera consolar de no ser ya en la lengua de los vivos más que el general Bonaparte; pero al vencido á quien se trata de humillar se le impone el deber de resistir á la humillacion, y además, negando á Napoleon las calificaciones con que tenia costumbre de ser designado, se daba margen á incesantes disputas, que debian aumentar los rigores del cautiverio, y hacer pesar sobre la memoria de los ministros británicos un cargo de persecucion, que no ha dejado de mortificar á sus hijos, porque, despues de extinguidas las pasiones de una época determinada, nadie querria haber ultrajado al genio.

A consecuencia de estas resoluciones decidióse que Napoleon seria calificado con el simple título de general y considerado como prisionero de guerra; que seria desarmado, y desarmados serian igualmente los oficiales de su comitiva; que para acompañarle no se le concederian más que tres de ellos, con exclusion del general Lallemand y del duque de Rovigo, á quienes se reputaba como peligrosos; que se registrarían sus efectos y los de sus acompañantes, y se les quitaria el dinero, la vajilla, las alhajas de que fueran portadores, con el fin de privarles de cuanto pudiera facilitar una evasion; que inmediatamente serian conducidos á Santa Elena, donde Napoleon se podria mover dentro de un espacio determinado, bastante extenso para que el paseo á caballo fuera posible, y que por

un oficial seria seguido, si queria traspasar aquel espacio. Bueno es repetir que sin duda todas las precauciones enderezadas á impedir que se evadiera el cautivo ilustre eran de derecho, y justo castigo del sobresalto que causaba al mundo; pero de inútiles indignidades se resentian las de despojarle del título con que por la posteridad será conocido, registrar sus efectos, contarle sus compañeros de destierro y quitarle su espada. ¿Qué podian realmente con ser tres, cuatro ó seis? ¿Qué podian con sus espadas y con algunos miles de luises escondidos en sus bagajes? ¡Ah, que no era lo que habia que pedir á Napoleon su espada, de que nunca hizo uso, sino su genio, y puesto que no se le podia arrancar más que dándole muerte, segun Blucher habia querido, y no se atrevian á querer los ministros de la libre Inglaterra, y no se atreviera á mandarlo ningun soberano de Europa, menester era encadenarle, y encadenarle en beneficio del reposo universal, aunque sin agravar inútilmente el peso de sus cadenas, y sobre todo sin añadir incalificables ultrajes!

Además resolvióse que, siendo el *Belerofonte* demasiado viejo para una travesía larga, se transbordara á Napoleon al *Northumberland*, excelente navío de alto bordo; que le escoltara una division compuesta de buques de diferentes portes; que el almirante Cockburn la llevara bajo su mando, y tuviese á cargo el primer establecimiento que se hubiera de habilitar para recibir á los prisioneros en Santa Elena. Al almirantazgo se recomendó que para la ejecución de estas órdenes solo emplease el tiempo absolutamente necesario de estar el *Northumberland* en disposicion de hacerse á la vela,

á causa de lo incómodo de tener en la bahía de Plymouth un objeto de curiosidad apasionada, y lo apremiante de sacar de tal embarazó á Inglaterra y á Europa.

Apenas adoptadas estas resoluciones, á Plymouth fueron transmitidas, con órden á lord Keith de comunicárselas á aquel á quien eran concernientes. Ya por los periódicos habia llegado el rumor de ellas, sin que sorprendieran á Napoleon de ningún modo, pues no esperaba ser tratado como un príncipe inofensivo. Pero este rumor causó honda pena á sus compañeros de desgracia, que se veían así condenados á separarse de su persona, ó á enterrarse vivos en el sepulcro de Santa Elena. Presentándose lord Keith á bordo del *Belerofonte*, asistido por Bünbury, subsecretario de Estado, á Napoleon dió lectura de las resoluciones adoptadas respecto de su persona. Con frialdad y dignidad oyó Napoleon dicha lectura, y luego de terminada, sin enojo, si bien con energía, á lord Keith enumeró las razones que le asistían para protestar contra las decisiones del gobierno británico. Así manifestó que no era prisionero de guerra, pues de voluntad propia se habia trasladado á bordo del *Belerofonte*; que ni aun le habia constreñido la necesidad á obrar de esta suerte, pues le fuera muy fácil lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira, y prolongar indefinidamente la guerra; que, aun renunciando á prolongarla del todo, para entregarse bien pudo elegir entre sus enemigos á otra potencia que Inglaterra; que si se abandonara al emperador Alejandro, su amigo personal por largo tiempo, ó al emperador Francisco, su suegro, ni uno ni otro le trataran de modo se-

mejante; que se habia rendido para poner término á los males de la humanidad, y por estimacion á Inglaterra habia llegado á pedirle asilo; que á la sazón no justificaba el honor de haberle dado la preferencia, y que la conducta que observaba al presente respecto de un enemigo desarmado, no añadiría timbres en lo porvenir á su gloria; que de consiguiente protestaba contra la infraccion del derecho de gentes cometida en su persona; que á la misma nacion inglesa apelaba de los actos de su gobierno, y sobre todo á la historia, que juzgaría severamente de proceder tan poco generosos. Napoleon tuvo á menos tratar de los puntos relativos á su residencia futura, ni del trato que recibiría en ella, y despidió á lord Keith con la altivez adecuada á su grandeza, no dependiente de los caprichos de la fortuna, ni de la violencia de sus enemigos.

Sin embargo, hondamente sensible fué á los indignos pormenores añadidos á esta sentencia de detencion perpétua, pronunciada en su contra. Sobrado perspicaz era para no reconocer que esta detencion era un derecho y una necesidad de Europa, si bien le dolían al vivo las humillaciones gratuitas con que se agravaba su cautiverio; tales como las de pensar en despojarle de su espada, de su título soberano y de algunos restos de su naufragio. No dijo nada, pero resolvió no prestarse á los tratamientos indignos de que se le hiciera objeto, aun cuando hubiese de llegar á las últimas extremidades. Su primer designio fué tomar uno de esos nombres prestados que los soberanos adoptan á veces para simplificar sus relaciones. Así tuvo la idea de tomar el título de coronel Muiron, en me-

moria de un oficial bizarro, muerto en el puente de Arcola, al cubrirle con su cuerpo. Mas desde que se le disputaba el título que Francia le había dado, y Europa le había reconocido, y su gloria había legitimado, ya no quería facilitar á sus enemigos la tarea de humillarle, ni dejar que su consentimiento quitara validez al derecho que tuvo Francia para elegirle por su gefe. Así persistió en calificarse de emperador Napoleón al modo que antes; y resuelto estaba además á atravesar con su espada el cuerpo del que se presentara á arrancársela de las manos.

Cuando volvió á ver á sus compañeros de desgracia, después de estas comunicaciones, les habló con calma, y les instó vivamente á que para el partido que hubiesen de adoptar ante todo consultaran sus intereses de familia y sus afecciones. A todos hallóles decididos á seguirle adonde quiera que fuese trasladado, y bajo las condiciones que impusiera el odio suspicaz de los vencedores de Waterloo. Sobremanera sintió la exclusión pronunciada respecto del general Lallemand y del duque de Rovigo, pero no había lugar á disputar; y así el gran mariscal Bertrand, el conde de Montholon y el general Gourgaud fueron los designados. Su derecho de elegir ya quedó ejercido con tales designaciones, pues se habían de limitar á tres sus compañeros de destierro. Se subentendía que no entraban en cuenta las mujeres con su prole, y que podrian ir en union de sus maridos, y aumentar así la pequeña colonia que seguiria á Napoleón á su destierro. Sin embargo, entre los personajes que le habían acompañado á Inglaterra, se contaba uno á quien profesaba estimacion gran-

de, á pesar de ser reciente su conocimiento, y era Mr. de las Cases, varón muy instruido, de conversacion amena, muy versado en el inglés, y que podia ser de suma utilidad mas allá de los mares, como antiguo oficial de marina. Mucho deseaba Napoleón llevarle consigo á Santa Elena, y por su parte se hallaba pronto á seguir á Napoleón á cualquier punto. Se aprovechó de la circunstancia de que al limitar las órdenes británicas á tres el número de sus compañeros de destierro, no habían hecho mención mas que de militares, para admitir bajo el título de empleado civil á Mr. de las Cases. Además se le concedieron un médico y doce criados. Ya arreglados estos pormenores, se dispuso todo para acelerar la partida.

Tan luego como el *Northumberland*, equipado á toda prisa, se pudo hacer á la vela, dirigido fué á la rada de Start Point, donde le aguardaba el *Belerosfonte*, expuesto á crudísimo temporal sobre sus anclas. Constantemente aplicado á templar en la ejecución el rigor de las órdenes ministeriales, lord Keith reservó para el momento de la partida de Europa el cumplimiento de las mas penosas providencias, tales como el desarme de las personas y el registro de sus equipajes. A cuantos ceñían espada se les pidió entonces, y un agente de aduanas registró sus efectos, y tomó en calidad de depósito el dinero y en general todos los objetos de alguna valia. El fiel Marchand, ayuda de cámara de Napoleón, que con su educación esmerada y su adhesion sencilla y modesta le prestó después tan buenos servicios, ahora había tomado las mas hábiles precauciones para conservarle algunos recursos. Al antiguo soberano del mundo no le habían que-

dado mas que los 4.000.000 de francos depositados secretamente en casa de Mr. Lafite, 350.000 en oro, y el collar de diamantes que le habia obligado á admitir la reina Hortensia. Este collar fué confiado á Mr. de las Cases, que lo ocultó dentro de un cinto; entre los criados se distribuyeron los 350.000 francos en oro, á fin de que los escondieran bajo sus vestidos, excepto 80.000 dejados de manifiesto, y tomados en depósito por el agente de aduanas. Como la indignidad de los procedimientos no llegó al extremo de registrar á las personas, ninguno de los objetos escondidos fué descubierto; inventariados quedaron los demas para entregárselos á los prisioneros á medida de sus necesidades. Cumplidas estas formalidades tristes, se transbordó á los prisioneros en los botes de la escuadra, y acercándose el capitán Mailland respetuosamente, se despidió de Napoleón de modo que sus frases le llegaron al alma. Aun cuando, en su deseo de atraer á Napoleón á bordo del *Belerofonte*, quiz el capitán Mailland habia prometido mas de lo que esperaba realmente, no fué autor ni cómplice de una perfidia, y se dolía sinceramente del trato deparado al prisionero ilustre. Napoleón no le dirigió reconvencion alguna, y hasta encargóle que en su nombre diera las gracias á la tripulacion del *Belerofonte*. En el momento de pasar de uno á otro navio, con dolor visible y tono respetuoso hasta lo sumo, el almirante Keith le dirigió las palabras siguientes. — *General, Inglaterra me manda que os pida vuestra espada.* — A estas palabras respondió Napoleón con una mirada harto significativa de las extremidades á que seria preciso descender para desarmarle. Lord Keith no insistió mas, y Napo-

león conservó su espada gloriosa. Este era el momento de separarse de los que se hallaban privados del honor de ir en su compañía. Savary y Lallemand se arrojaron en sus brazos, y suma pena les costó desasirse de ellos. Despues de recibir sus abrazos, Napoleón les dirigió estas palabras. — Antigos míos, sed felices... ya no nos volveremos á ver nunca; pero siempre estareis presentes en mi memoria, así como cuantos me han servido. Decid á Francia que hago votos por ella... — De seguida bajó á la falua del almirante para pasar á bordo del *Northumberland*, adonde llegó escoltado por lord Keith. Rodeado el almirante Cockburn de su estado mayor y con sus tropas sobre las armas, le recibió con todos los honores debidos á un general en jefe. Allí como en todas partes, Napoleón, á quien no quedaba ya mas que su gloria, á su sabor pudo gozar del brillo que esta gloria esparcía en rededor suyo. Aquellos marinos, aquellos soldados, sin que hicieran el menor caso de los grandes dignatarios de su nacion, le buscaban con sus ojos y le devoraban con sus miradas. Cuando le presentaron las armas, les saludó con dignidad tranquila y afectuosa. Terminado el transbordo, ya el almirante no perdió un momento para levar anclas, porque la rada no estaba segura, y porque además tenia órdenes para acelerar su partida. Inmediatamente se hizo á la vela el *Northumberland* el 8 de agosto de 1815, seguido por la fragata *Habana*, y por varias corbetas y algunos bergantines cargados de tropas. Esta division hizo rumbo hacia el golfo de Gascuña para ir á doblar el cabo de Plinisterre, y declinar de seguida al Sur á lo largo de las costas de Africa. Al salir del canal de la Man-

cha, Napoleón divisó las costas de Francia, y las saludó con emoción viva, como que estaba convencido de que las veía por vez postrera.

Momento es el de la partida de turbación que aturde al corazón y al entendimiento, y no les deja en aptitud de sentir las separaciones más crueles en toda su amargura. Cuando torna la calma y se nota la soledad, entonces se hace el dolor más agudo, y se avalora del todo lo que se ha perdido, y lo que se abandona y no se volverá ya á ver nunca. Una tristeza muda y honda reinó entre el escaso número de desterrados que á la sazón empujaba la voluntad de Europa hacia otro hemisferio. Sin ostentar una indiferencia afectada, Napoleón se mostró sosegado, cortés, sensible á las contemplaciones del almirante Cockburn, que dentro de los límites de sus instrucciones se hallaba propicio á dulcificar cuanto le fuera dable el cautiverio de su prisionero glorioso. Jorge Cockburn era un viejo marino, alto, seco, absoluto, susceptible, celoso de su autoridad hasta el exceso, bien que bajo estas exterioridades repulsivas, ocultaba un corazón sumamente bondadoso, y así era incapaz de acrecentar el rigor de las órdenes de su gobierno. A bordo del navío estableció á Napoleón lo mejor que le fue posible, y trató de hacerle soportables las costumbres inglesas. Estandole vedado tratarle como emperador, le daba el título de *Excelencia*, si bien corrigiendo por medio de la forma lo que este cambio podía tener de ofensivo. A la mesa del almirante ocupaba Napoleón el lugar del general en jefe, y á su lado se hallaban distribuidos sus compañeros de destierro por el orden de su categoría. Presentados le eran á su turno los oficiales de la

escuadra convidados sucesivamente. Les recibía con benevolencia, les dirigía algunas preguntas relativas á su estado, valiéndose para intérprete de Mr. de las Cases, no manifestaba admiración ni desden respecto de lo que tenía ante los ojos, esmero ponía en elogiar lo digno de alabanza acerca del régimen observado á bordo de los buques ingleses, y sencillo, veraz y reposado aparecía en todo. Solo una cosa le habia parecido incómoda de todo punto, y no lo disimuló por cierto, á saber lo largo de las comidas inglesas. Como en su actividad ardiente, estando solo, nunca habia permanecido á la mesa más que algunos instantes, y no se podía resignar á pasar allí horas con los ingleses. Poco tardó el almirante en comprender que ante huésped tal fuerza era ceder de las costumbres nacionales, y así, terminado el servicio, se levantaba con su estado mayor, en pie asistía á la salida de Napoleón, le ofrecía la mano si encima del puente se sentía mucho el balance producido por las olas, y de seguida volvía á continuar la vida inglesa con sus oficiales.

Entonces Napoleón se paseaba sobre el puente del Northumberland, unas veces solo, otras acompañado de Bertrand, Montholon, Gourgand, las Cases, ora silencioso, ora desahogando los sentimientos que llenaban su alma. Si tenía poca gana de conversacion, despues de pasearse un rato, se iba á sentar á la borda sobre un cañon, al cual la tripulacion toda dió el nombre de *cañon del Emperador* muy luego. Desde allí contemplaba el azulado mar de los trópicos, y se veía conducir á la tumba donde iba á sepultar su glorioso destino, como un astro al cual viera en su ocaso. Con efec-

to, ninguna duda abrigaba acerca de la suerte que le estaba deparada, y se decía que allá lejos, hacia el Sur adonde hacia rumbo su nave, no hallaría un pasajero descanso, sino la muerte después de una agonía mas ó menos prolongada. Habiendo venido á ser espectador de su propia vida, sus diversas fases contemplaba con cierta especie de asombro, acusándose ó absolviéndose alternativamente, compadeciéndose de sí mismo cual lo pudiera hacer de otro, siempre confiando en la inmensidad de su gloria, y persuadido siempre de que en los vastos horizontes de la historia del mundo, casi nada habia igual á la extraña grandeza de su destino. Por rareza salía de estos largos ensueños con amargura ó con enojo, sino impulsado frecuentemente por el espectáculo atractivo de su vida á referir sus circunstancias mas de bulto. Entonces juntaba á sus compañeros de desgracia, se dirigía á aquel cuyo rostro correspondia mejor á su impresion del momento, y se ponía á hacer la relación siempre ansiosamente escuchada de tal ó cual accion suya. Cosa singular y sin embargo muy explicable la de que á la sazón se le representaran mas en la mente las dos extremidades de su carreral. O hablaba del último suceso, que retumbaba en su alma á semejanza de un sonido, cuyas vibraciones todavia no hubieran cesado, es decir, de Waterloo, ó bien traía á la memoria sus gloriosos estruendos en Italia, estruendos que cautivaron su juventud y le pronosticaron su porvenir inmenso. Si cedía á sus impresiones mas recientes y hablaba de Waterloo era para preguntarse qué habia podido extravaiar á algunos de sus lugartenientes en tan fatal jornada, é inspirarles tan extra-

ña conducta. — ¿Ney, Erlon, Grouchy, clamaba, en qué pensais? — Entonces sin recriminaciones, sin descargar sus faltas sobre los otros, se preguntaba como sin orden y con dos horas de anticipacion habia podido aspirar Ney á fulminar el golpe decisivo, soltando su caballeria, y no hallaba explicacion alguna sino en la turbacion que se habia apoderado de esta alma heroica. Respecto de Erlon, tan excelente oficial de infanteria, no se explicaba su modo de presentar sus divisiones en esta jornada, sin poner en duda ni su bizarría, ni su adhesion, ni su talento. Sin tono de amargura deploraba estos errores, y si respecto de alguno se mostraba severo, solo era con Grouchy, pues á su decir las faltas de Ney y de Erlon eran reparables, á la par que la de Grouchy fué mortal del todo. No cuestionando sobre su fidelidad ni sobre su denuedo, pues no admitian duda, de inexplicable calificaba su ausencia de Waterloo, é ignorando entonces lo que hemos sabido posteriormente, se fatigaba en descubrir los motivos, sin hallarlos de ninguna manera. Entonces se lamentaba á la fatalidad, deidad silenciosa, á la cual acusan los hombres de buen grado porque no responde nunca; pero descendiendo á lo íntimo de sí mismo, harto veia que la tal fatalidad no era en suma sino la fuerza de las cosas, obrando contra las violencias á que la habia querido avasallar á todo trance. Por lo demás apreciaba sinceramente persuadido de que, venidos los ingleses en Waterloo, Europa sintiera una emocion profunda, y que, aun cuando se mostrara implacable, al cabo hiciera probablemente útiles reflexiones; que en todo caso, bajo la impresion del buen suceso, los recursos que tenia preparados

bastaran para repeler sucesivamente á los austriacos y á los rusos, y sin desconocer la gravedad de la situación ni el agotamiento de Francia, ni el estado de Europa, con dolor repetía que la causa nacional hubiera podido triunfar á no ser por la falta de un hombre.

Sin embargo, no persistía de buen grado en este punto, y cuando se hallaba inducido á examinarlo de nuevo era bajo el imperio de impresiones demasiado recientes y poderosas para ser dominadas, á semejanza de un hombre que caído en un precipicio, no puede prescindir de indagar el paso en falso que le ha arrastrado al fondo. Muy á gusto se espaciaba en los recuerdos de sus primeros años, de su educación en Brienne, de las muestras de genio militar ya dadas en el sitio de Tolon, de los gozos que le hicieron experimentar sus primitivos triunfos. Animadísimo entonces contaba con un encanto y una brillantez, que cautivaban á los oyentes, el antiguo origen de su familia, que se remontaba á las repúblicas de Italia, su preferencia instintiva hacia Francia, cuando la isla de Córcega era disputada por muchos soberanos, su entrada en el colegio de Brienne, su afición al estudio, su lógica nascente, que asombraba en un niño de sus años, su taciturnidad, su orgullo, que le hizo insuportable el solo castigo que se le impuso en la escuela, su porvenir vislumbrado mas de una vez por algunos de sus maestros, su ingreso en el regimiento, sus relaciones en Valencia del Destinado, sus primeros amores con una joven á quien volvió á ver tiempos adelante, y á la cual tuvo la satisfacción de sacar de una situación apurada, su llegada delante de Tolon, y allí el principio de los

gozos de la gloria, cuando rodeado de convencionales violentos, y de generales ignorantes, de un golpe de vista descubrió el verdadero punto de ataque, el fuerte de Eguillette, y obtuvo licencia para su toma, y con esta maniobra determinó la retirada de los ingleses. ¡Qué de presagios felices entonces! ¡Qué de arrobadores ensueños, cien veces superados por la realidad á pesar de todo! Así, tras de dedicar las mañanas á la lectura, sobre el puente del Northumberland terminaba las tardes, ora paseándose de prisa, ora cautivando con sus narraciones á los que habian querido ser partícipes de su desgracia, ó bien tendido sobre su cañon predilecto, y contemplando la estela del navío que le conducía á su última morada.

Interim transcurria el tiempo de esta suerte, se habia cruzado el golfo de Gascuña, doblado los cabos de Finisterre y de San Vicente, y tomado la direccion de las islas africanas, con viento favorable aunque flojo. Lenta era la navegacion y el calor extremado. Napoleón sufría de resultas, pero no exhalaba la mas leve queja. A la isla de la Madera se llegó el día 23 de agosto, y se quiso allí hacer parada con el fin de proveerse de víveres frescos; mas de pronto una violenta borrasca de viento de Africa obligó á salir otra vez al mar, para no aguantar la tormenta sobre las anclas. Tal fué que la fragata *Habana* y el bergantín *Huron* quedaron separados de la flotilla, y se vieron forzados á navegar por su cuenta. Al cabo de cuarenta y ocho horas se volvió á recalar á la isla de la Madera, para embarcar los refrescos de que se sentia necesidad suma. Maltratados los habitantes por la borrasca y supersticiosos como portugueses, á la pre-



sencia de Napoleón atribuían los daños sufridos. En su concepto era el hombre de las tempestades, que no podía aparecer en parte alguna, sin llevar la desolación consigo. Cruzados fueron los trópicos el 29 de agosto; al ecuador se tocó el 23 de setiembre, y ocioso es decir que Napoleón fué el único exceptuado de los usos á que someten las gentes de mar á cuantos pasan la línea por vez primera. No obstante les indemnizó con repartirles 300 luises, lo cual hizo que su alegría rayase en el delirio. Como los marineros del *Northumberland* no conocían á Napoleón mas que por las relaciones de la prensa inglesa, aplicada durante quince años á pintarle como un monstruo, al verle apacible, dulce y benévolo experimentaban una sorpresa creciente, y aditivamente con su sencilla penetración que, por mas que estuviese refrenada, su pesadumbre era notoria, le daban mil pruebas de simpatía. Se esmeraban en tener muy limpio el cañón sobre el cual tenia costumbre de tomar asiento, y así que se acercaba á aquel punto, ellos se alejaban por respeto á su soledad y á sus meditaciones.

Napoleón habia proseguido la relación de los primeros tiempos de su vida, de su proscripción despues del 9 de thermidor, de sus conexiones con los gefes del Directorio, de las explicaciones que, al entregarles los despachos llegados de los ejércitos les daba cotidianamente, de la opinión que les hizo formar acerca de su inteligencia en cosas de guerra, del impulso general que les movió á conferirle el mando de París en la jornada de vendimiario, de su nombramiento para el mando del ejército de Italia á los pocos meses, de su aparición en Niza y en medio de antiguos generales, se-

losos de su elevacion al pronto, si bien subyugados muy luego, al ver que por efecto de un prodigio de habilidad se situaba entre los piemonteses y los austriacos, y lanzaba hacia Turin á los unos, y hacia Génova á los otros, y cruzaba el Po, y se establecia junto al Adige, permaneciendo allí invencible durante un año para los ejércitos de Austria. Se le veia revivir y tornaria sus veinte y seis años é inflamarse con el fuego de la juventud, al hacer estas relaciones arrobadoras. ¡Y cosa bien singular por cierto! Mientras experimentaba un verdadero gozo en contar de viva voz sus maravillosas acciones, y en proporcionarse de este modo un espejo de espejo, que hiciera relucir los tiempos de su juventud á sus propios ojos, lo que es á escribir las no sentia inclinacion alguna, muy al revés de lo que semejaba dispuesto á poner por obra al tiempo de su marcha á la isla de Elba. Por aquella época, al tiempo de abandonar á Fontainebleau, la idea de escribir su vida, á semejanza de tantos otros varones eminentes, se le apareció de súbito como un pester objeto, no indigno de su persona. Por el contrario, ahora no parecia que le interesara su gloria, ni la de sus compañeros de armas. Y es que habia cambiado mucho desde la isla de Elba, descendiendo enormemente hacia el abismo, donde se debia hundir y acabar su destino asombroso. Nuevo era para su persona en la isla de Elba el contacto de la desgracia, de producía excitacion sin conducirle al abatimiento, pues en lo intimo de su alma y aunque no á sabiendas abrigaba una última esperanza. Pero que porvenir podia ya aguardar tras la aparición del 20 de marzo y despues de Waterloo?—Aun cuando lograrse romper las cade-

nas, con que los ingleses habían cargado sus manos y el vasto Océano cruzara despues sano y salvo. ¿Dónde iría á desembarcar solo sin tener siquiera un puñado de valientes que le ayudasen á saltar en tierra? Y Francia, que le había acogido entonces, se querria prestar á un tercer ensayo, cuando el segundo había resultado tan desastroso? Por largo tiempo se defiende el alma humana antes de deponer toda esperanza; y casi no hay ejemplo en la historia de un alma grande, en que la esperanza se haya extinguido por completo. Mario sobre las ruinas de Cartago, Pompeyo despues de Farsalia, Anibal despues de Zama, todavía esperaban y no sin fundados motivos. Pero despues de Waterloo, ¿qué podía ya esperar Napoleon de su fortuna? Así jamas hubo desaliento que igualara al suyo, y si ocultaba la nada de su vida á sus fieles servidores, lo sentía hondamente, y en tal estado se hallaba incapaz del trabajo requerido por una composición grande. De viva voz muy bien podía referir su historia, cuando, excitado por la vivacidad de sus recuerdos, no tenía más que ceder á su natural elocuencia, pero componerla y precisarla y escribirla en suma demandaba un esfuerzo, para el cual no tenía valor ni aun gusto. Renunciando para siempre á figurar en la escena del mundo, al parecer se mostraba indiferente respecto del modo de figurar ante la posteridad. A menudo, arrebatados despues de haberle oido sus compañeros del destierro le instaban á escribir lo que acababa de expresar con tanta magia y tanto fuego. Gourgaud, las Cases, Montholon, Bertrand le suplicaban que tomara la pluma, se brindaban á llevarse la por sí mismos en caso necesario, á es-

cribir casi con tanta velocidad como hablara bajo su hielo caloroso, y dar al final de su vida este noble y último empleo; mas se resistia cual si no mereciera un esfuerzo ni aun su gloria, y se expresaba de este modo. — Que se componga la posteridad como pueda, y busque la verdad, si desea su conocimiento. Llenos estan los archivos del Estado. Allí encontrará Francia los monumentos de su gloria, y si se muestra celosa de ella, que se dedique á preservarlos del olvido. — Luego, hro-tando de pronto de su alma atetargada una llama de orgullo, Napoleon exclamaba de esta suerte: — Yo tengo confianza en la historia; antes tuve numerosos aduladores, y el momento actual corresponde á mis detractores encarnizados. Pero la gloria de los hombres célebres se halla expuesta como su vida á varia fortuna. Dia vendrá en que el solo amor á la verdad anime á escritores imparciales. En mi carrera se notaran faltas sin duda; pero Arcola, Rivoli, las Piramides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, *eso es granito, y ahí no puede hincar su diente la envidia.* — Así Napoleon cifraba una inmensa confianza en la historia, aun en el seno de la profunda aunque tranquila desesperación, que constituía el estado actual de su alma. Sin embargo se le decia que la historia necesitaba esclarecimiento; que solo por sí podia satisfacer esta necesidad; que de otro modo se desvanecería una parte de sus grandes ideas; que este seria un noble y útil empleo de su actividad poderosa, y que además le ayudarian todos á erigir este magífico monumento. Poco á poco, á fuerza de ver las mismas exhortaciones, y sobre todo á fuerza de desaliento, al fin vino á tener afición á algo, porque

el alma humana ó abandona la tierra, ó si continua aquí abajo acaba por adherirse á algun objeto, y puede experimentar un último placer en regar plantas ó componer relojes, como lo hicieron los emperadores Diocleciano y Carlos V. De consiguiente Napoleón se avino á tornar á emprender la tarea que tenia pensada al tiempo de partir hacia la isla de Elba. No pudiendo dominar la impetuosidad de su espíritu hasta obligarle á seguir los movimientos demasiado lentos de su mano, ó no se sentia capaz de escribir, ó trazaba caractéres ilegibles. Así decidióse á dictar comenzando por las campañas de Italia, para las cuales se valió de la pluma de Mr. de las Cases. Su proyecto estribaba en distribuir las diversas partes de su historia entre sus compañeros de destierro, para que todos participasen del honor de este trabajo, y tuviesen tiempo de revisarlo y ponerlo en limpio. Sin embargo, oprimido por los recuerdos de Waterloo, y necesitando dar á su corazon algun alivio, se determinó á dictar al general Gourgaud la relacion de la campaña de 1815, y al punto dió principio á esta parte de su tarea. No le faltaba tiempo de ningun modo, pues la navegacion se habia alargado á causa de los mismos esfuerzos del almirante para que fuese mas corta. Segun el estado del arte náutico por entonces, una vez cruzado el Ecuador se cedia á los vientos alisios hasta la inmediacion de las costas del Brasil, y descendiendo luego al Sur se trataba de encontrar vientos variables del Oeste, para recaer sobre Santa Elena. Con prisa de llegar, más por su huésped que por sí propio, al almirante Coekburn le ocurrió seguir otro rumbo. Manteniéndose cerca de las costas africanas y metién-

dose hacia el golfo de Guinea á veces se encuentran vientos variables del Oeste, que empujan hacia Africa, y despues del Este, que en popa llevan los bajeles á Santa Elena. De consiguiente el almirante adoptó este derrotero, que al pronto le salió á maravilla, pues metióse en el golfo de Guinea hasta ya tocar cerca del Congo. Allí sufrió tormentas, un calor sofocante, y lentitudes, que hasta entre su tripulacion excitaron murmuraciones. Su tiempo empleaba en dictar Napoleón, para quien no tenia interés el que la navegacion acabara pronto, pues á sus ojos no era más que pasar de una prision á otra. Todas las mañanas pasaba con monsieur de las Cases ó con el general Gourgaud, dictándoles ora las campañas de Italia, ora la campaña de 1815. Estos señores no se atrevian á interrumpirle lo más leve, le seguian la palabra lo mejor que les era dable, y luego se retiraban para copiar en caractéres legibles lo que dictado habian cogido por decirlo así al vuelo. A Napoleón se lo presentaban al dia siguiente, y lo revisaba con atencion suma, ora compendiando lo que habia salido muy extenso, ora amplificando lo que resultaba demasiado sucinto, y poniendo grande esmero en la correccion de estilo, á la cual se hizo por extremo sensible con los años. Solo una cosa le contrariaba en la série de su tarea, y era la falta de documentos á que recurrir, ora para las fechas, ora para ciertos pormenores. A semejanza de todos los que han dado cima á muchas cosas, y tienen que retener mucho, á veces se equivocaba sobre la fecha de los sucesos, y los invertia en ocasiones, si bien muy contadas. Pero sobre el carácter de los hechos, sobre su importancia, sobre los lugares,

sobre los hombres, su memoria era infalible, y los bosquejaba con una verdad sorprendente. También le dolía no tener á la mano sus órdenes y con especialidad sus cartas, que tan brillante luz dan sobre sus operaciones y sobre sus fundamentos, y que permiten volver á hallar su idea, ya muerto, como si aun estuviese vivo. A veces le despechaba la carencia de estos distintos documentos, aunque sin desviarle de un trabajo, que habia ya venido á ser su único recurso. No descansaba sino para dedicarse á lecturas de que eran objeto exclusivo las grandes producciones del espíritu humano. Marchand habia tenido cuidado de llevar su biblioteca de campaña, por desgracia muy reducida. Cierta día, y cabalmente cuando se lamentaba de no tener mejor surtida biblioteca, se vió que hacia el *Northumberland* venia un buque mercante. Entonces Mr. de las Cases recordó que habia tenido la precaucion de expedir un cajon de libros para el Cabo. — Quizá es ese, dijo á Napoleon, el buque donde vienen mis libros. — Con efecto, los traia este buque, y recogido el cajon al paso, trasladado á bordo, y abierto al punto, causó al ilustre cautivo, que ya no podia tener más que goces mentales, una de aquellas pequeñas satisfacciones que en lo sucesivo iban á constituir su única ventura.

Cerca de selenta dias eran transcurridos despues de abandonar las costas de Inglaterra, cuando al fin se encontraron vientos que soplaban del Cabo, y que en popa empujaron hacia Santa Elena. Al amanecer del 15 de octubre, y como á diez ó doce leguas de mar se divisó un alto pico rodeado todo de nubes, y era el que domina la isla de Santa Elena y tiene el nombre de pico de Diana.

Napoleon habia llegado á las puertas de su prision finalmente. A eso de medio dia se echó el anclae en la pequeña rada de *James Town*, y divisose una costa triste, sombría, erizada de rocas, que estaban erizadas de cañones. Con diez y siete dias de anticipacion al navio almirante habian arribado la fragata *Habana* y el bergantin *Huron*, separados de la division junto á la isla de la Madera. Allí habian anunciado la próxima llegada de los prisioneros, y transmitido las órdenes de Londres, y desembarcado parte de las tropas, y la isla de aspecto ordinariamente pacifico tomó de súbito un aspecto belicoso á la aproximacion del hombre de la guerra, que estaba destinada á encerrar y á consumir bajo su cielo devorante.

La isla de Santa Elena es producto de una erupcion volcánica estallada en medio del Océano Atlántico, en el hemisferio del Sur y algo delante del trópico de Capricornio. Teniendo de nueve á diez leguas de circunferencia, toda rodeada de inaccesibles costas, la isla se anuncia con rocas salientes, áridas, elevando al cielo sus negruzcas cimas, alrededor del pico de Diana que las supera á todas. Como en aquellas vastas llanuras del Océano ofrece Santa Elena el único punto capaz de aglomerar los vapores, se fijan alrededor suyo, y así aparece siempre en el seno de nieblas. Hacia el Norte tuvo su crater el volcán padre de esta isla, á la misma falda del pico de Diana, y así muéstrase apagado, si bien con la boca abierta, al viajero que llega de Europa. De allí se desprenden muchos valles angostos, largos, paralelos, yendo á parar al mar como otros tantos arroyos destinados antes á llevar allá la lava, y formando pequeñas caletas, una de

las cuales, mas espaciosa que las otras, constituye el puerto de James Town, único abordable de la isla. Al respaldo y hacia el Sur se extienden planicies, separadas unas de otras por hondos barrancos, tajadas perpendicularmente á lo largo del mar y por consiguiente inaccesibles, y expuestas al viento del Sudeste que sopla del Cabo. Asi á la par que por los angostos valles del Norte corre un poco de agua procedente de las nubes que atrae á sí el pico de Diana, y se siente algun frescor y brota algo de verdura, hacia el respaldo opuesto las planicies vueltas al Sur se hallan constantemente barridas por un viento calido y seco, faltas de agua y de yerba, apenas cubiertas de una vegetacion ruin y siempre inclinada por el soplo de un viento constante, y sin dar casi sombra bajo un cielo que necesitaria mucha. Tal es la isla de Santa Elena, cálida, ventosa, seca, en las planicies inclinadas hacia el Sur, algo menos árida en los valles vueltos hacia el Norte, triste por todas partes, no mal sana para el cuerpo acostumbrado á vivir en ella, si bien mortal para el alma que ha vivido en medio de los grandes espectáculos del mundo civilizado. Sobre esta roca estéril y situada á inmensas distancias de los diversos continentes, poco hubieran tenido que hacer los colonos, y efectivamente no se establecieron jamás en Santa Elena. Sin embargo, como los buques procedentes de las Indias son empujados hacia allí por los vientos del Cabo, y como el navegante despues de una larga travesia anhela pisar en suelo firme, y respirar el aire de tierra, y ver la verdura, y saborear algunas frutas, y gustar algunos alimentos frescos, los convoyes de la Compañia de las Indias se paran allí de buen gra-

do, como en una hosteria situada en medio del Océano para ellos. Asi entre los cuatro mil habitantes de Santa Elena, de los cuales tres mil ocupan el pequeño puerto de James Town, no se ha desarrollado mas que una industria, consistente en eriar algun ganado procedente del Cabo, en cultivar algunas frutas y algunas legumbres, y allí no hay mas que un placer en el curso del año, el que se experimenta cuando, al volver del extremo Oriente á Europa se detienen allí un instante los convoyes para descansar y para refrescarse, placer que pagan con un poco de dinero ganado en Asia. Tal es el lugar adonde Napoleón iba á terminar su existencia. De vuelta ó de ida siempre es una alegría la llegada para los navegantes. Quizá por vez primera no se experimentó á bordo del *Northumberland* un sentimiento de esta clase, á lo menos entre los ilustres pasajeros, á quienes acababa de transportar á aquel punto. Su sentimiento fué el de prisioneros que ven la puerta de la cárcel próxima á cerrarse para siempre detrás de ellos. Toda la poblacion de la isla se hallaba agrupada en el muelle, y hubiera compuesto una muchedumbre, si por su número mereciera este nombre. Napoleón subió al puente, y con tristeza miró aquella mansion escueta y negruzca, donde se iba á sepultar vivo. No manifestó deseo ninguno, y al almirante dejó el cuidado de fijar el momento de saltar en tierra, y el punto donde habia de residir provisionalmente. El almirante apresuróse á abandonar su navio, para ir á buscar un apeadero, donde Napoleón pudiese hacer morada, interin se le preparaba su establecimiento definitivo. Dos dias gastó el almirante en atender á esta necesidad, y

excusándose de la tardanza volvió á anunciar á Napoleón el hallazgo de una casa pequeña, aunque suficiente, donde podría gozar al punto del placer de estar en tierra. Napoleón salió del *Nor-thumberland* el 17 de octubre, con sentimiento de la tripulación, á la cual dió gracias por las atenciones de que habia sido objeto. Llegado á la pequeña casa que le habia elegido el almirante, de tal modo hallóla expuesta á la curiosidad de los moradores, que por imposible tuvo permanecer allí mas de uno ó dos dias. El almirante le prometió ocuparse desde el dia siguiente en ver de hallar otra mejor situada, y donde estuviese á cubierto de las miradas de los curiosos.

Una habitacion existia donde Napoleón se hallara cómodamente establecido, y era la de *Plantation House*, lindo palacio destinado al gobernador de la isla, situado en un valle fresco y frondoso, porque se abria á la parte del Norte, y á la ventaja del sitio juntaba una construccion elegante y suficientemente espaciosa. Por poco que se respetasen las conveniencias, esta habitacion debió ser la elegida, pero por un espíritu de mezquindad inexplicable, al prestar la Compañía al Estado la isla de Santa Elena, se reservó el palacio del gobernador, y de resultas de una indolencia todavia mas incalificable, á lord Bathurst no le ocurrió ni por asomo exigirla este sacrificio. Por estas razones fué excluida de las moradas elegibles la de *Plantation House*, donde Napoleón hallara de seguida un retiro sano y decente. Sobre una de las planicies del Sur quedaba el de *Longwood*, finca de la Compañía de las Indias, que al sub-gobernador servia de residencia, y la cual podia recibir á una

veintena de amos y criados, con tal que se le añadiesen algunas construcciones. Sobradamente extensa era la planicie de *Longwood* para pasear á pie y á caballo; cubierta estaba en parte de árboles, si bien desgraciadamente de cara al Sudeste y expuesta á los vientos del Cabo. Este era un inconveniente que se debia hacer sentir con el tiempo, mas á primera vista nada presentaba desagradable la tal planicie. Además ofrecia un campamento cómodo y sano para las tropas, que sobre la morada de Napoleón habian de ejercer su vigilancia, y por último las costas, que hacia el mar la daban remate, punto menos eran que inaccesibles. Sobradas razones de preferencia habia allí para el almirante; por tanto le propuso á Napoleón aquel hospedaje, invitándole á hacer una excursion á caballo, para ver si el sitio era de su gusto. Napoleón aceptó el convite, al dia siguiente fué á *Longwood* en compañía del almirante, y viendo allí, despues de muchos meses de mar, algo de tierra y de verdura, y sobre todo una soledad en donde no le podian descubrir las miradas de los curiosos, se manifestó contento del sitio, y se avino á que se emprendieran las obras precisas para hacer aquella mansion habitable.

Al subir desde *James Town* hasta el pico de *Diana*, para dirigirse á *Longwood*, Napoleón se habia fijado sobre aquel pequenísimo valle en un pabellon reducido, que le agradó mucho, y visitólo á la vuelta, y expresó el deseo de establecerse allí temporalmente. Su dueño era un negociante del pais y residente con su familia en una casa contigua. Solicitamente ofrecióle aquella morada, donde Napoleón se quiso hospedar sin mas dilacio-

nes. Porzoso era que se acomodase á dormir, comer y trabajar en un mismo aposento, si bien daba á un ameno valle, y tomó en buena parte este miserable alojamiento, llamado *Briars* por los habitantes. No sabiendo cómo dar cabida á algunos de sus criados, se recurrió al medio de levantar junto al pabellon una tienda. El mayor inconveniente de esta morada estribaba en separar á Napoleon de sus compañeros de infortunio, los cuales para verle se hallaban obligados á hacer cotidianamente una travesía bastante larga. Sin embargo, se consiguió encontrar un albergue para Mr. de las Cases, á quien Napoleon queria tener cerca, porque á la sazón le dictaba la relacion de las campañas de Italia. Asi tenia lo indispensable, y de sus privaciones físicas no hacia el menor caso, habiéndolas sufrido mucho peores durante sus largas y terribles guerras. Verdad es que todo lo realizaban antes el peligro y la gloria, y que ahora el duro cautiverio envenenara hasta la abundancia y los placeres. ¡Ah, que sintió por vez primera á la sazón un rigor duro! Hasta el presente, emperador á bordo del *Belerosfonte*, y á bordo del *Northumberland* general en jefe, se habia podido creer libre, porque el navio era una prision flotante, en que sus propios guardadores se hallaban tan cautivos como su persona. Por consiguiente á bordo del navio *Northumberland* no se habia ejercido vigilancia alguna. Pero, ya en tierra, zozobroso á causa de su responsabilidad el almirante, no se atrevió á dar á su prisionero por cárcel la isla. Nueve ó diez leguas de circunferencia tenia á lo sumo y costas casi inabordables, solo era accesible el pequeño puerto de James Town rigorosamente custodiado, y ade-

mas se hallaba rodeada de un crucero numeroso. Si Napoleon tratara de evadirse, le fuera muy arduo, particularmente en los primeros dias y antes de proporcionarse cómplices, desaparecer de pronto y hallar un bajel que le condujera á las playas americanas. Con todo, queriendo tener la certidumbre material y continua de su presencia, el almirante rodeó á *Briars* de centinelas, que no debian perder de vista á sus moradores. Bien pronto les descubrió Napoleon con sus ojos penetrantes, y aquella fué una de las impresiones mas vivas y dolorosas de su cautiverio. Animado el almirante de las mejores intenciones, al golpe echó de ver, que habiendo Napoleon pasado su vida á caballo y obligado á sus contemporáneos á pasarla de igual modo, no se podria privar de tal ejercicio, y asi proporcionóse tres caballos de silla bastante buenos, y llevados del Cabo, como todos los de la isla. Napoleon estaba pronto á servirse de ellos, pero al notar que un oficial inglés iba á poner el pie en el estribo para ir detrás de su persona, ya no quiso distraccion semejante, aun cuando para su cuerpo y su espíritu fuese muy necesaria, y al punto despidió los caballos. No obstante, al hacer la reflexion naturalisima de que el almirante seria mal recompensado de una atencion delicada, inmediatamente revocó la orden y quedóse con los caballos, aunque sin hacer uso de ellos.

Ciertos jueces han censurado á Napoleon por haber sentido padecimientos tales, ó revelado que le hacian mella. Fácil y llano es hablar de los males ajenos y enseñar cómo deberían ser sobrellevados. A mí la vista del padecimiento ajeno me aflige hondamente y no sé censurar á los que pa-

decan de ningún modo, ni tendría valor para indagar si tal día y á tal hora nobles víctimas atormentadas por el dolor perdieron la actitud impasible que se desearia imponerles de plano. No conozco víctimas mas patéticas que Pío VII, Luis XVI y Maria Antonieta, y tal instante hay que yo deseara suprimir de su cruel agonía. No es bueno para visto en las convulsiones del dolor físico el cuerpo humano. Tampoco es mejor de ver el alma humana en ciertos instantes del dolor moral, y sobre ella conviene echar el velo de una compasión respetuosa. Si Napoleon fuera un anacoreta cristiano, se le pudiera decir sin duda:—Doblad la cabeza bajo la bofetada de los verdugos.—Pero aquella alma indomable á la fatiga, á los padecimientos físicos y á los peligros, caída de tan alto, se estremecía bajo las humillaciones, y hay que perdonar estos primeros arranques de impaciencia al hombre, que habiendo visto quince años los reyes á sus plantas, ahora se hallaba sumido en sus hierros. Sus compañeros de desgracia cometieron la falta de excitar mas su enojo, al referirle el modo con que en James Town eran tratados. Vigilados en sus menores movimientos, seguidos á todas partes por un soldado, así sufrían molestias inaguantables, y vivamente se quejaron á su señor sin ventura, que se alligó mas de sus penas que de las propias. Napoleon, sin poderse ya contener mas tiempo, y repitiendo lo que á lord Keith habia dicho, clamó que el derecho de gentes y la humanidad se violaban en su persona; que no era prisionero de guerra, pues de propia voluntad se habia confiado á los ingleses, tras de hacer á su generosidad un llamamiento de que no eran dignos; que se hubiera po-

dido lanzar al ejército del Loira, y proseguir allí la guerra, y hacerla atroz, ó bien entregarse á su suegro el emperador Francisco, ó á su antiguo amigo el emperador Alejandro, que por la ley de la sangre ó la del honor se vieran obligados á guardarle contemplaciones; que sobre su persona los ingleses no tenían el derecho que se tiene sobre los prisioneros; que además este derecho cesaba con la guerra; y finalmente, que respecto de los prisioneros habia miramientos proporcionados á su categoría y á su estado, de los cuales no se prescindia nunca. Recordando ahora cómo habia procedido en otros tiempos con el emperador de Austria y con el rey de Prusia, á quienes pudo derribar del trono, con el emperador de Rusia, á quien pudo en Austerlitz cogér prisionero, y á los cuales habia ahorrado la mayor parte de las consecuencias de sus desastres, Napoleon comparaba su conducta á la de ellos, olvidando en estas elocuentes lamentaciones la verdadera causa de tratamiento tan distinto, olvidando que cuando trataba tan bien á Alejandro, Federico Guillermo y Francisco II, no le inspiraban zozobra alguna, á la par que él vencido y todo metia miedo al mundo, y que de consiguiente á su genio y á lo que de este genio habia abusado años y años debia la extraña forma de cautiverio á que se hallaba reducido. Tras de este arrebató, que le habia servido de desahogo, se le oyó decir de repente:—Por lo demás á mi no me tocan las reclamaciones. Mi dignidad me impone silencio aun en medio de los tormentos; pero quejaos vosotros, á quienes tanta reserva no puede ser exigida. Vosotros teneis mujeres y teneis hijos, á quienes es inhumano tratar de ese modo,



y que justifican todas las reclamaciones que hagais muy sobradamente.—

Se quejaron con efecto, y el almirante, que no tenia seco el corazón á semejanza del rostro, por su parte hizo cuanto estuvo á su alcance para que la residencia de James Town les fuera soportable. No aflojó un ápice de su vigilancia, porque le hacia temblar su responsabilidad enorme; pero previno á sus oficiales que guardaran las mayores contemplaciones, aunque sin renunciar nunca á la esencial precaucion de no perder de vista al principal de los prisioneros.

Al cabo de pocos dias la situacion mejoróse algun tanto. Sucesivamente establecióse en Briars una parte de los compañeros de Napoleon y se facilitaron sus relaciones. Les pudo sentar á su mesa, y volver á emprender con ellos á su trabajo, y en fin, ocupar aquel espíritu devorante, que le devoraba personalmente, cuando no le daba otro alimento. Así tornó á sus conversaciones, y probó á dar á pie algunos paseos, que sin ir detrás le dejaban llevar á cabo, en la persuasion de que á pie no se podria alejar mucho. Se dió á recorrer los vallecillos paralelos al de James Town y de cara al Norte. Segun ya hemos dicho, brigados contra el viento del Sur y el sol eran frescos y umbróso y remataban en vistas bastante pintorescas. Cierto dia que Napoleon anduvo hasta larga distancia, en el modesto albergue de un militar inglés, el mayor Hudson, entró á tomar descanso; allí mostróse afable y sencillo, y acogido fué respetuosamente, y salió muy conmovido de tan cordial recibimiento. Estando lejos de Briars se le prestaron caballos para el retorno; y así dió una larga carrera

á caballo, lo cual de muy atrás no le habia acontecido, y así al parecer solazóse bastante. Poco á poco habituóse al singular albergue donde se habia establecido, figurándose que dentro de poco tendria otro mas soportable, y vivió allí como en uno de los muchos vivaques donde habia pasado una parte de su vida tempestuosa.

Comerciante de condicion oscura, aunque de corazón excelente, el dueño de la casa donde Napoleon se habia establecido, se esmeraba en hacerle gozar de su jardin y de su sociedad modesta. Dos hijas tenia jóvenes, que hablaban algo el francés, y eran muy joviales, muy candorosas, y cantaban medianamente, si bien con todo el feliz humor de la edad florida. A ver iban al emperador caido, con la ignorancia propia de su edad y de su condicion le hacian preguntas, y luego tocaban aires italianos en un instrumento muy poco armonioso. Napoleon escuchaba y respondia sus preguntas sencillas con bondad extremada. Una de ellas habia encontrado en una novela histórica el nombre de Gaston de Foix, y tomando al héroe de Ravená por un general del imperio, le preguntaba si era muy valiente y si estaba ya difunto.—Si, respondia Napoleon con una paciencia del todo paternal, era valiente y ya ha muerto.—Estas niñas le movian á interés como los pájaros que revoloteaban por su jardin. Tales debian ser sus únicas distracciones. ¡Ya no habia de hallar, ni de buscar, ni de desear otras!

De este modo transcurrieron los meses de octubre y noviembre, con tranquilidad y á la paz con tristeza, al modo que iban á transcurrir todos los años de este cautiverio sin ejemplar alguno. Por

esta época llegaron los primeros correos de Europa. Noticias recibieron los desterrados de sus familias, y les sirvieron de muy dulce consuelo. Solo Napoleón no las recibió de la suya, como que en dispersion, y en fuga, y en la necesidad de esconderse no se pudieron proporcionar medios de escribirle su madre, ni sus hermanos, ni sus hermanas; María Luisa no había pensado en enviarle á decir nada de su hijo. Para Napoleón en los periódicos iban las noticias interesantes. De Francia le hablaban con muchos pormenores, y así le confirmaron hondamente. Los Borbones, vueltos el año de 1814 tan dulcemente á Francia, esta vez retornaban con la ira en el corazón y una funesta ilusión en la mente, pues estaban creídos de que solo una vasta conspiración les expulsó el 20 de marzo, y de que á la par era justo y político imponerle castigo. Los periódicos anunciaban numerosos destierros, numerosas prisiones entre los hombres mas adictos á Napoleón y todos comprometidos por su causa. Ney, La Bedoyère, Drouot, Lavallette, estaban amenazados de persecuciones rigurosas y de ejecuciones sangrientas. Napoleón quedó muy afligido por la suerte que amenazaba á los tres postreros, á quienes amaba sinceramente, y respecto de Ney, á quien profesaba menos cariño, si bien admiraba su energía belicosa, por su desgracia experimentó compasión profunda. No ultrajado, sino afligido, se manifestó del sistema de defensa, que al parecer se adoptaba para el mariscal desventurado. Con aquella lógica poderosa, que brotaba de su entendimiento cuando discurría sobre un asunto, al golpe indicó el sistema de defensa de que se debía hacer uso, expresándose de

este modo:—Se engañan los que piensen ablandar á los jueces de Ney presentándole como enemigo, con recordar su conducta en Fontainebleau. Solo una manera hay de salvar á Ney, si hay alguna, y es la de hacer resaltar la fuerza toda de la verdad en su abono. Ney no ha conspirado, porque no ha conspirado nadie. A su salida de París quería detenerme. Lo quería en Lons-le-Saulnier todavía, y realizara su designio, si las tropas y el vecindario no le hicieran violencia. Pero al acercarse á mi, le arrastró como á los demás un movimiento de los ánimos tan general como irresistible, y cedió al cabo. Yo debo añadir que en tal coyuntura me escribió en términos muy honrosos, declarando que había procedido de tal suerte, no por mí, sino por el país, y ofreciendo retirarse si mi política no estaba de acuerdo con el voto universal. Al tiempo de nuestro encuentro en Auxerre, le atajé la palabra, estrechándole la mano, y diciéndole que fiara en mí, que mi política era la que deseaban todos los franceses, y que estaba dictada por el simple buen sentido. Aun en esta época se mentó abstraído de todo; pero interiormente se hallaba agitado por el sentimiento de su falsa posición personal. De ello se resintió su conducta en los Cuatro Brazos, y particularmente en Waterloo. Nunca estuvo mas heroico ni mas irreflexivo, y contribuyendo á perdersen, se ha perdido á sí propio. Pero ni los Borbones ni yo tenemos que echarle en cara, sino lo de haber sucumbido bajo la violencia de los sucesos. Así debe decir á sus jueces:—Yo no he hecho traición á nadie; me vi arrastrado, y para esta clase de delito, tan frecuente, tan excusable en las revoluciones, se ha hecho una ley, y es la capitula-

cion de París, capitulación sagrada á la que va unido el honor de los generales vencedores, el honor de sus soberanos, y esta capitulación pone los delitos políticos á cubierto de persecuciones.—Esto es lo que Ney debe decir, y á esto se debe reducir su defensa, porque es la verdad toda. O la capitulación de París carece de sentido, ó se aplica al delito de Ney por fuerza. Si se atiende á este método de defensa, que es el verdadero, sin duda vencerá á sus jueces, y si no los venciere acaso, los deshonrará ante la historia, y morirá rodeado de las simpatías de todas las gentes honradas.—¡Ney, pobre Ney, exclamaba Napoleon, cuán funesta suerte te espera!—Prosiguiendo su asunto, y repitiendo que ni el mariscal Ney ni nadie habia hecho traicion el 20 de marzo, se expresaba en esta forma.—Todos cumplieron con sus deberes, así los gefes militares como los gefes civiles. Pero el ejército y la población de los campos arrastraron á todo el mundo.—Con este motivo, Napoleon citaba un hecho notable y digno de ser conservado por la historia.—Se ha acusado á Masena, decia, de haber hecho traicion á los Borbones, y van á ver que no hay nada de eso. Cuando me encontré en París, ya restablecido sobre el trono imperial, era la ocasion de hacerse valer en mi presencia, y de ponderar lo que se habia arriesgado en mi abono. Masena vino á París; yo le pregunté qué hubiera hecho, si en lugar de tomar el camino de Grenoble, me hubiese ocurrido tomar el de Marsella, donde ejercia el mando: no era adulador Masena, y sin embargo le dejó parado mi pregunta, y como yo insistiera de nuevo, al cabo me dió esta respuesta: *Señor, hicisteis perfectamente en tomar el camino*

*de Grenoble.*—No todos mis mariscales se atrevieran á responderme tan francamente, pero á todos asistia igual derecho, menos á Davout, que no estaba en activo servicio, que habia sido tratado indignamente, y así figuraba como el único libre en sus actos. De consiguiente nadie hizo traicion á los Borbones, y si se vengan ahora, por debilidad es de su partido, y para encubrir las faltas de su conducta. Pero entreveo para ellos un porvenir poco seguro. Entregándose á las pasiones de los emigrados, cada dia alejarán mas de sí á la Francia. No será mi hijo quien se aproveche primero; la casa de Orleans pasará por delante; pero después de esta casa podrá volver el turno de los Bonapartes.—Tras de estas frases de perspicacia tan profunda, Napoleon volvia á clamar contra la injusticia de las anunciadas persecuciones, y respecto de La Bedoyère, de Ney, de Drouot, de Lavallette, manifestaba una inquietud extremada. Sin embargo, se inclinaba á creer que la virtud de Drouot reconocida tan universalmente seria un escudo impenetrable; pero temblaba por La Bedoyère, por Ney, por Lavallette, y con impaciencia aguardaba noticias de estas víctimas, que desgraciadamente eran suyas, no menos que de los Borbones.

Aun cuando en Briars se habia llegado á formar un establecimiento casi soportable, Napoleon se encontraba allí tan estrecho, y sobre todo veía tan maltratados á sus amigos, que por trasladarse á Longwood se manifestó muy impaciente. El almirante, á quien llamaba su *tiburón*, si bien por su corazón le estimaba mucho, nada habia omitido por acelerar las obras de su nueva residencia. Allí habia empleado á los operarios de la ciudad, y de

la escuadrilla, y con madera, y telas embreadas, y materiales de todas clases, al cabo logró construir un espacioso piso bajo, donde Napoleón se podía hospedar con sus compañeros de destierro. Cuando el alojamiento estuvo habitable, el almirante propuso á Napoleón trasladarse á su recinto, invitacion que fué aceptada inmediatamente.

A Briars dejó el 10 de diciembre, se despidió de la familia que le habia recibido con tanto agasajo, la dejó señales de una munificencia que no habian mermado sus escaséces actuales, y partió á caballo, teniendo á un lado al almirante, y al gran mariscal Bertrand al otro. Como siempre vestia el uniforme de la Guardia, y ahora montaba un caballo del Cabo, de gran viveza, manso y dócil por extremo. No le desagradó la travesía, y al llegar á Longwood encontró sobre las armas al regimiento 3.º de los ingleses, que acampaba en las inmediaciones. El almirante le presentó los oficiales del regimiento, y de seguida le condujo á los aposentos que le estaban destinados. De construccion eran muy ligera, y se hallaban recubiertos de lona embreada y amueblados muy modestamente. Napoleón no desaprobó cosa alguna. Allí habia algunas piezas para dormir, para trabajar, para recibir á sus amigos, que se podian hospedar en torno suyo. A nada más se extendian sus deseos. Gracias dió al almirante, y se estableció en su nueva morada, que debia ser la postrera. Su lecho de campaña hizo tender en un cuarto, y colocar sus libros en otro, y colgar á su vista el retrato de su hijo y de algunos individuos de su familia. Una sala de recibir y un comedor para todos habia detrás de estos dos cuartos. Mr. de las Cases y su hijo, Mr. de Mon-

tholon y su esposa, y el general Gourgaud ocupaban la otra ala del edificio. El gran mariscal Bertrand, hombre de humor solitario, y su mujer, dama generosa, si bien no se acomodaba á la sujecion de la vida comun, para su familia pidieron una habitacion separada. Se les habilitó una á la entrada de la planicie de Longwood, y así eran vecinos de Napoleón, mas no comensales. Esta casa denominábase *Hull's Gate*.

Tomadas estas disposiciones, Napoleón comenzó su nuevo género de vida, aspirando á resignarse á ella. Como en la guerra habia contraido el habito de velar parte de la noche, su sueño era irregular y poco seguido. Se despertaba á menudo, se levantaba para leer ó trabajar, se volvía á acostar más tarde, y si no podia conciliar el sueño, desde el amanecer montaba á caballo, cuando empezaba á calentarse el sol se le veia de vuelta, despues de almorzar solo, ó dictaba ó tomaba algun descanso, y así mataba el tiempo hasta las tres ó las cuatro de la tarde, á cuya hora recibia á sus compañeros de desgracia, luego paseaba en carruaje con ellos, y sus mujeres y sus hijos, al anocheecer comian juntos, y pasaba las noches en su compañía, ora leyendo algunos excelentes libros, ora platicando de lo pasado, y cautivándoles con las relaciones de su vida. Se esforzaba por alargar la velada, porque cuanto más tarde se acostaba mayor esperanza tenia de conciliar el sueño. — ¡*Qué conquista sobre el tiempo!*— Se le oia exclamar cuando lograba llegar á las once ó las doce de la noche de este modo.

Aquí lo mismo que en Briars la dificultad principal de sus relaciones con las autoridades britá-

nicas debía consistir en la vigilancia ejercida sobre su persona. Acampado el regimiento 53.º como á una legua de Longwood no ocasionaba molestia, y las centinelas de día no estaban donde pudieran ser vistas. Napoleon no las divisaba nunca, sino cuando iba á distancias que no podía trasponer á pie muy fácilmente. Si montaba á caballo, y se alejaba algunas millas, un oficial habia de ir detrás aunque bastante desviado para no perturbar sus íntimas expansiones. Habiendo Napoleon manifestado extremada repugnancia á montar á caballo, si habia de ser seguido como hasta entonces, no queriéndole privar el almirante de este ejercicio, en torno de la planicie de Longwood hizo que se trazara un circuito con límites de tres ó cuatro leguas, dentro de cuyo recinto podía circular libremente. A mayor distancia un oficial á caballo no le debía perder de vista.

A las nueve de la noche se aproximaban á la habitación las centinelas, y la envolvian de tal modo que por entre ellas no pudiera pasar ningún hombre. Un oficial de servicio dentro de Longwood habia de ver á Napoleon una y aun dos veces al día, á tenor de la instrucción de lord Bathurst, á fin de tener la certidumbre física de su presencia en Santa Elena. Sobre las puntas salientes de la isla se habían montado telegrafos, para transmitir á Plantation House, residencia del gobernador, cuanto acontecia en Longwood de importante, y especialmente la desaparición del ilustre cautivo, si por un momento se le dejaba de tener delante de los ojos. Un vigía situado en lo alto del pico de Diana, desde donde hacía el mar se extendía la vista á doce leguas, debía señalar á James Town la

aproximación de todo buque así que fuera distinguido, y un bergantín de guerra debía salir para escoltar al buque señalado, y conducirlo al puerto, é impedir que desembarcara hombre ni cosa sin inspección prévia. De cualquier region que procediesen los buques no se debian comunicar con tierra, ni entregar cartas ó paquetes para los moradores de Longwood sino por conducto del gobernador de la isla. Al tiempo de su partida, sin licencia del mismo y sin sufrir una visita rigorosa, no podian embarcar á nadie. Reglamentos peculiares á los habitantes los vedaban que se comunicasen con Longwood á no ser con permiso de la autoridad competente, y les advertian de que toda cooperación á un proyecto de evasión seria considerada como caso de traición y de que á proporcion seria el castigo.

Estos reglamentos hijos de una extremada zozobra y fundados en las instrucciones de lord Bathurst, desazonaron fuertemente á Napoleon, á quien toda apariencia de cautiverio ofendia tanto como el cautiverio mismo. Ya tibio respecto del almirante á causa de las precauciones tomadas en Briars, se enfrió más todavía, y ya no quiso tratar ningún punto de los que le interesaban personalmente, por no estar seguro del todo de contenerse en una discusión de esta clase. A Mrs. Bertrand, las Cases, Gourgaud, y Montholon confió tal cuidado. Agriados por la desgracia, estos señores no tenían en la boca más que un raciocinio sin valor para el almirante, á saber, que Napoleon se habia entregado de voluntad propia á los ingleses; que no se le habia podido hacer prisionero de guerra; y que por otra parte, ya restablecida la

paz, no hay prisioneros de tal especie; á todo lo cual respondiera el almirante, á ser de su incumbencia, que se habia hecho necesario adoptar precauciones extraordinarias como era extraordinario el hombre á quien se aplicaban de lleno, por exigir las así la seguridad general de Europa. Mas no era legista, ni razonador, sino militar, dotado de gran corazon y tambien de rigidez suma en el cumplimiento de sus deberes. Se le habian dado órdenes y las ejecutaba puntualmente. Estas órdenes le prescribian ante todo asegurar la guarda del prisionero, á quien se consideraba como depósito común é interesante al reposo del mundo; y temblaba solo ante la idea de que este prisionero pudiese lograr escape. Una vez asegurada de una manera infalible su custodia, no le ocurría añadir ningun error inútil, y si erraba á veces, de fijo era sin asomos de intencion de hacer sentir su autoridad, flaqueza de agente subalterno que no le aquejaba en grado alguno. Sin duda se pudiera dejar á Napoleon por cárcel la isla toda, pues con cerciorarse de su presencia en Longwood dos veces al día, siempre se contaba con la certidumbre de saber su desaparicion á tiempo; y en isla tan pequeña, tan rodeada de buques, y tan inabordable fuera del punto de James Town, absolutamente imposible se hacia que el prisionero no fuese cogido de nuevo antes de conseguir su embarque. No obstante, la precaucion de no perderle de vista era más segura, así el almirante no se quiso apartar de ella, aunque cuidando en la practica de hacer soportables las molestias originadas de resultas. Nunca se mostraba el oficial de servicio, y vivía en Longwood con los mismos desterrados y conten-

tándose con ver á Napoleon en su paseo, ó en su tránsito de una habitacion á otra. Al salir Napoleon de su morada, no tenia encargo de ir detrás en ateniéndose á los límites prescritos, y solo si habia de pasar más lejos, se hallaba en la obligacion de montar á caballo. En tal caso manteníase á distancia, y á veces perdía á Napoleon de vista, cuando, á impulsos de su curiosidad y de su aodicia de costumbre, se metía por caminos impracticables. A menudo atascóse de resultas en pantanos, sin poder seguir á su prisionero, y sin proferir queja ninguna. Respecto de la comunicacion con los habitantes, vedada al principio, se toleró luego, y así los desterrados para sus necesidades pudieron tratar con los vecinos de James Town bastante libremente. En cuanto á los visitantes sabian quién iba y quién venia á punto fijo, el almirante permitía su introduccion sin estorbo, con tal que se dirigieran al gran mariscal Bertrand que de su señor tomaba las órdenes para las recepciones de Longwood como antes en las Tullerías. Así Napoleon no tenia las apariencias de un detenido, en cuya prision no se puede entrar sin permiso de sus carceleros.

A pesar de estas incomodidades, Napoleon no tomó aversion en los primeros tiempos á la residencia, donde estaba destinado á pasar la vida y hallar la muerte. Su salud habia sido cabal hasta entonces: aún los inconvenientes del clima y los especiales de la planicie de Longwood no se habian hecho sentir á su organizacion superior á los padecimientos físicos en la accion, á la par que delicada y muy impresionable en el reposo. Enero del año de 1816 corría ahora, esto es, la buena

estacion de aquel hemisferio: nuevos eran los tormentos del fastidio. Napoleon padecia de resultas de la inmensidad de su caida y de la pérdida de toda esperanza, pero aún no experimentaba disgusto y horror hacia su vivienda. Unas veces se paseaba a pié y otras a caballo, á menudo, hacia largas excursiones, y entablaba conversacion con los escasísimos habitantes, particularmente con un negro viejo, que cultivaba un reducido campo cerca de su morada con una pobre viuda, madre de dos hijas, que le solian regalar flores. Se complacia en hacer bien al uno y á las otras. Hacia el campamento del regimiento 51.<sup>o</sup> se encaminaba en ocasiones, y allí era acogido perfectamente, y recibido como soldado por soldados. Luego, según ya hemos dicho, se volvía á su mansion y se aplicaba al trabajo, y dictaba á Mr. de las Cases las campañas de Italia, al gran mariscal Bertrand la campaña de Egipto, al general Gourgaud la campaña de 1815; á la caida de la tarde salía con las señoras de Montholon en carruaje, y retornaba á comer ya anochecido, y pasaba las veladas platicando sobre una porcion de asuntos diversos, ó haciendo buenas lecturas en familia. Le encantaban los grandes escritores franceses y en leerlos gozaba el inmenso deleite de un espíritu delicado y de muy buen gusto.

Sin embargo, no podia transcurrir largo tiempo, sin que se mostrara sensible á los inconvenientes de esta morada, tanto para su persona como para sus compañeros de desventura. Despues de recorrer veinte ó treinta veces el circuito de la planicie de Longwood por completo, le pareció triste y monótona al cabo, y la compañía del ofi-

cial inglés se le hizo odiosa, al probar á ir mas lejos. Dejar á este oficial á gran distancia y metido en difíciles pasos, se le figuraba poco obsequioso: sufrirle detrás de continuo se le hacia ya insostenible. Con todo, á veces traspasó los límites de su planicie, y se fué á penetrar en los opuestos valles, los del Norte, donde estaba situado el pabellon de Briars, y donde se levantaba Plantation House de igual manera. Comparando estos valles frescos y umbrosos á su planicie, desnuda de todo abrigo contra el sol y el viento, no pudo menos de echar de ver que, para custodiarle mas seguramente, se le habia colocado en situacion muy desagradable á la par que malsana. Sus compañeros de destierro decian que se le queria matar á toda costa. Menos exagerado en su lenguaje, por su parte decia que, para asegurarse de su persona, no se habia titubeado en sujetarle á martirio. Con efecto las facilidades ofrecidas para la vigilancia por esta planicie de Longwood, al descubierto por todas partes, y ceñida á la parte del mar por costas perpendiculares, para su mansion eran incomodidades insufribles. Ó se hallaba cargada de las nubes del Atlántico alraidas alrededor del pico de Diana, ó trabajada sin el menor abrigo por los vientos del Cabo, hasta el extremo de que, sin embargo de la cálida humedad del clima, ni aun siquiera brotaba allí la yerba. Un bosque de árboles débiles y de ruin follaje era el único amparo contra el sol: siempre que sobre aquel desierto no caian á plomo sus rayos, se empapaban los vestidos en humedad muy desagradable. Por el contrario, cuando el sol pesaba encima, sus candentes rayos penetraban por entre la embreada lona, que

formaba los techos de la vivienda de Longwood. Además allí no había agua, y menester era que criados chinos la fuesen á buscar á los valles del opuesto lado, de donde no llegaba ni pura, ni fresca. A todos los inconvenientes de esta morada se añadían los de una isla pobre, muy poco frecuentada, donde eran caros y de mala calidad los alimentos, cosa que á la sobriedad de Napoleón importaba poco, si bien le alligaba por sus compañeros de destierro, que habían llevado consigo á sus mujeres y á sus hijos, acostumbrados á todas las delicadezas del lujo europeo.—No es este asunto de risa, dijo á sus amigos una noche, y añadió al ver una mesa mal servida y paredes casi desnudas, *aquí no tendremos de más sino el tiempo.*—

Observando á sus compañeros de desgracia con la sagacidad de costumbre, en ellos notaba ya los primeros síntomas de la enfermedad moral del destierro, y lo podía echar de ver en cierta actitud involuntaria de unos respecto de otros. Punto menos que en París se disputaban sus preferencias en Santa Elena, y el general Gourgaud susceptible, celoso, irritable, no sabía disimular su despecho, al ver del todo admitido en la intimidad de Napoleón á Mr. de las Cases. También resaltaban ciertos rasgos de envidia en las dos familias de Bertrand y Montholon establecidas en Hut's Gate la una y en Longwood la otra. De esta suerte las miserias de las cortes no acababan ni cuando se derrumba el trono! Pero hay que perdonar y hasta que tributar alabanza á las rivalidades, disputándose las preferencias del genio hundido en el abismo. ¡Cuántas familias colmadas por Napoleón de mercedes, se entregaban ahora de continuo á las rivalidades, no ciertamen-

te en Longwood, sino en el palacio de las Tuillerías!

Napoleón reconocía en estas nacientes acritudes el triste efecto de la desgracia, y así temía sus resultas por el porvenir de esta colonia naufraga y lanzada á una espantosa roca. Se tomaba el trabajo de consolar tales celos con lisongeros testimonios, de apaciguarlos con juiciosos discursos, y disimulaba su hastío propio, y aspiraba á distraer el ajeno, prometiendo á todos un porvenir mejor, y que distaba mucho de esperar realmente.

Al cuarto mes del año de 1816 se había llegado de este modo, principio de la buena estación en Europa y de la estación mala en la isla de Santa Elena, cuando el 5 de abril se supo la llegada del nuevo gobernador en un buque procedente de Inglaterra, porque la comisión del almirante Cockburn jamás tuvo otro carácter que el de interina.

Este gobernador era el general Hudson Lowe á quien ha valido una funesta celebridad su comisión en la isla de Santa Elena. Sir Hudson Lowe pertenecía al número de esos oficiales, medio militares, medio diplomáticos, de quienes se sirven los gobiernos en las ocasiones en que se necesita mas de maña que de talento para la guerra. Efectivamente á su cargo tuvo diversas comisiones de que salió airoso, particularmente en el campo o en el cuartel general de los aliados, contrajo todas las pasiones enemigas de Francia, y aun cuando no fuese tan malo ni con mucho como lo podía dar á temer su catadura, su carácter nada tenía de benévolo, ni su humor de atractivo. Habiéndole cerrado la paz los senderos de los ascen-



unos militares, con la esperanza de ser bien galardonado admitió una comisión penosa y llena de responsabilidad enorme, así ante su propio gobierno como ante la historia. En esta última responsabilidad no pensaba ni remotamente, pues no preveía su gravedad por entonces, y le desvelaba solo la atención de no incurrir en el cargo hecho al almirante Cockburn de haber cedido al ascendiente del prisionero de Santa Elena. Sin propósito de figurar como un tirano, sir Hudson Lowe tenía especial empeño en patentizar que era de temple muy sobrado para resistir á toda clase de ascendiente. Esta disposición de ánimo le debía exponer á mas de un choque con el carácter poderoso y actualmente irritado, que tenía encargo de contener aunque sin impulsarle hasta la desesperación de ningún modo.

Apenas llegado á la isla de Santa Elena, al almirante Cockburn pidió que le condujera á Longwood y le presentara al ilustre cautivo. Por sí mismo había cooperado el almirante á que se solicitara la aquiescencia de Napoleón para presentarse á su persona, y por conducto del gran mariscal Bertrand se hacia siempre. Ahora el almirante saltó á esta conveniencia, trasladándose á Longwood en unión de sir Hudson Lowe, sin previo aviso. Napoleón hizo responder que se hallaba indispuerto, y no podia recibir á nadie. Entonces sir Hudson Lowe pidió que se le señalara día para presentarse á su persona, y designóse el día siguiente. Con efecto, sir Hudson Lowe dirigióse á Longwood en compañía del almirante. Allí fué recibido por el gran mariscal Bertrand y por el general Gourgaud, é introducido á presencia del

emperador caído. A la sazón tuvo lugar un incidente desagradable, pues cuando al nuevo gobernador se dió paso, entretenido en conversacion se hallaba el almirante, y cuando lo echó de ver ya los criados habían cerrado la puerta. Creyendo que solamente al gobernador debía ser franqueada, no osaron abrirla al almirante, y éste vivamente ofendido montó de seguida á caballo, y tornóse á James Town con sus ayudantes.

Esta primera entrevista de Napoleón y de sir Hudson Lowe se resintió de ceremoniosa y fria por extremo. Napoleón estaba mal dispuesto á causa del modo con que el nuevo gobernador se había presentado el día antes, y éste no se daba por halagado con que su recepcion se hubiese diferido para el día siguiente. Así nada se prestaba á que su primer encuentro tuviese visos de amistoso. Al golpe comprendió Napoleón la indole de este personaje, notando que tenía en su presencia á uno de los espíritus extremados de la coalición europea, y su aspecto le indujo á exagerar todavía mas semejante juicio. Despues de un recibimiento cortés, aunque reservado, sin dignarse pedir que fueran suprimidas, Napoleón se quejó brevemente á sir Hudson Lowe de las incomodidades á que se le tenía sujeto, é insinuó que aguardaba á experimentar los procederes del nuevo gobernador, para saber si debía ó no felicitarle de su llegada á Santa Elena. Sir Hudson Lowe protestó de su deseo de conciliar las obligaciones difíciles de su cargo y el bienestar de los desterrados, aunque sin expresar mucho calor en sus protestas; y retiróse despues de una entrevista de duración bastante corta.

Apenas había partido sir Hudson Lowe, á sus

compañeros de destierro dijo Napoleón que jamás había visto semejante facha de esbirro italiano.— *De menos echaremos á nuestro tiburón, añadió de seguida.*—Entonces se le refirió el desagradable incidente ocurrido, y de cuyas resultas el almirante Cockburn se volvió á James Town á caballo, y después de una sonrisa pasajera, se sintió poseído de verdadero desagrado, por conocer el carácter sensible y altivo del almirante. Sin embargo, éste, aunque ofendido, incapaz era de pensar en venganzas. Del gobernador se debía temer el mayor daño. Mal pagado de la acogida de que fué objeto, hombre era muy cortado para hacer sentir una autoridad, que al parecer se había tenido en tan poco. Así, apenas establecido en Plantation House, se propuso aplicar tanto los reglamentos del almirante como los que pretendía sacar de las instrucciones de lord Bathurst de la manera mas estricta. Napoleón se había quejado de tener centinelas debajo de su ventana á la caída de la tarde, y de verse obligado á girar fastidiosamente dentro del mismo círculo, ó á ser seguido por un oficial inglés, siempre que montaba á caballo. Sir Hudson Lowe respondió que estos reglamentos, conocidos y formalmente aprobados por lord Bathurst, se debían ejecutar al pie de la letra. Al mismo tiempo renovó al oficial de servicio la orden de no dejar que pasara día sin ver al prisionero con sus propios ojos.

Este rigor llevó hasta el extremo de hacer que fuesen ejecutadas ciertas prescripciones, que el almirante había dejado caer de cierto modo en desuso. Así, aunque sin permiso del gobernador nadie se debía comunicar con los habitantes de Long-

wood, según los reglamentos ministeriales, el almirante había tolerado que mediante un simple permiso del gran mariscal se lograra acceso á su persona. Librementemente habían andado por donde quiera los criados, que iban y venían por necesidades materiales del todo. De vuelta de las Indias, algunos ingleses de nota, conocidos del almirante, y que de consiguiente no podían infundir la mas remota desconfianza, sin mas que solicitarlo del gran mariscal Bertrand, se habían dirigido á Longwood, donde les había recibido Napoleón con agrado y consiguiendo distraerse algunos instantes. Ningun inconveniente había en que prosiguiera semejante estado de cosas. Pero sir Hudson Lowe exigió que en lo sucesivo ninguna comunicación tuviera lugar sin licencia suya, y que toda carta procedente de Longwood ó allí dirigida pasara por su conducto. Para disminuir las ocasiones de escribir hasta designó un proveedor especial á la colonia de Longwood, eligiendo al dueño del pabellon de Briars, donde Napoleón había pasado algunas semanas.

Estos rigores nuevos é inesperados de todo punto, singularmente irritaron á los desterrados. Habiendo ido sir Hudson Lowe á hacer una segunda visita, Napoleón recibióle aun con mayor frialdad que la vez primera, y le remitió al gran mariscal Bertrand con el fin de que se explicase acerca de la ejecucion de los reglamentos. El gran mariscal reclamó contra las nuevas molestias y contra las antiguas, lo hizo con vehemencia suma, y á sir Hudson Lowe halló tenáz por extremo, y le declaró sin ambages que, si persistía en sus intenciones, Napoleón no saldría de su vivienda, y que

si para su salud resultaba funesta la falta de ejercicio, ante la opinion universal seria el gobernador responsable. Sir Hudson Lowe no se dejó ablandar por estas amenazas, aparentó considerarse como naturalísima su conducta, como necesariamente derivada de sus instrucciones, y como propia á hacerle digno en Longwood de una acogida tan amigable como la que al almirante Cockburn se habia dado. Con semejante modo de entender las cosas, pronto debia llegar á colmo la deplorable contienda, que despues valió á Napoleon tantos padecimientos, y á sir Hudson Lowe tantas fatales imputaciones. Allí acababa de llegar la flota de la India por aquel tiempo, y á bordo se hallaban lord Moira, gobernador de la India, y su esposa, ambos con deseos de visitar á Napoleon en su morada. Pero habiendo éste declarado que no permitiria que se le asemejase á un preso, cuya cárcel se abria ó se cerraba al capricho, y que no recibiria á nadie, sin que por conducto del gran mariscal Bertrand solicitara su asentimiento, lord y lady Moira no se atrevieron á dar un paso á la sazón sujeto á tantas dificultades. Con todo, por satisfacer su curiosidad siempre creciente, sir Hudson Lowe dirigió al gran mariscal Bertrand una esquila de convite para comer en el palacio de Plantation House, é incluyó otra para Napoleon mismo, añadiendo que si el *general Bonaparte* se dignaba admitir este convite, lady Moira tendria á fortuna serle presentada. Realmente, en semejante paso no habia mas que falta de tacto, y de ningún modo intencion de ofender á su prisionero glorioso. Pero el gran mariscal Bertrand dióse por ultrajadísimo de este convite para sí y para su soberano, y Na-

oleon de igual manera, pues no podia consentir en hacerse un objeto de curiosidad, de que el gobernador dispusiera á su antojo en favor de los huéspedes á quienes deseaba tratar con agasajo. Sin que la negativa del gran mariscal Bertrand le hiciera desistir del empeño, sir Hudson Lowe presentóse de nuevo en Longwood, donde mas que con simple frialdad fué recibido ahora. Napoleon dirigióle palabras tan duras como las siguientes. — Asonbrado estoy de que os hayais atrevido á dirigirme el convite que el gran mariscal os ha devuelto. ¿Pues qué, olvidais quien sois vos y quien soy yo por ventura? Ni á vos, ni á vuestro gobierno corresponde despojarme de un título que me dió Francia, que me reconoció Europa, y por el cual me designará la posteridad. Ya lo consentais ó no lo consentais vos é Inglaterra, yo siempre soy y seré el emperador Napoleon para el universo. Poca importancia doy á vuestras calificaciones, aunque me ofende que hayais podido concebir la esperanza de atraerme á vuestra casa, y de presentarme á la curiosidad de vuestros huéspedes. Me ha abandonado la fortuna, pero al alcance de nadie está en el mundo hacer del emperador Napoleon un objeto de escarnio. — Sin embargo, despues de estas severas palabras, Napoleon se templó del todo, y sir Hudson Lowe se excusó mucho acerca de sus intenciones, manifestando que lord y lady Moira solo habian intentado tributar homenaje á su gloria, y por esto habia querido saber si una entrevista con personajes de viso en Inglaterra podia ser de su agrado. Napoleon dió oídos á estas explicaciones, sin admitirlas ni desecharlas tampoco, y de seguida despidió al gobernador todavia algo

conoció su inconveniencia, y manifestó un honoroso apuro. Al principio, de una voluntad absoluta hizo alarde respecto de la declaracion exigida á los miembros de la colonia. Por sí mismo redactó el documento, á cuyo pie debian estampar su firma, y en cuyo contenido se calificaba á Napoleon de general Bonaparte. Esto equivalia á colocarles en una situacion embarazosa hasta lo sumo. Natural podia ser que no dieran títulos á Napoleon aquellos que lo tenían bajo su guarda. Pero no menos era que tratar de obligarles á su destitucion completa la exigencia de que, en un documento auténtico y firmado de su puño, se prestasen sus compañeros de desgracia á designarle por otros títulos que los que le daban de cotidiano. De consiguiente á la redaccion presentada por sir Hudson Lowe opusieron otra del todo semejante á la suya, en cuanto al compromiso formal de someterse á los reglamentos establecidos en Santa Elena, si bien diferente en cuanto á los títulos atribuidos á Napoleon. Brutalmente les anunció el gobernador que si no firmaban la declaracion tal como les era exigida, al punto los haria embarcar para Europa. — No firmeis, les dijo Napoleon, y dejad que os embarque. Aquí permaneceré solo, donde á la verdad me ha de quedar que vivir poco, y el mundo sabrá que se me separa de los únicos amigos que me quedaban á la postre, por tan miserable disputa. — Asi los desterrados se mantuvieron firmes, y sir Hudson Lowe, que en definitiva comprendia lo odioso de tales procederes, propuso una transaccion consistente en suprimir los títulos de general ó de emperador, y designar al prisionero por su nombre y su apellido de *Napoleon Bonaparte*, re-

pitando, que si persistian en la negativa, no hubiérase listo para hacerse á la vela y conducirlos á Europa. Se sometieron sin decir nada á Napoleon, por no dejar solo, sin amigos, sin un secretario, sin un criado, al señor sin ventura, de cuya desgracia habian querido ser partícipes de voluntad propia.

Sir Hudson Lowe procedió mas convenientemente respecto de los gastos. Posible es que los criados de Napoleon y de las tres familias que le acompañaron á su destierro no se esmerasen mucho en economizar la hacienda inglesa; pero siempre repetiremos que no se comprende que en Inglaterra hubiese quien tratara de investigarlo de ningun modo. No obstante, sir Hudson Lowe se atrevió á hablar al gran mariscal Bertrand de este asunto, si bien trató de justificarse de sus observaciones con poner sus instrucciones de manifiesto, segun las cuales se fijaba el gasto del general Bonaparte en la suma de 8,000 libras esterlinas ó sean 200,000 francos. Con altivez respondió el gran mariscal Bertrand que de lo que el gobernador le hablaba no sabia cosa alguna; que muy mal vivian allí todos; que jamás habian pensado en profesar quejas, ni en averiguar cuanto costaba aquel triste modo con que se les hacia pasar la vida; que tampoco lo harian en lo sucesivo, y sobre todo que nunca se permitiria hablar á su soberano de tal cosa. Sir Hudson Lowe insistió á pesar de todo, declarando que le era imposible autorizar semejantes gastos. Confuso el gran mariscal por extremo, de esta materia habló con los principales miembros de la colonia desterrada, y no pudo menos de comunicárselo á Napoleon de igual manera. Harto

se concibe cuanto le desazonaria un altereado de esta clase. Al punto previno dar por respuesta, que á pesar de la obligacion impuesta á las naciones de mantener á sus prisioneros, á sus ojos la condicion mas penosa de su cautiverio estribaba en comer el pan de Inglaterra; que su deseo habia sido siempre vivir con sus amigos á su propia costa; que lo deseaba todavia, y que si se le permitia comunicarse con Europa por medio de cartas selladas, familia tenia y amigos que no le dejarian en la indigencia, y así el gobierno británico se hallaria descargado hasta de las 8,000 libras esterlinas, á que trataba de reducir en Longwood sus gastos. Sin duda se explica el fundamento de tal respuesta. Aunque los miembros de la familia de Napoleon, y especialmente su madre, su tío y el príncipe Eugenio, se hallaran en posibilidad y completamente en disposicion de proveer á sus necesidades, jamás se aviniera á recurrir á ellos, y para subvenir á sus gastos lo sacara de la caja de Mr. de Laffitte, donde tenia depositados sus fondos. Pero temia revelar la existencia de este depósito, previendo que sería secuestrado como todos los bienes de los Bonapartes en Francia.

Al oír tal respuesta, sir Hudson Lowe manifestó que remitiria las cartas de Napoleon á sus banqueros, si bien abiertas como lo prescribian las instrucciones de lord Bathurst, é insistió á fin de que se redujesen los gastos, ó atendiese Napoleon á ellos con su caudal propio. Rebelado contra esta persecucion de nueva especie, Napoleon previno á Marchand, su mayordomo, que entre su plata eligiera aquella parte no absolutamente necesaria para su servicio, y la hiciera pedazos, á fin de que no

se traficara con los enseres que habian sido de su pertenencia, y la enviara á James Town para pagar á los proveedores. Esta manera de responder produjo á sir Hudson Lowe una confusion grande, porque, al saber los vecinos de James Town la extremidad á que el prisionero de Longwood estaba reducido, se manifestaron avergonzados de los procederes de su gobierno. Para atenuar este sentimiento, que se expresaba sin el menor rebozo, sir Hudson Lowe hizo propalar á sus allegados que Napoleon rebosaba de dinero, y que podia con holgura subvenir á sus gastos sin aquella miseria de puro aparato. Ya la relacion precedente ha aclarado los hechos. Napoleon habia llevado consigo cerca de trescientos cincuenta mil francos en oro, y unos doscientos mil tenian sus compañeros de destierro. A esto llamaba su reserva, y no se queria privar del último recurso, del cual sacaba de vez en cuando, ora para hacer una limosna, ora para pagar algun servicio. No queriendo gastar de esta suma, que realmente desapareciera muy pronto, ni suministrar una prueba material del depósito existente en casa de Mr. Laffitte, por fuerza habia de recurrir á su plata, que á la verdad era mucha y muy superior á sus necesidades. Con sumo esmero atendia Marchand á todos los pormenores de la casa, y tuvo tiempo de recogerla en el patacio del Eliseo, y de enviarla á Rochefort, y podia suministrar algunos suplementos en tanto que el sonrojo encendiera el rostro de sir Hudson Lowe ó de lord Bathurst.

Confuso no obstante de dar margen á tal disputa, sir Hudson Lowe anunció que bajo su responsabilidad consentiria que se elevara interinamen-

te á doce mil libras esterlinas ó trescientos mil francos el crédito fijado en ocho mil libras esterlinas por lord Bathurst, y que pediría nueva instrucción sobre este asunto. Entonces acabaron los envíos de plata, y desapareció esta causa de inno- ble tacañería. Por aquel tiempo llegó un nuevo almirante á relevar á Cockburn en el mando, no de la isla, sino de la estacion naval inglesa. Este nuevo almirante sir Pulteney Malcolm, personaje de carácter elevado, y cuya bondad de corazón resplandecía sobre su amable rostro, apenas arriba- do á Santa Elena, se hizo presentar á Napoleon, observando todas las conveniencias respecto del augusto cautivo; y así es que le agradó el golpe. Su dignidad afable, su conmiseracion respetuosa produjeron sobre la índole viva y sensible de Na- poleon un efecto inmediato, y le ganaron el cora- zón desde luego. Como amigo tratóle Napoleon al punto, y mostróse tan dulce como expansivo. Sir Malcolm renovó frecuentemente sus visitas y Na- poleon quiso que así que se presentara en Long- wood fuera introducido á su presencia, sin recur- rir á una etiqueta en que no tenia otro empeño que el de hacerse respetar por sus guardadores. Echando de ver sir Malcolm que uno de los mayo- res padecimientos de Napoleon consistia en care- cer de sombra, pues los ruines árboles de Long- wood no le proporcionaban ninguna, á bordo de sus naves envió á buscar una espaciosa y magni- fica tienda, é hizo que los marineros la levantaran muy cerca de los edificios que le daban hospedaje. Por extremo conmovido sintióse Napoleon de resul- tas de una atencion tan delicada, y bajo la tienda de sir Malcolm fué á menudo á comer ó á dedicar-

se al trabajo. No omitiendo ningun medio de dul- cificar la suerte de los desterrados, el almirante creyó que una manera segura de lograr este objeto seria procurar una avenencia entre Napoleon y sir Hudson Lowe, y de mejorar así no las instruccio- nes de lord Bathurst sino el modo de ponerlas en planta. A Napoleon habló de este asunto, y le dijo que efectivamente las instrucciones de lord Ba- thurst se resentian de poco decorosas; que, obli- gado sir Hudson Lowe á atenerse á ellas, no ha- bia sido dueño de ahorrar á los habitantes de Long- wood ciertas tacañerías; que no era malo, ni mal intencionado, si bien participaba con el gobierno británico y todos los gobiernos europeos del terror de una evasión parecida á la de la isla de Elba; que ante este pensamiento solo perdía el juicio; que era menester perdonárselo de consiguiente; que viéndole, y haciéndole buena acogida, y ex- plicándose francamente se le tranquilizaria y se le dulcificaria y se entablarian mejores relaciones, y para los habitantes de Longwood resultaria una vida menos atormentada.—Os engañais, dijo Na- poleon al mediador obsequioso. Yo conozco mu- cho á los hombres, y la cara de sir Hudson Lowe no puede ser mas que la expresion de un corazón perverso. Tambien me conozco en materia de eva- siones, pero no me ocurre pensar en ninguna ten- tativa de esta clase por dos razones; porque una evasión es imposible, y porque no me conduciria á nada. Ya no hay puesto para mí en el mundo, y solo puedo aspirar á terminar aqui mi vida, que no ha de ser larga, y á ocuparme en consignar algu- nos recuerdos para edificacion de la posteridad. Si hago perder la razon á mis enemigos, yo no la

pierdo tan fácilmente, y procuro eximirme no de su mano de hierro, sino de sus ultrajes. Que se me deje morir sin ofenderme es lo único que pido á mis compatriotas. En una nueva entrevista con sir Hudson Lowe no ganaria nada. Dueño de mi y todo, cuando lo requiere el caso, la vista de ese hombre subleva mis ojos, excita mi lengua, á mi presencia no le podria admitir sin inconveniente.

—Sir Malcolm no se desanimó á pesar de todo, é insistió á fin de que Napoleon recibiera á sir Hudson Lowe, que anhelaba otra entrevista y con sincero deseo de conciliacion solicitaba tal gracia.

Napoleon rindióse á instancias, cuya intencion era tan amistosa, y consintió en admitir al gobernador á su presencia, bajo condicion de que sir Malcolm estuviera delante, á fin de que hubiese un testigo de la entrevista. Con efecto sir Hudson Lowe llegó á Longwood acompañado del almirante, y presentándose con cierto embarazo á su alto y prisionero. Napoleon acogióle cortesmente, y le dejó que se extendiera en explicaciones justificativas de los procederes que en Longwood daban margen á tantas quejas. Sin amargura y con tono casi conciliador respondió al principio, bien que, habiendo tocado torpemente el gobernador la cuestion de los gastos, recientisima y más abandonada que resuelta, ya se dejó de templanza, y al punto estalló en frases de tan extremada dureza como las siguientes.—Pasmado estoy, caballero, de que os atrevais á suscitar ante mí semejante asunto. Yo no tengo costumbre de atender á lo que pasa en mi cocina. Si á vos os conviene eso, hacedlo por vos mismo, y no me habléis de semejante cosa. Si yo no tuviera aquí mujeres y niños, condena-

dos como yo á un lejano destierro, ya me hubiera ido á sentar á la mesa de los oficiales del regimiento 53.º, y de seguro no se negaran estos valientes á partir su comida con uno de los mas veteranos soldados de Europa. Pero aquí tengo que mantener á muchas familias tan descosas como yo de no deber ya nada al indigno gobierno que nos oprime tanto. Que pueda yo escribir á Europa sin obligacion de tomaros por confidente, y mi familia y la misma Francia no consentiran que falte pan ni á mí ni á los amigos, que han tenido á bien asociarse á mis desventuras.—Tras de estas frases, arrebatado Napoleon por la ira, apenas permitió al gobernador pronunciar algunas palabras, y dirigiéndose luego solo al almirante, y no hablando de sir Hudson Lowe mas que en tercera persona, incurrió en la falta de propasarse á verdaderos insultos. Aspirando el almirante á excusar la conducta del gobernador con el texto de sus instrucciones, Napoleon respondió que habia comisiones que los hombres de honor no aceptaban nunca, y que por otra parte sir Hudson Lowe, no era un militar verdadero, pues mas á menudo habia manejado la pluma del oficial del estado mayor que la espada del soldado.—Al oír estas últimas palabras, sir Hudson Lowe que tuvo el mérito de contenerse y de respetar en su prisionero el mayor infortunio del siglo, se salió de allí tembloroso, y declarando que en Longwood ya no pondria los pies nunca. ®

Apenas habia salido, avergonzado Napoleon de haber ejercido tan poco dominio sobre sí propio, con sir Pulteney Malcolm se excusó mucho, diciendo que no se abandonara á tales arrebatos, si el

governador no hubiera cometido la torpeza de hablar de aquel innoble asunto de los gastos; que ya esperaba mal resultado de la entrevista; que la traza de sir Hudson Lowe producía en su ánimo una impresión que no alcanzaba á dominar de ninguna manera; que habia incurrido en una falta, y lo reconocía por sí propio, y añadió esta frase, que la enmendaba del todo.—Solo tengo una excusa, señor almirante, una sola, y es la de no encontrarme ya en las Tullerías. No me perdonaría el insulto que he dirigido á sir Hudson Lowe; si no me hallara entre sus hierros.—

Después de estas agitaciones, que llenaron el año de 1816 en mucha parte, la vida de Napoleón volvió á entrar en la monotonía, de que ya no se debía apartar hasta su muerte, y que solo era interrumpida á veces por los padecimientos. Siempre sus costumbres eran las mismas. No gozando mas que un sueño frecuentemente interrumpido, con especialidad cuando se acostaba temprano por no tener en que ocupar las veladas, se levantaba y leía ó dictaba si tenía á Marchand á la mano, y luego se volvía á acostar mudando de cama, y así buscaba el fugitivo sueño, y así que el sol iluminaba la planicie de Longwood de nuevo montaba á caballo, y volvía á girar en torno de lo que llamaba *el círculo de su infierno*. Este paseo constantemente repetido se le hacia cada vez mas desagradable, puesto que para traspasar sus límites fuera preciso arrastrar en pos al infeliz oficial destinado á su custodia. Hasta el placer de tratar con algunos vecinos, tales como el viejo negro, que cultivaba un campo cerca de su morada, y la viuda y sus dos hijas, que le regalaban flores, se lo

acibaraba el temor de comprometerles ante la recelosa desconfianza del gobernador de la isla. Apenas se atrevía á hacer algun bien en torno suyo, de miedo de que se sospechara que buscaba cómplices para una evasión quimérica de todo punto. Labrando estas molestias sobre una organización irritable, que no se sabia dominar sino ante los grandes peligros, le condenaban á un verdadero tormento.—¡Ah!, decía á Mr. de las Cases, por qué no estamos, libres á las márgenes del Ohio ó del Missisipi, rodeados de nuestras familias y de algunos amigos!... ¿No comprendéis cuánto placer disfrutaríamos en recorrer sin fin aquellos vastos bosques de América á toda la velocidad de nuestros caballos? Pero aquí, en esta roca, *apenas hay donde dar un galope*.—De vuelta, á la hora en que los rayos del sol tropical abrasaban su frente, bajo la tienda de sir Malcolm buscaba refugio; pero en aquella sombra sin encanto exclamaba: *¡Una encina! una encina!* y con pasión pedía que se le restituyese el follaje de este hermoso árbol de Francia...—Al retornar de su paseo á caballo, se volvía á tender en la cama, y gracias á la fatiga procuraba completar su sueño, después se bñaba muy á la larga, costumbre que pronto le vino á ser funesta, por debilitarla mucho, pero que le agradaba en extremo, porque disminuía un dolor en el costado, que ya empezaba á sentir por entonces, y que fué el primer sintoma de la enfermedad que le debía causar la muerte. En seguida se aplicaba al trabajo, y leía, ó dictaba, y volvía en suma á las ocupaciones que ya hemos descrito, y por último acababa el día con sus amigos, haciendo lecturas en común ó continuando las relaciones de



su vida, siempre escuchadas con el mismo anhelo. Y estos dias no eran a la verdad los mas tristes de su cruel existencia, cruel para todo hombre, y con mayor especialidad para el que habia pasado la vida revolviendo el mundo. Dias habia, y eran los mas frecuentes, en que soplab el viento del Cabo, viento seco, acre, de dolorosa influencia sobre el sistema nervioso, detribando arboles y plantas, no permitiendo ni aun siquiera que brotase la yerba, de modo que en esta roca, ceñida por las nieblas del Oceano, se estaba alternativamente ó empapado en una humedad penetrante, ó expuesto á la corriente de un viento devorante y continuo. Cuando soplab este viento, Napoleon se encerraba en su morada, no tomaba el aire y caia en profunda tristeza, y se preguntaba si al designarle mansion tan horrorosa, no se habia abrigado la intencion pèrfida de acortar su vida. Al recapacitar sobre todo que, muy cerca y en un valle fresco y bien abrigado, se hallaba el agradable palacio de Plantacion House, se confirmaba en esta persuasion amarga. — ¿Porqué no tratarme como á Ney, decia, si se deseaba mi muerte? Con una bala se saliera del paso. Pero tan rencorosa y con menos valor que la emigracion se muestra Europa. No se ha atrevido á matarme, y se atreve á hacerme aquí morir lentamente... — Napoleon se engañaba por completo. Europa queria guardarle ante todo, y con esta preocupacion no se cuidaba de saber si se conciliaban con el interés de su salud las precauciones tomadas para su custodia. Ni aun siquiera pensaba en esto lo mas leve, y dejaba este cuidado á Inglaterra, que tampoco pensaba en tal cosa, pues la remitia á uno de sus ministros, el

cual fiaba á un subalterno suyo, alternativamente asustado de su responsabilidad ó irritado por las ofensas de sus prisioneros. Segun ya hemos dicho, lord Bathurst habia tenido la culpable indolencia de no exigir de la Compañia de las Indias el abandono de Plantation House, y sir Hudson Lowe no habia tenido la delicadeza de ofrecerle á Napoleon por morada, sino que prefirió conservarla para su familia (1). De consiguiente en todo esto habia motivos menos perversos, aunque tal vez mas rínes que los que Napoleon daba por efectivos. No se queria asesinarle de ningun modo, pero se dejaba que subalternos le mataran poco á poco á causa de no pensar en su persona mas que para tener miedo.

Consigo habia sir Hudson Lowe llevado madera para construir una nueva morada, muebles y libros. No madera, sino sólidos materiales se necesitaran para ponerse á resguardo de una temperatura alternativamente húmeda ó abrasadora. Napoleon rechazó todo cuanto se le ofrecia menos los libros, y deplorando la mala eleccion que se habia hecho, se decidió á tomar algunos, y devoraba su lectura, y asunto daban á su conversacion por la noche. Aun siendo las veladas de Longwood tan tristes, por decirlo así las iluminaba su entendimiento.

(1) Aquí no calumniamos á sir Hudson Lowe, el cual dijo en uno de sus despachos que se apresurara á ceder á Napoleon el palacio de Plantation House, si para sí y su familia existiera en la isla una habitacion conveniente. Por confesion propia anteponia sus comodidades personales á las de su prisionero, que sin duda debiera merecer la preferencia sobre el general Lowe, y hasta sobre su familia, por interesante que fuese esta.

miento del todo. Unas veces eran conversaciones picantes, casi alegres, si bien por rareza, otras eran pláticas elevadas, hasta sublimes, y desgraciadamente muy por encima de su auditorio, acerca de historia, de guerra, de ciencias y de lectura. En ocasiones jugaba con los niños de Mad. Bertrand y de Mad. de Montholon, y les hacía que recitasen fábulas de LaFontaine, y se dolía de que en esta lectura hubiese tantas profundidades perdidas para ellos, y hallando siempre el argumento más adecuado á cada interlocutor y á cada asunto, á estos niños dirigía las reflexiones más capaces de persuadirles en sus cortos alcances. Quejándose uno de los hijos de Mad. de Montholon de que se le obligaba á trabajar diariamente, Napoleon decía de este modo:—¿Amiguito, no comes todos los días?—Sí, señor.—Pues ya que todos los días comes, preciso es que todos los días trabajes.— Luego, dejando á los niños, su genio se remontaba á las más elevadas regiones de la política y de la filosofía.

Entre los libros llevados á Santa Elena se incluyeron los folletos publicados por entonces, calculando que le interesarían sobremanera. Los había en su contra y también en contra de sus adversarios, figurando entre los tales folletos el *Diccionario de las veletas*, que desde el año de 1816 obtuvo un éxito extraordinario, á causa de estigmatizar la volubilidad de los contemporáneos, presurosísimos en pasar de un gobierno á otro, por conservar sus posiciones respectivas. Este libro, escrito por adversarios de los Borbones, naturalmente era del gusto de pobres desterrados, poseídos de viva satisfacción al ver castigados de

este modo á los que en lugar de estar á semejanza suya sobre la roca de Santa Elena, se payoneaban en los salones de las Tollerías, ocupados en condenar la usurpación á que habían servido, y en celebrar la legitimidad que habían impugnado. Tras de reirse Napoleon el primer día, no pudiéndose contener por más tiempo, cogió el libro y tirólo á un lado, expresándose en esta forma.—Este es un libro detestable, oprobioso para Francia, y oprobioso para la humanidad. Si eso fuera cierto, la revolución francesa, inauguradora de tan grandes principios, no hubiera hecho de todos nosotros, nobles, clase media y pueblo, más que una multitud de miserables. Examinad las guerras de religión así en Francia como en Inglaterra y en Alemania, y hallareis de estos cambios interesados en número no menor y por motivos igualmente pequeños. Tanto vió Enrique IV como yo y como Luis XVIII. Otros muchos ofreció la Fronda, y ciertamente la Francia que pocos años después ganaba las batallas de Rocroy y de las Dunas, y producía el *Polyucto*, la *Athalie*, y las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, no estaba envilecida de ninguna manera. Absteneos del vulgar placer que se disfruta al ver castigados á los adversarios, y tened muy presente que el arma de que se hace uso es un arma de doble filo, y se puede volver contra vosotros.—Y cómo se dijera á Napoleon que estos hombres á quienes quería excusar le habían vendido.—No, interrumpía, no me han vendido, me han abandonado, lo cual varía mucho. Hay muchos menos traidores de los que os figurais vosotros, y en cambio hay una porción de hombres débiles, vencidos por las circuns-

lancias cien veces mas fuertes que ellos. —Napoleon comprendia sin decirlo, que estos hombres, extenuados de resultas del abuso que hizo de sus fuerzas, al fin habian acabado por sucumbir á la fatiga, y por ir á buscar bajo otros señores el premio de los muy relevantes servicios que habian prestado á Francia. —Fouché, añadia Napoleon, es el único verdadero traidor que he encontrado. Marmont mismo, el infeliz Marmont, que me ha hecho mas daño que Fouché, no era traidor tampoco. Le sedujeron la vanidad y la esperanza de hacer gran figura, y al abandonarme y privarme de los medios de gobernar á la coalicion dentro de Paris, creyó salvar á Francia de una catástrofe espantosa, pero no me vendió á semejanza de Fouché. —Pasmados de tanta indulgencia, sus oyentes preguntaban á Napoleon cómo reconociendo en 1815 que le vendia Fouché, le habia dejado obrar á sus anchas, á lo cual daba por respuesta. —No dependia la cuestion de la conducta de un hombre, aun cuando este fuese muy importante, sino de una batalla ganada ó perdida, y si hubiera dado el escándalo de someter á acusacion á Fouché antes de esta prueba decisiva, de seguro trastornara mi gobierno. Por consiguiente debí revestirme de paciencia, y esperar, y dar á entender á Mr. Fouché que no le quitaba los ojos de encima. Se ha vengado de mi despreciativa indulgencia, pero despues de Waterloo, aun sin un hombre tan peligroso como Fouché, yo estaba perdido irremisiblemente. Mas raros de lo que os figurais son los traidores, repetia Napoleon. Excepciones son los grandes vicios como las grandes virtudes; débil es la masa de los hombres, versátil por efecto de la debilidad misma, y donde

le es posible busca fortuna, y labra su bien propio sin aspirar á producir el mal ajeno, y merece mas lástima que odio. Tal como es, hay que tomarla y que servirse de ella, y procurar su elevacion si es posible. Pero estad seguros de que, abramándola de desprecio, nunca se conseguira darla realce. Al revés, se necesita persuadirla de que vale mas que su precio efectivo, para obtener de ella todo el bien que es capaz de producir, sin duda. A los cobardes se dice en el ejército que son valientes, y de esta suerte se logra que lleguen á figurar como tales. Asi hay que tratar á los hombres en todo, suponiéndoles dotados de las virtudes que se les quiere infundir en los corazones. —Este asunto conducia á Napoleon á otro, sobre el cual acreditaba la misma filosofia practica y la propia elevacion de miras, explicandose en esta forma. —No profundidad, sino debilidad, es desconfiar excesivamente de los hombres. Asi se llega á dudar de todos, á no saber de quien servirse, y á menudo se pierden muy útiles instrumentos. Añadió que, si se os descubre este flaco, cada cual trata de excitarlo en provecho suyo. Si yo hubiera dado oidos á los decires de mis servidores, en el ejército no hallara mas que traidores, ni en lo interior mas que desleales. Aquí mismo, amigos míos, donde sois tan contados, y donde debierais vivir en intima concordia, no os doy crédito cuando me venis á hablar de uno de vosotros, y hago perfectamente. (Aquí aludia Napoleon á ciertas desavenencias nacientes que empezaban á turbar su reposo). No conviene creer á los hombres por lo que dicen deos de otros. Lannes murió por mí como un héroe, y frecuentemente decia tales cosas,

que de tomarlas en serio, preciso hubiera sido perseguirte como reo de alta traicion.... Esto es lo que, al cabo de una larga experiencia, me ha inducido á considerar como inútil y peligrosa la violacion del secreto de las cartas. Lo que se halla en las correspondencias no son conspiraciones, pues nadie conspira por el correo, si no decires de la ociosidad, del rencor ó de la malevolencia. ¿Quién desearia prestar oídos á lo que de su persona dicen sus amigos mejores? Bien insensato y bien imprudente seria el que tratara de hacer semejante ensayo, aun siéndole posible, pues de seguro concebiria odio hacia sus amigos mas leales. ¡A la verdad somos tan ligeros al hablar unos de otros! Y si se llegara á tener puntual noticia de las conversaciones relativas á cada uno, á menudo se abominaria mortalmente á personas dignisimas de afecto. Lo de leer las cartas equivale á aplicar el oído á las conversaciones de todo el mundo, y de aqui resultan porcion de prevenciones y de injusticias que son un mal, no para los otros, sino para uno mismo: gobierno, se priva de instrumentos preciosos; simple individuo, se transforma en enemistades serias las amistades, ligeras en el lenguaje sin duda, bien que sinceras en el cariño. Mejor es no saber todo lo que se dice de uno, dado que por mucha que sea la fuerza con que se esté dotado, dichos hay que se perdonarian dificilmente, y el medio mas seguro de perdonarlos es no saberlos nunca. —

Cogiendo otra vez algunos horribles folletos dados á luz en Inglaterra en su contra, Napoleon recorria la serie de grandes calumnias de que alli era objeto y decia lo siguiente. — A dar crédito á

mis enemigos, yo fui el que asesiné á Kleber en Egipto, el que levanté la tapa de los sesos á Dessaix en Marengo, el que estrangulé á Pichegrú en su calabozo.... ¡Kleber, Dessaix, Pichegrú! Yo tuve en grande estimacion á Kleber á pesar de sus defectos. Mucho amor tenia á los placeres, y á veces su negligencia era de gran peligro, pero le apasionaba la gloria de las armas, y hombre de guerra de primera linea se mostraba sobre los campos de batalla. Su muerte me hizo perder á Egipto. ¡Y habia yo de ser autor de su asesinato!... Dessaix era un ángel, el hombre que mas me amó y á quien yo mas amé de igual modo. Su llegada salvó la batalla de Marengo. ¡Y le habia yo de descargar el golpe de muerte en el instante de un servicio, que me prometia otros muchos!... Pichegrú era quizá el general de la república mejor dotado bajo el aspecto de la superioridad de alcances. En Brienne fué uno de mis maestros, y tales recuerdos tenia de su persona, que nunca pude eximirme de tenerle conmiseracion profunda. Sin embargo, al frente del ejército habia cometido actos criminales, y por Moreau fué denunciado en consecuencia. ¡Ah! Harto daño se habia hecho el infeliz á si mismo, sin que tuviese yo que mezclarle en nada, y porque lo sentia de esta suerte, por sí quiso destruir su vida, despues de haber destruido su gloria. ¡Y de haber yo acabado con los tres se me acusa ahora! No constituye el rasgo esencial de la calumnia ser mala, sino ser absurda. La maldad es una pasion tan violenta, que á la estupidez va á parar muy pronto. Cuando uno es jóven y fogoso y altivo, se salta de coraje al saber lo que se propala y se rebela uno en contra. Con el

tiempo se contrae su costumbre, y no se desea mas sino que traspase todos los limites: la calumpnia, porque entonces ella misma os sirve de justificacion y de venganza. — Uno por uno se hacia cargo Napoleon de los actos mas desfigurados de su vida, particularmente del supuesto envenenamiento de los apestados de Jafa; y los reducía á su luz verdadera. Respecto de lo acontecido en Jafa decia que obligado á moverse en retirada, y no pudiendo llevar consigo, por no transmitir al ejército la epidemia, á unos veinte apestados, á quienes los árabes iban á cortar la cabeza, á Desgenettes dijo que tal vez seria mas humano administrarles opio, á lo cual éste respondió oportunamente *que su oficio era curarlos y no matarlos*. Pero añadía que casi todos eran ya muertos cuando se levantó el campo, y que cinco ó seis quedaron á lo sumo, de los cuales ninguno tomó opio, y que los indignos rumores esparcidos sobre este punto eran obra de un enfermero, expulsado del ejército á causa de sus fraudes en las medicinas.

De consiguiente Napoleon trataba con altanera tranquilidad estas atroces calumnias. Una cosa habia acerca de la cual se mostraba altanero de igual modo, aunque á la verdad menos tranquilo, y se adivina fácilmente que era la catástrofe de Vincennes. De este asunto hablaba menos, si bien hablaba al cabo, y conocíase que pugnaba contra este recuerdo. A diferencia de cuantos habian contribuido á suceso tan lamentable, no negaba nada, y lo confesaba todo. — Los principes de la casa de Borbon atentaban contra mi vida, expresaba Napoleon, y está fuera de duda, para cuantos hayan leído el proceso de Georges, que muchos de ellos

poseian el secreto de los proyectos de asesinato formados contra mi persona. Situado el duque de Enghien á una legua de la frontera, cuando menos aguardaba la renovacion de las hostilidades para volver á empuñar las armas contra Francia, y así merecia el castigo que le impuse bajo todos los titulos y á tenor de las leyes de todos los tiempos. *Mi sangre en suma no era de lodo*, y derecho me asistia para defenderla contra los empeñados en derramarla, y sobre todo cuando en mi persona defendia á Francia, su reposo, su prosperidad y su gloria. Si descargué el golpe, se me habia dado derecho, y lo haria nuevamente. —

Al expresarse con este vehementísimo tono, el mismo Napoleon revelaba la intranquilidad de su conciencia. Admitido el derecho de defenderse, (y á la verdad nunca sobre los tronos de la tierra se defendió cabeza mas noble que la soya), no debia olvidar que era necesario defenderse con arreglo á las leyes; que el duque de Enghien fué cogido en extranjero territorio; que trasladado al territorio francés á viva fuerza, se violaron de más de un modo las leyes en su persona, con las formas por la comision seguidas, y sobre todo con la ejecucion inmediata; que, aun cuando por las vias regulares se prenda á un enemigo, aun falta consultar á la política, pues á menudo aconseja la indulgencia; y en cosas de esta clase cuanto aconseja, lo exige, á causa de que no solo se necesita la excusa de la legalidad, sino que tambien hace falta la excusa de la necesidad para hacer que sea vertida la sangre humana; que, lejos de servir la muerte del duque de Enghien al gobierno consular, le produjo un incalculable perjuicio, contribuyendo á empeñarle

en vías de violencia respecto de Europa; y finalmente que en tales casos la consideracion de las personas es asimismo de suma importancia, por lo cual para el vencedor de Rivoli el descendiente del vencedor de Roroy debería haber sido sagrado.

Pasando rápidamente sobre este asunto, Napoleón se deleitaba en considerar el conjunto de su reinado, y decía que, consultando los anales del mundo y examinando la historia de los fundadores de dinastías, no se encontraba otra mas inocente que la suya. Efectivamente no se encuentra á quien haya que hacer menos cargos, bajo el aspecto de los medios empleados para sobreponerse á deados ó á competidores, y es seguro que, si se prescinde de los campos de batalla, donde fué inmensa la efusion de sangre, no hay quien haya derramado menos que Napoleón, lo cual era debido á su carácter personal, y principalmente á las costumbres de su tiempo. Comparándose á Cromwell decía á menudo. — Yo subí á un trono vacío, y sin haber hecho nada para que estuviese vacante. Solo á impulsos del entusiasmo y de la gratitud de mis contemporáneos llegó á su cima. — A todas luces era esta aseercion rigorosamente verdadera. Sin embargo, del trono adonde por la admiracion unánime fué elevado, Napoleón vino á caer con tanto estrépito como habia subido. Y ciertamente la traicion que negaba por sí mismo, no podia ser una explicacion de tal caída; menester era buscarla en sus desaciertos, y en punto á sus desaciertos se mostraba sincero á veces, aunque tambien sofístico en ocasiones, á medida que las confesiones que tenia que hacer eran mas ó menos costosas á su orgullo. Según la ley comun, donde carecia de

excusas, se esforzaba por hallarlas á fuerza de sutilezas ó inexactitudes de hecho, á las que tomaba costumbre, sin que se pudiese notar si creia ó no creia en ellas.

Al referir la caída del imperio en el año de 1814 nos quejamos compendiosamente el cuadro de los desaciertos que originaron la tal caída, los cuales se podian reducir á seis en nuestro concepto, y son los siguientes.

Primero, salir en 1803 de la política fuerte y moderada del consulado, romper la paz de Amiens, y lanzarse sobre Inglaterra, siendo de tan difícil alcance.

Segundo, no haber tornado en 1807 á la política moderada, despues de someter en las tres batallas de Austerlitz, de Jena y de Friedland al continente, y aprovechar esta coyuntura para ensayar la monarquía universal, en vez de aspirar á reducir á Inglaterra por virtud de la union del continente en su contra.

Tercero, hacer que esta monarquía tuviera en Tilsit por fundamento la complicidad de Rusia, complicidad interesada, pero que no podia tener el carácter de duradera á no ser pagada con el abandono de Constantinopla.

Cuarto, meterse en España, abismo sin fondo, en donde se habian ido á sepultar todas las fuerzas francesas.

Quinto, no tratar de dar remate á esta guerra á costa de perseverancia, y buscar en Rusia la solucion que solo se hallaba en la península española, lo cual produjo la catástrofe inaudita de Moscon.

Sexto, por fin, y el mas funesto de todos, des-

pues de renovar para la bandera francesa en Lutzen y Bautzen la victoria, desechar la paz de Praga, que dejara una extensión de territorio muy superior á la que la política permitía esperar y desear á los franceses.

Ocioso es decir que, en el hondo hastío de su cautiverio, al reproducir Napoleón sus recuerdos á medida que por los diversos giros de la conversacion eran despertados, no discutía metódicamente los actos principales de su reinado, cual hemos aspirado á hacerlo nosotros. De asunto saltaba en asunto, y pugnando por buscar excusas con tanto mayor empeño cuanto que era menos excusable á todas luces.

Respecto de sus arranques contra Inglaterra y de la ruptura de la paz de Amiens decia que la famosa escena con lord Whitworth se habia exagerado mucho, y que la negativa del ministerio británico á evacuar á Malta era intolérable, olvidando que con el conjunto de sus actos habia creado una situación amenazadora, de la cual se aprovecharon los ingleses para no evacuar dicha isla. También aseveraba que habia sido formal el proyecto de desembarco, y que sus combinaciones navales eran de tal especie, que á no ser por culpa de un almirante, sin duda triunfara de Inglaterra. Con efecto, es indisputable que nunca se idearon mas profundas y vastas combinaciones, y que si el almirante Villeneuve apareciera en el canal de la Mancha, al punto lo atravesarían ciento cincuenta mil franceses. ¿Qué hubiera acontecido, cuando tras de ganar una batalla semejante á la de Austerlitz en Inglaterra, se hallara Napoleón señor de Lóndres, como lo fué de Viena y de Berlín mas

tarde? ¿Se hubiera doblado la orgullosa aristocracia inglesa bajo este golpe terrible, ó hubiera aspirado á prolongar la lucha contra su vencedor cautivo hasta cierto punto en su propia conquista? De esto no se sabe nada. ¡Pero terrible modo de jugar su grandeza propia y la de Francia era sin duda la de aventurarla en tales contingencias!

En cuanto á la monarquía universal que habia tratado de erigir, cuando, en la imposibilidad de avasallar á Inglaterra, se arrojó sobre el continente, Napoleón no alegaba una sola razon valedera. A su decir, esta monarquía universal no la queria mas que temporalmente, y era una dictadura ejercida fuera, como la dictadura que para ejercerla dentro le habia conferido Francia, y la cual habiera dimitido con el tiempo. Ante todo, si en el año de 1800 demandaba Francia un brazo poderoso que la salvase de la anarquía, Europa no apetecia nada semejante. Cabalmente lo que deseaba no era sino verse á cubierto de la ambicion del nuevo jefe, que á la sazón regia á Francia, y dársele por dictador equivalía simplemente á ponerla bajo el yugo de quien la infundia mayor miedo, ó á darla por remedio de su mal no otra cosa que el mal mismo. No habia, pues, verdad alguna en aspirar á deducir de la dictadura ejercida dentro la dictadura para ejercida fuera. En todo caso conviniere hacerla corta para que fuese tolerable, y además conviniera con los actos acreditar á los pueblos que se ejercia en interés suyo, y prodigarles beneficios, en vez de abrumarles de males hasta el extremo de impeler á todos á que en el año de 1813 se sublevasen para destruir esta dictadura europea en gigantesca lucha.

Acerca de este delirio de monarquía universal, también decía Napoleón que siempre se le había atacado, y que obligado á defenderse de continuo, se había llegado á ver señor de Europa casi á pesar suyo; falsa asercion repetida á menudo por los aduladores de su memoria y de su sistema. Verdad es que, bajo la opresion sufrida, las potencias europeas no aguardaban más que la ocasion de rebelarse y sacudir el yugo; pero esta propension á la rebelion no era sino resultado de la opresion misma, y despues de Tilsit hallábanse tan agobiadas, que Austria no hubiera intentado el famoso armamento de 1809 á no ser por la guerra de España, y que si despues de alcanzar en Wagram un insigne triunfo, no emprendiera la guerra de Rusia, nadie osara levantar la mano en su contra.

Mas sincero se manifestaba relativamente al tercer desacierto, el de la guerra de España. De la guerra de España decía que había comprometido la moralidad de su gobierno, y gastado y dividido sus fuerzas. — Nadie mas que Napoleón se podía expresar tan bien y tan por completo. Si, el suceso de Bayona pareció una negra perfidia, y la guerra de España atrajo al Mediodía los ejércitos de que necesitara en el Norte, y tras de dividir sus fuerzas, las gastó con el encarnizamiento de la lucha. ¿Pero como hablaba tan sinceramente respecto de este punto, y no respecto de los demás ni por asomo? Quizá provenia de la evidencia del desacierto, ó quizá también de la indole de las excusas que se le venian á la boca. — A su decir, habiendo fundado la *cuarta dinastía* en Francia, no podía consentir en España á los Borbones, á quienes su situacion destinaba casi inevitablemente á figurar

como cómplices de Inglaterra. — Seguramente esta razon era de algun peso; mas si en lugar de apresurar la solucion por medio de un atentado, Napoleón la esperara de la incapacidad de los Borbones y de la prodigiosa popularidad de que gozaba en España, probablemente por los mismos españoles fuera llamado á poner los dos tronos bajo una sola influencia. De consiguiente de impaciencia provino esta falta, género de desacierto que su carácter le impulsaba á cometer á menudo, y esta excusa de la guerra de España, que se figuraba hártó valledera para atreverse á confesar su error de plano, realmente no tenía mas solidez que la mayor parte de las que alegaba para paliar los yerros de su política en cierto modo.

Sobre la falta de no haber aspirado á triunfar de los españoles á fuerza de perseverancia, y de haber ido á buscar á Rusia una solucion que no encontraba ni en España, también se mostraba sincero, y una declaracion singular hacia con este motivo. — En realidad, decía, Alejandro no deseaba la guerra, yo no la deseaba tampoco, y ya junto al Niemen éramos como dos malones que tuvieran á fortuna que alguien llegara y se metiera de por medio para separarlos. Pero en aquella época me faltó un gran ministro de Negocios Extranjeros. Si por ejemplo yo tuviera á Mr. de Talleyrand á mi lado, no se efectuara la guerra de Rusia. — Verdad hablaba Napoleón al expresarse de este modo, pero hacia una confesion de bulto, y que deben meditar á fondo los ministros al servicio de un soberano, á quien ven lanzado á una pendiente peligrosa, sin valor para detenerle en ella.

Respecto de la misma campaña, al incendio de



Moscú, atribuía su funesto desenlace.—Viveres había en Moscú, decía, para mantener á todo un ejército mas de seis meses. De haber invernado allí, fuera yo á semejanza de la nave cogida entre los hielos, y que á la vuelta del sol recupera la libertad de sus movimientos. Entero me encontrara á la entrada de la primavera, y si los rusos recibían refuerzos, también yo los recibiera de igual modo; y así como en 1807, después de pasar por la jornada de Eylau en febrero, también encontré la de Friedland en junio, ahora al retorno de la buena estación hubiera podido alcanzar alguna ventaja brillante, y terminar la campaña de 1812 al modo que la de 1807 con fortuna.—Estas razones tenían algun valor de positivo; aun cuando cabe responder que, si la infantería del ejército hubiera podido vivir en Moscú durante el invierno, así la caballería como la artillería carecían de forrajes; y que si en 1807 pudieron llegar los refuerzos hasta Osterode, no era tan fácil que en 1812 llegasen hasta Moscú; y finalmente, que el ejército no tenía ahora las mismas sólidas cualidades que antes.

En cuanto á la última de las graves faltas de su reinado, la de desochar la paz de Praga, Napoleón no decía nada plausible, ni aun siquiera especioso. Únicamente repelia la razon trivial de que Austria no estaba de buena fé por entonces, y que aparentando voluntad de tratar en Praga, se habia secretamente comprometida con las potencias coaligadas; aseveracion falsa, y que los documentos más auténticos refutan completamente. Si con efecto, Austria no estaba de buena fé en Praga, un medio habia de confundirla de plano, y

consistía en admitir sus condiciones, consistentes en dejar á los franceses la Westfalia, la Holanda, el Piemonte, y Florencia, y Roma, y Nápoles, es decir, dos veces mas de lo que podían concebir sus deseos, y en privarles solo de Lubeck y Hamburgo, de cuyas ciudades no tenían que hacer nada, de la Sicilia, que no habían poseído nunca, y de España, que habían perdido irremisiblemente. Si aceptadas estas condiciones, Austria faltara á su palabra, conviata quedara de mentira, y Napoleón tuviera la opinion general de su parte. Pero de hecho es constante que aceptara con alborozo la adhesion de los franceses, pues no emprendía la guerra sido temblando, y formalmente refuso contraer empeños con los aliados antes de la espiracion del plazo fatal señalado á la mediacion suya. Napoleón no gustaba de hablar á la larga sobre este asunto, doloroso para su amor propio, como que en tal coyuntura se habia engañado enormemente, por creer que tal miedo imponía á Austria que nunca osaria decidirse en su contra. Seguramente la imponía miedo, y mucho, aunque no hasta el punto de paralizar su juicio, y de impedirle abrazar un partido dictado por sus mas evidentes intereses. Para impugnar este cargo decía que le habia perdido su matrimonio, inspirándole una confianza funesta respecto de Austria; excusa poco digna, y además falsa, pues Mr. de Metternich tuvo buen cuidado de manifestarle de continuo que el matrimonio tenía cierto peso en los consejos de la corte de Viena, pero no un peso ilimitado, y así no impediría la declaracion de guerra, en el caso de que no aceptase las condiciones propuestas en Praga, las cuales no tenían mas que un inconve-

niente en suma, el de ser demasiado lisonjeras para los franceses.

Así discurría Napoleón sobre los sucesos de su reinado, según se ve con sinceridad cuando su amor propio hallaba excusas especiosas, con sofistería cuando no encontraba ninguna, conociendo sus desabiertos, aunque sin confesarlos de plano, y contando con la inmensidad de su gloria para sostenerla ante las edades futuras, como ante sus contemporáneos la había sostenido.

De mejor voluntad y con mayor confianza se expresaba en punto al gobierno interior del imperio. Aquí se presentaba como un gran organizador y muy fundadamente, pues recibiendo en 1800 la sociedad antigua hecha pedazos por el martillo de la revolución, con sus restos había reconstituido la sociedad moderna. No le costaba trabajo demostrar porque había aspirado á fundir juntas las diversas clases de Francia, violentamente divididas, á llamar á la antigua nobleza, á elevar la clase media á su altura, dándole títulos merecidos por sus servicios relevantes, y á ofrecer así á Europa una sociedad poderosa, rejuvenecida y digna de entrar en relaciones con ella. Solo que, al tratar de hacer á Francia presentable á Europa, con el fin de restablecer relaciones pacíficas entre ellas, no debiera obligar á esta infeliz Europa á vivir en continuos sobresaltos. Por lo demás Napoleón hablaba como legislador, como filósofo, como político, sobre todos estos puntos, y cuando algunos de sus compañeros de destierro le repetían que había errado en rodearse de los antiguos nobles, que le habían vendido, enérgicamente rechazaba este cargo, miserable en su juicio, dirigiéndoles esta

respuesta perentoria. — Los dos hombres que mas han contribuido á perderme son, Marmont, en 1814 quitándome las fuerzas con que iba á destruir á la coalición dentro de París, y Fouché, en 1815, sulevando en mi contra á la Cámara de representantes. Los verdaderos traidores, si hay traidores que me hayan perdido, son estos dos hombres. ¿Y eran antiguos nobles por ventura?...

En seguida refería Napoleón muy complacido cuanto había hecho para dotar á Francia con una administración activa, poderosa, íntegra y clara en sus cuentas. A la memoria traía sus caminos, sus canales, sus puertos, sus monumentos, sus trabajos para la elaboración del Código civil, del cual atribuía á Tronchet una gran parte, su larga presidencia del Consejo de Estado, donde decia que reinaba una gran libertad de discusión y se le contradecía obstinadamente á menudo, porque, según añadía de igual manera, si los hombres son cortesanos, asimismo tienen su amor propio, y consejeros de Estado he visto y hasta magistrados de menos elevada esfera, sostener una vez empeñados su opinión con tenacidad en mi contra; tan cierto es que basta congregar á los hombres con intención formal de profundizar los negocios, para que nazca una libertad relativa, y aun fecunda á veces, á lo menos en materias administrativas.

Napoleón confesaba no haber sido un monarca liberal, si bien sostenía haber sido un monarca civilizador, y añadía que, encargado de la dictadura, su papel no podía ser dar la libertad, sino prepararla. En cuanto al ensayo de esta libertad en el año de 1815 no lo desaprobaba de ningún modo, pero hablaba poco de tal asunto, como si

se hallara confuso ante una prueba, que tan mal le había salido personalmente. Con este motivo se expresaba acerca de las asambleas como hombre que las conocía de lleno, aun habiéndolas practicado poco, y á la novedad de este ensayo de libertad mas bien que á su vicio fundamental achacaba sus trabacuentas en la Cámara de representantes, y decía lo siguiente. — A semejanza de los ejércitos necesitan gefes por guía las asambleas, con la diferencia de que los ejércitos reciben los gefes que les son dados, á la par que las asambleas se los dan á sí propias. Y en 1815 como congregada al estam-pido del cañon la Asamblea de representantes no tuvo tiempo de buscar, ni de hallar sus gefes. —

Respecto de todo manifestaba Napoleon que sólo había podido tener proyectos; que á nada había tenido espacio de dar remate; que su reinado no era mas que una serie de bosquejos, y poniéndose como á soñar gozaba con representarse todo lo que llevara á cabo, si de Europa obtuviera una paz franca y durable (paz que había desechado por desgracia cuando la hubiera podido obtener ventajosa, como en 1813 por ejemplo, y que en 1815 había deseado solo, cuando ya se había hecho imposible). — A mis subditos, decía, yo hubiera otorgado parte muy amplia en el gobierno. Junto á mí les llamara al seno de asambleas verdaderamente libres, á las cuales hubiera escuchado, y allí me dejara contradecir, y no limitándome á reunirlos en torno de mi persona, yo hubiera ido á ellos. Con mis propios caballos hubiese viajado por Francia, acompañado de la emperatriz y de mi hijo. Todo lo viera por mis propios ojos, á todo diera oídos, y satisficiera los agravios, y obser-

vara de cerca los hombres y las cosas, y esparciera los beneficios de la paz con mis manos, tras de haber esparcido con estas mismas manos los males de la guerra en tanta copia. Así envejeciera como príncipe paternal y apacible, y despues de haber por tan largo tiempo aplaudido á Napoleon belicoso, los pueblos bendijeran á Napoleon pacífico y viajando á semejanza de los antiguos merovingios en un carro tirado por bueyes. —

Tales eran los ensueños del grande hombre, y los referimos por contener una leccion de bulto, la de no dejar que pase el tiempo de hacer el bien, porque, una vez pasado, ya no vuelve nunca. Así transcurrían las veladas del cautiverio, y cuando, con discurrir de esta suerte, echaba de ver Napoleon que había llegado á una hora mas avanzada que de costumbre, exclamaba con goce. — ¡Media noche! ¡Media noche! ¡Qué conquista sobre el tiempo!... ¡El tiempo, del cual nunca tuvo en otros dias bastante, y ahora siempre lo tenia de sobra!

Así como una mitad del año de 1816 pasó en tacañerías de resultados de los procederes de sir Hudson Lowe, la otra mitad fué mucho mejor empleada y consagrada á trabajos históricos asiduos. Con Mr. de las Cases ocupábase Napoleon por entonces mas tiempo, como que se sentía lleno de ardimiento por la relacion de las campañas de Italia, que le traían á la memoria sus primeros triunfos, y le llegaban así más al alma. Aun cuando se ocupase á la par con el gran mariscal Bertrand de la campaña de Egipto, y con el general Gourgaud de la campaña de 1815, á la sazón su objeto preferente lo constituía la Italia. A la mano hubiera querido tener un *Monitor* para las fechas y algu-

nos pormenores materiales, y á falta del *Monitor* se servía del *Annual Register*. Por lo demás rara vez le era infiel su memoria, y casi nunca tenía que rectificar sus recuerdos. Obligado Mr. de las Cases, á escribir de modo de seguirle la palabra se tenía que valer de abreviaturas; luego necesitaba transcribir de nuevo lo que le había dictado, á lo cual dedicaba una parte de las noches. A otro día presentaba esta copia, que Napoleon corregía de su puño. Habiendo debilitado extraordinariamente un trabajo de tal especie la vista de Mr. de las Cases, su hijo le relevaba á menudo, y le ayudaba en sus afanes por coger al vuelo el pensamiento impetuoso del historiador prepotente. A este trabajo había Napoleon añadido otro. Conociendo el inconveniente de no saber inglés, había resuelto aprenderlo, y tomó por maestro á Mr. de las Cases. Pero este genio poderoso, que poseía la memoria de las cosas en grado sumo, no poseía la de las palabras, y con dificultad aprendía las lenguas. Se aplicaba sin embargo, y ya empezaba á leer inglés, sin poderlo hablar á pesar de todo. Estas diversas ocupaciones exigían que Mr. de las Cases estuviera con Napoleon á solas muy á menudo, y provocaban celos en esta colonia tan escasa, donde al parecer se debía estrechar mas el vínculo de los corazones. Respecto de Napoleon había acreditado el general Gourgand una adhesión á toda prueba, si bien echaba á perder sus buenas cualidades con un excesivo orgullo, y con una propensión á la envidia, que jamás estaba en reposo. No habiéndose separado de Napoleon durante las últimas campañas, se consideraba con derecho á ser cooperador exclusivo de las relacio-

nes de la guerra, y muy á despecho sufría que á la sazón fuese Mr. de las Cases el confidente habitual de su soberano. Mas á cada cual le debía llegar su turno, y con el fin del imperio, que el general Gourgand conocía muy á fondo, le tocaría el privilegio de las largas entrevistas á solas. Pero tan fogoso como valiente, no se sabía ir á la mano, y en círculo tan reducido, donde por necesidad habían de ser tan sensibles los choques, se mostraba quimerista, y molesto á menudo. Napoleon se atribuía más con el espectáculo de tales discordias; y aspiraba á atajar riñas, que penetraba de sobra, por más que se le quisieran ocultar con empeño, y reprimía con autoridad los impetus del general Gourgand, y se aplicaba á curar las heridas causadas á la sensibilidad de Mr. de las Cases, carácter algo melancólico y reconcentrado.— ¿Qué, les decía á todos, no tenemos bastante con vuestras penas? ¿Acaso nos las habremos de aumentar con vuestras propias extravagancias? Si no os mueve la consideración que os debéis unos á otros, que os mueva la que debéis á mi persona. ¿No conocéis que me hacéis profundamente desdichado con vuestras disensiones?... Tened presente, á fe mía, que cuando volvais á Europa, lo cual no puede menos de efectuarse pronto, porque no me quedan muchos años de vida, vuestra gloria se cifrará en haberme acompañado sobre esta roca. Entonces no ireis por cierto á confesar que viviais como enemigos unos respecto de otros; os direis hermanos en *Santa Elena*, y así blasonareis de unidos. ¿Y si lo habeis de hacer, algún día, á qué no empezar desde ahora para vuestra dignidad propia, y para mi reposo y mi consuelo?... —

Sin embargo de ser objeto de muy suspicaz vigilancia, á veces estos pobres desterrados iban á la ciudad bajo diversos pretextos, bien que realmente para adquirir noticias. Allí iban á caballo, acompañados de un vigilante, al cual daban á guardar sus cabalgaduras, y que así les dejaba algo de libertad de que hacian uso para facilitarse comunicaciones con Europa. A menudo el dueño del pabellon de Briars, proveedor de Longwood al presente, se hacia intermediario de sus correspondencias, inocentísimas del todo, pues tenian por único objeto mantener relaciones con sus familias, y las mas culpables llegaban á lo sumo hasta denunciar las crueldades del gobernador británico á la opinion pública europea. No obstante, conviniera atenerse á estas discretas comunicaciones y no alarmar demasiado el espíritu suspicaz de sir Hudson Lowe. Pero Mr. de las Cases ideó valerse de un criado, que volvía á Europa, á fin de confiarle una larga relacion de lo que padecian en Santa Elena, escrita sobre una tela de seda, para que se pudiera ocultar mas fácilmente. Ora por infidelidad del criado, ora por el rigor ejercido en el registro, ello es que el depósito fué descubierto; y en virtud de los reglamentos establecidos, condenado fué Mr. de las Cases, que habia desagrado á sir Hudson Lowe muy particularmente, á salir de la isla de Santa Elena. Una tropa de gente armada se apoderó de su persona y de la de su hijo, y á James Town condujo á ambos. Sir Hudson Lowe declaró á Mr. de las Cases que, habiendo infringido los reglamentos prohibitivos de comunicaciones clandestinas, al Cabo seria trasladado, y del Cabo á Europa. Necesario fué someterse á este

señor absoluto, con quien no habia que entrar en contestaciones. Registrados fueron los papeles de Mr. de las Cases, y allí se encontraron el diario de las entrevistas que con Napoleon habia tenido, y el manuscrito de las campañas de Italia. Provisionalmente fueron retenidos el uno y el otro.

Napoleon mostró vehementísimo enojo por la violacion de su domicilio, y por la privacion de un hombre tan respetable y que le era tan necesario. Al punto reclamó el manuscrito de las campañas de Italia, que le fué devuelto, y clamó amargamente contra la captura de Mr. de las Cases por un acto tan natural y tan inocente como el de una queja arrancada por los padecimientos, y demostrativa de que no se pensaba en huir de ningun modo, pues relativo á evasion no habia nada en los documentos interceptados. No habiendo ningun buque próximo á hacerse á la vela, Mr. de las Cases fué retenido en la isla, y por decirlo así incomunicado, pues con Longwood no podia tener relaciones. Sir Hudson Lowe tuvo tiempo de reflexionar de este modo, y temió que la ida de Mr. de las Cases á Europa fuese mas fatal para si y para los ministros ingleses que su presencia en Santa Elena, pues ya libre podria hacer oír la voz de la desgracia, voz que hasta en el parlamento británico seria muy escuchada. De consiguiente ofreció á Mr. de las Cases la vuelta á Longwood á condicion de que se abstuviera de correspondencias en lo sucesivo, y se aprovechara de la leccion que acababa de recibir con un mes de arresto. Pero por su parte Mr. de las Cases habia hecho las mismas reflexiones, y calculado que á Napoleon seria mas útil en Europa que en Santa Elena, de-

nunciando los tratamientos que sufrían los desterrados. También le tenía con mucha zozobra el estado de la salud de su hijo, resentida á consecuencia del clima de los trópicos, y así no aceptó la merced que le ofrecía sir Hudson Lowe. No se le permitió ver á Napoleon como no fuera delante de testigos, á lo cual se negó rotundamente, si bien haciéndole llegar los motivos de su resolución así como algunos objetos, de que era depositario, y embarcado fué el año de 1816 á últimos de diciembre, tras de pasar al lado de Napoleon diez y ocho meses, doce de ellos en Santa Elena.

Napoleon manifestóse muy alligido de la partida de Mr. de las Cases. Entre sus compañeros de destierro figuraba como el de instrucción mas variada, y como el que por su conocimiento del inglés le prestaba mayores servicios, además de ser de carácter muy dulce aunque algun tanto puntilloso. Sin desconocer que en su negativa de volver á Longwood habia entrado por mucho el deseo de denunciar á Europa los padecimientos de los cautivos de Santa Elena, tampoco á Napoleon se le ocultaba que habian influido en determinacion semejante su salud y particularmente la de su hijo, y veía á las claras que, ya la suspicacia, ya el clima, ya los deberes de familia, disminuirían sucesivamente la pequeña sociedad que le habia seguido, y cuya presencia poblaba con algunos rostros de amigos su soledad horrorosa. Marchand, su ayuda de cámara, veloz de pluma, lector excelente, discreto, juicioso, adicto á su amo con simplicidad tierna, y de día en día, no ya criado sino amigo, en proporción se hallaba más que otro alguno de recoger estas palabras, que se escapaban

de un alma dolorida, y que parecían dirigidas á Dios tan sólo.—Si continúa esto, decia Napoleon entre suspiros, aqui no quedaremos sino Marchand y yo dentro de poco.—Luego dirigiéndose á Marchand añadía estas frases.—Tú me harás la lectura, tú escribirás bajo mi dictado, tú me cerrarás los ojos, y tú irás á vivir á Europa en el seno del bienestar que yo te haya asegurado.—

Para la colonia desterrada fué ocasion el día 4.º de enero de 1817 de una pequeña fiesta de familia. De aprovechar los aniversarios cuidaban los amigos de Napoleon para acudir juntos á rendirle sus homenajes, como tiempos atrás en el palacio de las Tullerías, y á demostrarle que proscrito y cargado de cadenas y todo, siempre figuraba como el emperador Napoleon para ellos. No eran las fiestas del orgullo, como en las Tullerías, sino las del corazon, del corazon contrito y humillado, y tanto mas expansivo, cuanto que era más sin ventura. Mad. Bertrand y Mad. de Montholon, acompañadas de sus esposos y llevando á sus hijos de la mano, y el general Gourgaud, y detras de ellos Marchand con los criados que habian seguido á su señor á Santa Elena, se presentaron el día 4.º del año á expresar sus votos. ¡Ay y qué votos! que su vida sobre aquella roca no fuese demasiado amarga; que su salud no declinase demasiado pronto; que ciertos padecimientos físicos de que se empezaba á sentir atacado no fuesen demasiado agudos, pues lo de tomarle á ver en Francia establecido sobre el trono, ó libre en América á lo menos, nadie se atrevía á pensarlo ni por asomo, y menos aun á hablarle de ello. Napoleon se hallaba más triste que de costumbre, á causa de los re-

cuerdos que despertaba este día en su mente, y también á causa de la partida de Mr. de las Cases y de su hijo. A sus compañeros recibió con muestras de enternecimiento, que no le eran habituales, y les dio gracias por su adhesión de la manera más expresiva. Siempre había experimentado sumo placer en hacer regalos, y con algunos restos salvados por Marchand de su antigua opulencia, compuso un pequeño tesoro para acreditar de vez en cuando su gratitud á los que estaban á su servicio. De allí sacó para los niños, á quienes amaba mucho, y para sus padres, algunos objetos que debían guardar como preciosos recuerdos de familia. Después de estas expansiones, haciendo un día hermoso, en unión de sus compañeros de destierro almorzó debajo de la tienda que el almirante Malcolm había hecho levantar junto á su morada, y que le proporcionaba la única sombra de que podía gozar en Longwood. Allí se pasó la mayor parte del día, y poco á poco disiparon al parecer la sombría tristeza que cubría la frente de Napoleón al principio, tanto la hermosura del cielo como las demostraciones de sus amigos y una conversacion cordial y dulce. Se habló de Francia, de lo pasado otras veces tan deslumbrante, nada se dijo de lo presente, y sin embargo por vez primera se aludió con algunas palabras á lo porvenir que no se aspiraba á penetrar comunmente, á causa de que por mucho que se clavasen allí las miradas, no se descubría más que la prision en el fondo. No obstante comenzaba á despuntar cierta especie de esperanza, y tal esperanza nacía de la posibilidad de un cambio ministerial en Inglaterra. Por la lectura de los periódicos era fácil de concebir que, después de

los transportes de júbilo del año de 1815, se operaba una reaccion en los ánimos; que á sus ideas de libertad volvían los pueblos, y que al volver á ideas tales, su violencia perdían los odios contra Francia. A la sazón el ministerio de lord Castlereagh era vivamente atacado. Cuenta había pedido la oposicion á lord Bathurst de sus crueldades respecto del prisionero de Santa Elena, y así no había ninguna inverosimilitud en suponer un próximo cambio de gabinete. A la verdad no se llegaba hasta imaginar que Napoleon pudiese deber un papel cualquiera á otro nuevo ministerio, si bien podría acontecer que aligerara las cadenas del cautivo, y le trasladara á otra isla, y aun le abriera la libre América por ventura. Ciertamente era poco probable, pero á falta de esperanzas fundadas, el alma humana se nutre de quimeras. ¡Tan imposible le es no esperar cosa alguna! Todos sonaron este día y separáronse consolados.

Mas triste fué el año de 1817 que el de 1816 todavía, y todo auguraba que lo mismo aconteceria en los sucesivos, porque en aumento debía ir la tristeza en este cautiverio sin fin presumible, y sin otra perspectiva que la de la muerte. Por completo habían cesado los paseos á caballo, que para la salud de Napoleon eran indispensables de todo punto, á causa de llegarle á parecer tan estrecho como el patio de una cárcel el círculo de tres ó cuatro leguas, á que se tenía que circunscribir necesariamente, si deseaba estar solo. Habiéndolo querido traspasar en varias ocasiones y recorriendo las partes desconocidas de la isla, á veces se había ocultado á los ojos del oficial encargado de ir en su seguimiento, y manifestando éste que en obser-

vancia de sus órdenes se veía en la necesidad de ir mas cerca de su persona, del todo renunció Napoleón á montar á caballo. Hasta dos meses se mantuvo sin salir mas que á dar á pie un corto paseo. Antes recibía á algunos ingleses ú holandeses de vuelta de las Indias á Europa, los cuales solicitaban del gran mariscal Bertránd el honor de serle presentados. Sir Hudson Lowe aspiró á cambiar método semejante, y al ver Napoleón que de Longwood se quería hacer una especie de postigo que no se abriera sino por mano de su carcelero, ya no recibía á nadie. Esta reclusion absoluta puso término á todas sus distracciones, particularmente desde la partida de Mr. de las Cases, y así cayó en cierta especie de inercia moral, que unida á la inercia física, debía producir sobre su persona los mas rápidos y funestos efectos.

Por esta época llegaron á Santa Elena tres comisionados de las potencias aliadas, con encargo de velar por la guarda del prisionero, de acuerdo con sir Hudson Lowe. Efectivamente, las potencias habían concluido un tratado, por el cual aprobaban todo lo que anteriormente había ejecutado Inglaterra, y la delegaban el cuidado de retener á Napoleón en lo sucesivo, á condicion no obstante de que en Santa Elena pudiesen residir comisionados, y asegurarse de la continua presencia del prisionero, y vigilar tanto sobre su custodia como sobre el modo con que era tratado. Fiando Prusia á Inglaterra el cuidado de guardar á su antiguo enemigo, y no interesándose lo bastante por su persona para indagar su tratamiento, no envió á nadie. Rusia, Austria y Francia despacharon cada cual su comisionado. Confinados los tres á una isla casi

deshabitada, no tenían mas que una compensacion en perspectiva, la de ver y de hablar á veces al prisionero ilustre. Mr. de Montchenu, enviado francés y viejo realista, muy furibundo aunque no malo, sin cesar repetía que las gentes de talento eran las que habiau hecho la abominable revolucion francesa, y que Napoleón, su gefe, de más talento y de mayor perversidad que todos juntos, era un demonio á quien habia que encerrar dentro de una jaula de hierro. No tenia el mas leve deseo de frecuentar su trato, pero si anhelaba adquirir lo mas á menudo posible la certidumbre material de su presencia en Santa Elena. Mr. de Stormer, enviado austriaco, al servicio del príncipe de Metternich, el mas curioso entre los hombres de Estado, hubiera querido tener la posibilidad de divertir con picantes pormenores á su gefe. Mr. de Balmain, comisario ruso y encargado por Alejandro de velar á fin de que se guardara á Napoleón con seguridad plena, aunque no demasiado cruelmente, asimismo tenia de verle algun deseo, no tanto como sus colegas, y se mofaba muy á su sabor del sobresalto del francés y de la curiosidad del austriaco.

Singularmente fallida resultó la expectacion de los tres comisionados á su llegada á Santa Elena, pues habiéndolos anunciado sir Hudson Lowe en Longwood como acreditados por virtud del tratado de 2 de agosto de 1815, Napoleón se negó á recibirlos con este carácter de una manera rotunda. De invencible tenacidad, así en la adversa como en la próspera suerte, no quería salir del principio que habia sentado, y á tenor del cual sustentaba que, habiéndose entregado á Inglaterra de voluntad



propia, no habia ningun derecho para constituirle prisionero. Por este motivo declaró que, dispuesto á recibir á aquellos señores con gusto, si se presentaban como simples particulares, no los recibiría de ningun modo introducidos á su presencia en virtud del tratado de 2 de agosto. Muy de sentir sin duda era esta fidelidad á su tema, pues además de las distracciones que le proporcionara la sociedad de estos comisionados, por su conducto pudiera hacer llegar á las cortes de Viena y de San Petersburgo ciertos pormenores relativos á su cautiverio que excitaran verosimilmente el pudor del emperador Francisco y el excelente corazón del emperador Alejandro. Sir Hudson Lowe juzgábase de este modo, y así aprovechóse diligentemente de la dificultad suscitada por Napoleón para declarar que los tres comisionados no entrarían en Longwood sino por virtud del dicho tratado. No era este el modo de pensar de los comisionados de las potencias, que desearan ser recibidos por Napoleón bajo cualquier concepto, así para asegurarse de su presencia como para gozar de una sociedad que hubiese envidiado todo el mundo. Para sir Hudson Lowe, temeroso de la ingerencia de estos comisionados en las cuestiones relativas á la guarda de los prisioneros, no se quiso prestar á ningun acomodo, y sin ser admitidos en Longwood continuaron en Santa Elena. De vez en cuando montaban á caballo, y daban vueltas alrededor de los edificios, que á Napoleón servían de vivienda, y se situaban en las avenidas por si le encontraban acaso, y reducidos se hallaban á verle desde muy lejos, no á adquirir de los yentes y videntes algunos pormenores. De los propios compañeros

de Napoleón se los proporcionaban asimismo. Al gran mariscal Bertrand conoció el uno, á los generales Gourgaud y Montholon el otro. O los recibían en su morada, ó iban á visitar á Mad. Bertrand á Hutt's Gate. Así se cercioraban de la presencia en Longwood del prisionero ilustre, y á veces se les escapaban noticias, muy insignificantes á sus ojos, á la par que de valor inmenso para pobres cautivos relegados en una isla desierta á dos mil leguas de su patria. Mr. de Montholon, el más sagaz de los habitantes de Longwood, se daba maña para hacer hablar á los comisionados y para arrancarles á veces algunos pormenores interesantes. Deseoso de halagar á su soberano sin ventura, y de despertar la esperanza extinguida en su mente, se aplicaba á persuadirle, ora de que el comisionado ruso iba á denunciar los tratamientos que se le hacían sufrir al emperador Alejandro, ora de que contra el gabinete de Castlereagh se pronunciaba el movimiento de los espíritus en Inglaterra, y de que con nuevos ministros obtendría á lo menos un cambio de residencia, ya que no la facultad de vivir en América y libre del todo.

También la casualidad proporcionó á Napoleón un medio de comunicacion con Europa, de resultas de establecerse á inmediacion de su persona el doctor O'Meara. Falto Napoleón de médico al dejar á Francia uno encontró muy de su gusto á bordo del *Belofonte*. Hombre de talento y bastante sagaz era el doctor O'Meara, y menos apegado que sus compañeros de profesion á las prácticas de la medicina inglesa. Napoleón, respecto de medicina, solo tenia fé en la del ilustré Corvisart, que caracterizaba con estas palabras, *la experiencia en*

un hombre de superior entendimiento; por lo general no quería remedio alguno, y absolutamente rechazaba los de los médicos ingleses. Sin embargo daba oídos al doctor O'Meara, á quien tomó á su servicio, se burlaba de sus prescripciones; si bien hablaba con él ya en francés ya en italiano, sobre toda clase de asuntos, y á menudo le enviaba á James Town á inquirir noticias. Sir Hudson Lowe había consentido que el doctor O'Meara por su calidad de inglés se mantuviera al lado de Napoleón sin estar sujeto á las mismas molestias que los demás habitantes de Longwood, pues le juzgaba incapaz de hacer traición á su gobierno, lo cual era positivo á todas luces, y á lo sumo le creía propenso á algunas condescendencias sin peligro. Portándose con bastante habilidad en esta posición delicada, el doctor O'Meara salía de ella sin hacer traición á nadie, á Napoleón prestaba el inocentísimo servicio de facilitarle algunas noticias de Europa, á sir Hudson Lowe prestaba el servicio de testificar todos los días la presencia del prisionero ilustre, cosa que el oficial residente en Longwood no podía hacer siempre, y hasta encontraba ocasión de agrandar en Londres, con proporcionar algunos pormenores acerca de Napoleón al príncipe regente, que sin ser una infidelidad respecto del cautivo de Santa Elena, para la curiosidad del príncipe ofrecían un interés verdadero.

Desde ciertos puntos de la planicie de Longwood se descubría el mar, y así que asomaba una vela, se deseaba saber qué buque hacia allí rumbo, cual era su procedencia, qué personas y qué cosas traía á bordo. Inmediatamente se despachaba á James Town al doctor O'Meara, el cual traía pe-

riódicos á menudo, y á veces hasta cartas substraídas á la vigilancia de sir Hudson Lowe. De esta suerte Napoleón proporcionó noticias que por un instante sirvieron de alivio á su desgracia. Ya supo la absolución de Drouot y la evasión de Lavallette, sucesos que le regocijaron mucho, ya tuvo conocimiento de la famosa ordenanza de 5 de setiembre, que le confirmó en la dulce esperanza de que el partido de la violencia muy pronto quedaria vencido en toda Europa. También recibió cartas de su familia, que le conmovieron vivamente. Unas le decían que su hijo estaba muy bueno y que crecía á vista de ojo, por otras sabía que su madre, su hermana Paulina y sus hermanos deseaban ir á juntársele en Santa Elena, y le brindaban con su fortuna. Determinado estaba á rehusar tales ofrecimientos, aunque le llegaban muy al alma. Considerándose en Santa Elena como un reo de muerte, jamás se acomodara á que allí fuesen su madre y su hermana, al modo que no quisiera verlas subir en unión suya al cadalso. Tampoco se aviaiera á servirles de carga, constándole que apenas tenían con qué vivir sus deudos, salvo el cardenal de Fesch y su madre, y teniendo además 4 ó 5.000.000 de francos secretamente depositados en casa de Mr. Lafitte. A mayor abundamiento no necesitaba acudir á este último recurso, pues tras de atormentarle sobre los gastos de su casa, ya sir Hudson Lowe había dejado de insistir en esta materia. De consiguiente hizo que se dieran las gracias á sus deudos por sus ofertas, manifestando que le tocaban muy al vivo, aunque no las aceptaba de ningún modo.

A pesar de su reclusion absoluta, Napoleón

recibió á algunos ingleses al retorno á Europa de la flota de Indias. Según ya hemos dicho, este momento daba margen á una verdadera fiesta en Santa Elena, porque los buques procedentes de tan lejano destino, en James Town se proveían de viveres frescos, y allí dejaban dinero ó mercancías, por un instante animaban la profunda soledad de esta roca perdida en medio de las olas del Océano. Naturalmente la curiosidad por ver á Napoleón era extremada entre los viajeros de todas condiciones, y tanto mas viva cuanto eran de espíritu mas culto. Grandes dignatarios, magistrados, sabios, pasajeros de la flota de Indias, saltando por encima de las mezquinas prescripciones de sir Hudson Lowe, al gran mariscal se fueron en derecha, para tener el honor de ser presentados á Napoleón por tal via. Entre el número se contaron lord Amherst y muchos personajes distinguidos. Napoleón admitiólos á su presencia, y Napoleón mostrose lleno de calma, de afabilidad y de buen talante, con ellos platicó largo tiempo, ora sobre las Indias, ora sobre los asuntos ingleses, y siempre con la superioridad de talento de costumbre. Como los mas importantes le pidieran sus órdenes para Europa, les contestó simplemente.—Por mi parte no os encargo nada; decid á vuestros ministros lo que habeis aquí visto. Aquí estoy sobre una roca, que se ha hecho para mi aun mas angosta de lo que la hizo la naturaleza, sin posibilidad de pasearme á caballo, despues de estar á caballo toda mi vida. Aquí habito bajo un techo de tablas, donde alternativamente me abraso de calor ó me siento empapado de una humedad penetrante. De aquí no puedo salir sino que un implacable carcelero me

rodee de esbirros. Ni aun puedo escribir á mi familia, ni recibir noticias tuyas sin tener por confidente á este carcelero. Ya se me ha privado de dos de mis compañeros ¡y Dios sabe si se me privará de los que me quedan todavía! Si se deseaba mi muerte, mas noble fuera tratarme á la manera que al ilustre Ney, como soldado. Si no se abriga este deseo, concédanseme aire y espacio, y no se recete mi evasión de ningún modo. Yo sé que para mi ya no hay puesto en el mundo, y que no tengo otro porvenir que el de espirar entre vuestros hierros. Pero la cuestion estriba en saber si he de seguir atormentado, al permanecer en esta isla. Además yo no pido nada; los que han visto mi estado, lo pueden dar á conocer, si su corazon les mueve á ello. Por mi parte, ni aun siquiera les ruego tal cosa.—

Sobradamente justificaba la situacion de Napoleón los tristes sentimientos á que se abandonaba al hablar de sí propio. Cuantos le veían habitualmente se asombraban de la graude alteracion de sus facciones, y aun cuando todavía no se hallaba en visperas de su muerte, se podia facilmente augurar que no estaria muy lejana. La aversion que habia concebido á pasear á caballo tal como le era permitido, le indujo á abandonar por completo un ejercicio tan saludable, y á pesar de la buena estacion en Santa Elena á fines de 1817 se pasó cerca de seis meses sin poner el pie en el estribo. Pronosticándole el doctor O'Meara que semejante abstencion de los ejercicios de toda su vida le seria funesta — Tanto mejor respondia, así el fin llegara mas pronto.—Ya se empezaba á resentir de un dolor lento en el costado derecho, y Marchand

le manifestaba que tendria necesidad de un poco de ejercicio.—Si, decia Napoleon suspirando, me sentaria bien hacer á caballo una expedicion de diez ó doce leguas. ¿Pero me es posible sobre esta roca?—Siempre habia tenido mucha aficion á los baños prolongados; ahora cedió á ella mas que nunca, por experimentar algun alivio en el dolor del costado, y así permanecia algunas horas dentro de un baño caliente, y se acostaba luego, y así se debilitaba á vista de ojo. Su espíritu no perdía ni en fuerza ni en brillo, á la par que de dia en dia se mostraba mas débil de cuerpo, y decia á los que le dedicaban sus cuidados, y aparecian afligidos al notar su desmejoramiento.—*Ya veis que no es mi cuerpo el que era de hierro, sino mi alma.*—

Viendo declinar la salud de Napoleon tan de prisa, sir Hudson Lowe comenzó á sentirse inquietado por la zozobra de que se le achacara tan rápido descenso. Muchas veces se habian levantado en Inglaterra contra el trato que se daba al cautivo de Santa Elena, y no queria suministrar fundamento á tales acusaciones. No atreviéndose á alzar la prohibicion de los paseos á caballo sin vigilancia, le ocurrió que seria remedio eficaz un cambio de vivienda, tanto mas cuanto que los edificios de Longwood como construidos de tierra y madera ya amenazaban ruina. A todas las conveniencias correspondiera la cesion de Plantation House al cautivo illustre, pero persistia en conservar á su familia esta morada, y así abrazó el partido de construir de nuevo. Lord Bathurst le habia dado facultades en tal sentido, á condicion de que la adquisicion del nuevo solar no resultase demasiado cara. Ora porque la adquisicion hacía la parte de

Plantation House fuera muy costosa, ora porque la planicie de Longwood semejara siempre de más fácil vigilancia, sir Hudson Lowe determinó dejar allí la nueva mansion del prisionero, si bien eligiendo más cerca del pico de Diana un sitio, donde se hiciera sentir ménos el viento del Sudeste. A Napoleon dió parte del proyecto, y además envióle todos los planos, con el objeto de que pudiera introducir enantas alteraciones le parecieran oportunas. Napoleon respondió que seria funesta á su salud toda habitacion en aquella parte de la isla; que además se necesitarian tres ó cuatro años para dar remate á tales construcciones; que á la vuelta de tres ó cuatro años no le haria falta una casa, sino un sepulcro; que habria tenido la incomodidad de los operarios á inmediacion suya, sin que despuesse pudiera aprovechar de su trabajo; y que si se aspiraba á consultar su gusto, desde luego hacia presente que de ningun modo deseaba una casa nueva, y se acomodaba á la que tenia entonces, muy suficiente para morir en su recinto.

Sir Hudson Lowe no se desalentó con tal respuesta, y así emprendió la construccion al punto, eligiendo en la planicie de Longwood el sitio mas abrigado que fué posible, y levantando un muro de césped, con el fin de ahorrar á los desterrados la vista y el ruido de los trabajadores.

Más triste fue el 1.º de enero de 1818 que el de los años precedentes, y mucho más que el próximo pasado, aun habiéndolo entristecido la partida de Mr. de las Cases. Napoleon trabajaba ménos, y parecia desalentado en la tarea de dictar la relacion de sus campañas, fiando á la posteridad

el cuidado de su gloria.—¿A qué bueno, decía todas estas memorias para consulta, presentadas á la posteridad, que nos ha de juzgar á todos? Abogados somos que á nuestro juez causamos fastidio. La posteridad es una apreciadora de los sucesos más fina que nosotros. Sobradamente sabrá descubrir la verdad por sí misma, sin que nos tomemos tanto trabajo para que llegue á su conocimiento.—Napoleon dictaba ménos, pero se dedicaba más á la lectura. Su sensibilidad por lo bello, más exquisita de resultas de los años y las penalidades, con delicia saboreaba las obras maestras del espíritu humano. Hablando algo ménos de los sucesos de su vida, por la noche hablaba de sus lecturas, y á veces leía á sus amigos ciertos pasajes de grandes escritores de todos los tiempos con el acento de una inteligencia elevada y segura.

A menudo leía la Sagrada Escritura, cuya grandeza tocaba á su genio en lo más vivo, pero entre todos los monumentos de la antigüedad daba la preferencia á Homero. Grande y veraz le hallaba á todas luces, se mostraba encantado del contraste de los sentimientos nobles, delicados y á menudo sublimes de los personajes de la Iliada con sus costumbres sencillas hasta la rudeza, y hacia notar que poco importa el traje puesto al hombre, á tal de que este hombre sea el hombre verdadero, el de todos los tiempos y el de todos los países. Además juntamente con la grandeza le encantaba en Homero la verdad perfecta, y decía de este modo:—Homero ha visto y obrado. Al revés Virgilio es un pasante de colegio, que no ha visto, ni hecho nada.—Esta severidad respecto de Virgilio provenia de que, no sabiendo Napoleon bastante latin

para avalorar la deliciosa lengua del poeta de Aulonia, solo era sensible á la verdad y á la magestad de los cuadros, de ménos magnitud en Virgilio que en Homero.

Entre los escritores modernos á los autores dramáticos daba la preferencia. Ni los géneros inciertos, ni la mezcla de lo cómico y de lo trágico eran de su gusto. Menospreciaba lo que denominamos drama, y decía que es la tragedia de las doncellas de servicio. Encomiaba la grandeza de Corneille, la elocuencia de sentimientos de Racine, la profundidad cómica de Moliere; poco gustaba de Voltaire como autor dramático, si bien le admiraba mucho como prosista, así por la sustancia como por la forma; sensible á la gracia, aun cuando positivo siempre, con deleite sumo leía á Mad. de Sevigné, bien que diciendo que, despues de haberla leído con delicia, no le quedaba nada. Medianamente escrita le parecia la Historia en Francia, excepto las memorias, y achacaba esta inferioridad á la ignorancia de los negocios en que se habia hecho vivir á las gentes de letras. De buen grado entraba á discurrir sobre las dificultades de este arte, que habia practicado por sí mismo, y decía á propósito de la historia de Francia.—No hay medio posible, forzoso es escribirla ó en dos tomos ó en ciento.

A medida que, por destruir su salud así la inaccion como el hastío, más de cerca veia la muerte, de filosofía y de religion platicaba con mayor frecuencia, y se expresaba en esta forma:—Visible está Dios en el universo por todas partes, y muy ciegos ó muy débiles son los ojos que no le ven patentemente. Yo le veo en la natura-

za toda, y conozco que estoy bajo su mano omnipotente, y no aspiro á dudar de su existencia, porque no me inspira miedo. Yo creo que es tan misericordioso como grande, y convencido estoy de que, cuando volvamos á su vasto seno, allí encontraremos todos los presentimientos de la conciencia humana, y que allí será bueno y será malo cuanto los espíritus verdaderamente iluminados han declarado bueno y malo sobre la tierra. Completamente prescindo de los errores de los pueblos, que se pueden reconocer en el rasgo de que el error del uno jamás es el error del otro; pero en el seno de Dios aparecerá bueno ó malo cuanto han declarado por tal los espíritus eminentes de todas las naciones. Sobre este punto no abrigo la duda más leve, y á pesar de mis culpas me acerco tranquilamente á la soberana justicia. Menos seguro me considero de mis obras cuando entro en el dominio de las religiones positivas. Aquí hallo á cada paso la mano del hombre, y me ofusca y me choca á menudo. Pero no hay que ceder á tal sentimiento, en que entra por mucho el orgullo humano. Prescindiendo de las tradiciones nacionales, con que han complicado la religion todos los pueblos, lo esencial es que la noción de Dios y la noción del bien y del mal se hallen fuertemente profesadas. Yo he estado en las mezquitas, y he visto á las gentes postradas ante el poder eterno, y aun cuando á menudo chocara á mis hábitos nacionales, no experimenté el sentimiento del ridículo de ningún modo. Distrazando la calumnia mis actos ha dicho que profesé el islamismo en el Cairo, y que luego en Paris hice el papel de católico delante del papa. En todo esto no hay más de ver-

dad sino que hasta dentro de las mezquitas hallaba cosa respetable, pues, sin conmovirme al modo que en los templos católicos donde fué educada mi infancia, allí veía al hombre de hinojos, humillando ante la magestad de Dios su flaqueza. Toda religion no bárbara tiene derecho á nuestros respetos, y nosotros los cristianos gozamos la ventaja de poseer una emanada de las fuentes de la moral más pura. Si debemos respetarlas todas, mayor razon hay para que acatemos la nuestra, fuera de que cada cual debe vivir y morir en aquella en que su madre le enseñó á adorar á Dios. *La religion constituye parte del destino.* Con el suelo, y las leyes y las costumbres forma ese conjunto sagrado á que se dá el nombre de patria, y de que no se ha de desertar nunca. Cuando en la época del Concordato me hablaban algunos viejos revolucionarios de hacer protestante á la Francia, yo me sublevaba como si se me hubiera propuesto dejar mi calidad de francés por la de inglés, ó la de alemán.—

Conducido por estos asuntos sublimes á tratar de ciertas cuestiones morales, Napoleon platicaba de lo que se habia denominado *su fatalismo*.— Sobre esta materia, decia, como todas las demás la calumnia ha trazado verdaderas caricaturas de mis opiniones. Se me ha querido presentar como un musulmán estúpido, que todo lo veia escrito allá arriba, y que ni delante de un precipicio hubiera desviado la planta, ni delante de un caballo lanzado al galope, de resultas de la creencia de que nuestra vida y nuestra muerte no dependen de nosotros, sino de un destino implacable é imposible de contrariar á todas luces. Si fuera de este

modo, desde el nacimiento se debía meter el hombre en su cama, y no salir de allí nunca, esperando que hiciera Dios llegar los alimentos á su boca. Así vendría el hombre á ser estúpidamente inerte. ¡Ah, no puede pensar de tal manera el que como yo en las más prolongadas guerras ha desplegado tantos esfuerzos, no siempre con fortuna, por lograr que la inteligencia humana predomine sobre el acaso! Mi creencia, como la de todo ser razonable es, que aquí abajo el hombre está encargado de su suerte, que tiene derecho á hacerla con su industria lo mejor posible, y que de igual modo es deber suyo, y que no ha de renunciar á sus esfuerzos, sino cuando ya no puede nada. Solo entonces debe concluir de pensar y de obrar y resignarse en suma, y no hacer caso del peligro, cuando conjurarlo no está á su alcance. Por más que se haga en la guerra, donde quiera casi es igual el peligro. Hombres he visto abandonar como peligroso un puesto, y caer precisamente en el que acababan de elegir por más seguro. Por consiguiente es vano agitarse en la guerra, con la agitación se pierde la sangre fría y el denuedo, sin evitar el peligro, y evidentemente es lo mejor resignarse á los azares del propio estado, no cuidándose más de los proyectiles que cruzan por los aires que del viento que sopla en vuestros cabellos. Entonces se halla uno dueño de todo su valor y de toda su sangre fría y de todo su talento, y con la calma se recupera la perspicacia. Ese es mi fatalismo, ese es el que predicaba siempre á mis soldados, usando de las más adecuadas formas para su inteligencia, aspirando á persuadirles de que su suerte estaba decretada allá arriba, de que con la

cobardía no la podían cambiar nada, y de que por tanto lo mejor era ganar el mérito del valor; y á la doctrina agregaba el ejemplo, ostentando sobre mi frente, contemplada por todos, una imperturbabilidad, que habia acabado por ser sincera. Este era el fatalismo del soldado, pero como general practicaba otro muy distinto, pues tengo el orgullo de creer que nadie se ha servido más que yo de su entendimiento y de su voluntad en la guerra. Ya veis, añadía Napoleon, que puedo dar razón de todas mis opiniones, pues están fundadas en el conocimiento verdadero y práctico de las cosas.

Napoleon experimentó en este año de 1818 una vivísima pesadumbre. Del carácter un tanto atrabiliario del general Gourgand ya hemos hablado. Su envidia, no excitada ya por Mr. de las Cases, se exacerbaba contra el general Montholon, por ser ahora el llamado á escribir al dictado de Napoleon más á menudo. Semejante desavenencia procedía también de otras causas. Sobremanera contribuían las dos familias de Bertrand y de Montholon á dulcificar el cautiverio del prisionero augusto. Sin embargo diferían mucho de carácter y de opinion acerca de todo lo que ocupaba á la colonia desterrada. A la par que mucha discrecion y dulzura y gran conocimiento del mundo, en la familia de Montholon predominaba el convencimiento de que, lejos de irritar á sir Hudson Lowe, tomando siempre sus intenciones en mala parte, al revés convenia ablandarle, sin más que mostrarse más justos respecto de su persona, á fin de sacar el mejor partido posible para el bienestar de aquel á quien todos eran adictos. Aunque de in-

dole generosa, en la familia de Bertrand predominaba la melancolía y la propensión al enojo; aparte vivía en la mansión de Hunt's Gate, y poniendo por delante la consideración de la honra, siempre opinaba por resistir á las tiranías del carcelero de Santa Elena. De aquí resultaban entre las dos familias muy frecuentes divergencias de opinión y de conducta, y lo que no fuera más que un disentiimiento ordinario, á causa de mezclarse el general Gourgaud se convertía en un disentiimiento grave. A tal punto llegaron las cosas que Napoleón vióse obligado á mediar entre los generales Gourgaud y Montholon para evitar un escándalo, que en la tierra del destierro fuera de efecto muy deplorable. Indignado Napoleón interpuso su autoridad, y obligó á estos dos militares á desistir de su querrela. Con especialidad mostróse severo con el general Gourgaud, que tenía la principal culpa, y que de resultas manifestó deseos de abandonar á Santa Elena. Napoleón dióle su permiso. — Mejor quiero estar solo, le dijo á secas, que verme perturbado hasta en mi desgracia por tan locas pasiones. — Muy poco vió al general Gourgaud durante los últimos días que estuvo en Longwood, y sin embargo, al tiempo de su partida, no olvidando las pruebas de adhesión que había recibido de su persona, le dió muy señaladas muestras de su aprecio. De Santa Elena trajo el general Gourgaud una primera relación de su campaña de 1815, según le había sido dictada, y que de vuelta en Europa dió á luz como obra suya. Igual relación, mandada por Napoleón y autorizada con su nombre, se publicó posteriormente en la colección de sus obras. A dicha se puede tener

que se hayan conservado ambas, pues conformes están una y otra acerca de los puntos esenciales, y sin embargo algunos pormenores omitidos en la primera y consignados en la segunda, aun contribuyen á esclarecer más los sucesos de tan memorable campaña.

Por la misma época Napoleón sufrió pérdidas, que también le fueron muy sensibles. El almirante Malcolm dejó el mando de los mares del Cabo, tras de probar con su conducta que, sin faltar en lo más mínimo á la observancia de los deberes, en mucho cabía dulcificar la suerte del ilustre prisionero. Su intimidad con Napoleón había desagradado á sir Hudson Lowe, el cual temía que la manera de ser del almirante significara una condenación de la suya.

Sucesor suyo fué el almirante Plampin, personaje de frialdad suma y poco dispuesto á frecuentar á Longwood. De Napoleón recibió el almirante Malcolm la despedida de un amigo.

A esta pérdida se añadió otra que, sin llegarle á Napoleón tan al alma, realmente introdujo una penosa variación en sus costumbres. Se había ya habituado, no á la medicina inglesa, sino al carácter del doctor O'Meara, que le proporcionaba noticias, y le hacía un resumen exacto de los periódicos ingleses, lo cual interesábase de plano, porque el último fulgor de esperanza subsistente en su alma se cifraba en un cambio de gabinete en Inglaterra. Habiendo descubierto sir Hudson Lowe que figuraba como noticiero de Longwood el doctor O'Meara, le exigió que de sus conversaciones con Napoleón le diera parte. A ello se negó el doctor O'Meara, diciendo que como leal y



forzar la puerta de su cuarto, horas y horas estaba en espera de verle sin fruto. De este modo sir Hudson Lowe se habia creado grandes embarazos con la expulsion del doctor O'Meara, y largas conversaciones tuvo con Mr. de Montholon sobre la materia. — ¿Qué quereis que haga? Le decia sir Hudson Lowe; si alijo, se me acusa en Europa de ceder á un ascendiente, al cual no resiste nadie; y si resisto, me acusáis de barbarie. — Todas vuestras precauciones, respondia Mr. de Montholon, para impedir una evasion, en que Napoleon no piensa de ningun modo, le han llegado á pesar como insoportables molestias, y son la causa de la reclusion en que se obstina en vivir dias y dias. Quanto más acrecenteis vuestras precauciones, más le obligareis á encerrarse, más dañareis á su salud, y más responsabilidad moral contraereis así en lo presente como para lo futuro. Ahora quereis saber si está en Longwood á toda costa, y lo quereis saber todos los dias. Para esto menester hubiera sido que le dejarais el doctor O'Meara. De voluntad propia os privasteis de tan cómodo testigo, y ya os veis en la necesidad de fiaros en mi palabra, en mi deseo de facilitar vuestra tarea y la nuestra. Si tratáis de emplear la fuerza, detras de la puerta de Napoleon nos encontrareis á todos, y vuestra sangre y la nuestra expiarán el ultraje que vayais á inferir á su persona. Así, os lo suplico muy de veras, no os mezcléis en nada, y contad conmigo para proporcionar á vuestro oficial de guardia las ocasiones de ver á su prisionero, sin ofenderle de ningun modo. — Con efecto, cuando Napoleon mudaba de sitio, para pasar de una pieza á otra, Mr. de Montholon avisaba al oficial de

servicio, para que le viera con sus propios ojos, y gracias á la habilidad de un servidor fiel é inteligente se evitaban así muchos conflictos.

Napoleon se debilitaba rápidamente con abstenerse en no salir de su morada, y en tomar baños muy largos para aliviar el dolor de que se resentia en el costado derecho. Poco despues se le hincharon las piernas, y en las extremidades experimentó un frio persistente, no costando poco trabajo combatirlo, merced á la aplicacion de un calor exterior y prolongado. Su pulso siempre habia sido muy lento, pues en su estado ordinario apenas contaba cincuenta y cinco pulsaciones, lo cual revelaba una circulacion muy difícil de la sangre. Con su rara perspicacia médica, ya el célebre Corvisart habia pronosticado á Napoleon que, si alguna vez dejaba de hacer vida activa, se resentiria gravemente, dado que la circulacion ya laboriosa de suyo, se haria mas todavía, trayendo consecuencias muy fatales, como la hinchazon de piernas, el frio en los pies, etc. Al ver cómo se realizaban los pronósticos del médico eminente, no mostraba Napoleon ninguna pesadumbre, antes por el contrario, parecia que así viesse la hora de su libertad muy cercana. No obstante, conservando su fuerza el instinto de la naturaleza, vivamente instado por Mrs. de Montholon y Marchand se avino á dar algunos paseos á caballo. Se le ofreció un caballo pequeño y dócil hasta lo sumo, lo admitió con agrado, y montólo para hacer algunas correrias. Ya se estaba casi á fines del año de 1818, por consiguiente se avanzaba hacia la buena estacion en el hemisferio austral, y Napoleon experimentó en estos paseos un goce inesperado. Con el goce vino

la mejoría, y sintió reanimadas sus fuerzas. Por el mes de enero de 1819 semejaba restablecido: su tef estaba menos plomiza, sus ojos se mostraban menos apagados y sus piernas menos hinchadas. Marchand, que le amaba como á un padre, le manifestó su alborozo.—Hijo mio, le dijo Napoleon, pues ya le empezaba á dar tal nombre, mucho me continueven tus demostraciones; pero no incurras en engaño, este es un último fulgor de salud. Mi fuerte constitucion hace el postrer esfuerzo, tras del cual sucumbira sin duda. Asi me veré libre, y tú lo quedarás de igual suerte. Entonces volverás á Europa, y de mi cuenta corre que seas dichoso.

Una circunstancia moral contribuyó á esta mejoría pasajera. En el estado de languidez de que acababa de salir por entonces, Napoleon casi habia abandonado el trabajo. Ya no habia pensado en dictar la relacion de sus campañas. Se hubiera dicho que le hastiaba su propia vida, y que abandonaba á la posteridad el cuidado de su gloria. A su rededor tenia esparcidos y revueltos algunos centenares de tomos, ora cogia uno, ora tomaba otro, y los seftaba sucesivamente, por ser tal su abatimiento que no le interesaba ninguno. De súbito cayeron en sus manos libros históricos y relativos á los grandes capitanes de todos los tiempos, y de ellos apoderóse con avidez suma. Aun cuando habia recibido una educacion excelente, no sabia mas que de un modo muy general la historia de Federico el Grande, de Turena, de Condé, de Gustavo Adolfo, de César, de Anibal y de Alejandro. Poderosamente le atrajo la vida minuciosamente escrita de estos eminentísimos varones. Sus fuerzas físicas se hallaban casi restablecidas del todo,

y con sus fuerzas físicas tambien sus fuerzas intelectuales. De consiguiente era capaz de una atencion sostenida, y desde este instante sintióse poseido de una ardiente curiosidad respecto de las acciones de los capitanes famosos. Tal estudio tenia naturalmente para su persona una significacion que no hubiera tenido para otra alguna. Allí veia lo que no hubiera podido descubrir nadie, y curioso mostróse por medir exactamente los pasos que sus predecesores habian dado en la carrera de las armas, para darse cuenta de los que habia dado por sí propio. Muy luego sus miras adquirieron mayor ensanche, y así determinó escribir la vida de los capitanes ilustres, constituirse en juez suyo, juez el más competente que pudieran hallar nunca, formar así una historia animadísima á la par que profundamente docta del arte militar, de este arte que habia sido su pasion y su gloria, y que en union de la política es el más grande que pueden ejercer los hombres. Cosa extraña y para el genio de Napoleon sumamente honrosa, á contar desde este momento prescindió de sus propias acciones, de las cuales no habia referido mas que una mínima parte, y prendóse de las acciones ajenas, y de plano se consagró á los capitanes antiguos y modernos. Catinat ocupóle antes que otro alguno, y le halló á su vez *encarecido por los filósofos*; mas al pasar á Turena y á Condé expresó que *era forzoso rendirse al mérito*. Turena especialmente le inspiró estimacion muy grande. A Federico, á Condé, á César, llegó después el turno. Careciendo de libros especiales, los envió á pedir en seguida, y enterado sir Hudson Lowe de este nuevo estado de su espíritu, y muy satisfecho de que pensara en

otra cosa que en una evasión de la isla, se dió á buscar libros relativos á la historia del arte militar en la biblioteca de Plantation House. Los halló con efecto, y á Longwood remitiólos al punto. Napoleón aplicóse al trabajo con su afán de costumbre, y muy luego profundizó tres vidas, la de César, la de Torená y la de Federico. Además quería estudiar y escribir las de Condé, del príncipe Eugenio, de Malborough, de Gustavo Adolfo, de los Nassaus en los tiempos modernos, y las de Alejandro y especialmente de Anibal en los antiguos. De estas grandes vidas descendría á otras menores, si para tanto le alcanzaba la suya propia. Pero demandaba libros, y con particularidad á Polibio, que no tenía á la mano, lo cual le contrariaba por extremo, pues en las mismas fuentes hubiera ahelado beber nociones acerca de Anibal, hácia el cual experimentaba una admiración profunda. Poseyendo los *Comentarios* de César, fáciles de hallar en todas partes, hasta sobre la roca mas aislada del Océano, ya pudo juzgar la vida del gran capitán romano, sobre quien á Marchand dictó páginas inmortales á causa de los dos Césares, del héroe que las dió asunto y del autor de ellas.

Pero la mejoría obtenida á principios del año de 1819 no se sostuvo por desgracia. Napoleón comenzó á sentir nuevos y mas violentos dolores de estómago, una gran repugnancia á los alimentos, y una extremada dificultad en las digestiones. A menudo vomitaba materias negras, y hasta una vez cayó en un largo desvanecimiento. A bordo del navio *Conquistador* habia un médico distinguido, llamado John Stokoe, á quien se envió á llamar de prisa sin consultar al ilustre enfermo, y

que no desagradó de ningún modo, á causa de no parecer un emisario de la policía de sir Hudson Lowe. Napoleón le hizo buena acogida, aunque manifestándole su incredulidad acostumbrada, particularmente respecto de la medicina inglesa.— Este es mi fin ya cercano, le dijo tranquilamente, y mis bebidas calmantes valen mas que todo lo que podais recetarme.— El doctor Stokoe repitió las visitas, pero los motivos que le habian valido la confianza de Napoleón le hicieron perder la de sir Hudson Lowe, y ya no se le permitió ir á Longwood á menudo. Además á Europa se habia enviado á pedir un médico, y algunos criados, y uno ó dos sacerdotes, de que se carecia en Santa Elena, hasta el punto de que, habiendo pasado uno de los criados de Napoleón de esta vida, para hacerle las honras fúnebres hubo que recurrir á un ministro protestante. Al cardenal Fesch se encargó la elección y el envío de los sacerdotes. Sus antiguas relaciones con las cortes europeas le debian proporcionar facilidades que no hubieran podido esperar los demás individuos de su familia.

Mientras aguardaba estas próximas llegadas, Napoleón se hubo de doler de otra partida, que le fué aun mas sensible que todas las anteriores. Mad. de Montholon con su espíritu afectuoso habia contribuido mucho á dulcificar su cautiverio, pero sucumbia á la influencia del clima, y los médicos ingleses reconocieron que padecía de una enfermedad del hígado ya muy adelantada. También temió por sus hijos, y su partida se hizo de necesidad absoluta. Napoleón quería que Mr. de Montholon la sirviese de compañero de viaje, pero viendo éste el estado de su soberano, se negó á

separarse de su compañía. De consiguiente madama de Montholon se embarcó en union de su prole, si bien Napoleón conocia de sobra que pronto se veria obligado á enviar al marido al lado de la esposa, y que, necesitando Mad. Bertrand dar á sus hijos una educacion europea, tampoco tardaria en alejarse de aquel punto, acompañada verosimilmente por su esposo. Se le alcanzaba que, aun cuando la adhesion fuese muy grande, en los deberes de familia hallaba un término obligatorio; no exhalaba la mas leve queja, y se decia que para no estar solo tendria que abandonar la vida antes de mucho. Con efecto, veia que se acercaba la hora de abandonarla al cabo, y lo veia próximo sin temor y sin pesadumbre.

Tornando la enfermedad como á fines de este año de 1819 á seguir su curso, lento á la par que progresivo, Napoleón volvió á la vida sedentaria. De resultas gran trabajo costaba al oficial de servicio asegurarse de su presencia, y las prescripciones de lord Bathurst, que exigian su comprobacion cotidiana, no podian ser observadas de ningun modo. Sin embargo de que pasaban muchos dias sin que se comprobara su presencia, así el movimiento de los criados en torno de la alcoba del enfermo como las solícitas atenciones y las visibles inquietudes, no podian ser una comedia ensayada para ocultar una evasión suya, y el oficial de guardia se contentaba con este género de pruebas. Siempre se debieron tener por bastantes, pues en el estado en que Napoleón se hallaba ahora, aun cuando se abrieran las puertas de su encierro, difícilmente las traspusiera para salir á respirar un aire mas puro. Con todo, las órdenes reiteradas de

lord Bathurst embarazaban á sir Hudson Lowe. Así recurrió á un arbitrio ingenioso, aunque poco digno, de comunicarse con su prisionero. Al gran mariscal Bertrand se habia dirigido siempre la correspondencia; discurriendo lord Bathurst que esta manera de proceder aun dejaba á Napoleón bastante en actitud de soberano, al fin dispuso que se le remitieran directamente las comunicaciones que le fuesen destinadas. Este era un medio seguro de ver á Napoleón cuando se tuviera por oportuno, y sir Hudson Lowe determinó hacer el ensayo. En su virtud despachó á Longwood un oficial á caballo, el cual presentóse muy respetuoso, solicitando entregar un pliego á *Napoleon Bonaparte*. Dirigido fué á Marchand, que conociendo la costumbre y sospechando que se tratara de quebrantarla actualmente, declaró que todo mensaje debia ser dirigido al *emperador Napoleon* por conducto del gran mariscal Bertrand. Despedido fué el oficial de este modo, y Mr. Marchand apresuróse á poner esta tentativa en conocimiento de su amo. Inmediatamente Napoleón mandó á sus criados que negaran absolutamente su puerta á toda persona, y previendo que tratarian de violentarla acaso, de seguida tomó una resolucian á lo Carlos XII, expresándose en esta forma.—Tanto dá morir aqui en una tragedia para defender nuestro decoro, como sobre una cama de enfermo.—Mandó cargar sus pistolas, previno á sus gentes que hicieran lo propio, y decidióse que todo el que tratara de forzar la puerta del emperador recibiera una bala en la cabeza.

Con efecto, sir Hudson Lowe presentóse con todo un estado mayor en su compañía, tras de ha-

de sus razonamientos, y manifestóle como á todos los de la profesion suya, que por su parte *queria morir de la enfermedad y no de las medicinas*. Le recomendó que visitara los hospitales de la guarnicion, para estudiar allí las alteraciones orgánicas producidas por el clima en los europeos, indicándole que allí podría adquirir algunas luces provechosas para el cumplimiento de su cargo. Después habló con los dos sacerdotes, y á uno y otro halló tan sencillos como ignorantes. — De sobra reconozco á mi tio Fesch en estas elecciones, exclamó de seguida siempre el mismo talento y el mismo juicio! Este médico no sabe nada creyendo saber mucho, y enviarme doctor semejante, á mi que solo á Corvisart daria oídos. realmente es trabajar en valde. Respecto de los dos sacerdotes, con ellos he hablado sobre materias religiosas, (porque ¿de qué asuntos se ha de platicar cuando la muerte está cercana?) *pero á la conversacion primera hélos ya fuera de combate*. Yo necesitara un eclesiástico docto, con quien pudiera discurrir á mi sabor sobre los dogmas del cristianismo. A la verdad no me hubiese hecho mas creyente en Dios que lo soy ahora, si bien quizá me edificase relativamente á algunos puntos de la creencia cristiana. ¡Tan dulce es acercarse con la fe absoluta de los católicos al sepulcro! Pero no puedo esperar nada parecido de mis dos sacerdotes. Sin embargo, á lo menos servirán para decirme la Misa. —

En Longwood habia un comedor espacioso, del cual Napoleon ya no hacia uso, porque de de las desavenencias ocurridas entre sus amigos, ya almorzaba y comia solo, á fin de no poner á uno enfrente de otro á la hora de la mesa. No obstante,

Mr. de Montholon desde la partida de su esposa le acompañaba en las comidas, que hacia dentro de uno de los dos cuartos, donde pasaba la existencia. Transformado fué de orden suya el vasto comedor en oratorio, y allí quiso que todos los domingos se celebrara Misa. A nadie obligaba á asistir á ella, si bien aprobaba á los asistentes, que eran los mas sin duda, y singular encanto hallaba en esta Misa, dicha sobre una desierta roca los domingos todos, y que se ligaba á todos los recuerdos de su infancia avivados á un mismo tiempo. Jamás se le oia reñir á nadie por haber saltado á este deber religioso, pero no consentia la menor palabra inconveniente sobre este asunto. Habiéndose propasado el joven Antomarchi á proferir algunas frases, que fueron de su desagrado, le reconvino con dureza, diciendo que por su parte admitia que se fuera ó no se fuera creyente, de lo cual nada deducia en favor ni en contra de nadie; pero que no toleraria de ningun modo la falta de respeto hácia la religion mas venerable del género humano, y que era la religion nacional de los italianos como de los franceses. Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de autoridad que no admitia réplica alguna, y menos ante un hombre á quien no se podia replicar ni aun en Santa Elena. Napoleon dijo además dirigiéndose á los que presenciaban esta escena. — ¿Sabeis dónde irán los hombres que no van á Misa? Pues irán á casa de Cagliostro ó a casa de Mad. Lenormand; y la Misa vale mas á todas luces. —

Con el buque, á cuyo bordo fueron el médico y los dos sacerdotes, asimismo llegaron varios cajones de libros. Débil y todo, Napoleon quiso que

fuesen abiertos en su presencia. Tras de revisar una parte de los tomos, se le oyó expresar que allí debía haber alguna otra cosa, porque á un padre nunca se le enviaban solamente libros. Con efecto, en el fondo de uno de los cajones iba oculto un retrato del duque de Reichstadt, sacado del original y con que se pudo hacer el príncipe Eugenio. Napoleon asílo con transporte, lo contempló durante largo tiempo, y después lo hizo colocar en su cuarto, de forma de tenerlo siempre á la vista. A la revision de los libros tornó luego, no dió con el ejemplar del Polibio, que por ser el principal historiador de Anibal había deseado tanto, y lo sintió en el alma. Referentes á la historia contemporánea encontró muchas obras: las leyó con anhelo, ora moviéndole á la risa, ora excitándole al enojo, y se dedicó á cubrirlas de notas.

De dia en dia su salud inspiraba mayor cuidado, y una sola cosa de cuantas le dijo el doctor Antomarchi produjo alguna impresion en su mente, por coincidir con lo que le habian repetido los doctores O'Meara y Stokoe, y con lo que habia experimentado por sí propio, á saber, que el ejercicio le era indispensable, y que para su curacion no habia otro remedio. Esta medicina era efectivamente la que le infundia alguna confianza, pero siempre sentia la misma repugnancia á salir seguido por un oficial á caballo. Entonces manifestó el doctor Antomarchi que el ejercicio de la equitacion era excelente, pero que habia otros, y que tambien le seria muy sano cavar la tierra. Este fué para Napoleon un verdadero rayo de luz, que le proporcionó algunos buenos ratos, los últimos ya de su vida.

Inmediatamente resolvió dedicarse á este nuevo ejercicio, y á imitar su ejemplo obligó á toda la colonia. A la sazón entraba el año de 1820 y hacia un magnífico tiempo. Napoleon quiso que en Longwood madrugaran todos á imitacion suya, levantándose á las cuatro de la mañana, y que tomaran el azadon para trabajar en el jardin ó huerto. Nadie estaba exento de tal servicio, y bajo su direccion trabajaban todos, desde Mrs. de Montholon, Bertrand y Marchand hasta los últimos criados y aun los chinos. A todos sus compañeros agradaba ocupacion semejante, como que les distraía algun tanto de los hastios del destierro, pero aun cuando no fuera de su gusto, se prestaran á ella de buen grado, al ver que sentaba muy bien y divertía á su señor ilustre. Efectivamente, á la vuelta de poco tiempo su mejoría fué visible, y al modo que á fines del año anterior, se podia esperar un restablecimiento durable, estando su tez menos livida, sus piernas menos hinchadas, y siendo menor su repugnancia á tomar alimento y sus vomitos menos frecuentes. Ya de muy atras habia dejado Napoleon de usar uniforme, no conservando mas que el calzón blanco y la media de seda, y poniéndose encima una levita de paisano. Ahora adoptó el traje de los plantadores. Vestido de una tela blanca y ligera de la India, cubierta la cabeza con un sombrero de paja, y con un palo en la mano, como verdadero oficial de ingenieros dirigia las obras. Su primer trabajo consistió en un espolon de tierra encespedada, que opuso al viento del Sudeste, y que muy luego fué de suficiente altura para poner á resguardo, así el jardin como la casa. Luego transplantó árboles á aquel recinto,

limoneros, y con especialidad una encina, árbol que deseaba tan anhelosamente, y que es el único que ha sobrevivido en aquel jardín cultivado por sus gloriosas manos. Careciendo de agua, la hizo llevar de un receptáculo construido de orden de sir Hudson Lowe a la falda del pico de Diana. Esta agua con habilidad conducida al jardín de Longwood cubriólo en breve de verdura, pues bajo estos climas devorantes, si al sol se junta el agua, la vegetación crece á vista de ojo. A la vuelta de poco tiempo ya hubo legumbres, y Napoleón complacióse en hacer que fueran servidas á su mesa. Enterado sir Hudson Lowe de los nuevos gustos de su ilustre cautivo, se apresuró á brindarle con plantas, instrumentos agrícolas y operarios. Napoleón aceptó una parte de estas ofertas, y al cabo de dos meses, y gracias á los esfuerzos de toda su casa, ya el jardín había cambiado completamente de aspecto, y á la par del jardín su salud y su temple. Desde las cuatro de la mañana trabajaba y hacía trabajar hasta las diez ó las once, cuando ya el calor era muy molesto. Entonces almorzaba debajo de una tienda con sus gentes sentadas á dos mesas, una para sí y sus principales compañeros de destierro, otra para sus criados. Después tomaba algún descanso, y hacía que lo tomaran todos, y por último dictando ó prosiguiendo sus lecturas acababa el día.

Al siguiente volvía á comenzar con el afán misma, y en esta animación de espíritu, que no había de durar sino tiempo bien corto; se le tornaba á ver alegre, afable, y alternativamente ingenioso ó profundo. A veces, con motivo de la vegetación ó de algunos insectos, acerca de Dios y de

la creación se elevaba á las mas sublimes y elocuentes consideraciones. Otras veces traducía en imágenes vivas y pintorescas las verdades físicas patentes á sus ojos por la simple observación de los hechos. En la raíz de un árbol tocó el azadon de uno de sus criados chinos al ahondar un canal de riego, y como le señalase Marchand el daño, Napoleón dijo lo siguiente.—Si tuvieras hambre y detrás de tí se sirviera una comida succulenta, de fijo te volvieras al punto para satisfacer tu apetito; pues ese árbol hará lo propio. Sus raíces, á que ha sido fuerza tocar ahora, hacia atrás se extenderán de seguro, y después de haber sufrido momentáneamente recuperará su lozanía.—

Trabajando así con sus manos, otra vez se pudo aplicar á sus trabajos de cabeza, pues con la recuperación de la salud debida á su vuelta á la vida activa, se había reanimado su espíritu de una manera muy notable. A la sazón dictaba la vida de César ó ponía notas muy sorprendentes á ciertas obras contemporáneas que se le habían remitido de Europa. Ya había anotado las obras de Mr. de Pradt; ahora, á principios de 1820, se dedicaba á anotar la obra escrita sobre los Cien Días por Mr. Fleury de Chaboulon, joven animado de las mejores intenciones, bien que hablando á menudo de lo que no sabía ó no se hallaba á sus alcances. A las páginas de esta obra Napoleón añadió notas llenas de indulgencia para el autor, y de curiosas revelaciones para la historia. También le daba ocupacion muy distinta por entonces otra obra de mucha mayor importancia, la del general Rogiat sobre los principios de la guerra. Oficial de ingenieros había sido el general Rogiat y de los mas distinguidos;

pero su espíritu malévoló y poco justo deslucía sus cualidades militares. Además de ser quimérica en mucha parte su obra, se resentía de ser un acto poco generoso contra el ilustre cautivo de Santa Elena, á quien habia servido con sumision antes, y ahora denigraba sin miramiento alguno. A verdadera ira excitó á Napoleon este libro, aunque sin inspirarle la mas leve inquietud por su gloria, expresándose de este modo. — Si viviera Federico el Grande y criticara mis campañas, eso se podría tomar en serio, si bien no me faltarian respuestas; y añadia con alusion al general Rogniat y á algunos otros; pero estas gentes no son capaces de producir la mas leve alarma. — Aun tratando al general Rogniat de esta suerte, le hizo el honor de una respuesta en forma de notas, que valdrá á la obra asi anotada, una inmortalidad á que de seguro no llegara sin tal auxilio. Napoleon trazó en estas notas con sin par estilo por la claridad y la concision y el vigor los principios de su arte hasta sus mas mínimos pormenores, y asimismo añadió en pocas páginas un resumen de las campañas de los mas célebres capitanes. Jamás se habló con mayor elevacion y sencillez de las cosas mas grandes, pues los hombres y las cosas de que se trataba alli eran Alejandro, Anibal, César, Federico, Napoleon, y sus acciones referidas á los principios generales sobre la política y la guerra. A esto se ha de agregar tambien que nunca la mediania denigradora fue castigada tan cruelmente ni desde tan arriba.

Pero este fue el último destello de su genio, y aun se puede añadir que de su vida. Tras de desplegar una actividad singular por espacio de algunos meses, con la buena estacion declinó de pron-

to, y en la segunda mitad del año de 1820 su salud fué mala hasta lo sumo. Nuevamente viósele sedentario, triste, perezoso de cuerpo, y perezoso hasta de alma, y no tuvo tiempo mas que para acabar las vidas de Cesar, de Turena y de Federico. Ni aun le pudo reanimar á últimos del año de 1820 la vuelta de la bella estacion en aquel hemisferio. Ya no hacia ejercicio y notaba que se le hinchaban las piernas y se le enfriaban los piés, y se le levantaba el estómago á la vista de los alimentos. Desde entonces ya no dudó de su fin cercano, y con cierta especie de satisfaccion vió aproximarse la muerte, sin sentir mas que no tener espacio para llevar lo que habia proyectado escribir á feliz remate.

Nunca habia pensado formalmente en una evasion de su cautiverio. Vigilada estaba la isla de forma de no dejar paso al mas pequeño esquite, y además la guarda en torno de su persona era tal que le fuera imposible ocultarse durante algunas horas sin ser hallado nuevamente, aunque se escondiera en los pliegues mas hondos del terreno. Bien puede ser que la aversion que sentia hácia el oficial encargado de seguirle á caballo no reconociera otra principal causa que la imposibilidad de librarse asi de sus guardadores. De todos modos lo cierto es que una evasion le parecia punto menos que impracticable. Otra razon de mayor bulto le movia á no pensar en ella. Contemplando como observador profundo el curso de las cosas, diariamente echaba de ver que sin su persona se acomodaba á pasar el mundo, aun cuando sin dar al olvido su gloria. Por este motivo se juzgaba como excluido para siempre de la escena. Su única es-



peranza hubiera sido la de obtener otra morada; pero, aun viendo un cambio de los espíritus en Inglaterra, no consideraba el triunfo de los wighs muy cercano, y lo de que fuesen capaces de restituirle nunca la libertad no lo suponía tampoco. De lord y de lady Holland recibió muestras de interés muy tiernas, porque esta noble familia opinaba que muy bien se podía custodiar á este gran cautivo, sin sujetarle á tortura. Libros le había enviado y frutas y vinos, y lo que era más dulce para su alma, testimonios de simpatía, que le demostraban no ser blanco del universal odio. Pero de estos testimonios individuales á una gran resolución del gobierno existía una enorme distancia. En favor suyo no tenía ya la más leve esperanza, y la muerte es la sola esperanza del que ya no abraza ninguna. Algunos escritos no acabados eran un motivo para que aceptase una prolongación de la vida, más para deseársela muy leve era el motivo á todas luces. ¿Qué podían añadir algunas páginas más á su fama? Preciosas para el corto número de hombres capaces de formar juicio sobre ellas, no añadirían un átomo á la inmensidad de su gloria. Por consiguiente veía la muerte sin el horror que inspira á los seres animados, y si en algunos instantes se le despertaban ciertos apetitos oscuros de la vida, que del instinto físico son puro efecto, su alma entera acogía á la muerte como una amiga, que llegaba á abrazarle con sus manos la prisión horrorosa de Santa Elena. Además confirmábanle en esta disposición de ánimo ciertas circunstancias de detalle. A pesar de la partida de su mujer y de sus hijos, Mr. de Montholon continuaba en Santa Elena, cuidando de no revelar el menor deseo de ir en

su busca, pero esta adhesión no podía ser eterna, porque al cabo el general había de pensar en su familia, vuelta á Europa sin haberla acompañado. Hospedada á alguna distancia de Longwood y siempre asidua aunque triste, la familia de Bertrand contaba también muchos hijos, cuya educación era necesaria, y no podía prescindir de esta obligación por más largo tiempo. Con efecto, Mad. Bertrand había anunciado respetuosamente á Napoleon que por tal causa abandonaría pronto á Santa Elena. Aun cuando Napoleon distara mucho de criticar determinación semejante, le afectó muy al vivo. Se le alcanzó que el gran mariscal Bertrand no permitiría que su mujer emprendiera sola un viaje tan largo como el de Europa, y le autorizó para una ausencia, cuya duración dependería de las circunstancias. Aun cuando la familia de Bertrand no endulzara tanto como la de Montholon su vida, ya por vivir á alguna distancia de Longwood y ya también por la índole de su genio, con todo, estimaba la noble probidad del gran mariscal y la elevación de corazón de su esposa, y se mostró muy sensible á la pena de ver reducida antes de mucho la colonia desterrada á Mr. Marchand tan solo, y le decía estas palabras — Tú no tienes hijos que educar y tú me cerrarás los ojos. Tú me harás la lectura, algunas páginas escribirás todavía, y te irás luego. Mas ya veo que también es fuerza que yo me vaya. —

Finalmente, comenzó este año de 1821, que para Napoleon debía ser el último de su grande existencia. A principios de enero experimentó alguna mejoría, que fué de duración muy corta. — Estos un respiro de una ó dos semanas, dijo tran-

quilamente, al cabo de las cuales volverá la enfermedad y seguirá su curso.—Aun dictó á Marchand algunas páginas sobre César, y fueron las últimas de todas. Por los periódicos supo hacia este tiempo la muerte de su hermana Elisa, que sintió en el alma. Desde que entró en la edad de la razón no habia fallecido ningun miembro de su familia.—*Ea*, dijo entonces, *me enseña el camino, y seguir-la es necesario*.—Pronto los síntomas ya observados reaparecieron con toda su fuerza. Napoleon tenía la tez livida, la mirada siempre pujante, si bien los ojos hundidos, las piernas hinchadas, frias las extremidades, y en tan mala disposicion el estómago que de seguida volvía los alimentos, y á la par arrojaba materias negruzcas. Asi transcurrió el mes de febrero sin ninguna mejoría, y antes por el contrario presentando síntomas más graves. A causa de no digerir alimento alguno, el agosto enfermo se debilitaba de dia en dia. Ya le empezaba á mortificar una sed ardorosa: á pesar de ser muy lento de costumbre, se le aceleraba y hacia febril su pulso. Aire deseaba respirar y no podia soportar su impresion de ningun modo. La luz le fatigaba por extremo; no salía de los dos pequeños cuartos, donde se habian tendido sus dos camas de campaña, y se hacia trasladar de una á otra. Ya no dictaba nada, pero hacia que le leyesen á Homero, y las campañas de Anibal en Tito Livio, pues á Polibio no lo pudo haber á las manos.

Aun se agravó más su estado durante el mes de marzo, y deseoso el dia 17 de respirar libremente, se hizo llevar al coche; pero estuvo á punto de perder el sentido asi que le dió el aire, y fué preciso meterle en la cama, donde debia exhalar el último

aliento, y dijo de este modo:—Ya no soy aquel arrogante Napoleon á quien tanto vió el mundo á caballo. Ya pueden estar tranquilos los monarcas mis perseguidores, yo les restituiré la seguridad muy pronto.—De Napoleon no se apartaban sus fieles servidores. Marchand y Montholon velaban á su cabecera de dia y de noche, y se les mostraba agradecido por extremo. Tanto el gran mariscal Bertrand como su esposa le anunciaron que no partirian de Santa Elena, y tambien se lo agradeció cordialmente. Habiendo solicitado permiso el gran mariscal para que le visitara su esposa, Napoleon respondióle de seguida:—No estoy bien para visto. Cuando esté mejor recibiré á Mad. Bertrand. Decidla que estoy reconocidísimo á su adhesion á mi persona, que la ha retenido seis años en este desierto.—

Reducido á situacion tan desesperada, no saliendo de sus aposentos, no viendo más que á sus más íntimos amigos, no pudiendo soportar ni la luz ni el aire, absolutamente invisible se habia hecho para sus guardadores. De resultas el desgraciado sir Hudson Lowe estaba poseido de espanto, como si una enfermedad tan grave, y la pesadumbre que en Longwood se pintaba sobre los rostros de todos pudiesen ser un fingimiento destinado á ocultar una evasion del cautiverio. Atentísimo el oficial de servicio no abrigaba la más remota duda, y así trataba de tranquilizar al gobernador asegurándole que la enfermedad era verdadera, y que se resentia de inútil atormentar al ilustre cautivo, para aspirar á verle á toda costa. No participaba sir Hudson Lowe de seguridad semejante, é inquietos de igual modo encontraba á los comisionados. Austria habia llamado á Mr. de Stur-

mer de la isla, por saber á fondo que nunca dejaría Inglaterra escapar su presa, y que por consiguiente, la presencia allí de un enviado austriaco no servia mas que para hacerla responsable ante la opinion universal de los tratamientos con que se mortificaba al yerno del emperador Francisco II. Mr. de Balmain se habia casado con la hija de sir Hudson Lowe, y generalmente participaba de sus opiniones. Por lo que hace al enviado francés Mr. de Montchenu deseaba ardientemente adquirir la certidumbre de la presencia del prisionero, y queria que se adoptasen á todo trance los medios necesarios para salir de la actual duda. Bajo el dominio de tales impresiones, sir Hudson Lowe previno al cabo al oficial de servicio que forzara la puerta del enfermo, si era necesario, para asegurarse de su presencia, pues en el transcurso de quince dias no se habia podido comprobar con sus propios ojos. Portándose el oficial de servicio con delicadeza extremada, á monsieurs de Montolon y Marchand dió noticia de su apuro, afirmandoles que no ejecutaría la orden de forzar la puerta de Napoleon en ningun caso, si bien les rogó que le proporcionaran el medio de verle para salir de embarazos. Mr. de Montolon, que no siempre veia á semejanza del gran mariscal de por medio el honor de Napoleon en tales quisquillas, se entendió con el oficial de servicio, y por la parte de fuera hizo que se colocase junto á una ventana, la cual entreabrió en el momento de ser trasladado el enfermo de una cama á otra. Asi pudo el oficial ver su noble rostro ya falo de color y enflaquecido por la muerte, y se apresuró á escribir al gobernader que no se representaba en Longwood una horrorosa comedia.

Apenas este gobernador infeliz se libraba de un sobresalto se sentia acometido por otro, y despues de haber tenido aprension de que se le escapara su prisionero, ahora le remordia la conciencia de dejarle morir sin auxilio. Asi instó para que se agregara un médico de la isla al doctor Automarchi, lo cual le proporcionaria un testigo perenne del ilustre cautivo, y noticias de su dolencia, y serviria de contestacion á los que en Europa le acusaran de haber privado al glorioso enfermo de los socorros del arte. Para cubrir su responsabilidad pedia el doctor Automarchi la asistencia de uno ó dos médicos por entonces. Pero Napoleon resistió de plano, por no querer que se le atormentara con ensayos curativos, en cuyo éxito no tenia fé alguna. Sin embargo habia un médico perteneciente al 2.º regimiento y que gozaba de general estimacion en Santa Elena. Cediendo Napoleon á las instancias de sus amigos, se avino á admitirle á su lado, le recibió con benevolencia, le repitió lo que aludiendo á su salud habia ya dicho muchas veces, á saber, que era *una batalla perdida*, hasta aparentó dar oídos á sus consejos, si bien no siguiendo ninguno, pues decia que deseaba morir en reposo.

Á los últimos dias de abril llegó de esta suerte, sin abrigar ya ni apetecer la mas remota esperanza, y mirando ya su fin como inmediato. Entonces resolvió hacer su testamento. Cerca de 1.000.000 de francos le quedaban en casa de Mr. Laffitte, además los réditos de estos fondos, y una suma de dinero confiada al príncipe Eugenio. De esta última suma habia tomado 200 ó 300.000 mil francos, por conducto de Mr. de las Cases, cuando és-

te retornó á Europa. Asi pudo salvar los 350,000 francos en oro, que habia llevado á Santa Elena. Entre el gran mariscal y Mr. de Montholon y Marchand y los demás criados los distribuyó para que tuvieran todos con que volver á Europa y establecerse por de pronto. De los 4,000,000 que le quedaban en Francia, dos dejó á Mr. de Montholon á fin de proporcionarle un bienestar suficiente; á la familia de Bertrand dejó 700 ú 800,000 francos; á Marchand 500,000 poco más ó menos, dándole además el collar de diamantes de la reina Hortensia, y haciéndole en union del gran mariscal Bertrand y de Mr. de Montholon su ejecutor testamentario, por recompensa de una adhesion nunca desmentida. A los demás criados hizo mandas proporcionadas á su clase, atendiendo á proporcionar á todos una existencia holgada despues de su muerte. Aunque medianamente satisfecho del doctor Antomarchi, reconociendo sus atenciones, le legó 400,000 francos; tambien se acordó del abate Vignale, único sacerdote que se mantuvo á su lado de los dos idos á Santa Elena, y ni aun descuido á sus criados chinos, que tan bien le habian servido. Tras de atender á todos segun sus recursos, reunió los objetos de algun valor y que podian ser para aquellos á quienes los legara intimos recuerdos, y de ellos dispuso en su testamento á favor de su hijo, de su madre, de sus hermanas y de sus hermanos. No olvidó á lady Holland y lególa una de sus cajas de tabaco. A estas mandas añadió algunas palabras afectuosas para Maria Luisa. Ninguna ilusion conservaba respecto de esta princesa, bien que en ella quería honrar á la madre de su hijo. Muchos dias consagró á arreglar estas disposi-

ciones, y á escribirlas posteriormente, interrumpiendo la tarea en ocasiones, á causa de vencerle el cansancio y los padecimientos. Al fin las dió remate, y fiel á su espíritu de orden hizo redactar un acta de la entrega de su testamento y de cuanto poseia á sus ejecutores testamentarios, con el fin de que no se pudiera suscitar ninguna disputa despues de su muerte. Tambien recomendó que se observaran los ritos del culto católico en sus funerales, y que su cadáver se depositara en el espacioso comedor ya transformado en oratorio, donde se le decia Misa. Al oír el doctor Antomarchi hacer estos encargos al abate Vignale, no pudo contener una sonrisa, y Napoleon tomóla como una falta de respeto á su autoridad, á su genio y á su muerte, y le dijo con muy severo tono.—Joven, quizá tenéis demasiado talento para creer en Dios; yo no he llegado á tal punto.... *No es ateo el que quiere.*—Esta leccion severa y dada en los términos dignos de un grande hombre moribundo puso al jóven médico en grande embarazo, y así confundióse en excusas, é hizo profesion de las ideas morales más sanas.

Estos preparativos de muerte habian fatigado á Napoleon hasta lo sumo, y acelerado por decirlo así su última hora. Sin embargo experimentó una especie de alivio moral y físico al ver sus asuntos definitivamente arreglados, y asegurada la suerte de sus compañeros segun sus recursos. Sonriendo ante la muerte con tanta dignidad como agudeza, por entonces dijo á Mrs. de Montholon y Marchand, que no se apartaban de su lado.—*Despues de haber puesto en orden mis cosas, seria verdaderamente una lástima no morirne.*—

Ya se estaba á fines de abril, y el mal se hacia de instante en instante más amenazador y más doloroso. No cesaban los espasmos, ni los vómitos, ni la calentura, ni la sed ardiente. De vez en cuando tomaba Napoleón algunas gotas de agua fresca, hallada á la falda del pico de Diana, y hacia la parte donde hubiera querido que se fijase su morada, y sentia algun consuelo. — Mi deseo, dijo, es ser enterrado á orillas del Sena, si alguna vez se hace posible, ó en Ajaccio dentro del heredamiento de mi familia, ó finalmente si para mí cadáver ha de durar el cautiverio, junto á la fuente á la cual debo este alivio. — Se le prometió así con las lágrimas en los ojos, porque no se le ocultaba su estado, que por sí veia tan á las claras. Luego dijo á sus amigos que tenia en torno: — Vosotros vais á volver á Europa; allí volveréis con el reflejo de mi gloria, con el honor de una adhesión noble. Allí vivireis considerados y felices.... Yo me voy á juntar á Kteber, á Dessais, á Lannes, á Masena, á Bessiéres, á Duroc, á Ney.... Me saldrán al encuentro.... una vez más sentirán la embriaguez de la gloria humana.... Y hablaremos de lo que hemos hecho, y platicaremos de nuestro oficio con Federico, con Turená, con Condé, con César, con Anibal.... Luego, parándose de pronto, añadió con singular sonrisa.... *A no ser que allá arriba como aquí abajo se tenga miedo de ver á tantos militares juntos.* — Esta ligera chanza mezclada á este lenguaje solemne enterneció profundamente á los circunstantes. Ya el 4.º de mayo pareció anunciarse la agonia, y los padecimientos fueron casi continuos: consumido vióse Napoleón el dia 2 y el dia 3 por la calentura, y victima de violentos es-

pasmos. Cuando los padecimientos le permitian algun respiro, su espíritu se despertaba radiante, y se mostraba tan lúcido como sereno. En uno de estos intervalos dictó algunas notas relativas á la defensa de Francia en caso de ser invadida, bajo los titulos de ensueño primero y segundo. Ya el dia 3 comenzó el delirio; entre frases cortadas se recogieron estas expresiones.... *Mi hijo.... el ejército.... Dessaix.* — Al notar su agitacion se pudiera creer que era una postrera vision de la batalla de Marengo, vuelta á ganar por la presencia de este caudillo. Sin interrupcion duró el dia 4 la agonia, y el noble semblante del héroe parecia cruelmente atormentado. El tiempo estaba horrible, como que era la mala estacion de Santa Elena. Ráfagas de viento y de lluvia arrancaron de raíz algunos árboles recientemente plantados. Finalmente, el 5 de mayo no se dudó que habia llegado el dia postrero de esta existencia extraordinaria. Todos los servidores de Napoleón de rodillas alrededor de su cama estaban atentísimos á los últimos fulgores de su vida. Por desgracia estos últimos fulgores daban muestras de muy crueles padecimientos. Con respetuoso interés escuchaban los oficiales ingleses situados á la parte de fuera lo que les decian los criados de los progresos de la agonia. A la caída de la tarde, debilitándose el dolor con la vida, se hizo general el frio, y ya pareció que la muerte se apoderaba de su victima gloriosa. Este dia el tiempo habia tornado á estar calmoso y sereno. A las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde, cabalmente á la hora en que se ponía el sol entre olas de luz y en que retornaba el cañon inglés de ordenanza, los numerosos

testigos que rodeaban al moribundo, notaron que ya no respiraba y clamaron que habia muerto. De respetuosos besos le cubrieron las manos, y Marchand, que habia llevado a Santa Elena la capa con que el primer cónsul estuvo en Marengo, con ella envolvió su cuerpo, sin dejar al descubierto nada más que su noble cabeza.

A las convulsiones de la agonía, siempre desgarradoras á la vista, habia sucedido una calma llena de magestad. Aquella figura, de tan rara belleza, restituida á la delgadez de la juventud y envuelta en la capa de Marengo, al parecer habia devuelto á los que le contemplaban al general Bonaparte en toda su gloria.

Tanto el gobernador como el comisionado frances quisieron apacentar en este espectáculo sus ojos, y ambos mostraron el debido respeto ante esta muerte tan extraordinaria como la vida á que habia dado remate.

Durante los seis años recién transcurridos, Napoleón habia expiado el miedo que inspiraba al mundo, y los encargados de su custodia habian cedido á este miedo con mas ó menos crueldad, porque el miedo es cruel de suyo, segun se hallaban de la víctima a mayor ó menor distancia. Como los oficiales de servicio le veian de cerca no podian prescindir de interesarse por su persona, y de aligerar sus hierros, siempre que estaba a su alcance. Sir Hudson Lowe no le veia directamente, y se manifestaba quisquilloso, y á veces perseguidor por desconfianza ó resentimiento, y tambien otras veces se dejaba ablandar al oír la relacion de los padecimientos de su cautivo. A dos mil leguas de distancia, sin ver de los padecimientos de

la víctima absolutamente cosa alguna, y poseido de lleno de las pasiones de Europa, lord Bathurst se habia mostrado implacable. Un triste legado ha dejado á su patria, porque si la justicia dicta que para tener á Napoleon custodiado habia derecho, asimismo dicta que para oprimirle con tormentos y humillaciones no habia ninguno.

A tenor de las instrucciones de Napoleon se le hizo la autopsia, y se hubo de deducir que un cáncer en el estómago fué la principal causa de su muerte. Una ligera hinchazon del higado acreditaba que el clima habia ejercido cierta influencia sobre su estado, aunque la menos decisiva. Lo indisputable es que la pesadumbre, la desesperacion oculta y sobre todo la falta de ejercicio aceleraron el curso de la enfermedad y anticiparon su fin en un número de años de determinacion imposible.

Al inspeccionar el cuerpo se notaron varias cicatrices, algunas muy ligeras, si bien tres de ellas muy marcadas. De estas tres se divisaba la primera en la cabeza, la segunda en el dedo anular de la mano izquierda, la tercera en el muslo izquierdo, ésta bastante honda y resultante de haber recibido en el sitio de Tolon un bayonetazo. Origen histórico no se puede señalar á ninguna otra. De las medidas tomadas y de la descripcion exacta del cadáver resulta que Napoleon tenia cinco pies franceses y dos pulgadas de estatura, el cuerpo bien proporcionado en todas sus partes, notables el pie y la mano por la regularidad de su forma, anchos los hombros, el pecho desarrollado, el cuello algo corto, si bien sustentando recta y firme la cabeza mas vasta y mejor configurada que la ciencia anatómica haya examinado nunca, y por

fin, un rostro cuya belleza habia respetado la muerte, y del cual los contemporáneos han conservado un inextinguible recuerdo, y del cual dirá la posteridad al compararlo á los mas célebres bustos antiguos que fué uno de los mas hermosos dados por Dios como expresion al génio. Su vida tan colmada y que parece abarcar siglos, no duró mas que cincuenta y dos años. Mrs. de Montholon y Marchand le vistieron el uniforme que se solia poner con mas gusto, el de cazadores de la Guardia y le calaron el pequeño sombrero, que habia cubierto siempre su cabeza poderosa. Un solo sacerdote y algunos amigos oraron durante muchos dias junto á su cuerpo inanimado. ¡Sorprendente contraste en armonia con todo este final de carrera de una profunda soledad en torno del hombre á quien habia rodeado y adulado el universal! Con todo, en honor del soldado hay que decir que los militares ingleses no cesaron de desfilár alrededor de su atahud mientras estuvo de cuerpo presente. Por fin, cuando estuvo concluido el sepulcro, abierto cerca de la fuente, cuyas aguas le habian proporcionado algun alivio, sus amigos, seguidos del gobernador de la isla, del estado mayor, de los soldados de la guarnicion y de los marinos de la escuadra, le llevaron al lugar donde habia de yacer en reposo hasta el dia en que á tonor de sus deseos fuera trasladado á las márgenes del Sena. Los soldados ingleses hicieron oír á este inanimado cuerpo los últimos cañonazos, y tras de prosternarse sus compañeros de destierro sobre el sepulcro donde se acababa de encerrar la mas grande existencia humana desde César y Carlomagno, se aprestaron á regresar á Europa. Para terminar la

larga séria de lecciones que salen de este sepulcro hay que añadir que fueron acogidos con interés general hasta en Inglaterra, y que el desventurado sir Hudson Lowe, simple ejecutor de la voluntad de su gobierno, con frialdad fué recibido por sus compatriotas, con ingratitud por los ministros á quienes habia prestado obediencia, y con cierta especie de embarazo hasta por sus mismos amigos. ¡Eterna justicia de arriba ya visible aqui abajo! ¡Napoleon habia expiado en Santa Elena los tormentos causados al mundo, y los instrumentos del castigo expiaban ahora la falta de no haber respetado la gloria y el génio en su persona!

Antes de terminar la presente historia, que se nos perdonará haber hecho tan larga, en consideracion á la inmensidad de los sucesos que abarca su relato, se nos permitirá que sobre el personaje extraordinario que la llena toda pronuncemos el fallo de la posteridad, á lo menos en el grado en que un hombre se puede hacer intérprete de ella, aun cuando este hombre fuera tan justo y tan ilustrado como tendremos, no la persuasion, sino el deseo de serlo nosotros.

Napoleon habia nacido con un espíritu entero, vasto, universal y especialmente pronto, y con un carácter no menos rápido y penetrante. Derechamente y sin rodeos iba al fin siempre en todo. Si se trataba de un raciocinio, de golpe hallaba el argumento más al caso, si de una batalla, al punto daba con la manobra decisiva. En su persona concebír, querer, obrar, eran un acto indivisible y solo, de una rapidez increíble, de forma que entre el pensamiento y la accion, ni para reflexionar y decidirse habia un instante perdido. A un génio

de temple semejante; oponerle una objecion mediocre, una resistencia de apatia, de debilidad ó de malevolencia, no era sino hacerle saltar á la manera del torrente que se desborda y se cubre con su espuma, si le oponéis un obstáculo inesperado. De haber abrazado una de esas carreras civiles donde no se logra nada sino persuadiendo á los hombres y ganádoles el afecto, á moderarse aspirara acaso, y á refrenar los impetus de su humor fogoso; pero lanzado á la carrera de la fuerza, esto es, á la de las armas, llevando la facultad suprema de descubrir al primer golpe de vista lo que se debia hacer para alcanzar el triunfo, del primer vuelo llegó á la dominacion de Italia, del segundo á la dominacion de la república francesa, del tercero á la dominacion de Europa. Como extrañar entonces que esta naturaleza hecha por Dios tan pronta, hecha por la victoria mas todavia, se hiciera brisca, impetuosa, dominadora y absoluta en sus voluntades! Si fuera del campo de batalla se acomodaba á veces á las contemplaciones que exigen los negocios civiles, sin duda era en el seno del Consejo de Estado, y allí mismo zanjaba las cuestiones con una sagacidad y un aplomo de juicio que movian á asombro y avasallaban á sus oyentes, salvo algunos casos en que la insuficiencia de su saber ó quizá la pasion le extraviaban por un instante. Asi lo mismo la naturaleza que los sucesos coadyuvaron á que este mortal figurara como el mas absoluto é impetuoso de los hombres. Con todo, siguiendo su historia, no se ve desplegada al golpe ni de plano esta naturaleza tan fogosamente dominadora. Seco, taciturno, triste hasta en sus mocedades, triste á causa de esa am-

hicion concentrada y que se devora hasta el momento en que estalla pujante y llega al término de sus deseos, poco á poco adquiere confianza en sí propio, como jóven se manifiesta arrojado á veces, y prosigue apatico no obstante, luego, cuando la admiracion se empieza á mostrar en torno suyo, se hace más expansivo, más sereno, se pone á hablar y pierde su sequedad expresiva, y se dilata en suma. Cónsul vitalicio, emperador, vencedor de Marengo y de Austerlitz, no conteniéndose ya apenas, si bien conteniéndose todavia, en el apojco de su carácter aparece por entonces, y siendo aun poco abultado de vientre, se le ve resplandecer con regular y varonil belleza. Muy pronto, al ver que se someten los pueblos, y se humillan los soberanos, ya ni con los hombres ni con la naturaleza cuenta para nada. Se atreve á todo, se lanza á todo, lo dice todo, y se hace alegre y familiar é intemperante de lenguaje, y física y moralmente se ensancha por completo, y se le abulta el vientre de un modo excesivo; sin disminuir su olímpica belleza, pues sobre un rostro anchuroso conserva una mirada de fuego, y si descendiendo de las alturas, donde hay costumbre de verle, de admirarle, de temerle, de aborrecerle, para mostrarse risueño, familiar, y hasta vulgar en ocasiones, de golpe se vuelve á remontar despues de descender un instante, sabiendo así deponer su ascendiente, sin comprometerle ni por asomo; y por fin, cuando se le creia menos activo y osado porque al parecer le pesa su cuerpo ó le deja de sonreír la fortuna, más impetuoso que nunca se arroja sobre su caballo de batalla, demostrando que para su alma ardiente no tiene peso la materia, ni abatimiento el infortunio.



Tal fué esta naturaleza extraordinaria en sus desarrollos sucesivos. Ahora se resiente de tarea más árdua juzgar á Napoleon bajo el aspecto de las dotes morales, porque es difícil ir á descubrir la bondad en un soldado siempre ocupado en sembrar la tierra de muertos, la amistad en un hombre que nunca tuvo iguales alrededor suyo, la probidad, finalmente, en un potentado que figuraba como dueño de las riquezas del globo. Sin embargo, por mucho que excediera este mortal de las reglas comunes, no es imposible notar aquí y allí ciertos rasgos de su moral fisonomía.

Su carácter esencial era la prontitud en todo. Se arrebatava á menudo, bien que se reponia con facilidad portentosa, casi avergonzado y aun riéndose de su arrebato, si lo podia hacer sin desdoro, y volviendo á llamar al punto, y halagando con el ademán ó con la palabra al oficial á quien habia afligido con los ímpetus de su enojo. También á veces sus iras eran fingidas y destinadas á intimidar á los subalternos infieles á sus deberes. No duraban más que el relámpago cuando eran sinceras, cuando eran fingidas se prolongaban lo que requeria el caso. Tan luego como cesaba de mandar y de estar en la necesidad de contener ó de excitar á los hombres, se le veia afable, sencillo, equitativo, con la equidad de un entendimiento superior que conoce á la humanidad, y avalora sus flaquezas, y las perdona por saber que son inevitables. En Santa Elena, despojado de todo prestigio, no pudiendo ya nada por nadie, no temiendo más ascendiente que el de su talento y su carácter sobre sus compañeros de desgracia, Napoleon no cesó de dominarlos de una manera absoluta, y se captó su afecto con

una bondad inalterable, hasta el extremo de que tras de haberle temido la mayor parte de su vida, le amaron al cabo lo restante. Sobre los campos de batalla se habia hecho de una insensibilidad tal que bien se puede calificar de espantosa, hasta el punto de ver cubierta la tierra con cien mil cadáveres sin emoción alguna, pues nunca el génio de la guerra llevó á tanto la efusión de sangre humana. Pero esta insensibilidad era cosa de profesion ó de oficio, sin cabe expresarse de tal modo. Con efecto, á menudo tras de llenar un campo de batalla de todos los horrores de la guerra, Napoleon recorria por la noche, para cuidar personalmente que se recogieran los heridos, lo cual podia muy bien ser un cálculo tan solo, mas no lo era de seguro, cuando á veces se echaba abajo del caballo para ver por si mismo si un muerto aparente no era un ser próximo á volver á la vida. Al descubrir en Wagram á un jóven gallardo, vestido con la armadura de los coraceros, tendido en tierra, con el rostro casi cubierto por un surco de sangre, se apeaba de prisa del caballo y levantaba la cabeza del herido, y la apoyaba sobre sus rodillas, y reanimando la vida ya próxima á extinguirse con darle á oler espírituosos muy activos, dijo con la sonrisa en los labios: — *Volverá en sí y se salvará uno más.* — Fijamente no son estos los impresos de un alma implacable. Ordenado hasta la avaricia, disputando un céntimo á los responsables de cualquiera suma, millones distribuia á sus servidores, á sus amigos y á los menesterosos. Si descubria que alguno de sus antiguos compañeros de Egipto, distinguido sábio, se hallaba en escaseces, no habiéndole dicho nada,

le enviaba una cantidad de monta, no sin lamentarse del secreto guardado sobre su falta de recursos. Agotadas en 1843 todas sus economías, y sabiendo que una señora de alta alcurnia y antes opulenta, casi había venido á punto de carecer de lo necesario, la enviaba de su bolsillo particular una pensión de 24,000 francos (equivalentes á 50,000 hoy sin duda), y enterado posteriormente de que ya tenía ochenta años, se le oyó decir al punto. — ¡Pobrecilla! Que se le den cuatro años anticipados. — Rasgos de esta especie no revelan un alma sin honrad de ningún modo.

Teniendo cortos instantes que dedicar á los afectos privados, y aun dificultándolo mucho por causa de la distancia á que se había colocado de los demás hombres, no obstante se ligaba á fuerza de tiempo, y se ligaba estrechamente, hasta el extremo de ser indulgentísimo y casi débil para aquellos á quienes cobraba cariño. Así, irritado á menudo con sus deudos á causa de sus aspiraciones, y mostrándose á la sazón duro, no podía soportar su aire triston de ninguna manera, y por verlos contentos ejecutaba á veces lo que tenía por malo. No sintiendo hacia la emperatriz Josefina más que una afición desvanecida con el tiempo, ni más que una estimación mermada á causa de muchas ligerezas, profunda ternura conservóla hasta después de su divorcio. Algunas lágrimas consagró á Duroc de igual modo, aunque ocultándolas como una flaqueza.

En cuanto á probidad no se sabe cómo echarla de ver en un hombre, que apenas llegado al mando dispuso de riquezas enormes. Ascendido á general en jefe del ejército de Italia, dueño de los teso-

ros de comarca tan rica, ante todo puso á su ejército en la abundancia, luego envió al ejército del Rin con qué salir de la miseria, sin tomar para sí más á lo sumo, que el coste de una pequeña casa en la calle de la Victoria, al cual pudiera atender con una anualidad de su sueldo, y si hubiese muerto en Egipto, á su viuda dejara sin fortuna. ¿Acaso era esto orgullo de alma, desdeñando los goces vulgares ú honradez en suma? Probablemente había de todo en esta especie de abstinencia; que no fué sin ejemplo entre los generales franceses, aunque lo mismo que siempre no era común entonces. A la falta de probidad perseguía con encarnizamiento inexorable, lo cual provenía del espíritu de orden que aplicaba á todas las cosas; pero aun se aproximaba más á la probidad verdadera su afición á la probidad misma, siempre que la veía de manifiesto, su verdadero amor á los hombres de bien llevado hasta el punto de complacerse en su compañía, y á testificárselo con vivacidad extremada.

Sin embargo, este hombre á quien Dios hizo tan bueno, tras de hacerle tan grande, lo que es de virtud carecía por completo, pues la virtud consiste en trazarse del deber una idea absoluta á que avasallar todas sus inclinaciones, á que sacrificar todos sus apetitos físicos ó morales, y no podía ser este el caso de la naturaleza menos contenida que hubo nunca. Pero si no tuvo lo que se denomina virtud en el grado mas leve, si poseyó ciertas virtudes propias de su estado, y con especialidad las pertenecientes al guerrero y al gobernante. Sóbrio era por extremo, casi nada concedía á las satisfacciones de los sentidos; sin ser casto, jamás se le sorprendió en un grosero libertinaje; salvo en las

comidas de ceremonia solo permanecía cortos instantes a la mesa; dormía sobre duro; con un cuerpo más débil que fuerte, sin cebarlo de ver aguantaba fatigas a las cuales sucumbieran los soldados más robustos; capaz se hacía de todo cuando sentía su alma excitada por la prosecucion de cosas grandes, a más llegaba que a arrostrar el peligro, pues no le hacía caso alguno, y sin buscarlo ni evitarlo de ningún modo, se hallaba en todas partes donde su presencia era necesaria para ver, dirigir y mandar en suma. Si tal era su carácter como soldado, no era menos extraordinario como general en jefe. Nunca se sobrellevaron con más sangre fría, ni vigor, ni presencia de espíritu, las ansiedades de un inmenso mando. Si algunas veces se mostraba descompuesto y hasta iracundo, *todo iba bien* entonces, como solían decir los oficiales habituados a su temple. Cuando parecía serio el peligro, se tornaba reposado, átable, animoso, no queriendo añadir a la perturbacion emanada de las circunstancias la que resultara de sus arrebatos, y se mostraba con serenidad perfecta, a causa de la costumbre de dominarse en las situaciones graves, de calcular la trascendencia de los peligros, de hallar el medio de salir de ellos, y de dominar así a la fortuna. Nacido para las grandes extremidades, y con una costumbre sin par a ellas, cuando por culpa de su ambicion se hallaba colocado en situaciones horrosas, se le veía, por ejemplo, asistir en 1314 al suicidio de su grandeza propia con increíble sangre fría, aun esperando a tiempo en que ya no esperaba nadie, porque descubria recursos donde nadie sospechaba que hubiesen quedado todavía, y de todos modos en alas de su

genio elevándose sobre todas las situaciones que se le podían venir encima, con la resignacion de un espíritu que se hace justicia, y acepta el pago debido a sus culpas.

Tal fué este mortal extraño tan diverso y tan múltiple en nuestro concepto. Si entre los principales rasgos de su carácter se puede fijar uno de mayor bulto que todos, sin duda es la intemperancia, la intemperancia moral por supuesto. Prodigio de genio y de posicion lanzado en medio del caos de una revolucion, allí se despliega y se desarrolla y la domina de plano, y se substituye a ella, y cobra su energia, su audacia, su incontinencia. Sucediendo a gentes que nose han parado en nada, ni en la virtud ni en el crimen, ni en el heroísmo ni en la crueldad, rodeado de hombres que nada han negado a sus pasiones, tampoco niega nada a las suyas. Una república universal han querido hacer del mundo, y por si quiere hacer una monarquía universal de igual modo; ellos han creado un caos, y por si aspira a crear una unidad casi tiránica; ellos todo lo han desarreglado; y por si trata de arreglarlo todo; ellos han matado sobre el cadalso, y por si mismo mata sobre el campo de batalla, aunque ocultando la sangre bajo la gloria; por si inmola mas hombres que los conquistadores asiáticos inmolaron nunca, y sobre las restringidas tierras de Europa, cubiertas de poblaciones resistentes, mayor espacio recorre que recorrieron los Tamerlanes y los Gengiskanés por los inmensos vacíos del Asia.

Por consiguiente la intemperancia fué el rasgo principal de su carrera. De aqui resulta que este capitán profundo, este legislador sabio, este admi-

nistrador consumado, fuera el político más loco, de no haber existido Alejandro. Si la política no fuera más que cuestión de talento, fijamente no le faltara para superar á los hombres de Estado más sutiles; pero la política es mas bien cuestión de carácter que de talento, y Napoleon flaquea por este lado. ¡Ah, cuando todavía mozo, antes de avasallar al mundo, se halla obligado y se resigna á contar con los obstáculos, tan astuto y tan fino y tan paciente se muestra como el primero! Descendiendo en el año de 1796 á Italia, y necesitando captarse la voluntad de las poblaciones con su débil tropa, se le ve proteger á los sacerdotes y tratar á los príncipes con miramientos, sin importarle cuanto los republicanos de Paris digan de su conducta. Trasladado á Oriente, y temiendo que temer la antipatía musulmana, á los jeques arabes procura atraerse á toda costa, les hace esperar su conversión al islamismo, sin importarle cuanto los devotos de Paris digan de tal designio, y así logra adherirlos por completo. Posteriormente aplicado á una obra muy distinta, la del Concordato, con admirable mezcla de habilidad y de energía se afana por vencer las preocupaciones de Roma, y las preocupaciones de los filósofos no de menor bulto. Cuanto necesitó de destreza, de arte, de constancia y de fuerza en tal coyuntura, ya lo expusimos en su lugar propio, y de forma de patentizar que bajó el aspecto de genio político no le faltó nada. Pero entonces no era el amo, y se refrenaba todavía. Luego que se vió omnipotente, ya no se fué á la mano, y de político no le quedó sino la menor parte, el talento; lo que es el carácter habia desaparecido del todo.

No obstante, añadamos para su excusa que, si alguna vez la política está fuera de sazón acaso, en una revolución es á todas luces. Política no es más que respeto y lento desarrollo de lo pasado; por el contrario, revolución es ruptura completa y súbita con lo pasado mismo. Efectivamente, la verdadera política es obra de las generaciones, transmitiéndose un designio, yendo á su consecución con perseverancia, con paciencia, con mansedumbre si es necesario, no dando hácia el fin mas que un paso cada siglo ó dos á lo sumo, y no aspirando jamás á llegar de un salto: tal es la obra de Enrique IV proyectando, despues de contener á los partidos, el abatimiento de las casas de España y de Austria unidas por el doble vínculo de la saagre y de la ambicion, transmitiendo este gran designio á Richelieu, que á su turno lo transmite á Mazarino, por quien es transmitido á Luis XIV, el cual lo prosigue perseverante, hasta que elevando á todo riesgo sobre el trono de España á su nieto, por siempre separa á España de Austria: tal es en Prusia la obra del gran elector, dando principio á la importancia militar de su nación, seguida primero por el elector Federico III que toma la corona, luego por Federico Guillermo I, que para sostener este nuevo título de su familia se aplica á crear un ejército y un tesoro, y finalmente de Federico el Grande, que llegada la suprema hora de la crisis, juntando la audacia á la amplitud de los designios, tras de un desafío de veinte años con Europa, funda la grandeza de Prusia, y de un pequeño electorado hace una de las más importantes monarquías del continente.

No debe, pues, mover á maravilla que no fuera

un político Napoleon, despota á la par que revolucionario, porque, si se mostró político admirable por un momento, al reconciliar á Francia con la Iglesia, con la Europa y consigo misma, peor fué que un mal político al indisponerse de seguida con Inglaterra, al romper la paz de Amiens, al ensayar la monarquía universal despues del triunfo de Austerlitz, al emprender la guerra de España á que en Moscou aspiró á dar remate, al desechar la paz de Praga, pues ofrecia al mundo el triste espectáculo del genio descendido á la situacion de un pobre insensato. Pero fuerza es reconocer que no era él solo, sino la revolucion francesa la que deliraba en su persona, en su vasto genio.

Y sin embargo, este mal político fué un legislador eminente, un administrador cumplido, y uno de los capitanes más insignes que han aparecido sobre la tierra; y consiste en que bajo estos diversos aspectos, en lugar de ser un obstáculo fué una ocasion y un medio el torbellino revolucionario. Menester es por tanto que le estudiemos bajo los diversos conceptos de legislador, de administrador y de capitán, para dar cima á nuestra tarea.

La verdadera escuela en que Napoleon se formó como organizador fue la de la guerra, y no hay otra mejor, ni más fuerte, ni más práctica á todas luces. Para el verdadero capitán calcular perfectamente sus movimientos generales, y combatir bien una vez llegado al terreno, solo es la mitad de su arte; la otra mitad consiste en preparar bien sus recursos, esto es, reclutar, instruir, equipar, armar á sus soldados en medio de los movimientos incesantes y rapidísimos de la guerra; y ambas son de tanta importancia que no cabe determinar cual

la tiene más grande. En suma, organizar y combatir, tales son las dos partes de su arte para los verdaderos hombres de guerra. Todo lo que saben hacer los demás, y por desgracia constituyen la mayoría, se reduce á recibir los ejércitos de sus gobiernos, á emplearlos tales como llegan bajo su mando, y algunas veces á lamentarse de su estado sin pensar en mejorarlo de ninguna manera. No lo hizo así el jóven Bonaparte.

Trasponiendo los Apeninos con soldados valientes, si bien muertos de hambre, su primer cuidado fué echar mano de un modo discreto, íntegro y económico á las riquezas de Italia, impedir que fueran presa de la rapiña, y emplearlas en hacer vivir á su ejército en la abundancia, y en sacar de la miseria al ejército del Rhin, que debia cooperar á sus designios. Traslado á Egipto, donde los recursos descuidados abundaban tanto como en Italia, allí supo cubrir todas las necesidades de los soldados, aliviando al país, que se vió libre de las incursiones de los árabes y de las exacciones de los mamelucos. No pudiendo recibir ningun material de la madre patria, en unos cuantos meses fabricó pólvora, fusiles, cañones, paños, y por fin todo aquello de que carecia en tan lejana comarca. Una de las calamidades de Egipto era la de las incursiones de los beduinos, cayendo improvisadamente sobre las tierras cultivadas, saqueando, y huyendo acto continuo y por decirlo así al vuelo. Como viese pasar cierto dia una caravana, la detuvo por un instante; sobre un camello hizo subir á uno, dos y tres infantes, con sus provisiones y sus cartuchos, y hecho así, dijo de este modo:—*Ahora ya somos señores del desierto.*—Al dia si-

guiente creó el regimiento de los dromedarios, que llevaba á todas distancias y con la misma celeridad de los beduinos á algunos centenares de infantes muy probados, y que corrigió á las tribus árabes de su afición á la rapina, á lo menos por todo el tiempo que los franceses permanecieron en Egipto. Así una ojeada dirigida sobre las cosas bastaba á su genio organizador para penetrar lo que había que hacer al golpe, y para ponerlo por obra de un modo rápido y seguro.

Ascendido al gobierno de Francia, donde halló un verdadero caos, aun comprendió más la necesidad de introducir allí el orden, la calma y la prosperidad que en Egipto y en Italia.

Dotarla con una constitucion fué lo que le ocupó menos. Los amigos de la libertad, y en su número figuramos nosotros, acusan á Napoleon por no habérsela dado á Francia. Aun participando de sus sentimientos, nos parecen inducidos á engaño. Con efecto, bajo el aspecto político no podía ser Napoleon un organizador definitivo, pues la forma del gobierno aun había de variar allí muchas veces bajo el viento de las revoluciones, y ora inclinándose al poder cuando acababa de sufrir las agitaciones de la libertad, ora inclinándose á la libertad cuando acababa de sufrir los excesos del poder. Francia por espacio de tres cuartos de siglo ha andado flotante entre el despotismo y la anarquía, á semejanza de una péndola deplorablemente puesta en movimiento, sin parar nunca, y sin que todavía se sepa en qué forma había de hacer alto, si bien observando á fondo la marcha de las cosas, motivos hay para afirmar que no será en la del despotismo. De consiguiente, bajo el aspecto poli-

tico no podía ser el legislador de Francia, pero lo podía ser bajo todos los demás y lo fué en efecto.

Tras de los desórdenes de la revolucion francesa, no era la política de la libertad, sino la política de la reparacion la que se derivaba de las circunstancias. Despues de la bancarrota, de las requisiciones, de las confiscaciones, de los encarcelamientos, de las ejecuciones sangrientas, se quería orden en la Hacienda, respeto para las personas y las propiedades, ejércitos victoriosos y no obligados á la rapina para su sustento, reposo y seguridad en suma. Animado Napoleon del espíritu reparador se hallaba de consiguiente en su papel y segun requieran las necesidades públicas por entonces. Poniendo la mano en todo á la par con actividad sorprendente, primero rehizo la legislación civil y criminal y la administracion toda. Al decir que rehizo la legislación no damos á entender que inventó el código civil por ejemplo. Pretender inventar en este punto equivaldria á pretender inventar la sociedad humana, que no es de ayer, sino tan antigua como la aparición del hombre sobre nuestro globo. Leyes civiles había en Francia, unas tomadas del derecho romano, tales como las referentes á los contratos entre los hombres, y que no podrían variar de país en país, y de siglo en siglo, otras tomadas de las costumbres nacionales, y modificables esencialmente á tenor de las costumbres mismas, tales como todas las que presiden á la organizacion de la familia, á las condiciones del matrimonio, á las sucesiones, etc. Respecto de las primeras solo había necesidad de reproducirlas en estilo claro, conciso y exento de las ambigüedades que dan margen á pleitos. Modifica-

das debian ser las segundas á tenor de los principios de la igualdad verdadera que no quiere que los hombres sean iguales en fortuna, en riquezas, en honores, hasta quando son desiguales en talentos y en virtudes, sino que quiere que todos se hallen sometidos á las mismas leyes, sujetos á las mismas obligaciones, castigados con las mismas penas, pagados con los mismos galardones, que los hijos de un padre mismo tengan parte igual en su herencia, salvo la facultad de mejorar á los más dignos, sin desheredar á aquellos á quienes no ama tanto. Sobre todos estos puntos, á la manera que sobre casi todos, la revolucion francesa habia oscilado de uno á otro extremo, segun los impulsos á que estaba entregada. Asi convenia detenerse en el punto justo, entre las tendencias retrogradadas y las tendencias peligrosamente innovadoras en materia de matrimonio, de herencia, de testamento, etc. Napoleon no tenia más instruccion que la que es posible adquirir en una buena escuela militar; pero en medio de las verdades de 1789 habia nacido, y si estas verdades se pueden desconocer antes de que sean reveladas, una vez conocidas son la luz á cuyo resplandor se ve todo. Haciendo que Mr. Portalis y Cambacéres y con particularidad Tronchet le instruyeran cada dia sobre la materia de que se iba á tratar al siguiente en el Consejo de Estado, en ella pensaba durante veinte y cuatro horas, luego á la discusion daba atento oído, y despues con su soberano buen seso fijaba atinadamente el punto donde habia que pararse entre el orden antiguo y el orden nuevo, y además con su aplicacion prepotente obligaba á trabajar á todos. Asi contribuyó de dos maneras decisivas á

la formacion de los códigos franceses, determinando el punto de innovacion é impulsando la obra hasta darle cima. Antes de Napoleon se habia acometido esta obra, y siempre cediendo al viento del día, se daba en exageraciones, que muy luego movian á sonrojo ó á pesadumbre, y luego quedaba la obra nuevamente abandonada. Napoleon cogió este buque varado junto á la orilla, lo puso á flote, y despues empujó al puerto. Este buque es el código civil francés, y nadie puede negar que este código es el del moderno mundo civilizado. Para un jóven militar es á todas luces una brillante y pura gloria la de haber merecido enlazar su nombre á la organizacion civil de la sociedad moderna, y tambien es una espléndida gloria para Francia, en cuyo seno consumada fué la tal obra. Con efecto cabrá afirmar que, si Inglaterra tuvo el mérito de producir la mejor forma política de los Estados modernos, Francia ha tenido el de dar con el código civil la mejor forma del estado social sin duda alguna. ¡Excelente y noble distribucion de gloria entre las dos naciones más civilizadas del globo!

Mientras Napoleon se ocupaba en la legislacion civil de este modo, tambien á la administracion aplicaba su mano expeditiva y creadora. Hallando la administracion de las provincias en el mismo estado que los demás ramos del gobierno, de igual suerte que respecto de la legislacion civil allí dió su parte á las nociones de lo pasado, y prescindió de las exageraciones presentes, y con sacar de aquí y de allá lo verdadero creó la administracion moderna. La pasada habia producido estados provinciales administrándose por sí propios, y gozando de una extension casi completa de poderes respecto

de los intereses locales. Con tal de que a la parte del Estado se asegurara el cobro de las contribuciones, la corona dejaba a las provincias manejarse a sus anchas, ora por respeto a los antiguos tratados de incorporacion al reino, ora por el sentimiento confuso de que, no dando la menor libertad al centro, se debía dejar muy extensa a las extremidades. Asi la corona en punto a los intereses generales se atribuía el poder todo, y a las provincias dejaba el arreglo de sus asuntos locales. Este convenio tacito debía caer ante el gran fenómeno de la revolucion francesa. Ni era justo que relativamente a los grandes destinos del país lo pudiera todo la corona, ni tampoco que las provincias lo pudieran todo relativamente a los asuntos locales, pues los destinos del país se debían ajustar a la voluntad del país mismo, y a su examen se debían someter los intereses de provincia. Aquellas riquezas, de que las provincias disponen al ordenar sus gastos; forman parte de la riqueza general, que no deben disipar abusivamente: aquellos reglamentos que los ayuntamientos establecen para sí en punto a la industria, a los mercados, a la índole de los impuestos, constituyen parte de la legislación social, que no les debe ser lícito establecer a tenor de sus miras particulares.

El gran fenómeno de la unidad moderna debía consistir en que al renunciar la corona a hacerlo todo por sí en punto a los negocios generales, también las provincias renunciaran a intervenir solas en sus asuntos locales; en que por decirlo así se penetrasen mutuamente, y se confundieran en una unidad poderosa y dirigida por la inteligencia común de la nacion. De consiguiente en el centro

del Estado debía existir un jefe del poder ejecutivo, rodeado de los principales ciudadanos de Francia para los asuntos generales, y jefes de administracion debían existir en los departamentos, rodeados de los ciudadanos notables de la localidad para los asuntos particulares, si bien sometidos para los asuntos del gobierno a su autoridad, y para los del departamento a su vigilancia. De aqui resultaron el prefecto y el consejo de departamento. Si las circunstancias hubiesen permitido al Primer Consul ser consecuente con los principios sentados, sin duda debiera hacer los consejos de departamento electivos. Pero inmediatamente despues de las horrosas convulsiones, por donde se acababa de cruzar entonces, entre los hombres toribundos de 1793 odiosos al país, y los grandes propietarios vueltos de la emigracion por aquellos dias, la eleccion fuera imposible, ó a lo menos presentara graves inconvenientes. Asi reservó el nombramiento, y eligió hombres juiciosos y moderados, que pudiesen administrar de una manera tolerable. Esta era una consecuencia de su dictadura, que debía ser pasajera y desaparecer con su persona. No obstante el principio estaba sentado, y consistía en la existencia de un prefecto administrando con la cortapisa de un consejo, destinado a ser electivo cuando las terribles discordias se hubieran aplacado lo bastante.

Pero necesario era ejercer esta vigilancia del Estado para la extension de los gastos, el sistema de las contribuciones y la índole de los reglamentos, y no se podía delegar sin garantía al poder ejecutivo, representante del Estado. Napoleon sirvióse de una institucion, que Sieyes le habia su-



ministrado, tomándola de la antigua monarquía. Entre otros asuntos de que se ocupaba anteriormente, el Consejo Real elevaba consultas sobre los que emanaban de las relaciones del Estado con las provincias. Bajo el nuevo régimen se habían estrechado estas relaciones, y naturalmente debían incumbir al Consejo de Estado, sin proceder teóricamente, bien que sirviéndose de lo que tenía á la mano para el logro de sus designios, Napoleón hizo depositario al Consejo de Estado de esta especie de superior vigilancia, que constituye esencialmente lo que se denomina centralización. Queriendo que los presupuestos municipales y provinciales fueran examinados por el Estado; que estuviesen en armonía con los principios de 1789 sus reglamentos; que un ayuntamiento no pudiese restablecer las veedurías, ni otro imponer contribuciones contrarias á las doctrinas modernas; que hubiese un árbitro para los conflictos entre unos y otros, al Consejo de Estado fió estas diversas cuestiones, presidiéndole personalmente con una asiduidad y una aplicación infatigables. Sin este regulador la centralización francesa hubiera venido á ser el más intolerable despotismo. Pero consejo de prudencia, si se trata de los gastos municipales; moderador si se trata de dejar pleitear á unos ayuntamientos contra otros, legislador en fin si se trata de los reglamentos de estas corporaciones, el Consejo de Estado es un regulador ilustrado, firme, harto independiente á pesar de ser nombrado por el poder ejecutivo, porque en el ejercicio de sus funciones adquiere un espíritu administrativo que prevalece sobre el espíritu de servilismo, y que, bajo todos los sistemas, tras de un instante de

docilidad al nuevo gobierno, se reponen casi involuntariamente; y torna á aparecer como es de suyo, á la manera que las ramas de los vegetales vigorosos vuelven á tomar su dirección después de un momentáneo tropiezo.

Presidiendo asiduamente este Consejo de Estado cuando no se hallaba en la guerra, y presidiéndole siete ú ocho horas seguidas, con raras fuerzas de aplicación y rectitud de buen sentido, y un respeto siempre deferido á la opinión ajena en las materias especiales, ora decidiendo sobre los hechos, ora ideando ó modificando á tenor de la necesidad las leyes administrativas francesas, creando así á la par la legislación y la jurisprudencia, realmente vino á ser autor de esa administración firme, activa, íntegra, que hace de la contabilidad de Francia la más clara entre todas las conocidas, y de su poder el más disponible de toda Europa; de esa administración que, cuando deliran los gobiernos bajo la influencia de las revoluciones, se mantiene con cabal juicio, y percibe los impuestos, los hace ingresar en caja muy ordenadamente, los aplica con puntualidad á los gastos, y todos los negocios del país los sigue al corriente de una manera sensata é invariable, y alista los soldados y los instruye y los sujeta á la disciplina, y provee á los gastos de las ciudades, de las provincias, sin que nada esté en peligro, y mantiene á Francia de pie cuando vacila su cabeza, y da la idea de un buque movido por el poder de la mecánica moderna, que aun en medio de la borrasca marchara á rumbo con una tripulación inactiva ó aterrada.

Así la guerra había hecho de Napoleón un mal político á causa de figurar como irresistible, pero

en cambio tambien habia hecho uno de los mayores organizadores que hayan aparecido sobre el mundo, y en esto como en todo fué doble producto de la naturaleza y de los sucesos. Nos falta considerarle bajo su principal aspecto, el del genio militar, que le ha valido, no su gloria más pura, pero sí la más esplendente.

Para determinar el puesto que le corresponde ocupar entre los grandes capitanes de todos los tiempos, habría que trazar en cierto modo la historia de ese arte poderoso, que crea y engrandece y defiende los imperios, y que reposa á semejanza del arte de regirlos sobre un rarísimo conjunto de dotes de entendimiento y de carácter. Desgraciadamente está por escribir la tal historia. Maquiavelo, Montesquieu, Federico, Napoleon delinearon aquí y allá algunos rasgos; pero considerada en su todo, enlazada con el progreso de las ciencias, las revoluciones de los imperios, la marcha del espíritu humano, por escribir se halla aun esta historia, y así ofrece gran dificultad señalar el puesto respectivo de los grandes capitanes. Sin embargo en la historia del arte militar hay algunos principales lineamientos, que absorben la mente apenas se fijan allí los ojos, y con cuyo auxilio es lícito bosquejar la marcha de las cosas, y fijar algunos puntos principales, que la posteridad no ha cambiado en la diversidad de sus juicios.

Lo que se denomina comunmente la gran guerra no ha aparecido con frecuencia en el mundo, por necesitarse á la par grandes naciones, grandes sucesos y grandes hombres. No constituye su carácter únicamente la importancia de los trastornos, pues entonces cabría decir que la gran

guerra fué practicada por los conquistadores de Asia. Se necesita de ciencia y del genio de las combinaciones, lo cual implica que al vencedor se han opuesto vigorosas y hábiles resistencias. Así, aun cuando Alejandro en su época mudó la faz del universo civilizado, tal fué la estupidéz asiática sobre la cual hubo de alcanzar el triunfo, que apenas cabe decir que practicara la gran guerra. La combinación tan admirada por Montesquieu y consistente en no meterse en el corazón del Asia hasta despues de conquistar el litoral de Siria, de tal modo estaba exigida por la falta de marina que los últimos oficiales del ejército macedónico eran de la opinion propia, y que por parte de Alejandro fué un acto de instinto más bien que un destello de genio. Las tres batallas á que debió la conquista del Asia fueron actos de temerario heroísmo, siempre decididas por la caballería, que Alejandro mandaba en persona, y que, echándose encima de masas confusas de jinetes tan cobardes como poco diestros, les daba la señal de la fuga, invariablemente seguida por la infantería persa. Verdaderamente á los persas venció la disciplina de los macedonios, si bien conducidos á inmensas distancias por la inspirada osadía de Alejandro.

Ni Anibal, ni César pelearon de este modo. Aquí fué á todas luces heroísmo contra heroísmo, ciencia contra ciencia, grandes hombres contra grandes hombres. Con todo, á pesar del vigor de su carácter y de la audacia mezclada de cordura de sus empresas, César dejó ver en sus movimientos cierto embarazo, resultante de las costumbres militares de entonces, y de que solo Anibal pare-

ció eximirse del todo. Con efecto, haciendo la guerra en países salvajes, y pensando en ponerse á resguardo del impetu ciego de los bárbaros de continuo, los romanos acampaban con sumo arte, y llegados de noche á un terreno siempre elegido con su muy ejercitado golpe de vista, se establecían allí por espacio de algunas horas dentro de una verdadera plaza fuerte, construida con empalizadas, rodeada de foso y casi inexpugnable. Bajo el aspecto de los campamentos, nadie los ha superado ni igualado siquiera, y según Napoleón lo ha hecho notar con su sagacidad incomparable, no se ha debido pensar en tal cosa ni por asomo, pues ante la artillería moderna un campamento de tal especie no se mantendría dos horas. Pero de este cuidado en acampar todas las noches provenía una gran timidez en los movimientos, una singular lentitud en los resultados, y las batallas, que, al ensangrentar los campos, disminuyen los horrores de las guerras porque hacen su duración más corta, solo eran posibles cuando las querían los dos contrarios. Si uno de los dos se negaba á la batalla, la guerra se podía prolongar indefinidamente, ó venir á parar en un asedio, atacando regularmente ó de súbito el campo enemigo. Así á César, el más audaz de los generales romanos, se le vé moverse en las Galias á sus anchas delante del impetu ignorante de los galos, ó inducirlos al combate siempre que le viene á cuento, por ser muy fácil de tentar su ciega bravura; y se le vé cambiar de método en España y en el Epiro, cuando también tiene que habérselas con romanos, y agarrarse á las márgenes del Segre en combinaciones ingeniosas, para arrancar á Afranio de su campa-

mento, no determinándose á tal partido hasta después de reducirle al hambre, y después de obligarle á cambiar la posición de sus tropas, no poner término á la campaña, sino tras de reducirle al hambre de nuevo. Sobre el Epiro en Dirraquio á causa de su campamento se había hecho invulnerable para Pompeyo, como Pompeyo para César á causa del suyo. Luego, no sabiendo como poner fin á aquella guerra interminable, se le vé internarse en Macedonia para atraer allí á Pompeyo, á quien atrajo efectivamente, y aun allí ante la inexpugnabilidad del campo romano no le fuera dado descargar el golpe sobre su enemigo, si por efecto de apoderarse de la nobleza romana la impaciencia de acabar pronto, no bajara Pompeyo á las llanuras de Farsalia, donde á César fué dado el imperio del mundo por la superioridad de las legiones de las Galias.

Sin duda hay aquí habilísimas combinaciones y á menudo muy atrevidas para obligar á la pelea al enemigo que no quiere venir á las manos, pero no es esta la gran guerra con toda la libertad y la extensión y la puntualidad en los movimientos, tal cual en nuestro siglo la hemos visto decidir en algunos días gigantes luchas que anteriormente duraran años. Solo un hombre presenta en los tiempos antiguos tal holgura y seguridad en los movimientos, y es Anibal á todas luces, y así cabe decir que en la antigüedad no tiene rival como hombre de vigor y de arrojo y de fecundidad y fortuna en las combinaciones. Esta era la opinión de Napoleón, juez supremo en tales materias, y así bien se puede adoptar como propia.

Durante la edad media nada ofrece el arte mi-

litar que atraiga y merezca la atención de la posteridad. Inmensos espectáculos tiene la política á la vista, donde la sangre corre á torrentes, donde el corazón humano suelta la rienda á las pasiones, donde siempre hay cobardes y héroes, crímenes y virtudes; pero otro Aníbal y otro César se buscarían sin ningún fruto. No solo desaparece la gran guerra, sino la guerra misma. Con su ciego arrojo se precipita la barbarie sobre la decrepita civilización romana, poseedora de un saber que ya no animan las virtudes guerreras; y cuando, tras de haber destruído el imperio romano, empujándose á semejanza de las olas del mar inundan innumerables hordas bárbaras el mundo civilizado, aquí y allá se encuentran hombres de empuje como Clodoveo y los Pipinos, mandando á la par que esgrimen el hacha de armas con sus manos, hasta se halla en Carlomagno un incomparable jefe de imperio, mas no un gran capitán digno de tal nombre. Durante esta edad de la fuerza individual hasta la poesía, única historia de entonces, se reviste la forma de las cosas, y celebra á los paladines guerreando á caballo por Cristo contra los sarracenos guetreado á caballo por Mahoma. La edad es de la caballería, y este nombre indica sobradamente su índole propia, á saber el hombre á caballo, vestido de hierro, y combatiendo espada en mano según la medida de su fuerza física y de su destreza. Sin embargo semejante estado de cosas iba á cambiar muy pronto, merced á los progresos de la sociedad europea. Creando el comercio y la industria en las ciudades una población numerosa, acomodada, á la cual la necesidad de la defensa debía hacer valiente, de esta suerte hicieron nacer

el soldado de á pie y por consiguiente la infantería. Defendiéndose los suizos en sus montañas, los vecinos de las ciudades italianas y alemanas dentro de sus muros, los de las ciudades holandesas detrás de sus diques, así constituyeron el arma de infantería y le dieron una importancia, que se acrecentó más y más con el tiempo. Al mismo fenómeno contribuyó un gran descubrimiento, debido de igual modo al progreso de la sociedad europea, el de las materias explosibles. Ante los proyectiles disparados por la pólvora vino la coraza á ser cosa, no solo de irrisión sino hasta de peligro. Desde entonces el hombre se debía presentar al descubierto de todo, desembarazado del peso inútil de un vestido de hierro, y la fuerza física debía ceder el puesto á la inteligencia y al valor reflexivo. Por la misma razón de súbito hubieron de cambiar de forma y de aspecto las ciudades, que antes presentaban salientes y amenazadores sus muros. Así hundieron los en tierra para que estuvieran todo lo posible á cubierto de los cañonazos; en lugar de altas y redondas torres, se rodearon de baluartes de poca altura, rectos y angulosos de frente, para que el cañon los protegiera en su perfil todo, y así vióse nacer la sábia fortificación moderna.

Esta revolución comenzada en Italia, se comenzó y perfeccionó contra Felipe II en Holanda, y á la sazón tres grandes hombres, los Nassaus, se prodijeron en el mundo. Entonces volvió á aparecer el verdadero arte de la guerra, tímido todavía y embarazado en sus movimientos, sin tener de los caracteres de la época de Aníbal y de la de César ya nada. En torno de las plazas de Holanda cu-

biertas de diques, y rodeadas de baluartes dispuestos sabiamente, se estableció la guerra y quedó como encadenada. Ponerse delante de una plaza, embestirla, guardarse por medio de líneas de contravalación de las salidas de los sitiados, por medio de líneas de circunvalación de los ataques de los ejércitos de socorro, asegurarse allí las provisiones, mientras que por su parte el enemigo aspiraba á cortar los víveres á los sitiadores ó á distraerles de su empresa, para socorrer así la plaza, tal fué en suma toda la ciencia de los capitanes. Allí no se veían grandes movimientos, ni batallas decisivas, sino al revés muchos ardides para interceptar convoyes ó distraer al sitiador de su objeto, hasta el punto de que en la carrera de los Nassaus, desde el año de 1579 hasta el de 1648, esto es, desde la proclamación hasta el reconocimiento de la independencia holandesa, á lo sumo hubo cinco ó seis batallas dignas de este nombre, y un centenar de sitios entre grandes y chicos. Durante esta guerra de asedios, que llena las dos terceras partes de un siglo, los holandeses, á quien el mar quedaba expedito, se revestían de paciencia porque estaban seguros y ganaban con que pagar á sus soldados, y con esta paciencia daban ayuda y aun creaban el tesoro de los Nassaus tan justamente celebrado.

Por esta época la creación de la infantería (efecto y causa á la par de la independencia de las naciones), comenzada por la lucha de los suizos contra las casas de Austria, y de Borgoña, proseguida por la lucha de las ciudades holandesas contra España, un nuevo desarrollo adquiría en la lucha del protestantismo contra el catolicismo. Durante

la guerra llamada de Treinta años, un héroe tan justamente popular como Gustavo Adolfo dió á los Nassaus el mayor impulso al arte militar de la edad moderna. Rey de un país pobre, si bien robusto y valeroso, temiéndose que defender contra un pretendiente, su primo, rey de Polonia, y por tanto rey de una nación á caballo, su fuerza buscaba en la infantería, y á organizarla bien aplicaba toda su atención y toda su inteligencia. Esta infantería era una especie de falange macedónica tan compacta como profunda, defendiéndose con picas extremadamente largas, y llevando á su frente y á sus alas algunos hombres armados de mortueros. Poco manejables eran estas masas, y Gustavo Adolfo aplicóse con todo el esmero de un verdadero instructor de infantería á entremezclar del mejor modo posible los piqueros y los fusileros, á hacer que desapareciera la armadura como inútil ante las balas de cañon de todo punto, y á dar así mayor movilidad á los ejércitos y á multiplicar y hacer mas ligera la artillería. Aunque estuvo muy lejos de completar el triunfo de la infantería, solo por haber logrado que hiciera un notable progreso tal arma, al fin venció el rey de Polonia, solo fuerte en caballería, le obligó á renunciar á sus pretensiones á la corona de Suecia, y reponiendo al llamamiento de los protestantes, vencidos por Tilly y Wallenstein, bajo Alemania, hacia donde le impulsaban á la par una fé sincera y el amor de la gloria. Digno es de nota, pues demuestra la lentitud de los progresos de lo que se denomina la gran guerra, que este héroe, uno de los mortales mas valientes enviados por Dios al mundo, se mostró en sus movimientos con una timidez extremada.

Alumno de los Nassaus anduvo girando en torno de las plazas, jamas quiso abandonar las orillas del Báltico hasta que hubo conquistado las fortalezas del Oder por completo, y de resultas de no prestarle el elector de Sajonia á Wittenberg, á fin de pasar con plena seguridad el Elba, á su vista dejó que Tilly se apoderara de Magdeburgo, é hiciera de esta ciudad sin ventura una ejecucion espantosa, que por toda Europa resonó entonces y dió margen á que se dudara del carácter del héroe sueco. No obstante, llamado á voz en grito por los sajones, sin poder resistir á sus instancias, habiendo experimentado muchas veces el valor de su infantería, al cabo aceptó en las llanuras de Leipsick contra Tilly un primer encuentro, y ganó una batalla que puso á sus pies la casa de Austria, y cuando Oxenshiern, menos audaz que su monarca, le aconsejaba marchar sobre Viena, para terminar allí la guerra, se fué primero á ostentar en Francfort el triunfo, y después á pasar un año en medio de Baviera en inciertas marchas, y á perder algunos meses en cubrir á Nuremberg contra Wallenstein, hasta seguirle por fin á Lutzen, en cuya célebre llanura dió casi á pesar suyo y ganó la segunda gran batalla de su carrera heroica, donde murió á semejanza de Epaminondas en el seno de la victoria. Ciertamente Gustavo Adolfo es uno de los personajes mas cumplidos de la humanidad por la altura de la bizarría, la nobleza de los sentimientos, y la extension y el buen tino de la mente, y se incurria en un error enorme, si á su timidez personal se atribuyeran la timidez y la incertidumbre de sus movimientos. No era Gustavo Adolfo el tímido, sino el arte. Pero muy luego iba el arte á

variar de sistema: una nueva revolucion se habia de operar en tres actos, consumándose en Francia con Condé, Turena y Vauban el primero, con Federico en Prusia el segundo, y nuevamente en Francia con Napoleon el tercero. Asi para mayor gloria de Francia, á esta revolucion de trascendencia debia dar principio y remate.

Reducido el arte de la guerra, segun se ha visto, á girar en torno de una plaza para apoderarse de ella ó llevarla socorro, se parecia á un pájaro sujeto por un lazo á la tierra, sin posibilidad de andar y menos de volar hácia su objeto, esto es, al punto decisivo de la guerra. Gustavo Adolfo habia aprendido de los Nassaus, y los franceses aprendieron primeramente de Gustavo Adolfo. Muchos de sus oficiales, y particularmente el bizarro Gassion, se habian formado en su escuela, y sus lecciones trajeron á Francia, cuando el genio de Richelieu empeñaba á los franceses en la guerra de Treinta años, donde sucedian á los suecos, á quienes la muerte de Gustavo Adolfo habia privado de hacer la primera figura. Naturalmente junto á la frontera del Rin y de los Países Bajos encontraron los generales franceses á los generales de Austria y de España, separados recientemente, bien que siempre aliados. A sitios que llevar á remate ó de que distraer se redujo la guerra toda, Vauban tomó de manos de los holandeses el arte de los sitios, y elevólo á una perfeccion no superada todavia ni en nuestro siglo. Sin embargo, el arte militar permanecia encadenado en torno de las plazas, cuando un príncipe todavia mozo, dotado de sagaz talento, de impetuoso brio, amante de la gloria, á quien Dios habia hecho tan confiado como Alejandro, y á

quien su calidad de príncipe de la sangre colocaba por encima de las timideces de la responsabilidad ordinaria, se presentó en la liza, y lastidiándose, por decirlo así, de la guerra metódica de los Nassaus, según la cual no se daba batalla sino en el último extremo, al cabo salió del círculo en que parecía encerrado el genio de los capitanes. Rodeado la primera vez que ejerció mando de consejeros que se le habían dado para contener sus bríos, no les hizo caso, y solo dió oídos á Gassion, rival suyo en el arrojo, y sorprendido en un desfiladero, que iba á parar á la llanura de Rocroy, audazmente desembocó delante de un enemigo valiente y muy experimentado, le acometió por sus dos alas, compuestas de caballería según el método de entonces, las puso en derrota, y luego revolvio contra la infantería, quedada en el centro á semejanza de una ciudadela que repara sus brechas, la ententó á cañonazos, y después la destruyó en esta jornada, que fué la postrera de la infantería española (1). Ciertamente este día no alteró Condé el arte de combatir en nada, pues aun era el mismo de Farsalia y de Arbellá, si bien se mostró innovador verdadero en lanzarse á dar batalla, y en ir así en durechura al fin decisivo de la guerra, modo de proceder el mas humano, aunque el mas sangriento por de pronto.

(1) Nada aficionado á anotar obras ajenas, me he abstenido de oponer reparos de bulto á las aseveraciones de este historiador eminente en repetidas ocasiones. Ahora ultrajado mi patriotismo contra tal absoluta, desmiente de la manera más rotunda la falsedad notoria de tal baladronada. Después de Rocroy ha sepultado la infantería española á muchos miles de franceses.

Así Condé vino á ser prototipo de audacia. Muy pronto en Friburgo, no parándose en lo malo del terreno, en Nordlingen no inquietándose de resultas de tener batida una de sus alas y el centro ya encentado, al fin ganaba una batalla perdida ó punto menos á fuerza de persistencia en la audacia. Con su venturosa mezcla de atrevimiento y de golpe de vista llegó á figurar como el más insigue general de batalla, que hasta entonces se hubiese conocido en los tiempos modernos. A su lado, delante de su vista, después bajo su mando, muy luego ya solo, se formaba otro capitán destinado á ser émulo suyo, menos atrevido sobre el campo de batalla, si bien más osado en las marchas y en la concepcion general de sus campañas; todos comprenden que se alude á Turenna. Tratado Condé como príncipe de la sangre no tenía á su cargo las cosas fáciles sin duda, porque no hay cosas fáciles en la guerra, pero si las más grandes, para las cuales se prodigaban los recursos. Turenna, que con el tiempo vino á ser el predilecto de la corona, á los principios y con particularidad junto al Rhin estuvo encargado de las tareas ingratas, de aquellas en que se necesitaba hacer cara á un enemigo superior con fuerzas insuficientes, y se le vió ejecutar marchas de increíble osadía, ora cuando en 1646 bajaba al Rhin, que iba á pasar por Wesel para incorporarse á los suecos y obligar á la paz al elector de Baviera; ora cuando, fingiendo adormecerse de fatiga el año de 1676 al final de una campaña, de pronto salía de sus cantones, y se lanzaba improvisamente sobre los cuarteles de invierno del enemigo, y le ponía en fuga, y le arrojaba más allá de las fronteras. Así cabe decir que Condé habia dado al arte mili-

tar la audacia de las batallas, y Turena la audacia de las marchas. Después de estos dos insignes capitanes, de nuevo se iba a estancar el arte y a andar aun a tientas hasta mediados del siglo décimo octavo, época en que una inmensa lucha le debía impeler a dar su segundo paso, elevándolo a lo que verdaderamente se puede llamar la gran guerra.

Para figurarse lo que ya se había hecho y lo que todavía quedaba por hacer a punto fijo, necesario se hace recordar cuáles eran entonces la composición de los ejércitos, la proporción y el empleo de las diferentes armas y la manera de dar batalla. Todo esto se puede ver descrito con puntualidad notable en las Memorias del ilustre Montecúculi, uno de los más sabios generales de aquel tiempo. A pesar del desarrollo que había ya recibido la infantería, aun no formaba más que la mitad de las tropas reunidas sobre un campo de batalla, componiéndose la otra mitad de la caballería. En cuanto a la artillería era poco numerosa, a lo sumo de una pieza por cada mil soldados, y de muy difícil transporte. Tal era el orden de batalla como lo vemos en los historiadores de Anibal y de César, únicos maestros estudiados entonces; es decir, que la infantería estaba siempre en el centro, la caballería sobre las alas, y al frente la artillería, sustituyendo las máquinas de los antiguos, sin hacer otra cuenta acerca del terreno, sino que la caballería se estrechaba acaso, ó se replegaba hacia la espalda; ó hacia en suma lo que estaba a su alcance, si el terreno de las alas aparecía poco favorable para su despliegue. La artillería empezaba por cañonear al enemigo para ver de que vaciara su firmeza, después la caballería de las alas

cargaba a la que tenía enfrente, y si lograba la ventaja, al punto revolvía sobre el centro, donde las tropas de a pie venían a las manos, de flanco ó de revés acometía a la infantería del enemigo, y de esta suerte daba cima a su derrota. Pocas batallas se podrán citar de los tiempos de Gustavo Adolfo, de Condé y de Turena que pasaran de otro modo. No ofrecen espectáculo diferente las de Lutzen, Rocroy y las Dunas, que figuran como las más famosas. Así no es como se procede en los tiempos actuales, pues la caballería no está sobre las alas, ni la infantería en el centro, ni la artillería sobre el frente. Cada arma se sitúa según el terreno, la infantería en los sitios escabrosos, la caballería en el llano, la artillería donde quiera que pueda servirse de sus fuegos con ventaja. Hoy el grueso de los ejércitos lo forma la infantería, representando las cuatro quintas partes de los combatientes, y teniendo su porción de caballería para las exploraciones, su porción de artillería para darle apoyo, más ó menos según el terreno, y si existe una gruesa reserva de caballería y de artillería, como en los tiempos del imperio, se halla en manos del general en jefe, a fin de descargar los golpes decisivos, si sabe usar de sus recursos con la oportunidad del genio.

Tanto entre los antiguos como entre los modernos, a situar la caballería sobre las alas había inducido la necesidad de cubrir los flancos de la infantería, que no sabía maniobrar como ahora, y hacer frente hacia todas partes con formarse en cuadro. Una verdadera falange macedónica era hasta fines del siglo XVII la infantería, una especie de cuadrilongo, presentando al enemigo su



frente prolongado y entremezclado de piqueros y de algunos mosqueteros. Por lo común estos se situaban sobre el frente y cubiertos por la longitud de las picas hacían fuego, después corrían á lo largo del batallón al aproximarse al enemigo, y se iban á colocar sobre las alas, dejando al cuidado de los piqueros ejecutar la carga ó repelerla al arma blanca. Fácil es de comprender que si los fuegos hubieran tenido entonces la importancia que tienen ahora, tal batallón quedara destruido muy pronto. Horrorosos estragos hicieron las balas de cañón al penetrar en masas donde diez y seis y á veces veinte y cuatro hombres se hallaban alineados unos detrás de otros. No teniendo picas más que sobre su frente, este mismo batallón se hallaba en la imposibilidad de defender contra un ataque de caballería sus flancos.

Así para obviar los inconvenientes de este modo de presentar las fuerzas, no era raro ver como en Lutzen y en Rocroy á las infanterías austriaca y española formarse en cuatro grandes masas y hacer frente hácia todas partes, componiendo así con todas las tropas de a pié un solo grueso cuadro.

Hoy se halla resuelto el problema del todo, merced á la invención del fusil con bayoneta, debida al admirable francés Vauban, que de resultados de invención semejante figura como el verdadero autor de la táctica moderna. Con efecto, añadiendo por medio de la bayoneta un hierro de lanza al antiguo mosquete, virtualmente puso fin á la distinción de piquero y de mosquetero. Desde entonces ya no debió haber más que una especie de infante en proporción de hacer disparos y de oponer una punta de hierro al jinete. Consecuencia forzo-

sa de tal cambio era la formación moderna de la infantería; pero las consecuencias de un principio no se sacan al golpe, y sobre todo no se aprovechan durante la guerra las lecciones que ha dado, sino en el seno del silencio y de las meditaciones que durante la paz son permitidas.

Durante las guerras de Luis XIV no produjo todas sus consecuencias el fusil con bayoneta. Al principio se anduvo en vacilaciones, y todo se redujo por de pronto á disminuir las filas de la infantería, para presentar menos masa á los fuegos del enemigo, y hacerlos también en menor copia, logrando más despliegue.

Pero á mediados del siglo XVIII, que tan feo había de ser en revoluciones de todas clases, se preparaba la revolución del arte de la guerra. En este siglo de duda, de exámen y de investigaciones, en que un mismo espíritu removía sordamente las profesiones todas, se dedicaron los militares á ir tras de nuevos procedimientos. Una monarquía alemana existía casi tan fuerte como Baviera, aunque en mejor posición para resistir al poder imperial, de difícil alcance como situada más hácia el Norte, apoyada sobre un pueblo robusto y bravo, habiendo hecho ya notable figura durante las guerras del siglo XVII, y concebido una vasta ambición desde entonces, animada de espíritu protestante y dispuesta á hacer una oposición formidable á la católica Austria; esta potencia era la Prusia. En el gran elector había tenido un soberano militar de nota: en su sucesor tuvo un príncipe vano, enamorado del título de monarca, que compró al emperador á costa de entregarle sus fuerzas. Sin embargo, este título al parecer vano, era una

especie de empeño contraído con la grandeza, y transformada Prusia en reino, de súbito se hizo tan ambiciosa como aparecía titulada. Al príncipe que se hizo monarca sucedió un príncipe enfermizo, moroso y arrebatado hasta la demencia; si bien dotado de cualidades reales, avato de la sangre de sus súbditos y de sus haciendas, alcanzándosele que Prusia convertida en reino, se debía preparar á sostener su categoría, y con esta mira, acumulando tesoros y formando soldados, aun cuando personalmente no amara ni quisiera emprender la guerra. Fama ha quedado de su pasión por los gallardos granaderos, y tan conocida era entonces, que los anhelantes de adquirir ascendente sobre su ánimo, le ofrecían hombres altos de talla, al modo que á ciertos monarcas se les hacen presentes de caballos ó de cuadros. Este príncipe, cuyo espíritu se hallaba atacado de sombríos vapores, no era apto para soportar de continuo el peso de la corona, lo había descargado sobre dos favoritos, uno para lo político, Mr. de Seckendorf, y otro para lo militar, el príncipe de Anhalt Dessau, hábil el primero é intrigante, dotado el segundo de verdadero genio para la guerra. Figurando en las últimas campañas de Luis XIV, el príncipe de Anhalt Dessau se había distinguido en Malplaquet á la cabeza de la infantería prusiana, y había adquirido el convencimiento de que en adelante con las tropas de á pie sería forzoso decidir de la suerte de los imperios. Maniobrando sobre la esplanada de Postdam desde por la mañana hasta por la noche con la infantería prusiana, allí acabó por comprender toda la transcendencia de la invención de Vauban, y armó aquella infantería de fusiles con bayoneta, la dispuso

en tres filas, y casi llegó completamente á la organización del batallón moderno. Y no se limitó á creación semejante, sino que haciendo maniobrar cotidianamente á la infantería prusiana delante de sus ojos, la animó de un espíritu de tan enérgico temple como el suyo, otro servicio también relevante, porque si en un ejército el mecanismo importa mucho, la moral no importa menos, y sin este requisito el ejército mejor organizado no es más que una máquina excelente sin impulso.

Su rey le aprobaba de continuo y le daba apoyo, y resuelto á no hacer la guerra en persona, sin embargo deseaba que se hallase en apuro de hacerla su pueblo. Un instinto profundo, confuso, indefinible, le empujaba á proceder en tal sentido, sin propósito deliberado, y tan sin saber la obra que traía entre manos que no echó de ver en su hijo al hombre que había de hacer uso de los medios que preparaba tan á maravilla.

Educado este hijo por protestantes franceses, y pasando de manos de los protestantes á las de los filósofos muy pronto, lleno de genio y de impertinencia, teniendo lo pasado del mundo como una tiránica extravagancia, mirando como una preocupación ridícula todas las religiones, no reconociendo mas autoridad que la del talento, hastiado mostróse del pedantismo militar que reinaba en la corte de Berlin, y por este motivo se hizo odioso á su padre, el cual en un acceso de cólera apaleó con su bastón al que había de ser Federico el Grande en la historia. A la verdad el gran Federico, apaleado y metido en un castillo por no amar bastante lo militar, es uno de los singulares espectáculos que la historia ofrece á las veces. Pero el año

de 1740 murió este extraño padre, y de súbito el hijo se lanzó sobre las armas de Aquiles, que al pronto no había reconocido por las suyas. De morir acababa el emperador Carlos VI, dejando por heredera única á María Teresa, su hija, á la cual nadie juzgaba capaz de defender su herencia. Cada cual codiciaba una parte. Baviera anhelaba la imperial corona. Francia aspiraba á conquistar cuanto á la margen izquierda del Rhin poseía el Austria. España tenía asimismo ambiciosas miras sobre Italia; y el jóven Federico pensaba en hacer dignos sus Estados por su dimension del título de reino. Sin embargo, á la par que todos devoraban con la vista una parte de la herencia de María Teresa, nadie se atrevía á echarla mano. Federico obró á semejanza de las gentes que prenden fuego á la casa donde van á hacer un robo; se arrojó sobre la Silesia, muy pronto le imitó la Europa toda, y así produjo el incendio, de que se debía aprovechar tan á maravilla. Habiendo recibido de su padre un tesoro bien repleto y un ejército mantenido siempre en pie de guerra, por el mes de octubre de 1740 entró en Silesia á los seis meses de ascender al trono, ya por diciembre había conquistado la provincia toda, pues casi no tenía tropas que oponerle el Austria, y de esta suerte acreditaba la superioridad de un pequeño príncipe dispuesto á la lucha sobre otro grande que aun no está preparado.

Con todo, no se oyó más que un grito en Europa, á saber, que el jóven rey de Prusia era un calavera, y que expiaría su temeridad al mes siguiente. Efectivamente, habiendo juntado sus fuerzas, de Bohemia desembocaron los austriacos en Silesia, y tan poca experiencia tenía á la sazón Fe-

derico que les dejó situarse á su espalda é interceptarle el paso de Prusia. Acto continuo retrocedió y marchó hácia ellos con la audacia que inspiraba todas sus acciones, y les dió batalla, aunque no había hecho maniobrar un batallón hasta entonces, teniendo vuelta la espalda al Austria, á la par que los austriacos la tenían vuelta á la Prusia. De haber sido batido, ya á Berlin no le vieran más sus ojos, y lo singular es que en esta primera batalla no observó Federico otra táctica que la de los pasados tiempos. Su excelente infantería, mandada por el bizarro mariscal Schwerin, se hallaba en el centro, su caballería sobre las alas, su artillería al frente, como en Lutzen, Rocroy y las Dunas. La caballería austriaca, situada asimismo sobre las alas y muy superior así en calidad como en fuerza, se lanzó al galope y llevóse de calle á la caballería prusiana, y con ella al jóven Federico, que nunca había asistido á parecida escena. Pero mientras las dos caballerías corrian á la espalda, una en persecución de otra, firme se mantuvo en línea la sólida infantería prusiana. Si las cosas pasaran como en los tiempos de Condé ó de Alejandro, revolviendo la caballería austriaca sobre la infantería prusiana, la cogiera por los dos flancos, y la destruyera muy luego. No aconteció de este modo, pues, tras de mantenerse inmóvil el viejo mariscal Schwerin se lanzó adelante y se hizo dueño del arroyo y del molino de Molwitz, y cuando la caballería austriaca volvió victoriosa, ya encontró destrozada su infantería y perdida la batalla. Federico triunfó así de resultas del valor de su infantería, vencedora mientras personalmente se veía arrollado á su espalda. Pero ya lo dijo por sí mismo,

la lección era buena, y se generalizó muy pronto. Europa lo ponderó como milagro, hombre de guerra llamó á Federico, y no calavera como antes; pero lo de mayor importancia era que la infantería prusiana acababa de adquirir un gran ascendiente, y lo supo conservar hasta encontrarse en 1792 con la infantería de la revolución francesa.

Durante los años siguientes, Federico alcanzó una segunda, una tercera, una cuarta victoria, y al cabo de varias alternativas, mientras Baviera y Francia se habían extenuado sin obtener la corona imperial la una, y la izquierda del Rhin la otra, únicamente Federico llegaba al logro de sus miras, y ganaba la Silesia, justo galardón de una política profunda, y de una guerra conducida á tenor de principios excelentes y nuevos.

Sin embargo, una provincia como Silesia no se gana ó se pierde de un golpe. Dos motivos tenía la piadosa María Teresa para ser implacable, el sentimiento de ver desmembrado su patrimonio, y el orgullo de la casa de Austria humillado por un joven innovador y despreciador de Dios y del Imperio. Así acechaba la ocasión de tomar venganza, y no debía estar largo tiempo en espera. Siendo Federico así en la política como en la guerra tan dueño de sí propio, solo á su espíritu burlesco no sabía poner freno, y Europa le suministraba repetidas ocasiones de ejercitar esta propensión suya, á las cuales no sabía resistir de ningún modo. Una mujer elegante y aguda, representante de la sociedad culta, dominaba en París la indolencia desordenada de Luis XV. Otra mujer bella y licenciosa, la emperatriz Isabel, dominaba la ignorancia de la corte de Rusia. Ofendiendo Federico á

ambas con sus chistes, y haciéndolas así aliadas de María Teresa, se trajo encima la terrible guerra de siete años, en que, apenas sostenido por el oro de Inglaterra, se tuvo que mantener en lucha contra todo el continente. Durante esta guerra fué cuando tomó vuelo el arte.

A Federico se ha visto batirse en Molwitz como se hacia en Rocroy, en Farsalia, en Arbella, con la infantería en el centro y la caballería sobre las alas. Sorprendido por la superioridad de la caballería austriaca, ante todo aplicóse á proporcionar á la suya, de que tenía gran necesidad sobre las llanuras de Silesia, cuanto le faltaba de cualidades militares, y así llegó á darla una solidez de que carecía la caballería austriaca. Pero su poderío asentólo principalmente sobre la infantería prusiana. A esto le alentaron dos razones, la misma excelencia de esta infantería, á la cual era deudor de sus primeros triunfos, y la naturaleza del terreno donde tenía que sustentar la lucha. Silesia es una llanura; pero no era allí donde había que disputar la posesión de su territorio, sino en Bohemia, ó más bien sobre las montañas que separan las dos provincias. Así conoció la necesidad de servirse especialmente de la infantería, y de emplear la caballería y la artillería como sus indispensables auxiliares, más ó menos importantes según el lugar de la contienda. En suma allí aprendió y enseñó el arte de emplear las armas con sujeción á la naturaleza del terreno.

De esta suerte el hombre que en Molwitz había situado su infantería en el centro y su caballería sobre las alas, en Leuthen y en Rosbach procedía de muy diverso modo. En Leuthen, batalla califi-

cada por Napoleon como *la obra maestra de Federico el Grande*, á los austríacos ve con su izquierda apoyada sobre una eminencia cubierta de matorrales y con su derecha extendida por la llanura. Aprovechándose de una cortina de ribazos, que le separa del enemigo, por detrás hace desfilar á la mayor parte de su infantería, la conduce sobre la izquierda de los austríacos, les quita la posición de Luthen al punto, y ya desalojados de la altura, con su caballería los agobia sobre el llano, y hallándose á punto de perecer el día antes, en una sola jornada restablece sus asuntos, destruyendo ó capturando la mayor parte de las fuerzas que le han sido opuestas.

Acampado se hallaba en Rosbach sobre una altura de difícil acceso, con pantanos hácia su derecha y bosques hácia su izquierda. Operando también el príncipe de Soubise de distinto modo que se hacia en el siglo XVII, le ocurre rodear á los prusianos, y sin explorar el terreno mete al ejército francés por los bosques extendidos á la izquierda del enemigo. Federico deja que se internen los franceses en esta especie de garganta, les ataja el paso sin más que presentar algunos batallones de buena infantería, despues se precipita con la caballería de Seidlitz sobre sus flancos, y los pone en tal derrota que, á no ser por los triunfos de la revolución y del imperio, aun no podrian recordar los franceses sin sonrojo.

De consiguiente Federico habia cambiado el arte de pelear completamente, haciendo uso de las diversas armas segun el terreno. Sin embargo habia contraído una costumbre, á causa de que todo individuo se aficiona á una manera particular de

proceder tanto en la guerra como en las demás artes, y así adoptaba por maniobra favorita la de acometer vigorosamente á una de las alas del enemigo para decidir la victoria, destruyendo este ala, de donde nacieron las famosas discusiones sobre el *orden oblicuo*, que llenaron mucha parte del siglo XVIII.

No solo operaba Federico una revolución en el uso de las diversas armas, sino que también cambiaba sus proporciones, pues reducía la caballería de la mitad á la tercera parte á lo sumo, y desarrollaba la artillería en términos de hacerla más numerosa á la par que de más fácil transporte.

Finalmente consumaba cambios todavía de mayor nota bajo el aspecto que exige más superioridad de talento, el de la dirección general de las operaciones. Durante el siglo anterior se giraba en torno de una plaza, ya para apoderarse de ella, ó ya para impedir que fuese tomada. Reducido Federico á luchar contra los ejércitos de toda Europa, que desembocaban ora de Bohemia, ora de Polonia, ora de Franconia, se vió obligado á pelear contra todos sus enemigos al mismo tiempo, á descuidar el peligro no más que amenazador para hacer cara al que se presentaba como verdaderamente alarmante, á sacrificar á lo principal lo accesorio, á correr de un ejército á otro para batirlos alternativamente, y á salvarse por virtud del hábil manejo de sus fuerzas. Pero aun cuando, merced al progreso de cada arma y á la situación excepcional de Federico, entonces llegara á ser la guerra más viva, más alerta, más osada, mucho distaba todavía de ser como la hemos visto en nuestro siglo. Federico no salió nunca de la Sile-

sia y de la Sajonia, esto es del espacio comprendido entre el Oder y el Elba, y jamás pensó en abarcar de una vasta ojeada toda la configuración de un imperio, para descubrir el punto adonde convenia dirigirse audazmente, á fin de descargar el golpe que pusiera término á la guerra. Ya habia pensado en ocupar á Dresde, que estaba á su alcance, aunque jamás le ocurrió marchar sobre Viena. Si desde Glogau ó desde Breslau corria á Erfurt era porque, despues de haber combatido á un enemigo, se le señalaba otro nuevo ya cercano, y corria allí á semejanza del valiente animal acosado por los perros que se abalanza ora á aquel ora á este, cuando tras de los dientes del uno ha sentido los del otro. En suma á una grande revolucion habia dado principio, mas no remate. Asi todavía acampaba por ejemplo, y no sabiendo como Napoleon el año de 1814 acechar en un falso movimiento del enemigo la ocasion de una decisiva maniobra, se encerraba dentro del campo de Buntzenwiltz y allí pasaba muchos meses en espera de la fortuna, que efectivamente le venia á salvar de ruina cierta, con hacer que Pedro III sucediera á la emperatriz Isabel sobre el trono de Rusia. No solo se limitaba á acampar como vestigio de las antiguas costumbres, sino que tambien cubria su frontera con lo que entonces se denominaba *el estrago*. Queriendo impedir el acceso de la Silesia á los ejércitos austriacos, luego prendia á las mieses, y cortaba los árboles é incendiaba las haciendas en un espacio ancho de diez ó quince leguas, largo de treinta ó cuarenta, y en lugar de operaciones sabias oponia el hambre al enemigo. Por no ser aun bastante atrevida y hábil era más cruel la guerra.

De consiguiente, si Federico habia cambiado el orden de batalla, subordinándolo al terreno, si á los movimientos habia comunicado una expedicion desconocida hasta entonces, obligado como estaba á luchar á la par contra tres potencias, aun no habia impulsado la gran guerra á sus últimos desarrollos. Este cuidado dejó á la revolucion francesa y al hombre extraordinario, que debia llevar sus banderas á los confines del mundo civilizado. Sin embargo habia hecho muy bastante, y en la marcha del espíritu humano pocos varones han cruzado tan vasto espacio. Con efecto, á fuerza de carácter y de genio, Federico habia resistido á Francia, Austria y Rusia, con una nacion que no pasaba de seis á siete millones de hombres, aun despues de adquirida la Silesia; verdadero prodigio que fuera irrealizable á no mediar algunas circunstancias, que hay que enumerar brevemente, á fin de que sea concebible. Ante todo Inglaterra ayudó con su oro á Federico, parsimoniosamente sin duda, pero le ayudó al cabo. Mediante este oro proporcionóse soldados, y como se batian alemanes contra alemanes, en la noche siguiente á las batallas sus prisioneros transformaba en reclutas, cosa que le permitió suplir á la insuficiencia de la poblacion prusiana. Además ocupaba una posición concéntrica entre Rusia, Austria y Francia, y corriendo velozmente de Breslau á Francfort junto al Oder, de Francfort á Dresde, de Dresde á Erfurt, así podia hacer frente á todos sus enemigos, lo cual facilitaba una circunstancia todavía más decisiva, á saber, que Austria hacia una guerra seria, á la par que Rusia y Francia no hacian más que una guerra de capricho, gobernadas como es-

taban por antojos de corte. Isabel enviaba anualmente un ejército ruso, que daba una batalla y despues de ganada ó perdida se retiraba á Polonia. Por su parte los franceses, ocupados contra los ingleses en los Países Bajos, y tan deplorablemente administrados como mandados, de vez en cuando enviaban una hueste, que mal recibida, como en Rosbâch por ejemplo, ya no volvía á aparecer nunca. Así Federico en realidad no tenía que haberse las más que contra Austria, lo cual no hace menos asombroso su triunfo, ni le hubiera salvado tampoco, si no fuese lo que se denomina *legítimo* en nuestro tiempo. Con efecto, dos veces entraron en Berlín sus enemigos, y en vez de pensar en destituirle del trono, como lo hubieran hecho sin duda de tener un pretendiente que colocar en su puesto, se marcharon despues de imponer una contribucion de algunos centenares de miles de escudos. Estas circunstancias reunidas, sin disminuirlo en lo más leve, explican el prodigio de un pequeño príncipe luchando contra las tres mayores potencias de Europa, haciéndolas frente por espacio de siete años, desconcertándolas con sus golpes imprevistos, fatigándolas con su teson, dando lugar á que la fortuna le deparara en Rusia un cambio de reinado, y finalmente desarmando con su genio y su constancia á las tres mujeres, á quienes habia desencadenado con su mala lengua. De todas maneras su obra es á todas luces una de las más memorables de la historia, y digna es de figurar entre las de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo y Napoleón en suma.

A la revolucion francesa tocaba comunicar al arte de la gran guerra un último y decisivo im-

pulso. Con efecto, el movimiento civilizador que habia sustituido la infanteria á la caballería, estos, las naciones á la nobleza á caballo, su postrer empuje debia recibir de la revolucion de Francia, por ser la explosion de las clases medias. Dos sentimientos se albergaban el año de 1789 en el corazón de los franceses; la pesadumbre de ver desde Luis XIV en decadencia á Francia, lo cual atribuian á las ligerezas de la corte, y la indignacion contra las potencias europeas, que les querían impedir la reforma de sus instituciones, dándolas el principio de la igualdad civil por base. Así la nacion entera corrió á las armas. Aun viéndose privado de resultados de la emigracion de una buena parte de sus oficiales, el antiguo ejército real bastó para los primeros enenentros, y dió felices combates á las órdenes de Dumouriez, general que hasta la edad de cincuenta años habia malgastado su genio en vulgares intrigas. Pero bien pronto se deshizo aquel ejército bajo el fuego de tan terrible guerra, y la revolucion envió para reemplazarle oleadas de poblacion que vinieron á ser infanteriaz. De hombres presurosamente alistados no se hacen jinetes, ni artilleros, ni zapadores; pero en una nacion militar por esencia, y con la tradicion y el orgullo de las armas, bien se pueden hacer infantes. Incorporados estos infantes á las medias brigadas que aun quedaban del ejército antiguo, y llevándole su audacia y tomándole la organizacion suya, al principio se lanzaron sobre el enemigo como hábiles tiradores, y luego lo repelieron vigorosos, cargándole en masa á la bayoneta. Con el tiempo aprendieron á maniobrar delante de los ejércitos más maniobristas de Europa, los que en

la escuela de Federico y en la de Daun se habian formado; con el tiempo asimismo suministraron artilleros, jinetes, ingenieros, y adquiriendo la disciplina de que estuvieron faltos al principio, y conservando de su primer empuje la agilidad y la osadia, pronto figuraron como el primer ejército del mundo.

No era posible que este sentimiento poderoso del año de ochenta y nueve, combinado con las antiguas tradiciones militares de los franceses, les diera ejércitos sin darles tambien generales, ni que su infantería, ya tan habil en las maniobras como los mejores ejércitos alemanes, y más viva, más despierta, más agil que todos, no ejerciera poderoso influjo sobre los que la tenian bajo su mando, y así empujó á Pichegrú á Holanda, y á Moreau, á Kleber, á Hoche y á Jourdan al centro de Alemania. Pero mientras se formaban generales capaces de dirigir una hueste, se debia formar uno capaz de regir al mismo tiempo á todos los ejércitos de un vasto imperio, porque el impulso moral á semejanza del impulso físico comunicados á varios cuerpos lleva á cada cual á distancias proporcionadas á su volumen y á su peso. Mientras de este movimiento nacional eran producto los generales Pichegrú, Hoche, Moreau, Kleber, Desaix, Masena, en Tolon asomaba el maestro de todos, y este maestro en quien el universo reconoce al jóven Bonaparte, educado en las escuelas del régimen antiguo y en la mas sábia de las armas, la de la artillería, si bien poseido del espíritu nuevo, á su audacia personal, la mas gigantesca acaso que haya inspirado á alma humana, unia la audacia de la revolución francesa. Dotado de ese genio universal

que hace á los hombres aptos para todo, aun disposición tenia además que le era propia, la de estudiar el territorio sobre el mapa con abinco, y la propension á buscar allí la explicacion de los fenómenos de la política así como los problemas de la guerra. Inclinado sin cesar sobre los mapas, cosa que por rareza hacen los militares, y antes hacian mucho menos, de continuo meditaba sobre la configuración del territorio, donde ardia la guerra por entonces, y mezclando los delirios juveniles con estas meditaciones profundas, se decia que si fuera soberano haria esto ó lo otro, y empujaria los ejércitos de la república en tal ó cual sentido, no sospechando que soberano lo habia de ser algun dia, si bien sintiendo en lo interior de su alma algo indefinible, como á veces se siente saltar bajo las plantas el agua próxima á romper la tierra y á brotar en manantial fecundo. De estas solitarias meditaciones dedujo que, habiendo renunciado á los Países Bajos, Austria no era vulnerable más que en Italia, y que, para hacerla decisiva, allí habia que transferir la guerra. Hablando de continuo de estos ensueños a los directores, de quienes era dependiente, hasta el punto de moverles casi á fastidio, gobernador de Paris fué nombrado por de pronto, y luego, de resultas de ser Scherer batido, general en jefe del ejército de Italia. Apenas llegado a Niza, de una ojeada comprende el jóven general que no ha menester forzar los Alpes, sino *rodearlos*, segun ha dicho por sí con profundidad suma. Efectivamente, los piemonteses y los austriacos guardaban la garganta de Montenotte, donde los Alpes declinan mucho, para volverse á empujar despues con el nombre ya de Apenninos. Un



amago hace sobre Génova con el designio de atraer allí a los austriacos, luego de noche fuerza el paso de Montenotte, en cuya custodia quedan solos los piemonteses, y los carga á fondo, y sobre Turin los precipita en dos batallas, y arranca la paz al rey del Piemonte, y cae sobre el Pó en persecucion de los austriacos, que, al verse engañados con ser atraídos á Génova, se apresuran á retroceder para amparar á Milan, y corre á Lodi, y fuerza el paso del Adda, y hace alto junto el Adige, y allí le muestra su espíritu penetrante la verdadera frontera de Italia contra los alemanes. Un genio menos profundo corriera hácia el Mediodía, para posesionarse de Florencia, de Roma y de Nápoles. Ni siquiera le ocurre tal cosa. Al Directorio dice que contra los alemanes hay que disputar la Italia, y posición hay que tomar en su contra, pues quien va al mediodía de Italia encontrará Fornoe como Carlos VIII, ó el Trebbia como Macdonald á la vuelta (1). De consiguiente se decide á permanecer en el Norte, y con la misma perspicacia de genio comprende que el Pó tiene un curso demasiado largo para ser fácilmente defendido, que el Isonzo

(1) Aunque Carlos VIII salió victorioso en Fornoe, allí estuvo á punto de perder la vida, y pereciera con toda su hueste, si á la espalda no hallara tropas tan inferiores á las suyas. Por el contrario, hallando Macdonald junto al Trebbia tropas iguales en valor á las que tenia bajo su mando, allí estuvo á punto de ruina, á la verdad no por culpa suya, sino del Directorio, que le había enviado á Nápoles. De consiguiente el raciocinio de Napoleón conserva su solidez en ambos casos, y demuestra que en el Norte y no en el Mediodía conviene disputar la Italia.

siempre ofrece el peligro de ser rebasado por el Tirol á causa de hallarse muy avanzado, y que solo el Adige se puede defender victoriosamente, pues apenas sale este raudal de agua de los Alpes en Verona cae en los pantanos de Legnano, y como situado más acá del Tirol no puede ser rebasado de ningun modo. Asi el jóven Bonaparte establecióse junto el Adige, raciocinando en esta forma: Si los austriacos tratan de forzar el Adige por las montañas, necesariamente pasarán por la planicie de Rivoli; si lo quieren forzar por la llanura, se presentarán delante de Verona ó hácia los pantanos, en las cercanías de Legnano. Por tanto necesita situar el grueso de sus tropas en el centro, esto es, en Verona, dejar apostados dos destacamentos, uno en Rivoli y otro en Legnano, y reforzar alternativamente al uno ó al otro, segun la direccion que tome el enemigo, y permanecer imperturbablemente en la posición esta, haciendo una especie de pasatiempo del sitio de Mantua entre las diversas apariciones de los austriacos. Merced á esta profundidad de juicio, con treinta y seis mil hombres, apenas aumentados en quince mil durante el curso de la guerra, el jóven Bonaparte hace cara á todos los ejércitos austriacos, y dando en diez y ocho meses doce batallas, más de sesenta combates, haciendo más de cien mil prisioneros, abruma al Austria, y le arranca el abandono definitivo de la línea del Rhin á Francia, y la paz general de seguida.

Por más que se recorran las páginas de la historia entera, no se hallará cosa semejante. Aquí la concepcion general y el arte de los combates rayan en un grado de perfeccion nunca visto. Respecto

de la concepcion resalta lo de pasar las montañas en Montenoite despues de atraer á los austriacos á Génova de resultas de un amago fingido, y ya dueño de Milan no correr á Roma y Nápoles, sino á Verona, y concebir que, debiéndose disputar la Italia á los soldados del Norte, en el Norte hay que arrancarle el triunfo, dejar el Mediodía como un fruto que se caera del árbol así que esté sazonado, elegir entre las diversas líneas defensivas la del Adige, por no ser desmesuradamente larga como la del Pó, ni fácil de rebasar como la del Isonzó, y mantenerse allí invariablemente hasta atraer y destruir á todas las fuerzas del Austria. En cuanto al arte del combate resalta lo de aguardar al enemigo delante de Verona, si se presenta directamente rechazarlo á favor de la buena posicion de Caldiero, si sesga á la derecha hácia la llanura ir á acometerle en los pantanos de Arcola, donde el número no es nada, y el valor es todo, cuando descendiendo sobre el Tirol por la izquierda de los franceses recibirle en la planicie de Rivoli, y dueño allí de los dos caminos, el del fondo del valle seguido por la artillería y la caballería, y el de las montañas seguido por la infantería, primero lanzar á la caballería y la artillería al Adige, y despues hacer prisionera á la infantería por carcer del socorro de las demas armas, y coger diez y ocho mil enemigos con quince mil de sus soldados; y ejecutar todo esto á la edad de veinte y seis años, y juntar así á la audacia de la juventud toda la profundidad de la edad madura, ciertamente no tiene ejemplar en la historia, así por la grandeza de las concepciones como por la perfeccion al ponerlas en planta.

A la verdad iguales rasgos caracterizan la carrera del general Bonaparte; discernimiento transcendental del objeto á que hay que ir en una campaña, y habilidad profunda en aprovecharse del terreno donde obligan á combatir las circunstancias de la guerra, en suma, igual superioridad en los movimientos generales que en el arte de dar batalla.

Dueños eran los franceses el año de 1800 de Suiza, y la ocupaban hasta el Tirol con sus tropas, teniendo á la izquierda las llanuras de la Suabia y á la derecha las del Piamonte. No contando los austriacos de ningun modo con los movimientos atrevidos de su joven adversario, hasta Huninga habian avanzado por la izquierda, y hasta Génova por la derecha. Al golpe idea el primer consúl caer de ambos lados de la cordillera de los Alpes sobre su espalda, y á Moreau propone que descendiendo por Constanza sobre Ulma, á la par que personalmente baja sobre Milan por el San Bernardo. Moreau vacila en lanzarse así al corazón de Baviera en medio de masas enemigas. Dejándole en libertad de obrar á su antojo, el primer consúl cruza el San Bernardo sin caminos abiertos, haciendo rodar sus cañones dentro de troncos de árboles por entre precipicios, y á espaldas cae de los sorprendidos austriacos, y sobre el campo de Marengo les obliga á entregarle de resultas de una sola jornada la Italia entera, que dos años antes le habia costado doce batallas y sesenta combates, mientras que, operando á su manera metódica y prudente, Moreau tarda seis meses en acercarse á Viena.

Aquí también el punto donde conviene herir se

halla elegido tan atinadamente que el enemigo queda desarmado, apenas se ha descargado el golpe. Verdad es que la batalla decisiva no ofrece la perfección que la de Rivoli, por ejemplo, pues se estaba en la llanura, y el terreno presentaba pocas circunstancias felices, y un reconocimiento mal practicado fué causa de que se ignorase la presencia de los austriacos; de consiguiente el primer cónsul estuvo á punto de ser derrotado; pero en lugar de Grouchy tenia á Desaix por lugarteniente, y su llegada le trajo la victoria. Con todo, si un accidente hizo azarosa la batalla, no por esto la operación de situarse improvisamente á espaldas del contrario deja de ser un prodigio, solo comparable al paso de Anibal efectuado dos mil años antes.

Obligado en 1805 á renunciar á la expedición á Inglaterra y á lanzarse sobre el continente, el joven cónsul ya elevado á emperador en quince dias lleva sus ejércitos de Flandes á Suabia. Ordinariamente los franceses atraviesaban los desfiladeros de la Selva Negra para ganar las fuentes del Danubio, y segun su costumbre los austriacos acudían allí á toda prisa. A la sazón los detiene con presentar cabezas de columna en los principales de estos desfiladeros, en seguida se oculta á su vista de pronto, hácia su izquierda sigue á lo largo de los Alpes de Suabia, por Nuremberg desemboca á espaldas de los austriacos, á quienes encierra dentro de Ulma, y á todo un ejército de sesenta mil hombres obliga á rendir las armas, cosa nunca vista antes en siglo alguno. Desembarazado del grueso de las fuerzas austriacas, y noticioso de que los prusianos se hacen amenazadores, lejos de andar vacilante, se lanza sobre Viena y con su

movimiento arrastra á sus ejércitos de Italia, que tiene Masena bajo su mando y se los allega junto á Viena misma, y corre á Austerlitz donde encuentra á los rusos unidos á las reliquias del poder austriaco, y llegado al terreno finge vacilar y retroceder camino, y así tienta la presunción de Alejandro, que dando oídos á gente moza, se propone cortar al ejército francés de Viena. Al ponerlo por obra, Alejandro desguarnea la planicie de Pratzen, donde tenia su centro. Allí se arroja Napoleon á semejanza de un águila, y cortando en dos al ejército enemigo, sobre los lagos lanza una parte, y á un barranco la otra. De seguida revuelve sobre los prusianos, que en lugar de unirse á la coalición, se ven forzados á ponerse de rodillas y á alegar excusas por haber pensado en hacerle guerra.

Aquí tambien se notan una osadía y un tino sin par en los movimientos generales: una maravilla de habilidad y de presencia de ánimo es la batalla decisiva; y no es milagro que se hundan los imperios ante semejantes prodigios de arte.

En lugar de la paz segura y permanente que hubiera podido celebrar con Europa, embriagado el vencedor de Austerlitz con sus laureles, se atrae la guerra con Prusia, apoyada por Rusia. El ejército prusiano se situa detrás de la selva montañosa de Thuringia, á fin de cubrir las llanuras del centro de Alemania. Napoleon déjale en este sitio, por la derecha sube hácia Coburgo, luego desemboca sobre la extrema izquierda de la línea enemiga, y acomete á los prusianos de forma de cortarles del Norte, donde les aguardan los rusos, los abruma en Jena, en Awerstaedt, y rebasándolos de continuo al tiempo de su retirada, en Prenzlów, no le-

jos de Lubeck, se apodera hasta del último de ellos. Este día ya no había monarquía prusiana; jabolida estaba la obra de Federico el Grandel.

Necesario era ir al Norte á buscar á los rusos y cogellos cuerpo á cuerpo, á fin de escarmentarles de la costumbre de empujar de continuo contra los franceses á las potencias alemanas, á las cuales abandonaban tras de haberlas comprometido. Napoleon se traslada á las márgenes del Vistula, y por vez primera se halla ante las dos enormes dificultades del clima y de la distancia, que tan funestas le habian de ser mas tarde. Aun su ejército mantiene el vigor moral y físico en toda su fuerza: sin embargo, á tal distancia hay soldados que se van á la desbandada, y los hay á quienes desazonan el hambre y el frío. Napoleon acredita un empuje de voluntad y un genio de organización extraordinarios para mantener su ejército intacto, con energía indomable lucha sobre las heladas llanuras de Eylau contra la energía bárbara de los rusos, á consolidar su posición mediante la toma de Danzick dedica el invierno, y llegada la primavera, con su ejército descansado baja hacia el Niemen siguiendo el curso del Ale. Su cálculo estriba en que para vivir se habrán de acercar al litoral los rusos, en que tendrán que pasar el Ale por consiguiente, y al avance va con los ojos fijos sobre este suceso, del cual espera sacar decisivo partido. Efectivamente, á los rusos encuentra pasando el Ale por Friedland el 14 de junio, aniversario de la batalla de Marengo. Excepto los granaderos de Studinot á la espalda se hallan todos sus cuerpos de tropas. Llegado personalmente al terreno, á Ordinat emplea en hacer fuego de tiradores, y allí

trae el resto de su ejército á toda prisa. Ya que tiene sus fuerzas todas á la mano, en lugar de echarse encima de los rusos, se espera á que pasen el Ale; para empeñarles en el paso repliega su izquierda, y poco á poco adelanta su derecha hacia Friedland, donde están los puentes de los rusos, en seguida destruye estos puentes, y cuando ha privado al enemigo de todo medio de retirada, adelante lanza su izquierda replegada primeramente, hacia el Ale empuja á los rusos, y allí los amonтона como en un abismo, y ahoga ó hace prisionero casi en su totalidad á este ejército, el último que le pudiese oponer Europa.

Todo ofrece aquí el mayor grado de perfección sin duda. Prever que los rusos trataran de ganar el litoral para acercarse á sus almacenes, y que pasaran el Ale delante del ejército francés para realizar este designio, seguirles, sorprenderles en el momento del paso, aguardar á que hayan cruzado el río casi todos, quitarles sus puentes, y acto continuo arrollarles sobre el Ale, á la verdad son prodigios en que la prevision más profunda respecto de la concepcion general, corre parejas con la presencia de ánimo en la operación definitiva, esto es, en la batalla.

En Italia había sido Napoleon el general dependiente, reducido á limitados recursos; en Austria, en Prusia, en Polonia fué el general jefe de Estado, disponiendo de los recursos de un vasto imperio, dando á sus operaciones toda la extensión de sus concepciones, y derrocando en un día á Austria, en otro á Prusia, y finalmente en otro á Rusia, y todo esto á distancias adonde nunca se había llevado la guerra.

En el primer caso fué modelo del general subordinado, y dechado del general omnipotente y conquistador fué en el segundo. Aquí ya no hay aquellos movimientos circunscritos alrededor de una plaza, ni aquellas batallas clásicas en que la caballería formaba las alas y la infantería el centro, sino que los movimientos están en las proporciones de los imperios contra los cuales es la lucha, y las batallas tienen la fisonomía exacta del terreno donde se llevan á remate. A la de Leuthen se parecen las batallas, aunque superándola á todas luces; y lo que es los movimientos son mucho más trascendentales que los de Federico el Grande, al correr desalado de Breslau á Francfort junto al Oder, de Francfort junto al Oder á Erfurt, sin descargar nunca el golpe decisivo que pusiera fin á la guerra, sin que por esto dejen de ser muy de admirar la actividad, la constancia, el tesón de Federico, dignísimo de su sobrenombre de Grande. Sin embargo, es la verdad, que juntando el general francés á la audacia de la revolución francesa la suya propia, estudiando los grandes alineamientos del terreno, cual nunca se había hecho hasta entonces, tal grado de amplitud y de puntualidad comunicó á los movimientos generales que sus golpes eran seguros á la par que decisivos, y sin apelación en cierto modo. Bien se puede afirmar que á sus últimos límites había llegado ya el arte.

Por desgracia estos prodigiosos triunfos debían corromper, no al general, más consumado en su arte de día en día, sino al político, y persuadirle de ser posible todo, y llevarle, ora á España, ora á Rusia, con ejércitos debilitados á causa de su renovación rápida en demasía, y por entre dificultades acre-

centadas de continuo, ante todo por la distancia, no menor que de Cádiz á Moscou, despues por el clima, que alternativamente era el del Africa ó el de la Siberia, lo cual obligaba á los hombres á pasar de 40° de calor á 30 de frío, diferencias extremas para que por la vida animal puedan ser bien soportadas. En medio de temeridades de tanto bulto, al cabo debía sucumbir el mayor y más perfecto de los capitanes.

Así muchos jueces de Napoleon que, nunca bastante severos respecto de su política, lo son muy de sobra respecto de sus operaciones militares, le tachan de ser el general de los triunfos, y no el de los reveses, de saber invadir y no defender, de figurar el primero en la guerra ofensiva, y el último en la guerra defensiva, todo lo cual resúmen en la frase de que Napoleon jamás supo hacer una retirada. Este juicio se resiente de error en nuestro concepto.

Cuando en la embriaguez del triunfo, Napoleon se trasladaba á distancias tales como de París á Moscou, y bajo un clima en que el frío excedía de 30°, ya no había retirada posible, y Moreau, que en el año de 1800 operó la admirable retirada de Baviera, fijamente no hubiera traído intacto al ejército francés de Moscou á Varsovia. Cuando desastres como el de 1812 se vienen encima, no es una de las alternativas de la guerra, que obligan, ora al avance, ora al retroceso, sino el desmoronamiento de todo un edificio sobre la cabeza del osado que lo había querido levantar hasta las nubes. Impulsados al último grado de exaltación para ir hasta Moscou, hallándose sorprendidos por un clima destructor de pronto, viéndose á distancias

inmensas, sabiendo que los pueblos estaban rebeldos á su espalda, los ejércitos caían en un abatimiento proporcionado á su anterior entusiasmo, y para mantenerlos en orden ninguna poder tenia alcance. No era una retirada hacendera que no sabia ejecutar el gefe, sino el edificio de la monarquía universal que se desplomaba sobre la cabeza de su artífice temerario.

Pero no se conoce un general sino lo es lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna, porque la guerra es una serie tal de alternativas felices y desgraciadas, que el que no supiera hacer cara á los unos como á las otras, no podría mandar un ejército ni quince dias. Ahora bien, cuando asaltado el general Bonaparte durante el mes de noviembre de 1796 por los austriacos en medio de las fiebres del Mntoano, para inutilizar el poder del número se lanzaba á los pantanos de Arcole, testimonio daba muy cumplido de tener en las circunstancias difíciles una energía y una fecundidad de espíritu de que no se hallan ciertamente muchos ejemplos. Cuando en el año de 1809 ya habia comenzado la serie de sus desaciertos políticos y se hallaba en Esling y acorralado junto al Danubio, y privado de sus puentes á causa de haber crecido extraordinariamente las aguas, y se replegaba á la isla de Lobau con imperterritible sangre fria, no acreditaba menos presencia de ánimo en los reverses. Sin duda la resistencia de Esling fué tambien debida al prodigio de Lannes, que murió de resultas, de Masena, que hubiera muerto de igual modo, si Dios no le hiciera tan afortunado como constante; pero la firmeza de Napoleón, que en medio de Viena comovida, de todos los generales franceses

desmoralizados, veia recursos donde ya no los encontraba nadie, y adoptaba el plan vigoroso y paciente, mediante el cual la victoria de Wagram fué atraída bajo sus banderas, esta firmeza, tan admirada por Masena, á Napoleón pertenecia exclusivamente, y tal momento ofreció á todas luces una de las mayores extremidades de la guerra y más gloriosamente superadas de que haya conservado recuerdo la historia de las naciones.

Finalmente, por alegar de golpe la prueba más decisiva, la campaña de 1814 en que Napoleón con un puñado de hombres, unos ya gastados, otros bisoños y no probados en el fuego, á toda la Europa hizo frente, no batiéndose en retirada, sino aprovechándose de los falsos movimientos del enemigo para obligarle á retroceder á fuerza de golpes terribles, nuevo testimonio ofrece de fecundidad de recursos, de presencia de ánimo ó de indómita firmeza en una situación desesperada. Ciertamente Napoleón no hacia la guerra defensiva al modo que la mayor parte de los generales, retirándose metódicamente de una línea á otra, defendiendo bien la primera, luego la segunda, despues la tercera, y no consiguiendo así más que ganar tiempo, lo cual no es de desdenar de ningún modo, si bien no alcanza á dar feliz remate á una crisis; por su parte hacia la guerra defensiva como la ofensiva; estudiaba el terreno, aspiraba á prever la manera de operar del enemigo, de cogerte en falta, y de abrumarle de resultas, lo cual hizo en 1814 contra Blücher y Schwarzenberg y asegurara su salvación sin duda, á no estar gastado todo en rededor suyo, lo mismo los hombres que las cosas.

Si hablando con propiedad no fué el general

de las retiradas, porque pensaba á semejanza de Federico que la mejor defensiva es la ofensiva, tan grande mostróse en las guerras infaustas como en las venturosas. En unas y otras conservó el mismo carácter de energía, de audacia, de rapidez en divisar el punto donde convenia descargar el golpe, y repetimos que, al sucumbir al cabo, no sucumbió el militar en su persona, sino el político que habia acometido lo imposible con aspirar á superar la naturaleza insuperable de las cosas.

No fué Napoleón menos notable en la organizacion de los ejércitos que en la direccion general de las operaciones y en las batallas.

Así antes de su aparicion los generales de la república distribuian sus ejércitos en divisiones compuestas de todas las armas, infantería, artillería, caballería, y á lo sumo se reservaban una division intacta, compuesta como las otras, á fin de atajar los golpes imprevistos. Cada uno de los lugartenientes daba por sí solo una batalla aislada, y el papel del general en jefe consistia en socorrer á aquel que experimentaba mayor urgencia. Así se podian evitar derrotas y hasta ganar batallas, pero nunca batallas contundentes, tras de las cuales una potencia se hallaba reducida á depóner las armas. Con la persona de Napoleón debia cambiar la organizacion de los ejércitos y de forma de dejar en manos del que todo lo dirigia los medios de decidirlo todo.

Con efecto, su ejército se dividia en cuerpos de tropas, cuyo grueso formaba la infantería, con una porcion de artillería para darle apoyo, y otra porcion de caballería para las descubiertas, pero además de la infantería de la Guardia, que era su

reserva de siempre, se habia proporcionado masas de caballería y de artillería, que á semejanza del rayo fulminaba en el momento decisivo. Pareciendo en Eylau inquebrantable la infantería rusa, sobre ella lanzaba sesenta escuadrones de dragones y de coraceros, y así abria una brecha, que no se cerraba posteriormente. Siendo causa Bernadotte de que en Wagram la línea francesa quedase rota, con cien bocas de fuego detenia al centro victorioso del archiduque Carlos, y restablecia el combate, que Davout terminaba con apoderarse de la planicie de Wagram al cabo. Por esto aparte de la Guardia habia compuesto dos reservas, una de gruesa caballería, y otra de artillería de gran calibre, que eran como la clava de Hércules en su mano. Pero la mano de Hércules se requiere para la clava, y con un general de menor talla que Napoleón hubiera tenido esta organizacion el inconveniente de privar á menudo á hábiles lugartenientes de armas especiales de que supieran sacar partido, para concentrarlos en las manos de un jefe incapaz de servirse de ellas. Así casi todos los generales del ejército republicano del Rin, acostumbrados á obrar cada uno por su parte casi con independencia absoluta, y por tanto á reunir una porcion bastante de todas las armas, echaban de menos el método antiguo, lo cual equivale á decir que echaban de menos un estado de cosas, que les dejaba mayor importancia á trueque de disminuir el resultado del conjunto.

Pero la organizacion no consiste únicamente en bien distribuir las diversas partes de un ejército sino en su reclutamiento y su mantenimiento. Bajo este aspecto, portentoso fué el arte acredita-

do por Napoleon para llevar los conseritos desde sus hogares á las márgenes del Rhin, de las márgenes del Rhin á las del Elba, y luego del Vistula, y despues del Niemen, reuniéndolos en los depósitos, vigilándolos con esmero extremado, no dejándoles escapar casi nunca, y llevándolos así como de la mano al campo de batalla. Ksto se debia á su memoria infalible de los pormenores, á su discernimiento profundo, de los descuidos ó de las infidelidades de los agentes subalternos, á su atencion continua en ponerlos coto, á su fuerza de voluntad infatigable, á su trabajo á que aplicaba á menudo las noches, cuando habia pasado el dia á caballo. Y á pesar de todos estos esfuerzos, frecuentemente se veian cubiertos los caminos de soldados desbandados, dando así testimonio de una sola cosa, esto es, la violencia hecha á la naturaleza, al trasladar á los hombres desde las márgenes del Tajo hasta las del Volga.

— A estas diversísimas tareas del general en jefe aun hay que añadir la muy dificultosa de dominar los elementos, para cruzar montañas cubiertas de nieve, rios anchurosos y de rápido curso, y aun el mar en ocasiones. La antigüedad ha legado á la admiración del mundo el paso de los Pirineos y de los Alpes llevado á cabo por Anibal, y la verdad es que los hombres no han dado cima á nada más grande, ni aun quizá tanto. Pero el paso del Sab Bernardo, el transporte del ejército á Egipto por entre las escuadras inglesas, los preparativos de la expedición de Buloña, y finalmente el paso del Danubio por Wagram, magnas operaciones son que la posteridad no admirará menos. Sobre todo la última será perpétuo asunto de asombro. Con-

sistiendo á la sazón la dificultad en ir á boscarse al ejército austriaco más allá del Danubio para dar batalla, y en cruzar este anchuroso rio con ciento cincuenta mil hombres á la vista de doscientos mil enemigos, que aguardaban á los franceses para precipitarlos en las olas, sin que fuera posible evitar el encuentro yendo más arriba ó más abajo de Viena, porque en el primer caso se avanzaba extremadamente, y en el segundo se retrocediera de sobra, semejante dificultad fué superada de un modo que mueve á maravilla. A la vuelta de tres horas ciento cincuenta mil hombres y quinientas bocas de fuego cruzaron delante del enemigo asombrado, que no pensó acometerlos sino cuando ya hubieron saltado á la orilla izquierda, y se hallaban en aptitud de hacerles frente. Por extraordinario que sea el paso del San Bernardo, mucho dista de igualar el paso de los Alpes por Anibal; pero el paso del Danubio en 1809 ignora á todas las operaciones intentadas para vencer el poder combinado de la naturaleza y de los hombres y quedará por siempre como un fenómeno de prevision profunda en el cálculo, y de audacia tranquila en la ejecución.

Finalmente sobre el genio militar de Napoleon no se diria todo, si no se añadiera que á las más diversas dotes del entendimiento juntaba el arte de dominar á los hombres, de comunicarles sus pasiones, de avasallarlos como un gran orador avasalla á su auditorio, ora para contenerlos, ora para dispararlos, ora para reanimarlos si estaban abatidos, y en fin sujetándolos siempre, á la manera que un jinete hábil sujeta á un caballo duro de boca. Por consiguiente no le faltó parte alguna



del espíritu y del carácter necesarios á un capitán verdadero, y bien se puede sostener que probablemente no tendría igual en el mundo, si Aníbal no hubiera existido.

Así resumiendo cuanto hemos dicho acerca de los progresos de la gran guerra, repetiremos que en la antigüedad la elevaron dos hombres al más alto grado, Aníbal y César; que no obstante, embarazado César por la costumbre de acampar de noche mostró menor osadía en los movimientos, menos fecundidad de recursos, y menos tesón que Aníbal en todas las fortunas; que durante la edad media, aun siendo admirable gefe de imperio, Carlomagno no nos dá la verdadera idea del gran capitán, á causa de ser demasiado grosero el arte por entonces; que á la sazón el hombre de guerra estuvo casi siempre á caballo, apenas ayudado por algunos arqueros; que la infantería comenzó con el desarrollo de las clases medias en el seno de las ciudades; que primeramente apareció en las montañas de Suiza, y luego en las ciudades alemanas, italianas y holandesas; que, habiendo derribado la pólvora las murallas salientes, las ciudades hundieron sus defensas en la tierra; que entonces tuvo euna el arte sutil de la fortificación moderna; que la guerra sabia y atrevida, la gran guerra en suma, tornó á aparecer en el mundo alrededor de las ciudades, ora para su toma, ora para su socorro; que los Nassaus fueron sus primeros maestros, y en ella acreditaron eminentes cualidades y una constancia por siempre famosa; que sin embargo tímida quedó todavía como encadenada alrededor de las plazas; que, habiéndose empeñado á la parte del Norte entre protestantes y católicos una san-

grienta lucha que duró treinta años, Gustavo Adolfo opuso un pueblo denodado y sólido á la caballería polaca, y así logró que hiciera nuevos progresos la infantería; que arrastrado á Alemania hizo la guerra de un modo más atrevido, no circuncribiéndola tanto como los Nassaus en torno de las plazas; que en Francia antes que otro alguno manifestó Condé el verdadero genio de las batallas, á causa de la feliz mezcla de espíritu y de audacia, á la par que Turenna el verdadero genio de los grandes movimientos; que sin embargo no manejaba bien la infantería dividida en mosqueteros y piqueros; que dotándola Vauban con el fusil de bayoneta hizo posible su formación en tres filas; que encargado el príncipe de Anhalt Dessau de la instrucción del ejército prusiano constituyó el batallón moderno, que suministra muchos disparos y les presenta poco blanco; que hallándose Federico á la mano con tal instrumento, y teniendo que luchar en las fronteras de Silesia y de Bohemia, cambió el orden de la batalla clásica y fué el primero en adaptar las armas al terreno; que obligado á hacer cara ora á los austriacos, ora á los rusos, ora á los franceses, ensanchó el círculo de las grandes operaciones, y así figuró como autor de dos progresos considerables en el arte de la guerra; que despues vino la revolución francesa, la cual no teniendo sino masas populares contra la Europa coaligada, por el número y el empuje resistió á los ejércitos antiguos; que la infantería, expresión del desarrollo de los pueblos, definitivamente ocupó su lugar en la táctica moderna, sin que las armas sabias perdieran el suyo; que finalmente un hombre extraordinario, de espíritu profundo y extenso, de

carácter audaz como la revolución francesa de que era producto, elevó el arte de la gran guerra á su perfección meditando profundamente sobre la configuración geográfica de los países donde iba á emprender las operaciones, eligiendo siempre á maravilla el punto donde había de situarse para descargar los golpes decisivos, juntando el arte de los movimientos generales al de bien combatir sobre cada terreno, buscando siempre ó en el territorio ó en la situación del enemigo la ocasión de sus grandes batallas, no vacilando en darlas nunca, por ser consecuencia de sus movimientos generales, y componiéndose en suma de modo que cada una traía en pos la ruina de un imperio, lo cual produjo en su persona la mas peligrosa de las embriagueces, la de la victoria; el deseo de la monarquía universal y su caída, de forma que este sensato legislador, este hábil administrador, este gran capitán fué pésimo político á causa de estas mismas superioridades, porque, perdiendo la razón en el seno de la victoria, de triunfo en triunfo al cabo fué á parar en un abismo.

Ahora, si se le compara á los grandes hombres, émulos suyos, no bajo el aspecto especial de la guerra, sino bajo el aspecto mas general de los talentos y los destinos, aun resulta el espectáculo más vasto, más moral y más instructivo. Con efecto, si se atiende á la importancia de los sucesos, á la emoción causada entre los hombres, á la influencia ejercida sobre el mundo, para hallarle semejantes hay que ir á buscar á Alejandro, Aníbal, César, Carlomagno, Federico, y colocando su fisonomía al lado de estas poderosas figuras, se llega á formar una idea á la par más puntual y completa.

Alejandro heredando el ejército de su padre, nutrido con el saber de los griegos, apasionado por sus aplausos, se lanza al Asia, no halla que combatir más que la debilidad persa, y prosigue el avance hasta llegar á los límites del mundo entonces conocido. Hasta el mar Indico fuera sin duda á no detenerle sus soldados. Constrañido á la vuelta, no abriga más que un deseo, el de volver á comenzar sus aventureras correrías. No piensa en su patria, la cual no ha menester de tantas conquistas, sino en la gloria de haber recorrido triunfante el universo. Su pasión dominante es la fama, reconocida y aplaudida en Atenas. Generoso y hasta bueno mata á su amigo Clito y á sus mejores lugartenientes Filotas y Parmenion, porque su imprudente lengua ha tocado á su gloria. Su objeto único es la fama, objeto el más vano de cuantos bayán estimulado á los grandes hombres, y cuando luego de haber dejado reposar á su ejército se va nuevamente á lanzar en pos de este objeto único de sus afanes, embriagado por las delicias de Asia, sobre la púrpura y entre la crápula halla la muerte. A la posteridad ha seducido con su heroico donaire, pero no hay una vida más inútilmente ruidosa que la suya, pues no llevo la civilización griega más allá de la Jonia y la Siria, donde ya reinaba desde antes, y dejó el mundo griego sumido en la anarquía, y tan solo apto para recibir la conquista romana. Moralmente se querria mejor ser el sensato y hábil Filopemen, que á la verdad no metió tanto ruido, si bien prolongó algunos días la independencia de la Grecia.

Al lado de esta vida, tan llena y tan vacía al mismo tiempo, véase otra vida la más vasta, la

más transcendental y la más enérgica que hubo nunca; la de Anibal. Este mortal, á quien Dios otorgó todos los dones del entendimiento y del carácter, y el más adecuado que se hubiese visto jamás para las grandes cosas, al mundo vino de una familia de viejos capitanes, todos muertos con las armas en la mano por defender á Cartago. Su alma es una especie de metal forjado en el foco ardiente de los odios que Roma excitaba en torno. A la edad de nueve años sale de Cartago con su padre, y va adonde iban todos los suyos, á vivir y á morir peleando contra los romanos. Sus juegos son la guerra. Aun niño duerme sobre los campos de batalla, se forma un cuerpo insensible al dolor, un alma inaccesible al miedo, un espíritu que ve claro en medio del tumulto de los combates, como otros en el más perfecto reposo. Habiendo muerto su padre y también su cuñado, con las armas en la mano uno y otro, el ejército cartaginés le pide por caudillo á la edad de veinte y dos años, y se le impone por decirlo así al senado de Cartago, celoso de la gloria de la familia de los Barcas. Así que toma el mando, al ejército forma á imagen suya, esto es, lleno de osadía y de constancia, y especialmente de odio contra los romanos, lo conduce á través de Europa, tan desconocida entonces como el centro de Africa es desconocido actualmente; se atreve á pasar los Pirineos y despues los Alpes con ochenta mil hombres, de los cuales pierde las dos terceras partes en travesía tan extraordinaria, y guiado por el pensamiento profundo de que á Roma hay que combatirla en la misma Roma, en su contra llega á sublevar á sus súbditos italianos mal sometidos. Se lanza

sobre los generales romanos, les fuerza á salir de su campamento, picando la bravura del uno, la vanidad del otro, los abruma sucesivamente, y de todos triunfara de fijo, si al cabo no hallara un adversario digno de su persona, Fabio, anheloso de que á este gigante no se opongán batallas, en las cuales se muestra invencible, sino la verdadera virtud de Roma, que es la perseverancia. Echando Anibal de ver que se ha engañado al contar con los galos, bulliciosos si bien inconstantes á semejanza de los bárbaros todos, conociendo que Roma es intomable, se decide á ir al Mediodía de Italia, donde habia una civilizacion rica y consistente en ciudades todas gobernadas á imagen de Roma, esto es, por senados, á los cuales miraba el pueblo de mal ojo. Al partido aristocrático derriba en todas partes, sin embargo de pertenecer personalmente á la aristocracia, da el poder al partido democrático, centro de su imperio hace á Cápua, y no se duerme allí, como se ha dicho, en las delicias que no sabe gustar de ningun modo, sino que toma descanso, rebace su ejército enflaquecido, allega las riquezas del país con el fin de sustentarlo, y abandonado por su nacion cobarde, llamando al mundo entero en su ayuda, extendiendo la guerra á la Grecia, al Asia, de continuo destruye á las fuerzas enviadas en su contra, y se mantiene doce años en su conquista, hasta el punto de hacer que los romanos consideren su presencia en Italia como un mal sin remedio. Pero llega un dia en que los romanos llevan á su turno la guerra bajo los muros de Cartago, y vuelto á llamar entonces, con un ejército medio destruido lucha contra el ejército romano ya rehecho, y su ya

antigua fortuna es vencida por otra fortuna naciente, la de Escipion, segun la ordinaria sucesion de las cosas humanas. De vuelta en su patria aspira a reformarla para hacerla capaz de volver a empezar la lucha contra los romanos. Denunciado por aquellos de quienes ataca los abusos, se huye a Oriente, alli trata de despertar la debilidad de los Antiochos, y alli es seguido por el odio de Roma, y cuando ya no puede sostener la lucha se traga un veneno, y muere el último de su heroica familia, porque todos sucumbieron a semejanza suya en la misma obra, obra santa, la de la resistencia a la dominacion extranjera. Contemplando a este mortal admirable, dotado de todos los genios, de todos los valores, se le busca una flaqueza, y no se le encuentra ninguna. Una pasion personal como los placeres, el lujo, la ambicion, se le busca en vano, pues solo se le halla la del odio a los enemigos de su patria. De avaricia y de crueldad le acusa el romano Tito Livio. Efectivamente Anibal acumuló pingües riquezas, pero no gozó de ninguna, y en pagar a su ejército gastólas todas; se componia de soldados estipendiados, y es el único ejército mercenario no sublevado nunca, contenido como estaba por su genio, y por la prudente distribucion que hacia de las presas de la victoria. Verdad es que envió a Cartago muchos celemines de anillos de caballeros romanos inmolados por la espada cartaginesa, pero no se hace mencion de un solo acto de barbarie fuera del campo de batalla. Así las acusaciones del historiador romano vienen a ser verdaderas alabanzas, y lo que la posteridad ha dicho y repetirán las generaciones más remotas es que ofrece el más noble espectáculo que

pueden presentar los hombres; el del genio exento de todo egoismo, y no abrigando más pasion que la del patriotismo, de que es mártir glorioso.

Ahora véase otro mártir no del patriotismo, sino de la ambicion, raro mortal, lleno de atractivo, si bien cargado de vicios, y delincuente de atentados horribos contra la constitucion de su patria; este mortal es César, el tercero de los hombres prodigiosos de la antigüedad. Nacido con todos los talentos, valeroso, altivo, elocuente, elegante, pródigo y siempre sencillo, aunque sin cuidarse del bien y del mal para nada, solo tiene un pensamiento el de triunfar donde fracasaron Sila y Mario, en suma el de figurar en su país como soberano. Alejandro quiso conquistar el mundo conocido; Anibal quiso impedir la conquista de su patria; César no quiere conquistar más que a Roma, que ha conquistado casi todo el universo. Para esto hace uso de todas las artes, hasta las más viles, excepto la crueldad, no por bondad de corazón, sino por profundidad de calculo, y para no traer a la memoria de las imaginaciones sobresaltadas las proscripciones de Mario y de Sila. Aspirante a los cargos de edil, de pretor, de pontífice, contrae deudas enormes para comprar los votos de sus conciudadanos. A las mujeres corrompe y a los maridos de igual modo que ha tratado de corromper al pueblo. A todos los medios de corrupcion trata de añadir las seducciones más elevadas del talento, y llega a ser el más perfecto entre los oradores romanos. Delicia y escándalo de Roma, ya no puede vivir allí al poco tiempo. Entonces coaliga al avaro Craso, al vanidoso Pompeyo, cuya debilidad rige a su antojo, y se hace adjudicar las Galias, co-

marca única donde queda algo por conquistar dentro de los límites naturalmente señalables al imperio romano. Y conquista no por engrandecer á su patria, que no lo necesita de ningún modo, sino por crearse soldados adictos, por adquirir caudales con que pagar sus deudas y las de sus codiciosos partidarios. Guerreado durante el verano, intrigando durante el invierno, desde sus cuarteles de Milan maneja la vanidad de Pompeyo y la avaricia de Craso, por espacio de diez años domina así los negocios romanos, y finalmente cuando, ya muerto Craso en Asia, nadie queda entre su persona y la de Pompeyo para amortiguar el choque de las ambiciones, primeramente ensaya la astucia á fin de retardar una lucha, de cuyo peligro está muy al tanto, y luego no pudiéndola evitar de ningún modo cruza el Rubicón y marcha contra Pompeyo, cuyas legiones estaban en España, le empuja de Italia al Epiro, á la sazón abandona *un general sin ejército para correr á un ejército sin general*, según lo ha dicho grandemente, y va á disolver en España las legiones de Pompeyo mandadas por Afranio, de seguida torna al Epiro, allí lucha contra el mismo Pompeyo, y termina la disputa del poder supremo en Farsalia. Tanto en Africa como en España aun le queda por combatir á los restos del partido de Pompeyo; y destruye á unos tras otros, y va á triunfar á Roma de todos sus enemigos, y á erigir esa gran cosa que se denomina el imperio romano, si bien da lugar á que le asesinen los republicanos por haber querido poner el nombre á la cosa demasiado pronto. Así los medios como el fin son perversos en la vida de este grande hombre, y sin embargo hay que reconocerle el

mérito de haber aspirado á sustituir á la república el imperio, no por la sangre como Sila y Mario, sino por la corrupcion bien adaptada á las costumbres de Roma, y por el talento bien adaptado á su genio; y el rasgo particular de este personaje extraordinario, gran político, gran orador, gran guerrero, gran libertino sobre todo, y clemente en fin sin bondad, será siempre el de haber figurado como el mortal más completo que ha aparecido sobre la tierra.

Ahora, para hallar hombres de parecida talla es necesario volver muchas páginas del vasto libro de la historia, es necesario pasar por entre muchos siglos hasta llegar al nono, donde entre el mundo antiguo y entre el mundo moderno se nos presenta Carlomagno.

Indudablemente en el seno de la civilización y de su variadisima sabiduría, tan atractiva, tan fecunda, en que la afición al saber nace del saber mismo, se hallan mortales enamorados de las letras y de las ciencias, amándolas por su valor propio y su utilidad notoria, comprendiendo que por ellas marcha todo, la nave sobre los mares, el carro sobre las ruedas, que por ellas reina la justicia y la fuerza es en su apoyo, que por ellas, en fin, la sociedad humana es grata y atractiva, y dulce de habitar y segura, y esto es natural y no se debe tener á milagro. ¿Qué ojos no amarían la luz después de haberla visto? Pero que en el seno de una oscuridad densa, ojos que no vieron la luz nunca, la presientan y la amen y la busquen y la encuentren y traten de difundirla, este es un prodigio digno de la admiración y del respeto de los hombres. Carlomagno ofrece este prodigio al universo.

Bárbaro y nacido en medio de bárbaros, que del clero habían recibido algunas partículas de la antigua ciencia, se prenda con el más noble ardimiento de lo que llamamos civilización y por sí llamaba con otro nombre, si bien la amaba tanto como nosotros y por las mismas razones. Por entonces la civilización era el cristianismo. A la sazón ser cristiano era ser verdaderamente filósofo, amigo del bien, de la justicia, de la libertad de los hombres. Por todos estos motivos Carlomagno vino á ser cristiano ferviente, y quiso hacer que el cristianismo prevaleciera en el mundo bárbaro y entregado á la fuerza bruta y al más grosero sensualismo. En lo interior de aquella Francia inculta y sin límites definidos, el Nordeste ó *Austrasia* se hallaba en lucha con el Sudoeste ó *Neustria*, y uno y otro con el Mediodía ó *Aquitania*. De fuera aquella Francia estaba amenazada de nuevas invasiones por los bárbaros del Norte llamados sajones, por los bárbaros del Sur llamados moros, y unos y otros paganos ó punto menos. Si una mano robusta no llegaba á poner un dique, ora á la parte del Norte, ora á la parte del Mediodía, se podía venir abajo el edificio de los francos empezado apenas, de nuevo podían ser lanzados todos los pueblos unos sobre otros, una vez más se podía desbordar el torrente de las invasiones y arrastrar consigo las semillas de la civilización recién esparcidas sobre la tierra. Carlomagno, cuyo padre y cuyo abuelo habían comenzado esta obra de consolidación, la prosiguió y llevó á remate. No cabe decir si fué gran capitán ni si había posibilidad de serlo en su siglo. Capitan era entonces el que con el hacha de armas en la mano, á semejanza de

Pipino y de Carlos Martel, se hacia seguir por gentes de guerra, conduciéndolas más lejos que los demás por entre las apiñadas filas del enemigo. Educado por tales padres, Carlomagno sin duda no era menos valiente que ellos; pero hizo más que pelear como soldado á la cabeza de tan groseras tropas, como que durante veinte años rigió su ciega bravura, con miras firmes, prudentes y muy deliberadas. Bajo su mano reunió la Austrasia, la Neustria, la Aquitania, esto es, la Francia; despues repeliendo á los sajones al Norte, persiguiéndolos hasta que se hicieron cristianos, único modo de civilizarlos y de desarmar su ferocidad por entonces, arrollando al Sur á los sarracenos sin pretension de avasallarlos, porque hasta Africa necesitara hacer punta, deteniéndose cuerdamente junto al Ebro, fundó, sostuvo, gobernó un imperio inmenso, sin que se le pudiera acusar de ambición desordenada, pues en aquel tiempo no había fronteras, y si este imperio demasiado extenso para el genio de sus sucesores no podia permanecer bajo una sola mano, á lo menos permaneció bajo unas mismas leyes, bajo una misma civilización aunque bajo principes diversos, y vino á ser no menos que Europa. Manteniendo por espacio de cerca de medio siglo este vasto imperio por la fuerza aplicada con perseverancia infatigable, se consagró durante el mismo tiempo á hacer allí reinat el orden, la justicia, la humanidad, tales como se podían entender entonces, empleando, ora las asambleas nacionales, que juntaba dos veces al año en torno suyo, ora el clero que figuraba como su gran instrumento de civilización, y finalmente, sus representantes directos, sus famosos *missi dominici*, agentes de

su incansable vigilancia. Sabiendo que las buenas leyes son necesarias, pero que sin educacion las costumbres no vienen en apoyo de las leyes, por todas partes erigió escuelas, donde hizo que circulara, no el saber moderno, sino el saber de entonces, porque de estas fuentes públicas no podía hacer que manaran más aguas que las que tenía á su alcance. Mezclándose á sus laboriosas virtudes algunas flaquezas, derivadas, por decirlo así, de la excelencia de su corazón, rodeado de su numerosa prole, establecido en sus palacios que eran suntuosas casas de campo, morando allí como rey dulce y amable, tanto como sensato y profundo, fué más que un conquistador y un capitán, pues figuró cual modelo acabado de gefe de imperio, amante de los hombres, digno de ser amado por ellos, constantemente aplicado á colmarles de beneficios, y habiéndoles hecho acaso más que ningun soberano de cuantos han reinado sobre la tierra. ¡Después de las terribles figuras de los Alejandro y de los Césares, que trastornaron el mundo, harto más para difundir su gloria que para derramar beneficios, con cuánto deleite se contempla esta figura benévola, majestuosa y serena, siempre aplicada al estudio ó á la felicidad de los hombres, y en que no se retrata una sola pesadumbre, á no ser al fin de sus días el de entrever los formidables esquifes de los normandos, cuyos estragos prevé de sobra, sin que le alcance el tiempo para ponerles coto. ¡Tan cierto es que aquí abajo no hay ninguna carrera completa, ni aun la más vasta y mas llena, que no hay ninguna vida venturosa hasta el cabo, ni aun la que haya sido más merecedora de la ventura!

Viniendo hacia los tiempos modernos no se divisan estas figuras colosales, ora porque la proximidad disminuye los prestigios, ora porque á medida que se regulariza el mundo deja menos lugar para las existencias extraordinarias. Carlos V con su profundidad y su tristeza, Enrique IV con su seducción y su política fina, los Nassaus con su constancia, Gustavo Adolfo, vencedor con tan pocos soldados del germánico imperio, Cromwell, asesino de su rey y dominador de la revolución inglesa, Luis XIV con su majestad y su buen sentido, no se elevan á la altura de las figuras gloriosas de que hemos tratado de hacer un bosquejo. Menester es llegar á dos hombres, Federico y Napoleon, á quienes el doble esplendor del talento y del genio militar coloca, al primero bastante cerca y al segundo del todo á nivel de los grandes hombres de la antigüedad. Federico, excéptico, burlon, gefe coronado de los filósofos del siglo décimo octavo, despreciador de todo lo más respetable del mundo, mafándose hasta de sus mismos amigos, predestinado en cierto modo para desafiar, insultar, humillar el orgullo de la casa de Austria y del antiguo orden de cosas de que era representante, atreviéndose en el seno de la Europa bien asentada, y donde era tan difícil cambiar el puesto de cada uno, á emprender la creacion de una nueva potencia, cabiéndole el honor de lograr su designio luchando solo contra todo el continente, merced sin duda á la frivolidad de las cortes de Francia y de Rusia, merced tambien al espíritu estrecho de la corte de Austria, y tras de hacer la guerra durante veinte años, manteniendo con la política más profunda la paz del continente, hasta desmembrar con

audacia la Polonia, sin verse obligado á disparar un cañonazo. Federico es una figura original y sorprendente, á la cual no obstante falta grandeza mas bien que grandes acciones, ora porque Federico no hizo más en suma que cambiar en lo interior de la Confederacion germánica la proporcion de las fuerzas, ora porque esta figura burlona no tiene la dignidad formal que impone á los hombres.

¡Grandezal No es esto lo que falta al que le sucedió y sobrepujó en la admiracion y el estrago del mundo. Reservado estaba á la revolucion francesa, llamada á cambiar la faz de la civilizacion de Europa, lo de producir un hombre que atrajera tanto la atencion como Carlomagno, César, Anibal y Alejandro! A este no le faltan la grandeza del papel, ni la inmensidad de los trastornos, ni el brillo y la extension y la profundidad del genio, ni la seriedad del talento, para sorprender, excitar y dominar la atencion del género humano. Este hijo de un noble corso, que viene á pedir á la antigua monarquía la educacion dada en las escuelas militares á la nobleza pobre, que apenas salido de la escuela adquiere en un sangriento motin el titulo de general en jefe, de seguida pasa del ejército de Paris al ejército de Italia, conquista á la vuelta de un mes la comarca esta, atrae á sí y destruye sucesivamente á todas las fuerzas de la coalicion europea, le arranca la paz de Campo-Formio, y ya demasiado grande para vivir al lado del gobierno de la república, va á Oriente en busca de nuevos destinos, pasa con quinientas velas por entre las inglesas escuadras, conquista á Egipto como al vuelo, y piensa en conquistar la India siguiendo el camino de Alejandro, y vuelto de sú-

bito á Occidente de resultas de la renovacion de la guerra europea, despues de tratar de imitar á Alejandro, imita é iguala á Anibal cruzando los Alpes, destroza de nuevo á la coalicion y la impone la magnífica paz de Luneville, este hijo del pobre noble corso ha andado ya una carrera bien extraordinaria á la edad de solos treinta años! Pacifico por algun tiempo, con sus leyes asienta las bases de la sociedad moderna, luego se deja arrastrar por su genio desasosegado, nuevamente se las há con Europa, la somete en tres jornadas, Austerlitz, Jena, Friedland, derriba y restaura los imperios, se ciñe á las sienes la corona de Carlomagno, ve á los reyes brindarle con su hija, elige la de los Cesares, en la cual tiene un hijo al parecer destinado á llevar la corona más brillante del universo, de Cadiz se traslada á Moscou, sucumbe en la mayor catástrofe de los siglos, rehace su fortuna, la deshace de nuevo, es confinado á una pequeña isla, de allí sale con algunos centenares de soldados fieles, en veinte dias reconquista el trono de Francia, otra vez lucha contra la Europa exasperada, por vez postrera sucumbe en Waterlóo, y despues de haber sostenido mayores guerras que las del imperio romano, habiendo nacido en una isla del Mediterraneo va á morir en una isla del Océano, atado como Prometeo á una roca por el odio y el miedo de los reyes, este hijo del pobre noble corso bien hizo en el mundo la figura de Alejandro, de Anibal, de César y de Carlomagno! Genio tiene tanto como el que más de ellos: ruido hizo tanto como el que más trastornó el universo: sangre vertió desgraciadamente más que otro alguno. Moralmente vale menos que los mejores de estos grandes hombres, y



más que los peores. Su ambición es menos vana que la de Alejandro, menos perversa que la de César, aunque no tan respetable como la de Aníbal, que se consume y mueve por evitar á su patria la desdicha de ser conquistada. Su ambición es la ambición común de los conquistadores, que aspiran á dominar en una patria engrandecida por ellos. No obstante ama á Francia, y con la grandeza de la nación goza tanto como con la suya propia. En el gobierno ama el bien, á su consecución va como déspota, aunque sin la perseverancia ni la religiosa aplicación de Carlomagno. Bajo el aspecto de la diversidad de los talentos es ménos cabal que César, que obligado á seducir á sus conciudadanos antes de ponerlos en vasallaje, se aplicó á persuadirles como á pelear en los campos de batalla, y alternativamente supo hablar, escribir, obrar, permaneciendo siempre sencillo. Al revés, Napoleón, llegado de súbito á la dominación por la guerra, no necesita ser orador, y á pesar de hallarse dotado de natural elocuencia quizá no lo llegara á ser nunca, porque jamás se tomara el trabajo de analizar pacientemente su pensamiento delante de hombres reunidos, pero con todo sabe escribir como sabe hablar, con vigor y grandeza y hasta con esmero, á veces peca algo de declamador como la revolución francesa, su madre, discute con mayor pujanza que César, pero no narra con su sencillez suprema, ni con su naturalidad exquisita. Inferior al dictador romano bajo el aspecto del conjunto de las cualidades, le aventaja como militar ante todo por su mayor especialidad en la profesión de las armas, y además por la audacia, la profundidad, la fecundidad inagotable de las combinaciones, bajo

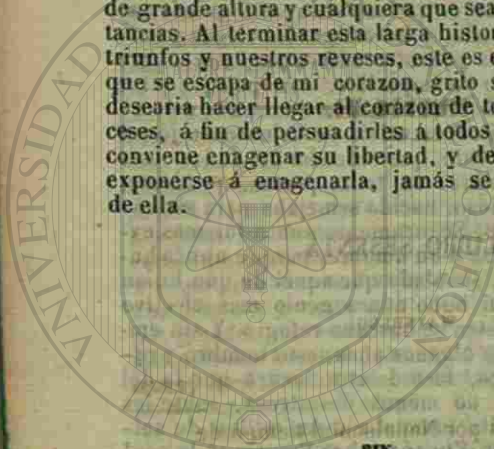
cuyo aspecto no tiene mas rival ó superior que Aníbal, por ser tan audaz, tan calculador, tan astuto, tan fecundo, tan terrible, tan tenaz como el general cartaginés, teniendo una superioridad sobre éste, la de los siglos. Con efecto, llegado después de Aníbal, de César, de los Nassaus, de Gustavo Adolfo, de Condé, de Turena, de Federico, le fué posible elevar á su último término el arte. Por lo demás, de la balanza de Dios se necesitaria para pesar á tales hombres, y cuanto cabe hacer se reduce á trazar los rasgos mas pronunciados de sus imponentes fisonomías.

Napoleon tiene títulos que no deben desconocer ni olvidar los franceses, cualquiera que sea el partido á que su nacimiento, sus convicciones ó sus intereses les hayan afiliado. Sin duda al organizar su estado social con el Código civil, la administración con sus reglamentos, no les dió la forma política bajo la cual su sociedad habia de reposar definitivamente y de vivir pacífica, y próspera, y libre; no les dió la libertad, que todavia les deben sus herederos; pero al dia siguiente de las agitaciones de la revolución francesa no les podia proporcionar más que el orden, y hay que agradecerle que á la par del orden les diera su estado civil y su organización administrativa. Por desgracia de Napoleón y de los franceses les hizo perder su grandeza, más les dejó la gloria, que es la grandeza moral, y produce la grandeza material al cabo de tiempo. Lo que es por su genio estaba cortado para Francia, al modo que Francia estaba cortada para su persona. Ni Napoleón sin el ejército francés, ni el ejército francés sin Napoleón, hubieran hecho lo que juntos llevaron á remate.

Autor de los desastres de los franceses, si bien compañero de sus proezas, le deben juzgar severamente, más conservándole los sentimientos que un ejército debe al caudillo que por largo tiempo le ha conducido á la victoria. Estudien sus altos hechos como que también son propios; aprendan en su escuela si son militares, el arte de conducir á los soldados; si son hombres de Estado el arte de administrar los imperios; saquen especialmente instruccion de sus faltas, aprendan evitando su ejemplo á amar la grandeza moderada, la que es posible, la que es duradera por no ser insoportable para los demás, y aprendan moderacion en sumando este hombre el más inmoderado de todos. Y como ciudadanos, finalmente, saquen de su vida una postrera y memorable enseñanza, á saber, que por grande, por sensato, por extenso que sea el genio de un hombre, jamás conviene entregarle los destinos de un país por completo. Ciertamente no pertenecemos al número de los que acusan á Napoleón de haberle arrancado en la jornada del 18 de bromario de manos del Directorio, entre las cuales hubiera perecido acaso; pero la conveniencia de sacarle de estas manos débiles y corrompidas no era una razon para entregarle entero á las manos poderosas pero temerarias del vencedor de Rivoli y de Marengo. Sin duda si alguna vez tiene excusas una nacion para entregarse á un hombre, á todas luces fue la Francia cuando en 1800 adoptó á Napoleón por gefe. No era una falsa anarquía con que se aspirara á meter miedo á la nacion para encadenarla de resultas. ¡Ah, de ningún modo! Miles de existencias inocentes habian sucumbido sobre el cadalso, en las cárceles de la Abadía, ó en

las aguas del Loira. De súbito habian reaparecido los horrores de los tiempos bárbaros en el seno de la civilizacion espantada, y aun despues de estar ya lejos estos horrores, la revolucion francesa no cesaba de oscilar entre los verdugos á quienes se les habia arrancado, y los emigrados ciegos y empuñados en hacer que retrocediera por entre sangre hácia un pasado ya imposible, á la par que sobre este caos asomaba amenazadora la espada del extranjero. Por entonces volvía de Oriente un joven héroe lleno de genio, que vencedor así de las cosas como de los hombres en todas partes, prudente, moderado, religioso, nacido semejaba para ser encanto del mundo. Seguramente nunca fué más excusable entregarse á un hombre, porque nunca hubo terror menos simulado que aquel de que huían los franceses, ni hubo nunca genio más efectivo que aquel en quien se buscaba refugio. Y sin embargo, al cabo de algunos años, este hombre prudente vuelto loco, loco de otra locura que la del año 93, aunque no menos desastrosa, sobre los campos de batalla inmolaba á un millon de soldados, y atraía á Europa sobre Francia, á la cual dejaba vencida, anegada en su propia sangre, despojada del fruto de veinte años de victorias, desolada en suma, y no teniendo para reflorcer más que los gérmenes de la civilizacion moderna depositados en su seno. ¿Quién hubiera podido prever que el hombre cuerdo de 1800 seria el insensato de 1812 y de 1813? Sí, se hubiera podido prever con hacer memoria de que la omnipotencia lleva en sí una locura incurable, la de hacerlo todo, cuando se puede hacer todo, hasta el mal despues del bien. Así, en esta gran vida en que tanto hay que aprende

der para los militares, los administradores, los políticos, á su turno deben llegar los ciudadanos á aprender una cosa, á saber, que jamás conviene entregar la patria á un hombre, aun cuando sea de grande altura y cualquiera que sean las circunstancias. Al terminar esta larga historia de nuestros triunfos y nuestros reveses, este es el último grito que se escapa de mi corazón, grito sincero y que desearia hacer llegar al corazón de todos los franceses, á fin de persuadirles á todos de que jamás conviene enagenar su libertad, y de que, para no exponerse á enagenarla, jamás se debe abusar de ella.



FIN.

## INDICE.

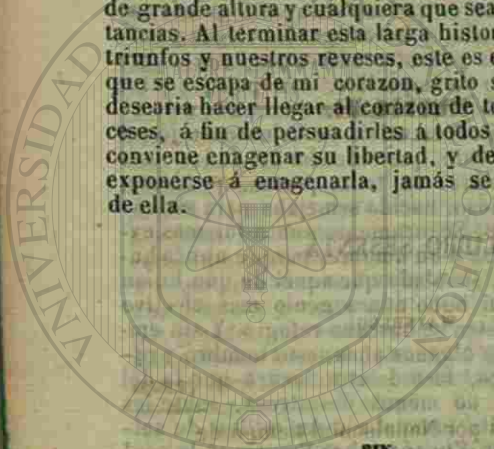
## LIBRO SESENTA.

## WATERLOO.

PAGS.

Fuerzas reunidas por Napoleón al tiempo de abrir la campaña de 1815.—Ocupadas las plazas, provistas París y Lion de guarniciones suficientes, contenida la Vendée, le quedaban ciento veinte y cuatro mil hombres efectivos en las filas para tomar la ofensiva sobre la frontera del Norte.—Dentro de un mes juntara Napoleón otros cien mil hombres.—Así y todo se decide por la ofensiva inmediata, en primer lugar para no permitir que por el enemigo fuesen devastadas las mas hermosas y más adictas provincias de Francia, y en segun-

der para los militares, los administradores, los políticos, á su turno deben llegar los ciudadanos á aprender una cosa, á saber, que jamás conviene entregar la patria á un hombre, aun cuando sea de grande altura y cualquiera que sean las circunstancias. Al terminar esta larga historia de nuestros triunfos y nuestros reveses, este es el último grito que se escapa de mi corazón, grito sincero y que desearia hacer llegar al corazón de todos los franceses, á fin de persuadirles á todos de que jamás conviene enagenar su libertad, y de que, para no exponerse á enagenarla, jamás se debe abusar de ella.



FIN.

## INDICE.

## LIBRO SESENTA.

## WATERLOO.

PAGS.

Fuerzas reunidas por Napoleón al tiempo de abrir la campaña de 1815.—Ocupadas las plazas, provistas París y Lion de guarniciones suficientes, contenida la Vendée, le quedaban ciento veinte y cuatro mil hombres efectivos en las filas para tomar la ofensiva sobre la frontera del Norte.—Dentro de un mes juntara Napoleón otros cien mil hombres.—Así y todo se decide por la ofensiva inmediata, en primer lugar para no permitir que por el enemigo fuesen devastadas las mas hermosas y más adictas provincias de Francia, y en segun-

do porque, estando la columna invasora del Este algo retrasada de la del Norte, con darse prisa abrigaba la esperanza de combatir á una despues de otra.—Combinacion que imagina para concentrar su ejército de pronto, y lanzarlo entre los ingleses y los prusianos, antes de que su aparicion pueda ser sospechada por ellos.

—Napoleon entra en accion el 15 de junio á las tres de la madrugada, se apodera de Charleroy, arrolla á los prusianos, y toma posicion entre los dos ejércitos enemigos.—Teniendo su base de operaciones en Lieja los prusianos y en Bruselas los ingleses, no se pueden reunir sino sobre la gran calzada de Namur á Bruselas, que pasa por Sombreffe y los Cuatro Brazos.

—En su consecuencia Napoleon abraza el partido de marchar sobre Sombreffe con su derecha y con su centro, para dar batalla á los prusianos, mientras que Ney cuida de contener con la izquierda en los Cuatro Brazos á los ingleses.—Combate de Gilly sobre el camino de Fleurus.—Vacilaciones de Ney en los Cuatro Brazos.—A pesar de estas vacilaciones, todo acontece á gusto de Napoleon durante la tarde del 15 de junio, y se halla colocado entre los dos ejércitos enemigos de manera de poder al dia siguiente combatir á los prusianos, antes de que los ingleses acudan en su socorro.—Disposiciones para la jornada del 16 de junio.—Forzado se ve Napoleon á diferir la batalla contra los prusianos has-

ta la tarde, con el fin de dar tiempo á que entren en línea sus tropas.—Orden á Ney para apoderarse á toda costa de los Cuatro Brazos, y para dirigir en seguida una columna sobre la espalda del ejército prusiano.—A cosa de medio dia Napoleon y su ejército desembocan delante de Fleurus.—Anhelos de Blucher en aceptar la batalla, y posicion que viene á ocupar delante de Sombreffe, y detrás de las aldeas de San Amando y de Ligny.—Batalla de Ligny, dada el 16 de junio desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche.—Violenta resistencia que oponen en San Amando y en Ligny los prusianos.—Orden reiterada á Ney para que se apodere de los Cuatro Brazos, y para que destaque un cuerpo á espaldas de la aldea de San Amando.—Al ver que sus órdenes no son ejecutadas, Napoleon idea una nueva maniobra, y más arriba de Ligny corta con su Guardia la línea prusiana.—Resultado decisivo de esta excelente maniobra.—Repelido es el ejército prusiano más allá de Sombreffe despues de sufrir pérdidas enormes, y Napoleon queda dueño de la gran calzada de Namur á Bruselas por los Cuatro Brazos.—Durante la batalla de Ligny, temeroso Ney de tener que pelear contra el ejército británico entero, deja pasar la ocasion propicia, no entra en accion sino cuando ya están reunidos en muy grande número los ingleses, á contenerlos alcanza tan solo, y el general Erlon por su parte atraído

unas veces á Ligny, y otras á los Cuatro Brazos, en idas y venidas pierde la jornada, lo cual le hace inútil para todos.—Sin embargo de estos incidentes el plan de Napoleon se ha llevado á remate, puesto que ha podido combatir á los prusianos separados de los ingleses, y se halla en aptitud de combatir al día siguiente á los ingleses separados de los prusianos.—Disposiciones para la jornada del 17 de junio.—Queriendo Napoleon vigilar á los prusianos, completar su derrota, y sobre todo mantenerlos á distancia, mientras se las há con los ingleses, á las ordenes del mariscal Grouchy destaca su ala derecha, no sin recomendarle de un modo expreso que esté en comunicacion con él de continuo.—Esta ala se compone de los cuerpos de Vandamme y de Gerard fatigados de resultas de la batalla de Ligny, y con su centro formado del cuerpo de Lobau, de la Guardia y de la reserva de caballería, se dirige sobre los Cuatro Brazos, para darse la mano con Ney y acometer á los ingleses.—Tales disposiciones le ocupan una parte de la mañana del 17 de junio, y en seguida emprende la marcha para unirse á sus tropas, que han tomado la delantera.—Sorpresa que le causa ver á Ney inmóvil detrás de los Cuatro Brazos, siendo así que debia formar la cabeza de la columna.—Creido todavía en tener delante al ejército inglés todo, Ney aguarda la llegada de Napoleon para ponerse en movimiento.

—Este retraso detiene largo tiempo al ejército en el paso de los Cuatro Brazos.—Tempestad repentina que transforma toda la comarca en un vasto pantano.—Combate de retaguardia en Genappe.—Napoleon persigue al ejército inglés, el cual hace alto sobre la meseta del Monte de San Juan delante del bosque de Soignes.—Descripcion de la comarca.—Designios del duque de Wellington.—Su intencion consiste en establecerse sobre la meseta del Monte de San Juan, y en aguardar allí á los prusianos, para dar con ellos una batalla decisiva.—Aunque descontento de los ingleses á consecuencia de la jornada del 16 de junio, Blucher les envia á decir que estará el 18 por la mañana sobre su izquierda delante del bosque de Soignes.—Largo reconocimiento ejecutado por Napoleon el 17 por la noche á través de una granizada de balas.—Su viva satisfaccion al adquirir el convencimiento de que están decididos á batallar los ingleses.—Su confianza en el resultado.—Orden á Grouchy para que se aproxime sin tardanza, y para que envíe un destacamento, que coja de revés á la izquierda de los ingleses.—Operaciones de Grouchy durante el 17 de junio.—Inútilmente corre por el camino de Namur detrás de los prusianos, y no alcanza de ver su marcha sobre Wavre hasta la caída de la tarde.—Entonces encamina hácia Gembloux su infantería, que solo hace dos leguas y media de jornada.—Sin

embargo, tan cerca se hallan unos de otros, que emprendiendo la marcha el 18 de junio á las cuatro de la mañana, aun puede Grouchy estar encima de los prusianos y adelantarseles en todas direcciones.—Así la noche del 17 de junio escribe á Napoleón que se halla sobre su pista, y que aplicará el mas solícito cuidado á mantenerlos separados de los ingleses.—Napoleón se levanta muchas veces en el curso de la noche para observar al enemigo.—Las hogueras del vivaque de los ingleses no dejan la más leve duda sobre su resolución de dar batalla.—No habiendo cesado la lluvia hasta las seis de la mañana, Drouot declara en nombre de la artillería que antes de las diez ó las once no será posible dar principio á las maniobras.—Napoleón se decide á diferir la batalla hasta esa hora.—Su plan para la jornada.—Se propone arrollar la izquierda de los ingleses sobre su centro, y tomarles el camino de Bruselas, única avenida practicable por entre el bosque de Soignes.—Distribucion de sus fuerzas.—Aspecto de las dos huestes.—Después de dormir algunos instantes, Napoleón toma posición sobre un cerro delante de la hacienda de la Bella Alianza.—Antes de dar principio al combate, Napoleón envia un nuevo oficial á Grouchy para enterarle de la situación y prescribirle que se venga á situar sobre su derecha.—A las once y media de la mañana dá principio el fuego.—Gran

batería sobre el frente del ejército francés y disparando horriblemente sobre la línea inglesa.—Apenas roto el fuego, se distingue una sombra en lontananza y hacia la derecha.—Caballería ligera enviada de reconocimiento.—Ataque de la izquierda francesa mandada por el general Reille contra el bosque y la quinta de Goumont.—Así el bosque como el jardín son ocupados, á pesar del tesón del enemigo: pero la quinta no alfoja en la resistencia.—Intempestiva tenacidad á fin de ocupar este puesto.—La caballería ligera llega á anunciar que lo que se descubre en lontananza y hacia la derecha son tropas, y que estas tropas son prusianas.—Nuevo oficial enviado á Grouchy.—Al conde de Lobau se fia el cuidado de contener á los prusianos.—Ataque hacia el centro á fin de tomar la Haye-Sainte sobre el camino de Bruselas, y hacia la derecha para expulsar de la meseta del Monte de San Juan á la izquierda de los ingleses.—Ney dirige este doble ataque.—Se apoderan los franceses del vergel de la Haye-Sainte, aunque sin poder ganar los caseríos de la hacienda.—Ataque del cuerpo del general Erion contra la izquierda de los ingleses.—Vigorouso empuje de las tropas.—Tomada es la posición al principio, y se está á punto de desembocar sobre la meseta, cuando las columnas francesas de infantería son acometidas por una furiosa carga de dragones escoceses, y puestas en desorden á causa

de no estar apercibidas para resistir á la caballería.—Napoleon lanza sobre los dragones escoceses una brigada de coraceros.—Horrible matanza de los dragones escoceses.—Así el descalabro del general Erlon queda reparado, si bien hay que volver á comenzar la tarea.—En este momento se hace sentir la presencia de los prusianos, y para hacerles frente atraviesa Lobau el campo de batalla.—Napoleon suspende la acción contra los ingleses, y ordena á Ney que tome la Haya-Sainte para asegurarse un punto de apoyo en el centro, y mantenerse allí hasta que se pueda avalorar el empuje del ataque de los prusianos.—El conde de Lobau repele á las primeras divisiones de Bulow.—Ney ataca la Haya-Sainte y se apodera de ella.—Queriendo la caballería inglesa echarse encima, la rechaza y la sigue sobre la meseta.—Entonces descubre la artillería inglesa, que parece abandonada, y juzga llegado el momento de dar un golpe decisivo.—A Napoleon pide fuerzas, y le fia una brigada de coraceros para que pueda darse la mano con Reille en torno de la quinta de Goumont.—Ney se pone al frente de los coraceros, se lanza sobre los ingleses y arrolla la primera línea por completo.—Arrastradas por Ney y sin órdenes del emperador siguen su movimiento al golpe toda la reserva de caballería y toda la caballería de la Guardia.—Combate extraordinario de caballería.—Ney obra

prodigios, y pide infantería á Napoleon para consumir la derrota de los ingleses.—Empeñado en un combate encarnizado contra los prusianos, á Ney no puede Napoleon enviar ninguna infantería, por no quedarle más que la de la Guardia.—En respuesta envía á decir á Ney que se mantenga sobre la meseta el más largo tiempo que le sea posible, ofreciéndole ir á dar fin á la batalla contra los ingleses, si logra acabar la que dá á los prusianos en persona.—Batalla horrible que Napoleon dá á los prusianos á la cabeza de su Guardia.—A Bulow arrolla con pérdida grande.—Apenas obtenido este resultado, Napoleon traslada la Guardia de la derecha al centro, y la dispone en columnas de ataque para terminar la batalla contra los ingleses.—Primer choque de cuatro batallones de la Guardia contra la infantería británica.—Heroísmo de estos batallones.—Cuando con otros seis batallones va Napoleon á dárles apoyo, de repente se ve cogido de flanco por el cuerpo prusiano de Ziethen, que entra en línea el postrero.—Confusion horrorosa.—Entonces el duque de Wellington toma la ofensiva, y el ejército francés extenuado, acometido por el frente, por el flanco y por la espalda, sin ningún cuerpo de tropas que le sirva de punto de enlace, envuelto en las tinieblas de la noche, y no viendo á Napoleon, durante algunas horas se halla en un estado de verdadera desbandada.—Retirada des-



ordenada sobre Charleroy.—Operaciones de Grouchy durante esta jornada.—Al oír el estampido del cañon de Waterloo, todos sus generales le piden que les conduzca al fuego.—No comprende este consejo y se niega á aceptarlo resueltamente.—Cuan fácil le hubiera sido salvar el ejército.—No se ilustra hasta la caída de la tarde, y entonces concibe amarga pesadumbre.—Carácter de esta última campaña, y causas de la derrota del ejército de los franceses.

5

## LIBRO SESENTA Y UNO.

## SEGUNDA ABDICACION.

Acontecimientos militares en las diversas fronteras.—Combates felices y armisticio en Saboya.—Derrota de los vendedeos y tregua con los caudillos del movimiento.—Llegada de Napoleon á Laon.—Redaccion del boletin de la batalla de Waterloo.—Napoleon examina si es más conveniente permanecer en Laon para allegar allí las tropas, ó trasladarse á Paris con el objeto de pedir á las Cámaras nuevos recursos.—Se decide á adoptar el postrer partido.—Efecto causado en Paris por la fatal noticia de la batalla de Waterloo.—De los ánimos todos se apodera la idea de

que, no sabiendo ó no pudiendo ya alcanzar victorias, Napoleon no es para Francia más que un peligro sin compensacion de ninguna clase.—Todos los partidos, menos los revolucionarios y los bonapartistas irrevocablemente comprometidos, se muestran anhelantes de que abdique al punto, con el objeto de poner término á los peligros que atrae sobre Francia.—Intrigas de Mr. Fouché en la creencia de que, desertado Napoleon y fuera de juego, ya estará la situacion bajo su principal dominio.—Sus intrigas cerca de los representantes.—Les exhorta á ponerse enfrente de Napoleon, si muestra voluntad de empeñar á Francia en una lucha desesperada.—Llegada de Napoleon al palacio del Eliseo el 21 de junio por la mañana.—Su postracion fisica.—Desesperacion de sus allegados todos.—Consejo de ministros, al cual asisten los principes José y Luciano.—El mariscal Davout y Luciano opinan que las Cámaras sean prorogadas inmediatamente.—Apuro y silencio de los ministros.—Napoleon da muestras de tener por seguro que ya ha pasado el tiempo de un 18 de brumario.—Mientras se delibera de este modo, Mr. Fouché transmite á Mr. de Lafayette el aviso de que Napoleon quiere disolver la Cámara de representantes.—Grandes rumores en la Cámara al cundir esta noticia.—A propuesta de Mr. de Lafayette se declara traidor á todo el que trate de disolver ó de pro-

gar las Cámaras, y se exige á los ministros que se presenten á dar cuenta del estado del país.—Una vez lanzados los ánimos á esta pendiente, por ella siguen de continuo, y se habla de abdicacion en todas partes.—Irritado Napoleon, sale de su abatimiento, y se muestra decidido á violentas resoluciones.—Bajo la secreta influencia de Mr. Fouché trata de calmar á Mr. Regnaud, y sugiere la idea de la abdicacion, que Napoleon no desecha de ningún modo.—Vivamente agitada entretanto la Cámara de representantes persiste en exigir una respuesta categórica del gobierno.—Al fin van los ministros á las Cámaras, y proponen la formacion de una comision de cinco miembros que se ocupe en buscar recursos para atender á la salvacion pública.—Discurso de Mr. Jay en que suplica á Napoleon que abdique la corona.—Contestacion del príncipe Luciano.—La Asamblea no quiere arrancar el cetro á Napoleon, si bien desea que lo deje por sí propio.—Aceptando la proposicion de los ministros, se decide á nombrar una comision de cinco miembros, para dedicarse á buscar medios de salvar al país en union del gobierno.—En todo sigue la Cámara de los pares el ejemplo de la Cámara de representantes.—Napoleon se halla rodeado de personas, que le aconsejan la abdicacion á una.—Al revés su hermano Luciano le aconseja medidas vigorosas.—Razones de Napoleon para no aceptar

este último consejo.—Sesion celebrada de noche por las comisiones de las dos Cámaras en el palacio de las Tullerías.—Mr. de Lafayette aborda la cuestion de la abdicacion de plano.—Se rehusa darle oídos, para ocuparse en medidas de hacienda y de alistamiento de tropas, aun que Mr. Regnaud da á entender que se obtendrá lo que se desea de Napoleon muy luego, con tal de que se le guarden contemplaciones.—Informe sobre esta sesion á la Cámara de representantes.—Impaciencia causada por la insignificancia de este informe.—El general Solignat, en desgracia por largo tiempo, tras de recordar á la Asamblea el respeto debido al infortunio, se encamina al palacio del liseo para solicitar que la abdicacion se lleve á cabo.—Napoleon recibe la afablemente, y le promete dar á la Cámara una satisfaccion pronta y cumplida.—Segunda abdicacion.—Napoleon pone por condicion la transmision de la corona á su hijo.—Llevada es la abdicacion á la Cámara, que, una vez satisfecha, dá generales muestras de entusiasmo.—Nombramiento de una comision ejecutiva, en substitution del poder imperial.—Miembros de esta comision quedan elegidos Mrs. Carnot, Fouché, Grenier, Caulaincourt y Quinette.—Monsieur Fouché resulta presidente, votándose á sí propio.—De secreto restituye la libertad á Mr. de Vitrolles, y abóca con los realistas.—Ciertamente preferiria á

Napoleon II, pero, alcanzándosele que el triunfo será de los Borbones, se decide á pactar con ellos.—Escenas en la Cámara de los pares.—La Bedoyère desearia que se proclamara á Napoleon II sin dilaciones.—Altercado entre Ney y Drouot relativamente á la batalla de Waterloo.—Al ver Napoleon que se trata de eludir la cuestión relativa á la transmision de la corona á su hijo, se queja á Mr. Regnaud de haber sido engañado.—Mrs. Regnaud, Boulay de la Meurthe y Desfermond le prometen hacer un esfuerzo en favor de Napoleon II al día siguiente.—Acalorada sesion el 23 de junio en la Cámara de representantes.—Mr. Boulay de la Meurthe denuncia los manejos de los realistas, y quiere que se proclame á Napoleon II sin tardanza.—Toda la Asamblea se muestra propicia á la proclamacion.—Por medio de un discurso habil consigue calmarla el diputado Manuel, y hace que se adopte la orden del día.—Diversas medidas tomadas por la Cámara de representantes.—Lo que pasa á la sazón en las fronteras.—Reunion del ejército en Laon, y manera milagrosa con que Grouchy se ve en salvo.—Aun cuenta el ejército sesenta mil hombres, que al oír el nombre de Napoleon II recuperan todo su ardimiento.—Grouchy toma el mando de las tropas, y las conduce á Paris, siguiendo la márgen izquierda del Oise.—Sabedores de la abdicacion aceleran la marcha sobre Paris los generales

extrangeros, y siempre más fogoso, Blucher toma dos dias de delantera á los ingleses.—Agitación creciente dentro de Paris.—Los realistas piensan en una tentativa de movimiento, pero Mr. Fouché los contiene por medio de Mr. de Vitrolles.—Tanto los bonapartistas como los revolucionarios desearian que Napoleon se colocara á su cabeza, y se desembarazara de las Cámaras.—Afluencia de los federados en la avenida de Marigny, y sus aclamaciones así que divisan á Napoleon de lejos.—Zozobras de Mr. Fouché y su deseo de alejar á Napoleon cuanto antes.—Esta comision encarga al mariscal Davout, el cual se dirige al palacio del Eliseo para pedir á Napoleon que salga de Paris en seguida.—Napoleon se traslada á la Malmaison, y desea que se le faciliten dos fragatas, surtas en la rada de Rochefort actualmente, para dirigirse á América sin demora.—Mr. Fouché envia á pedir salvo-conductos al duque de Wellington.—Napoleon aguarda en la Malmaison la respuesta.—El general Beker es comisionado para velar por su persona.—Mr. de Vitrolles insiste con Mr. Fouché á fin de que se ponga término á la crisis.—Mr. Fouché discurre echar encima la dificultad á los militares, induciéndoles á declarar la imposibilidad de la defensa.—Al mariscal Davout tornan los realistas sus ojos.—El mariscal Oudinot se avista con el mariscal Davout.—Este declara que será el primero

en proclamar á Luis XVIII por monarca, si los Borbones consenten en volver sin el acompañamiento de soldados extranjeros, en respetar las personas y en conservar los derechos de Francia.—En tal sentido el mariscal Davout da un paso muy franco ante la comisión ejecutiva.—Monsieur Fouché no se atreve á darle apoyo.—A la sazón se recibe una memoria de los negociadores enviados á los soberanos aliados, según cuyo texto aparece que las potencias europeas no tienen empeño alguno no á favor de los Borbones.—Esta memoria sirve de pretexto para aplazar toda resolución.—Se aproximan á Paris los ejércitos extranjeros.—Nombramiento de nuevos negociadores para alcanzar un armisticio.—Disposiciones particulares del duque de Wellington.—Su perfecta conducta.—Sus consejos á la corte de Gante.—Disposiciones de esta corte.—Ideas de venganza.—Desencadenamiento contra Mr. de Blacás, y gran favor respecto de Mr. Fouché.—Momentáneo predominio de Mr. de Talleyrand.—Llegada de Luis XVIII á Cambrai.—Declaracion de este monarca.—El duque de Wellington no quiere que se entre en Paris á viva fuerza, y antes bien desea que se entre pacíficamente, con el fin de no despolarizar á los Borbones.—Violencia del mariscal Blucher, que piensa en desembarazarse de Napoleon.—Nobles palabras del duque de Wellington.—Con éste se avistan

los comisionados para el armisticio.—Sus exigencias estriban en la entrega de Paris y de la persona de Napoleon.—Mr. Fouché se decide á hacer que éste parta de Paris á toda prisa.—Sabedor Napoleon de la marcha de los ejércitos enemigos, y de que los prusianos van dos jornadas delante de los ingleses, á la comisión ejecutiva se brinda para tomar el mando del ejército por algunas horas, bajo promesa de ganar una batalla y de dimitir en seguida.—Esta proposición es desechada.—Salida de Napoleon para Rochefort el 28 de junio.—Después de partir Napoleon, ya no puede el duque de Wellington demandar la entrega de su persona, pero da á entender la necesidad de aceptar á los Borbones, y por su parte promete la más noble conducta.—Entrevista con los negociadores franceses.—Los agentes secretos de Mr. Fouché le envían noticias conformes á las que envían los negociadores, y de las cuales resulta que los Borbones son inevitables.—Mr. Fouché comprende que ya es hora de poner fin á tantas lentitudes, y convoca un gran consejo, al cual son llamados los individuos que componen las mesas de ambas Cámaras y muchos mariscales.—Allí trata de echar sobre el mariscal Davout la responsabilidad toda, induciéndole á declarar de plano la imposibilidad de la defensa.—Indignado el mariscal de los viles manejos de Mr. Fouché, se anuncia pronto á dar batalla, y respon-

de del triunfo, si no le matan en las dos primeras horas.—Situacion embarazosa de Mr. Fouché.—Dietámen de Carnot sosteniendo que la resistencia es imposible.—Se somete la cuestion á un consejo especial de militares.—Mr. Fouché plantea las cuestiones de modo de obtener las respuestas á medida de su deseo.—A tenor de las respuestas dadas por este consejo, se reconoce la necesidad absoluta de venir á capitulaciones.—Brillante combate de caballería dado por el general Exelmans á los prusianos.—Sin embargo de este triunfo, la necesidad de tratar es concebida por todos.—Envío de comisionados al mariscal Blucher, que ya está en Saint-Cloud por entonces.—Por el cuartel del mariscal Davout cruzan estos comisarios.—Escenas de que son testigos.—Se trasladan á Saint-Cloud.—Convencion para la capitulacion de Paris.—Sentido de sus diversos artículos.—El ejército francés se debe retirar detrás del Loira, y la guardia nacional sola hará en la capital el servicio.—Escenas de los federados y del ejército al cruzar por medio de Paris.—Mr. Fouché tiene una entrevista con el duque de Wellington y con Mr. de Talleyrand en Neuilly.—No pudiendo obtener condiciones satisfactorias se resigna y acepta para sí la cartera de la Policia.—Sus colegas se consideran rendidos.—Su vuelta á Neuilly, donde alcanza una audiencia de Luis XVIII.—Todo lo dispone para la entrada de este monarca,

y hace que el recinto de las dos cámaras sea cerrado.—La opinion general es que hizo traicion á los partidos todos.—Resumen y apreciacion de este período llamado de los Cien Dias. . . . . 348

### LIBRO SESENTA Y DOS Y ULTIMO.

#### SANTA ELENA.

Irritacion de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, acusado de haber hecho que Napoleon logre escape.—Viaje de Napoleon á Rochefort.—Acogida que se le hace en el camino y á su llegada á dicho punto.—Prolongacion de su permanencia en la costa, con la esperanza de algun suceso imprevisto.—Por un momento le ocurre lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira.—De seguida renuncia á tal pensamiento.—Diversos medios que se le proponen de embarque.—Napoleon acaba por desecharlos todos, y al crucero inglés en via un mensaje.—El capitán Maitland, que manda el *Belerofonte*, al mensaje dá por respuesta que carece de instrucciones, si bien supone que Inglaterra le concederá una hos-

pitalidad digna de aquella nacion y de su persona.—Napoleon abraza el partido de pasar á bordo del *Belerofonte*.—Acogida de que allí es objeto.—Viaje á las costas de Inglaterra.—Curiosidad extraordinaria que excita Napoleon en el ánimo de los ingleses.—Decisiones del ministerio británico respecto de su persona.—Para su detencion queda elegida la isla de Santa Elena.—Como simple general será considerado, con centinelas de vista, y sin permitirle más que tres compañeros de destierro.—Napoleon es trasbordado al *Northumbertland* desde el *Belerofonte*.—Su despedida de Francia y de los amigos que no pueden ir en su compañía.—Viaje por el Atlántico.—Solícitas atenciones que Napoleon dedican los marinos ingleses.—Sus ocupaciones durante la travesía.—Allí refiere su vida, y la empieza á dictar para escribirla toda, á instancias de sus compañeros.—Navegacion larga.—Llegada á Santa Elena á los setenta dias de viaje.—Aspecto de la isla.—Su configuracion, su suelo y su clima.—Desembarque de Napoleon.—Su primer establecimiento en *Briars*.—Ya en tierra, por primera vez se le somete á una vigilancia personal y continua.—Desagrado que siente de resultas.—Primeras noticias de Europa.—Vivo interés que experimenta por Ney, La Bedoyère, Lavallette y Drouot.—Napoleon es trasladado á *Longwood*, al cabo de dos meses.—Alojamiento que ocupa en este

punto.—Precauciones empleadas para su custodia.—Su vida en *Longwood* y sus ocupaciones.—Muy pronto se aburre Napoleon de esta morada, y no aprecia bastante la solícitud del almirante Cockburn respecto de su persona.—A principios del año de 1816 es enviado sir Hudson Lowe en calidad de gobernador á Santa Elena.—Carácter de este gobernador y disposiciones de ánimo con que llega á la isla.—Su primera entrevista con Napoleon acompañada de incidentes desagradables.—Sir Hudson Lowe recela merecer la nota en que ha caído el almirante Cockburn de ceder á la influencia del prisionero.—Con todo rigor hace que los reglamentos sean ejecutados.—Diversas causas de incomodidades.—Indigna disputa sobre los gastos en *Longwood*.—Napoleon hace que se venda su plata.—Partida del almirante Cockburn, y llegada de sir Pulteney Malcolm en calidad de nuevo almirante.—Excelente carácter de este marino.—Sus inútiles esfuerzos por avenir á Napoleon y á sir Hudson Lowe.—Napoleon monta en cólera é insulta á este personaje.—Rompiendo definitivo.—Amargura de la vida de Napoleon.—Sus ocupaciones.—Sus explicaciones acerca de su reinado.—Sus trabajos históricos.—Fin del año de 1816.—Mr. de las Gases es expulsado de Santa Elena.—Tristeza que Napoleon experimenta de resultas.—Entrada de año en Santa Elena.—Año de 1817.—No que-

riendo que se le siga cuando monta á caballo, Napoleon deja de hacer ejercicio, con daño de su salud á todas luces.—Noticias que recibe de Europa.—Su familia le ofrece su fortuna y su presencia.—Napoleon rehusa ambas cosas.—Visitas de algunos ingleses, y sus conversaciones con Napoleon.—Inquieto sir Hudson Lowe por la salud de Napoleon, en lugar de brindarle con la morada de *Plantation House*, se decide á mandar que se le construya una casa nueva.—Año de 1848.—Conversaciones de Napoleon sobre materias literarias y religiosas.—Partida del general Gourgaud.—Se ve Napoleon privado sucesivamente del almirante Malcolm y del doctor O'Meara.—Motivos de la partida de este último personaje.—Napoleon se halla sin médico de resultas.—Inútiles instancias de sir Hudson Lowe para inducirle á que acepte un médico inglés.—Año de 1849.—La salud de Napoleon se deteriora por falta de ejercicio.—Se le hinchan las piernas, y una enfermedad del estómago revelan sus vómitos frecuentes.—Al fin se logra que se preste á dar algunos paseos á caballo.—Su salud mejora un poco.—Napoleon olvida su propia historia, para ocuparse en la de los grandes capitanes.—Sus trabajos acerca de César, de Turena y de Federico el Grande.—Muy pronto empieza la salud de Napoleon á declinar de nuevo.—Dificultad de verle y de dar testimonio de su presencia.—Indigna tentativa de

sir Hudson Lowe para forzar su puerta.—Año de 1820.—Llegada de un médico y dos sacerdotes enviados por el cardenal Fesch á Santa Elena.—Napoleon hallólos muy insuficientes, y se vale de los dos sacerdotes para que digan Misa en Longwood todos los domingos.—Satisfacción moral de que se halla poseído.—A instancias del doctor Antomarchi, y no pudiéndose decidir á montar á caballo por no ser seguido como antes, Napoleon se dedica á la jardinería.—Trabajos que en su jardín hace personalmente, y con ayuda de sus compañeros de destierro.—Esta ocupación llena parte del año de 1820.—Con ella se repone su salud algun tanto.—Esta mejora es transitoria.—Poco despues vuelve á sentir gran dolor de estómago, se le hinchan las piernas, sus fuerzas se debilitan mucho y decae rápidamente.—Satisfacción que experimenta al ver que se acerca al sepulcro.—Su testamento, su agonía, su muerte el 5 de mayo de 1821.—Sus funerales.—Apreciación del carácter y del genio de Napoleon.—Su carácter natural y su carácter adquirido bajo la influencia de los sucesos.—Sus cualidades privadas.—Su genio como legislador, como administrador, como capitán.—Lugar que ocupa entre los grandes hombres de guerra.—Progresos del arte militar desde los antiguos hasta la revolución francesa.—Alejandro, Anibal, César, Carlomagno, los Nassaus, Gustavo Adolfo, Condé, Tu-

rena, Vauban, Federico el Grandé.—Hasta  
 qué punto elevó Napoleon el arte militar.  
 —Paralelo entre Napoleon y los principa-  
 les hombres de guerra de todos los siglos,  
 bajo el aspecto del conjunto de los talentos  
 y de los destinos.—Enseñanza que resulta  
 de su vida.—Fin de esta historia. . . . . 553



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





